



JOHN O'HARA
Oculto Verdad



Lectulandia

Al estudiar las causas por las que un prominente ciudadano dio muerte a su esposa, intenta algo más que reconstruir un crimen. Intenta nada menos que analizar al hombre en todos sus pormenores, para llegar al fondo de un misterio cuyo esclarecimiento nos permitirá desentrañar los auténticos motivos de un asesinato.

John O'Hara

Ocultá verdad

Colección Reno - 84

ePub r1.0

Titivillus 15.02.2024

Título original: *Ourselves to know*
John O'Hara, 1960
Traducción: Antonio Ribera

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



De chico y hasta que cumplí los dieciséis años, pasaba la mayor parte de los veranos en casa de mi abuelo, en Lyons, Pennsylvania. Los domingos acostumbrábamos sentarnos en el soportal, y mi abuela hacía tertulia con las personas que volvían a su casa de las iglesias anabaptista, católica y evangelista; y, como todos los chicos, me di cuenta a temprana edad que los mayores no se trataban mutuamente como iguales. Un hombre y su esposa se hallaban un poco por encima o un poco por debajo... Todas las personas que se detenían a charlar con mis abuelos estaban un poco por debajo de ellos, y les resultaba imposible, dejar de mostrarlo. En verdad, solía pensar que les proporcionaba placer ser respetuosos con mis abuelos, aun cuando mi abuela les contradijese incisivamente en cosas que no tenían la menor importancia. Como muchacho educado muy estrictamente, me sentía a menudo perplejo ante los modales de mi abuela con respecto a personas mayores. En cuanto éstas habían dicho lo que ella había deseado oír, les volvía literalmente la espalda para parlotear con una de mis tías, hasta que los pobres hombre y mujer se veían constreñidos a pronunciar las sencillas frases de excusa: «Creo que ya es hora de que nos marchemos». Y mi abuela respondía: «Está bien. Adiós». No sabía entonces, desde luego, que algunas de aquellas personas debían dinero a mi abuelo, ni tampoco que vivían en casas de las que mi abuelo era propietario. Había un montón de cosas que desconocía.

Los domingos habría sido un acto de lesa majestad para cualquier conocido de mis abuelos ir por la acera opuesta para evitar el soportal de los MacMahon. Las iglesias anabaptista y católica se hallaban a dos manzanas del lado opuesto de la calle, pero todos los católicos y buena parte de los anabaptistas la cruzaban para venir a nuestra acera antes de llegar al soportal de la abuela. En los días de labor, no obstante, mi abuelo estaba en la tienda, o en la ladrillería o en la maderería o en el Banco, y mi abuela se hallaba ocupada en casa y en el patio. Yo tenía libertad para salir a jugar con mis amigos, pero debía estar con toda puntualidad en casa a las horas de comer, y casi siempre me personaba en el soportal antes de que hubiera sonado la última campanada del Angelus de mediodía, esperando la llegada de mi abuelo. La mayoría de los hombres de la villa llevaban sus fiambreras al

trabajo, considerándose prósperos a los que iban a su casa a la hora de comer. No me fijé especialmente en quienes eran, pues por lo demás lo sabía... Los que trabajaban en los almacenes, o en el Banco o tenían otros empleos de cierta categoría en la Compañía de carbones, o dirigían pequeñas industrias o eran abogados, médicos y dentistas. Los demás eran los consabidos majagranzas.

Había uno que comía en casa y que lo hacía más tarde que los demás. Siempre iba al despacho de Correos pocos minutos antes de que sonara el Angelus, tenía la inveterada costumbre de caminar contra corriente de los demás que acudían presurosos a sus hogares. Se llamaba Roberto Millhouser, y vivía en un extremo de la ciudad, en un caserón enclavado en una superficie de cuatro acres, cercado por una blanca empalizada. No recuerdo cuando comencé a fijarme en Mr. Millhouser, pero debió de haber sido desde muy pequeño, pues lo tenía por sabido. Pero de lo que sí me acuerdo bastante bien es de que yo debería tener siete u ocho años cuando formulé mis primeras preguntas acerca de él. Las respuestas eran evasivas y poco satisfactorias.

Mr. Millhouser no transitaba nunca por nuestra acera, y jamás aparecía en domingo, pero si daba la casualidad de que mi madre o mi abuela, o cualquiera de mis tías se hallara sentada en el soportal conmigo, tampoco dejaba nunca de quitarse el sombrero al par que hacía una ligera inclinación, aunque sin fijarse realmente en la persona a la que tan deferentemente saludaba. Sin embargo, sabía quienes o quien se hallaba en el soportal, pues de encontrarme yo solo ni levantaba su sombrero ni hacía su ligera reverencia. Y si acontecía que me hallara con mi abuelo o mi tío Jorge, se limitaba a tocar el ala de su sombrero en un saludo semimilitar, sonriendo al mismo tiempo, de manera que parecía que se estaba sonriendo a sí mismo, aunque si se le veía repetirlo a menudo, aquella suave sonrisa parecía la de una persona que sentía verdadero placer en ser cortésmente afable con la familia MacMahon. Y si había alguien en el soportal cuando volvía a su casa una vez finalizada su tarea cotidiana en la oficina de Correos, volvía a repetir su gesto de persona bien educada.

La primera pregunta que hice sobre Mr. Millhouser a una de mis tías, fue:

—¿Qué le ocurre a Mr. Millhouser?

—¿Por qué lo preguntas?, —me respondió—. No sabía que le ocurriese nada.

No podía explicar mi pregunta. Sabía, como niño, que había algo raro, por lo que dije a mi vez:

—Pues yo tampoco no sé..., no sé... Pero me parece que es un poco raro.

—En absoluto —replicó mi tía—. Es muy atento.

Me parece que fue un año o dos después que pregunté a mi abuelo:

—Abuelo, ¿qué es lo que hace Mr. Millhouser?

—¿Que qué es lo que hace Mr. Millhouser...? Pues se ocupa de sus negocios... Bueno, ya es hora de acabar, muchacho.

Pensé que no era ni mucho menos lo corriente en él, pues acostumbrábamos hablar largo y tendido, por lo que su desviación acerca de Mr. Millhouser aguzó mi curiosidad, ya que a mi edad no se sentía, por lo demás, curioso sobre cualquier persona mayor, a menos que no fuese un policía o un soldado, o un conductor de la locomotora en miniatura de vapor, del parque, o estuviera tatuada o jugase al fútbol en el equipo del Colegio del Valle de Lebanon. Mr. Millhouser era completamente ajeno a mis celebridades personales de aquel período. En realidad, era el hombre menos interesante para mí, a no ser por el hecho de que ni mi tía ni mi abuelo no quisieran hablarme de él. Así se forjó en mi infantil imaginación la idea de que era algo, o había hecho algo que yo no debía conocer, a pesar de que él siempre hacía su reverencia ante ellos, y ellos correspondían de la misma manera. Tras esa toma de estado consciente, pero de manera vaga y puramente intuitiva, comencé a reparar en cosas relativas a Mr. Millhouser.

Observé, por ejemplo, que cuando mi abuelo le devolvía el saludo, decía siempre: «Buenos días, Robert». Pero que cuando iba yo al despacho de Correos y se encontraba allí Mr. Millhouser, sólo pocos hombres y mujeres le llamaban por su nombre de pila, y que quienes lo hacían eran aquéllos a quienes mi abuela trataba casi como iguales. Los demás esperaban a que Robert Millhouser les hiciera un ademán de invitación o les hablara, para a su vez hacer un gesto de asentimiento o hablarle. Pero él no parecía fijarse en la mayoría de los hombres y mujeres que estaban en el despacho, de la misma manera que no hacía el menor caso de algunos hombres que iban a casa a comer.

Verano tras verano iba yo a casa de mi abuelo, y siempre experimenté la sensación, o la ausencia de ella, de los pocos cambios que hallaba. Pero el verano en que cumplí los quince años y llevaba ya mis primeros pantalones largos, encontrándome un día solo en el soportal, Mr. Millhouser me saludó al paso. Pero en cuanto se dio cuenta de que yo no era quien había supuesto, o sea mi tío Jorge, sonrió, y pude oírle decir claramente: «¡Oh, oh, es Gerald! ¡Buenos días!». Jamás me había hablado, por lo que naturalmente me sorprendí de que conociera mi nombre. En adelante siempre me saludó igual que a mi padre y mi tío, lo cual era una muestra satisfactoria de que las

personas se percataban de que me estaba haciendo mayor, por lo que en consecuencia no pude contenerme e interrogué a mi abuelo acerca de Mr. Millhouser, aunque esperé el momento en que estuvimos solos y nadie nos pudiera interrumpir.

—Abuelo —dije—, ¿qué pasa con Mr. Millhouser? ¿Qué es todo ese misterio?

Mi abuelo clavó su mirada en el puro que estaba fumando y quedó abstraído durante varios segundos, hasta que por fin dijo:

—No es ningún misterio, Gerald. Es que la gente no quiere hablar sobre algo. ¿No te contaron tu padre o tu madre nada sobre Mr. Millhouser?

—No recuerdo habérselo preguntado a ellos, sino sólo a ti y a tía Mary.

—Bien, ya eres un hombre con tus pantalones largos y aparentas más de tus quince años... Mira, Gerald, en este mundo ocurren cosas muy feas... —Se inclinó hacia delante y golpeó el cenicero con la punta de su puro—. Verás..., hace unos años, tú tenías dos o tres, Mr. Millhouser disparó contra su mujer y la mató.

—¿Quieres decir que la asesinó?

—Pues, no. No podría decirlo. Mejor no decirlo, de todos modos. Ya que fue juzgado, por asesinato y resultó absuelto.

—¿Pero lo hizo él?

—De esto no hay duda, pero la ley dijo que no era asesinato.

—¿O sea, que Mr. Millhouser disparó realmente contra su mujer y la mató?, —dije yo—. Pero, abuelo, tú y la abuela siempre le habláis.

—Pues, sí; siempre lo hicimos y seguiremos haciéndolo.

—Entonces es que creéis que fue inocente; de otro modo no le hablaríais.

—Fue un hombre desgraciado y nos da pena.

—¿Sintió la abuela pena por él?

—Vamos, Gerald —dijo mí abuelo, sonriendo—, me parece que con pantalones largos o sin ellos, aún temes a la abuela.

—Pero ¿lo sintió?

—Al principio, no.

—Pero tú hiciste que lo sintiera, ¿no es eso?

—La convencí. Pero en cuanto se convenció... pues se convenció, eso es todo.

—¿Por qué te causaba pena?

—No me preguntes eso, ni nada más sobre Mr. Millhouser. Tú padre o tu madre te contarán el resto, si es que quieren que lo sepas. Y si no, no te lo dirán. Pero no me toca a mí contártelo.

Cuando regresé a casa, le pregunté a mi madre:

—¿Por qué mató Mr. Millhouser a su mujer?

—¡Por Dios! ¿Quién te ha hablado de eso?

—El abuelo.

—¿El abuelo? ¿El abuelo te lo dijo? ¿Y qué más te contó?

—No mucho.

—¿Pero a santo de qué trató ese tema? Nunca le oí mencionarlo durante años. Prácticamente, desde que ocurrió.

—Le pregunté por qué Mr. Millhouser era tan misterioso.

—No es misterioso.

—Acaso no lo sea, pero tú lo eres y el abuelo lo era y también tía May.

—¿Y qué es lo que te contó el abuelo? ¿Mencionó acaso a Mr. Vanee?

—¡Ah! ¿Fue a causa de Mr. Vanee?

—Yo no dije eso.

—Vamos, mamá. Si no entendí mal fue un homicidio justificado.

—Sabes demasiado.

—La ley no escrita.

—Voy a hacer que papá te eche un rapapolvo.

—No puedes hacer que no sepa lo que ya sé. Lo que sé, lo sé. Así que, puede.

—No me digas que puede. No me gusta esa expresión.

—¿No vas a decirme algo sobre Mr. Millhouser?

—No. Y, además, sólo debes usar los pantalones largos en domingo.

Volví a la escuela el siguiente setiembre, y el otro verano, cuando ya tenía dieciséis años, mi abuelo tuvo un ataque que le dejó inválido, prohibiéndosele sus puros y su *whisky*. Estaba tan débil que ni podía bajar las escaleras. Murió en el transcurso del mismo verano, y una de las cosas que recuerdo acerca del entierro fue la llorosa cara de Robert Millhouser; llorosa pero extrañamente bella, cuando alzaron el féretro a la carroza fúnebre, frente a la iglesia de San Bonifacio. En realidad, no había visto el rostro de Mr. Millhouser hasta aquel día, pues siempre le había visto levantando su sombrero y mirando hacia otro lado. Pero en el entierro de mi abuelo se mantuvo reposado y erguido, con la mandíbula levantada. La ligera brisa estival hacía encrespar su cabello blanco, y tenía la boca contraída en un rictus de dolor. No parecía reparar en sus lágrimas. Para aquel tiempo, había comenzado a advertir algunas diferencias en la edad de los adultos, y, en consecuencia, que Mr. Millhouser era definitivamente más joven que mi abuela, más bien que, como siempre lo había creído, un contemporáneo. En pie, un tanto apartado de los demás, me pareció

un hombre más fuerte que el Mr. Millhouser que había visto tantas veces andando a pasos rápidos y cortos, y haciendo gestos tímidos y corteses de camino a la oficina de Correos. Tenía un aspecto ascético que posteriormente vi en los rostros de unos pocos sacerdotes, algunos sordos, ciertos oficiales de la Academia militar de West Point y algunos que habían cumplido largas sentencias en la cárcel.

Cerraron las puertas de la carroza fúnebre y bajamos la escalera de piedra para ir a los coches que formaban el cortejo fúnebre. Advertí que Mr. Millhouser se ponía el sombrero y se marchaba hacia su casa. Luego hizo lo que ya sabía que iba a hacer: detenerse y volver por última vez la cabeza hacia la carroza fúnebre. No sé por qué estuve tan seguro de que iba a hacer esto; quizá porque comprendí que quería a mi abuelo tanto como yo, y que lo echaría a faltar aún más que yo.

Monté con los demás nietos en el segundo coche, y pasamos a Mr. Millhouser camino del cementerio.

—Ahí está ese chiflado de Mr. Millhouser —dijo una de mis primas.

—Cierra tu estúpido pico —le dije yo.

Era una primita de Rochester, a la que veía raras veces y con la que invariablemente me peleaba. Sus palabras me habían provocado a una especie de defensa de Mr. Millhouser, y a partir de aquel momento me hallaba activamente de parte de él, y sentía tanta curiosidad por él como mis muchos otros intereses me lo permitían.

Mis demás intereses eran los propios de un muchacho de mi edad: el colegio, y los amigos y enemigos que en el mismo tenía; mis amigos y enemigos en casa; deportes, particularmente el tenis; películas; muchachas; vestidos; viajes; coches; lecturas; caricaturas; orquestas de baile; el constante esfuerzo de hacer creer a las personas que tenía más edad de la que en realidad tenía; el conflicto diario entre el deseo de ser popular y el de querer ser independiente. Mi curiosidad respecto a Robert Millhouser no se clasificaba entre aquellos intereses: me inspiraba curiosidad, pero como tenía tantas otras cosas en qué pensar, no pensaba en él con mucha frecuencia. Y hasta es posible que le hubiera olvidado, a no haber sido porque fui a pasar unos días a casa de mi abuela durante el verano, cuando cumplí diecisiete años.

Me hallaba sentado en el soportal, esperando que se anunciara la comida. Mr. Millhouser me saludó y yo le correspondí con una inclinación de cabeza. Pero de repente, se detuvo, cruzó la calle, y se dirigió hacia el soportal. Nunca le había hablado ni había estado más cerca de él que en ocasión del entierro

de mi abuelo. Y cuando se acercó, me sentí aturdido; no sabía si ponerme en pie o hacer como que no esperaba que me hablase. Pero fue directamente al grano sin que nos diéramos la mano, ni cualquier otro preliminar, diciendo:

—¿Te interesa la guerra civil, Gerald?

—Sí, señor, hasta cierto punto —dije, levantándome.

—Me lo pareció. Tu abuelo... Bien, tengo un libro que te gustaría poseer, un libro de gráficos. No son fotografías, sino dibujos, y no son para niños. Horribles, algunos de ellos. Pero me parece que muestran claramente lo que fue la guerra en realidad. Si te interesa, te lo enviaré esta tarde.

—Muchas gracias, Mr. Millhouser. Se lo agradezco mucho.

No pareció oír mis expresiones de agradecimiento. Estaba mirando con tenue sonrisa la mecedora de alto respaldo en la cual acostumbraba a sentarse mi abuela.

—Buenos días —dijo, asintiendo.

Y se marchó.

A última hora de la tarde; Moisés Hatefield, un negro que era el único criado que vivía en casa de Mr. Millhouser, me entregó el libro. Le di las gracias y él me dijo:

—Cuídelo bien, Gerald. Su abuelo solía decir que este libro mostraba la guerra tal cual era, y no como el desfile del Cuatro de julio.

Por sugerencia de mi madre escribí una nota a Mr. Millhouser dándole nuevamente las gracias, y luego puse el libro bajo mi Atlas, pues tenían el mismo tamaño, dejándolo allí con el resto de los libros que no llevaba al colegio. En el transcurso de los años siguientes dejé de ir a casa de mi abuela durante los veranos; sólo íbamos para celebrar un gran banquete entre Navidad y Año Nuevo. Pero después del segundo curso tuve ya mi propio coche. Y en cuanto disponía de tiempo iba allí. No obstante, no vi nunca a Mr. Millhouser durante mi último año, durante el preparatorio o mis primeros dos años de Colegio. Y acaso no le habría visto más de no haber sido por el libro que me había regalado.

Mi compañero de cuarto era de los primeros en Historia y el profesor de esta asignatura venía a veces a charlar un rato con Kerovian, que era un buen estudiante A, y estaba ya en el penúltimo grado *Phi Beta Kappa*^[1]. En una de estas ocasiones, el profesor le dijo:

—Le recomiendo que consiga un libro llamado la *Historia gráfica de la Guerra Civil*. Su autor es Mittendorf, y fue publicado en Columbas, Ohio, alrededor de 1855. No he vuelto a ver un ejemplar desde que abandoné el noroeste.

—Yo tengo uno —intervine.

—¿Usted, Higgins? Usted tiene un ejemplar de la *Historia gráfica de la Guerra Civil*, de Mittendorf? Describámelo, haga el favor.

—Pues es, aproximadamente, del tamaño de un atlas, y de un grueso de pulgada y media. La encuadernación es verde y hay un grabado de un tambor y un cañón en la pasta. —No apreciaba mucho al profesor de Historia, pero disfrutaba con la situación—. También puedo describirle el contenido, si lo desea.

—¿Y dónde consiguió este tesoro? ¿Estuvo acaso su abuelo en la guerra civil?

—Tuve dos abuelos en la guerra civil, pero el libro me lo regaló una persona que pensó que me gustaría.

—¿Y dónde lo tiene ahora?

—En mi habitación, en casa, con el resto de mis libros.

—Higgins, acaso he sido injusto con usted... ¿No le importaría que Kerovian y yo le echásemos un vistazo?

—Pues... nunca ha estado fuera de casa...

—¡Ahí! ¿Sabía usted lo valioso que era?

—Lo supe siempre.

—Estaría dispuesto a ir a su casa sólo para mirarlo a fondo. Y a que Kerovian me acompañase.

—No tiene necesidad de hacerlo. Lo traeré al volver de las vacaciones de Navidad.

—Me deja usted asombrado, Higgins —dijo el profesor.

Comprendí que el profesor explicaría su asombro a sus compañeros del Club de la Facultad y que una historia así no me causaría ningún perjuicio, sino todo lo contrario. En el plazo de una semana me granjeé una pequeña fama de bibliófilo secreto, lo que no era cierto, y el bibliotecario del colegio me escribió una nota sugiriéndome que donase mi Mittendorf a la Biblioteca, cosa que no tenía la menor intención de hacer. Al menos, mientras no estuviera en situación escolar mucho peor de la que me encontraba en aquellos momentos, y necesitara alguna publicidad en el claustro de profesores y su Club de la Facultad. Es probable que sea innecesariamente severo conmigo mismo, pues acabé mis estudios sin necesidad de tener que emplear el libro de Mr. Millhouser para ningún siniestro propósito, y así, cuando aprobé todos mis cursos, escribí a Mr. Millhouser preguntándole si aprobaría mi donación a la Biblioteca. Y como consecuencia de su respuesta

pude, tras muchos aplazamientos, obtener el material del libro que en estos momentos tiene el lector en sus manos.

Mr. Millhouser se mostró más que complacido de que el libro que me había regalado hallase un puesto permanente en la biblioteca de mi colegio, y que fuese tan considerado. Me invitó a que le visitara, y mi primera visita, en 1926, condujo a muchas más. De nuestras entrevistas se compone la historia que sigue, aunque, claro está, yo la cuento a mi manera y no exactamente como me la relató Mr. Millhouser.

* * *

El primer Millhouser que se instaló en América fue amigo y seguidor de Heinrich Melchior Muhlenberg. Franz Millhouser había asistido a las escuelas clásicas de Finbeck, Hannover, con Heinrich (o Henry). Muhlenberg, y éste escribió a su joven amigo instándole a que se le uniese en el trabajo que estaba realizando en la Congregación Evangelista Luterana de Pennsylvania. En consecuencia, Franz Millhouser llegó a Filadelfia en las postrimerías de 1790. Excepto por sus archivos eclesiásticos cuidadosamente llevados y unas cuantas cartas a su mujer, no dejó escritos que dijeran mucho de una naturaleza personal. Casó con Ana Cristina Weiler, hija de un clérigo da Lancaster, y tuvieron tres hijos y dos hijas. Los hijos cursaron estudios en la Universidad de Pennsylvania, y sólo uno de ellos se dedicó a la clerecía, no tardando en morir en Georgia adonde había ido para encargarse de una nueva congregación. Otro permaneció en Filadelfia, para ocuparse en la práctica de la medicina; y el tercero, de quien descendía el Robert Millhouser de este relato, fue abogado y, posteriormente, juez en Fuerte Penn. El juez Peter Millhouser fue el primer hombre acaudalado de la familia. Dimitió de su cargo forense pocos años después de su nombramiento, y casi inmediatamente amasó una considerable fortuna ocupándose de granjas y tierras madereras, quedando oscuro a título de qué. Fue asesinado mientras dormía, por una persona o personas que no pudieron identificarse jamás.

Peter Millhouser tuvo cuatro hijas y un hijo, Henry, el benjamín y padre de Robert Millhouser. Henry abandonó la Universidad de Pennsylvania mediado su segundo año, debido a enfermedad. Tenía treinta años ya cuando recuperó por completo su salud y pudo consagrarse a desenredar el embrollo de su patrimonio, que por descuidos, desbarajuste y prosecutions legres había sido reducido a una fracción de su valor, intrínseco en época del asesinato de Peter Millhouser. Mediante el duro trabajo realizado por Henry y el natural aumento de valor de los fondos, las pérdidas fueron enjugadas, de manera que el patrimonio se cifraba en más dólares que a la muerte de Peter. Pero la fortuna de Millhouser en 1870 era apenas comparable a la de Millhouser en 1810, y no para ser contada entre las primeras veinte de la Pennsylvania Este-centro.

Henry se casó tarde y formó su hogar en la ciudad de Lyons, donde nació Robert, su hijo único. Escogió Lyons debido a que estaba en el cruce de dos líneas de ferrocarril y en el centro geográfico de las posesiones de los Millhouser; la madera al norte y nordeste; las granjas, al sur y oeste. Zilph Murray, con quien se casó, era una irlandesa del Ulster, viuda sin hijos qué había ido a Filadelfia a visitar a su hermana, pero sin intención alguna de

volver a Irlanda. Cuando Henry la conoció en casa de sus primos de Filadelfia, se enamoró al instante de ella, aunque su acento irlandés parecía prevenirle que se trataba de una católica romana y que, por sus severa educación y confianza propia, nadie podría hacerla cambiar de religión. Luego, al saber que no era católica, sino protestante presbiteriana, se declaró, siendo aceptado con una celeridad que le deleitó y alarmó al mismo tiempo.

—Me estaba preguntando si tendría que volverme coqueta para hacerte hablar —le dijo ella—. No creas que no estaba preparada para ello.

El matrimonio fue feliz desde el comienzo, entristecido únicamente por dos abortos de Zilph antes del nacimiento de Robert.

Lyons no era una ciudad de mucha vida social mediado el siglo, y de haberlo sido, Zilph Millhouser no habría participado en ella.

—¿No te gustaría tratar con algunas personas de la ciudad?, —le preguntaba Henry.

—Pues, sí; y si mantienen sus distancias, me alegrará mantener las mías. ¿Qué es lo que podemos hacer?

—Alimentarlas, supongo.

—Y después de eso, ¿qué? ¿Una partida de cartas? No con metodistas, desde luego. ¿Conversación urbana? ¿Sobre qué tema? No, Henry querido. Estando contigo, ya estoy contenta y me basta.

También él estaba contento. Como recién llegado a la ciudad se hallaba expuesto a cierta hostilidad, pero como hombre de medios nadie se la mostró. Su inicial cuenta corriente en el Banco le convirtió de inmediato en el imponente más importante, y cuando tras este hecho se hizo aparente que no albergaba ningún plan para dominar la ciudad o cambiar el orden establecido, desaparecieron la latente hostilidad y el recelo, siendo tratado con la especial deferencia debida a un hombre que dispone del poder, pero se abstiene de emplearlo. Las mujeres no querían a Zilph; las protestantes no podían creer que ninguna irlandesa fuese otra cosa que católica; y las católicas, la mayoría de ellas irlandesas, odiaban su protestantismo. Pero sus maridos las reducían rápidamente al silencio en sus comentarios, cuando eran hechos en su presencia, claro está, y muy pocas mujeres de Lyons se salvaban del varapalo que era el acostumbrado castigo por oponerse a sus maridos. Y a menudo eran zurradas, en gran parte más por justicia que por una deliberada desobediencia.

Robert Millhouser tenía quince años y se encontraba en Mercersburg cuando nació su padre, y Zilph, que aún no tenía cuarenta y cuatro años, tenía que tomar una difícil decisión. Mientras había estado casada no había hecho amistades entre las gentes de Lyons y, como había dicho, estaba contenta. Era

un singular contento; allá en su condado, jamás había estado lejos de amistades o del mar; en Lyons no estaba a media milla del gran bosque que llegaba hasta el calvero en medio del cual había construido su casa Henry. Hacia el Oeste, el bosque se elevaba intacto por el camino real, arriba y sobre la montaña segunda y abajo sobre el segundo valle antes de llegar a la carretera. A una milla de su casa se abría la selva, y ningún habitante de Lyons se hubiera aventurado sin guía en la montaña del siguiente valle. Gente alocada se había extraviado y muerto a distancia del sonido del pito del tren de Lyons-Fuerte Penn. Sólo los cazadores de alces y osos llevaban sus escopetas al siguiente valle; quienes desearán gatos monteses o venados, no habían de ir tan lejos. A veces, entrado el otoño, Henry tenía invitados a pasar la noche, hombres de Fort Penn y Filadelfia, quienes se levantaban antes del alba, se marchaban y no volvían hasta pasados tres o cuatro días, o una semana. Nunca llevaban menos que un gamo o rebeco, y a menudo la cabeza y piel de una bestia de caza mayor, para ser disecada. Henry no gustaba de ir a cazar con sus amigos, pero sí le agradaba ser su anfitrión y le enorgullecía que lo fuera Zilph; y cuando los hombres regresaban a sus ciudades, él le volvía a preguntar si no echaba de menos la vida de relación, puesto que en estas ocasiones se mostraba tan a sus anchas.

—Una mujer —respondía ella— disfruta atendiendo a los hombres. Tus amigos llegan aquí con gran expectación y es lo que los hace tan joviales, y luego, una semana después vuelven, muy satisfechos de sí mismos por haber sido tan valerosos y tan diestros con sus armas de fuego. Pero no serían tan joviales si les acompañasen sus mujeres..., ni yo tampoco, cariño, ni yo tampoco. Nada, estoy contentísima.

La fuente de su contento se hallaba en la intimidad de sus vidas; en la satisfactoria naturaleza de dependencia de ella, en el seguro conocimiento de que no habría tanto placer para él como para los hombres que les visitaban en sus excursiones de caza, cuyas risas, que ella oía, no habían sido escuchadas nunca por sus mujeres. Pero ahora él estaba muerto y el muchacho se hallaba en el colegio, y él había formado parte de este encierro también; un chico serio y gentil, con más de su padre que de ella, quien a medida que se hacía mayor parecía mirarla como su padre a menudo lo había hecho, fascinado por su vitalidad y su espíritu vivo y humorístico; como si fuera su propio padre, y contemplándola como él lo hacía, pero sin obtener la última comprensión de ella, que era el derecho de su marido como esposo. El muchacho no compartía este pesar con su madre. Lo conservaba con celo egoísta y tampoco lo compartía con nadie; y durante días, o algunas semanas, le hacía sentir

inconscientemente a ella, como forastera que en realidad era, una extranjera que había sido la compañera de su padre durante no demasiado tiempo. En estas tristes semanas, el cariño del muchacho no apartaba la fantástica idea de que era una criatura que había vivido tantos años como su padre, y siempre con su padre. Y, sin embargo, ella comprendía al muchacho.

Henry había alcanzado los treinta años antes de que comenzara a participar en el mundo de los negocios, y se movió a paso más lento que la mayoría de sus contemporáneos; era de amables palabras y, sin duda a causa de la violenta muerte de su padre, nada agresivo en sus tratos comerciales, lo cual constituía casi el total de sus relaciones con la raza de los hombres. Había esperado llegar a una mediana edad para casarse, y desde aquel momento ella se había convertido en la única, real y simbólica encarnación del sexo femenino. Cuando el muchacho fue haciéndose mayor, padre e hijo parecieron unirse, y esto, ella lo sabía, era en beneficio de todos. No disminuía ni un ápice el amor que sentía por su hijo el hecho que estuviera más próximo a su padre; ella tenía el amor de Henry y él el de ella, y era fácil imaginarse, contemplando al muchacho y su crecimiento, una repetición de la mocedad de su marido. Veía a éste en el muchacho, la juventud del padre en aquellos años que ella no había podido conocer. Y muerto Henry, le quedaba un vívido recuerdo de él con el muchacho que tanto se le parecía a medida que se iba convirtiendo en hombre.

También había que tener en cuenta otras consideraciones. Ésta había sido la casa de Robert, su hogar y su ciudad, la morada de sus compañeros de recreo. Conocía las calles y los patios, los terrenos de las merendolas y los estanques para nadar y los campos para hacer deporte. Aquí fue de niño a la escuela dominical a aprender a leer y a escribir; aquí vivió el médico que le asistió en sus enfermedades de la infancia, y como ella suponía sagazmente, a este lugar, a estos parajes, había siempre de traerle su querencia. Por lo tanto, aquí se quedaría ella. Una vez tomada la decisión, no pareció ya difícil el escoger; pero los primeros días sin Henry, la tentación de vender la casa y trasladarse para siempre a otro lugar había sido grande. Con su herencia podría vivir en cualquier parte del mundo, y hubo momentos en que sintió un acuciante impulso de volver a Irlanda, de establecerse en Londres, su ciudad favorita, o en Nueva York, y en esta ciudad, y si ya no podía tener más la dicha, cuando menos sí podía tener un sustitutivo; podía vivir donde había estado la felicidad, mejor que en otro lugar que no la había enmarcado nunca. Seguiría en esta mansión hasta que Robert se casara y llevara a otra mujer a

ella, y entonces iría a su condado para una visita..., pero para no regresar nunca más a Lyons.

Escribía a Robert dos veces por semana, una larga carta el domingo, y una nota el miércoles, durante el resto de su estancia en Mercersburg y durante los cuatro años que estuvo en la Universidad de Filadelfia. Se distraía haciendo jardinería o cosiendo y bordando, leyendo y tocando el piano. Una vez cada quince días venía de Fuerte Penn, Conrado Isaminger para aconsejarla sobre la manera de llevar la hacienda de Henry. Solía llegar en el tren de mediodía, y se quedaba a comer, le presentaba los documentos a la firma, y, después de seguir charlando hasta la caída de la tarde, Moisés Hatefield le conducía a la estación. No tardó en conocer más sobre las propiedades de Henry de lo que supiera en toda su vida de casada, y en todo cuanto no fuesen tecnicismos legales, Conrad Isaminger comenzó a escucharla tanto como se escuchaba a sí mismo.

Había heredado quince granjas y cuatro grandes puestos madereros, y en el segundo invierno de su viudedad hizo venir a los granjeros a Lyons en grupos de cinco, para conocer a los hombres y sus opiniones. Todos pasaron la noche en la casa central y a su costa. Antes de la reunión de negocios que les ocupó toda la tarde les fue ofrecido un espléndido banquete al estilo irlandés y les obsequiaron con cigarros. Conrad Isaminger actuó como intérprete para quienes no hablaban inglés —dos o tres por cada lote de cinco— y animóse a cada hombre a que expusiera las necesidades de su granja, desde los cierres de los arneses hasta los troncos de tiro, sin ningún compromiso empero por parte de Zilph. Al volver de nuevo, los granjeros rezongaban sobre la necesidad de explicarlo todo a una mujer, pero Conrad Isaminger dijo a Zilph que individualmente, los hombres no estaban insatisfechos.

—Considerándolo, eso está muy bien.

—¿Considerando qué?

—Pues que si no les gustara estarían disgustados. Saben que Henry los trataba mejor de que nadie, incluyéndole a usted... Desembaracémonos de uno que se llama Hegelbrecht. Es un mentiroso redomado.

—Es un magnífico granjero.

—Es un lioso de siete suelas, eso es lo que es. Y le apuesto doble contra sencillo a que es su mujer quien hace la mayor parte del trabajo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque soy mujer y sé cómo me trataría si le diese la oportunidad. Conozco el paño.

—Pues, sí; la hace trabajar como una mula. Pero eso lo hacen todos. Las mujeres lo esperan.

—Yo no estoy en contra del trabajo duro de las mujeres, pero sí cuando lo hacen por un patán de esa clase.

—Está bien, se irá. Pero, ¿sobre qué mintió?

—Quiso que le comprásemos pintura para el establo. Y el establo fue pintado hace tres años.

—Sí, me parece que sí. Antes de que Henry muriese. —Pensó que yo no lo sabría porque ocurrió antes del fallecimiento de Henry. Pero me informé sobre todas las granjas, cinco a la vez, cada vez que venían los hombres aquí. Tenemos una factura de la pintura para Hegelbrecht, por la que él cobró comisión del suministrador. En adelante hemos de examinar mejor las facturas en ese almacén, Conrad. ¿No ha comparado usted sus precios con los de otros almacenes?

—Sí, son mayores.

—Pagamos al contado en diez días para tener el dos por ciento de descuento, ¿no es eso? Pero la mayoría de los granjeros no pueden hacerlo, ¿verdad?

—Puede apostar a que no.

—Entonces dejemos de pagar al contado a ese almacén. Que la cuenta vaya engrosando, y cuando nos pregunten sobre el particular les meteremos miedo en el cuerpo. O mejor dicho, se lo meterá usted. Que su culpable conciencia les atormente.

—Está bien. Pero, ¿qué es lo que deseaba decirme?

—Piense en algo.

—Hay varias cosas —respondió Conrad Isaminger—. Muy pronto no me necesitará usted, Zilph.

—No diga tonterías, Conrad.

—Es la verdad.

—A menos que usted quiera decir que desea dejar el trabajo. Lo que yo he estado haciendo es sólo un juego. A decir verdad, no podría seguir sin usted.

Un año más tarde Conrad Isaminger propuso un honorable matrimonio. Él tenía sesenta años, dijo, y ahora que sus hijos estaban casados (su mujer había muerto hacía diez años) no tenía a nadie que le esperase por las noches en casa, una casona en el camino del río, llena de habitaciones en las cuales no entraba nunca. Se encontraba solo, y ella lo comprendería.

—Está bien —respondió ella—. Pero como abogado no defiende usted muy acertadamente su caso. Conrad, la respuesta es no. Halle una viuda en

Fuerte Penn y convénzala. Pero nunca seré yo. Usted es aún demasiado joven para abandonar el trabajo; y yo, demasiado vieja para dejar el que tengo aquí, y empezar de nuevo en otra parte.

—Puede usted conservar esta casa y podríamos venir aquí por Navidades, en las vacaciones de Robert.

—¿Podríamos venir aquí? ¿Usted y yo? ¿Cree usted que Robert querría venir una vez le viese a usted sentado a la cabecera de la mesa? Ningún hombre ocupará nunca el puesto de su padre, y Dios se apiade de quien intentara hacerlo.

Recibió otra proposición de matrimonio, la del reverendo Emil Betz, pastor de la iglesia luterana de Lyons, y viudo también. La había visitado antes en ocasión del entierro de Henry, como cada año precedente lo había hecho a la casa de los Millhouser al igual de las demás de su congregación. Zilph había continuado asistiendo a su iglesia después de la muerte de Henry, pero aparte de haber estrechado la mano del clérigo tras el servicio dominical, no le había visto hasta que en uno de aquellos domingos le preguntó si podía visitarla el siguiente día. Se había preparado para aumentar su contribución a las arcas de la iglesia, pero no había adivinado en modo alguno la intención del reverendo.

—Será mejor que me quede en pie —dijo él, cuando ella le invitó a que se sentara—. Hermana Millhouser, podemos hacer mucho juntos en pro del Señor, y no crea, por favor, que se trate de un mero aforismo. Lo he pensado y repasado, le he dado vueltas, he meditado en los pros y en los contras. Un pastor necesita una esposa a su lado, tanto como una mujer precisa de alguien que cuide de ella. *Hay mucha tarea del Señor a hacer...*

—Por favor, siéntese, reverendo.

—¿Me hace el favor de esperar a que termine?

—¿Es que me pide que me case con usted?

—¿No suena a algo por el estilo?

—Lo cierto es que no mencionó la palabra esposa.

—Aún no he terminado, hermana.

—Pues, por favor, no lo diga, reverendo. Puedo darle mi respuesta desde ahora, y no me parece justo que prosiga usted.

—¿Justo? ¿Qué tiene que ver lo justo con esto?

—Verá, es que sé mi respuesta...

—Pero, ¿cómo puede saberla si no me escucha?

—Porque no voy a casarme con nadie, por muy elocuente que sea el pretendiente.

—Pero la tarea del Señor tiene que ser hecha...

—Sí, pero no por mí.

—¿Qué?

—La verdad es que yo no soy una mujer muy religiosa, reverendo. Una religión es para mí igual que otra cualquiera, siempre que no sea la del papa de Roma.

—Usted es luterana.

—¿Lo soy? Me hice luterana cuando me casé con Henry, pero, a decir verdad, reverendo, no aprendo mucho escuchando alemán domingo tras domingo.

—Yo le enseñaré alemán.

—Me temo que no. No quiero aprenderlo. ¿No cree usted que, si hubiera deseado aprenderlo, lo habría hecho con Henry?

—Me extrañaba que él no lo hiciera. A pesar de todo, es un Millhouser. ¿Qué va a hacer usted con todo el dinero?

—¿Qué dice usted?

—Una mujer con tanto dinero... ¿Qué puede hacer usted con él?

—Sé lo que me gustará hacer con parte de él.

—¿Qué? Debería usted decírmelo.

—Pues me gustaría construir mi hipódromo en el otro extremo de la ciudad.

—¡Un hipódromo!

—Hay muchos caballos veloces por allá.

—¡Bromea usted!

—No tengo intención alguna de construir un hipódromo, pero me pasó la idea por la cabeza. Es debido a la clase de mujer que soy, reverendo. No, no creo que disfrutara usted siendo mi tercer marido.

—¿El tercero? El segundo, querrá usted decir.

—No, el tercero. Me quedé viuda a los veintiocho años.

—¿Tuvo usted hijos?

—No, pero estuve casada durante dos años.

—¿Qué era su esposo?

—¿Cómo se ganaba la vida? Pues de manera muy semejante a Henry. Poseía tierras.

—Un hombre rico...

—Pues, no. Siempre con deudas.

—¿De qué murió?

—Se desnucó, el pobre. Salió despedido por encima de la cabeza de su caballo y fue a parar a una zanja... Ya lo ve usted, reverendo. He tenido mala suerte en la vida. El matrimonio con Henry fue diferente al primero, como lo sería también si me casara con usted. Bien, ¿quiere usted sentarse ahora y tomar una taza de té?

—Gracias. Ya es hora de que me vaya.

—Pues, ¡que le vaya bien!, —dijo ella, con impulso irresistible.

Pero olvidando despedirse, el reverendo se hallaba ya camino de la puerta.

Zilph creó un efímero escándalo al saberse en la ciudad que un grupo de tres hombres de Filadelfia habían pasado varias noches en su casa. Eran algunos de los mismos que habían dormido en ella en el pasado, antes de ir de caza. Zilph no estuvo en casa durante la visita. Se hallaba en Filadelfia, efectuando sus anuales compras navideñas, y no se había preocupado de informar a nadie en la ciudad de que su viaje coincidía con el empleo de su casa por los hombres. Cuando se conocieron ambos hechos, el escándalo murió, pero en su lugar apareció un resentimiento activo por el hecho de haber dejado de explicar el doble arreglo. No había nadie en la ciudad a quien explicara o justificara nunca ningún acto, pero el sentimiento entre la gente provenía de que, en su opinión, Zilph debía de haberse liberado de antemano de cualquier sospecha, y el no hacerlo reflejaba de manera inequívoca su indiferencia hacia la opinión pública, por lo que ésta se mantuvo en su contra. Por fin los ciudadanos disponían de algo justo en qué basar su hostilidad hacia ella; era una mujer sola, lo bastante joven aún como para provocar sospechas, y tan desdeñosa y voluntariosa que no daría un solo paso para protegerse contra el propio reproche. Durante sus años de matrimonio con Henry, en los que no había habido motivos para criticarla, eran ahora recordados como años en los cuales se había prohibido a las esposas criticarla. Con Henry en vida y a su lado, y tan consagrado a ella como ella a su hogar sólo podía ser censurada por su extranjería y su retraimiento; pero como rica y guapa viuda que vivía sola y sin ninguna disposición a comunicarse con sus vecinos, se convirtió en sus mentes en una persona indiferente y desafiadora, y algún día habría de pagar su desdeñosa actitud.

Mas ella no se desentendía del escándalo. Su doncella era una joven del condado de Waterford, quien se relacionaba con los católicos irlandeses de Lyons y que informaba jubilosamente a su ama:

—Los protestantes quieren su cabeza de nuevo —le decía, ignorando el hecho del protestantismo de Zilph, o, como Zilph sospechaba, intentando socavarlo.

Margaret Dillon (así se llamaba la doncella) había llegado a Zilph a través de Mrs. MacMahon, mujer del joven dueño de una de las tiendas de ultramarinos más pequeñas de la ciudad. Los Millhouser patrocinaban la tienda de MacMahon debido a que Henry Millhouser había deseado echar una mano al joven MacMahon cuando volvió de la guerra. «Es lo mínimo que podemos hacer por un joven soldado», había dicho; y «Una lechuga es muy parecida a otra». Por lo demás, las lechugas de MacMahon eran ligeramente más baratas que las de Fred Langendorf, y MacMahon y su mujer se mostraban tan deseosos de complacer, qué Zilph los recompensaba comprándoles toda la verdura, y sólo alimentos secos en la tienda de Langendorf, hecho que no debilitaba la sospecha de Mrs. Langendorf de que Zilph era católica irlandesa. Cierta día, Mrs. MacMahon le dijo a Zilph:

—Una prima de una amiga mía va a venir de Irlanda, Mrs. Millhouser. No conozco a la muchacha, pero fue doncella de una dama y bien recomendada en Dublín. Si supiera usted por casualidad de alguien que tuviera una plaza para ella...

Margaret Dillon desembarcó en Baltimore, y aproximadamente un mes después de la conversación se hallaba trabajando para Zilph.

Era una mujer de pelo negro, ancho rostro cuadrado y mandíbulas que parecían hechas para sostener la correa del casco de un policía. Pero la masculinidad de su aspecto inducía a error; era delicadamente femenina en el cuidado del guardarropa de Zilph, la ropa blanca de Henry, la mantelería y sábanas, las cortinas, el piano, los jarrones, tapices y alfombras. Era hábil con la aguja, hasta para el zurcido de ropa de Henry y Robert. Leía y escribía inglés y había adquirido algunas nociones de francés de su gobernanta en su empleo de Dublín. Su tolerancia por el protestantismo de Zilph no era cosa nueva; había trabajado siempre con la misma familia de Dublín, protestante, pero católica, y su actitud hacia sus componentes, así como con Zilph, era la de que algún día se convertirían a la verdadera fe caso de que ella diese el buen ejemplo y dejase caer alguna que otra palabrita de cuando en cuando. Zilph, mujer del Ulster, había de ser tratada tanto políticamente como teológicamente, pero Margaret Dillon tenía plena confianza en el poder de su sutileza. Aunque era casi veinte años más joven que Zilph, las dos mujeres se hallaban hacia medio camino entre sus edades: Margaret tenía la temprana madurez de la mujer no agraciada, y Zilph mantenía la juventud de la bien parecida.

Margaret había ingresado en el hogar de los Millhouser cuando Robert tenía ya cerca de diez años. Poseía el don de las sirvientas irlandesas para

hacer obedecer a la chiquillería de una casa, sin sacrificar por ello su posición como fuente de simpatía, comprensión y alguna que otra regañina. Le fue fácil ganar a Robert desde el comienzo, mediante pequeños sobornos de pastelillos o dulces y fruslerías, ocultando pequeñas cosas de él y diciendo pequeñas mentiras en su favor. Lograr su respeto era muy sencillo, pero más difícil para Margaret Dillon: algunas veces le daba un cachete, y otras se negaba a hablarle. Las quejas del pequeño a su madre de que Margaret le había dado un sopapo caían en saco roto; Zilph le contestaba que seguramente se lo habría merecido. No podía quejarse de que Margaret no quería hablarle, lo que pronto se convirtió en el castigo más eficaz, puesto que excluía la posibilidad de que pudiese pedirle cualquier favor. En el plazo de un año, Robert y Margaret habían tenido tantas crisis menores, compensadas igualmente por la amabilidad de ella, que empezaba a parecer que siempre había formado parte del hogar.

La cocinera era una mujer mayor, de más edad aún que el mismo Henry Millhouser, y como Margaret Dillon inmediatamente comentó, disfrutaba de poca salud. Era la única cocinera fija en todo Lyons. En las demás casas, la esposa hacía la cocina, indiferentemente a la posición social o económica de la familia o al número de componentes de la misma. Mrs. Daub era una buena cocinera y excelente repostera, gruesa mujer a la que a menudo se hallaba sentada a la mesa de la cocina con los ojos abiertos y, sin embargo, al parecer dormida como un leño, con un trozo semicocido de pastel delante y una taza de té ya frío. Su respiración era a veces la de una persona que dormía, acompañada por una especie de silbido que era lo más próximo a un ronquido. Al cabo de un rato se ponía en pie y se dedicaba a alguna tarea, tal, como por ejemplo, dejar brillante como una pátena el fogón, como si durante todo el tiempo que había estado sentada hubiera estado meditando intensamente en el esfuerzo que iba a realizar. Jamás parecía notar la entrada de Margaret Dillon ni la saludaba, y no prestaba la menor atención a su ebullición y chachareo de trastienda. «La conversación con Mrs. Daub es como meter pequeñas bolas de mantequilla en un gran caldero de mantequilla», decía Margaret Dillon. La mayor experiencia de Robert con Mrs. Daub le había enseñado que si iba a la cocina y le pedía algo, había de esperar a ver si movía la cabeza en gesto de asentimiento o denegación. Raramente empleaba la facultad de la palabra. No tenía visita alguna, no tenía maleta, y sólo salía de la casa el domingo para asistir al oficio de vísperas en la iglesia del reverendo Mr. Betz. Había sido contratada por Henry antes de casarse con Zilph. «Si no te gusta buscaremos otra», le había dicho, y Mrs.

Daub se había quedado debido a que no existía razón alguna para despedirla. Daba la impresión de pereza, como si fuera una mujer inerte en la casa, una cosa inanimada; pero la comida estaba bien condimentada, los postres eran siempre un regalo, la cocina estaba en perfecto orden y limpieza, oliendo entre comida y comida a jabón y lejía, y tanto la cocinera como sus uniformes y su dormitorio aparecían también como recién lavados.

Al no bajar Mrs. Daub una mañana, Zilph envió a Margaret Dillon, quien volvió casi cayéndose a pedazos ante la presencia de la muerte.

—Corra en busca del doctor —le dijo Zilph, para que hiciera algo.

Zilph no sabía a quién notificarlo; siempre había diferido preguntarlo a Henry y a la propia Mrs. Daub, por lo que algo desesperada puso un telegrama a Conrad Isaminger, quien tomó el próximo tren para Lyons. Sabía por el alcalde, el jefe de policía y el pastor luterano, que Mrs. Daub tenía un marido que vivía en el mismo Lyons, era dueño de un bar y no había visto a su mujer por espacio de cerca veinte años. No habían tenido hijos, ni había habido divorcio. William Daub, no manifestó el menor deseo de asistir al entierro de su esposa, hasta que Conrad Isaminger señaló que puesto que Mrs. Daub había muerto *ab intestato*, su marido tenía probablemente derecho a los ahorros de su mujer, y que, si intentaba aceptar el dinero, le debía esta postrera muestra de respeto.

—No tengo ningún respeto por ella —respondió William Daub—. Es posible que se lo haya tenido en alguna ocasión, pero ya no. ¿Recibiré el dinero aun en el caso de que no vaya a su entierro?

—Me temo que sí —replicó Conrad Isaminger.

—Entonces, cambio de parecer. No voy al entierro.

La sucesora de Mrs. Daub fue, inevitablemente, una irlandesa, y pariente lejana de Margaret Dillon. Era de más edad que ésta, y como cocinera se suponía que ocupaba una posición más elevada en la servidumbre de una casa. Margaret no lo vio de esta manera, y la cocina cesó de ser la silenciosa estancia que fuera en vida de Mrs. Daub.

—Tú harás lo que yo diga —le dijo Teresa O'Malley a Margaret, pretendiendo imponerse.

—Yo no recibo órdenes de ninguna novata, y menos de una a la que le he conseguido el empleo.

—¿Qué tú me has conseguido el empleo? ¡Vamos! No vine desde miles de millas de distancia para que me hablara con desprecio un renacuajo que no puede decir con seguridad ni quién es su padre. ¿Está clarito?

—Lo que está muy clarito es que no voy a pasar otra noche bajo el mismo techo con trastos como tú. Habrás de saber que mi padre fue Hugh Patrick Dillon. Aunque demasiado lo sabes. Y tampoco ignoras que Hugh Patrick Dillon podía engendrar a sus propios hijos lo mismo que los de los demás hombres. Dos de tus mocosos tienen un parecido bastante mayor a Hugh Patrick Dillon que al de cualquier Tim O'Malley. Pero lo que pasa es, distinguida señorita, que Hugh Patrick Dillon siempre volvía donde mi madre después de haber echado una cana al aire contigo. Y con muchas como tú. Esto sí que está bien clarito, y te garantizo que se sabrá donde sea.

La cocina era un lugar animado, aun cuando las dos mujeres no estuvieran exponiendo sus respectivos puntos de vista sobre las virtudes de los Dillon y los O'Malley. De regreso de Mercersburg, Robert disfrutaba sentándose allí y escuchando sus remembranzas de Irlanda, sus comentarios sobre los ciudadanos de Lyons, y a veces oyéndolas cantar himnos con una pronunciación latina que era una variante de la que él aprendía en el colegio. Mrs. O'Malley tenía una pequeña voz de soprano que casaba bien con la de tiple de Margaret y cantaban lindamente, especialmente el *Adeste Fidelis* en las fiestas navideñas, himno que proporcionaba a Margaret la oportunidad de hacer sus mejores gorgoritos, fantaseando sobre la melodía. Su madre siempre intervenía para hacer que cesaran en sus disputas. «Vamos, Margaret, vamos... y no quiero más chismorreos», decía, poniendo fin a una queja antes de que fuera pronunciada. A los dieciocho años, Roberto, había pasado ya la edad de recibir coscorriones o sopapos, convirtiéndose en un guapo mozo por cuya aprobación competían constantemente ambas mujeres. Margarita le hacía guantes y bufandas, gorros de patinaje y jerséis de fantasía. Teresa, menos dotada con la aguja, le regalaba gemelos y corbatas, armónicas y cortaplumas. La competencia por su favor promovía algunas de las más sonadas querellas entre las dos mujeres, y, también algunas de las más tempranas experiencias del tacto de Robert tuvieron lugar en la cocina.

Fuera de la casa, aunque muy dentro de las propiedades, su camarada protector era Moisés Hatefield, cuyo padre era Abraham Hatefield, cabeza de una de las diez o doce familias negras de la ciudad. Abraham trabajaba en la cochera de alquiler de McDermott, y tenía cuatro hijos, pero los trabajos eran escasos para los varones negros, y sólo Moisés permanecía en Lyons. Las tres muchachas Hatefield ayudaban a su madre, que se ocupaba de lavandera, hasta que fueran lo bastante mayores para emplearse en el servicio doméstico. Moisés era el hijo menor, y su padre estaba encantado de que no quisiera ir a Fuerte Penn de camarero como sus hermanos. Abraham Hatefield había

empezado la vida como esclavo en Virginia, y se estaba convirtiendo en una cosa, cuando decidió escapar. Durmiendo de día y caminando de noche, consiguió llegar a Lyons, donde se rompió una pierna saltando de un henil en donde había pensado pasar la noche. «¡Pégueme un tiro!», exclamó, desgarrado por el miedo y el sufrimiento. «¡Pégueme un tiro, mi amo!». Pero el granjero que le descubrió, le vendó la pierna, le dio de comer y le permitió que durmiese en el granero hasta que pudiera andar de nuevo. La pierna rota había quedado un tanto más corta que la otra, por lo que Abraham tenía una cojera permanente, pero trabajó para el granjero durante toda aquella primavera, el verano y comienzos de otoño, no recibiendo salario, pero si comida y fecho en el granero. Pero como la cosecha fue magra, Langendorf, que así se llamaba el granjero, le dijo que no podría alimentarle durante el próximo invierno, que lo necesitaba todo para su mujer embarazada y para él mismo, pero que respondona por él en la ciudad. De mala gana se avino a abandonar la granja Abraham, e inmediatamente halló trabajo en las Postas cuidando de los caballos por un chelín a la semana, además de la comida y el derecho a dormir en el establo. Vivió de esta guisa durante tres años, se construyó una cabaña y tomó a una joven por esposa. Ella era criada en las Postas y pertenecía a una de las familias negras de la ciudad. Trabajó hasta la víspera del nacimiento del primer hijo, y volvió al trabajo al día siguiente, llevándose consigo a la criaturita y dándole de mamar cuando podía. No podía abandonar su trabajo; necesitaba la comida que le daban en la Casa de Postas, cuyo propietario ya había puesto reparos a que Abraham viviese en la cabaña, arguyendo que parte de su trabajo consistía en dormir en el establo, de manera que los caballos estuviesen dispuestos a salir con la primera luz del día. Abraham y su mujer estaban aterrorizados. Sabían que eran muy mal pagados, pero también que no había otro trabajo para ellos en Lyons y no tenían amistades en ninguna parte que pudieran procurárselo, aunque se trasladaran a otra ciudad. Pero la buena suerte tomó cartas en el asunto. Se completó la segunda línea de ferrocarril, cuyo término era Lyons, y un hombre llamado McDermott abrió la primera cochera de alquiler, y fijándose en cómo cuidaba Hatefield de los animales en los establos de las Postas, le ofreció diez dólares por mes para que trabajara en el establo.

Moisés Hatefield no tenía instrucción, pero en la cochera de McDermott adquirió cierto barniz observando e imitando la manera de hablar y los modales de una clase de hombres que podían permitirse el lujo de alquilar caballos, vivir en hoteles, fumar puros, beber *whisky* y examinar las anchas piezas de pergamino que no tenían grabados, pero les decían dónde debían

mirar para encontrar el carbón que había bajo la tierra. En raros momentos, McDermott le enseñó a contar hasta cien y leer los números. Aprendió a cantar las letras del alfabeto en su debido orden y cuando tuvo dieciocho años podía ya identificarlas visualmente y formar sonidos uniéndolas, leer lentamente un nombre, un sustantivo y unos cuantos verbos. Pero leer era un trabajo duro y además no se le pedía. Los viajantes y los hombres con los anteojos montados sobre tres bastones no le gratificaban por leer, sino que sus propinas se debían a que era fuerte y rápido.

Cuando Henry Millhouser construyó su casa, Abraham Hatefield conducía el carro alquilado para el transporte de los materiales desde la estación del ferrocarril hasta el calvero Millhouser. Moisés acompañaba a su padre y le ayudaba en la carga y descarga de vigas, ladrillos y maderamen interior. Sólo tenía diez años, pero ya sabía cómo poner los arneses a un caballo. Moisés tenía que subirse sobre un cubo vuelto boca abajo para compensar su falta de estatura, siendo así casi tan alto como su padre. Fue testigo de la construcción de la casa, desde la colocación de los cimientos hasta la última capa de pintura, y cuando estuvo lista no fue olvidado por Henry Millhouser en la distribución de monedas de plata a los carpinteros, albañiles y sus aprendices. Pero aún pasaron diez años antes de que viera el interior de la casa con sus alfombras, los cuadros en las paredes y su mobiliario.

Moisés contaba ya veinte años cuando un día oyó decir que el cochero de los Millhouser, Ryan, había muerto de repente aquella misma mañana; y en acabando sus tareas en el establo de McDermott se marchó sin dar explicación alguna a su padre. Éste se hallaba ya débil y pasaba la mayor parte del tiempo sentado sobre un fardo de forraje y espantando moscas. McDermott seguía pagando a Abraham, pero era Moisés quien hacía el trabajo. A cambio de ello, recibía propinas, pero no un salario regular.

Moisés sospechó muy sagazmente que los caballos de Millhouser serían descuidados en medio de la agitación repentina por la muerte de Ryan, y yendo al establo almohazó los caballos, les puso agua y pienso y volvió corriendo donde McDermott, sin hacer conocer su presencia a nadie de los Millhouser. Por la noche volvió al establo de Millhouser, cuidó de los caballos y luego les preparó las camadas renovándoles la paja. Pero esta vez fue visto por Henry Millhouser, quien habiendo recordado de pronto a los caballos, fue a atenderlos.

—Te has portado muy bien, Moisés —dijo—. ¿Es que querías tanto a Ryan?

—No, señor.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

Moisés quedó silencioso.

—¡Oh! Es que nos quieres mucho a nosotros.

—Sí, señor.

—Ya comprendo. Y te gustaría venir a trabajar para mí.

—Sí, señor.

—Pero si vinieses a trabajar para mí, ¿no perdería tu padre su trabajo con Mr. McDermott?

—Mi padre morirá pronto, señor. Ya es muy viejo.

—Te diré lo que voy a hacer, Moisés. Voy a pensar en ello; mientras te daré veinticinco centavos por día para que vengas un rato a atender a los caballos.

—¿Cuánto tiempo tardará en pensarlo, señor?

—¡Oh! Pongamos una semana. Te lo diré dentro de una semana.

Moisés quedó de nuevo silencioso.

—Veo que no te gusta. Bien, debo decir que te diste cuenta de la situación y no perdiste tiempo en aprovecharte de ella.

—¿Señor?

—Espera aquí un minuto. En seguida vuelvo.

Henry entró en casa y explicó las circunstancias a Zilph.

—¿Te opondrías a tener un muchacho negro como cochero?

—¡Oh!, más bien sería elegante. ¿Puede llevar la librea de Ryan?

—Algunas de ellas; es aproximadamente de su misma estatura.

—¿Dónde vivirá? En la cocina podría no gustarles.

—No tiene necesidad de vivir aquí. Pero, ¿no pondrías reparos?

—No. Los he visto en Londres y en Filadelfia. Dan cierto estilo de conjunto. Más que el pobre Ryan, con su gran nariz azul y sus ojos lacrimosos.

Tras los años con Mr. McDermott, el servicio de Mr. Millhouser le daba tan poco trabajo, que siempre disponía de tiempo para hacer excursiones por los bosques con Robert. Enseñaba al hijo de su patrón todo lo que había aprendido de su propio padre; lanzar con honda una piedra para aturdir a una ardilla, el empleo de una vara ahorquillada para clavar a una cobra, el reconocimiento de los olores de la selva y de las llamadas de los pájaros, la habilidad para moverse en silencio, la selección de las bayas comestibles y de las cortezas de buen gusto, las precauciones para no extraviarse, la lectura de las primeras señales del invierno, la seguridad de instintivas prevenciones cuando nada parecía aparentemente insólito... Robert sabía montar a caballo,

pero no tenía aún conocimiento alguno del establo, de los frotamientos con paja, del lavado entre las tetas de una yegua, de la plegadura de una crin y el alisado de una cola, de las señales de enfermedad en el estiércol y el dominio de las pependencias. Los días de escuela, Roberto jugaba con sus amigos; pero los sábados iba a menudo con Moisés al bosque, donde pasaban toda la mañana. Admiraba a Moisés por las cosas que podía hacer, y Moisés disfrutaba con la alegría tranquila, pero ilimitada, de su patroncito por las cosas que él siempre había hecho. Moisés podía cascar una nuez con los dientes y romper sobre su rodilla un radio de rueda de coche. Tenía un repertorio de imitaciones de todos los ruidos del establo y el corral.

—¿Reconoces este ruido, Robert?

—Esto es..., hazlo de nuevo. Otra vez. Eso es el ruido del freno bajando una cuesta.

—Pues, no señor, no es eso. Es el ruido que se produce al afilar la navaja en la amoladera, chico. Escucha esto.

—Esto es..., esto es..., el bayo Carlos cuando tarda el pienso.

—Pues claro, muchacho. Cualquiera podría decirlo.

—Imita el ruido de las plumas de un pollo cuando hay un halcón en el aire...

Robert tenía diez años cuando terminó la guerra, que él recordaba principalmente como un asunto de mayores.

«Hay dinero en la ciudad», había oído decir a su padre; y Robert sabía que dinero en la ciudad se refería a la guerra, aunque no sabía por qué. Recordaba que su padre se había puesto de muy mal humor por el Ejército de la Unión. «Haremos todo cuanto podamos», le había dicho a su madre. «Pero no podemos sostener las granjas sin caballos». Se refería al hecho de que la artillería se llevó un caballo de cada granja perteneciente a Henry Millhouser. Pagaban al contado, hasta un máximo fijado, pero el dinero no permitía comprar un caballo con el que remplazar al que se habían llevado. Cierta día, cuando Robert tenía siete años, un teniente y nueve soldados de caballería, cabalgaron hasta dentro, desmontaron y examinaron los tres caballos del establo, la pareja de zainos y el tordo. Los soldados, que estaban sin afeitar y llevaban uniformes polvorientos, cintos con pistolera y sables con vainas y escarcelas, fascinaron a Robert. El teniente era un hombre arrogante y empleaba su sable como bastón.

—¡Eh, tú!, —le dijo a Ryan—. ¿Cómo te llamas? Supongo que eres el cochero.

—Me llamo Ryan y soy el cochero.

—Ponte de pie cuando te estoy hablando.

—Está usted allanando una propiedad privada.

—¡Atiza!, —exclamó el teniente, no sabiendo si encolerizarse o echarse a reír—. Sargento, saque los caballos de la cuadra, deles una galopada y vuélvalos de nuevo. Después escuche cuidadosamente la respiración de cada caballo, pasándoles la mano por entre las patas y por el vientre.

—Bien, tomaremos el zaino castrado y el tordo. ¿Dónde está Mr. Millhouser?

—Aquí no hay ningún Mr. Millhouser —respondió Ryan.

—Me estás mintiendo. ¿Te das cuenta de que soy un oficial del ejército de los Estados Unidos?

—Me doy cuenta.

El sargento cuchicheó algo al teniente.

—Entonces, ve a buscar a Mr. Millhouser. Y no olvides que puedes ir a la cárcel por esa insolencia.

—Hablaré con Mr. Millhouser. El traerle aquí ya es cosa enteramente distinta.

Henry bajó de la casa y Robert sintió un súbito orgullo ante su aspecto digno y la superioridad que emanaba su persona.

—¿Qué está usted haciendo por aquí, teniente?

—Estoy autorizado para comprar caballos con destino a la caballería de los Estados Unidos —dijo el teniente—. Supongo que es usted Mr. Millhouser.

—Usted no está autorizado para entrar aquí con sus hombres y dar órdenes a mis criados o tomarse libertades con mi propiedad. Vuelva esos caballos a su cuadra. Y ordene a sus hombres que despejen mi tierra. Luego venga a mi casa. Tendré sumo gusto de enseñarle una carta del general McDowd.

—¿Tiene usted una carta del general McDowd, señor?, —preguntó el teniente—. Lo ignoraba.

—Sí, claro, lo ignoraba; pero tampoco hizo nada por saberlo.

—¿Puedo preguntar sobre el contenido de esa carta?

—Usted no puede preguntar nada hasta que haya seguido mis instrucciones.

Devolvieron los caballos a la cuadra, y los jinetes fueron al otro lado de la valla de Millhouser. Robert tomó a su padre de la mano y se dirigieron a casa, quedándose en el soportal en espera del teniente, quien sacudiéndose el polvo

de su guerrera con su guante y enderezándose el sombrero saludó militarmente a Henry Millhouser.

—Señor —dijo.

Henry le tendió una carta, diciendo a su vez:

—Haga el favor de leer esto.

El teniente carraspeó: «A todos mis oficiales y hombres. El portador de esta carta, Mr. Henry Millhouser, de Lyons, Pennsylvania, es conocido mío y ha de ser objeto de la mayor cortesía en todo tiempo y circunstancia. Todas las peticiones o demandas que el citado Mr. Millhouser pueda hacer, han de ser consideradas como efectuadas en persona por el abajo firmante. Firmado. Benjamín R. MacDowd, brigadier general del Ejército de los Estados Unidos».

—Muy bien, señor —comentó el teniente.

—Sí, y tengo una demanda a formular. Es la de que en el futuro recuerde usted que se halla en territorio amigo, y en el Estado de Carolina del Sur. Puede irse.

El teniente saludó, dio media vuelta y se marchó.

—Papá, ¿conocemos a un general?, —preguntó Robert.

—Pues claro que sí, hijo. Somos parientes de uno. El general McDowd está casado con mi prima, tu tía Helen Millhouser, de Filadelfia. ¿Te acuerdas de ella?

—Creí que sólo era prima Helen.

—Los parientes pueden ser útiles en ocasiones —comentó Henry.

Pocos meses después de la visita de los soldados de caballería y pocas semanas después del Cuatro de Julio, el tren de mediodía trajo a su casa a dos hombres que habían estado en la batalla de Gettysburg. Aunque llevaban uniformes, a Robert no le pareció que fueran soldados; se parecían más a otros hombres que había visto trasladados en un cerro después de un accidente en la mina de carbón. Tenían las barbas lacias y revueltas, sus guerreras sucias y medio abotonadas, y uno de ellos no podía llevar su gorro, pues tenía la cabeza envuelta con un vendaje. Al otro le faltaba una pierna y tenía el pantalón doblado y atado con imperdibles. No pudo manejar su muleta al bajar del vagón del tren, y la arrojó coléricamente al andén. Encarándose con el gentío, gritó:

—¿Quiere echarme una mano algún hijo de perra? —Pero antes de que nadie pudiera alcanzarle, perdió el equilibrio y cayó hacia delante, chocando con un hombre y una mujer que habían acudido a sostenerle. El soldado con

la cabeza vendada parecía ausente de la confusión y voceaba—: ¿Dónde estás, Mary? Mary, ¿dónde diablos estás, maldita seas?

—¡Aquí estoy, John! ¡Aquí estoy!, —chilló una mujer.

—¡Bueno, ven aquí, por Cristo, mujer!

La gente se dio cuenta entonces de que, aunque los ojos del hombre no estaban tapados, estaba ciego. Los restantes miembros civiles del cuerpo de gaitas y tambores se hallaban allí para escoltar a los heridos a sus domicilios, pero nadie pensó ya en una parada de bienvenida. Los gaiteros volvieron a plegar sus instrumentos, y los tambores se los echaron a la espalda, no tardando en quedar vacío el andén de la estación.

Robert no reconoció a ninguno de los dos primeros hombres que volvieron de la batalla de Gettysburg. Posteriormente, irnos cuantos de Lyon volvieron de la guerra heridos o enfermos o que no se habían renganchado, y entre ellos había algunos cuyos nombres conocía. El hermano mayor de uno de sus amigos fue muerto en Gettysburg, pero el amigo de Robert no estaba triste, excepto cuando su hermana y su madre lloraban; y Robert no se hallaba afectado en absoluto, excepto por la misteriosa experiencia de haber conocido a alguien que ya no seguía viviendo (¿dónde se irían?). El otro recuerdo sobresaliente de Robert respecto a la guerra fue una conversación, de la que fue testigo, entre su padre y Ryan.

—Excelencia —dijo Ryan, empleando un tratamiento que a veces usaba dirigiéndose a Henry Millhouser— la noche pasada un hombre durmió en el establo.

—¿Qué me dices, Ryan? No lo has permitido antes de ahora. De todos modos, está bien, mientras tú y tus amigos no fuméis vuestras pipas y provoquéis un incendio.

—¡No era amigo mío! Ni siquiera sabía él que yo estaba allí.

—Explícate ya, hombre.

Ryan bajó la voz:

—Creo que era un desertor..., un desertor del ejército.

—¿Le viste? ¿Hablaste con él?

—¿Verle? No pegué un ojo en toda la noche. Acaso dormité un par de veces. Pero no quise alarmar al hombre. Yo no me hallaba armado y él estaba muy excitado y llevaba además una pistola. Yo debiera tener un arma allí... No le he dicho que la semana pasada maté una rata tan grande como una zorra, con un palo.

—Deja a un lado ahora el arma. Háblame del desertor.

—Los gallos le despertaron y le pude oír, andando con mucha cautela, arrastrándose y bajando por la escalera del henil, y de pronto la yegua zaina lanzó un relincho... Y luego el tordo comenzó a piafar, y los tres caballos armaron una tremolina. El tipo raro aquél corrió a la puerta y yo cogí el mango de un viejo látigo. No era mucha protección contra un hombre armado...

—Y él se escapó. ¿Llevaba uniforme?

—Pero, Mr. Millhouser, ¿cómo se me hubiera ocurrido pensar de otro modo que se trataba de un desertor? Le vi correr por el césped y atravesar luego la puerta del cercado.

—¿Era un soldado de la Unión o un confederado?

—Azul, azul. El mismo uniforme de aquellos tipos que vinieron el año pasado a robar nuestros caballos; sí, llevaba el mismo uniforme que ellos.

—¿De caballería, eh? Es una probabilidad. Sabía que el establo estaba allí. Ha debido estar alguna vez por esta zona.

—¿Va usted a denunciarlo, señor?

—Supongo que debo hacerlo. Sí, desde luego. Y si no lo hiciera yo, lo harías tú. Acaso no a las autoridades, sino a los camaradas en la taberna.

—Haré cuanto usted quiera, señor. Pero sí pudiera sentirme más tranquilo abajo teniendo una pistola, para el caso de que haya más visitantes como ése.

—Está bien, Ryan... Te proporcionaré una pistola. No puedes cazar ratas tan grandes como zorras tan sólo con un palo, ¿no es cierto?

—La mordedura de una rata puede ocasionar la muerte de un hombre; y, además, me sentiré más seguro con todos esos desertores que no cesan de ir y venir.

Henry se volvió hacia Robert.

—Espero que no te hayas asustado por esta conversación —dijo.

—No, padre.

—Bien. De todos modos, no quisiera que la repitieras a tu madre o a las mujeres de la cocina. Y tú, Ryan, no repitas tampoco la historia. Por cierto, ¿supongo que ya habrás elegido tu arma?

—Días atrás, vi una pistola pequeña, muy buena, en la tienda. Me serviría para mi propósito.

—Trataré de acordarme.

—Tengo aquí a mi testigo para recordárselo, señor —dijo Ryan, sonriendo a Robert.

—Bien, y la guardarás donde él no pueda ponerle las manos encima.

—La esconderé tan cuidadosamente que ni el mismo diablo en persona la encontraría.

Henry dejó a Ryan y se marchó con su hijo por el camino enladrillado hacia la casa.

—¿Le vas a comprar una pistola a Ryan, papá?, —dijo Robert.

—Contra mi mejor opinión, sí.

—¿Qué es un desertor?

—¿Un desertor? Pues un desertor. Un soldado que encapa del ejército.

—Un cobarde.

—Generalmente se le considera así, pero me extraña. «Son muchas las personas que se encuentran esta noche cansadas, esperando a que termine la guerra...». Es éste el título de una canción que suele tocar tu madre al piano. Un hombre debe hallarse muy desesperado para escapar así, sabiendo que si lo cogen lo fusilarán.

—¿Quién lo fusilará, papá?

—El ejército, los demás soldados.

—¿Pero le dispararía Ryan?

—No. No creo que Ryan lo hiciera. De haber supuesto que lo haría, no le compraría una pistola. Creo que ni yo mismo podría disparar contra otro hombre.

—Pero si fueses soldado lo harías, ¿no es así?

—Pero no soy soldado.

—¿Pero lo harías si lo fueses?, —insistió el muchacho—. Tú no tienes miedo de los soldados. Ya te vi aquella vez. No les tenías miedo.

—No había mucho de qué temer. Estaban de nuestra parte.

—Pero querían llevarse nuestros caballos.

—Eso ocurre siempre en una guerra.

—Pero estaban de nuestro lado, y tú no quisiste que se llevaran nuestros caballos.

—Pues sí; si me lo hubiesen pedido con buenos modos les habría dado los caballos.

—¿No lo pidieron por favor?

—Poco más o menos.

—A ti no te gustan los soldados, ¿no es así?

—No me gusta combatir.

—Mamá dice que una buena lucha... He olvidado lo que sigue.

—Aclara la atmósfera. Una buena lucha aclara la atmósfera.

—¿Cómo aclara el aire?

—Quiere decir que a veces las personas se pelean, y que cuando la pelea pasa, vuelven a ser amigas.

—A mí tampoco me gustan las peleas. No me gusta que me hieran.

—Entonces, apártate de las peleas, hijo. Pero lucha cuando debas hacerlo.

—Pero a mí no me gusta.

—No, pero hay ocasiones en que no tendrás otro remedio.

—Pues no lo quiero. Me escaparé.

—¿Y te gustará que te llamen cobarde?

—No.

—Ya ves, es peor que le llamen a uno cobarde, ¿no es así?

—Me escaparé, y no los oiré.

—Hay un montón de cosas que no comprendes aún. Pero no cojas la costumbre de escapar a las peleas.

—Lo haré si alguien quiere pegarme.

—Bien, casi prefiero que opines así a que seas uno de los que provocan las peleas. Nunca serás un camorrista. Por eso no me gustó el teniente que quería llevarse nuestros caballos. Era un fanfarrón. ¿Pero recuerdas cuando le enseñé la carta, la carta del general?

—Creo que sí.

—Sí, lo recuerdas. Le enseñé la carta, sólo una carta, pero estaba escrita por un general. Ya sabes que un general es mucho más que un teniente.

—¡Oh, ya lo sé!

—Bien, pues recuerda esto; el teniente era un fanfarrón, pero temía al general.

—También te temía a ti.

—En cierto modo, en cierto modo.

—Y tú no tenías una espada y él sí. Si hubieras tenido una espada, ¿le habrías pinchado con ella?

—No.

—Pues yo sí. No me gustaba aquel hombre.

Su padre le dio una palmadita en la cabeza y le sonrió diciendo:

—Eres un buen chico, Robert.

El mes de abril de 1865, el telegrafista de la estación del ferrocarril de Pennsylvania, Ed Muller, recibió un mensaje telegráfico. Lanzó un alarido de júbilo; pero después, dejando que prevaleciera la cautela, cerró el puesto, y alquilando un caballo de la cochera de alquiler de McDermott galopó hasta el otro extremo de la ciudad, hasta el cruce de «Gibbsville, Collieryville &

Lyons». Su amigo Con Colby, el jefe de la estación alzó un dedo reclamando silencio, y ambos hombres leyeron juntos el mensaje que venía por la línea. El general Lee había rendido el ejército de Virginia del Norte en un lugar llamado Appotomax, según el telegrama del telégrafo de Pennsylvania, o Appomax, de acuerdo con el «G. C. & Lyons». La guerra había terminado, los esclavos eran libres, los hombres serían de nuevo hermanos, y el general Grant había dicho que cada soldado confederado que tuviera un caballo o un mulo podría llevarse la bestia a casa para empezar la labranza de primavera.

—Es curioso —le dijo Henry a Zilph.

—¿Qué sucede, amor mío?

—El general Grant permite a los confederados que conserven sus caballos. Estaba pensando que no tendría ninguna gracia que uno de nuestros caballos que se nos llevó el Ejército hubiera sido capturado después por los confederados.

—¡Vaya! No sé quién más podría haber pensado en ello.

—¡Oh, no sólo los irlandeses tienen el sentido del humor! A veces, también nosotros podemos ver el aspecto cómico de las cosas.

* * *

Debo explicar al lector llegado a este punto, que Robert Millhouser se mostró perfectamente dispuesto a recordar su niñez y mocedad, a mostrarme documentos familiares tales como cartas y Biblias, libros de cuentas y un Diario en el que su madre había garrapeado página tras página hablando de su rosaleda y seguía luego con una nota fechada un mes después y que solamente decía: «De regreso de Filadelfia. Una quincena fuera de mi nido es demasiado tiempo». Hasta su año final en Mercersburg, las cartas de Robert se hallaban clasificadas en su Diario, pero luego debió de haber sucedido algo que terminó con ellas, pues ya no aparecía ninguna más.

—¿Cesó usted de escribir a casa?, —le pregunté cierto día.

—No del todo —respondió.

—A mí me ocurrió lo mismo cuando me hallaba en el preparatorio —dije—. Creo que sólo escribí a casa en ocasión de necesitar algún anticipo sobre mi asignación.

—¿Ah, sí?, —dijo lacónicamente, como si no tuviera la menor intención ni el deseo de referirse a aquellos años.

—Puede usted quedar al margen de cuanto guste, Mr. Millhouser, pero hemos cerrado un trato, y si he de cumplir con mi parte, usted tiene que hacerlo con la suya, creo yo. De otro modo..., bien me alegra venir a verle...

—Pero no quiere perder su tiempo, ¿no es cierto? Y tiene usted mucha razón. Pero debe tener paciencia conmigo. No tengo por costumbre confesarme, aunque supongo que usted sí.

—Voy una vez al año.

—Pues yo, nunca. Por lo demás, soy luterano, si es que soy algo, y nosotros no nos confesamos.

—Pensaba que algunos lo hacían, pero no importa.

—Tenga usted paciencia conmigo, Gerald, y se lo diré todo, poco a poco, y usted tendrá el material que necesita para su tesis.

—Está bien. ¿Qué hay, pues, sobre el tiempo pasado en el extranjero? Se refiere usted a Europa, desde luego.

—A cuatro ciudades: París, Florencia, Roma y Londres.

—¿Y no fue usted a Alemania o a Irlanda?

—No estaba allí para buscar a mis antepasados, sino porque sabía que en un momento dado tendría que volver a Lyons y habría de quedarme aquí para el resto de mi vida. Creo que tenía razón, ¿no cree usted?

—Pues así lo parece, desde luego.

—No sentía la menor curiosidad por la familia de mi madre. Sé que soy medio irlandés y debo tener algunos rasgos irlandeses. A usted le toca decidir

cuáles son, Gerald. A usted le será más fácil reconocerlos.

—Debiera serlo.

—Medio irlandés o no, nunca he pensado de mí mismo como irlandés. Sé que mi madre estaba casada con un hombre llamado Murray y que su apellido de soltera era Hughes, pero siempre he tenido que buscar el nombre de soltera de su madre. Cuando marché al extranjero por aquel tiempo, llevaba los nombres de algunos tíos y tías, pero dije a mamá que no esperaba visitarlos, y no lo hice. Y naturalmente, mi parentela alemana me habría resultado tan extraña como yo lo habría sido para ellos. Yo representaba la tercera generación fuera de Alemania, la tercera generación nacida en este país. Yo, mi padre y mi abuelo. Sí. Nunca he pensado de mí mismo considerándome americano cuanto más que alemán. En realidad, siempre me he considerado de Pennsylvania. No, no es del todo cierto. Mientras me hallaba en el extranjero, era oficialmente americano. Con frecuencia era tomado por inglés o alemán, debido a que mi francés no era muy bueno, y mi italiano, inexistente. Los ingleses creían que yo era alemán debido a mi acento germánico de Pennsylvania, esa especie de sonsonete con inflexiones arriba y abajo, y a la manera como pronunciaba algunas palabras. Pero cuando volví a casa, y siempre desde entonces, excepto durante la última guerra, he sido un pensilvano. De hecho, del condado de Nesquehela. No he estado mucho tiempo fuera... y no sé si mi vida habría sido diferente en caso contrario. Atesoro aquellos meses en el extranjero, pero ya soy un viejo, con mucho tiempo para los pesares y lamentaciones de un viejo, y el no haber visto más mundo no es una de mis pesadumbres de viejo.

—Dijo usted que atesoraba el tiempo que pasó en el extranjero. Desearía que me dijera por qué.

—Mi madre no lo aprobaría, pero se lo diré. No era Europa, Gerald. Me encontraba en compañía de Chester Calthorp, el hombre más magnífico que jamás he conocido.

—No he oído siquiera mencionar ese nombre en ninguna parte.

—Sí que lo ha oído, pero no hemos hablado nunca sobre él. Cuando menos lo ha visto usted en mi escritorio, y también entre muchos otros nombres en los cuadros de mi habitación de arriba. ¿Y dónde más? Pues sí, ha visto usted sus iniciales en mi bastón de paseo, el de puño de plata, en el vestíbulo. Y en la firma de cuatro pinturas que ha mirado usted varias veces sin echarlas otros vistazo. Chester Sterling Calthorp.

* * *

Poco después del Angelus del mediodía de cierto día de julio de 1877, Moisés Hatefield se encaminaba por la vereda que conducía de los establos a la casa, abanicándose con las cartas que había recogido en el despacho de Correos.

—¿Hay algo para mí, Moisés?

—Le oigo a usted, Mr. Robert, pero no le veo.

—Bajo el emparrado —respondió Robert.

Moisés le encontró sentado ante un caballete.

—Está usted pintando otro cuadro —dijo. Examinó la pintura y el paisaje que representaba, y el lienzo de nuevo—. ¡Está muy bien...! ¡Es igualito!

—Tuve que andar de prisa. Quería captar la luz del mediodía en las parras.

—Pues creo que lo ha puesto más oscuro de lo que es. Seguro que no hay esa oscuridad allí...

—La hay, Moisés. Es esa misma oscuridad, acaso más; lo que pasa es que tú no la ves.

—Tiene usted razón en que no la veo.

—Bien, ¿hay algo para mí?

—Sí, señor, dos cartas. —Moisés tomó dos cartas del fajo que llevaba y se las tendió a Robert—. Una y una hacen dos.

—Un minuto. Déjame ver las otras.

Recorrió los restantes sobres, y vio una dirigida a su madre. La letra y el sobre eran iguales a las cartas a él dirigidas. Las devolvió todas a Moisés, quien había observado también la particularidad, pues comentó:

—Parece que la misma persona ha escrito a Mrs. Millhouser y a usted.

—Podrías aprender rápidamente la escritura a mano, Moisés. Puedes leer los nombres, y hasta distinguir los que están escritos por la misma mano. ¿No quieres que te enseñe el resto?

—Demasiado difícil. No me importa lo impreso. Puedo leer mucho impreso, pero la escritura de las personas es toda diferente.

—¿Pero no quieres leer lo que tus chiquillos te escriben?

—Cora me lo lee. Mi Enriquito escribe en la pizarra. «Veo el gato». Y luego escupe y lo borra. No quisiera leer algo si Enriquito fuera a escupir y borrarlo. Pero leo lo impreso. P, E, L, I, G, R, O... Puedo leer eso.

—Está bien —dijo Robert, poniendo en broma cara de enfado.

Siempre estaba más fresco en el comedor. Las ventanas estaban subidas y las moscas se mantenían a raya en el exterior mediante rejillas. Como concesión a la estación del año Zilph y Robert comían sobre servilletas en vez

de sobre mantel, siendo su plato típico lonjas de carne y ensalada de patata, pero por lo demás el ambiente no era menos formal en verano que en invierno. La conversación era bastante fácil entre ellos, pero cuando habían agotado unos cuantos tópicos, comían en silencio. Hoy comenzaron en silencio, rasgado de pronto por Zilph.

—¿Lograste captar la luz que buscabas?

—Casi. Lo volveré a probar mañana. Moisés dijo que la reproduce muy oscura.

De nuevo se hizo el silencio, interrumpido sólo por los sonidos de los cubiertos sobre los platos, o el hielo en los altos vasos de té.

—¿No recibiste una carta de Chester Calthorp?, —dijo luego Robert.

—Quería hablarte de ello. ¿Sabes lo que dice?

—Sabía que iba a escribirte, y también con qué objeto.

—Bien. Le gustaría que te pagase un viaje al extranjero en su compañía. Esto pone sobre el tapete la cuestión de dinero, ¿no es así?

—Dinero y otras cosas.

—Particularmente, otras cosas. Cuando llegaste a tu mayoría de edad te encontrabas aún en la Universidad, y pensé que mil dólares eran bastante para un estudiante.

—Y lo eran.

—Además de tu asignación. Nunca te pregunté qué hacías con el dinero, ni lo intento ahora. Era un regalo. Pero hemos de tener una charla sobre su futuro. Si no entiendo mal, deseas ir al extranjero durante un año con Mr. Calthorp...

—Sólo tiene tres años más que yo, mamá. No le hagas aparecer como alguien ya de edad... Sí, quiero vivir en un sitio donde pueda visitar las galerías de arte.

—¿Y estudiar pintura?

—No. Pintaré algo y al cabo del año haré que algún entendido eche un vistazo a lo que he hecho. Si tengo talento, entonces estudiaré pintura. Y si no lo tengo... pues me volveré a casa.

—¿Por qué quieres ir con Mr. Calthorp?

—¿Y por qué no? Es mi amigo, pinta, habla francés e italiano... Y pagaremos a escote.

—¿Pinta todo el tiempo o se dedica a algún otro trabajo?

—No hace nada más que pintar. También se dedica a la música, pero como afición al margen. Todo el mundo dice que tiene un gran talento.

—¿Y piensas que lo tienes tú?

—¡Oh, un poco de talento...! Dice que tengo disposición para ello, pero hasta el momento sólo soy un aficionado del montón.

—¿Lo dice él, o es tu propia opinión?

—Lo dice él. ¡Oh! En cuestiones como ésta es brutalmente sincero.

—¿Se halla en tan elevada posición que puede permitirse ser brutalmente sincero?

—Respeto su opinión. Le admitieron en la Academia de Bellas Artes hace dos años, y allí son muy severos en la selección. De todos modos, es, el hombre más interesante que he conocido jamás, aunque no pintase un pimiento. Mr. Eakins le ayudó para que ingresara en la Academia, a pesar de que no puede haber dos pintores que sean tan diferentes entre sí.

—Esto habla bien en pro de Mr. Eakins, sea quien sea.

—También habla en favor de Chester. Cuando menos, es un pintor.

—¿Y qué es lo que le indujo a escribirme? Tú me dijiste que no pensara en él como alguien de mayor edad, pero la forma en que escribe le hace aparecer así. Sí, su carta podía haber sido escrita por un viejo de sesenta años.

—Es su manera de ser. Muy rígido, muy formal. En cuestión de arte no le gusta ser considerado joven. Y es asombroso lo que sabe para un hombre de su edad.

—¿Sobre pintura?

—Sobre todas las cuestiones bajo la capa del sol. Estoy seguro de que sería médico si lo deseara. Estudió anatomía y suele acudir a ver operaciones, lo mismo que Mr. Eakins.

—Bien, ya comprendo por qué quieres ir al extranjero con él. ¿Pero tienes alguna idea de por qué él quiere que tú vayas al extranjero con él?

—No, pero es el mayor cumplido que jamás haya recibido.

—¿Tiene dinero?

—Todos los Calthorp tienen dinero, mamá. No me sorprendería que Calthorp fuese millonario, o casi. Tiene su propio coche y casa propia muy grande. Podría comprarnos y vendernos...

—¿Y cuánto crees que puede costar ese viaje?

—Chester dijo que podría hacerlo con mil quinientos dólares.

—Es una cantidad decentita, pero no si vas a tomar un criado y vivir en esa escala.

—No llevamos criado. Pero tampoco vamos a pasar privaciones.

—Bien, tienes mi consentimiento.

—Muchas gracias, mamá.

—Pero ten en cuenta que no somos millonarios, recuérdalo. Nuestros ingresos de las granjas son tan pequeños que sólo las mantengo porque tu padre dijo siempre que había de conservar las tierras. Nuestros beneficios de las granjas el pasado año fueron menos de cinco mil dólares. El arriendo de la madera nos deja aproximadamente lo mismo, pero no seguirá siempre así, Robert. Conrad Isaminger querría que me librase de las granjas, y cuando vuelvas de tu viaje tendrás que discutir el asunto con él.

—Acaso no vuelva.

—Tal vez no..., pero si lo hicieras, tendrás que empezar a interesarte en la administración de las granjas. Un hombre puede tratar mejor con los granjeros que una mujer.

—No tengo nada que oponer a que las vendas ahora mismo.

—Oh, sería mucho más conveniente queuviésemos todo el dinero en acciones, pero creo que eres tú quien debe tomar la decisión cuando yo haya desaparecido.

—¿Tenemos diez mil dólares por año? Piensa sólo en eso.

—Bien, hazlo tú también, por favor. Resta mil doscientos para ti, quinientos de sueldo a Conrad Isaminger, los salarios de los tres criados, los gastos de atenciones de casa, y en el fondo de reserva que he de mantener para mejoras y reparaciones de las granjas... No queda mucho para despilfarrar. Mira, Robert, si no lo vigilo todo atentamente, podrías no tener nada cuando yo me muriese.

—¿Quién sabe? Acaso podría ganarme la vida pintando.

—Eso es. ¿Quién sabe? ¿Y quién soy yo para interponerme en tu camino? Al fin y al cabo, es el dinero de tu padre.

—No pienso igual, y tú lo sabes/mamá. Es tuyo y con todo derecho.

—¿Por qué, Robert?, —preguntó ella, sonriendo.

—Porque él quiso que lo tuvieras, y lo tienes.

—¡Oh!, —dijo ella, desilusionada—. Bueno, intentaré que haya más que menos cuando te toque la vez.

—Ya sé que lo harás.

—Escribiré a Mr. Chester esta tarde.

—Mr. Calthorp.

Durante el resto del verano, Robert estuvo ocupado en hacer planes para el viaje al extranjero, hasta el extremo de que casi a diario tenía cartas de Chester Calthorp, perfilando y variando su itinerario.

Iremos directamente a Londres. Como sabrás, si has prestado atención a mis prolijos discursos, tengo muchos amigos queridos en Londres, pero apenas tienen que ver con el principal objeto de nuestra visita, que es el de presentarte a E. Tadburn, a quien considero el mejor sastre del mundo. Te estudiará, te medirá, y con mucha cortesía, pero con renuencia, se avendrá a hacerte un traje. Naturalmente, debes encargarte varios (y yo también). Un año después recibirás su primera factura, a la que no harás caso. Seis meses después recibirás la factura número dos, en cuya ocasión deberás pagarle algo a cuenta, pero bajo ninguna circunstancia más de la mitad de la suma total debida. Es ridículamente barato... once guineas por el primer traje, y diez luego, hasta llegar a la avanzada edad de treinta años. No sé cómo se las apaña para enterarse del preciso momento de la treintena, pero el caso es que lo sabrá y empezará a pagar más. De todos modos, nuestro primer alto en Londres habrá de ser al decrepito y antiguo establecimiento de E. Tadburn, donde te serán tomadas y registradas las medidas. Una vez realizada esta agradable tarea, podemos solazarnos con mis amigos ingleses, antes de trasladarnos a París. Dejo a Florencia y Roma para los meses de invierno. Pasaremos nuestras últimas semanas en Londres, antes de regresar a los bosques de Pennsylvania.

Robert dijo adiós a su madre a principios de setiembre y fue huésped en casa de Chester Calthorp durante dos semanas, antes de la fecha del embarque. Chester tenía siempre invitados al té en su domicilio de la calle del Jardín de Primavera... «un paladeo anticipado de Londres», decía. Cenaban fuera cada noche, siempre en casas de hombres y mujeres que habían estado, o iban a estar, invitados a los tés de Chester. En los cuatro años de su conocimiento y amistad con Chester había conocido, por su presentación, sólo unos pocos artistas, estudiantes de medicina y jóvenes médicos, y sólo de manera muy accidental. Pero en las semanas anteriores a su partida a ultramar, Robert y Chester se hallaban generalmente en compañía de hombres y mujeres de gustos musicales y artísticos, pero a los cuales podía prestamente identificarse como aficionados dotados... si eran dotados y no simplemente conocedores. Hablaban familiarmente de música y de la pintura, y de músicos y pintores, pero nunca de su propia participación. La primera

impresión que le produjeron a Robert fue de elegancia, de alta moda entre las mujeres y de severo conservadurismo entre los hombres; pero entre éstos casi siempre, más pronto o más tarde, algún detalle de su amor por la belleza: un anillo con algún grabado, un alfiler de corbata de insólito diseño, un perfume especial en un pañuelo, una pitillera de oro con algún anagrama indescifrable. O si no un objeto tangible, era a menudo una peculiar forma de hablar o una excentricidad de modales lo que revelaba, un instante, cuando estaba oculto por los estrictos y minuciosos convencionalismos de sus vestidos y de su conducta social. La mayoría de estos hombres trabajaban, y cuando se detenían en casa de Chester Calthorp para tomar el té, seguían conduciéndose como hombres de negocios, hasta que el agradable ambiente y los *whiskys* con soda los atemperaba. La primera vez que los presentaron a Robert, lo examinaron como esforzándose por determinar su exacta relación con Chester; pero en cuanto supieron que Robert iba a acompañar a Chester a dar una vuelta por Europa, no perdieron más tiempo en la furtiva investigación.

Dos de las mujeres eran bellísimas. Una resultaba excesivamente femenina, pero escrupulosa, respetuosa, en cuanto al cuidado y favorable despliegue de su belleza. Se aproximaba ya a los treinta años, se llamaba Mrs. Hartung, y su marido no aparecía nunca por casa de Chester Calthorp. Tenía poca conversación que ofrecer, pero se hallaba completamente consciente de su contribución a reuniones como aquéllas. Su orgullo de madre, y sus propias composiciones de rostro y cuerpo le habían obtenido cierto reconocimiento como obra de arte. Empleaba horas en prepararse para las reuniones, de preferencia para las reducidas, como las de Chester Calthorp, y cada año o dos posaba para un nuevo retrato, siempre para un pintor distinto. La otra mujer, que frisaba la cuarentena, era una gran belleza, a pesar del descuido por su persona. Sorbía *whisky* constantemente, desde el momento de su llegada. Se sentaba con las piernas cruzadas, ligeramente inclinada hacia delante, con el vaso en la mano a menos de un palmo de su cara, y con el codo sobre la rodilla. Escuchaba todo cuanto la decían, aunque no pareciera atender a la inmediata conversación sino hallarse en espera del sonido de alguna importante campana, o acaso de una importante voz. Ella, y no Mrs. Hartung, formaba parte de los secretos que nunca se sugerían, pero que siempre se hallaban como flotando en el ambiente de las reuniones de Chester. Era de las de mayor edad entre las mujeres y de casi la misma de la mayoría de los hombres asistentes a estas reuniones. Robert la admiraba e intentó hacer su amistad, pero se halló con un sofión como jamás lo recibiera.

—¿Ha estado Usted en el extranjero, Mrs. Sterling?

—Sí —respondió ella.

—Chester y yo nos marchamos el veinticuatro.

—¿Ah, sí?

Y le miró con tal aire de enojo, que su desprecio por él era evidente. Luego, y aunque él estuviera sentado a su lado, tendió su vaso vacío a un hombre que estaba vuelto de espaldas, diciendo:

—¿Quieres hacer el favor de llenarme el vaso, Richard?

—Lo siento —le dijo Robert—. ¿Dije algo que no debía? No me lo parece...

—¿No puede usted sentarse en otro sitio?, —replicó ella por toda explicación.

Fue el único incidente desagradable en sus dos semanas de invitado en casa de Chester, y le desconcertó tanto que no se lo mencionó. Pedir alguna explicación a Chester habría sido, suponía, la admisión o revelación de alguna inferioridad que la mujer había advertido y de la que Chester no se había dado cuenta aún. Cuando los componentes de la reunión se despidieron, ella presentó la mejilla a Chester para un beso, y sólo hizo una seca inclinación de cabeza a Robert. Ninguno de los amigos de Chester le había mostrado cordialidad, pero Alice Sterling fue la única en ser rudamente descortés. Y en su actitud había algo más que la deliberada zafiedad de los filadelfianos respecto a los extraños.

Embarcaron en el *Aventura americana* y en la tarde del segundo día de viaje se encontraron con que eran los únicos pasajeros que ocupaban las tumbonas de cubierta.

—Me alegra ver que eres un buen marino —dijo Chester.

—Hasta ahora todo va bien.

—¿No te sientes propenso a las *vascas*^[2]?

—Hasta el momento, no.

—Si las personas no supieran del *mal de mer*, no sufrirían de él.

—No sé si estoy de acuerdo contigo.

—Oh, no estoy hablando del rebaño humano de proa. Se vacían con un fin u otro porque son lo que son. ¿Seguramente habrás visto a la mesa gentes como ésas?

—Pues sí.

—Los habrás visto atiborrándose como cerdos en la *gamella*^[3]. Mi opinión es que se cuidan no más de cómo lo toman de que cómo lo expulsan. Bueno, para cambiar por completo de tema, o casi, no me has dicho lo que te parecieron mis amigos.

—¿Quieres decir los que he conocido durante las dos semanas pasadas?

—Pues claro, Robert. Mis amigos.

—Bueno, es que me presentaste a otras personas que creí que también lo eran.

—¿Dónde?

—En cafés.

—Claro, en cafés, pero nunca las habrás visto en la calle del Jardín de Primavera. ¡Oh, una o dos acaso!

—O tres o cuatro, o cinco o seis.

—Se te ruega la conclusión.

—Pues en verdad no lo sé. Me gustan toda clase de personas. A veces me gustan unas, y a veces, otras.

—Ésa es una tremenda mentira, ¿sabes?

—Si no cuidas tus palabras te provocaré a un duelo.

—Te aconsejo que no lo hagas. Escogería la espada y te haría picadillo.

¿Has visto alguna vez mis medallas? ¿Mis proezas atléticas?

—Sé que eres buen tirador de florete, eso sí.

—Pero también podría atravesarte con una pistola, dado el caso.

—En esto no estoy tan seguro. Aprendí a tirar.

—No me cabe duda alguna..., en el país de Daniel Boone. ¿Llevas un gorro de piel de ardilla, Robert? Estoy seguro de que era muy apropiado.

—Pues sí que tenía uno.

—Desde luego que lo tenías. No lo dudé ni por un instante. Y calzas de cuero, como uno de los intrépidos héroes de Fenimore Cooper. Pero dejemos todo esto a un lado y dime, ¿qué pensaste de mis amistades?

—He estado más interesado en lo que ellas pensarían.

—Vamos, la humildad no te sienta bien. Un gorro de piel de ardilla, sí. Pero la humildad, no. Esto me recuerda que debimos poner a Scott en nuestra lista de Londres. Es el sombrerero que yo patrocino, y debe ser el tuyo también.

—Me parece que mi dinero no va a durar mucho tiempo en Londres, al ritmo que lo estás gastando por mí. E. Tadburn, el sastre, y Scott, el sombrerero, y Dios sabe quién más.

—Peal. Zapatero. ¿Pero no te dije que es contra las normas pagar antes de un año? Emily Hartung. ¿Qué es lo que opinas de Emily? El curso del pensamiento va de las deudas a Emily, muy lógicamente. No conociste a su marido, pero el pobre Jorge Washington Hartung..., ¿le pondrías el nombre de Jorge Washington a tu hijo, si no tuvieras parentesco con él...?, bien, Jorge

W, dispone de muy poco tiempo para dedicarnos. Emily le mantiene constantemente al borde de la bancarrota. ¿No es encantadora?

—Para contemplarla.

—De seguro que no tuviste otros pensamientos. ¿O los tuviste?

—No veo como cualquier otro pudiera tenerlos.

—Pues Jorge W, los tiene. O los tuvo. Ahora ya no, creo. Debes aprender a comprender a mujeres como Emily. Son expertas artistas en todos los extremos. Emily es una artista en su propio dominio. ¿Y cuál es su propio terreno? Pues por ejemplo se sienta en una silla, y lo hace con gracia tan exquisita y de manera tan grata a la vista, que resulta única. Estoy tan orgulloso de ella como de quien más en Filadelfia. Puede ir a cualquier parte del mundo y ser exactamente lo que es, en todos los sitios. El pobre Jorge aún no comprende esto, probablemente es incapaz de comprenderlo, y de seguro que morirá en prisión por deudas sin darse cuenta de que con todos sus negocios sucios y ligeramente deshonestos era realmente un mecenas de las artes. Un protector único. Mucho más que tantos ricachos que apoyan a un pintor de segunda categoría. Me hubiera sentido feliz por poder pintar el retrato de Emily, pero alguien debió decirle que aún no soy lo bastante bueno, por lo que rehusó posar. Tiene razón. Dentro de cinco años acaso. Ah, pero estoy contento de esperar. Me parece haber advertido una pequeña semilla diabólica en Emily, la cual en cinco años comenzará a florecer y yo seré quien la traslade al lienzo. Hasta puede ser la mejor cosa que haga nunca. Una serie de buenos hombres han hecho su retrato, y los he estudiado todos, pero nadie ha visto lo que yo he visto. En efecto, ahora que recuerdo todos esos retratos de Emily, los veo caracterizados por una misteriosa insipidez.

—¿Vas a ser pintor de primera fila cuando tengas treinta años?

—Antes de eso. Pero no se lo voy a decir a nadie... Mira, Roberto, tú eres muy estimulante. Muchas veces no te das siquiera cuenta de ello. Eres una de las pocas personas a la que confío mis pensamientos, y me pregunto por qué.

—Sí, ¿por qué?

—Pues porque no tienes envidia de mí. Y muchos de mis amigos la sienten. Y yo sé algunas cosas más que tú, y me gusta hacer gala de ello. Pero esto no explica por qué tengo confianza en ti, ¿no es eso?

—Pues, no.

—¿Podría ser porque tú la tienes en mí?

—Pudiera. Yo confío en ti.

—¿Y cómo confías en mí, Robert?

—Pues no sé. Sólo confío. Siempre has sido sincero conmigo.

—¡Oh, querido! Estamos descendiendo a la vulgaridad más chabacana. Y hace frío. ¿No sientes frío? ¿Te parece que entremos y tomemos té y ron?

El viaje duró doce días, pareciéndole mucho más largo a Robert, infinitamente más largo, debido a que la vida a bordo le era nueva por completo. En el comedor, compartían una mesa con un clérigo mayor de la iglesia anglicana, cuya esposa hacía la mayor parte de las comidas en su cabina, y con una pareja judía de mediana edad que sólo hablaba cuando se les dirigía la palabra, y que se pasaban la mayor parte del tiempo francamente fascinados y casi igualmente repelidos por las sofisticaciones de Chester. Mr. Goldberg y esposa no comían mucho debido a que se lo impedía la observancia de sus mandatos religiosos, pero el canónigo Lovelace, que tenía algún conocimiento de las reglas de la dieta, proveía a que nada fuera desperdiciado.

—Mr. Goldberg —decía—, ¿quiere usted que se lo explique al camarero? Deben tener algo que pueda usted comer...

Mr. Goldberg parecía furiosamente embarazado, y respondía:

—No, no, no, no, no —y su mujer le apoyaba.

—No, gracias, padre.

El canónigo había desahuciado rápidamente a los jóvenes americanos. (Estoy seguro de que ha dicho a su mujer que soy un insolente *gozquecillo* —dijo Chester—). Eran americanos, eran jóvenes, eran ricos, y el de más edad de los dos, si no activamente irrespetuoso, no guardaba ciertamente mucho respeto a la sotana. Eran del tipo de los que el canónigo se hallaba familiarizado en su patria, y que, si en ella eran bastante inofensivos, añadían una impertinencia por el hecho de ser americanos. Los americanos, a juicio del canónigo, no estaban aún maduros para tal mundanidad; tales petulancias y cinismos eran legítimamente, si bien que lamentablemente, el producto de una civilización más antigua que la que había observado en su gira colonial de un mes entero. Lo cual no le hizo sentirse más amable con respecto al joven Calthorp, cuando él —el canónigo— se impacientó tanto que violando una de las reglas menores de conducta que era la de no preguntar nunca a su interlocutor sobre su religión, preguntó a Calthorp en un instante de exasperación:

—¿Y cuál es, si puedo preguntarlo, su filiación religiosa?

El canónigo creía que conocía la respuesta; el insolente cachorrillo tenía aspecto de episcopaliano.

—Soy cuáquero —respondió Calthorp.

La contestación redujo a Lovelace al silencio. Como canónigo de su religión disfrutaba del divino privilegio de ocupar un puesto entre los episcopalianos americanos, pero no podía asumir una actitud de justa indignación hacia un miembro de otra fe. En adelante, la mesa seis no resultaba un lugar agradable.

—Bueno —dijo Chester hacia el fin del viaje—. Si los Goldberg insisten en morir de hambre y el padre engulle y discute, no es nuestra culpa. Al menos, no la tuya, Robert. Yo soy la parte culpable.

—Tú no eres responsable por los Goldberg.

—Es cierto, pero no sólo se trata de que se levanten hambrientos. Me detestan porque piensan que en cierto modo soy censurable por su inanición. Cuando menos él. Mrs. Goldberg me quiere secretamente. Lo he podido apreciar, cuando he soltado uno de mis mejores *bons mots*^[3a] inofensivos no ha podido contener la risa. No es que apreciara la agudeza. Pero sí que yo había dicho algo que no gustaría al papá y que estaba ligado a enfurecer a la iglesia establecida. Simples conocimientos de barco. Piensa Robert que no los volveremos a ver, y sin embargo, ¿con cuál de nuestros amigos hemos comido treinta veces consecutivas? Hasta con los más íntimos, aquéllos a quienes se ha visto recientemente. Intento disponer mis compromisos de manera que no tenga que ver a la hora de cenar a alguien que ya haya visto durante la comida. El té no cuenta. Como mucho a la hora del té, pero la mayoría de la gente, no, y no es lo mismo que sentarse a la mesa. Tengo un apetito extraordinariamente bueno y temo que esté comenzando a mostrarse. E. Tadburn va a quedar perplejo cuando pase su cinta métrica por mi ecuador. Tú, sin embargo, nunca engordarás.

—Deberías hacer más ejercicio.

—¡Tonterías! Mi padre hizo equitación toda su vida, pero hacia el fin tenían que bajarle de la silla. El ejercicio no tiene nada que ver con ello.

—¿Bajarle de la silla? ¿Cómo?

—Con una grúa, supongo. Mi padre murió cuando yo tenía dos años y no recuerdo nada de él, pero he visto cuadros y fotografías tuyas que no pueden ocultar que era propenso al *embonpoint*^[3b]. Por lo tanto, supongo que le bajaban de la silla. Con el vientre que tenía debía haber sido casi imposible que pudiera alzar su pierna para montar.

—Acaso tenía algún poyo.

—¡Claro que lo tenía, Robert! Tomas las cosas demasiado literalmente. Si no te detengo estarás irremediablemente desconcertado durante el próximo año. Debes desarrollar un instinto que te diga cuándo has de tomarme

literalmente y cuándo no. Si te digo «Vete a pacer», eso no quiere decir que corras al Regent's Park, sino sólo que he perdido la paciencia.

—Ya. Lo mismo que si yo te dijera que vayas al diablo. Chester quedó silencioso.

—No creo que me gustara eso —dijo al cabo de un momento—. Estoy seguro de que no. Si nos peleamos, y probablemente lo haremos, debes tener mucho cuidado con lo que me digas. Pues me volvería sobre ti como una rata acosada y te diría y haría cosas que ambos lamentaríamos. Confío en que seas la influencia moderadora.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tu estólida naturaleza alemana.

—Bien, a mí no me gusta pelear. Me gusta que las cosas se resuelvan por sí mismas.

Chester sonrió:

—Eso suena a placidez holandesa. Me siento aliviado.

—Pero soy como mi padre. En cierta ocasión se enfrentó a una tropa de caballería de la Unión, porque sabía que tenía razón.

—¿Fue acaso confederado tu padre?

—Desde luego que no, lo sabes mejor que yo. Ahora eres tú quien toma las cosas literalmente.

—*Touché*, Robert. Notable pinchazo. Ea, vayamos con nuestro equipaje. Debo enseñarte a hacer las maletas. Es un arte menor, pero un arte, y lo aprendí de un auténtico artista, mi fiel Dan, quien probablemente se halla borracho en mi bodega desde el día que embarcamos... Y no precisamente porque le apene mi ausencia.

Inglaterra comenzó para ellos aquel día, mientras hacían las maletas. Chester adoptó la pronunciación inglesa, según pensó Robert al principio por pura broma, pero antes de que llegaran al faro del Obispo, hablaba como un inglés, y puesto que el inglés más próximo había sido el canónigo Lovelace, se asemejaba a éste en su habla. Ello divirtió a Robert, pero se abstuvo de señalar la semejanza. La mañana final del viaje, mientras Robert se estaba afeitando, Chester dijo:

—No puedo enfrentarme en una despedida hipócrita con el *dómine*^[3c].

—¿Lovelace? Lo mismo digo.

—No podemos largarnos sin más ni más, pero nos tomaremos la pena de evitarle. Esperemos que él y su esposa tomen su desayuno en su camarote.

—¿Quieres despedirte de los Goldberg?

—No, pero no voy a evitarlos.

Los Goldberg, llevando ya sus abrigos, estaban acabando de desayunarse cuando aparecieron Chester y Robert para hacerlo. Mr. Goldberg dijo algo en yiddish a su esposa y ambos se levantaron, como lo hicieron a su vez Chester y Robert.

—Ha sido un placer, Mrs. Goldberg —dijo Chester.

—Lo mismo digo —respondió ella.

—Adiós, Mr. Calthorp. Hemos de irnos ya. Ven, mamá. —Mr. Goldberg sostenía su sombrero hongo en una mano; la otra la tenía ocupada en abotonarse el abrigo, por lo que los apretones de manos fueron evitados excusablemente. Hizo una ligera inclinación de cabeza a Robert, y su mujer le siguió fuera del comedor.

—¿Te fijaste en el gabán de Mr. Goldberg?, —dijo Chester—. Forrado de astracán y del mejor paño. Veinte guineas como si fuera un penique. Y estoy seguro de que tú no conoces estas cosas, pero las perlas de su mujer eran auténticas.

—¿De qué te sorprendes? Viajan en primera clase...

—No me sorprende, Robert. Sé que va a Manchester a comprar kilómetros de paño. Pero hemos asistido a su empeño en morir de hambre. Y ahora de repente saben que van a hacer una buena comida y parecen ricos. Eso es lo que me ofende.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque no me gusta que ciertas personas tengan dinero, si son personas a las que no me gusta conocer. ¿Y-tú?

—No me molesta.

—Hablas como un socialista.

Habían tomado habitaciones en el Hotel Rumson, en la calle Clarges, en el que Chester era conocido, quien también había dispuesto tarjetas de visitante para dos clubs londinenses.

—Emplearemos los clubs para escribir cartas —dijo Chester—. Y si no tienes cartas que escribir, inventa una razón. Yo siempre lo hago. Justamente una nota con papel sellado de un buen club de Filadelfia que cuando menos debieran haber vacilado antes de darme la bola negra. Este año voy a escribir al viejo Mr. Wendell Banning. No me gusta la manera como aparta la vista de mí, igual que si estuviera amasando un montón de alquitrán para formar la bola negra más grande que pudiera imaginar.

—¿Qué es lo que le vas a escribir?

—Oh, «Querido Mr. Banning». Ya pensaré algo. Fue amigo de mi padre. Le diré: «Mire usted, cochambroso viejo hipócrita, no se habría atrevido a

darle usted la bola negra si mi padre aún estuviera vivo». Un poco más floreado, claro está.

* * *

—Recuerdo tan bien esa conversación —dijo Robert Millhouser— porque me decía algo sobre Chester.

—¿Sí? ¿Qué?

—No de golpe, desde luego. Tuve que pensar sobre el particular. Nunca fui muy despejado. Pero aquella conversación no la habíamos tenido nunca en Filadelfia. En Filadelfia, su *brezal* nativo, como decía, Chester jamás habría admitido que estuviera preocupado por no haber sido admitido en el Club. Pero en Londres lo tenía en la mente, y ello me dijo mucho sobre él. ¿Sabe usted qué?

—No, no lo creo.

—Pues me mostró por vez primera que Chester Calthorp tenía sus preocupaciones igual que el resto de nosotros. No estaba tan seguro de sí mismo. A un joven como usted, no le parecerá extraordinario, pero para mí fue un gran descubrimiento. Había conocido a Chester durante cuatro años y estaba fascinado por su encanto e ingenio y, si puedo usar la palabra, por su intrepidez. Iba contra todo lo que le habían enseñado que creyese y que respetase. Casi todo cuanto hacía y decía se hallaba en oposición con su familia y con Filadelfia. Sí, pensaba que era impávidamente audaz. Luego, en Londres vi que le preocupaban ciertas cosas.

—Ya.

—Cosas convencionales también. Y ello me hizo apreciarle mucho más. Siempre le había admirado por su independencia y atrevimiento, y, sin embargo, en Londres le admiré porque no estaba en contra de las cosas que atacaba. ¿Me hago entender?

—¿Está usted seguro? Yo, por ejemplo, podía haber deseado rebelarme contra algunos convencionalismos, pero nunca lo hice. Pero Chester, sí. Y lo hacía tan a rajatabla que no le importaba convertirse en figura de escarnio. No se rebelaba sosegadamente, con disimulo, sino qué lo hacía abiertamente, hasta si le costaba perder cosas que deseaba mucho. Por ejemplo, ser socio del Club de Filadelfia.

—¿Y qué hizo él? ¿Protestó? ¿Le afectó en algo?

—¡Oh, nunca! Nunca. Otro que no hubiera sido Chester habría armado una tremolina, estoy seguro. Pero en su caso fue una bola negra muy popular. Según me dijeron muchas personas de Filadelfia que no sentían cariño alguno por aquel club reservado, se sintieron encantadas al conocerse la noticia.

—Me lo imagino... Mr. Millhouser, hace varias semanas se refirió usted a Chester Calthorp como el hombre más magnífico que jamás conociera. ¿Quiso usted decir exactamente eso?

—¿Cómo que si quise decir? Lo era.

—Bien, éste es su relato y no el mío, y convengo con usted en que era un hombre interesante, probablemente fascinador. Pero, ¿el hombre más magnífico que usted haya conocido?

—No espero que nadie más en el mundo comparta mi opinión sobre Chester, pero la mantengo. Lo era. Cuando leemos biografías de hombres famosos, de hombres considerados como los más magníficos, ¿qué es lo que en realidad conocemos de ellos?

—¿No suele ser un juicio basado en toda una vida de realizaciones: buenas obras, hechos extraordinarios, y así sucesivamente?

—Así lo creo. Los grandes hombres, los Washington, los Lincoln, sí. Pero yo no he conocido nunca ninguno de los grandes hombres, de los famosos. Soy viejo, paso de los setenta, y he sido viejo desde hace casi veinte años, Gerald. La mayor parte de mi vida he vivido aquí, en esta pequeña ciudad, y la mayor parte de ella, en esta casa. El correo del mediodía, el correo de la tarde, y el resto del tiempo en casa. Concretamente, en esta pequeña habitación. ¿Qué es lo que sé de mis conciudadanos... y qué es lo que ellos saben de mí, Gerald? Puede usted decir que no supone gran diferencia lo que ellos sepan de mí, pero, sin embargo, sí lo es, debido a que nuestro conocimiento de los demás viene limitado por lo que los demás conocen de nosotros.

—¿Lo cree usted así? Yo no pienso lo mismo.

—Sí, en tanto que... lo que ellos saben de nosotros influye mucho en la manera cómo se presentan ellos a nosotros mismos, y por ende, sobre cuanto podemos conocer de ellos. ¡Cuán a menudo nos equivocamos! Creemos conocer muy bien a un hombre, y entonces sucede algo que muestra que no lo conocíamos en absoluto. Es lo que suele ocurrir en muchas amistades íntimas. Piense cuán a menudo acontece en nuestras relaciones con hombres y mujeres que no son nuestras más íntimas amistades. Es entonces cuando uno se da cuenta de lo poco que sabemos del prójimo. ¿Quién me conoce a mí?

No esperaba que le respondiera, y no lo intenté tampoco.

Su voz se quebró en la siguiente frase, como jamás le había ocurrido antes.

—¿Quién conoce a un viejo que destruyó su propia felicidad? ¿Quién desea conocerle?

—Yo.

Se dominó prestamente.

—Sí, usted lo desea —dijo—. Usted tiene curiosidad y acaso tenga también compasión. No lo sé. Usted ha venido honradamente, a través de su abuelo. Y esto nos vuelve a lo que estábamos hablando, a los hombres magníficos, a los famosos grandes hombres. Y yo situaría a su abuelo entre los hombres magníficos que he conocido.

—Y yo también.

—Sí, las buenas obras y los extraordinarios hechos, como usted dijo, marcan la pauta. Una vida decente y honorable. Jeremías MacMahon gustaba de esa forma de vida. Pero esas son sus normas, Gerald. Las mías no son las mismas. Jeremías MacMahon era un hombre magnífico según sus normas, y yo las acepto. Pero yo también tengo las mías y juzgado por ellas, Chester Calthorp sigue siendo el hombre más magnífico que jamás haya conocido.

—Bien, ¿puedo preguntarle qué normas son esas?

—Sí, sabía que iba a presentarse esa pregunta, pero aún no estoy preparado para responder a ella. Al menos, no de un modo que pueda satisfacerle. A su edad, usted aún se halla acostumbrado a encontrar las respuestas en la parte posterior del libro. Dieciséis fardos de leña. A gana 4 dólares, B gana 8 y C gana 16. Pero a mi edad... Cuando yo era un muchacho, de cuarto o quinto grado, tenía un libro de aritmética que llevaba sus respuestas en la parte posterior, como todos los libros de aritmética. Pero en el libro había impresa una pequeña nota que decía: «La respuesta al problema de la página 50 debe ser 12 dólares, y no 16». Algo por el estilo. En otras palabras, habían cometido un error, una errata de impresión sin duda, pero no dejaba de ser un error. Recuerdo que esto me hacía dudar de todas las respuestas.

—Ya. ¿Y fue eso lo que hizo que siguiera dudando usted aún después?

—¿Aún después?, —replicó Robert Millhouser, sonriendo—. No. ¡Cuán maravilloso si hubiera sido así! Pero no era perceptivo hasta tal extremo. Yo era un muchacho muy vulgar. De pensamiento lento. No muy observador. Y desde luego, muy poco dado a investigar verdades. ¿Si hubiera intentado decirle a usted que el hallazgo de un error en un libro de aritmética me había hecho escéptico para el resto de mi vida...?

—Sí, señor, me habría mostrado escéptico —dije.

—Como le dije, todo cuanto hice fue dudar de las respuestas de aquel libro. La verdad, recuerdo el incidente y resulta útil ahora, sesenta años después, pero yo era entonces demasiado joven para construir una filosofía sobre ello. —Hizo una pausa y prosiguió—. Me pregunto si le podría haber sucedido algo por el estilo a Chester. Estoy seguro de que, si le hubiese

ocurrido a una mente rápida y alerta como la suya, le habría servido para desarrollar inconscientemente una filosofía sobre ello.

—No creo, como usted, que un incidente pueda cambiar toda una vida.

—Un incidente cambió la mía.

—Si se refiere usted a 1908, eso no fue un incidente.

—Estaba refiriéndome a 1908 —dijo.

—Si fue sólo un incidente... —Me detuve.

—Continúe. Si fue sólo un incidente...

—Bien, ¿qué vamos a hacer? Usted y yo, eso es. Vine a verle un día y mencioné por casualidad que había decidido prepararme para pasar mi doctorado. Usted me preguntó cuál era el tema que pensaba desarrollar en mi tesis, y yo le respondí que aún no estaba seguro. Entonces usted sugirió...

—No sugerí, Gerald. Pregunté. Pregunté por qué una tesis de licenciatura ha de ser siempre lo que son la mayoría de ellas. Pesadas y obtusas. Y, generalmente, un secreto entre el candidato y los pocos hombres que le examinan. ¿No podría escribirse una tesis en forma de novela o de biografía? A mí me parece que sí.

—Sí. Está bien, Mr. Millhouser, usted no sugirió, aunque empleó el poder de la sugestión. Usted se mostró dispuesto, a proporcionarme todos los hechos de su vida.

—Bien, de cualquier modo, tenían alguna relación con lo sucedido en 1908.

—Exactamente. Pero ahora parece estar usted reconsiderando esos hechos. Ahora se refiere usted a lo sucedido en 1908 como un incidente. No lo veo como incidente en sí mismo, ni creo que tampoco usted lo vea así, Mr. Millhouser. No obstante, si ha cambiado usted de parecer en cuanto a proseguir sus confidencias, puedo comprender por qué.

—¿Puede usted, Gerald?

—Así lo creo. Estábamos comenzando a meternos demasiado en las profundidades.

—Así es.

—Entonces, dejémoslo a un lado.

—Lo siento, Gerald.

—También yo, Mr. Millhouser. Pero, francamente, siempre temí que pudiera suceder esto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Había de llegar un momento en que usted tendría que contarme cosas demasiado personales. Sería como abrir viejas heridas.

—Sí, pero no sólo mis viejas heridas. Hemos llegado a un punto en mi historia que... Hay otras personas a considerar. No tengo ningún derecho a contarle cosas que estábamos comenzando a abordar. Casi todas esas otras personas han muerto ya, y pronto moriré yo también. Deje que esta desgraciada historia muera conmigo.

Asentí varias veces y dije:

—Estoy de acuerdo con usted.

—Lo está, ¿no es así? Tiene usted compasión.

—Espero que sí —dije. Al ver tan incómodo al viejo, intenté dar un giro humorístico a la conversación—. Verá, mi tesis versará sobre algo..., algo como *La religiosidad de John Milton*. Alzó la vista prestamente.

—¿Cómo se le ha ocurrido a usted mencionar a Milton?, —dijo—. Es uno de mis autores favoritos. Y estoy seguro de que no lo es de usted.

—No, no lo es mío.

Meneó la cabeza.

—Es el poeta de los viejos. No tiene usted idea de cuán estrechamente ligado he estado a Milton. ¿Sabe usted mucho acerca de él?

—Muy poco.

—Entonces sería usted frívolo para con su religiosidad. Es un término menospreciador, religiosidad, ¿no cree?

—No más que otros.

—Puede aplicársele a Milton. Puede aplicársele. ¡Pero cuán próximo se me hizo en 1908 y a partir de entonces!

*Toda esperanza está perdida
de mi recepción en la Gracia;
¿qué peor?
Pues donde no queda esperanza,
no queda tampoco el temor.*

... ¿Desde luego, sabrá usted que se casó con una muchacha de dieciséis años?

—No lo sabía, o cuando menos lo he olvidado. ¿Qué edad tenía él entonces?

—Pasaba de los treinta. El doble de su mujer. ¿Lo ve usted, pues...? Fue un consuelo para mí.

—¿Había admirado usted siempre a Milton?

—No —respondió, sonriendo.

—¿Por qué le hace sonreír esto?

—Fue la clase de pregunta que siempre me hace usted cuando desea sonsacarme. No, ya había relegado al olvido a Milton. No lo había leído desde que estuve en la Universidad, y estoy seguro de que no le había comprendido muy bien. Luego, en 1908, las dos primeras líneas del soneto me volvieron a la memoria:

*Cuando considero cómo mi luz se ha gastado.
Y con ella la mitad de mis días en este inmenso mundo oscuro.*

Sabía, desde luego, que Milton hablaba desde su punto de vista, pero yo consideraba que mi oída, estaba consumida, e hice que Moisés Hatefield me trajera un volumen de Milton cuando estuve en la cárcel. Deseaba ver si había algún paralelo entre este soneto y mi situación. No lo había, pero comencé a leerlo y lo he seguido leyendo hasta hoy.

—No se trata de sonsacarle, Mr. Millhouser. Estoy de acuerdo con usted con la historia de la vida. Pero siento curiosidad por hacerle una pregunta: ¿lee usted mucho?

—Paso mucho tiempo leyendo, es la respuesta más precisa que puedo darle. No abarco muchos libros. Soy un lector lento y no..., ¿cuál es la palabra...?, intensivo. No soy desatento, no lo crea. Pero cada noche después de cenar vengo aquí, en otoño y en invierno. Moisés me enciende el fuego y comienzo a leer. A veces leo hasta que oigo dar las diez, y otras dejo errar mis pensamientos olvidándome del libro. A las diez, doy una vuelta en derredor para cerrar la casa... Moisés se va haciendo olvidadizo. Luego, duermo durante unas cuantas horas, con un sueño muy profundo. A menudo me despierto a las tres o a las cuatro y bajo de nuevo las escaleras para volver a leer algo hasta que me quedo dormido en mi sillón, generalmente de un tirón hasta el amanecer.

—¿Qué es lo que lee principalmente?

—Esa estantería del fondo le dará a usted una idea. ¿Qué vemos ahí? Son libros que podría usted llamar mi lista activa, que estoy leyendo, o que he leído y no he apartado. Milton, desde luego. *Pendennis*, de Thackeray, *Los papeles postumos del Club Pickwick*, de Dickens, *Arrowsmith*, de Sinclair Lewis, que temo no llegaré nunca a terminar. Es como leer un artículo en un periódico, aunque probablemente usted no estará de acuerdo conmigo.

—Pues, no.

—No lo creía así. *El camino real a la novela*, de Richard Halliburton, y *Pipefuls*, de Morley. Nada muy pesado, pero tampoco paja. Quisiera hacerle

una pregunta, Gerald. ¿Debería leer a Freud?

—¿Por qué no?

—Bueno, desde luego, usted ya habrá leído a D. H. Lawrence. Yo sólo he leído *Hitos y amantes*, y casi cada vez que su nombre aparece en una revista, dicen algo sobre Freud. Me sentí muy desazonado leyendo *Hitos y amantes*. Al fin y al cabo, he pasado la mayor parte de mi vida en una ciudad minera. No es tan malo como todo eso que describe aquí en Lyons. ¿O me estoy engañando a mí mismo por ignorancia? Sea como fuere, no creo que desee leer a Freud.

—No le gustará, pero haga una prueba.

Podría hacer eso... Mire, voy a echar muy de menos nuestras entrevistas y conversaciones.

—Yo también.

—Pero usted comprende por qué...

—Claro, desde luego.

—¿Querrá usted escribirme de cuando en cuando? Me gustaría saber de usted y cómo le van sus cosas. Y también me gustará escribirle.

—Desearía que lo hiciera.

—Lo que sucede es que no puedo entrar más a fondo en estas cuestiones, y de haber tenido yo sentido común debería haberlo sabido de antemano. Le enviaré a usted un regalo. No sé lo que será, pero un recuerdo de estas entrevistas. Le hubiera ofrecido a usted dinero, pero estaba seguro de que no lo aceptaría, y de todos modos no se puede poner precio al tiempo que usted ha perdido conmigo.

—He disfrutado cada minuto de él, y por ello yo también debería enviarle a usted un regalo.

—Estupendo. Recibo un regalo cada año, por Navidad, de Moisés. Su abuelo de usted acostumbraba enviarme una cesta de fruta y jalea de guayaba y cosas así, pero desde que murió, Moisés es la única persona que me obsequia.

Me acompañó hasta la puerta y sonrió mientras nos estrechábamos la mano. Comencé a andar por el soportal, cuando me di cuenta de que había olvidado mi pipa en la pequeña habitación. Volví a entrar en la casa y vi su rostro; la expresión de su rostro cuando creía que nadie le veía: la mortal tristeza en sus ojos y el cansado rictus de sus labios. Pensé en su cita de Milton: «donde no queda esperanza, no queda tampoco temor».

Hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿Olvidó usted algo?

—Sí, mi pipa. La dejé en la pequeña habitación.

—Se la buscaré —dijo, volviéndose rápidamente.

Esperé en el soportal. Me trajo la pipa, y me la entregó. Su sonrisa era un rictus puramente muscular.

—Adiós —dijo.

Y cenó la puerta.

Una semana después me hallaba en Princeton, donde había de prepararme a mi licenciatura. No lo supe entonces, pero fui espectador de uno de los años finales de Princeton como «el más agradable Club». En mi colegio, Lafayette, había habido tres o cuatro congregaciones que, más o menos, correspondían a los mejores clubs de Princeton, y que se hallaban predominantemente constituidas por estudiantes de preparatorio, más que de graduados; eran ricos herederos. De hecho, era extraordinario cuantos muchachos de Lafayette tenían hermanos en Princeton. Yo había ido a la preparatoria de Georgetown, mi familia estaba en buena posición económica, y mi padre, aunque no un *Zeta Psi* como yo, había jugado al fútbol en Lafayette y fue un buen alumno. Por lo tanto, no fui tan ofuscado por Princeton como, algunos de mis nuevos conocidos en el colegio de graduados, que tenía meritorio historial entre las remotas instituciones presbiterianas; pero así y todo no había probabilidad de que confundiera a Princeton con Lafayette, ni la vida de estudiante de uno con los estudios de doctorado de otra.

Supe inmediatamente que no habría de escribir una tesis, lo cual me iba muy bien, puesto que había estado barajando argumentos en pro y en contra de mi ya interrumpida novela-biográfica de Robert Millhouser, que no debieron resultar muy convincentes a los catedráticos de la Facultad, pues el próximo año debería estudiar inglés antiguo, narrativa medieval, y Spencer o Milton, a elegir. Como resultado de mi conversación final con Robert Millhouser, escogí a Milton.

En 1926, aunque resultaba posible obtener un doctorado en Princeton con un año de trabajo y sin escribir una tesis, había muchos ejercicios a escribir, y me divertí enormemente tomar por tema de los mismos *La religión* de John Milton. Por otra parte, me aburría la perspectiva de pasar el año siguiente sumido en el polvo acumulado entre el siglo VIII y el XVII. Deseaba enseñar Literatura Americana, empezando en una amplia escuela preparatoria como Andover o en un colegio pequeño como Hamilton. Había omitido el *Phi Beta Kappa* porque no podía (o no quería) consagrar bastante tiempo o esfuerzo en superar mis notas en matemáticas y ciencias, entretanto en la

Facultad, lo admito, con «la actitud errónea». Pero yo deseaba la Magistratura en Artes de Princeton, por lo que hice lo que me convenía.

Relato estos hechos sobre mis primeros días en Princeton debido a que todos ellos crearon en mí un talante que hizo expresara mis pensamientos (impresiones, temores y planes) a alguien que no fuera una muchacha o componente de mi familia. Inevitablemente, esta segunda aparición de John Milton en mi vida, y la melancolía otoñal de las noches bajo los árboles de Princeton me recordaron a Robert Millhouser, a quien escribí una extensa carta. Me respondió como sigue:

14 de octubre de 1926.

Querido Gerald:

Me alegró enormemente recibir su carta entre las impersonales y al par demasiado personales comunicaciones que suelo recibir el 1º de cada mes. Quizá no debiera quejarme de las facturas, pues a no ser por su cronométrica llegada a fecha fija cada mes, hallaría a veces difícil mantener la ilusión de que me encuentro aún en «la tierra de los vivientes». Afortunadamente, puedo fiar en el carnicero, el panadero, el fabricante de velas (Compañía de electricidad) para recordarme que el pasado mes estuve vivo y que haría mejor en «parecer vivo» antes del 15 si no quiero perecer de hambre y en la oscuridad.

Sus primeras impresiones de Princeton son muy interesantes, especialmente para quien nunca estuvo ahí. Tuve varios amigos que pasaron de Mercersburg a esa Universidad, pero como usted sabe, mi familia, comenzando por el primer Millhouser que puso el pie en este continente, escogió siempre la «querida y vieja Pennsylvania», por lo que el único recinto universitario que yo haya visto jamás fue el de Fuerte Penn. Una de las cosas que sentí en mi viaje di extranjero durante los años 77 y 78, fue no tener tiempo de visitar Oxford. Chester Calthorp tenía varios amigos que residían allí, pero prefirieron bajar a Londres. También pensé en hacer una visita a Harward y Tale, así como a Princeton, pero a mi regreso a Lyons el 78, hallé con que mamá estaba convaleciendo de un ataque de gripe, e inmediatamente me sumí en la tarea de administrar la hacienda de mi padre (mal administrar, sería probablemente una palabra más acertada) y desde

entonces apenas salí de Lyons. Si me permite usted ofrecerle un consejo, ¿puedo instarle a que no aplaze las cosas que le gustaría hacer? ¡Es tan fácil cuando uno es joven caer en la costumbre de pensar que se tiene toda la vida por delante para verlo y hacerlo todo! ¡Mas, de pronto, y sin que se sepa cómo, uno tiene cuarenta años, luego cincuenta, y muchas oportunidades han pasado, algunas de ellas para siempre jamás! Aprovechélas ahora, mientras es usted joven. Espero que hallará usted un poco de tiempo de vez en cuando, para mantenerme al corriente de sus andanzas por Princeton. No es necesario decir que le deseo los mayores éxitos.

Un cordial saludo de

Robert Millhouser.

Leí la carta de un tirón y la puse en un cajón de mi escritorio, donde permaneció olvidada durante un mes o más. Con cierta sorpresa por mi parte, y con gran placer, había comenzado a interesarme realmente en el inglés antiguo, por razones que requerían explicaciones excesivamente prolijas para esta crónica. Pero cuando volví a fijarme en la carta de Mr. Millhouser, fue en un estado de espíritu diferente de cuando le escribí la primera. La releí más atentamente, en especial la última parte de ella: *aproveche las oportunidades ahora, mientras es usted joven*. Estaba seguro entonces, y lo estoy ahora, de que él no tenía tal intención, pero sus palabras estimularon de nuevo mi curiosidad respecto a él y a su vida. Ahora se trataba de una franca curiosidad, sin la excusa de escribir una biografía-novela para una tesis de doctorado. La verdad sea dicha, siempre había existido tal curiosidad, desde que me habían dado aquellas evasivas respuestas a mis infantiles preguntas sobre Mr. Millhouser. Decidí seguir su consejo, en crear, si no en asir, las oportunidades mientras estuviera aún él vivo. Y en consecuencia, le escribí una segunda carta, de la que hice varios borradores. He aquí en esencia lo que le decía:

Querido Mr. Millhouser:

Me interesó mucho lo que me decía usted respecto a la tentación de ir demorando las cosas. El inmediato efecto de su consejo fue decidirme a escribir una carta a una muchacha de Washington, a la que conocí en Easton el año pasado. Su respuesta fue tan amistosa que ya no me

es necesario admitir que nunca visité la capital de nuestra nación. Creo seriamente que el consejo me llegó en momento oportuno. Continúo disfrutando de mi trabajo, y estoy superando una tendencia a diferir las visitas especiales a la Biblioteca cuando me he instalado en mi habitación después de la cena.

Al respecto, me dispongo también a invitarme a visitarle a usted durante las vacaciones de Navidad. Me trasladaré a casa de mi abuelo para la acostumbrada reunión anual familiar, y le telefonearé a usted por si se encuentra visible.

Afectuosamente

Gerald Higgins.

No recibí respuesta. Había ocultado adrede la fecha de mi visita a mi abuela, para que no pudiera decir que se hallaba ocupado aquel día. Su silencio no hizo más que confirmar mis sospechas; no parecía tener deseos de reanudar nuestras conversaciones.

Pero durante las vacaciones, mi abuela me dio algunas noticias que me obligaron a excusar a Robert Millhouser.

—Tu amigo, Mr. Millhouser, ha estado muy malucho —dijo—. Muy malucho, sí. Tuvo un fuerte catarro del que no podía librarse, hasta que por fin Moisés llamó al médico. Y gracias que lo hizo. El joven doctor Willets dijo que, si llega a tardar un día más, adiós Mr. Millhouser. Tuvieron que darle oxígeno. Por lo menos deberías llevarle una jarra de esa jalea de guayaba que tu abuelo acostumbraba enviarle por esta época del año. Pobre hombre, no debe de tener muchas visitas...

No cabía duda sobre la gravedad de la dolencia de Robert Millhouser. Me recibió en la pequeña habitación, me tendió su mano y se excusó por no ponerse en pie. Tenía un chal sobre los hombros y una manta de lana sobre las rodillas y envolviéndole las piernas. Estaba vestido, pero resultaba evidente que sus ropas no le ajustaban ya, lo cual era insólito para Mr. Millhouser. Siempre le había visto muy bien vestido; aunque raras veces salía de Lyons y su guardarropa no era ciertamente muy surtido, lograba ir siempre a la moda, aunque sin exageraciones. Fue el primer hombre de Lyons en llevar todo el año zapato bajo y también en usar camisa de cuello blando con prendedor de oro. Poseía un sentido intuitivo de la corrección en el vestuario que difería, por ejemplo, del buen gusto de mi abuelo. Éste pagaba mucho dinero por sus

trajes, zapatos y sombreros, y todo era de excelente calidad y de tonos severos. Pero Robert Millhouser condescendía a pequeños retoques que si bien añadían estilo no lo sobrecargaban. (Sabía, porque se lo había visto, que tenía un amuleto de oro de la «Sociedad Delta Psi» de colgante cadena de oro de su reloj, pero su razón por no mostrarla era de pura delicadeza; en 1908 no habían aceptado su dimisión de la hermandad, pero, no obstante, guardaba la insignia oculta en su bolsillo).

Puesto en pie y erguido, no era hombre de elevada estatura, pero ahora parecía perdido en su ropa y los demás cobertores. El cuello de su camisa apenas tocaba a su garganta, y el nudo de su corbata me hizo sospechar que había sido hecho por Moisés.

—Ha sido usted muy amable en venir —dijo—. El doctor Willets no se muestra propicio, ni mucho menos, a que baje las escaleras, pero si usted ha podido recorrer cinco manzanas de casas, lo menos que puedo hacer es deslizarme por la barandilla para saludarle.

—Debe de haber tenido usted algún ataque —dije.

—Así es. De no haber intervenido Moisés..., y tiene ochenta y un años, y quería bajarme aquí hoy... vaya, creo que también lo habría hecho, pero no se lo permití.

—Moisés es un buenazo.

—Lo ha dicho usted con el mismo acento que su abuelo.

—Acento irlandés. Ya sabe usted que a él se le pegó de mi abuela. En realidad, el abuelo no lo tenía. Ni siquiera había nacido en Irlanda, pero creo que nadie hubiera podido casarse con la abuela sin adquirir algo de ella. Es una parlanchina, Dios lo sabe.

—Y ahora se le está pegando a usted.

—Sí. Y creo que me alegra. Me ayuda a imaginarme el sonido de las conversaciones en inglés antiguo.

—Ya le va gustando Princeton. Eso es bueno.

—Así es. Me apenará abandonarlo.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—Porque quiero empezar a enseñar.

—¿Y por qué quiere empezar a enseñar?

—No tengo una respuesta exacta para ello. Tengo un montón de respuestas, pero no quiero hacerle perder tiempo con ellas. Supongo que la mejor es que en el colegio y en el preparatorio pensé que sería mucho mejor que la mayoría de los profesores; y deseaba ser como los buenos que tuve. No lo sé en realidad.

—Me sorprende que su madre no quisiera que fuese usted clérigo.

—¿Es una pregunta?, —repliqué—. Pues, sí; lo quiso, hace cosa de seis o siete años, pero desistió de la idea.

—¿Y ha dejado usted su religión?

—La práctica, sí. Hace ya tiempo. Soy tan herético en muchos puntos, que si mi abuela lo supiera no me permitiría ya la entrada en su casa.

—Pero, ¿y su madre? ¿Y su padre?

—Mi madre reza por mí, estoy segura.

—¿Y su padre?

—Creo que mi madre debe rezar también por él. Él va a la misa con ella cada domingo, pero es todo cuanto hace. Eso y dar dinero para el culto, claro está. Es anticlerical, y yo lo soy también.

Asintió con un lento gesto de cabeza y dijo luego:

—El cura de ustedes vino a verme la pasada semana. El P. Schultz. Estoy seguro de que tenía las mejores intenciones. Muy educado. Pero me alegré cuando se marchó. No quiero ser convertido. No dijo media palabra sobre religión, pero hasta entonces sólo habíamos cambiado saludos corteses, y francamente, me sentí muy incómodo. —Hablaba pausadamente, con tono carente de emoción, pero, no obstante, me dio la impresión de que se hallaba al borde de decir muchas más cosas. De pronto comentó—: Persigo un propósito con esta charla sobre religión, Gerald.

No dije nada.

—No soy ateo, Gerald —prosiguió—. Creo en Dios y me he estado preguntando por qué mi vida fue preservada, cuando no habría supuesto diferencia alguna para nadie que me muriese. ¿Por qué fue preservada? No tengo miedo a morir, y no rezaré para poder quedarme unos cuantos años extras en la tierra.

Pensé en «donde no queda esperanza alguna, no queda ningún temor», pero permanecí silencioso.

—«¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?», me he preguntado tantas veces, que prácticamente forcé una respuesta. O bien forcé una pregunta que prácticamente se hallaba implícita en su propia respuesta. ¿Qué he hecho que no haya completado? Bien, Dios no se hallaba ciertamente interesado en la vida que me quedaba cuando me encontró pintando. No creo que a Él le importara que terminase el trabajo en la carretera antes de que el tiempo se hiciera demasiado frío. Y estoy seguro de que el amado Señor no me conduce en mi correspondencia con Drexel y Compañía. Era la única cosa que no

había terminado. —Me miró, esperando que le hablara, pero yo quería que fuera él quien lo hiciera—. Nuestra historia —dijo por fin.

Me abstuve de hablar, esperando que empezara por su propia voluntad.

—La golondrina en su vuelo —dijo—. Eso es lo que creo. El Dios de todos nosotros. No temo morir, en absoluto; pero sí dejar esta historia incompleta. Pensé con demasiada convicción que me habían concedido seguir viviendo para terminar algo. No se me ocurre que me quepa hacer otra cosa.

Ahora me tocaba a mí sentirme rebelde. Mi antigua desilusión por los clérigos y su pretensión de infalibilidad había vuelto en mí. No deseaba participar en un proyecto con un hombre que se había convencido de que también él tenía una guía divina. Sentí imperiosos deseos de marcharme de allí. Pero me quedé.

—No dice usted nada —habló.

—Pues no. Pienso que usted tiene muchas más cosas que decir.

—Oh, temía que usted..., bueno, no importa. Tengo más que decir. No conozco a ninguna persona joven, Gerald, y no creo que sean tan corteses como usted.

—Gracias.

—No fui completamente veraz con usted cuando le dije por qué no quería proseguir. En setiembre, quiero decir. Usted y yo no hemos sido nunca completamente veraces, ¿no cree?

—Supongo que no.

—Bien, todos tratamos de protegernos a nosotros mismos. Yo dije que deseaba proteger a algunas personas muertas hace tiempo, pero estaba protegiéndome a mí también. Y donde usted no fue veraz y sincero fue en no atajarme diciendo que yo era un viejo aburrido dejando aparte el hecho de que había asesinado a mi mujer.

Experimenté una fuerte conmoción, pero logré dominarme lo bastante para decir:

—¿Cómo podría decirle semejante cosa, Mr. Millhouser?

—No a mí, Gerald. A usted mismo. ¿Se lo ha dicho usted alguna vez realmente a sí mismo?

—No.

—Y, sin embargo, era la verdad, ¿no es así? Un viejo estúpido que pasaba cuatro veces frente a la casa de su abuelo para recoger la correspondencia. Luego, cuando fue usted un poco mayor, le dijeron que había disparado contra mi mujer, y que la había matado.

—Eso sí es verdad.

—Estoy seguro de que si alguien que no fuera su abuelo se lo hubiese contado, habría sido mucho peor. ¿Qué es lo que le contó?

—Casi nada. Le podría decir cuanto sé en un par de frases.

—¿Que son...?

—Pues que mató usted a su esposa y que Mr. Vanee se hallaba implicado en ello, y que fue usted juzgado y absuelto.

—¡Santo Dios...! ¿Eso es todo cuanto le contaron a usted?

—Eso es todo, excepto que mi abuelo dijo que usted fue muy desgraciado, o algo por el estilo..., sí, algo que demostraba su simpatía hacia usted.

—¡Si sabré yo que simpatizaba conmigo! Y, además, fue el único durante algún tiempo. ¿Qué le contó a usted acerca de Robert Vanee?

—Nada. Mi madre dejó deslizar este nombre en una ocasión, pero luego no añadió nada más. No sé siquiera lo que le ocurrió a Vanee.

Suspiró.

—Ahora estoy comenzando a pensar que debo contarle a usted toda la historia para proteger a las personas implicadas... No ocultárselas. Pero hoy no. ¿Puede volver usted mañana?

—Sí, desde luego.

—¿Está usted seguro de que no deja nada para hacerlo?

—Voy a un baile en Gibbssville mañana por la noche, pero puedo trasladarme allá en una hora. Así, que tendré tiempo de cambiarme cuando me vaya de aquí.

—Mejor será que venga por la mañana y se quede a comer. Empezaré donde lo dejamos, o sea, en Londres. Y es posible, cuando haya de marcharse usted, conozca ya toda la historia. Se lo agradezco de antemano. Sé que esto es lo que debo hacer. De la verdad siempre sale algo bueno. Y dormiré mejor esta noche sabiendo que he traspasado a usted la verdad, o que mañana a esta hora se hallará usted ya en posesión de ella.

Observé que, en efecto, parecía sentirse mejor. Estaba fatigado, pero parecía más vivo que cuando comenzamos nuestra conversación. Y en cuanto a mí, se habían desvanecido mis momentáneos recelos sobre su fanatismo religioso..., sumida quizás en mi nueva convicción de que era mi deber saber la verdad sobre Robert Millhouser, para que no muriese con él. (En mi edad mediana catalogo siempre esto bajo *La religiosidad* de Gerald Higgins.)

A la mañana siguiente, a las diez treinta, me recibió en el soportal encristalado, que algunas personas denominarían más que galería, invernadero o solárium. Me acogió cordialmente.

—Le vi cómo se dirigía hacia aquí. ¿Qué marca de coche es el que trae?

—Es un *Jordán*. Regalo de graduado.

—Ah, es un *Jordán*. Lo he visto anunciado, pero no creo que nadie tenga uno en Lyons.

—Es conocido como el coche de los contrabandistas de alcohol. Todos ellos tienen uno. Y hasta la agencia es de uno de ellos.

—¿Y no le impidió eso comprarse uno?

—No. Dos de los contrabandistas de alcohol tienen también chaquetones de mapache, lo que tampoco me privó de comprarme uno.

—Estoy seguro de que lo necesita usted si conduce descubierto con este tiempo. El termómetro del exterior de mi ventana marcaba once grados a las siete y media. —Me miró como examinándome con franca aprobación—. Ya veo que se halla usted preparado para marcharse a Gibbsville. Chester Calthorp tenía un traje deportivo con bombachos. La chaqueta era de estilo Norfolk.

—Hace unos años que tuve una así.

—¿Lo pasa usted bien en Lyons? Quiero decir, ¿tiene Lyons algún atractivo para un joven en estos días?

—Sí. Fui a bailar la noche pasada a la Sala de los Excéntricos. El Baile de Invierno. Había una orquesta de Fuerte Penn.

—El Baile de Invierno... Supongo que debe ser algo que remplazó a lo que antiguamente se llamaba la Reunión de Invierno.

—Eso es. Mi abuela me lo dijo. Pero ahora los concurrentes son estudiantes.

—¿Hay bastantes para celebrar un baile?

—¡Ya lo creo! Lo menos había cien parejas y cincuenta hombres solos.

—¡Doscientas cincuenta personas! En mi tiempo, dudo que hubiese más de cien en total. No hombres solos, desde luego. La gran marcha comenzaba puntualmente a las nueve, siempre conducida por algún miembro de la familia Langendorf. Y asistí a varios bailes.

—¿Y quién era su pareja cuando estaba usted en el Colegio?

—Espere que lo recuerde... Nunca la misma muchacha dos veces, puede estar seguro. Ello era en parte debido a una precaución mía. La Reunión era cosa muy seria, y el hecho de invitar a ella a una muchacha acarreaba muy serias complicaciones, por lo que nunca lo hice, sino que esperaba a que una madre desesperada o bien su desesperada hija me pusieran unas líneas diciéndome que, si no había invitado a alguien, fuera yo el acompañante debido a que el presunto galán de la ciudad había tenido que cambiar sus planes.

—¿Eso es lo que hacían?

—Sí. O bien una de las muchachas que yo conocía me ordenaba que invitara a uno de sus amigos.

—¿Y podía ser usted ordenado?

—Oh, no me importaba, pues todos nos comprendíamos mutuamente. Me ponía el traje de etiqueta, y yo y Moisés íbamos en el landó de mamá, y yo me hacía agradable hasta la hora de las brujas. Con lo cual alguna muchacha se había aprovechado de su Reunión, y yo volvía a casa con la sensación de haber hecho una buena obra, y me sentaba con Moisés en la cocina hasta intoxicarnos ligeramente, y entonces él solía llevarme a mi habitación y me acostaba. ¿No desea conocer los nombres de las muchachas, o sí?

—Creo que no.

—Dos murieron ya, una está casada y vive en Lancaster, y la otra aquí en la ciudad, una abuela que no me ha hablado desde 1908. No, miento. No me ha hablado desde 1906. No aprobó mi casamiento. Había dos categorías. Las que no aprobaron mi matrimonio con una muchacha treinta y tres años más joven que yo. Y las que dejaron de dirigirme la palabra cuando fui juzgado por asesinato. No me ha afectado nunca mucho la última categoría. Llegué a darme cuenta de que, cuando menos, algunas de ellas dejaron de hablarme simplemente porque no sabían cómo proceder. Unas pocas de estas personas, hombres en su mayoría, me hablan hoy día. Pero las mujeres son inexorables. Son peor que eso. ¿No sabe usted..., no, usted no lo sabe..., que cuando maté a mi mujer quisieron lincharme?

—No. No lo sabía. Nunca oí hablar de ello.

—¿Quiere que se lo cuente ahora, o volvemos primero a Londres?

—Como usted desee.

—Desgraciadamente, si intento contarle todo en el orden en que sucedió, temo pasar por alto algunas cosas. Bien, ya retrocederemos después, pero primero, ya que lo tengo fresco en la memoria, hablemos del linchamiento. Quisiera que su abuelo le hubiese contado a usted esta parte, pero creo que nunca lo habría hecho, y debe ser contada. Muestra la clase de hombre que era Jeremías MacMahon. ¿Ve usted ahora, Gerald, por qué he cambiado de parecer? ¿Por qué debo contarle esta historia? Conocía usted muy poco a su abuelo.

Se retrepó en su sillón. Su cabeza descansaba en una almohadilla y sus manos pendían de los brazos del sillón. Se humedeció los labios, miró al techo y comenzó a decir:

—No me detuvieron en seguida. Tommy Fenstermacher era el jefe de policía y nos conocíamos de toda la vida. Íbamos al mismo grado en la escuela, y así sucesivamente. Jugábamos juntos, y su padre nos había hecho algunos trabajos. Era uno de esos hombres diestros que lo mismo hacía carpintería, que albañilería o jardinería. Pero nunca tenía un trabajo fijo, porque era de esos hombres que desaparecen para correrla durante tres días, y los contratistas no pueden confiar en ellos para el trabajo. Y supongo que además, era hombre peligroso para tenerlo en una construcción. Pero mi padre solía darle diversas chapuzas a hacer, por lo que los Fenstermacher le estaban agradecidos. En consecuencia, cuando el joven doctor Willets informó que mi mujer estaba muerta de resultas de haber disparado yo contra ella, y que yo estaba esperando a que me detuvieran, llegó Tommy. No sabía qué hacer cuando abrí la puerta. «Tommy, le dije, debiera haber ido yo mismo a entregarme, pero no quería que alguien pensara que intentaba escapar.

»—Está bien, Robert —respondió—. No vine a detenerte.

»Y me di cuenta de que él no había ido a detenerme. Había ido porque yo estaba en un aprieto. Me eché a llorar. Sólo había pasado una hora o dos, creo, desde que sucediera el hecho.

»—Y, sin embargo, lo hice yo —dije.

»—Cuéntaselo al abogado. A mí no me digas nada —me respondió—. O, si quieres, yo mismo le diré a George Holliday que venga. Tienes que descansar un poco, Robert.

»Luego llamó a Moisés para que le llevara al piso de arriba, donde estaba el cadáver de mi mujer. Al cabo de pocos minutos, Tommy volvió y me echó el brazo en derredor del hombro, sin decir nada, excepto que iba a notificar al forense doctor Dixon, y que éste probablemente acudiría con el de la funeraria para llevar el cadáver al depósito. Después, se marchó.

»Y así se hizo. Vino Dixon con el encargado de la funeraria, se llevaron el cadáver de mi mujer y yo seguí en casa sin ser detenido aún. Y cuando Dixon manifestó a Tommy Fenstermacher que haría mejor en detenerme, Tommy le respondió que buscaran otro que lo hiciera, pues él no quería. El único hombre que podía detenerme aparte de Tommy era el alcalde, pero éste se hallaba en Johnsville ocupado en algunos negocios. Se habló en la ciudad que la policía del ferrocarril o de la compañía de carbones podía detenerme, y yo pensaba que no solamente podían, sino que debían. Pero se inhibieron del asunto, pues no querían correr el riesgo de perder sus empleos, por lo que no se lo reproché. En realidad, no eran policías oficiales, y no tenían otra misión que la de proteger la propiedad de la Compañía y a los cobradores y

pagadores de las nóminas... Llegó George Holliday, mi abogado, y ambos esperamos a que viniese alguien que me llevara a la cárcel, pero esperamos toda la tarde y toda la noche y no apareció nadie más. Y, sin embargo, yo sentía un presagio siniestro. ¿Siniestro? Sí, siniestro. Estaba dispuesto a morir por lo que había hecho. Hacía tiempo que lo estaba, pero ésa es otra parte de la historia. Esperaba ser detenido y puesto en el tren y llevado a la cárcel del condado, en Fuerte Penn, juzgado, hallado culpable y ejecutado. Sabía que ocurrirían todas estas cosas. Pero no sucedía nada de todo ello. George Holliday miraba y remiraba su reloj fijamente, cerraba, la tapa de golpe y lo volvía a meter en su bolsillo y se paseaba de uno a otro lado. Hablábamos, pero la mayor parte del tiempo no hacíamos sino escapar, y cuando comenzó a oscurecer sugerí a George que fuera a casa a cenar. Me miró como si yo hubiese perdido el juicio, cosa no irrazonable, dadas las circunstancias. Pero lo que pensaba no era eso.

»—Posiblemente no podría dejarte —dijo.

»Luego vino Moisés y dijo que la cena estaba preparada. Y luego de cenar, Moisés dijo que iba a Correos para retirar la correspondencia antes de que cerraran el despacho, y yo no lo detuve. Pero hubiera debido hacerlo... Lo que sucedió fue que Moisés fue a Correos y retiró la correspondencia del apartado, y cuando se disponía a volver oyó que una mujer decía: «Ahí está el negro». Moisés no estaba acostumbrado a aquello. De chico yo le llamaba a menudo negro cuando hacía algo que me ponía de mal humor, pero siempre a distancia, porque si hubiera estado cerca me habría dado un sopapo. Y en Lyons, los hombres de color eran muy bien tratados. Tenían su iglesia propia, pero iban a la escuela de los blancos y jugaban con los niños blancos, Hasta había un negro que era miembro del Gran Ejército de la República y que aparecía con los blancos en las paradas. Nunca oí decir que ello hubiera provocado algún trastorno. Pero cuando Moisés oyó a aquella mujer, no le hizo ni pizca de gracia, y se volvió para decirle algo. A lo cual ella replicó: «¡Sí, tú. Tú y ese asesino para el que trabajas!». Y tras esto, la mujer alzó aún más la voz, chillando: «¿Qué clase de país es éste, donde un hombre comete un asesinato y envía a su negro en busca del correo y no pasa nada?». Entonces, se le unieron algunas mujeres y antes de que pudiera darse cuenta, Moisés estaba encerrado en la oficina de Correos. Algunos hombres comenzaron a aullar también. Ya puede imaginárselo usted: sólo una puerta y todas las ventanas con barrotes... De pronto, un hombre blanco se abrió paso entre los circunstantes, vociferando:

»—Apartaos de mi paso, y dejad a ese hombre en paz.

»Tras lo cual llegó hasta donde estaba Moisés, lo cogió de un brazo y se lo llevó. El hombre era su abuelo, Jeremías MacMahon. Él conocía a todos de nombre y puede estar seguro de que todos le conocían a él también. Por aquella época era uno de los hombres más ricos de la ciudad. Pero aun así, andaba ya por la sesentena y hacía falta valor para hacer lo que hizo. Más que valor. Se puede llamar valor a ciertas cosas. Pero hay otras que requieren principios. ¿Comprende lo que quiero decir? Para detener un caballo desbocado se necesita valor. Pero allí estaban en juego una serie de principios. Un hombre negro abrumado por un numeroso grupo de bravucones. Y también había algo más en lo que no reparé durante mucho tiempo, ni tampoco sé si su abuelo tuvo tiempo de pensar en ello, y era que Moisés era un hombre poderoso, prodigiosamente fuerte, y si hubieran llegado hasta donde él con aquellas intenciones manifiestas, alguien habría resultado muerto. Recuerde que a Moisés sólo le preceden dos generaciones sacadas de la jungla. Su padre fue esclavo, y su abuelo fue traído a este país como una bestia. Estoy seguro de que habría habido más de dos muertes aquel día en Lyons, si su abuelo no hubiese intervenido. Cuando menos, dos. Dios sabe que estropicio habría hecho aquel grupo de camorristas de Correos... Pero su abuelo hizo lo que hizo. Acompañó a Moisés hasta mi casa, y le dijo que se metiera dentro y no saliera de allá. No subió él a verme porque advirtió que la calesa de George Holliday se hallaba frente a la casa. En vez de ello, se dirigió a casa de Fred Langendorf y le contó lo que había sucedido en Correos. Langendorf le dijo que ya había oído hablar de ello, y más aún.

»Los Langendorf eran la gente más rica de la ciudad y no eran católicos, por lo que Fred Langendorf era el hombre más importante de Lyons. Le dijo a su vez a mi abuelo que había oído decir que los Cordones Azules iban a lincharme. ¿Ha oído hablar usted alguna vez de los Cordones Azules? Fueron los predecesores del Klan, y provenían de una sociedad secreta irlandesa. Muchos de los componentes del Klan de hoy son hijos de los antiguos Cordones Azules. Todo el mundo sabía quiénes eran los miembros entonces, como sabemos ahora quienes pertenecen al Klan. Odiaban a las personas adineradas, pero odiaban también a Mitchell y a la gente de la Unión. Y, desde luego, a los católicos, a la gente de color y a los judíos. Eran pobres, y la mayoría pertenecía a las Iglesias más pobres. Sólo irnos pocos granjeros eran Cordones Azules, y los de la ciudad eran generalmente los más ignorantes; raramente se podía hallar entre ellos un buen carpintero o mecánico, aunque contaban algunos miembros entre los horteros y almaceneros y entre los guardagujas del ferrocarril y algunos politicastos de

los barrios sur y este, donde aún vive la gente pobre. En realidad, la mayor parte del tiempo no causaban daño. En verano celebraban sus reuniones en los bosques, y en algún establo en invierno, y distribuían libelos que provenían de Missouri. La mayoría de estos libelos que vi se referían al papa, al papa católico de ustedes. La lectura de alguna de ellos tenía mucho jugo. Pero en cuanto a su actuación era muy escasa. Los más jóvenes, irnos golfos alborotadores, se congregaban a veces frente al convento católico para proferir indecentes sugerencias a las monjas. En una ocasión hasta arrojaron algunas piedras y rompieron un vidrio de color de la iglesia. Pero generalmente se mantenían en sus barrios de la ciudad.

»Pero ahora eran peligrosos. Fred Langendorf le dijo a su abuelo que iban a celebrar una reunión aquella noche a las nueve en la parte posterior del apartadero de Reading, y que no le sorprendería lo que se disponían a hacer. Fred lo achacó todo a Tommy Fenstermacher por no haberme arrestado. Dijo que era una cosa muy mal hecha. A todos cuantos había detenido Tommy, lo habían sido por él mismo, siendo la mayoría de los barrios sur y este; y ahora, cuando un hombre rico cometía un asesinato y no era arrestado... Imagínese lo que dirían. Una ley para los ricos y otra para los pobres. Y encima su abuelo, un católico, enfrentándose a ellos para proteger a un hombre de color. Y aún había otra cosa. Y era que no me querían...

»Y no es difícil comprender por qué. Si había alguien que representase de un modo típico al rico ocioso, ése era yo. No tenía despacho en la ciudad, hacía mi trabajo aquí, guardaba todos mis papeles aquí, mis archivos y ficheros. Y no tenía apenas que ver nada con nadie de los dos barrios más pobres. Cuando me veían era generalmente de paso para el Banco o a Correos. Si iba a la peluquería, todos los asistentes cesaban de hablar en cuanto entraba y seguían callados hasta que me marchaba. Igual que mi padre, no pertenecía a ninguna logia. Y luego, cuando me casé con una muchacha de dieciocho años, a mis cuarenta y uno, las mujeres tuvieron algo que decir sobre ello también. Y aquellas mujeres habían odiado siempre a mi madre, quien murió cuatro años antes de mi matrimonio, pero en un lugar como Lyons, cuatro años no son nada. Y si no lo saben todo acerca de una persona, lo que inventan dista mucho de ser favorable. Algunas de las mujeres nunca pasaron del tiempo en que mamá dejó que la partida de caza se instalara en su casa. Como segundo pensamiento, habían decidido que mamá no había ido a Filadelfia. ¡Oh!, He estado aquí a menudo los domingos por la tarde cuando iban de paseo, y las he visto contemplando esta casa. Un hombre y una mujer hasta dieron toda la vuelta para contemplarla mejor, y poder ver las ventanas

de arriba. Sólo Dios sabe lo que esperaban ver. Los hombres intentaban mantenerse en movimiento, pero las mujeres quedaban atrás, contemplando... Aún si sus sospechas hubiesen sido ciertas, fuere cuales fuesen, no podrían haber visto nada. Hay dos buenos doscientos pies desde la cerca hasta el soportal, y todas las ventanas tenían cortinas, por no hablar de los nogales, abetos y avellanos que obstruían su vista. Mi mujer dijo en una ocasión que esperaban que apareciera Satán en persona. Tenía un torcido sentido del humor...». Pero volvamos a su abuelo y a Fred Langendorf. Se hallaba entonces en ciudad una compañía de la Guardia Nacional, y Fred pensó en telefonar al gobernador, pero su abuelo dijo que no serviría de mucho. Una gran proporción de guardias eran Cordones Azules, y de todos modos el gobernador no daría órdenes a la guardia por un mero rumor. Sin embargo, había que hacer algo, ¿pero qué? ¿Reunir a los elementos de orden y poner una guardia en tomo a esta casa? No. Su abuelo dijo que eso significaría tiroteo. Y, por lo demás, en la ciudad no había organización lo suficientemente numerosa para enfrentarse a los Cordones Azules. Cuando menos, ninguna que no tuviese Cordones Azules entre sus miembros.

»Eran ya alrededor de las siete, y Fred había enviado a buscar a tres o cuatro hombres que tenían influencia, El doctor Sam Merritt, Bert Shoemaker, el impresor, Ivor Brown, el farmacéutico, Albert Connor, el constructor de carros. Todos ellos viven aún, por cierto, excepto Ivor Brown, y me parece que los conoce usted a todos. Otro par fue también, pero de éstos estoy seguro. Hombres buenos y decentes, y muchos más jóvenes de lo que ahora son, claro está. Menciono este hecho porque hace veinte años ellos eran realmente jóvenes, y no eran precisamente los más viejos quienes se preocuparon. Eran de todas las edades, y todos preocupados sobre lo que podría suceder si hubiese un linchamiento en su ciudad.

»Yo no lo sé, pero me imagino que en una reunión como aquélla y con el tiempo acortándose, se presentaron toda clase de sugerencias. Aún desconozco lo que decidieron, aunque apostaría a que fueron unánimes en su votación. De todos modos, sea quien fuere el que dio la idea, no cabe duda de que era un hombre brillante.

»He aquí lo que hicieron; cuatro de ellos convinieron en ir al apartadero de Reading y encontrarse allí cuando llegaran los primeros Cordones Azules, a las ocho y media. Acordaron no decir nada, a menos que les hablasen primero. Apostáronse, pues, en la plataforma de carga y contemplaron la llegada de los primeros pájaros, quienes se les dirigieron por sus nombres, y ellos hicieron lo propio nombrando a cada hombre, y eso fue todo. Pero ello

confundió a los pájaros tempranos. Los Cordones Azules se sentían muy incómodos y cuando llegaron algunos más, ellos tampoco se sintieron cómodos. Pero a las nueve compareció un numeroso grupo de hombres y mujeres. Lo primero que se advertía a cada recién llegado era que aquellos cuatro hombres prominentes se encontraban allí. Por fin, uno de los Cordones Azules le dijo a Fred Langendorf:

»—¿Qué están ustedes haciendo aquí?

»Y Fred le respondió:

»—Oímos decir que van a tener ustedes una reunión.

»—Sí, vamos a tener una reunión —dijo el otro—, pero no les hemos invitado.

»—Vinimos sin ser invitados, eso es todo —respondió Fred.

»—Pues ya pueden marcharse —replicó a su vez el hombre.

»—No, hasta que sepamos de qué se trata.

»De pronto, una mujer gritó:

»—Vamos a colgar a Millhouser.

»Fred miró fijamente al hombre.

»—¿Es ése el motivo de su reunión?

»—¿Y qué, si lo fuese? ¿Se trata, acaso, de un asunto que le incumbe a usted?

»—Nos incumbe a todos —replicó Fred.

»No dijo nada más. Y volviéndose hacia sus tres compañeros les dijo algo que los demás no pudieron oír. Pero todo cuanto dijo fue “Vámonos”. A continuación, los cuatro hombres se fueron juntos sin decir palabra. No habían hecho nada para inflamar a la masa, no habían discutido. Pero todos sabían que habían sido vistos y reconocidos por cuatro de los más influyentes hombres de la ciudad, y desde luego, nadie sabía lo que los cuatro se disponían a hacer. Lo que en realidad hicieron fue trasladarse a casa de Fred y esperar...

Robert Millhouser cesó de hablar y me miró sonriendo.

—¿Cuánto tiempo cree usted que esperaron?, —dijo.

—No sé ni siquiera a qué estaban esperando —dije.

—Desde luego que no. Estaban esperando los tres pitidos, rápidos y cortos, del silbato de una locomotora. Y sólo tuvieron que esperar unos diez minutos.

—Ya ve usted, Gerald —prosiguió el anciano—, la razón por la cual no puedo decirle a quién se debió la idea... debido a que no creo que pudiera haber sido de uno solo. Debió de haber sido meditada cuando menos por dos

hombres. Fred Langendorf y los otros tres fueron al apartadero Reading e hicieron lo que le referí. Pero en el ínterin los demás, creo que eran otros cinco, se separaron. Dos vinieron a mi casa. Uno de ellos era su abuelo. Los otros fueron a ver a Billy Williams, el superintendente de la mina de carbón, y le llevaron a ella. Williams ordenó que dispusieran un tren, compuesto por una locomotora y una vagoneta. Pusieron la caldera a presión y luego, sin luces, condujeron el tren. Me metieron dentro de la vagoneta, con George Holliday y su abuelo.

—¿Quién conducía la locomotora?

—El vigilante de noche, que era maquinista. No había peligro en chocar con otro tren, pues a aquella hora no había trenes que hicieran el trayecto entre Lyons y Soyersville. Aquí, Billy Williams montó dos fogoneros. Pregúnteme quiénes eran.

—Sí, ¿quiénes eran?

—Bert Shoemaker y Albert Connor. Puede usted estar seguro de que nunca habían paleado carbón en una locomotora. Lo hicieron, sin embargo, hasta Soyersville.

—¿Y qué le sucedió a usted?

—Fui trasladado a la cárcel del condado, a Fort Penn. Una de las cosas más curiosas sobre el particular era que me encontraba en la prisión sin haber sido detenido. George Holliday tuvo que levantar de la cama a un juez que conocía para que pudiera yo ser puesto en situación de detenido sin fianza. Puedo recordar a aquel juez, lo trastornado que estaba. Todo aquel asunto le parecía de lo más irregular. El oficial que figuraba me había detenido era en realidad un guarda de la prisión, y el jefe de la misma no quería inscribir mi ingreso sin los papeles legales, aunque yo me hallara ya tras los barrotes... Y allí permanecí hasta que se celebró la vista.

—¿Qué ocurrió en Lyons? ¿Qué hicieron los Cordones Azules cuando vieron que el pájaro había volado?

Robert Millhouser tardó unos instantes en contestar. Parecía momentáneamente sumido en los recuerdos de aquella azarosa noche.

—Dispénseme, Gerald. ¿Me hizo alguna pregunta?

—Estaba preguntándome qué les sucedió a los Cordones Azules. ¿Se encolerizaron al ver de qué manera habían sido chasqueados?

—No puedo decirlo con seguridad. Pero conjeturo que individualmente estaban bastante contentos de no tener que hacer nada, de encontrar una excusa para irse a casa. Los Cordones Azules eran gente de poca monta y no tenían un jefe enérgico. Según oí decir, sólo dos o tres de los jóvenes estaban

armados. Tenían escopetas. Dudo que muchos de ellos poseyeran siquiera pistolas. El arma casera en una zona como ésta es la escopeta, empleada para las liebres y faisanes y paja matar ratas, pero objeto muy embarazoso de llevar cuando se va a infringir la ley. He pensado a menudo sobre aquella gente que iba a lincharme. Sus corazones no estaban en ello, y le diré por qué llegué a esa conclusión. Creo que fueron las mujeres quienes los instigaron, como lo hicieron antes. Estoy seguro de que los hombres habían decidido ir a la reunión y hacer lo que hicieran los demás. Pero no fueron armados. Si hubieran decidido colgarme, puede estar usted seguro que habrían traído sus armas. Supe lo que ocurrió en dos o tres casas antes de aquella reunión. Para mí que todo el asunto salió de las mujeres iracundas. Mire lo que sucedió con Moisés Hatefield en Correos. De haber habido un momento oportuno para hacer algo, aquél lo era, con Moisés allí. Pero el abuelo de usted intervino. Luego, durante las dos horas siguientes, las mujeres trataron de azuzar a sus maridos, y éstos se sintieron agraviados. No hay muchas casas en las que los hombres reciban órdenes de sus mujeres, aun hoy día, y hace veinte años, menos. Luego, cuando los primeros llegados al apartadero vieron que los elementos respetables de la ciudad les tenían puesta la vista encima, recogieron velas.

—¿Fueron la mayoría de ellos a casa?

—Así me parece. El único bar abierto era el de Stiney Burldtis, y los Cordones Azules no concurrían nunca a él. Stiney era lituano y enemigo de los Cordones Azules, y por otra parte, éstos no eran bebedores. Por lo menos, no del tipo de los que frecuentan los bares. Como se dice hoy, bebían mojado y votaban seco. Gente de iglesia. Liga antibares. Así, pues, tenían realmente un lugar donde ir, y al parecer se marcharon a casa.

»Naturalmente, desde entonces he leído muchos relatos de periódicos relativos a linchamientos y comparándolos con mi experiencia, he llegado a la conclusión de que los Cordones Azules no se hallaban realmente encolerizados por el hecho de que yo hubiese matado a mi mujer. Podían haberlo estado de haber matado yo a alguna de sus mujeres, pero mi mujer no lo era. También he observado que se puede inducir a una masa a linchar a un hombre por principio. Para ser preciso, aquella gente estaba colérica porque se dijeron mutuamente que había una ley para el rico y otra para el pobre, y esto es un principio, pero no es un principio por el cual se volvieran violentamente coléricos. Siempre habían sabido que hay una ley para el rico y otra para el pobre, de manera que no era cosa nueva. Podían sentirse agraviados por ello durante toda su vida, pero no podían hacer mucho al

respecto, a no ser sino enriquecerse ellos mismos y pasar a la jurisdicción de las leyes de los hombres ricos. Y entonces cesarían de pertenecer a los Cordones Azules, puesto que organizaciones como ésta prosperaban por el odio al rico y por el odio a cualquier cosa que ellos no son.

Recuerde esto, Gerald. Si hubiese usted vaciado los bolsillos de todos aquellos hombres en el apartadero Reading, dudo que hubiera usted reunido cien dólares. Eran gente que se encontraba siempre en apuros para pagar, que no había tenido nunca dinero, que durante tres generaciones habían visto venir a los irlandeses y a los húngaros y polacos a trabajar en las minas y ganar el doble. Mire, es espantoso pensar en la vida de uno de esos hombres, en uno de los Cordones Azules, quiero decir. No habían tenido nunca ningún placer. ¿Placer sexual? No puedo creerlo. Actividad sexual, en abundancia, pero actividad mezquina, sórdida, secreta, culpable, llena de crueldad y carente de amor. ¡Oh, sus caras, cuando las veo en Correos! A veces, cuando se retrasa la correspondencia hemos de esperar un poco... Una mujer como Dorothy Stiegel, ¿la conoce usted..., la que tiene el salón de belleza? Bien, pues cuando entra, esos hombres cesan de hablar y se la quedan mirando fijamente, parando de hablar al mismo tiempo y mirándola también de la misma manera. No llenos de anhelo, sino llenos de crueldad. Piensan lo que piensan, y luego vuelven a hablar, todos a la vez, tan bruscamente como cesaron de hacerlo. ¡Una vida, y para vivirla así!

En este momento supe que Robert Millhouser, lo supiera él o no, se hallaba dispuesto por completo a contar su historia. Estaba seguro de que él no lo sabía, y era importante evitar que se alarmara.

—¿Cree usted que ellos saben lo que desaprovechan en la vida?, —pregunté.

—¿Lo que desaprovechan? No. Pero sí que desaprovechan algo. Su tristeza es debida a su incapacidad para... para reconocer, o definir lo que envidian o ansían. Creen que es dinero. Piensan que serían felices si no fuesen pobres. Desde luego, no es «felices» la palabra que emplean. A gusto, o alegres. Creen que estarían en mejor posición. Sí, eso es. En mejor posición. Si tuvieran dinero estarían en mejor posición. Podrían tener un coche *Jordán* como el de usted, y también a Dorothy Stiegel. Pero me temo que el Señor no ha creado a las Dorothy Stiegel para ellos, que Mr. Jordán no los tuvo presentes al construir su coche. No me pregunte lo que el Señor está haciendo por esa gente. Un Dios bueno y justo no parece haberlo sido mucho con ellos, nada equitativo. Y ellos no hacen nada para merecer el Cielo, ¿no es así? Suponiendo que crea usted en el cielo. Pero tampoco Él, el Señor, los ha

equipado con un intelecto que les capacite para merecer el cielo. La conclusión, supongo, si cree usted en Dios y en el cielo, es que esa gente ha sido puesta en la tierra para irritarnos, y que cuando mueren van a cierto rincón especial del cielo, reservado para gentes como ellos. Supongo que esos espantosos seres son realmente ángeles de Dios, tal como yo comprendo a los ángeles. Todo hijo de perra —dispénsese, Gerald— es un ángel, no del todo humano, no provisto de un alma completa como usted o yo, pero puesto en la tierra para tentar nuestra paciencia y hacemos merecedores del cielo o del infierno. ¿Una idea interesante, no le parece? ¿La de que cada hijo de perra es uno de los ángeles de Dios? ¿Le choca a usted, acaso?

—Pues, sí —respondí.

—Sospecho que quiere usted pincharme... ¿Por qué le choca a usted?

—Porque de ahora en adelante me sentiré inclinado a tratar a cada hijo de perra como si fuera uno de los ángeles de Dios, y me costará mucho hacerlo. Y, además, teológicamente, si trato a cada hijo de perra como un ángel, ¿no me opongo a la voluntad de Dios?

—Oh, tiene usted una mente muy tortuosa, Gerald.

¿Está usted seguro de haber abandonado la idea de hacerse jesuita?

—Tenga cuidado, Mr. Millhouser. Usted es responsable de empujarme a un próximo casamiento.

—¿Así que no puede usted hacerse jesuita?

—Así que no puedo hacerme jesuita, eso es.

—Yo sólo he conocido a un jesuita —dijo Robert Millhouser, gravemente.

—Me sorprende un tanto. ¿Dónde conoció usted a un jesuita?

—En Italia.

Esperé, pero no siguió adelante. Yo era muy joven y aún no había comprendido que las pausas en la conversación no embarazan a las personas mayores. Tampoco me daba cuenta de que el esfuerzo de la conversación le estaba fatigando.

—Comeremos aquí, Gerald —dijo—. ¿Quiere usted lavarse?

—Sí, gracias.

—Bien. Hallará mi habitación en el altillo de las escaleras, vaya a la izquierda y luego la segunda puerta a la derecha; atraviese el dormitorio y encontrará mi cuarto de baño. Desgraciadamente, Moisés me tiene que traer un orinal. El doctor vino a verme esta mañana y si subo ahora habré de quedarme ya allí. Sólo me permiten una bajada y una subida al día.

Hace algún tiempo subí al segundo piso, en parte por cortesía y en parte porque quería echar un vistazo a las habitaciones. El dormitorio de Robert Millhouser: una gran cama, un mullido sillón de cuero, un escritorio de espineta y algunas sillas estilo Windsor. Junto a la cama había una mesita de noche con cubierta de mármol, y al otro lado, una banqueta de madera. Encajada en uno de los cuatro postes de la cama había una lámpara de lectura, de tipo despacho, con brazo flexible. El piso estaba cubierto de alfombra de brillante rameado y a ambos lados de la cama unas alfombrillas persas. Pero miré en vano retratos, fotografías u otros objetos que caracterizaran la habitación de Mr. Millhouser. Significaran lo que significaran para él las piezas del mobiliario, no se exponía en este cuarto ningún otro recuerdo de familia o amistades. Quedé tan asombrado por ello, que quise comprobar si en efecto me hallaba en su habitación; en el interior había un gran armario ropero, con sus trajes pendientes en hilera y sus zapatos abajo y sus cajones para las camisas y ropa interior; y en el cuarto de baño adjunto, una antigua caja de cuero con siete navajas de afeitar; y sobre el antepecho de la ventana, una brocha dejada a secar. Era su dormitorio pues, indudablemente. Y en el acto me di cuenta de que la total ausencia de recuerdos personales hacía aquella habitación aún más suya que cualesquiera fotografías, cuadros o recuerdos podrían haberla definido. Era su habitación, magníficamente amueblada y completamente desnuda, tan desnuda, a su modo, como la celda de un trapense. Hasta sus cepillos para el pelo eran de la clase que se podían comprar en cualquier droguería y no la pareja de plata que se habría esperado hallar.

En la parte exterior de la ventana, y fija al borde, se hallaba un asa de bandeja que no había sido utilizada desde la última vez que la habían pintado. A través de las deshojadas ramas de los árboles, se podía ver, desde esta pequeña eminencia, la ciudad tendida abajo, a alguna distancia, cubiertas de nieve las lomas de las minas; y en la lejanía, las montañas sombrías de arbolado y con estrías de nieve también. No había supuesto que se dominara esta vista desde la casa de Robert Millhouser, pues la mayor parte de mi tiempo pasado en Lyons había sido durante el verano, cuando los árboles de la finca Millhouser ocultaban casi la casa, aún desde el dominante ático de la de mi abuelo. Pero ahora veía la ciudad tal como Robert Millhouser podía verla cada día desde el otoño a la primavera, y me dio un vuelco el corazón al imaginármelo mirando desde esta ventana durante todo el invierno, día tras día, cada mañana, contemplando su mundo en los límites que él había creado. Pues durante el sobrecogedor momento que siguió a mi descubrimiento de la

desnudez de su habitación, me sentí como si yo mismo fuera Robert Millhouser. Y no deseaba en modo alguno serlo.

Precisamente en esta etapa de nuestra amistad había experimentado el impulso de ponerle fin. En nuestras primeras entrevistas, antes de que me trasladara a Princeton, Robert Millhouser me había interesado y entretenido con su acopio de hechos y anécdotas sobre su familia y la gente de Lyons. Un afable e inteligente caballero me había hecho el cumplido de estimar mi compañía como un placer. Ninguna persona mayor, excepto mi abuelo, se había molestado en loar mi inteligencia; y mi amistad con mi abuelo era tan dispar a la existente entre Robert Millhouser y yo, que el único punto de contacto entre ambos era el factor juventud-vejez. (Nunca consideré mis relaciones con mis profesores en la escuela y en el colegio; repasaban y anotaban mis ejercicios, y poseían por ende un poder que no podía ignorar; y me daba perfecta cuenta de que yo no era muy estimulante, que no tenía nada de común con un estudiante insólito a quien un profesor quisiera hacer su protegido). Robert Millhouser me había admitido en su vida presente y expuesto ante mí muchos de los hechos de su pasado... Hasta más allá de donde al principio no se sentía en libertad de ir; luego, había efectuado su reciente *volte-face*^[3d] ya en el mismo comienzo de nuestras entrevistas del verano, había tenido la plena conciencia de hallarme en presencia de un hombre que había cometido un asesinato. (Y continué pensando en tal sentido). Pero a medida que el tiempo iba transcurriendo raramente pensaba en él como en un *uxoricida*^[3e]. Nunca pensé en él como en un hombre «con sangre en sus manos». Porque no podía pensarse de este modo de aquel pulcro, distinguido y sosegado hombre cuyo noble rostro mostraba el sufrimiento y la soledad. Aún no había llegado a recrear en mi imaginación una escena en la que Robert Millhouser cometiera un asesinato; sólo llegué hasta el momento en que disparaba un revólver, y como consecuencia de ello su mujer yacía muerta. Pero en mi imaginación no veía a su mujer, ni podía completar la escena.

Me aparté de la ventana, y por este simple acto volví a la inmensa soledad del dormitorio, recordando que escaleras abajo estaría Robert Millhouser efectuando una micción en un orinal; pero aún me sentía más embarazado por el hecho de estar entrometiéndome en la intimidad expresada por la fría austeridad del dormitorio, que si hubiera estado en el encristalado y soleado soportal mientras verificaba su evacuación fisiológica. Las circunstancias se habían combinado por llevarme a una tercera etapa de la amistad; la etapa positiva había sido la primera; la segunda, la retirada, seguida por el *volte-*

face y el comienzo de confidencias más profundas; y la tercera etapa... acababa de comenzar. Los síntomas de ella eran varias referencias a su mujer, la exposición de algunos de sus pensamientos situados bajo la superficie, la presentación del sexo, el incidente del orinal, y el completo relajamiento de las restricciones que antes empleaba en sus conversaciones conmigo, significado por su utilización del epíteto *hijo de perra*. Y en mi interior, como testimonio de la tercera etapa, se había producido una chocante experiencia: el descubrimiento de que, inconscientemente, había llegado a un estado en el cual podía ver y sentir como él veía y sentía. Estaba a punto de inventar una excusa para interrumpir mi visita, cuando Moisés me llamó.

—Ya está listo, Mr. Gerald. Puede usted bajar.

Robert Millhouser parecía aliviado, y se frotaba las manos como si estuviera lavándoselas.

—Tuvo usted mucho tacto con mis achaques —dijo—. Esperó a que acabara. Ésta es la cosa más desagradable de mi actual estado de salud. El doctor quiere que me asista una enfermera, pero aún no creo haber llegado a ese extremo, todavía no. ¿Nota usted el aroma de este jabón?

Se pasó los dedos ante la nariz y aspiró.

—Sí, huele muy bien.

—Es de Roger y Gallet Tengo debilidad por él. Esto y el agua de Colonia. Me retrotrae a la época en que estuve en la cárcel. Antes supongo que era tan limpio como la mayoría de los hombres. Me bañaba y me afeitaba a diario. En la prisión no me permitieron tener una navaja, pero sí que viniera un barbero y me afeitara y arreglara el pelo. Luego, en cuanto me pusieron en libertad, no podía zafarme del olor de la cárcel. Parecía que lo tuviese metido en las fosas nasales. Fue entonces cuando adquirí esta clase de jabón aromático, y creo que cada día debía lavarme las manos cuando menos veinte veces, aparte de otras varias que me cepillaba los dientes, gargarizaba... Por lo demás, fumaba pitillos perfumados franceses. Pero la palabra cárcel, tan sólo la palabra, vuelve a traer aquel olor cargante. Es una especie de desinfectante que usan también en los retretes de las estaciones del ferrocarril. Pero imagínese respirándolo durante cuatro meses..., absorbiéndolo a cada respiración... Bien, cambiemos de tema y abordemos otros más agradables. Espero que le gustará la comida. Dije a Moisés que sólo no sirviera una cosa. Pavo. ¿Acerté?

—Sí. En cuatro días he tenido cuatro veces pavo, y probablemente volveré a tenerlo esta noche.

—Pues no lo tendrá aquí. ¡Ah, ya estamos!, —dijo cuando Moisés y la criada trajeron las bandejas—. ¡Oh, dispense! ¿Quiere algo para beber? Tengo un excelente Mount Vernon de antes de la prohibición. ¿Qué le parece?

—Estupendo.

—Moisés, déjale a ella que sirva, y tú tráenos una botella de ese Mount Vernon y un sacacorchos.

La criada colocó las fuentes y platos sobre la mesa de juego que habían colocado frente a Robert Millhouser. Yo me senté al otro lado. Volvió Moisés con la botella y con una copa tornasolada.

—¿Dónde está mi copa?, —preguntó Robert Millhouser.

—Usted no puede beber hasta la noche —dijo Moisés.

—¡Vaya por la enfermera!, —rezongó el viejo.

A él le sirvieron un consomé de ternera con torrados y un vaso de leche, y a mí, jamón frito con bechamel, patatas hervidas y potaje indio, bizcochos calientes y fresas en almíbar. Tenía hambre, de modo que nuestra conversación fue muy parca. Después, y sin poderme contener, bostecé.

—¿Qué le parece si echara una siestecita?, —me dijo Millhouser—. La va a necesitar. Y, por otra parte, es la hora. Tiene usted una tarde muy ocupada ante sí. Puede tenderse en el sofá, o ir arriba y acostarse. Mis pijamas le vendrán algo estrechos, pero podrán pasar si no los abotona. ¿Qué le parece mi idea?

—Pues, con toda franqueza, excelente —dije—. ¿Quiere hacer el favor de decir a Moisés que me despierte a las dos?

—Bien, así aún nos quedará mucho tiempo para charlar —respondió el viejo.

Agitó la campanilla de plata y apareció Moisés.

—Mr. Gerald va a echar la siesta —le dijo—. Enséñale dónde tienen mis pijamas.

—¿Echará la siesta en su habitación?

—En ella o en la del otro lado del pasillo.

—No sé si están puestas las sábanas.

—Bien, entonces instálale en mi habitación.

Me quité la ropa y me puse uno de los pijamas del *viejo*, mientras Moisés corría las cortinas, bajaba las mantas y esperaba a que le despidiera. Le di las gracias y se marchó. Me tendí en la cama, pero no me dormí. A pesar de mi cansancio, algo que no podía olvidar o recordar me mantenía desvelado. Tenía cierta relación con mi sensación de la desnudez del cuarto que había experimentado hacía un ahora, pero no podía precisar qué era. Faltaba algo en

esta habitación, y no eran los cepillos de plata que me había imaginado debería tener Robert Millhouser; era algo que me habían dicho que se hallaba en la misma. ¿Pero estaba en alguna habitación lo que me habían dicho se hallaría allí? Entonces recordé una de nuestras conversaciones del verano: en aquella ocasión, Robert Millhouser me había dicho que había un cuadro de hermandad en su habitación, en el que figuraba una imagen de Chester Calthorp. No estaba en el dormitorio, y en un impulso irresistible me levanté y me dirigí a la del otro lado del pasillo.

Allí estaban todos los recuerdos, cuadros, fotografías y chucherías que había esperado ver en el dormitorio de Robert Millhouser, y que se echaban tan extrañamente de menos. La segunda habitación se hallaba repleta de objetos tales como recipientes para conservar húmedos los cigarros puros y estuches de pitillos, bastones de paseo y látigos de montar, una piel de serpiente cascabel, pipas de porcelana y madera, y jarros, con tapa de cerezo, diplomas y álbumes, trozos de mármol y antracita. Y por doquier libros y fotografías enmarcadas. Muchos de los parecidos no podían apreciarse, pero no resultaba difícil ver una repetición de los rasgos faciales y aire del continente que mostraba el proceso de la edad en la madre de Robert Millhouser, y reconocía a Moisés Hatefield en tres fotografías que probablemente cubrían un período de treinta años. Pero el cuadro referente a la hermandad *Delta Psi* que me había impelido a venir a esta habitación resultaba inservible; en primer lugar, la luz no había sido buena; los jóvenes que aparecían reproducidos en él llevaban grandes mostachos y patillas, y algunos de ellos, el pelo peinado en ángulo sobre sus frentes. Además, no se hallaban en filas regulares, por lo que era difícil saber por las inscripciones al pie, quien era C. Calthorp, o hasta el mismo Robert Millhouser. Me sentí completamente desilusionado y me disponía a volver a la cama, pero al volver a mirar el conjunto, me di cuenta de que también en este cuarto faltaba algo. Por ninguna parte se veía algo que recordara, ni en objetos ni en fotografías, a la mujer de Robert Millhouser; pero esto era fácilmente comprensible.

Volví, pues, decididamente al dormitorio y me acosté, quedándome profundamente dormido al instante. Al despertar tendí la mano para coger mi reloj que había dejado sobre la mesita de noche; eran las dos menos cinco. Permanecí cómodamente tendido, y a medida que volvía a recuperar la plena conciencia me apareció con claridad que esta habitación y este lecho, eran la habitación y el lecho donde había muerto la mujer de Robert Millhouser. Necesitaba alguna confirmación antes de poder dar por sentado el hecho, pero la confirmación sería como fuese; en mi mente no cabía duda alguna. Robert

Millhouser guardaba sus recuerdos personales en la otra habitación, pero dormía en ésta.

A las dos en punto, Moisés llamó con los nudillos a la puerta, y entró con una bandeja en la que había un servicio de café.

—¡Ah! Gracias, Moisés —dije.

—¿Ha tenido una buena siestecita?

—Magnífica. —Vertí café en la taza mientras él descorría las cortinas—. Ésta había sido la habitación de Mrs. Millhouser, ¿no es así?

Estaba vuelto de espaldas, de manera que no podía ver su cara. Pero se quedó inmóvil.

—Perdón, ¿me dijo usted algo?

—Sí, le pregunté a usted si ésta era la habitación de Mrs. Millhouser. Lo era, ¿no es así?

—Lo siento, pero no se lo puedo asegurar.

—Bien, no importa. Estoy seguro de que lo era, pero se lo preguntaré a Mr. Millhouser.

Se volvió y se me quedó mirando:

—No se lo pregunte, por favor. Sí, ésta era su habitación. —En sus ojos apareció ahora un leve fulgor de hostilidad—. ¿Por qué viene usted aquí, Mr. Gerald?

—Pues porque a Mr. Millhouser y a mí nos gusta.

—¿Qué saca usted hablando con Mr. Millhouser?

—¿Cree usted que no deberíamos hablar?

—Usted es un muchacho, Mr. Gerald, y él es un viejo. ¿Qué puede decirle a usted un hombre viejo?

—Hablamos de tiempos antiguos, anteriores a mi nacimiento.

—¿Por qué le habla él de los tiempos pasados?

—Le gusta hacerlo.

—A mí no me habla de tiempos pasados.

—Bueno, es que usted estaba con él entonces.

—No me dice si recuerdo este tiempo, o el otro, o el de más allá.

—Porque sabe que usted los recuerda.

—No, señor. Porque no le gusta recordar aquellos tiempos, por eso. A algunas personas les gusta recordar tiempos pasados, y hablan de tiempos pasados. A otras no les gusta recordar tiempos pasados, y no hablan de ellos. Yo hablo de tiempos pasados, pero no le hablo de tiempos pasados a Mr. Robert.

—Bien, de todos modos, me marcho esta tarde.

—¿Volverá usted pronto?

—Lo dudo.

—¿Dónde va usted, Mr. Gerald?

—A Princeton. Voy a estudiar.

—¿Cómo se deletrea eso, Princeton?

—P-r-i-n-c-e-t-o-n, Princeton.

—Demasiado de prisa. ¿Puede escribírmelo?

—Está bien.

Me tendió un lápiz y una hoja de papel de notas de Robert.

—Letras de imprenta, no manuscritas —dijo.

Escribí el nombre con letras de impresión, sin extrañarme mucho por el hecho de que lo quisiera así.

—Gracias, señor. Le deseo a usted y a su familia un feliz Año Nuevo. A Mrs. MacMahon, y a su madre y a su padre.

—Gracias, Samuel, y lo mismo a todos ustedes. Pero ya le veré antes de marcharme.

—Bueno, creo que sería mejor que se marchara ahora, Mr. Gerald. Mr. Robert parece que está dormido y preferiría no despertarle. Le transmitiré su adiós.

Me molestó su observación. Él sabía que estaba preparado para ello y a cargar con las consecuencias, si las hubiera, de su injerencia, pero, ¿qué consecuencias podrían haber? Cedí.

—Escribiré una nota a Mr. Millhouser —le dije—, y usted se encargará de que llegue a sus manos, ¿me oye? Me había estado vistiendo mientras hablábamos. Me senté ante el pequeño escritorio y escribí:

Estimado Mr. Millhouser:

Moisés no desea molestarle a usted, lo cual es comprensible en cierto modo. Por lo tanto parto hacia Gibbsville, pero le agradecería una nota de usted confirmando la recepción de esta apresurada despedida. Ha sido un gran placer para mí hablar con usted y confío en que podamos reanudar nuestra correspondencia. Con mis mejores deseos de un Feliz Año Nuevo.

Sinceramente,

Gerald.

—Le entregará usted esto, Moisés, tan pronto como se despierte. Y si no se lo entrega, lo sabré. —Había un lacre y una velita sobre el pequeño escritorio, y sellé la nota con el grabado del colgante de mi clase, que pendía de mi cadena de reloj. Mantuve la insignia ante él para que la mirase bien, y luego la volví maliciosamente al bolsillo. Ya abajo, me ayudó a ponerme mi chaquetón de piel, pero ninguno de los dos volvimos a hablar, y saqué mi *Jordán* de la finca sin calentar el motor. Me hallaba a mitad de camino de Gibbsville cuando por fin pude reír.

* * *

8 de enero de 1927.

Querido Gerald:

Debo excusarme por mi tardanza y por la conducta de Moisés, que, si era bienintencionada, fue por completo innecesaria. Una cosa es que me trate a mí de manera autoritaria y otra muy diferente, a mis invitados. Puede usted estar seguro de que ha sido castigado de la única manera que me ha parecido efectiva. Le permito que atienda a mis varias necesidades, pero no que se quede para una cháchara. Es un castigo severo, pues Moisés es un charlatán, y dominante además. Hace muchos años, cuando Moisés ingresó en esta casa, la diferencia de nuestras edades era mayor de lo que ahora es, en que ambos somos dos viejos y los ángeles negros revolotean sobre los dos. (A propósito de nuestra última conversación, el ángel negro es un h, de p.). En aquellos tiempos yo tenía que obedecer a Moisés y se había formado un concepto, del que no se ha curado nunca, que consistía en darme órdenes esperando que fuesen obedecidas. Una o dos veces por año me veo aún obligado a recordarle la diferencia de nuestros puestos, pues de lo contrario perdería toda autoridad en mi propia casa y me vería sometido aún a mayores tiranías de las que he tenido que soportar hasta ahora.

Pero no quiero embaucarle a usted con el tono humorístico de mis observaciones precedentes. En efecto, me molestó mucho la acción de Moisés de despedirle a usted como si contara con mi consentimiento y aprobación. Es posible que aquella tarde no estuviera yo en estado propicio a proseguir nuestra conversación, pero no es mi intención abandonar nuestro esfuerzo colaborador. Se lo digo ahora más francamente que lo haría si estuviese en la habitación conmigo: pues creo, más que nunca, que la verdad y las verdades de mi vida no deben ser enterradas conmigo. La forma en que usted las determinará depende de su propio criterio e inclinaciones; o sea, bien como una disfrazada obra novelesca, o como un auténtico caso histórico. Lo dejo por entero en sus manos. Usted me ha hecho comprender que si a alguien debe reprochársele algo debe ser a mí. No temo ningún juicio

en la vida ulterior; creo que el Señor se da misericordiosa cuenta de mi fragilidad, como de las fragilidades de todos nosotros. Pero siento tan intensamente que hay lecciones a aprender de los hechos de mi vida, que no deseo que nada se inmiscuya en nuestra colaboración. Por lo tanto, y si usted se halla de acuerdo al respecto, desearía reanudar nuestra correspondencia, comenzando por esta carta. Escribiré algo cada día, tanto como mis fuerzas me lo permitan, y le enviaré lo escrito por correo una vez por semana.

Desgraciadamente, este método de proporcionarle a usted la información necesaria tiene una gran desventaja. No podrá usted hacerme las preguntas que solía hacerme en el transcurso de nuestras conversaciones, pero puede usted hacerlas en sus cartas. Debo decirle que sólo pienso en la tarea que me he impuesto. Nunca he escrito manuscritos, pero tengo tal entusiasmo por esta labor que espero compense la total falta de estilo literario.

Los pliegos adjuntos representan cuatro días de esfuerzo. Creo iré más rápidamente cuando coja la pauta. No se me ocurre más que una sola cosa a añadir: Sé que tiene usted gran cantidad de trabajo a efectuar, relacionado con la preparación de su doctorado, por lo que no puedo, ni espero, robarle tiempo a su labor. No obstante, no por ello dejaré de enviarle mis manuscritos, pues nadie sabe el día y la hora. Por lo tanto, repito, le remitiré semanalmente material correspondiente a los hechos salientes de mi vida hasta aproximadamente el año 1910. A partir de entonces nada me ha sucedido que merezca la pena recordarlo.

Muy agradecido a usted por su paciencia y madura comprensión. Con mis mejores deseos respecto a su trabajo, le saludo cordialmente.

Robert Millhouser.

La primera hornada de «material», consistía en unas cuarenta páginas de autobiografía completamente legibles, escritas a mano con tinta negra sobre papel amarillo, con pulso tan firme y seguro y tan precisa alineación que podían compararse a páginas mecanografiadas. Envié a Robert Millhouser una nota de acuse de recibo, y le manifesté que no las leería hasta tanto

terminara mi primer largo ejercicio en la Facultad. Pasó, pues, un mes antes de que abordara la lectura del manuscrito. Mr. Millhouser había numerado las páginas, de manera que pude hacerlo seguidamente; ya se habían acumulado más de trescientas páginas. Llevé conmigo el manuscrito a una breve visita a Pinehurst, y cuando acabé de leerlo me convencí de que él, o nosotros, nos hallábamos en la pista exacta.

Tenía una memoria extraordinaria, tan buena como jamás la he conocido. Recordaba todo cuanto le había sucedido, todo lo que había visto, y también todo cuanto me había dicho en nuestras conversaciones. Pero la razón de que su manuscrito me hiciera sentir que nos hallábamos en la verdadera pista, fue la impresión que producía de no ocultar nada en absoluto, de exponerlo todo sin reservas, efecto sutil pero notablemente distinto del que había experimentado en nuestras primeras conversaciones. Es cierto que a la sazón no había esperado recibir más profundas confidencias, como tampoco estaba dispuesto a darlas. En aquellas conversaciones del verano, me limitaba a escuchar, sin ignorar nunca que lo incompleto de su relato no se debía tan sólo al hecho de que muchas de las cosas que me contaba las conocía sólo de oídas; evidentemente, mucho de lo que me contara, se lo habían contado a él, pues algunos de los acontecimientos habían ocurrido antes de que él naciera. Pero el estilo de sus relatos era inhibido, y sólo cuando empezó a tratar de la etapa de Chester Calthorp pareció relajarse, confiar. Luego, como el lector puede haber sospechado, Robert Millhouser debió haberse alarmado, por la dirección que estaban tomando sus reminiscencias; y entonces, y precisamente entonces, se planteó a sí mismo la elección de dos rumbos: o ser completamente sincero, o acabar con sus recuerdos. Como ya he manifestado con anterioridad, primero cesó las conversaciones y luego efectuó el rápido *volte-face* que nos trajo a la etapa actual, cuando se hallaba ávido por hacer lo que yo, con mis antecedentes católicos, denomino una confesión general.

Me divertía representarme al otro lado de la rejilla, escuchando los secretos de un hombre que me triplicaba la edad. En la escuela preparatoria habíamos hablado a menudo de colarnos en el confesonario y escuchar a las muchachas cuando contaban al cura sus más secretos pensamientos, palabras y actos. Pero ahora, yo ya era mayor, más sofisticado, y un serio candidato a la borla de doctor. En muchos aspectos no he sido nunca tan mayor como lo fui en aquel tiempo, durante mi año en la Facultad; ya no un alumno o colegial, sino un maduro militante. Sólo me sentí divertido durante unos pocos minutos, o hasta que una nueva madurez se reafirmara. Pues esto era mortalmente serio, literalmente así.

No necesité leer muchas páginas para darme cuenta de que tenía el trabajo preparado. Me había dado carta blanca en cuanto al empleo que quisiera hacer de su material, y él mismo se hallaba a tono con ello. Conscientemente o no era un admirador, me pareció, del finado Henry James. El estilo de su prosa era semejante, si no es que la imitaba, al de los ensayos de viaje de James, que habían sido escritos casi en la misma fecha en que Robert Millhouser y Chester Calthorp habían visitado algunas de las mismas ciudades... París, Roma, Florencia. Hasta le cogí en un plagio que creo no era intencionado: escribía acerca de «la pululante democracia de nuestros compatriotas turistas», que no entrecomillaba, y que yo recordaba de mis limitadas lecturas de James. Robert Millhouser apenas escribía una frase sin emplear una perífrasis, pero no era Henry James, y al cabo de un rato aprendí a leer el manuscrito por su información, y no por sus rebuscadas expresiones sobre sus impresiones en el extranjero. De cuando en cuando, le enviaba notas, que por lo general contenían preguntas o demandas de aclaraciones, pero en realidad eran pocas las preguntas que necesitaba hacerle: En junio obtuve mi borla de doctor y me trasladé a Europa, visitando las mismas ciudades que habían recorrido Robert Millhouser, Chester Calthorp... y Henry James. Volví a mediados de agosto y permanecí unos días en casa de mi abuela, por lo que durante algunos días pude celebrar nuevas entrevistas con Robert Millhouser.

En ocho meses había recuperado por completo la salud. La tirante piel de su rostro se hallaba más lisa que nunca. Se diría que su cuello era un número más delgado, y sus tendones más numerosos y definidos, pero por lo demás no había otras señales de que hacía menos de un año sólo una botella de oxígeno se había interpuesto entre él y la muerte. El primer día sólo comparamos observaciones viajeras y apenas hablamos del manuscrito. Sin embargo, no tuve la sensación de que perdiéramos el tiempo. Le dije que había solicitado un cargo de profesor en varias escuelas preparatorias y colegios, y que había sido aceptado en dos; y que aún no me había presentado porque deseaba consagrar el mayor tiempo posible a nuestro proyecto. Pareció complacido (tanto como podía estarlo), y abordó un tema que nunca habíamos tratado; ni siquiera había pensado en él: sus planes para la disposición de su dinero cuando le llegara la muerte.

—He esperado todo este tiempo para hacer testamento —dijo—. Muy poco negocio, pensará usted acaso, pero en realidad no es así. Es una suma bastante saneada. Para heredarla de golpe sería una bonita cantidad. Pero no tengo a nadie tan cercano. Sólo primos, a la mayoría de los cuales no he visto nunca, y a ninguno de los cuales conozco bien del todo. Por lo cual antes de

tener que decidir lo que debía hacer, estaba dispuesto a morir *abintestato* y dejar que los tribunales decidieran por mí. Pero la primavera pasada se me ocurrió que acaso podría verse usted obligado a detener sus trabajos en nuestro proyecto, por razones de índole económica, y no quise que sucediera tal cosa. Por lo tanto, tuve una conversación con Milton Holliday, mi abogado, el hijo de George. Debe usted de conocer a Milton, ¿no es así? Bien, le dije a Milton en confianza que deseaba separar cinco mil dólares para que no tuviese usted que interrumpir su proyecto por motivos financieros. Milton me aconsejó que puesto que iba a hacer eso, podría hacer también un testamento, y así lo hice. Una vez empezado, resultaba más bien divertido. Diez mil dólares a Moisés. Mil por cabeza a las iglesias de Lyons, Mil al capítulo Delta de *Delta Psi*. Se negaron a admitir mi dimisión en 1908, no sé si lo sabe usted. No he vuelto nunca, pero quizás esto ayude a recordar a algunos de ellos que tampoco yo olvidé su buena disposición hacia mí. Fue una amabilidad, en una época en que las amabilidades eran escasas. Debo de confesar que fue un tanto diabólico de mi parte legar la misma cantidad a mi hermandad que a las iglesias. Es una nota irónica que sólo usted y yo conocemos. Mi fraternidad, que obtuvo todas las razones para admitir mi dimisión, se mantuvo a mi favor. Pero los sagrados representantes en Lyons, no. Si mi testamento se publica, acaso algunas personas extraigan sus propias conclusiones, aunque dudo que lo quieran. Quinientos dólares por cabeza a mi cocinera y criada, si se encuentran aún en su empleo a la hora de mi muerte. Y el resto, a partes iguales entre mis primos o sus herederos. Creo que rima, ¿no le parece? El resto a partes iguales... entre mis primos o sus herederos. Me encuentro muy bien, Gerald. Y muy contento de verle a usted de nuevo.

Me dio una palmadita en la rodilla.

—Y a mí me encanta verle a usted en tan buen estado de ánimo —dije—. Pero no quiero que me dé dinero alguno, o que me lo legue. Dispongo de algo por parte de mi abuelo MacMahon y de mi abuelo Higgins. Más de lo suficiente para seguir estudiando y doctorarme en Filosofía si lo deseo. No es que lo desee por el momento, pero poseo el dinero.

Asintió.

—Sin embargo, he puesto en depósito la suma de cinco mil dólares. Usted puede retirarla desde ahora (se encuentra en el Banco de Lyons) o puede dejarla allí, como guste. No forma parte de mi herencia ni se la menciona en mi testamento. No es realmente un fondo de depósito, sino una cuenta de ahorro que devenga intereses desde el momento en que ha sido impuesta y que se halla a su nombre personal. —Juntó las yemas de sus dedos—. He

pensado largo y tendido en ello. Usted ha resuelto algo de mi problema aplazando su tarea de enseñanza. Y yo deseo ver este proyecto terminado, si es posible en lo que me queda de vida. Le prometo no interferir, y cuando lo haya usted acabado, si tiene la atención de mostrármelo, estaré ansioso por verlo. Sin embargo, no quiero insistir. Si me deja verlo, acaso pueda corregir algo, si es que descubro algunos errores. Pero por lo demás, no interferiré. A usted le toca realizar nuestro acuerdo de la pasada Navidad. Si hay que establecer alguna censura, debe ser sobre mí.

—Es posible que yo no lo vea de ese modo. Ya he pensado en ello.

—Créame, fue como fue, y por muy amables que sean los sentimientos que albergue usted hacia mí, ocurrió así. No he llegado a esta parte en mi manuscrito. En todo caso, y volviendo de nuevo al dinero..., deseo que lo tenga usted, pues cuando haya terminado habrá empleado por lo menos la mejor parte de dos años en nuestra colaboración.

—Así lo supongo, acaso un poco menos.

Meneó la cabeza y alzó la mano como indicándome que no le interrumpiera. Apartó la mirada, fijándola en la lejanía.

—Es por esto que he estado conduciéndolo; y deseo cuidar mucho mi expresión. Si soy desmañado, podría sentir usted la tentación de abandonar el proyecto.

—No creo que sea desmañado.

—Bien, entonces lo diré, y le prometo que ésta es la última condición que impongo, pero es grande. Cuando usted haya digerido todo el material que le he estado enviando y le enviaré, y comience usted con el escrito verdadero... entonces quiero que escriba usted la verdad, no necesariamente como yo la veo, sino como usted la ve. Y después, cuando haya acabado usted el escrito, deseo que lo ponga en lugar seguro. No quiero que lo muestre a nadie por lo menos durante veinte años... Espere un segundo. Sé lo que va usted a decir, pero déjeme continuar. No quiero que se lo muestre a nadie, por lo menos en veinte años, porque dentro de veinte años deseo que lo saque de su cueva, o dondequiera que lo guarde usted y relea lo que escribió. Tendrá usted entonces la cuarentena pasada, o sea, una mediana edad, y habrá vivido mucho. Quiero que lo escriba de joven, pero que lo someta a su juicio de persona mayor. Puede usted objetar o esto, porque siente que su criterio es tan bueno ahora como lo será siempre. No es eso, Gerald. Créame, no es eso. Como a menudo le he dicho usted siente ahora compasión, pero ningún hombre de su edad tiene tanta como la tendrá usted cuando llegue a los cuarenta y dos o cuarenta y tres años. Espere, no diga nada, que aún no he

terminado. Si dentro de veinte años piensa que mi historia tiene algún valor, publíquela, particularmente o como le parezca. Y eso es todo.

—Bien, supongo que ya ha anticipado usted mi principal objeción —dije—. No es la de que mi juicio haya de ser mejor dentro de veinte años. Pero si la historia tiene valor, ¿por qué retenerla durante veinte años? ¿Por qué no publicarla privadamente cuando se acabe, y sacar algo bueno de ella ahora?

—Porque veinte años es un minuto, menos: nada, en el tiempo. Pero dentro de veinte años puede usted lamentar haber puesto su nombre en el proyecto. Puede usted desear haber esperado. También comprenderá eso, pero no espero que lo comprenda ahora.

—Veinte años —dije—. Casi tanto como lo que he vivido hasta ahora. Es casi una vida.

—No, no lo es. Es un curso muy incompleto de la vida. Mire, Gerald, esperar veinte años es una especie de autoprotección para usted. Así, si lo escribe usted ahora, sabiendo que no va a ser publicado hasta dentro de veinte años, no cesará usted, como podría ocurrir si hubiera de ser publicado en uno o dos años. En veinte años, los principales personajes de mi historia habrán muerto.

—Creí que ya estaban muertos.

—No, no lo están. Le mentí a usted.

—¿Quién vive aún, por ejemplo?

Me miró como si hubiera previsto que íbamos a chocar:

—Chester Calthorp vive aún.

—Me dijo usted que había muerto.

—Le mentí. Aún vive. No creo probable que le vea usted nunca, pero puede usted enterarse de que está vivo.

—¿Dónde vive?

—No se lo diré, Gerald, y debo pedirle que no trate de descubrirlo. De hecho, debo pedirle a usted que me dé su palabra de honor de que no intentará nunca entrar en contacto con Chester Calthorp.

—Lo siento, Mr. Millhouser. No puedo hacer eso.

—Entonces le emplazo a usted, a su honor. Como hombre honorable, como nieto de su abuelo, como persona que ha recibido mis más íntimas confidencias, apelo a su honor. Está usted ligado por él a respetarlas. Y considero que lo que le acabo de decir forma parte de estas confidencias.

—Dispense, pero me parece que no. Usted mismo dijo que podría enterarme de que Calthorp estaba vivo.

—No significa nada para usted como personaje principal de mi historia. Si yo no le hubiera hablado de él, su nombre no le habría dicho nada en absoluto.

—Eso es verdad.

—Por lo tanto, él forma parte de esas confidencias que debe usted respetar. No hay otra manera de considerarlo. Cuando menos, para un hombre de honor. Mire, Gerald, yo no estaría obligado a aceptar su palabra de honor si pensara que no era válida. Me negaría a aceptar la palabra de un hombre sin honor. ¿Y cuál es la diferencia? La diferencia es, sencillamente, que se confía en algunos hombres sin que den su palabra, y no se puede confiar en otros aunque juren por Dios y todos los santos. Yo confío en usted, y en este momento es literalmente cierto que pongo mi confianza en usted.

Rechacé el cumplido diciendo:

—No ha sido usted completamente sincero conmigo, Mr. Millhouser.

—Lo concedo, no lo he sido. Pero usted no ha cambiado. Usted sigue siendo aún un hombre de honor, y si desea dejar a un lado nuestro proyecto, es libre de hacerlo. Pero no le libero a usted de su deber de respetar todo cuanto le he contado. Ni siquiera tengo temor alguno de que no lo respetará.

—¿Ni siquiera un ligero temor?

—Eso no le sienta a usted, Gerald. Puede estar usted enojado si quiere, pero no recurrir al cinismo barato. Creo que será mejor que se vaya ahora. ¿No quiere? ¿Ve usted a dónde nos encaminamos? Y hemos tenido una buena amistad...

Tendió su mano, la estreché y me fui. Me dirigí a casa de mi abuela y dejé recado a la criada de que no iría a cenar, tras lo cual volví a montar en mi coche, y me dirigí al bar clandestino^[4] de Paul Burkiti donde me uní a varios amigos de mi niñez. El *whisky* de Paul era basto pero sin adulterar. Recuerdo muy poco de aquella velada, excepto que a las dos de la madrugada fuimos todos al Glen a nadar y que el agua fría me despabiló.

Estaba desayunándome a las once de la mañana siguiente, cuando entró mi abuela y se entronizó en la mesa.

—Me parece que ayer por la noche te pasaste de rosca.

—¿Lo crees así, abuela?

—Abollaste el parachoques de mi coche, y voy a enviar la factura a tu padre.

—La pagaré yo.

—Entonces, págala. Son tres dólares. Pero prefiero que pague tu padre, y le diré las circunstancias y la situación en que estabas.

—¡Ah, qué mujer tan severa es usted, abuela! Una mujer severísima, ésa es la verdad.

’—Fue en Burkiti, ¿no es eso? Tengo ganas de hacer algo para que ese buscalíos salga de la dudad.

—Habla usted igual que los del Ku-Klux-Klan, abuela. Todo lo que hice fue abollar su parachoques, y estoy dispuesto a pagarlo.

—Dime que soy del Ku-Klux-Klan y te rompo este bastón en la cabeza. No admito impertinencias de tu madre, y por consiguiente no pienso admitirlas de ti, que no se te olvide... Bueno, Robert Millhouser telefoneó. Apuesto a que es allí donde empezaste a beber.

—Pues no, no me ofreció nada.

—Me dejó encargado que le llamaras. ¿A qué se debe esa extraña amistad entre tú y Robert Millhouser? ¿Qué estás haciendo de cotorreo continuo con un viejo que te triplica la edad? Tú y tu padre, yendo a colegios protestantes...

—A un colegio protestante. Al mismo. Bueno, te doy un beso si me das tú primero uno, abuelita de mi alma.

—¡No te acerques a mí! Una vaharada de tu aliento es capaz de matar a un caballo. Si estás meditando otra hazaña de éstas, ya puedes hacer la maleta y ahuecar el ala. Sobrio, siempre eres bienvenido. Pero con alcohol dentro, ¡a otra parte con la música! Medítelo. Hablo muy en serio.

—¿Habló usted con Robert Millhouser, abuela, o tuvo la gran desgracia de platicar con la criada?

La anciana entornó los ojos muy lentamente y plegó los labios hacia dentro:

—Jamás pensé que el apellido Higgins fuese irlandés, así que ahórrate tus sarcásticas imitaciones del acento. Yo hablé con él. Preguntó si estabas en casa. «Sí, pero durmiendo la mona» debiera haberle dicho yo, para vergüenza y desgracia. «Entonces le agradeceré me telefonee. Buenos días, Mrs. MacMahon», me dijo. «Buenos días a usted, Robert Millhouser», le respondí... Bien, si quieres llamarle, cierra la puerta. Aunque no creo que nadie en esta casa se interese ni pizca por su conversación.

—Esperaba encontrarle antes de que se marchara de la ciudad —respondió cuando le llamé—. Sólo para decirle adiós y desearle buena suerte.

—Me gustaría hablar con usted.

—Pues venga aquí.

Era verdad que deseaba hablar con él, y verdad también que era el único hombre en Lyons a quien deseaba hablar. Me dio té helado, que me sentó

muy bien para los restos de la resaca de la noche anterior, y a medida que hablábamos me sentí mucho mejor. No he presentado al lector todos los detalles que contenía su manuscrito, pero serán revelados posteriormente, para un más ordenado curso de este relato. Aquí, lo único que puedo decir es que eran de naturaleza tan íntima que afectaban de un modo inevitable a nuestra amistad. Creo que es acertado atribuir el animado talante que tenía Robert Millhouser el día anterior al hecho de que durante ocho meses se había estado liberando de un peso. A la inversa, yo sabía, o ahora lo sé, que prescindiendo de mi auténtico entusiasmo por el proyecto, yo era un confidente un tanto incómodo. También quiero llamar la atención del lector, acaso innecesariamente, acerca de las numerosas ocasiones en que el proyecto fue casi abandonado; casi siempre fue Robert Millhouser quien cambiaba de parecer, o quien me invitaba prácticamente a que yo cambiara el mío. Hago este comentario, porque en este día de julio de 1927 había sabido ya que Robert Millhouser era un hombre algo caprichoso, y no en modo alguno el hombre sosegado que su reposada vida y regulares costumbres me habían hecho creer que era. En menos de un año había tenido que descartar mis impresiones de toda la vida sobre Robert Millhouser, y mientras lo hacía había sido objeto voluntario de confidencias que habrían sido extraordinarias en su candor si hubiesen provenido de alguien de mi propia madurez; una prueba a la que, secretamente, no respondía yo siempre con la misma regularidad. Ahora creo que si los primeros sucesos que describió no hubiesen tenido lugar cuando contaba aproximadamente mi misma edad, no habría continuado mi colaboración con él. Pero había logrado transportarme al año 1870, haciendo revivir ante mí aquella época, y lo había hecho a través de su propia personalidad y no mediante imitaciones de Henry James. Comprendía vagamente las razones de este poder: era un hombre que había matado a alguien muy próximo a él; tenía un refinamiento que contradecía su más escandaloso acto; era puntillosamente cortés para conmigo; y era aquel hombre raro, el hombre de completa suficiencia que no dependía de nadie y daba por ello una impresión de tranquila fuerza y dignidad, fuerza y encanto que me eran útiles. No tenía una buena respuesta a la curiosidad de mi abuela, como tampoco había podido responder Robert Millhouser a su madre cuando le había preguntado por qué Chester Calthorp buscaba su compañía.

Aquel día, cuando llegué a casa de Robert Millhouser, no me instó a decirle por qué deseaba hablar con él. Me permitió describirle cuanto recordaba de la noche pasada, lo hice de manera fragmentaria en tanto sorbía el té helado y fumaba varios pitillos.

—Me estaba preguntando —dijo cuando hube terminado— si forma usted parte de lo que llaman la flamante juventud. He leído algo sobre el particular.

—Creo que lleno los requisitos. Sí, sospecho que alguien que no me conociera me clasificaría en esa categoría. Tengo uno de los coches indicados y una chaqueta de piel de mapache y hasta un frasco de plata para el *whisky*.

—Entonces, no lo es usted. ¿O sí lo es?

—¿Quién lo es? Siempre que leo algo sobre mi generación, pienso que deben estar escribiendo acerca de la Universidad de Michigan. No conozco a nadie allí, y es por eso que menciono este lugar particular. Pero en Princeton no sé de nadie, ni tampoco en Lafayette.

—Nadie, ¿qué?

—De la flamante juventud. Conozco a bastantes alocados, tanto chicos como chicas, pero cuando pasan a la letra impresa no creo en ellos.

—Bueno, pero Gerald, si alguien le hubiese visto a usted a las dos de esta mañana, conduciendo su coche *sport* al Glen...

—Así lo creo. Sí, cumplo los requisitos.

—Superficialmente. Pero no desea usted ser clasificado en la generación más joven.

—No me importa pertenecer a la generación más joven, porque pertenezco a ella. Pero me importa eso de la flamante juventud.

—Pero hace usted lo que hacen los demás. No ha mencionado a ninguna muchacha cuando me ha hablado de lo de anoche. ¿Había alguna?

—Ayer noche, no.

—¿Y qué habría sucedido si hubiera habido alguna?

—Depende enteramente de la muchacha.

—¿Intercambio sexual?

—Es lo que suele ocurrir.

—¿A usted?

—¿Por qué no? Depende de la muchacha.

—¿Sucedo eso siempre? Quiero decir, ¿ceden siempre las muchachas? ¿Forma parte de la flamante juventud?

—Ni por asomo. La mayoría de las muchachas, no pero tampoco puede decirse todas, no.

—Bueno, la clase mejor.

—Generalmente, no. Algunas, sí.

—Entonces la mayoría de ellas son vírgenes cuando se casan.

—¡Oh! Yo no dije eso.

—Entonces, ¿no son vírgenes cuando se casan?

—Quizá lo sea el cincuenta por ciento de ellas, la clase de muchacha de la que está usted hablando. Es sólo una suposición, pero si vive usted en un albergue de hermandad y deja de pensar en las muchachas, sabe que ha llegado al límite. No veo cómo puede haber más del cincuenta por ciento de muchachas que vayan vírgenes al altar. Es decir, concediendo cierta jactancia a los Don Juanes. Concedámoslo. Pero las muchachas no dicen nunca la verdad. Conozco a una muchacha a la que se creía virgen; pero le puedo asegurar que no lo es.

—¿Por experiencia propia?

—Por experiencia propia.

—Hábleme de ella.

Reí.

—Se lo contaré. No se lo diría a nadie más. Es una muchacha que vive en Allentown; su hermano es condiscípulo mío.

—¿De la misma hermandad de usted?

—Eso es. La he conocido durante cuatro años, y cada vez que se mencionaba su nombre, los buenos cofrades bajaban los pulgares para indicar que allí no había nada a hacer, ni siquiera una caricia. Pero yo me he acostado con ella durante cuatro años.

—¿Dónde solía ocurrir?

—La mayoría de las veces, en su casa. Iba a pasar la noche con mi amigo, y ella venía a mi habitación, o yo iba a la suya... aprovechando un rato que estaba sola.

—¿Y nadie sospechó?

—No. Creo que la cosa ya ha acabado. Está comprometida para casarse.

—¿Pero no estaban ustedes enamorados?

—Ninguno de los dos.

—Pero ella le debió haber querido a usted al principio.

—Me parece que no. Tiene su reputación... ha sido educada muy estrictamente... Creo que fui yo quien dio los primeros pasos. Y ya ve. Fue tan fácil que quedé aterrado.

—¿Fue su primera?

—Pues, mi tercera; pero la primera linda muchacha. Mi primera fue aquí mismo, en Lyons, cuando tenía quince años.

—En el barrio Sur, sin duda.

—Sin duda.

—Pero la hermana de su amigo...

—Nunca tuve una cita verdadera con ella. Es decir, nunca la llevé a un partido de fútbol, o al baile o a algo por el estilo. Tenía algún tipo en Lehigh que andaba de coronilla por ella, luego rompió con él, y este año ha anunciado su compromiso con otro de Wilkes-Barre.

—¿La ha visto usted desde que anunció su compromiso?

—Una vez. Quería estar segura de que yo no se lo contaría nunca a nadie. La convencí y nos vimos por última vez... La última endecha del trovador, pensé después... Y nos despedimos como buenos amigos. Dijo que iba a serle fiel a su marido, pero que si no congeniaban me lo haría saber.

—Debió haber estado enamorada de usted.

—No, ya se lo he dicho. No creo que pueda usted comprenderlo, pero yo era el único católico que entró Jamás en su casa. Probablemente no conoce usted Allentown. Aunque hay un barrio de sólidos irlandeses, es una de las antiguas ciudades holandesas de Pennsylvania. En 1927 todavía creían que el papa tenía designios sobre este país. La familia de la muchacha es muy amable, acomodada, gente decorosa. El padre fue a Muhlenberg, la madre a Bishopthorp. Tienen una casa muy cómoda, cerca del Traylor. Esta muchacha tenía su propio coche, un *Ford*, y su padre un *Cadillac* con un gran emblema brillante en el radiador. La primera vez que fui invitado a la casa, mi amigo, el hermano de la muchacha, me advirtió que no dijera que yo era católico. Bueno, ¿y por qué había de decirlo? Yo no ando por ahí preguntando a las personas lo que son, y de seguro que no digo a las que conozco: «Soy Gerald Higgins y si dice usted algo contra el Papa, le voy a romper la nariz... Si hay algo que decir contra el Papa, lo diré yo».

—Así me lo ha parecido.

—Bien, la muchacha sentía respecto a los católicos de la misma manera que su padre y su madre. Y por fin le saqué lo que sentía sobre mí. No podría nunca casarse conmigo, no deseaba casarse conmigo. No es que yo le pidiera que lo hiciera. Pero ella me quería, me quería como a nadie en el mundo. Y yo deduje —ella no me lo dijo— que podía ser como hembra que deseara estar conmigo, y, sin embargo, no pensar nunca en mí como posible marido. Desde luego, su familia descubrió con el tiempo que yo era católico, pero hizo una excepción en mi caso, pues para entonces ya se habían acostumbrado a mí. Y se mostraban muy satisfechos de que yo no pareciera interesarme lo más mínimo por su hija.

—Fruta prohibida —dijo Robert Millhouser.

—Exactamente. Y yo era un *Zeta Psi*. Lo cual daba peso. Como uno de los nuestros acostumbraba decir: «Si en la Zeta estás, precio pondrás».

—El que usted fuera un *Zeta Psi* no explica el interés amatorio de la muchacha, Gerald. Me imagino que usted es un hombre muy... directo en lo que respecta a las muchachas. ¿Ha estado usted enamorado alguna vez?

—Todavía lo estoy, de una muchacha de Washington.

—¡Ah, sí!

—¿Por qué dice usted «ah, sí»? No la he mencionado nunca.

—Sí que lo ha hecho. No su nombre, pero en una de sus cartas hablaba usted de ir a la capital de nuestra nación para ver a una muchacha.

—Y así lo hice.

—¿No hubo dificultad?

—Siempre la hubo, según Shakespeare. Oh, es..., es estupendo.

—Me alegra oírlo. No voy a preguntarle nada acerca de ella.

—Y sé por qué —dije.

—Me lo supongo.

—Porque hemos estado hablando de la otra muchacha.

Asintió.

—¡Cuántas cosas comprendemos usted y yo!

Asentí a mi vez:

—Específicamente, ambos sabemos que deseo volver a trabajar en el manuscrito, de acuerdo con sus condiciones.

Sonrió.

—Hace unos quince minutos que lo sé, Gerald. Ha estado usted contrastando mis confidencias con las suyas. Es la primera vez que ha sucedido.

—Y probablemente no será la última —dije.

Y así volví a encargarme de la historia de Robert Millhouser. Ruego la indulgencia del lector por las interrupciones, y le ofrezco la seguridad de que el argumento de la misma merece la pena. A menudo me he preguntado, al contemplar películas de actualidades en las que aparecen obreros sobre estructuras de rascacielos y escaladores de montañas al borde de precipicios, qué era lo que el anónimo encargado de la cámara estaba pensando y haciendo.

* * *

Londres reveló un Chester Calthorp diferente, siendo las diferencias más fundamentales que la afectación del habla de un caballero inglés, que Robert había observado en el barco. Con gran sorpresa de Robert, Chester se abandonó al goce de hallarse en la ciudad que admitía era la que más le gustaba, y al hacerlo así, disfrutando tan francamente, se convirtió de nuevo en un hombre joven. Robert había esperado lo contrario, un Chester aún más austero, esforzándose por aparentar que tenía más de veintiséis años. Públicamente, en sus paseos, en las tiendas, clubs y edificios que visitaban, Chester se comportaba con cuidadosa dignidad. Era en sus habitaciones de la Clarges Street donde Robert veía al otro Chester, tan distinto al hombre *blasé*^[5] de la calle del Jardín de Primavera.

—Te gusta esta ciudad —dijo Robert una noche.

—¿Gustarme? ¿Gustarme Londres? ¿Quieres decir que sería posible que me disgustara?

—No hemos *visto* mucho de ella.

—Puedo ver por tu manera de recalcar la palabra *visto* y por el humorístico destello de tus ojos germánicos, que te estás refiriendo a la niebla. Mi querido Robert, ¿has estado alguna vez en la bahía Delaware? ¿Olvidas el número de veces que pasaste ante la puerta del *Delta Psi* debido a que era invisible?

—¿Qué más sería invisible también?

—Bien, para responder a tu pregunta como merece... a la imaginación, puedo soportar Filadelfia durante tan largos períodos de tiempo porque de cuando en cuando me recuerda a Londres. Cuando no es una casa, un objeto o el sonido de un coche de caballos, es un hombre o una mujer. Los hombres y mujeres que escojo por amigos. Cuatro, cinco, seis generaciones de residencia los han convertido en filadelfianos, es cierto. Pero si cierras los oídos a su habla atroz y estudias sólo sus rostros y figuras, podrían ser ingleses. Y, desde luego, lo son, racialmente. Pertenecen aún a la raza inglesa. Son ingleses más puros que la mayoría de los ingleses, si te detienes a pensarlo. Mis filadelfianos favoritos conocen su estirpe y yo también, y han sido ingleses casándose entre sí a través de cinco o seis generaciones, con una ocasional infusión de sangre galesa y escocesa. Pero no más, diría yo, que la mitad de las familias inglesas. Tus grises ojos germánicos...

—Que he heredado de mi madre irlandesa...

Vaciló.

—¿Es verdad eso? Si lo es, casi prueba y no desaprueba lo que estaba a punto de afirmar. Estaba a punto de decir que a veces te toman por inglés

porque eras como un retomo hacia los sajones. Hasta en la forma de abrir la boca. Pero, naturalmente, si tu madre tiene los mismos ojos, la cosa es demasiado evidente como para hacer hincapié.

—¿Es eso lo que estabas a punto de decir?

—No, pero esto fue pensar rápidamente, ¿no es así? No creas que puedes darme el timo o atraparme, Robert. Tengo demasiadas cosas buenas de golpe, y cuando disfruto, me hallo especialmente alerta. ¿Y tú? ¿Lo pasas bien? Espero que sí. Sería una gran desilusión para mí que no fuera así.

—También lo sería para mí. Pero lo estoy pasando bien.

—Por el momento, no estaba pensando en tu posible desilusión. Estaba pensando en mí mismo y en nadie más, como sudo hacer por regla general. Como todos lo hacemos. Como también lo haces tú. Tú no estabas interesado por mi desilusión, sino por la tuya, aunque no estuviéramos hablando sobre la tuya, sino sobre la mía. *Ja? Nein*^[6]?

—*Das ist richtig*^[7].

—¿Es alemán?

—Me parece que sí.

—Jamás he podido aprender ese lenguaje bestial. No porque me fuera imposible. Lo puedo aprender todo, si me lo propongo o deseo. Las cosas que se aprenden me son fáciles, y siempre estoy aprendiendo algo. Pero las fascinantes experiencias del intelecto no se producen como resultado del estudio. ¡Cielos, no! Son el resultado de seguir o no seguir nuestros instintos. Entonces se convierten en sujetos de estudio y, posiblemente, se ha aprendido algo. Pero el aprender es secundario a la experiencia de seguir el instinto. Por cierto. Por cierto, deseo que encuentres algo para hacer el lunes próximo. He aceptado una invitación que no te incluye, y por otra parte no creo que te divirtieras. Ya ves como pienso en tu felicidad, en tu bienestar. Debo guardarme de eso.

—¿Dónde vas el lunes próximo? ¿O no es cosa que me importe?

—Si te dijera que no es cosa que te importe, ¿te sentirías gravemente ofendido? Sí, podrías estarlo. Voy a cenar con lord Repperton.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Te lo presentaron, pero, al parecer, no os causasteis ninguna impresión. Era uno de los invitados de Sara Paulsby. ¿Te acuerdas ahora?

—Ni pizca.

—Bien, no me propongo ayudarte mucho más. Un hombre juvenil, alto, muy esbelto.

—¿Disipado?

—Sí. Aunque yo no lo diría con el tono de una abuela. Dedicado a sus excesos.

—Apostaría a que él prefiere que le llamen disipado.

—Y perderías. Fue el propio Repperton quien me dijo que se hallaba dedicado a sus excesos. Mejoramos visiblemente. ¿Puedes encontrar algo que hacer esa noche?

—Sí, me iré a la cama temprano. Desde que estamos aquí hemos andado siempre sobre la brecha.

—Acabándolo todo demasiado pronto.

—Nos quedaremos más tiempo. No tenemos nada que hacer en París.

—Sí tenemos. Además, cuando se viene a Londres se hace saber a los amigos el tiempo que se va a estar. Si te quedas más tiempo... No. Es precisamente lo que no' se hace. Tampoco a mí me gusta ver a los extranjeros rondando por Filadelfia. Deseo que se marchen cuando dijeron que lo harían.

—Mejor. Quizá París me guste más.

—*Chacun á son gout*^[7a].

Comían en un club cada día, pero el sábado y el domingo alternaban los dos clubs de los que disponían tarjetas de huéspedes, arreglo que hacía que comiesen rodaballo en días sucesivos, y cordero en días sucesivos también. Pero Chester era tan fiel a la cocina inglesa como a la mayor parte de las demás costumbres del país; y como reciente producto de la Universidad y de una escuela preparatoria antes, Robert no había tenido tiempo de hacerse exigente en cuestiones culinarias. Chester había preparado minuciosamente su visita a Londres, y sus noches en la ciudad y sus finales de semana; todo estaba previsto de antemano, excepto los dos lunes que Chester había dejado en blanco. Al anochecer del día en que Chester debía cenar con lord Repperton, tomaron una copa de jerez en la habitación de Chester.

—¿No hay traje de etiqueta?

—No —respondió Chester—. Dicho sea de paso, es posible que vuelva muy tarde, e incluso que pase toda la noche fuera. Por lo tanto, no me esperes.

—Ni por asomo... Pienso dormir doce horas seguidas. ¿Pero por qué no te llevas un pequeño maletín?

—Lo puedo pensar por mí mismo —replicó quisquilloso, Chester—. Si quieres que dé pasto a tu curiosidad, he de decirte que no me invitaron a pasar la noche. Pero puede suceder.

—No me ladres. Si quieres ir a emborracharte con ese lord, santo y bueno. Robert se levantó para marcharse.

—Por favor, Robert, no seas petulante. Ésa es una prerrogativa mía.

—No, no lo es. No soy tu invitado en este viaje. Soy tu compañero de viaje, y eso es todo. Pago mis gastos, y si vas a empezar a ladrarme, estoy seguro de que puedo andar por Europa por mis propios pasos.

—¡Oh! ¿Pero qué es lo que he hecho? ¿Debo ser abyecto? Me mantendría en mis trece contra ti, pero para restaurar la paz seré abyecto. Temporalmente.

—¡Bah! Desatinos.

—Robert, debo decirte que Douglas Repperton es el hombre que más deseaba ver en Londres. El único hombre que Alice Sterling deseaba que conociera. ¿Recuerdas a mi prima Alice Sterling, que era tan altiva?

—Sí, la recuerdo. Y sin gran placer.

—Ella no te conoce. No le gusta ser contrariada, y tú la contrariaste. La mayoría de las personas la contrarían porque ella hace difícil a las personas que la conozcan. Pero es una querida vieja zorra y le tengo cariño.

—Me has quitado la palabra de la boca.

—Una extracción sin dolor, estoy seguro. Vamos, Robert, he estado con el pensamiento puesto en esta velada. Será un triunfo decir a Alice que Repperton me invitó a cenar y sin que me hiciera falta su ayuda. No seas egoísta, Robert.

Robert Millhouser rió.

—¿Cómo podría serlo con alguien tan egoísta como tú?

Chester inclinó la cabeza en gesto pueril de fingida humildad.

—Me figuro que tienes derecho al *mot juste*^[7b] —dijo—. Ahora estamos empatados, de manera que deséame una agradable velada, vete a tomar tu té holandés y disfruta de unos dulces sueños.

Tenían costumbre de desayunarse juntos en la habitación de Chester. Pero como éste no había llamado a su puerta a las diez de la mañana siguiente, Robert tocó el timbre.

—¿Se ha desayunado ya Mr. Calthorp?, —le preguntó al camarero.

—No, señor. ¿Desea hacerlo usted?

—Sí. ¿Mr. Calthorp no ha pasado la noche en el hotel?

—No, señor.

Robert se hallaba comiendo los clásicos huevos con jamón cuando se abrió la puerta y entró Chester.

—Bien —dijo mirando al desayuno—. Veo que no me esperaste. —Se acercó a la ventana—: ¿Quieres ver un magnífico carruaje? ¡Rápido!

—Déjame que termine de desayunarme primero. No me interesan mucho los caballos. ¿Bebiste mucho oporto?

—¿Por qué no quieres contemplar los caballos de lord Repperton? Es una de las vistas de Londres que no encontrarás en tus guías. Hace juego en todo, como el cochero y el lacayo. Son gemelos. Ven a verlo. No seas terco.

—Diles que aguarden hasta que haya terminado.

—Demasiado tarde ya; se han marchado.

—¡Qué lástima...! ¿Cómo se dice? El *oport* está con usted... ¿Es así? El *oport* está con usted, Douglas. El *oport* está con usted, Chester. ¿Mantuviste el honor de Filadelfia, enseñándole cómo podías enviar a cualquier inglés bajo la mesa?

—Lo que bebimos era demasiado bueno para entablar un duelo semejante. Y no era *oport*. Era coñac francés, que tomaremos en su región nativa dentro de cuarenta y ocho horas.

—Pero supongo que lo pasarías bien.

—Una deliciosa velada. ¿Y tú?

—Escribí algunas cartas y te cogí un libro *Hiawatha*, de Henry Wodsworth Longfellow.

—Ya veo que no tuviste dificultad con el sueño. Por lo menos, yo lo llevo conmigo a todas partes adonde voy, y puedo abrirlo casi por cualquier parte, para que, como arte de magia, me traslade al feliz país de la inconsciencia. Y si he de someterme a una operación, nada de cloroformo, por favor. Envía a buscar mi *Hiawatha*, lo abrazo estrechamente... y ya está. Ya pueden extirpar el estómago, que me despierto como si tal cosa. Naturalmente, siento curiosidad por saber qué le han hecho a mi barriga, pero tan fresco.

—Bueno, yo no lo había leído.

—¡Oh! Entonces debes adquirir un ejemplar. En un sencillo volumen encuadernado en piel tendrás toda una botica de soporíferos. Y cuando te hayas hecho viejo y *Hiawatha* haya perdido su potencia anestésica, te prescribo una receta más fuerte. La *República*, de Platón.

—Estás parloteando sin preocuparte por saber si *Hiawatha* me hizo dormir.

—Pero sé que lo hizo. Puedo ver que lo hizo.

—Pues tienes razón.

—Claro. Debo decir que tu madre irlandesa ha mostrado un gran sentido común en no intentar obligarte a leer *Hiawatha*. No es un libro para chiquillos. Las expresiones son demasiado fuertes.

—Ella me leía *Evangeline*.

—¡Oh! Entonces vámonos pronto de aquí. ¿Cómo puedes soportar estar en esta Inglaterra con ese perverso y cruel rey Jorge? Releí *Evangeline* en la

Universidad. Fue de lo más clamorosamente cómico, Robert. ¿O no lo crees?

—Creo que era muy triste.

—Es lo que se suponía que tú pensarías, y eso no es pensar. —Bostezó—. ¡Vaya! Yo lo hice mejor, ¿no crees?

—¿Cómo?

—Oh, no vayas a creer que puedes azorarme por el hecho de encontrar semejante basura en mi biblioteca. No lo creerás, ¿verdad? ¡Qué escándalo le echaré a Chester! ¡Tener *Hiawatha*! Ibas a divertirte un poco a mi costa, ¿no es así? Lo comprendí en el momento en que hablaste. Te conozco muy bien, Robert Millhouser. A veces yo...

—A veces tú, ¿qué?

Chester meneó la cabeza.

—No tiene importancia. Veamos. Hoy nos debe tocar el club White, porque ayer fuimos al Boodle; y mañana, el Boodle porque hoy es el White. Yo era muy bueno en álgebra. ¿No era divertido resolver una ecuación?

—Creo que aún estás algo achispado.

—¿Achispado? Estoy como una cuba.

—Entonces vete a dormir la mona. ¿Quieres tu *Hiawatha*?

Se volvió hacia la puerta.

—Voy a dormir. No el sueño de los justos, pero a dormir.

—Espera, ¿y qué, sobre la comida?

Chester hizo una pausa con la mano sobre el picaporte.

—No cuentes conmigo. Para salmonete o cordero... No cuentes conmigo. Puedo resistir más sin comida que sin sueño. Despiértame para el té, por favor.

Hasta entonces, Robert no había visto que Chester mostrara los efectos producidos por el alcohol. Por ello no podía establecer comparaciones. Si ésta era «la mañana después de la noche anterior», no decía nada sobre la noche anterior, la cantidad consumida, el placer experimentado, el remordimiento inherente. El propio Robert, crecido a través de sorbos de cerveza y vino y tartas y budines muy regados, poseía una gran resistencia al alcohol y se había embriagado cuatro veces en su vida... Una, solo, y otras tres en reuniones de confraternidad. Era considerado como un hombre de estómago de hierro y depósito inagotable, los tributos convencionales a su capacidad de bebedor. Pero el exceso de alcohol no le hacía destructivo ni beligerante o lúbrico, extravagante, mordaz, o melancólico, ni le mareaba. En las reuniones de confraternidad se había unido a los compañeros, a los que les daba por cantar, y luego se había ido a dormir como es debido. Chester había estado presente

en dos de aquellas cuatro reuniones, en las que las tazas se llenaban con una bebida agradablemente aromática y gustosa al paladar.

Robert no contó los vasos que había bebido Chester, pero si Chester se hubiese emborrachado, Robert lo habría recordado. Es más, Chester no había estado nunca borracho. Desde que eran amigos, nunca habían hablado de embriaguez, y el brusco anuncio de Chester de su presente estado era doblemente significativo: por su mención de la embriaguez *per se*^[7c], y por lo que de extraordinario tenía la admisión. Era, pensaba Robert, parte de aquel lado de Chester que sólo se había mostrado en Londres, pero pensándolo bien no era parte de ese lado. Era parte de Chester, indudablemente, pero el estar embriagado y decirlo no pertenecía al galimatías de caballerosidad al que Chester se atenía tan de buena gana en Filadelfia y que en Londres reverenciaba. En su viaje, Robert lo sabía ahora, habría de ver, y probablemente comprender, a un Chester Calthorp que en Filadelfia se hallaba oculto hasta tal punto que parecía inexistente. Pero sería el verdadero Chester.

En París era otro Chester Calthorp aun, es decir diferente de cómo era en Filadelfia. Dos semanas y unos cuantos días en Londres habían bastado a Chester para adquirir el grado de refinamiento que se había propuesto exhibir ante los franceses.

—Se están preparando para su Exposición —dijo Chester—. Pero, puesto que prefiero ignorar las nuestras por entero, también lo hago con sus preparativos. Podemos instalarnos confortablemente en otra parte mientras progresa la Exposición de París, pero si conozco a los franceses tan bien como creo, vamos a saborear anticipadamente el plato que tendrán los turistas del próximo año. Así, lo mejor para evitar esto es animarles a pensar que somos ingleses. Lo cual no será muy difícil. En realidad, debiera hacer las cosas más fáciles para ti. Tu dominio del idioma francés, por ejemplo. Es espantosamente insuficiente, ¿no es así?

—Muy probable.

—Bien. Y no trates de mejorarlo, por lo menos cuando estás tratando con hoteleros, criados, tenderos y cocheros. Sé tan inglés como puedas. Adopta la actitud de que los franceses debieran aprender el idioma inglés, y que si no lo hacen es por pereza y trapacería. Lo repito, es la actitud apropiada para tratar con gentes dispuestas a aligerarte el bolsillo. No es la actitud correcta cuando comencemos a movernos en círculos artísticos o en la alta sociedad. En este caso podrás hacer un esfuerzo de diferente clase. Puedes intentarlo, y si das un *faux pas*^[7d] lo arreglas haciéndoles saber que eres americano. Los

intelectuales franceses no conocen aún muchos americanos, pero nos reservan cierta amabilidad. No sé por qué, pero es así. Pero te lo prevengo: no digas jamás a un tendero que eres americano. Sólo han visto a americanos ricos, y Dios sabe que demasiados. ¡Oh, sí! Ya te he dicho que seas tan ignorante como gustes del idioma. Pero no con el sistema monetario francés. Eso, no. Si deseas crear la ilusión de que eres inglés, debes comenzar por dominar el cambio. Y como inglés convincente, debes saber el valor del céntimo tanto como el del franco.

—Sólo acabo de dominar el chelín.

—¿Lo dominas ya?

—Creo que sí.

—¿Sabrás decir rápidamente cuánto es tres con seis?

—Unos cincuenta y seis centavos.

—Humm...

—Quise decir ochenta y uno.

—Yo tenía un plan, pero no servirá. Sirve conmigo, pero yo estoy más familiarizado con la moneda inglesa. Siempre que deseo ser inglés con un tendero francés le hago explicarse a sí mismo, no a mí, sino a sí mismo, las diferencias entre el franco y el chelín. Temo que un hombre que piense que tres con seis son cincuenta y seis se confundirá irremediablemente, por no decir se empobrecerá. Durante el primer mes o dos, harás mejor dejándome hacer las compras superiores pongamos a diez francos. Tú calla y obsérvame. Estoy más bien orgulloso de mi habilidad para chasquear a los pequeños canallas. Los Calthorp han tenido siempre muy aguzado el sentido del olfato, y si perteneciera a la Calthorp & Cía. ya habría enseñado a esos Drexel y demás. Me humilla tener nuestras cartas de crédito sobre Drexel y Morgan en vez de sobre Calthorp y Morgan o Calthorp y Harjes. Pero he de decir en favor de los Drexel que me han allanado más el camino para dedicarme a la pintura, que si los Drexel no hubieran sido también aficionados a ella. La historia de Filadelfia, muchacho. No hagas caso. No puede ser nunca del menor valor para un residente de Lyons, Pennsylvania.

—Pues, para decirte la verdad...

—Qué es lo que haces siempre...

—Siempre. Para decirte la verdad, la historia de Pennsylvania no va a serme de mucha ayuda ahora; y otra, es posible que no vuelva a Lyons, Pennsylvania. Lyons, condado de Nesquehela, Pennsylvania.

—Si puedes pintar. Pero no tendremos un veredicto profesional de ello hasta dentro de un año, de modo que será mejor que nos instalemos tan

cómodamente como podamos.

Robert no estaba seguro de que le gustara el sonido de aquellas palabras; le transmitían la primera sospecha de lo que realmente iba a venir. En la patria había estado convencido del sincero deseo de Charles de consagrarse a su propia pintura, y de ser, al mismo tiempo, un mentor alentador y estricto. Sus únicas dudas en Filadelfia se habían basado en que Chester no fuera capaz de renunciar a la vida social que tan por entero disfrutaba. Pero contra esta duda había habido no obstante el hecho de que Chester había realizado un considerable trabajo en Filadelfia y, por lo tanto (pero en realidad no por lo tanto), era probable que sintiera el deseo de trabajar con más afán en París. Las dudas y recelos de Robert no tardaron en convertirse en París en temores y certezas.

Tomaron un piso en el distrito 18, el último de una casa de cuatro. Durante las negociaciones, Chester llevó sus trajes más oscuros; todo negro, explicó a Robert, a la manera de muchos pintores, para que el agente creyese que era pintor; pero negro de buena calidad para que tuviese la seguridad de que podía pagar. Chester habló en conocedor y crítico de la luz del norte, y, despectivamente, del mobiliario, de manera que pudiera discutir con el agente sobre una reducción por el almacenaje de armarios y sillas que no le gustaban. Se daba perfecta cuenta de la inutilidad del argumento, pues el agente ni quitaría el mobiliario desdeñado ni reduciría la renta. Pero una vez lograda su victoria, el agente, se sintió más amable hacia el americano, y una vez firmado el contrato convino con Chester en que las piezas carecían de belleza.

—¿Ya habrás visto lo que he hecho?, —le dijo Chester a Robert—. Monsieur Langlois sabía que yo no esperaba ganar. Sabía que yo sabía que él lo sabía. Pero nos hemos conducido de la manera conveniente. Le he dado la oportunidad de apuntarse una victoria y de sentirse orgulloso de haberla logrado. Él puede transmitir su victoria a los propietarios, subiendo así en su consideración; y ha ganado su comisión, y, al mismo tiempo, un duelo comercial sobre un adversario nada desdeñable, o sea yo. Cuando queramos un favor, no nos costará nada; *monsieur* se hallará de nuestro lado. Tú, por otra parte, no me puedes llamar interesado, pues si lo fuese te cargaría una pequeña comisión por haber negociado este asunto con toda destreza y haber conseguido un remate feliz.

—Desde luego. ¿Y cuándo empezamos a trabajar?

Chester movió su brazo describiendo un arco de 180 grados que se suponía abarcar a toda Francia:

—Ahí está —dijo—. Píntalo.

Hasta entonces, la única audiencia que había tenido Robert mientras se hallaba sentado ante un caballete había sido la de Moisés Hatefield, y al sacar su equipo fuera no podía desterrar el consciente sentimiento que le embargaba cuando intentaba pintar. Los silenciosos pero siempre presentes espectadores de todas las edades contemplaban unos instantes lo que hacía y luego se iban. Pero silenciosos o no, eran franceses, parisienses, y bajo su experto escrutinio sólo pudo realizar un esbozo al carbón. Por insistencia de Chester acudió a una clase del natural, que no era exactamente una clase, sino que se componía de un grupo de pintores y escultores que pagaban una pequeña cantidad por el alquiler del estudio y los servicios de una modelo. Robert no había visto nunca un maduro cuerpo de mujer desnudo, y le tembló la mano. Su próximo vecino francés bromeó sobre los excesos del alcohol, y Robert se acogió a aquella excusa para replicar que aquel día, en efecto, no estaba en condiciones de pintar. No volvió a la clase y explicó a Chester que el aire del estudio era tan espeso que le había dado dolor de cabeza. Chester contrató a una modelo para que acudiese al apartamento.

La mujer se desnudó y se dirigió a la plataforma, preguntando a Robert en qué pose quería que se colocara. Pero antes de que él le respondiera, se volvió recelosa y le preguntó si era verdaderamente un pintor, o un degenerado.

—No me mire usted como me miraría un pintor —dijo—. Por el contrario. Si ésa es la clase de modelo que usted quiere, no estoy dispuesta a colaborar. —Y vistiéndose rápidamente, tendió la mano para que él le diera el dinero, pero al ver la extrema turbación de Robert, añadió—: No creo que sea usted una mala persona, pero le falta experiencia. Pínteme de memoria y volveré. Si me gusta lo que ha hecho usted, me quedaré...

No tenía más de veinticinco años pero le dio una palmadita en la mejilla como si fuera un chiquillo.

En cuanto se hubo marchado, trazó un rápido apunte, no tanto para ulterior aprobación de la modelo, sino para tener algo que enseñar a Chester.

—No está mal. Tiene humor —comentó Chester—. Según la captación de tu retina, se halla en su cuarto mes de embarazo y tiene una virulencia en el pecho izquierdo, la pobre. Pero pensé que ibas a pintarla. No gastes dinero en modelos de primera clase, si sólo piensas esbozarlas.

—¿Crees que le gustaría esto a ella?

—¿A quién? ¿A la modelo? No tiene importancia. Y con ésta, menos. Padece de gonorrea. ¿Te lo he dicho a tiempo, o he llegado demasiado tarde?

—No la he tocado siquiera.

—No, no creo que lo hayas hecho. Pero, por lo demás, no le debes más que la cortesía común. Sus opiniones carecen por completo de importancia, así como su aprobación. —Chester estudió de nuevo el esbozo y se volvió hacia Robert—. ¿Estás completamente seguro de que no te he prevenido demasiado tarde?

—Desde luego que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—El esbozo tiene más que humor. Lo que yo tomé por humor, por carácter, puede ser también al volver a mirarlo, voluptuosidad. No es humor o carácter, Robert. Es sensualidad. Vamos a decirle que vuelva.

—No me importa. No representa nada para mí. Pero no me gusta que pienses que tuve algo que ver con ella.

—Ni a mí tampoco me gusta pensarlo. No quiero hacer de enfermera tuya y cuidarte tu gonorrea. No la has tenido nunca, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—No digas «desde luego que no». No sería la primera vez que la timidez y los reservados modales de un joven pudieran atribuirse a ello.

—¡Maldito seas! Nadie me ha tomado el pelo hasta ahora.

—¡Oh...! Perdóname, entonces. Lo decía desde el fondo de mi corazón, de mi negro y receloso corazón. Quiero que me perdones, ¿lo oyes, Robert? Si no lo haces, abandonaré este apartamento y jamás volveré. Lo juro. Me iré y no me volverás a ver más.

—Bien, te perdono. De todos modos, nadie sabe nunca lo que estás pensando.

—Pero es verdad. Si no me hubieses perdonado, me habría ido. No podría haber soportado tu inexorabilidad.

—Bueno, no te lo tomes tan a pecho.

El arrepentimiento de Chester duró varios días, y resultaba difícil soportarlo. Se tradujo en pequeños favores, en cortesías en la conversación, y, finalmente, en el regalo de un juego de gemelos, botonadura y sujetadores para las mangas de la camisa. El diseño era una intrincada filigrana en oro y cada unidad contenía una pequeña estrella en zafiro.

—No puedo aceptarte un regalo como éste, Chester.

—¿Y por qué no?

—Porque hay que corresponder a los regalos, y nunca podré comprarte otro tan maravilloso como éste.

—¿A qué te refieres? ¿A su belleza o a su precio?

—A ambas cosas. El diseño es magnífico. ¡Qué trabajo de orfebrería! No hace falta ser un experto para comprender que es caro.

—Considero que yo he recibido tu regalo. Tu respuesta a mi pregunta fue refinada y superior a todo precio. No hablemos más de ello, ¿quieres?

—No, hemos de continuar hablando de ello. No puedo aceptarlo.

—Entonces, ¡dáselo al *charbonnier*! Cuando hago un regalo a un amigo es porque aquel regalo resulta completamente apropiado para él. Si no está de acuerdo conmigo, es que me he equivocado, y en ese caso no deseo volverle a ver para que me recuerde mi error. No se lo des al *carbonero*. Tiene los ojos pardos y el pelo negro. No le sentaría bien.

—Me lo pones muy difícil.

—Tan difícil como puedo. Me gustaría hacerlo imposible.

Robert rió.

—Está bien. Has ganado. Lo acepto.

—Sabía que lo harías. Por lo tanto, no seas tan indigesto. Tan holandés.

—A decir verdad, no he dejado de quererlo desde que lo he visto.

—Lo sabía. Eso no es holandés. Es germano. Alemán. Basta ver una cosa buena para saber que lo es. Deja de pensar ahora en ello. Empléalo sólo en tu guardarropa. Si quieres darme algo a cambio, me gustaría un primitivo Millhouser, período parisiense. Es posible que dentro de treinta años se cotice bien.

—Al paso que vamos pasarán otros treinta años antes de que tenga un primitivo Millhouser que enseñarte.

—¿Y a qué tanta prisa? Apenas hace un mes que estamos aquí.

—Casi dos.

—¿Es mucho?

—Ya sabes que sí.

—Lo sería si me detuviera a contar, pero no me castigues por tu indolencia. Y no han sido dos meses, por lo menos en París. Han sido dos meses desde que embarcamos para Europa. En tan breve tiempo has hecho tu primera travesía oceánica, has remolineado en la ciudad más grande de la tierra, y has paladeado por vez primera París. ¿Qué habrías hecho en Lyons, Pennsylvania? Probablemente, arrancado calabazas para la fiesta de Todos los Santos.

—O pintando.

—No te atrevas a hablar de pintar en Lyons... Pennsylvania, cuando no has hecho más que llegar a París. En cientos de años no se ha pintado jamás un cuadro en Lyons, Pennsylvania.

—Podría ser la excepción.

—Fracasarías. Éste es París, la patria de los pintores, su hogar. No de la pintura, sino de los pintores. Es posible que los pintores no hagan su mejor obra en París, pero tienen que venir aquí. Hasta que hayas abandonado París no sabrás cuánto significa para un pintor.

—Me acusas de indolencia, y también tú no haces otra cosa que inventar excusas para no pintar.

—Pero puedo pintar. Soy ya un excelente pintor de segunda categoría. Mientras que tú aún no eres ni un embadurnador. Queda por ver si alguna vez llegarás a embadurnado de primera categoría, pero si alguna vez llegaras a... a pintor de cuarta categoría, lo deberías en parte al tiempo que pasaste en París.

—¿Por qué?

—¿No te lo he explicado?

—No. Sólo me has dicho que los pintores pueden no hacer su mejor obra aquí, pero que tienen que venir aquí. No dijiste por qué.

—Debiera ser suficiente respuesta, pero en atención a ti la ampliaré, aunque no creo que la comprendas. En primer lugar, el vino es más barato. Ahora espero que hagas algún indigesto comentario sobre el particular.

—¿Cómo podría? El vino es más barato.

—Eres un cobarde. Sabes que te tendí una celada y te olisté mi astucia.

—Claro.

—Está bien. El vino es más barato, y tú te pereces por preguntar qué tiene que ver ello con la pintura, pero eres un cobarde. Yo te diré lo que tiene que ver con la pintura. Los pintores además de pobres son mezquinos. Grandes estallidos de generosidad y extravagancia no ocultan el hecho de su mezquindad. Y tienen que serlo. Cada vez que un pintor comienza una nueva obra maestra... Lo que sucede cada vez que comienza... Sabe que se halla limitado por el tamaño de su tela y se hallaría limitado aunque dispusiera de la Gran Muralla de la China para trabajar sobre ella. En consecuencia, debido a que se encuentra limitado por el tamaño de su lienzo, trabaja bajo restricciones. Las restricciones son tres. Hay las dimensiones de su tela..., digamos de doce pulgadas de ancha por dieciocho de larga. En esta superficie de doce por dieciocho hay sólo cierto número de pulgadas cuadradas sobre las cuales ha de poner todo cuanto desea decir. En consecuencia también, cada pincelada debe servir de algo, cada capa de pintura debe contar. Debe tener un control absoluto, perfecto e ininterrumpido. Un control infinito. Infinito porque se traduce en cantidades de pintura imponderables y porque se realiza mediante una coordinación muscular y nerviosa que se origina en el cerebro y

en el alma, pasando instantáneamente por su brazo a las yemas de sus dedos. Sabiendo esto, y aun cuando él año lo hubiera pensado nunca, la mente del pintor se habitúa al ejercicio de su control en cosas pequeñas que se hallan al margen de su arte. Y puesto que vivimos en un mundo práctico, un mundo en el que las necesidades y la mayor parte de los placeres se compran y venden, el control del pintor se ejercita con la mayor frecuencia en las transacciones monetarias. No, me apresuro a añadir, en transacciones que impliquen la venta de su obra, sino en tratos con el carnicero, el panadero, y sobre todo con el vinatero. Agotador...

Suspiró.

—En principio, opino como tú.

—Entonces, anótalo en mi haber.

—Bien, el pintor se halla tan acostumbrado a pequeñas y restringidas superficies de lienzo, que el mismo pensamiento afecta a su dispendio de dinero. Los pintores gustan generalmente del vino, el vino es barato en París, y París..., ¿pero por qué París? ¿Por qué no otro lugar donde el vino es barato?

—¿Estás sugiriendo que también podrían ir a Chicago si el vino fuese más barato allí?

—No sugiero nada. Hago una pregunta, simplemente. Has dicho Chicago. Pero ¿y por qué no Burdeos?

—¿Qué hay en Burdeos? Si quieres que te explique porque no en Burdeos, puedo hacerlo. He estado allí. Es una estación en el camino. Allí todos se hallan de paso, eso es todo cuanto hacen. Barcos y lacre, como diría Mr. Lewis Carroll. Construyen barcos y manufacturan resina, que es lacre, si no estoy equivocado. Burdeos se halla demasiado próxima a España, y evidentemente hay más pintores españoles en París que en Madrid. Burdeos está allí para facilitar las idas y venidas de que te hablaba, y es evidente que París, no. París está construida para serpear, para perderse en un laberinto, como ya debes haberlo observado. Burdeos te vino al pensamiento porque estábamos hablando de vino. Olvida el vino. Por lo demás, no nos hagamos una pregunta que no puede responderse. Ya ni recuerdo cuál fue.

—Yo sí, pero si quieres la olvidaré. Sin embargo, dijiste algo sobre lo que voy a volver. Dijiste que un artista...

—Un pintor.

—Un pintor se halla limitado por tres cosas, y mencionaste la anchura y longitud del lienzo. Pero no mencionaste la tercera cosa que le confinaba.

—¿No?

—No. ¿Cuál es?

—El cruel y secreto conocimiento de las limitaciones de su talento.

—¿Crees que un pintor posee ese conocimiento?

—Por poco bueno que sea, lo tiene. Por eso sé que nunca seré un pintor de primera categoría. Soy bueno, seré mejor, pero nunca grande. Soy un tullido, Robert. Pero si me pides que te lo explique, perderás el tiempo, tu extremadamente valioso y precioso tiempo. Este tiempo que tienes la sensación de estar desperdiciando ya.

—Entonces no seguiré con el tema. ¿Pero crees que un pintor se halla limitado por tres dimensiones? ¿Las dos de tu lienzo y la tercera, imaginaria, del temor a su mediocridad?

—¡Yo no dije mediocridad! Se puede ser de primera categoría y sentir semejante temor. ¡Ya lo creo! Los más grandes lo tienen antes y después que los de cuarta categoría... Siempre lo tienen. Su propia grandeza les lleva a ir cada vez más adelante, hasta que comprendan que llegaron tan lejos como pudieron, y entonces siguen haciendo aún su obra mejor, a veces durante un año, a veces durante diez. Y luego, si tienen suerte, mueren. Si se atemorizan fácilmente, se suicidan, cuando aún eran capaces de hacer su mejor obra, y dejan alguna por acabar.

—¿Serías capaz de suicidarte?

—¿Cómo podría? Apenas hay nada que me preocupe. Y además, me he empeñado en protegerme mediante una gran variedad de actitudes, de manera que si una cesa de interesarme, tengo otras a las cuales recurrir.

—No te creo. Creo que algunas cosas te importan mucho.

—Ésta es la observación más inteligente que nunca hayas hecho sobre mí. Me importan muy mucho una gran cantidad de cosas. ¿Hace tiempo que lo sabías?

—Creo que sí.

—Bien, lo supiste siempre, sin saber cómo ni por qué. Tú eres uno de los pocos. ¿Por qué has tenido que ser tú en vez de otro, hombre complejo, quien pudiera comprenderme tan bien? Tú, simple y directo, mejor que algunos de mis complicados y perversos amigos... Debo conceder que tengo mucho en qué pensar, y entretanto hacerme aún más complejo, de manera que aún te devanes más los sesos resolviendo mi enigma.

—¡Oh, no eres tan complicado!

—¡Me alegra oírte decir eso! Ello demuestra que aún estás lejos, muy lejos de comprenderme perfectamente. Durante unos segundos tuve miedo de ti.

—¿Porque podía comprenderte?

—Naturalmente. Y tuve miedo por ti. Porque estoy convencido de que sólo un hombre complejo puede comprenderme por completo, y no quiero que tú te conviertas en semejante hombre. Debo a tu admiración hacia mí la gentileza de..., bien, de cierto estímulo. Pero no quiero que caiga sobre ti daño alguno en el proceso.

—No eres el primero que lo ha intentado.

—¡Ajá! ¿Quién más? Háblame de él.

—En Mercersburg tuve un profesor de latín.

—Ya.

—Bien, era el único que se apartaba de su camino para tratarme como a un ser humano. Yo no era muy bueno en latín, pero él se armaba de paciencia, y me explicaba los temas al finalizar la clase.

—¿Qué edad tenía ese hombre?

—Pues creo que unos treinta y cinco o cuarenta años.

—¿Y te sacó de tu letargo?

—No me gustaría bromear sobre esto, Chester... Se colgó de un árbol. No hacía mucho que mi padre había muerto, y durante mucho tiempo no pude sobreponerme a la impresión. No es que ocupara exactamente el puesto de mi padre, pero era el único de los profesores que..., bueno, que me trataba como a un ser humano.

—¿Y cómo lo hacía?

—Pues, por ejemplo, cuando yo decía la lección, me corregía sin hacerme sentir un idiota. Y además hizo una cosa que sé no debiera haberla hecho. Pero la hizo.

—¿Qué fue?

—Antes de un examen me dijo: «Millhouser, si yo fuera tú, prestaría una atención particular a...». Y me dijo las páginas de César que habríamos de traducir. Tuve que estudiar el rollo, claro está, pero cuando menos supe qué estudiar.

—¿Y pasaste la información a tus compañeros de clase?

—Se lo dije a algunos, y creo que ellos se lo dirían a otros. Sólo sé que aprobamos todos.

—¿Le tenías presente cuando me preguntaste si alguna vez me suicidaría?

—No. Pero después de preguntártelo, pensé en él. ¡Oh, no se te parecía en nada!

—¿En qué era diferente?

—¿De ti? Pues era pobre, iba mal vestido, y siempre llevaba la barba descuidada. En verano trabajaba en una granja cerca de Hagerstown, para no gastar su sueldo de la escuela. Se contaba que había estado casado y que se le escapó la mujer con un sacamuelas. No sé qué había de cierto en ello. Su ambición era la de ahorrar bastante dinero para ir a Roma a visitar las catacumbas.

—¿Descubrieron los motivos por los que se había ahorcado?

—Dijeron que estaba borracho. Encontraron un jarro cerca del árbol.

—¿Fue eso todo lo que dijeron? ¿No dieron ninguna otra razón?

—Si te refieres a la Academia de Mercersburg, ni siquiera eso. Dijeron que había muerto de repente, y eso fue todo. Pero entre los alumnos corrieron toda clase de historias. Por ejemplo que alguien le robó sus ahorros. Que fue sorprendido con una fregona... Nunca saqué nada en limpio.

—¿Y qué supusiste tú que fue el motivo?

—Primero pensé que el dinero. Pero cuando me hice un poco mayor me pregunté si no estaría hastiado de la vida.

—¡Ah...! ¿Y qué edad tenías cuando se te ocurrió esa teoría?

—Creo que unos veinte años. Solía decirme: «Elevados ideales y encumbradas aspiraciones, Millhouser. Elevados ideales y encumbradas aspiraciones».

—Es singular. Tuve un profesor que empleaba las mismas palabras.

—Apuesto a que sé de qué colegio era.

—Pues yo no me acuerdo ya. ¿Dónde?

—Franklin y Marshall, en Lancaster.

—Franklin, eso es. No recuerdo el Marshall. Pero sí el Franklin, porque creo que era uno de los mejores establecimientos de enseñanza con que contábamos en Filadelfia.

—Pues el Lancaster es un buen colegio. Ahora se llama Franklin & Marshall. La parte Marshall solía estar en Mercersburg, pero no desde que fui allí.

—No esperarás que esté al tanto de todos esos colegios de piojos resucitados. ¿Estabas diciendo...?

—Pues estaba diciendo que podía suponer de dónde procedía tu profesor, el que empleaba la frase «elevados ideales y encumbradas aspiraciones». Era una especie de lema o refrán en Franklin y Marshall.

—¿Ah, sí? Estoy seguro de que también lo encontrarías en algún otro lugar.

Permanecieron en París hasta después de Navidades, las primeras Navidades de Robert fuera de su hogar. Sin embargo, no quedó tiempo para la nostalgia. Pasaron varios días en Suiza y volvieron a París para la despedida del Año Viejo que para algunos de sus amigos duró hasta después de la fiesta de la Epifanía. Chester no pretendía en modo alguno dedicarse a la pintura, y se había unido a un grupo de ingleses y americanos que iban o querían ingresar en la Escuela de Bellas Artes. Se excusaba de una manera lamentable:

—Voy a intentar descolgar un diploma —decía—. Filadelfia podría sostener aún a varios arquitectos.

—¿Y por qué no tú? Sería mejor que haraganear.

—Por otra parte, haraganear, como tú dices...

—Es un arte en sí.

—¿Lo es? ¿Dijiste eso?

—No, pero ibas a decirlo.

—¿Sí? Lo que yo iba a decir es que haraganear es algo que nunca he aprendido a hacer. He estado siempre demasiado ocupado.

—Estás ocupado en casa; pero hasta ahora no me he dado cuenta de que te aperrees por aquí.

—Nunca me verás aperrearme. La misma palabra lleva implícita ya su propia prevención. Aperrearse... Suscita la imagen de un penco esquelético caído sobre el pavimento y, generalmente, tratado a latigazos por algún desalmado irlandés. O medio irlandés.

—Supongo que ése soy yo. Mira, Chester, no me importaría si tuviera la sensación de que lo pasas bien.

—¿Qué no?

—Por lo menos a mí no me lo parece. Hasta tus amigos arquitectos duermen algo. Lo hacen porque trabajan. ¿Dónde vas cuando no duermes en casa?

—A visitar a otros amigos.

—¿A los que yo conozco?

—A los que a veces yo mismo no conozco. Observo que no llevas tu reloj y tu leontina.

—Sí —dijo Robert mirando su chaleco—. Es cierto. Pero no cambies de tema.

—Precisamente, estamos hablando del tema. ¿Me preguntaste dónde iba? Pues estoy aprendiendo a ser un *filou*, un ratero. Aquí tienes tu reloj y tu insignia *Delta Psi*.

—¡Por Dios, Chester! Una de estas noches aparecerás en una avenida con un puñal clavado en la espalda.

—Tienen más éxito con la corbata. Con el puñal, es casi imposible ahogar el chillido de la víctima. El estrangulamiento no alerta a todos los policías del barrio.

—¿Hay algo de verdad en eso de que tratas con gente del hampa?

—Ya ves que te aligeré de tu reloj. Hace seis meses no hubiera podido hacerlo. Y lo hice con toda limpieza. Por regla general requiere un equipo de tres. El que tropieza contigo, el que te «limpia» el reloj o la cartera, y el que huye con la «propiedad» en cuanto el segundo se la ha traspasado. Debiera enorgullecerte saber que el que te propina el empujón es un americano. Todo el mundo se halla dispuesto a creer que un americano es un desmañado.

—Estoy orgulloso, y especialmente de ti. El siguiente paso consistirá en unirme a uno de esos equipos, sólo para experimentar una nueva emoción. ¿O lo has hecho ya?

—No puedo responder a esa pregunta. Si lo supieras, te convertirías en cómplice. Sólo puedo decirte que estoy considerando la temporada de carreras.

—Si la mitad de lo que dices es verdad, puedes meterte en algún lío con la policía.

—Naturalmente.

—Y yo también.

—Bueno, no pensé nunca en ese aspecto de la cuestión, te lo aseguro.

—No creo que influyera para nada en tu conducta.

—Vamos, Robert, eso no es justo.

—¿Justo? ¿Qué te importa a ti lo que es justo o injusto? Tengo cierta cantidad de dinero que me dio mi madre para que viniera a Europa a pintar. Al finalizar el año había de enseñar mi trabajo a un crítico competente. De acuerdo con su opinión, debía proseguir o regresar a casa. Pero, Santo Dios, no he hecho ni por asomo el trabajo que pensaba hacer, y el invierno está ya muy avanzado. Me parece que ha llegado el momento de ahuecar el ala.

Chester le miró inquisitivamente.

—¿Y a dónde quieres ir?, —dijo.

—A Roma, me parece. A Roma y a Florencia.

—No conoces el italiano.

—Puedo comprender algo. Y en todo caso, me defenderé con el francés que sé.

—Bueno, hablas el francés como *une vache espagnole*, como dicen por acá. En un salón estás perdido. Pero de todas maneras tu francés para andar por casa es bastante potable. ¿De dónde lo sacaste?

—Teníamos una doncella irlandesa que hablaba francés. ¡Pero al diablo con esto, Chester! Tengo que marcharme de París.

—¿Aceptas que vaya contigo?

Llegaron a un acuerdo más o menos satisfactorio con M. Langlois, el agente de la inmobiliaria, y a mediados de febrero llegaron a Roma.

Durante más de un mes, Chester permaneció a diario ante su caballete mientras había luz. Se mostraba insatisfecho de todo lo que pintaba, pero trabajaba con una intensidad que Robert no había visto nunca y que era a veces frenética, especialmente durante la última media hora de buena luz. Pero la mayor parte del tiempo dichosamente preocupado, tarareando irreconocibles tonadas, fumando largos y delgados puros y tomando de vez en cuando sorbos de café negro y espeso. Al terminar el trabajo cotidiano, comían una ensalada, pan y queso, bebían un vino ligero y hablaban, fumaban, leían o dormían hasta la hora de la cena.

En Londres, la ciudad que Chester amaba y en la que decía hallarse en el epicentro de su felicidad, había sido nerviosamente brillante, e ingeniosamente sardónico a expensas de todo y de todos, comenzando por sí mismo. Durante las primeras semanas de su estancia en Roma, y mientras se dedicaba a la pintura, sus nervios parecían haberse tranquilizado. En el intervalo de la comida y durante el rato que salían a cenar, se ocultaban su estado de ánimo. A menudo se sentaban en silencio y fumaban. En otras ocasiones hablaban largo y tendido por espacio de horas. Aunque hablara Robert, aunque faltaran las interrupciones sardónicas y la brillantez que eran características entretenidas, pero frecuentemente fastidiosas de la conversación de Chester, era el ingenio de éste el que dominaba la conversación. A Robert le pareció evidente que había gastado su energía nerviosa en el gran esfuerzo intelectual y físico de concentración que empleaba en su pintura. El esfuerzo físico, sobre todo, podía advertirse a simple vista durante los primeros cinco minutos que seguían al término de su trabajo cotidiano. Súbitamente relajado después del severo dominio de sus nervios que suponía las horas pasadas ante el caballete, le temblaba la mano derecha, y dedicaba varios minutos a limpiar sus pinceles hasta que cesaba el temblor. Y al mismo tiempo parecía como si estuviera despejando o lavando su cerebro de su concentrado control. Se paseaba por la habitación sacudiendo los húmedos pinceles, los colocaba en un alto receptáculo, pero sin poder

evitar lanzar ojeadas a los trabajos efectuados, ya moviendo la cabeza, ya alzando sus cejas con expresión semiaprobatoria. De pronto exclamaba: «¡Bien!» y colocaba sobre el lienzo el paño que debía resguardarlo del polvo.

—Cerrada la tienda por hoy —decía.

Todas sus conversaciones comenzaban con alguna discusión sobre pintura, mas sólo era un punto de partida, tras el que derivaban a los pintores, a los viajes, a la historia, a la filosofía o a la política para volver de nuevo a la pintura. Ahora Chester sólo pintaba flores.

—No soy botánico ni horticultor —decía—. Cualquier jardinero se aterraría ante mi ignorancia de las flores, y espero no salir jamás de ella. Amo las flores para la decoración interior y por lo que hacen en beneficio de un mundo más bien pardusco. Pero no me interesan, ni ellas se interesan por mí.

—Entonces, ¿por qué no contratas una modelo?

—Porque estoy empleando un subterfugio conmigo mismo. Es un truco de disciplina. Las flores no permanecen lozanas mucho más de un día, lo que me obliga a trabajar con rapidez.

—Muy inteligente.

—¿No es así? Me sería mucho más fácil comenzar por una figura desnuda. Puedo hacerla hasta dormido, y a menudo lo he hecho. Pero esas once bocas de dragón, o como las llamen los italianos... no puedo hacerlas en sueños. No cabe duda de que lo intentaré esta noche, pero estoy seguro de que será un sueño atormentador. ¿Y por qué no contratas tú una modelo? No me distraería. Nada me distrae cuando estoy trabajando.

—Acaso lo haga.

—¿Has visto alguna vez una operación quirúrgica? No, ¿verdad? ¿O la disección de un cadáver?

—Nunca.

—Podría llevarte a ver alguna. O a ambas. Es lo que he estado pensando. Que deberías estudiar anatomía. Podría comprarte un esqueleto y enseñarte los huesos. Lo aprenderías en dos días. Pero sólo es el comienzo. El esqueleto de la cuestión, realmente. No, creo que pospondremos la anatomía. Sigue con tus manzanas y limones, y el mes próximo puedes salir los días que haga bueno. Lo peor del mal tiempo no tardará en pasar. Pronto llegará la primavera. Y luego tendremos el tiempo insalubre, tiempo de malaria, pero iremos a otra parte. Lyons, Pennsylvania, no es comarca de malaria, ¿verdad?

—Decididamente, no. Bien, nos quedaremos aquí hasta entonces y tú puedes seguir con tus experimentos...

—¿Experimentos?

—¿No es eso lo que estás haciendo?

—Pues sí. ¿Pero cómo lo sabías?

—En esa fase, todos los pintores experimentan, Robert. Más tarde, cuando creas haberte hallado a ti mismo, artísticamente hablando, dejarás de experimentar durante un año o dos, pondrás en práctica todo lo que has aprendido. Entonces entrarás en el período más desalentador y más satisfactorio a la par. No querrás pensar en lo que has aprendido, aunque estará presente pero no querrás pensarlo. Sabrás lo que puedes realizar con un movimiento de cuarenta y cinco grados de tu muñeca. Estas cosas serán automáticas. Pero el desaliento y la satisfacción se intercambiarán de día en día, a veces de hora en hora. Entonces pintarás, no antes. Componiendo. No en el sentido en que se emplea la composición en una Academia de arte. Sino en un sentido musical. Es extraño, ¿no te parece?, que cuando deseamos ilustrar un detalle musical empleamos términos de pintura..., bosquejado, ligeramente sombreado, muy alumbrado, y otros por el estilo. Y ahora, he de emplear términos musicales. Bien, ¿y qué si lo hago? El período del que hablé, seguirá a tu maestría de las escalas, la clave baja, los ejercicios de digitación, y así sucesivamente, que efectuarás de un modo automático, sin pensar en ellos y sin ser músico... Provisto del equipo y de tu primitiva experimentación sabrás lo que desees hacer. Pero ello se te sustraerá, volverás a apresarlos, y se te irá de nuevo. Creo que estoy próximo a entrar en este período de mi carrera como pintor. Así lo espero. De hecho, lo sé. Pinto mis flores para estar en forma. Algo así como un atleta. O como un pianista que sumerge sus manos en agua caliente... Cuando miro tan ansiosamente a mis flores, no estoy juzgando un cuadro, sino aquilatando mis progresos, mis propios progresos, mi retomo al hecho de pintar. A mí. No a la pintura. Aún cometo algunos errores, pero no los repetiré mañana. Me apresuro aquí, soy demasiado lento allá, excesivamente duro acullá o muy débil en otra parte. Y eso no es técnica. Es inspiración. ¿Sabes lo que significa literalmente inspiración? Pues significa tomar aire en los pulmones. Y lo pienso literalmente. El arte tiene su propio oxígeno que sólo un artista puede respirar, y no lo aspira siempre. Pero no hay artista que no lo aspire. Es deplorable que la inspiración haya llegado a significar lo que se pretende. Un soplo del azul que obliga a un hombre al trabajo. Un poco de suerte que resuelve todos los problemas de un artista. Un atajo para el perezoso embadurnador, o el indolente musicastro, o el escritorzuelo poltrón. No, la inspiración no es nada por el estilo. La inspiración sólo se presenta al artista que trabaja y al que ha trabajado. El artista crea su propio oxígeno especial, y tiene sus branquias o

pulmones especiales. Y por el proceso de la inspiración, absorbe su propio oxígeno con sus propias branquias, y si también ha dominado su técnica, es posible que logre una obra de primera calidad. Es posible que no haga un cuadro de primerísima factura pictórica, pero siempre habrá una calidad de primera clase en todo cuanto haga. En el curso de determinado período de tiempo, desde luego. No mientras es demasiado joven, o demasiado viejo... Me gustaría rectificar algo, de lo que te dije en París. Mira, creo que puedo ser de primera categoría. Me siento alentado por mi amor a la pintura. ¿Grandeza? Acaso no. La grandeza es el juicio de los demás, y generalmente de quienes no la conocen aunque la tengan delante. Pero sí puedo ser de primera categoría. Puedo rechazar a la *signora* Hartung cuando alguien le diga que soy bastante bueno para pintarla. ¿Puedes imaginarte a la *signora* Hartung? Me cuelga el cordón al cuello diciendo: «Ha sido considerado usted digno de pintarme». Y yo, tras recibir el espaldarazo, irguiéndome de mi genuflexión para decir: «Querida señora, la vida es cruel, y de lo más cruel para la belleza». Creo que debo odiar a esa mujer. Empleaba su belleza para tenerme a raya, de un modo consciente y deliberado, y sabiendo siempre que en cualquier otro aspecto es mi inferior. Supongo que sabrás que su padre es alcalde de uno de vuestros empingorotados municipios. Por otra parte, ella es un cero a la izquierda, y cuando el pobre Hartung vaya a la prisión por deudas, como se merece, no daré ni un paso para ayudarla.

—Fría, pero bellísima —dijo Robert.

—Y bellísima, pero fría. No altiva. Sólo fría. —Quedó silencioso, con el entrecejo fruncido—. ¡Ah, sí! Me estaba preguntando por qué vino a la memoria. Ayer vi su rostro en el interior de un coche. Aristocracia italiana. Escudo en la portezuela. Cochero empenachado.

—¿Conoces a la mujer?

—No era una mujer. Era un joven oficial. Pero era el rostro de Emily Hartung.

No muchos días después de la conversación precedente, Chester y Robert se hallaban desayunándose y leyendo su correspondencia y periódicos.

—¡Palabra!, —exclamó Chester—. ¡Hoy no podemos trabajar! ¿Sabes que día es? Pues el aniversario del nacimiento de Washington.

—¿El veintidós...? En efecto.

—Hemos de hacer fiesta. ¿A dónde iremos? ¿Florenia o Nápoles? Nápoles. Está más cerca, y no experimentaremos la tentación de quedarnos unos días que se nos presentarían en Florenia. Dejaremos Florenia para una visita más prolongada.

—En realidad hoy es el veintitrés, ahora que lo pienso. Miércoles veintitrés. Este periódico es del viernes, y el viernes fue dieciocho.

—¡Oh! Entonces no tenemos tiempo que perder.

—¿Dijiste que no tenemos tiempo que perder?

Chester ignoró la pregunta mientras consultaba una guía de ferrocarriles.

—Debe de haber un tren para Nápoles dentro de dos horas —dijo—. Mete tus cosas en un maletín. Sólo estaremos fuera un día o dos.

Camino de la estación y mientras esperaban su tren, Chester no dejó de hablar ni un instante. Robert comprendió que semejante verborrea iba destinada a impedir cualquier protesta contra el impulsivo viaje. No dejó de hablar hasta que se hallaron instalados en su vagón y el tren corría ya hacia el Sur. Durante unos minutos estuvieron solos. Luego, aparecieron dos hombres, uno joven y otro de mediana edad. El más viejo, un criado, proveyó a que el más joven quedara bien instalado y se marchó. El joven miró entonces a Robert y Chester y preguntó en alemán:

—¿Les molesta que fume?

—Es tu idioma, Robert —dijo Chester.

—Creo que pregunta si puede fumar —dijo Robert—. Háblale en francés. Probablemente lo habla.

—¡Ah, ingleses!, —dijo a esto el joven, en inglés—. Disculpen, creí que eran alemanes.

—No somos ingleses, somos americanos —dijo Chester, en italiano.

—¡Ah! Habla usted italiano —dijo el italiano, en este idioma también.

—Un poco, pero mi amigo, no. Y según he podido observar, su inglés es tan bueno o mejor que mi italiano —prosiguió Chester, en italiano.

—Entonces hablaremos en inglés. ¿Puedo ofrecerles un cigarro?

Aceptaron los cigarros que tomaron de una petaca de piel de cocodrilo con apliques de oro.

—El día está despejado pero aún hace un poco de frío —dijo el italiano.

—Sí, la primavera no ha llegado aún... —dijo Chester.

—No, aún no ha llegado. ¿Es su primera visita a Italia?

—Mi tercera, pero la primera de mi amigo.

—¿Su primera visita a Italia? Es muy distinta de América, ¿no es así?

—En ciertos aspectos —respondió Robert—. ¿Ha estado usted en América?

—Desgraciadamente no he ido nunca. Un tío mío pasó mucho tiempo en Washington.

—¿En la Embajada italiana?, —preguntó Chester.

—Así es. Muy inteligente de su parte. Lo siento..., ¿nos hemos conocido alguna vez?

—No es que hayamos sido presentados, pero le he visto a usted antes de ahora, y usted también debe de haberme visto. Hace irnos cuantos días, en Roma. Iba usted de uniforme, en un coche negro de ruedas amarillas.

—¡Lo recuerdo bien!, Mi coche se paró debido a que usted se había detenido. Muy molesto para ambos, estoy seguro. ¿No sonreímos a causa de esta parada?

—Así es, en efecto.

—El tránsito presenta serias dificultades. Imposible a ciertas horas del día. Por decirlo así, ya hemos sido presentados. Soy Alfredo de Cattaneo.

—Y yo Chester Calthorp.

—Robert Millhouser.

—¿Usted es Millhouser y usted Calthorp? Y sin embargo, Calthorp parece más alemán que Millhouser. ¿Era su madre alemana, Mr. Calthorp?

—No; que yo sepa no corre ni una molécula de sangre alemana por mis venas.

Alfredo di Cattaneo meneó la cabeza.

—Soy un verdadero cero a la izquierda en esas cuestiones —dijo—. Mi tío se lo confirmaría. Si estuviésemos viajando por Suecia, Mr. Millhouser, habría creído que era usted sueco. En Alemania, alemán. Pero usted, Mr. Calthorp..., suizo. Suizo alemán. Nunca he sido diplomático.

—Por el contrario, creo que lo está haciendo usted muy bien.

—Gracias, gracias —dijo el italiano.

—¿Me equivoqué al suponer que pertenece usted al ejército?

—Pues, no. Tengo un nombramiento, pero ¡ah!, el uniforme. Soy conde. Era mi uniforme de ceremonial. Magnífico, ¿no le parece? Lo llevo para asistir a las bodas. Me disponía a asistir a una cuando le vi a usted, Mr. Calthorp. Me gusta vestirme para una boda. Llevo mi cómica espada. Preciosa. El papa se la regaló a mi padre de hecho, a mí, con motivo de mi nacimiento. ¿Pertenecen ustedes al ejército de su país... los Estados Unidos de América?

—No —respondió Chester. A su vez, Robert negó también con la cabeza.

—Y no pueden ser condes en América. Por lo tanto, tampoco tienen uniformes que poder llevar a una boda. Deplorable.

—Apenas voy a las bodas.

—¿Apenas? ¿Apenas...? ¿Infrecuentemente?

—Infrecuentemente.

—Disculpe mi inglés, por favor. Apenas. Infrecuentemente... ¿Es un vocablo anglosajón, supongo?

—Debiera serlo.

—Creí que lo sería. Hablo cinco idiomas, todos muy mal. Y cuando no reconozco una palabra inglesa, digo que debe de ser anglosajona. —Sonrió burlonamente—. Usted dice; «Eso es griego para mí». Y yo digo: «Eso es anglosajón para mí». La misma broma.

—Estupendo —dijo Chester.

—¿Estarán mucho tiempo en Nápoles?

—Volvemos a Roma mañana.

—¡Ah, bien! Entonces deben venir a comer el domingo próximo. ¿Les parece bien? ¿Estarán ustedes el próximo domingo en Roma? Pueden venir, ¿no es así?

—Será un gran placer —dijo Chester.

Alfredo di Cattaneo sacó una cartera florentina y cogiendo una tarjeta escribió su dirección con un lapicero de plata, al mismo tiempo que decía:

—Les esperaré a las dos. De levita, si les parece. Mi padre es muy viejo y convencional. ¿Les importará decir una pequeña mentira? ¿Que nos conocimos en la Embajada americana? Si se lo preguntan, claro está.

—Desde luego, y mil gracias —dijo Chester.

—Sí. Muchas gracias —añadió Robert.

—¿Me disculparán ustedes ahora? Tengo que leer algunos documentos. He de entrevistarme con un extranjero que llega mañana por barco, y he de saber qué decirle. He de preparar las respuestas a todas sus preguntas, y las preguntas que debo hacerle... —Sonrió—. Supongo que él también estará preparando sus preguntas y respuestas.

—Diplomacia —dijo Chester.

—¡Ah, sí! Diplomacia de Jardín de Infancia.

—¿Acaso no lo es toda la diplomacia?

Di Cattaneo fingió que le chocaba la pregunta.

—Entonces debo darle a usted una respuesta diplomática —dijo—. Sí y no. ¿Me dispensan, por favor?

Le invitaron a comer con ellos.

—Lo siento mucho —dijo—. Mi criado me servirá. La cesta, la canasta. Pero no puedo invitar a ustedes a que me acompañen. Sólo lo habrá dispuesto para mí. De haberlo sabido...

—Así tendrá usted la oportunidad de estudiar sus preguntas y respuestas —dijo Chester.

—Eso es. Y cuando vuelvan ustedes, podemos proseguir.

Se entretuvieron en el coche restaurante, no quedando mucho tiempo para la conversación a su regreso. Se dieron la mano en el tren, con expresiones de la más elevada y mutua consideración y de complacida anticipación para el próximo domingo. Chester y Robert observaron que a Di Cattaneo le esperaban en la estación oficiales del ejército y de la marina vestidos de gala, y civiles en levita, todos de más edad que Di Cattaneo. Todos lo hicieron muchas reverencias y se atropellaron un poco para aproximársele.

—Debe de ser un personaje muy importante en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Seguramente. O importante, aparte del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tengo que descubrirlo.

—Por un momento creí que lo habías descubierto ya.

—¿Crees de verdad que preparé este encuentro?

—Pues no lo sé, pero lo pensé.

—Si hubiera deseado conocer al conde Di Cattaneo, lo habría arreglado un poco mejor, muchacho.

—No me llames muchacho. Me excuso por mis sospechas, pero...

—De no haberme hallado trabajando tan duramente, habríamos conocido a Di Cattaneo y a otros como él. Estoy muy bien relacionado en Roma.

El viaje a Nápoles no fue un éxito, y cuando regresaron a Roma, resultó de todo punto evidente que el ardor de trabajo de Chester había cejado. Robert reanudó el suyo, pero por su propia cuenta. El apartamento que ocupaban en Roma no era tan cómodo como el de París. Una habitación les servía de estudio, comedor y cuarto de estar. Una escalera con una barandilla de cedro sin pulir conducía a los dormitorios y cuarto de baño. La cocina, situada al lado de la amplia habitación del piso bajo, se hallaba bien equipada, aunque no bien aprovisionada, pues cenaban en restaurantes la mayoría de las noches. Nicolema, que era además la portera, hacía las camas, la limpieza, y les entregaba la correspondencia y los paquetes. Sólo hablaba italiano, negándose tercamente a admitir ni una sola palabra de otro idioma en su vocabulario. Estaba agraviada porque habían rehusado tomarla como cocinera, lo cual le habría supuesto hacer las comidas que le gustaban, comisiones de los abastecedores y las cien liras por mes que los anteriores inquilinos le pagaban de salario. Tenía a su marido en un país extranjero, y los domingos se ausentaba para visitar a sus numerosos hijos, nietos y biznietos. No robaba, pero si dejaban un portamonedas sobre una mesa, lo

cambiaba de sitio mientras hacía la limpieza, y se olvidaba luego de dónde lo había puesto.

Después del viaje a Nápoles, Chester dispuso sus días de manera que iba a dar largos paseos durante las horas que recientemente había pasado pintando. Robert quedaba solo hasta la noche. Y al darse cuenta de que Chester se hallaba decidido a mostrarse arisco por tiempo indefinido, se retrajo también, y empezó, a su vez, a dar paseos por la ciudad y a comer al mediodía donde se le antojaba. De pronto, un par de días antes de la invitación al domicilio de Di Cattaneo, Chester dijo:

—Tengo que decirte una cosa, si te dignas en escuchar.

—Escucho. Y no sabes cuanto me consuela comprobar que no hayas perdido el uso de la palabra.

—Reconozco que me he portado como un cazurro patán, aumentando un pequeño agravio hasta convertirlo en una montaña. Sólo puedo decir que te he incomodado, lo cual para mí es una excusa de primera categoría, y alabo tu paciencia, que se ha extendido más allá del límite del deber.

—Está bien, Chester. Como de costumbre, lo has arreglado manteniendo intacta la propia estimación.

—¿Quieres que te lo diga de otra manera?

—Pues, sr, esta vez creo que lo desearía. Esta vez creo que me debes una excusa sin jactanciosos retintines.

—Me pides demasiado, Robert.

—¡Perdona! No te pedí nada.

—Yo sé que no me lo pediste. Te presenté excusas libremente.

—Sí, ¿pero por qué? Ya sé que volverás a creer que soy una naturaleza muy recelosa, pero creo que tus excusas de ahora se deben sólo a esa comida del domingo, y no quieres que resulte deslucida.

—Sus sospechas le honran, señor. Ésa es precisamente mi razón de haberme excusado.

—Entonces veo que nos comprendemos.

—Mucho mejor. Te había estimado un poco. Eres muy perspicaz.

—Y tú muy dominante.

—Por costumbre, supongo. No por convicción. Cada día te respeto más. Todavía eres un muchacho, y creo que dentro de dos años te habrás sacudido por completo ese letargo.

—¿Dos años? ¿Crees que nos quedaremos tanto tiempo?

—Eso depende de ti. Por mi parte voy a quedarme dos años, contigo o sin ti. No firmamos ningún contrato, por lo que no veo por qué deberíamos firmar

un tratado de paz, hoy. Sin embargo, tú has ganado en tu propia estimación así como en la mía, y sé que me aprecias, por lo que considero que la relación ha mejorado mucho.

—Acaso tengas razón. Pero, sin embargo, deseo mencionar que nunca necesité de este viaje para lograr mi propio respeto, pues siempre lo he tenido, Chester, y siempre lo tendré.

—Bien, es bueno que lo tengas, si crees que lo mereces.

A pesar de la reciprocidad de respeto, Robert sabía que algo había desaparecido de su amistad, y que probablemente había desaparecido para siempre. Si, como Zilph Millhouser sustentaba, una pelea despejaba la atmósfera, también la enfriaba; y el descubrimiento de que Chester se hallaba tan remoto aunque vivían en el mismo estudio, y por un tan largo período, había obligado a Robert a elegir entre dos normas de conducta: podía intentar aplacar a Chester, lo que habría sido un acto de insinceridad; o bien podía responder al silencio con el silencio. Que la alternativa escogida había sido la más eficaz lo demostraba el hecho de que Chester había presentado excusas, no obstante lo incompleto de ellas y que había admitido la razón de las mismas. La semana de silencio había sido una desilusionadora experiencia para Robert, pero le ayudó a comprender de una manera más plena y precisa al hombre al que tanto admiraba aún. Y al mismo tiempo, estaba aprendiendo a bastarse a sí mismo... reaprendiendo probablemente, pues en realidad nunca había dependido de nadie, sino de su padre.

La larga fase de la amistad de Filadelfia fue una novedad para Chester y para Robert, y esta novedad se había mantenido. Uno de los mayores, y uno de aquéllos cuyas realizaciones escolares habían sido tan prominentes que sus modales y excentricidades eran aceptadas con buen humor en el claustro universitario, había acogido a un novicio cuya nota más sobresaliente era la de haber llegado a formar parte de la hermandad *Delta Psi*. Había otros estudiantes que tenían buen aspecto, nada entremetidos, bien vestidos y económicamente bien situados, y elegibles como miembros de *Phi Kappa Sigma*, *Delta Phi* y *Delta Psi*. Había muchos más, y con más brillantes títulos, en los que Chester Calthorp hubiera podido fijarse por su interés en las artes magníficas y en las liberales, y cuya admiración por él era tan manifiesta como la de Robert Millhouser. Sin embargo, la elección de Calthorp recayó en Millhouser, y la amistad fue en aumento cuando Calthorp abandonó la Universidad. Robert no podía explicarse aún por completo el interés de Chester hacia él, pero en París y en Roma pensó a veces en la conversación que habían sostenido en Londres, en la que Chester había alabado la práctica

de seguir los instintos. Si tal filosofía guiaba su vida, a Chester le habría bastado una reacción instintiva hacia Robert Millhouser. Era una respuesta fácil, y Robert, que no siempre creía en las respuestas fáciles, no era tan necio como para rechazarlas por el simple hecho de que lo fueran.

En el tiempo que quedaba hasta la comida de Di Cattaneo, Chester rehusó ser desairado por la calma de Robert. Volvía a hallarse de tan buen talante como en Londres.

—Tengo ya mis informes —dijo—. El conde es nada menos que el hijo de un duque. Hijo único, con cuatro hermanas mayores. Son enormemente ricos. Tierras por todas partes, Bancos, líneas de navegación... La duquesa murió. Precisamente hace poco que acaban de terminar el luto. Era peruana, de una familia italiana que se había instalado allí hace cientos de años, y poseedora de una gran fortuna. El duque es amigo del nuevo Papa, pero también lo fue del recientemente fallecido, y según me han dicho es cosa extraordinaria, puesto que el viejo Pío, y el nuevo, León, no se aprecian por lo más mínimo. En cierto modo, yo siempre había creído que los Papas se llevaban mejor que el resto de nosotros, pero al parecer no es así. Tienen que esperar al cielo, igual que tú y yo, Robert.

—Muy interesante, pero...

—Haz el favor de dejarme acabar. Quiero ver hasta dónde he llegado en mi información. Como he dicho, el duque ha estado a buenas con ambos Papas, pero la verdadera prueba está por venir. Al nuevo Papa no le ha gustado que la Iglesia perdiera todas aquellas propiedades, ¿y quién puede censurárselo? Y el individuo que me dio estas informaciones cree que León intentará recuperarlas. En tal caso, el duque se hallará en embarazoso aprieto, y tendrá que escoger entre el rey y el Papa. Pero por lo que he oído decir, probablemente se las apañará y saldrá a flote. —Lanzó a Robert una expresiva mirada previsor de otra interrupción—. El duque, estuvo casado dos veces. La primera duquesa se agotó después de haberle dado cuatro hijas, y nuestro amigo, el conde, es producto del vigor final del duque, por decirlo de algún modo. No hubo otros hijos con la segunda duquesa, aunque supongo que podría haberlos habido, no necesariamente del duque. Bien, ya te lo he resumido todo, pero tú aún deseas hacerme una pregunta.

—Sí. ¿Por qué invitó a comer a una pareja de extranjeros que ha conocido en un tren?

—También me extrañó a mí, pero supongo que no me hallo tan perplejo como tú.

—¿Por qué no?

—¡Oh...! Yo sé tratar mejor con extranjeros que tú. La nobleza gusta del halago también, y yo le hice el cumplido de reparar en él y recordarle.

—También él te recordaba.

—Así es. Me sucede a menudo. Douglas Repperton y yo, por ejemplo. Y tú y yo también, para el caso. Por no mencionar mis amigos rateros, y mis estudiantes médicos en la patria.

—Pero tú no eres hombres de amistades, Chester.

—¡Cielos, no! Pero comprendo muy bien a las personas... A algunas personas.

El carruaje negro de ruedas amarillas pasó a recogerles.

—No esperaba eso —dijo Robert.

—Yo, sí. Escribí una pequeña nota al conde durante estos días en que tú y yo no nos hablábamos. Me contestó diciendo que enviaría el carruaje. Te perdiste mucho no hablándome.

El carruaje les llevó a través del portalón de la mansión que poseía el duque en la ciudad y descendieron en el patio. Di Cattaneo les saludó en el umbral y les condujo por una amplia escalinata y ante numerosos cuadros que cubrían las paredes. Ya en el segundo piso atravesaron un amplio vestíbulo y entraron en la biblioteca.

—Mi padre se halla indispuesto, pero me ha pedido que les conduzca a su presencia —dijo Di Cattaneo.

El anciano estaba sentado cerca de uno de los ventanales y movió lentamente la cabeza cuando entraron, pero no habló hasta que se los presentaron. Era un hombre corpulento, vestido con una levita gris con solapas de raso. Preguntó a su hijo, en italiano, si los americanos hablaban italiano y al responder su hijo, asintió. Su habla era confusa y lenta en ambos idiomas. No les ofreció su mano.

—Siento no haber visitado nunca los Estados Unidos de América —dijo—. Mi hermano los visitó. Nueva York tiene más habitantes que Roma. Muchos italianos abandonan la patria para trabajar en los Estados Unidos de América. Pero no se quedan allí. Tienen más dólares, pero comer y tener una casa cuesta más dólares. Los italianos que visitan los Estados Unidos de América no piensan. No tienen inteligencia. —Volvió a hablar en italiano.

—Mi padre pregunta los nombres de sus ciudades, donde viven —dijo el hijo.

—Filadelfia —dijo Chester.

El anciano asintió.

—Lyons, Pennsylvania —dijo Robert.

El viejo frunció el entrecejo.

—La ciudad es tan pequeña que también le doy el nombre del Estado —explicó Robert.

—Gracias —dijo el viejo inclinando la cabeza.

—Es como si se dijera Turín, Piamonte —observó Chester.

—Comprendo —dijo el anciano brevemente.

—¿Quiere excusarnos ahora, padre? ¿Caballeros?

El anciano hizo una ligera inclinación de cabeza y apartó la mirada de ellos. Salieron de la biblioteca.

Ya en el vestíbulo Chester dijo:

—¿Verdad que su padre ha estado muy enfermo?

—Sí. Sufre mucho y sabe que va a morir. No quiere morir, pero desea la muerte para dejar de sufrir.

—Su segundo deseo se cumplirá muy pronto.

—¡Ah! ¿Es usted médico?

—No, pero he pasado mucho tiempo con ellos. ¿Dónde le duele a su padre? ¿Entre las piernas?

—Sí. Es triste ver en ese estado a un hombre que había sido tan fuerte.

—No hay nada a hacer. Déjele que haga cuanto quiera y denle todo cuanto pida.

—Es usted amable, muy amable —dijo el joven—. Pero lo que más desea es que le dé un nieto.

—Temo que no iba a vivir lo bastante para verlo, aunque se casara usted mañana.

—Es cierto —dijo el joven—. Aun cuando...

En este momento, y por vez primera, Robert descubrió el extraordinario parecido de Di Cattaneo con Emily Hartung. No lo había apreciado en el tren, ni en la biblioteca; pero en la negativa de Di Cattaneo a la posibilidad de dar un nieto a su padre había una inconfundible petulancia femenina. Di Cattaneo se enfurruñaba de verdad y Robert tuvo una rápida visión de las escenas que debían de haber tenido lugar entre el viejo duque y su hijo sobre la cuestión del casamiento y de un heredero.

El otro miembro de la familia que se encontraba en el palacio era una de las cuatro hermanas que actuaba como ama de casa. Era más alta que su hermano, vestía de seda negra y blonda, y no llevaba joyas, excepto una cruz de oro pendiente de una tenue cadena de oro también, y un ancho anillo de desposada. La cadena y la cruz se posaban sobre su pecho cubierto de blonda que se unía a una ancha gorguera que cubría su cuello. Pero las líneas de su

figura no estaban ocultas. Tenía un pecho ampuloso y aunque los años no habían respetado su cintura, se apreciaba que debía de haber tenido un cuerpo soberbio. Casi le doblaba la edad a su hermano. Era viuda de un barón belga, todos sus hijos estaban casados, y vivía en Roma para hacer compañía a su inválido padre. Se veía a las claras que no le agradaba la tarea de anfitriona de los amigos de su hermanastro. Hablaron en francés, y Robert entendió muy pocas palabras; aunque en ningún momento intentó ella introducir un tópico. Realmente no habría sido tópico, pues el tiempo, la visita de los americanos y la duración de su estancia en Roma, la antigüedad del palacio, la lejanía de América y los inconvenientes del viaje bastaron a romper los silencios. Y cuando terminó la comida, la baronesa se excusó para ir a la capilla privada situada al otro lado del palacio.

—¿Es posible que su hermana no quiera a los americanos?, —preguntó Chester.

—Tampoco quiere a los italianos, si son amigos míos. —Comenzó a castañetear los dedos—. Amigos míos. Protestantes. Judíos. Pintores. Curas rurales. Alemanes. Holandeses. La clase media de todo el mundo. —Bajó la voz como si se dispusiera a contar un secreto—. El nuevo Papa. Lo conocí en Bélgica, creo. Va a rezar porque tiene dudas pecaminosas. Tiene dudas pecaminosas sobre si el nuevo Papa puede ser infalible, y eso es herejía.

—Bien. Me consuela saber que no somos los únicos que le desagradamos.

—Francesca es única. Lleva luto por mi madre, que era su madrastra y a la que no quería. Lleva luto por el viejo Papa. Y va de luto porque es cuaresma. Cuando mi padre muera se encontrará completamente sola. Tengo un amigo perverso. Dice que si pudiera llorar alguna vez sobre su seno la convertiría en su querida en cinco minutos. Pero eso no sucederá. Francesca jamás consentiría en quedarse a solas con un amigo mío. ¡Oh! ¡Qué perverso es! Le suelo decir: «Has de ser como Boccaccio. Perverso ahora, y penitente cuando te hagas viejo». Y él dice que es lo que piensa que hará. Pero él no escribe. Vive las historias. ¡Oh! Perverso, pero tan encantador... Han de conocer ustedes a Gianni. Pero no creerán en mis palabras cuando vean su rostro. ¡Cuánta inocencia!

Di Cattaneo continuó refiriéndose a su perverso amigo, les habló de las aventuras que había corrido y de las que estaba planeando. Las historias iban dirigidas a Chester, aunque sin olvidarse al principio de dirigir una cortés ojeada a Robert; pero al cabo de unos momentos éste quedó relegado en el olvido. Era imposible no sentirse molesto por la exclusión, por lo que de pronto consultó su reloj y pidió que le excusaran, pues tenía que despachar

varias cartas y quería que salieran en el siguiente correo. Di Cattaneo volvió a sus buenos modales e insistió para que Robert dispusiera de su carruaje, pero Robert declinó.

—Robert es un muchacho resuelto, y a mí me gustaría quedarme y hablar en italiano, si puedo —dijo Chester.

Robert halló sin dificultad el camino a casa, y tomó papel y pluma, pero no había nada que deseara escribir a nadie. Estaba dominado por una nostalgia que no podía expresar con palabras a su madre, ni a Moisés Hatefield... ni a nadie. No era la nostalgia de Lyons, o de la casa o de las personas que conocía. Y se dio cuenta lentamente de que no se trataba de nostalgia, sino de la primera constatación de que necesitaba a alguien que le necesitara a él. Lo que él llamaba nostalgia había aparecido como tal por lo que le rodeaba; la abrumadora unidad de una gran ciudad en la que no tenía a nadie. La ciudad se había convertido para él en una reunión de gentes, cientos de miles de individuos, hombres y mujeres, que se hallaban demasiado ocupados en necesitar y ser necesitados, en casas y calles y en un idioma que ellos conocían y él no. En su patria, cuando menos, podía iniciar una nueva partida en búsqueda de alguien que quisiera compartir su vida en el futuro. Vagamente comprendió que nunca había deseado a las personas, pero que había estado cómodo y hasta se había sentido feliz en la familiaridad con los lugares y con las personas que vivían en ellos. Ahora deseaba a alguien que quisiera vivir con él en los lugares familiares. Pensaba en Chester con desdén, en el brillante compañero que podía, ser tan fácilmente solazado por un afeminado aristócrata, admirando las historias contadas por un espantoso alcahuetillo.

Para Robert era un nuevo aspecto de Chester, quien le había engañado con su versatilidad y su agilidad de mente y de palabra, pero que traicionaba su virtuosismo por su elección de entretenimiento. Chester era como un aristócrata que prefería la compañía de las ramera. Di Cattaneo era una ramera, Douglas Repperton era una ramera, así como todos los visitantes regulares de la calle del Jardín de Primavera. E inevitablemente, Robert vio que también él lo era. Él era intelectualmente inferior a Chester Calthorp, y vio claramente que Chester le había tolerado porque era la más plácida de todas las ramera.

Redujo su nostalgia a esta valoración de su amistad con Chester Calthorp, y cuando vio una salida, un camino práctico que le sacaba de su presente aflicción, se sintió más aliviado. Volvería a casa; éste era el camino práctico. E inmediatamente sintió un afecto por Chester Calthorp que no había sentido

durante la mayor parte de su viaje por Europa, y se sintió agradecido por los momentos entretenidos y agradables que le habían proporcionado su amistad. Mostraría su gratitud no dejando traslucir nada; prepararía a Chester para su partida, con suavidad, sin que pudiera sospechar que se había producido desavenencia en su amistad. No sólo le debía eso a Chester; el hecho de haber hallado una solución a su infelicidad le hacía sentirse tan complacido que quería marcharse sin causar daño alguno a su amigo. En cuestión de minutos, Chester Calthorp se había convertido en amigo de su juventud y recuerdo de su futuro.

No sorprendió a Robert que en las semanas que siguieron a la comida del palacio, Chester descuidara totalmente su pintura y se hallara ausente del apartamento a veces durante días seguidos. En una ocasión durante aquellas semanas, Chester habló de sus ausencias:

—Ya veo que has trabajado de firme —dijo—. Y en conciencia no me sorprende. Pero supongo que me habrás echado de menos, ¿no es así?

—¿Debo ser verídico y rudo, o mentiroso?

—Ya has respondido a mi pregunta y tranquilizado mi conciencia de nuevo. Bien, hasta donde se me alcanza eres dichoso.

—Creo que sí. Soy un feliz emborronador de cuarta categoría, como dijiste una vez.

—No, de tercera categoría, próximo a la segunda, Pero vas a quedarte, ¿no es así?

—Todo el año, no, Chester.

—¿Qué no? ¿Se trata de dinero? He estado ganando sumas fabulosas a las cartas. Alfredo y sus amigos son temerarios, y cuando me siento a jugar, no puedo evitar el empleo de mi cerebro.

—No se trata solamente de dinero, aunque tiene su importancia. Es mi conciencia atacándome desde dos ángulos. Sé que no soy un buen pintor, y que nunca lo seré. Ésta es mi conciencia artística. La otra..., mi madre y yo no hemos sido nunca como la mayoría de madres e hijos. Pero acaso por esa misma razón me siento atosigado por la conciencia filial. Debo empezar a hacer algo por ella, en vez de dejar que ella lo haga todo por mí.

—Pero te ha concedido todo el año.

—Creo que le voy a devolver algo.

Chester meditó.

—¿Tiene algo que ver conmigo esa decisión?, —preguntó por fin.

—Pudiera ser, pero no lo creo. No sé cómo responder con sinceridad a esa pregunta —dijo, en efecto insinceramente—. Pero aún si tuviera algo que ver

contigo, la verdad es que no me siento como en mi casa en Europa.

—¡Desde luego que no! No viniste aquí para sentirte como en casa.

—No, pero me consideraba más cosmopolita. Estaba equivocado. Soy un pennsylvano a machamartillo.

—No lo eres, Robert. ¿A quién puedes hablar en Pennsylvania?

—¿Y a quién puedo hablar en Europa? No es sólo cuestión de idiomas. Aun hablando con ingleses, nunca he conseguido causarles ninguna impresión. No sabría. Soy oyente y lector, pero nunca un orador o un...

—¿O un qué?

—Pues un conversador. Tú eres un orador y un conversador.

—Así lo esperaba. Me ha costado lo mío.

—Y sobresales en ello.

—Soy excelente. Pero lo demás es nuevo para mí. Has de dejarme que lo piense.

—¿Por qué? He decidido volver a América en mayo.

—Bien, no te marcharías si me opusiera firmemente. ¿O lo harías a pesar de todo?

—Me temo que sí.

—Todavía tengo que pensarlo. De momento, no puedo. Mis romanos son demasiado acaparadores. Pero puedo decidirme a intentar que cambies de parecer. Podría hacerlo, también, Robert Millhouser. No creas que no podría.

—Preferiría que no hicieras la prueba. No resultaría muy buena para nuestra amistad.

—¿Puedo ser ligeramente sibilino? Acaso no conozcas nunca la profundidad de esta amistad, y si no, debes agradecerlo a tu dios luterano...

—¿Cómo puedo agradecerle a él por...?

—Sibilino, dije. —Puso un dedo sobre los labios—. Silencio.

Robert tomó el pasaje a finales de abril, de manera que en la siguiente conversación con Chester pudiera anunciarle sus planes definitivos, y guardó el billete en el cajón de su escritorio. El tiempo había mejorado, y manteniéndose ocupado en un estricto horario de trabajo, vivía de día en día en un estado de relativa euforia. Y de pronto, cierta tarde tuvo una visita.

Se hallaba solo, y ventanas y puertas estaban abiertas para que la brisa circulara. Golpearon suavemente con los nudillos en la abierta puerta, y un hombre, de elevada estatura y vestido con una negra sotana, vino.

—¿Puedo entrar, por favor?

—Desde luego. Entre, padre.

—Es usted muy amable —dijo el sacerdote. Lanzó una mirada al cuadro sin terminar que se hallaba en el caballete—. ¡Ajá! ¿Puedo sentarme?

—No faltaba más. Siéntese, haga el favor. ¿Puedo ofrecerle una copa de vino?

—No, gracias; se lo agradezco mucho.

—¿Una limonada, pues? Me disponía a tomar una.

—Eso sí lo acepto, gracias.

Robert llenó los vasos, los puso sobre la mesa, y se sentó frente al sacerdote. Éste tomó su vaso, lo alzó y dijo con ligera inclinación de la cabeza:

—*A vótre sarité.*

—Y a la suya, padre.

Después de beber, el cura puso su vaso sobre la mesa.

—Me facilita usted la tarea —dijo—, pero haciéndolo así, la hace al mismo tiempo más difícil. —Hablaban con acento francés—. Pero cuando menos, debo intentar hacerla menos difícil para usted, señor. Como americano, usted prefiere el abordaje directo de las cuestiones, y respetaré la costumbre americana. ¿Cómo dicen ustedes? Poner las cartas sobre la mesa. Supongo que me han elegido para ello porque conozco las costumbres americanas. He residido en Nueva York y en Filadelfia. Fui profesor en la Universidad Fordham y en el Colegio de San José.

—Ya.

—Según tengo entendido, asistió usted a la Universidad de Pennsylvania, una institución espléndida.

—Así es, en efecto.

—Conocía allí al profesor John W. Stanhope, el distinguido filósofo, y al profesor Darjus M. Perlman, no menos distinguido matemático.

—Estudié con ambos.

—Ya. Como ve usted, la Sociedad a que pertenezco adopta una actitud un tanto más liberal hacia la fraternización con los letrados de otras creencias.

—Ya comprendo.

—Pero no voy a faltar a mi promesa de respetar la costumbre americana, ¿no es así? Por lo tanto, permítame que diga lo que tenga que decir. Como hombre cuyo padre tiempo ha que murió, no puede usted por menos de tener en cuenta el deseo de un padre de ver a su hijo situado. Casado y situado.

—Verá usted, mi padre apenas me habló sobre ello.

El sacerdote sonrió forzosamente:

—Me lo imagino. Usted era demasiado joven cuando él falleció.

—Me parece que sí.

—En todo caso, mi estimado señor, dejando aparte las posibles conversaciones es que pudo haber tenido con su padre, estoy seguro de que si las circunstancias lo hubiesen permitido, habría sido usted alentado a contraer matrimonio con una muchacha adecuada, asumiendo la responsabilidad de criar hijos para el mayor honor y gloria de Dios. De no quererlo, trate de comprender que lo mismo que habría sido el deseo de su propio padre, lo es, igualmente, de un joven a quien conoce usted. No voy a mencionar nombres.

—Creo que sería mejor que mencionáramos algunos.

El sacerdote alzó una mano.

—¡No! ¡No, por favor! He venido a pedirle que abandone su apego a un joven. Y aún más. A...

—Un momento, padre, por favor. Lo primero de todo, ¿cómo me llamo?

—¿Que cómo se llama usted, señor? Creo haberle mostrado ya que no sólo conozco su nombre, sino que tengo una considerable información sobre su historia personal.

—A pesar de ello, ¿cuál es mi nombre?

—Muy bien, señor. Su nombre completo es Chester Sterling Calthorp, y nació en...

—Mi nombre no es Chester Sterling Calthorp.

—Entonces es Sterling Chester Calthorp.

—Tampoco. Mi nombre es Robert Millhouser.

El sacerdote quedó silencioso y luego dijo en voz alta, como si hablara consigo mismo:

—Pregunté a la mujer de abajo que me dirigiera al apartamento de Mr. Calthorp. Mr; Calthorp es un pintor. Un caballero. La Universidad de Pennsylvania... Stanhope y Perldns... ¿Quién es usted, señor?

—Robert Millhouser. Vivo aquí con Mr. Calthorp. Intento ser pintor. Creo que soy un caballero, fui a la Universidad de Pennsylvania y estudié con Perldns.

—¿Vive su padre?

—Falleció cuando yo tenía quince años.

—He cometido un grave error. Y el error ha sido enteramente mío. Le ruego me excuse, señor. Le pido me perdone. Sí, usted trató de detenerme cuando ya había dicho demasiado, pero yo continué hablando... —El sacerdote tomó un sorbo de limonada, respiró luego profundamente y miró con fijeza a Robert—. ¿He dicho algo que pudiera perjudicar a su amigo ante

sus ojos? ¿Le he dado alguna información que no tuviera usted antes de que yo entrara en esta habitación?

Robert vaciló.

—No, no creo que lo haya hecho.

—¿Sabía, pues, que existía una situación malsana?

—¿Malsana...? No sabía nada sobre el particular.

—Usted no la considera malsana. Tal vez es un punto de vista. Usted no considera que esa situación sea malsana. ¿Se debe ello, pues..., y créame que no me chocará usted, Mr. Millhouser, pues no me asusto fácilmente..., se debe ello a que es usted miembro de la misma pandilla?

—Mi estimado señor, ahora es usted el que está haciendo difíciles las cosas —replicó Robert—. Mr. Calthorp es amigo mío, es cierto. Vinimos juntos aquí y vivimos juntos en Londres, París y Roma.

—Usted me ayuda. «Vivieron juntos...». ¿Cómo amantes?

—¡Cristo...! ¿Qué está usted diciendo? /

—Estoy pidiéndole que me aclare por qué no considera usted la situación malsana. Y le ruego, como caballero, que respete mi sotana. Por favor, no sea blasfemo.

—He respetado bastante su sotana. ¿De qué me está acusando usted?

—Yo no le estoy acusando de nada, si no se acusa usted mismo.

—¿Quiere usted hacer el favor de salir de aquí?

—¿Dejando las cosas tal como están?

—¡Haga el favor de salir!

—Debo salvar algo de este naufragio, Mr. Millhouser. He cometido un error.

—Sí, es usted un estúpido. ¡Y tan hábil...! No es extraño que la gente les odie.

—Sí, soy un estúpido. Y he hecho que me odie usted. Me iré, pero antes de hacerlo, una palabra tan sólo. Creo, por instinto, que a lo que quise aludir cuando le hice mi pregunta respecto a la relación existente entre usted y Mr. Calthorp... era injustificada.

—¿Dónde se hallaba su maldito instinto cuando hizo la pregunta?

—Sí, ¿dónde estaba? Pero ahora ya he despertado, Mr. Millhouser.

—¿Y tuvo usted más en que fiar que en el instinto al hacer esa acusación sobre Cattaneo y Calthorp?

—Por desgracia, en este caso dispuse de bastante más que el instinto.

—Me hubiese gustado que se lo dijera a Calthorp.

—A eso había venido, mi estimado señor. De haber sido usted Calthorp no podría haber negado nada. Tampoco lo hubiera hecho. Calthorp alardea de su pecado en plena vía pública. Si hubiera sido usted Calthorp, habría sabido a qué venía. Fui estúpido al no verlo. Estúpido y hábil, pues pensé que era usted Calthorp empleando su habilidad conmigo. El joven cuyo nombre no he mencionado no es un don nadie. Y suma a su pecado el de causar escándalo.

—Entonces, háblele a él. Es uno de sus compatriotas.

—¿Querrá usted hablar a Calthorp? Es también uno de sus compatriotas.

—Ya vuelve usted a su habilidad. Y usted y Calthorp escapando como dos ladrones.

—Merezco cuanto me diga. Pero no su odio. Rezaré para que lo venza.

—Pues estará usted de rodillas durante mucho tiempo.

—La mayor parte del tiempo lo estoy, Mr. Millhouser. Es cuando no lo estoy que cometo mis peores yerros. Aún he de decirle un par de cosas. La primera, volveré para hablar a Mr. Calthorp. La segunda, si tiene usted alguna influencia con Mr. Calthorp, le hará un favor persuadiéndole de que abandone Roma.

—O sea, que desea usted que yo haga su trabajo.

—Me baso para ello en su amistad con Mr. Calthorp.

—Haga una conminación, oigámosla.-

—Muy bien. Mire, en Francia tenemos la palabra *menace*, que corresponde a conminación o amenaza. Pero en inglés suena ligeramente distinta, ¿no es así? Sí. La conminación, la amenaza a Mr. Calthorp es el propio Mr. Calthorp. Puede decirle que dije esto. Como sacerdote no desearía amenazar a Mr. Calthorp. Pero alguien lo hará, Mr. Millhouser. O, acaso peor, nadie lo hará. Ese joven amigo, como antes le dije, no es un cualquiera, y su Embajada está ya tomando cartas en esta malsana situación... ¿Sabía usted que Mr. Calthorp se divierte como ratero? Y los rateros y sus amigos lo saben. Mire, no he hecho una amenaza. Pero he dicho a un amigo de Mr. Calthorp que Mr. Calthorp es una amenaza para sí mismo. Dios le bendiga, señor.

El sacerdote se estiró su sotana, tomó su sombrero y se marchó.

Entonces era esto; la orquídea fétida, el cadáver abierto desde el cuello al escroto, el caballo abandonado, pudriéndose sobre los guijarros, el festín de ayer convertido en excremento. Desesperado y confuso, Robert recordaba claramente los muchos síntomas que había pasado por alto, las prevenciones que había rechazado. El sacerdote mundano había hecho la pregunta, pero muchos otros no se habían molestado en formularla; habían mirado y habían

omitido su juicio, aunque sin dejar de mostrarlo. Alice Sterling y su desprecio. I. Goldberg y el canónigo Lovelace en sus distintos modos, tratándose como si hubiese perdido el derecho a ser respetado. Y su madre, con sus engorrosas e insistentes preguntas. Durante seis años había sido estimulado por aquel hombre, reído con él; le había admirado, es posible que hubiera intentado emularle cuando menos en sus propios enjuiciamientos sobre las personas y las cosas. Los fulgurantes y restallantes métodos de los ataques de Chester Calthorp a la banalidad y la vulgaridad eran demasiado rápidos y agudos para que Robert pudiera copiarlos, ¿pero hasta qué punto no habían influido en su criterio incluso cuando no se hallaba presente Chester Calthorp para aleccionarle? Había escogido a Chester Calthorp por amigo, excluyendo prácticamente a cualquier otro; ¿y cuántos miembros de su mundo —pequeño, pero el suyo— habían compartido el mismo juicio que el sacerdote, Alice Sterling, I. Goldberg y el canónigo Lovelace? ¿Y cuántos hubiesen deseado formular las preguntas que su madre había hecho? ¿Y cuántos, o cuán pocos, no tenían la menor sospecha?

Hasta aquí su pensamiento era claro, pero las confusiones dominaban: en el centro del retomo de su nostalgia aparecía una repugnancia contra la pintura, porque el pintar había sido uno de los símbolos de la influencia de Chester Calthorp. Roma y toda Europa se convertían también en malsanas... Le produjo una especie de conmoción el percatarse de cuán rápidamente acudía aquella palabra a su mente. Es posible que en otros tiempos hubiera dicho que «quería» a Chester Calthorp, con el mismo significado con que pudiera haber dicho que quería a Moisés Hatefield. Pero ahora, el amor, como vocablo, pertenecía al apartado de la fétida orquídea, se relacionaba con el cadáver abierto, el caballo en putrefacción y la nauseabunda bazofia de lo que había sido succulento manjar. Y el amor, en este momento, no era más que un mero vocablo.

Y, sin embargo —y éste era otro motivo de confusión—, tenía tan grabada la necesidad de la buena opinión de Chester, que no podía hacer apresuradamente las maletas y trasladarse a un hotel. No quería ser llamado cobarde por Chester. Debía enfrentársele por última vez.

Era imposible predecir cuándo volvería Chester, por lo que al cabo de una hora Robert salió a dar un paseo, una fatigante caminata subiendo y bajando las miles de escalinatas de Roma. Se detuvo una vez para beber un vaso de vino, y más tarde para hacer lo mismo y comer un bocadillo de pan y queso. Cuando regresó a su estudio, los faroleros encendían ya los faroles. El estudio estaba oscuro y pensó que estaba solo, pero casi al instante notó olor a humo

de cigarro. Chester se hallaba sentado ante la ventana, en uno de los sillones de respaldo alto.

—¿Quieres encender la luz, por favor?

—No es Nicolema. Soy yo.

—Lo sé. ¿Quieres encender la luz? —Y cuando Robert lo hizo—: Y ahora, ¿quieres sentarte?

Robert se sentó en una silla. Chester se levantó y le miró.

—Ya sé que tuviste una visita —dijo—. Volvió a venir y acaba de marcharse. Me alegra que no lo vieses de nuevo, y también que estemos solos. —Hizo una pausa—. No voy a quedarme aquí esta noche. Puedes quedarte tú. Tengo varios sitios adonde poder ir. Quédate, pues, y haz tus maletas. Puedes irte cuando yo vuelva mañana a última hora. Supongo que no permanecerás mucho tiempo en Roma. Debe de haber un barco que sale de Nápoles semanalmente, si quieres ir directamente a Nueva York o Filadelfia. Puedes cambiar tu billete; te lo aceptarán. Y, además, tienes tu carta de crédito. ¿Necesitas dinero? Puedo prestarte lo que te haga falta.

—No.

—Entonces no hay gran cosa más que decir. Mañana puedes trasladarte a un hotel, y si veo que te has dejado algo te lo enviaré por barco. Eso en cuanto a los detalles. En cuanto a lo demás, para que no haya duda alguna en tu mente, voy a disiparlas todas. Todo cuanto el cura dijo o quiso decir es verdad. Soy lo que él dijo que era. Lo he sido desde niño. En cierta ocasión te dije que era un tullido. Fue la primera vez que intenté decírtelo, pero entonces no pude. He olvidado por qué. Pero sé que deseaba decírtelo. Deseaba prevenirte. En los cinco o seis años que te he conocido, nunca pasamos una noche bajo el mismo techo hasta que viniste a mi casa el pasado setiembre. Desde entonces hemos estado juntos cada día y, prácticamente cada noche. Más pronto o más tarde te habría, como dicen, molestado. Ahora estoy contento de no haberlo intentado nunca. Estuve contento en París. ¿Recuerdas cuando te acusé de tener alguna relación con aquella morbosa modelo? Hasta entonces no supe, o cuando menos no estuve seguro por completo, de cuán inocente eras. Pero ello no me facilitó las cosas. Nosotros —los hombres como yo— no tenemos respeto alguno a la inocencia. Yo no lo he sido, lo admito. Y así no era tu inocencia la que te protegía. Era tu fe en mí, simple y sin adulteraciones. El único ser humano que jamás he conocido que me conociera bien, y que, sin embargo, no viera nada depravado en mí. La inocencia es a menudo mera ignorancia. Pero tú me conocías, tú sabías que me hallaba interesado en muchas cosas que no interesan a la mayoría de los

hombres. Sin embargo, no te preocupaste por mis gustos, por mi forma de vida, por mis amistades. No veías en ellas, como muchos las verían, otras implicaciones. Son los hombres que me miran y ven instantáneamente lo que soy. Alfredo Douglas Repperton. Criados. Camareros del barco. Hombres de negocios. Este cura de hoy. Pero tú nunca lo supiste, ni lo hubieras conocido, debido a que el único hombre que jamás tuviste próximo fue tu padre, y tu padre no podía hacer nada mal... Me contaste lo de tu profesor en la escuela, el hombre que se ahorcó. Pues bien, él vio en ti la misma fe ciega que yo vi, y antes de abusar de ella, se colgó.

—No creo eso.

—Tienes mucho tiempo para creer en lo que te parezca, de modo que déjame hablar ahora. Estoy intentando que te marches en plena posesión de los hechos. Estoy pagándote en la misma moneda por tu fe en mí, y será la última vez que lo haga. Cuando me marche de aquí, dentro de unos minutos, no espero volver a verte en mi vida. Me quedaré en el extranjero por lo menos durante cinco años y hasta es probable que para todo el resto de mi vida... Bien, tengo algunas cosas que decirte. En primer lugar, abandona la pintura. Renuncia a ella ahora, antes de que pongas demasiado de ti mismo en ella. Vuelve a ella más tarde, si quieres, pero por el momento, déjala. No harás carrera como pintor, pero puedes hallar en la pintura placer como aficionado. También quiero decirte que tomes una querida. Lyons, Pennsylvania no es un sitio muy idóneo para ello, pero tanto mejor. Tómala en Filadelfia. Otros las tienen. Ve a verla cuando lo desees, y vuelve luego a Lyons. Pero permanece soltero. No te cases nunca. Las mujeres querrán casarse contigo, eres un buen partido. Pero no cedas. ¿Por qué? Pues porque has podido vivir hasta ahora sin amar a una mujer, y el matrimonio no es esencial a tu felicidad. Por lo tanto, si te casas, harás desgraciada a tu mujer y ella hará lo mismo contigo. Tú no eres como yo. Hallarás placer en una mujer, en varias mujeres. Pero no eres un marido.

»... Y, finalmente, no dejes que tu disgusto conmigo se convierta en compasión. Aunque yo mismo me denomino un tullido, no es la autocompasión la que motiva que lo diga. No me disculpo por mí mismo ni por mis actos. Ésta es mi vida, y no la tuya o la del cura o la del viejo duque o la de Wendell Banning. Soy un tullido porque no me atraen las mujeres, pero mi vida es completa sin ello. Mira, eres tú, que sientes la atracción de las mujeres, quien merece compasión. Trata de rehacer a la mujer a tu conveniencia, o la mujer lo hará contigo. Y tanto si lo logras como si fracasas, siempre hay una víctima... Bueno, ahora me voy. *Bon voyage*, Robert. ¡Oh!,

¿quieres devolverme los gemelos y la botonadura? Es posible que te importará conservarla, pero puesto que no te causarán placer, deseo regalarlos a alguien que aprecie su belleza.

—Cuidado con los rateros, Chester —dijo Robert.

Chester rió.

—Gracias por la advertencia. Te echaré de menos.

Y salió rápidamente. Contra su costumbre, había dejado el cigarro apagado, que despedía el mismo acre olor de todos los cigarros apagados.

* * *

Transcribo a continuación de uno de los manuscritos semanales. El pasaje que anoto casi literalmente es más sincero que los previos informes de su viaje al extranjero, y no creo que pueda yo mejorarle. — G. H.

A mi regreso a Lyons hallé a mi madre enferma. La dolencia, según manifestó el doctor Willets, no era ni más seria ni más trivial de la que debíamos esperar en esta época de su vida. Había doblado el cabo de los cincuenta y el doctor Willets reveló que estaba sobrellevando el «cambio» más tarde que la mayoría de sus pacientes. Mis conocimientos sobre este fenómeno del sexo opuesto eran tan escasos que me avergoncé de tener que confesar mi ignorancia al doctor Willets. No obstante, lo comprendió a través de mis «hábles» preguntas y me ayudó cuanto pudo. Mamá había comenzado a tener los primeros síntomas poco después de que Chester Calthorp y yo embarcáramos para Inglaterra. Se hallaba sujeta a estados de depresión e indiferencia, dos de las manifestaciones características del fenómeno, así como a otra de la que luego hablaré. El doctor Willets dijo que había parecido complacida cuando le escribí comunicándole mi regreso, pero que en el intervalo entre mi carta y mi llegada, había desarrollado un sentimiento de hostilidad hacia mí, hasta el punto de preguntar al doctor Willets: «¿Para qué tiene que venir a casa ahora?».

Me recibió cariñosamente, pero sus escrutadoras miradas me prepararon para la pregunta, que había de hacerme después:

—¿Qué es lo que fue mal?, —dijo.

Conociéndola como la conocía, y preparado por sus miradas inquisitivas, necesitaba presentarle una explicación que justificara mi regreso (y los efectos de la desilusión que debían resultar manifiestos para esta mujer que me conocía por lo menos tan bien como yo a ella). Intenté ser, y lo fui, evasivo en mis primeras respuestas, conducentes a una admisión que a mis ojos era lo bastante fuerte para justificar mi regreso y las anomalías de mi conducta.

—Esperaba convencerte de que vine a casa debido a los remordimientos de conciencia que sentía por haber dejado caer sobre ti toda la responsabilidad —dije.

—Ya me había conformado a tu ausencia —respondió.

—Sí... La verdad es que Chester y yo chocamos.

—Lo suponía.

—Llegó a una decisión en Roma —proseguí—. En Londres y en París no habíamos tocado un pincel. Rehusó tomar en serio su trabajo propio o el mío, y prefirió la compañía de gentes que decían ser artistas pero que lo utilizaban como excusa para andar a su antojo sin tener que trabajar.

—¿Y tú te negaste a participar en esa vida?

—Así es. Chester tenía mucho dinero y, por lo tanto, mucho tiempo. Le persuadí para que nos trasladásemos a Roma, y durante unas cuantas semanas pintó en serio; pero luego las cosas se torcieron y empeoraron, si es posible. Cuando se lo reproché, me mandó a paseo, me dijo que me faltaba talento hasta para pintar una valla, que jamás podría aspirar a pasar de embadurnador de cuarta categoría y que era un compañero estúpido. Después de esto, no tenía sentido proseguir pintando. Así que tomé el pasaje para volver.

—¿Te bastó su palabra para convencerte de tu falta de talento?

—Sí, ya que fue su palabra la que me alentó a creer que tenía algún talento.

—¿No hizo esfuerzo alguno para excusarse?

—Chester no se excusa nunca.

—¿Y no se sintió afectado, o pesaroso?

—Ni lo más mínimo. Hasta me pidió que le devolviera un regalo que me había hecho. No puedo decirte que nos separaríamos en los términos más amistosos.

—Siempre me ha extrañado su deseo de que fueras con él. Acaso pensaba que la vida entre bohemios te enseñaría a disfrutar de la vida en general.

—Pareces estar a su lado —dije.

—Estoy contigo, pero confieso que había esperado que el viaje te ayudaría a salir del cascarón. El gasto lo merecía, aunque no tuvieras otro talento. Es indiscreto preguntarlo, pero lo haré. ¿Tuviste algún amor por allá?

—Pues, no.

—Eso es lo que quería. Esperaba que te sucediera algo por el estilo. Tu padre era hombre de profundos sentimientos. ¿Por qué no puedes parecerle a él?

—Daría cualquier cosa por serlo. Quizá me parezca más a ti.

—¡Ja! Sabes muy poco de mí, y sabe Dios que no te encuentro ningún parecido conmigo.

La conversación había tomado un giro que yo no había previsto. Estaba bastante dispuesto a aparecer como vencido en una riña con Chester Calthorp y a admitir que mi viaje había sido un fracaso; estaba dispuesto a consagrar

mi tiempo y energía a la hacienda y a aliviar a mi madre de sus cuidados. Pero era doloroso oírle decir que era un hombre sin sentimientos y además algo pedante. Casi deseaba haberme podido jactar de una serie de queridas y de haber despilfarrado tiempo y dinero en una vida libertina. Sentí deseos de protestar por su duro e injusto juicio sobre mí y estuve tentado, por un momento, de contarle toda la verdad. Sólo la instintiva sensación de que se pondría de parte de Chester y de que perjudicaría además mis relaciones con ella, me contuvo. Era extraño hallarse tan instintivamente seguro de sus reacciones, mientras que al mismo tiempo no lograba ningún progreso en mis deseos de que nuestras relaciones fueran las típicas entre madre e hijo. Era difícil aceptar como un hecho la impresión de que mi madre no me quería. Era una mujer, una magnífica mujer, y podía contar con su amor, pero abandoné la esperanza, si la había tenido, de que mi regreso a Lyons mejoraría nuestra camaradería.

Sin embargo, y a pesar de mi primer impulso de abandonarla me quedé. Cada día me informaba sistemáticamente sobre la hacienda; las granjas, las plantaciones madereras y los valores. Y fue bien que lo hiciera así. La administración de la hacienda le interesaba vivamente y mientras tratábamos estas cuestiones por espacio de dos horas al día, se evitaban los roces. Dos horas era el límite. Más tiempo, la cansaba, y comenzó a acusarme de no prestar atención a detalles que realmente aún no me había comunicado. Tomaba notas sobre cada una de las granjas y arriendos de madera, y por el momento no hice esfuerzo alguno para imponerme en la cartera de valores. Con gran sorpresa por mi parte, al parecer había heredado de mis padres algún sentido de los negocios. Había una gran cantidad de detalles, especialmente en relación con las granjas, y de éstas no había dos iguales, ni siquiera en tamaño. Mi padre, y después mi madre, habían comprado y vendido terreno sin atenerse al plano de cuarenta acres. Habían vendido (o comprado) trozos cuando les convenía. Por ejemplo, habían realizado diez acres para obtener uno que contenía un manantial, o cedido trozos de tierra por un derecho de camino que les convenía. Siempre que había sido posible, mi padre había procurado que cada granja tuviera acceso a un mínimo de dos caminos, vecinales o del condado, y mi madre continuó esa política. El resultado aparecía ahora sobre los toscos planos de las granjas, y casi inmediatamente decidí gastar algo de dinero en la acotación, con el fin de poner los planos al día. No hablé de mi intención, pues podría haber parecido como una crítica a la administración de la hacienda por mi madre. También decidí, y de esto sí la informé, visitar personalmente las granjas cuando

llegara la primavera. Hasta el momento sólo era un granjero de «papel»; tenía poco conocimiento del elemento humano, de los granjeros y de sus familias, y aún menos del estado del ganado y de la verdadera naturaleza de la tierra.

Gradualmente, a medida que mi información iba en aumento, mi interés por las granjas se convirtió en un entusiasmo que cuidaba de ocultar. No estoy seguro de por qué dominaba mi entusiasmo; una natural reticencia es la explicación parcial, pero también temía que mi madre pudiera resentirse de que yo asumiera demasiado bruscamente la administración, dejándole a ella sin nada que hacer. La verdad es que había sido ella misma la que en otro tiempo me había hecho comprender la necesidad de que lo hiciera en el futuro; pero el evidente orgullo con que me imponía de detalles de las granjas y tratos que ella había concertado, me inducían a ser cauto.

Aquellas primeras semanas fueron como volverse a hallar en la escuela. Mediada la mañana celebraba mis entrevistas con mamá; las suspendíamos para comer, y, antes de sentarnos a la mesa, iba a Correos, volvía a comer, y por la tarde examinaba la información que había recogido por la mañana. Generalmente se me planteaban problemas y los anotaba para consultarlos al día siguiente con mamá; mis días se hallaban colmados por entero y pasaban con rapidez. Mis visitas a Correos significaban alguna conversación con amigos y conocidos de la localidad; Mr. y Mrs. Fred Langendorf eran las únicas personas de Lyons que había estado en el extranjero, y podría haber charlado interminablemente con mis conocidos de Correos. Pero por fortuna volvieron a acostumbrarse a mi presencia, y las preguntas que pudieran haber hecho se aplazaron indefinidamente, primero, y para siempre, luego.

Tras la cena, mamá se retiraba temprano y yo intentaba enfrascarme en la lectura. En Europa había leído muy poco en inglés, pues en mi ansia de mejorar mi francés e italiano me había obligado a destinar algún tiempo cada día a una novela francesa o a periódicos italianos con los correspondientes diccionarios al alcance de la mano por lo que el placer de leer no existió allá para mí. De nuevo en casa, entre autores y libros familiares, reanude la costumbre de tragarme un volumen de novela o poesía después de la cena. Pero el hábito no volvió de inmediato. Mis pensamientos volaban a través del mar e intentaba superar la amargura que me había producido mi fallida amistad.

Que había hombres y muchachos que condescendían a ciertos actos entre sí como sustitutivo de los placeres con el sexo opuesto, no era una novedad para mí. Tanto en la escuela como en el colegio era cosa sabida que ciertos muchachos habían dejado que su amistad derivara hacia ciertas formas de

placer físico. Pero eran o habrían de ser con el tiempo «hombres tarados», y creo que durante cada año de mi estancia en la escuela y en el colegio, por lo menos un estudiante era expulsado. Mis camaradas de Colegio por quienes sentía admiración sustentaban la sólida creencia (a la que yo mismo me suscribí) de que el hombre debía llegar al matrimonio no menos virtuosamente que la mujer con quien iba a compartir su vida. En la Universidad había estudiantes que se jactaban de sus experiencias con prostitutas, pero yo los consideraba como seres groseros. En época más temprana, en Lyons, Leonard Vanee había sido abordado por una mujer que era, como se dice, más fea que el pecado. Su fealdad, no obstante, no había repelido a todos mis contemporáneos de Lyons. Se habrían reído entre sí sobre la «emoción» que causaba, que con algunos de los muchachos se convirtió en costumbre indestructible. Al principio les ofrecía caramelos con el fin de lograr ascendiente sobre ellos, pero en cuanto habían sucumbido, especulaba sobre su debilidad y les exigía ciertas atenciones hacia su persona, que aún hoy me hacen estremecer. Con el tiempo fue enviada al manicomio, pero no antes de que hubiese corrompido un número increíble de mis contemporáneos. Escapé a sus garras, porque debido a su fealdad huía en cuánto la veía. Leonard Vanee aceptó caramelos de ella; pero cuando ella le reveló su verdadero propósito, puso pies en polvorosa y la evitó en adelante con igual diligencia. Estoy seguro de que abordando a Leonard no se daba cuenta de la posición social de la familia Vanee, o bien de que Leonard fuera componente de aquella familia. Ésa fue también, estoy convencido, una de las causas que me protegieron.

Hasta aquí en cuanto a mi inocencia y virtud. Era un estado que existía por mi propia elección, y puede imputarse a una molestia o aborrecimiento de la fealdad. Estoy completamente seguro que de haber encontrado a una Julieta en Lyons, se hubiera despertado mi amor, o una Eloísa en Filadelfia, el romance habría entrado en mi vida en forma de apasionada experiencia... y confío que sin las consecuencias que se abatieron sobre el pobre Abelardo. En lugar de ello me había hecho aparecer como adulator y tonto a los ojos de incontables hombres y mujeres que habían basado sus feas sospechas sobre la relación que tuve con Chester Calthorp. Más desalentador era el hecho de que mi madre no hubiera aceptado implícitamente mi versión de la riña con Chester. Si yo no había conseguido engañarla, ella tampoco había conseguido engañarme a mí; sin nada en que basarse, llegaba hasta el cinismo en su consideración de mi amistad con Chester, y su falta de fe en mí me angustiaba más de lo que nunca he confesado a nadie hasta que escribí estas líneas.

No crea, Gerald, que yo fuese blando. Era duro, con la dureza de la fe que había crecido en mí mientras maduraba. Acaso «propia suficiencia» sería una denominación mejor, pero no transmite o supone mi necesidad de alguien a quien amar, y que mi madre no reconocía y, de hecho, negaba. Ya lo habrá observado en mis cartas. Estoy seguro de que exceptuando a Moisés Hatefield, Leonard Vanee y Chester Calthorp apenas he mencionado a nadie con afecto. Creo que era esto lo que podía denominarse mi química personal; y la Naturaleza, que según aprendí compensa las deficiencias, me concedió disponer de esa suficiencia o confianza en mí mismo, y por ende me hizo duro o fuerte. Esperaba también que en el momento oportuno, la Naturaleza me habría dado a alguien a quien amar para el resto de mi vida. A decir verdad, no creía así en aquel tiempo, pero sí recuerdo haber tenido conciencia de mi fuerza. En efecto, sentía que mi fuerza era suficiente para oponerme a mi madre en su actitud hacia mí, en su muda acusación respecto a mi amistad con Chester, y en su expresada imputación de que yo era frío e insensible. Unas semanas de vivir con mi madre en aquella atmósfera reformaron mi actitud hacia ella, y con el tiempo, hacia la vida. Empecé a comprender que aquella mujer, apasionada, amarga, tenía un gran encanto, ingenio, agilidad mental y un divertido cinismo, y el cuerpo de una mujer, era, en todos los aspectos, salvo en el último, muy parecida a Chester Calthorp. Lo repito: comenzaba a comprender. Pasaron meses antes de que viera la completa semejanza. Pero cuando lo hice, y cuando me di cuenta de que no podía contar con el amor y la confianza de mi madre más que en la amistad de Chester Calthorp, era ya tan fuerte como jamás lo había sido.

Entretanto, su «indisposición» continuaba, y al llegar aquí he de volver por un momento a las nuevas costumbres que me estaba formando. Como ya he dicho, me resultaba difícil concentrarme en mi lectura nocturna, y de vez en cuando salía de casa para dar una vuelta que me llevaba hasta el *drugstore*^[8], donde compraba un puro, cambiaba unas cuantas bromas con el «Doc^[9]» (2). Brown, y volvía a casa. No me unía al grupo de los amigos del Doc Brown, quienes hacían tertulia con él en la trastienda; eran más viejos que yo, y a su modo formaban una especie de club particular. Pero eran bastante amistosos conmigo y yo les correspondía igualmente, lo cual menciono como simple detalle de mi descubrimiento de la ciudad. La noche del día de paga en las minas de carbón, la mayoría de las tiendas se hallaban abiertas hasta las nueve, pero las demás noches, sólo había tres farolas encendidas en la calle Mayor después del cierre de Correos. Doc Brown siempre tenía abierto su establecimiento hasta las nueve, y a menudo iba

desde él a casa sin tropezar con ningún ser humano. Más tarde hice otra amistad, como resultado de la indisposición de mamá. El consultorio del doctor Willets, que ocupaba las dos habitaciones delanteras de su casa, se hallaba a una manzana de la farmacia de Brown, y yo sabía que sus horas de consulta eran de seis a ocho. Por lo tanto, una tarde me dejé caer por allí para hablar de mamá.

El doctor Willets pasaba de la cuarentena, y su rostro aparecía siempre perfectamente afeitado. Tenía una ancha nariz que se extendía sobre su labio superior. Su ropa era vieja, pero buena. En su consultorio llevaba siempre botinas de suave piel, pero bajo su escritorio pude ver los zapatos de gruesa suela que se calzaba para hacer sus visitas. No era natural de Lyons, pero su mujer procedía de una familia del pueblo. Había sido cirujano contratado por el Ejército de la Unión y se había instalado en Lyons después de la guerra.

Me dijo que tomara asiento, fue al despacho delantero, apagó la lámpara, volvió y cerró la puerta.

—Esto evitará que llamen a la puerta —dijo—. Pero tal vez desanime a los vendedores de la droguería. —Me ofreció un puro y se sentó en su sillón con su pipa—. Su madre va restableciéndose —dijo—. Es algo con lo que tienen que pechar las mujeres, y nosotros también, mientras ellas lo pasan. Sin embargo, parece causar más trastornos a las mujeres de familias acomodadas que a las de clases modestas. Muchas de éstas lo consideran como una bendición. No más críos. Los pobres van a través de la vida teniendo chiquillos, pero teniéndolos de todos modos. La mujer de las clases superiores, que puede permitirse tener hijos, quiere algo más de la vida. Atención. Cuidado de sus personas. Y cuando empiezan el climaterio, creen que significa el fin de su vida, el lado romántico por decirlo de algún modo. Bien, pues físicamente eso no es verdad. Pero acontece que por lo general los hombres son más viejos que sus mujeres, y se hallan fuera de combate cuando a causa de la edad la herramienta ya no sirve para ese uso. Es el hombre, pues, quien debiera preocuparse más que la mujer. Mire, le puedo citar una serie de excepciones, pero hablando en general, la mujer seguiría cohabitando si el hombre pudiese. Creo que su madre quedará bien.

—¿Por qué dice usted «creo»?

—Pues, verá... Hace casi diez años que le conozco a usted, y esto no se lo diría a cualquiera, pero usted ha sido educado de diferente manera y ha viajado por el ancho mundo. Si su padre viviera, se lo diría a él, o es posible que no tuviera necesidad de decírselo. Pero ya hace tiempo que falleció. Al

grano, pues. Una de las cosas que suelen ocurrirles a algunas mujeres durante el climaterio es que se creen que están embarazadas. No lo están, pero se convencen a sí mismas de que sí, hasta tal punto de que a veces yo mismo tengo mis dudas para convencerme de que no lo están. ¿Cree usted que su madre puede tener algún fundamento para pensar que se hallaba embarazada?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Tanto como usted, doctor.

—Bien, no tengo que preocuparme por usted. Usted tiene su sentido del humor. De acuerdo, voy a hacer de nuevo la pregunta y no quiero que me responda tan rápidamente. ¿Se entrevista su madre con algún hombre? Cuando sale, por ejemplo. No quiero decir que alguno la haya embarazado, pero si tiene un amigo, un hombre con quien se acueste, es posible que tenga alguna razón para creerse embarazada.

—¿A su edad?

—Sí, a su edad y pasada su edad.

—No creo que pudiera sucederle algo así con ninguno de los hombres que ve.

—Bien, una de las alucinaciones que tiene es la de que se halla encinta. Y no lo está. Pero ello la preocupa, y me gustaría saber si es sólo producto de su imaginación, o no. Soy médico, Robert, y no un sacerdote. No voy a rezar por ella y pedir al Señor que perdone sus pecados. Sólo deseo saber si se está imaginando todo ese asunto, y si es así, habrá de ser usted muy paciente con ella durante un par de años. Por el contrario, si tuvo relaciones con un hombre, sólo una vez, durante el año pasado, entonces no es del todo imaginación y sabré cómo tratarla.

—Ya me hago cargo.

—Las mujeres en ese estado hasta pueden imaginar que tienen un aborto. Y si quiere usted saber lo que opino, sólo entre nosotros dos, creo que su madre se acostó con un hombre. Y le explicaré por qué. En el primer momento, se mostró muy contenta de que volviera usted. Pero luego deseó que no regresara. «¿A qué tiene que venir a casa ahora?», decía. Era parte de su imaginario embarazo, pero basado en el hecho real de haberse acostado con un hombre.

—¿Y quiere usted que yo lo descubra?

—Eso es. Pero no quiero que lo intente de manera directa. No sacaré nada en limpio por medio de preguntas. Durante el climaterio, las mujeres son las mayores mentirosas que pueda usted imaginarse. Sobre cualquier cosa. Y

cuando se trata de lo que ocurre entre las rodillas y los hombros, no puede creérselas ni media palabra. Hasta de lo que dicen a un médico.

—Bien, lo intentaré.

—Haga cuanto pueda. Le ayudará a comprender a su mujer cuando se case.

Poco después de esta conversación, contraté a un agrimensor y ambos hicimos el recorrido de las granjas; interesante experiencia para mí. Cada una de las quince granjas tenía su carácter de acuerdo con la personalidad de los granjeros y de sus familias, e incluso hoy día podría escribir un libro sobre aquellos colonos y sus granjas, prácticamente de memoria. De vez en cuando los había visto a todos, pero ahora mi posición hacia ellos había variado, y ellos, naturalmente, me trataron de distinta manera. Ahora eran mis empleados y yo su patrón. Pero también llevaba mi misión secreta; estudiar a cada granjero con atención, acechando algún síntoma, cualquier señal que indicara que hubiera sido el amante de mi madre. Al final, tuve la satisfacción de pensar que si la teoría del doctor Willets tenía alguna consistencia, el afortunado hombre no se hallaba entre los colonos. Al volver a Lyons tras mi recorrido de dos semanas, se lo manifesté así al doctor Willets. Mis palabras le divertieron tanto como le complacieron.

—Está bien —dijo—. Los hemos eliminado pues, aunque debiera haberle advertido que no deseaba saber quién era. Solamente si había o no alguno. Si lo encuentra, no se considere obligado a decirme quién es. Si lo hace, me lo reservaré, pero no lo creo necesario. Y bien —prosiguió— ya que usted ha sido tan sincero conmigo, yo voy a serlo con usted también. A veces durante este período del climaterio se perturban tanto que una de cada quinientas se suicida. En mis años de práctica tuve dos que se suicidaron, aunque una de ellas se estaba muriendo de cáncer, por lo que no es un caso típico. ¡Hay tantas cosas en la mente humana que no conocemos! El efecto del espíritu sobre la materia, lo llamamos. Algunas personas enferman sin motivo alguno. Otras, con todos los síntomas de que debieran morir sanan. Una mujer pasando su *climaterio*^[10] es para nosotros un perfecto sujeto de estudio, pero desgraciadamente nadie tiene tiempo, y las mujeres o no pueden o no quieren decir lo que pasa por sus mentes. Yo sólo soy un médico rural, lo que quiere decir que nunca duermo bastante, pero a veces, cuando conduzco mi tartana con la vieja *Betsy* enganchada y espantando las moscas con su cola, pienso para mis adentros en lo mucho que podría hacer si dispusiéramos de cuarenta y ocho horas por día en vez de veinticinco. Siempre le digo a mi mujer que en mi día hay veinticinco horas. Añado una hora extra por las veces que duermo

con los ojos abiertos mientras mis pacientes me cuentan por tercera o cuarta vez lo que les aqueja. Pero si dispusiera de tiempo me gustaría establecer un registro de los casos en que la mente convierte en mentira a la química de nuestro cuerpo, sólo los casos que acudieron a mí. Me parece que todo médico tiene esa idea. Pero el terreno más fértil en el que puedo pensar es el de la mujer pasando el climaterio. La pausa de las menstruaciones. La pausa engañosa, que decimos. Criaturas sin coito. Cópula que no se ha producido nunca. Hinchazón del vientre. Pechos sensibles. Abortos. No podría usted creer lo que la imaginación puede hacer a las mujeres en tales épocas. Los celos, hasta el punto de acusar una mujer a su marido de tener relaciones con una hija joven. Y asesinato. Sólo mencionaré a aquella mujer de Johnsville..., ¿cómo se llamaba? Mató a su marido con un hacha hace dos o tres años. No me llamaron, pero la vi en el despacho del juez. Tendría unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años. Una mujer de aspecto saludable. Ninguna razón para descuartizar a su marido, pero lo trincho mientras él dormía... y ella no podía recordar nada sobre el particular. No podía siquiera creerlo cuando la detuvieron. Era un caso extremo, pero le apuesto a usted que tenía esas alucinaciones producidas por el climaterio. Lo que no fue óbice a que le pusieran la soga al cuello... Pero yo no creo que fuera responsable. Bueno, no quiero decirle con esto que atranque usted su puerta cuando vaya a dormir por la noche. Pero es una época difícil para su madre, y tiene que ser usted paciente con ella. Es una mujer tan magnífica como la mejor que podamos tener en esta ciudad... Cuénteme algo de Roma. Siempre deseé ir allí. Ya sabrá usted que los italianos son estupendos médicos.

Traté de persuadir a mi madre de que se trasladara a la orilla del mar durante la parte más calurosa del verano, pero fue un error, y debiera haber sabido que lo sería. Una vez por año, en noviembre, pasaba una semana en Filadelfia, compraba ropa y regalos de Navidad, asistía a la Opera, hacía visitas de cumplido a familiares y visitaba a sus pocas amigas. Mi bienintencionada sugerencia de qué pasara una temporada en la orilla del mar podría haber sido una buena defensa contra la canícula, pero fue rechazada de mala manera.

—¿Por qué tratas de zafarte de mí?, —dijo mamá.

—No trato de zafarme de ti. Yo mismo desearía hacerlo.

—¿Y por qué no lo haces entonces?

—Las granjas. Quiero estar aquí para la trilla.

—Lo trillan todo a la vez. No puedes estar en todas.

—No lo trillan todo a la vez. La misma semana sí, pero en una semana puedo visitar muchas granjas.

—Si lo que tratas es de demostrar que eres mejor administrador de lo que fui yo, estoy segura de que me importa poco. Pero si deseas librarte de mí, no emplees tales subterfugios que se ven a la legua, Robert. Dilo sin ambages ni rodeos.

Contuve mi lengua. El doctor Willets, a quien ahora visitaba yo dos o tres noches por semana, opinaba que no empeoraba y por lo tanto podía considerarse como mejoría. Era un hombre agradable, buena compañía a pesar de la diferencia de nuestras edades. Parecía pensar que mis años de escuela y universidad y mis meses en el extranjero habían hecho de mí más hombre de mundo de lo que yo mismo creía, y sabía que esperaba nuestras charlas de la noche con tanto deseo como yo. Una vez dijo que conversaba íntimamente con veinte o treinta hombres y mujeres por día, pero que apenas una persona le preguntaba cómo se encontraba él, aparte de lo que pensaba, siendo la deducción desde luego que se lo preguntara o cuando menos le dedicara cierto interés como ser humano. A veces, cuando me quedaba hasta más tarde que de costumbre, su esposa nos servía cacao y pan tostado con mantequilla, o limonada y pastelillos, y en varias ocasiones le acompañé hasta medianoche mientras esperaba le llamasen para un parto.

—¿Tuvo usted alguna vez inclinación hacia esto?, —me preguntó una noche, señalando con un ademán de su mano la vitrina con el instrumental y la mesa de auscultación.

—No, nunca, ¿por qué?

—Me lo preguntaba. Si quisiera, aún no es usted demasiado viejo para empezar. Tuve un amigo que fue a la Escuela Normal, luego enseñó durante tres o cuatro años, ahorró, y estuvo en mi clase en la Facultad. Buen médico. Ejerce en Williamsport. De vez en cuando tengo noticias de él.

—¿Cree usted que yo habría sido un buen médico?

—Pues no lo sé, Robert. Creo que cuando menos no la acostumbrada clase de médico. ¿Recuerda usted lo que la dije sobre registrar casos que mostraran el poder del espíritu sobre la materia?

—Lo recuerdo.

—Bien, lo que a usted le privaría de ser un buen médico, como lo soy yo, pongamos por caso, es que gastaría usted demasiado tiempo con un paciente y nunca tendría hecho su trabajo. Pero ello sería beneficioso para otra especie de médico. Siempre hay esta cuestión de ganarse la vida de por medio. Yo no puedo detenerme ya, con una mujer y tres chiquillos y una madre anciana.

Pero usted sí que podría ser esa clase de especialista. Sin embargo, creo que pasaría usted sus malos momentos haciéndolo. Algunos médicos no le ayudarían. Es una profesión curiosa. Cada paciente que tratamos es un experimento en cierto sentido. O bien tiene los síntomas clásicos y responde al acostumbrado tratamiento, confirmando así pasados experimentos, o es insólito, y hemos de probar todo lo que conocemos. Pero la profesión no gusta de médicos experimentadores, y esto es lo que sería usted. Una innovación. Nunca hemos sido muy receptivos a las innovaciones o a los innovadores. Lo cual es una desgracia para personas que han sufrido y muerto sin, pongamos por caso, cloroformo. Pero por otra parte, los innovadores han de ser vigilados. De no pesar ciertas restricciones sobre ellos, se desplazarían y causarían mucho daño. El peor daño que podrían causar es socavar la confianza de las personas. Se irían a los charlatanes, curanderos y curas y no protestarían si fracasaban. Pero cuando una persona acude a un médico tiene el derecho de depositar su confianza en él y en métodos conservadores. Así, pues, como de costumbre, hay los dos lados de la cuestión. Sin embargo, me gusta ver que algunos jóvenes con vocación y dinero ingresen en la profesión. Pero usted, no. Usted no tiene vocación, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Entonces quédese donde está. Podría usted causarse gran perjuicio, así como a la profesión médica. Moriría usted de un colapso en el corazón y sería un gran tropiezo para los innovadores que creen en lo que están haciendo. No es lo mismo que intentar ser un artista. Si se fracasa, sólo se perjudica uno mismo.

—Supongo que no.

—Usted podría ser cirujano. Tiene manos para ello. Pero he visto hombres con manos como las suyas y que eran muy torpes con el bisturí. Las manos de un cirujano están anquilosadas si el resto no se encuentra allí. El corazón, el conocimiento, el dominio.

—Comprendo perfectamente lo que quiere usted decir.

Un pintor amigo mío me decía lo mismo sobre la pintura. Lo interesante sobre él es que sabía mucha medicina.

—¿Ah, sí? Entonces probablemente le dijo a usted que era pintor en lugar de cirujano porque se daba cuenta de que un torpe pintor puede borrar sus errores. Pero no resulta muy bonito ver cómo se desangra un hombre porque uno es torpe con el bisturí.

—No, no me dijo eso.

—Bien, quizá porque no le daba mucha importancia. Está mejor como pintor. Y así es el mundo.

Me consoló singularmente la crítica de Chester Calthorp por el doctor Willets, y me hizo percatarme de la distancia en millas y en tiempo que me separaban ya de Chester. Que con mi madre, las granjas y el doctor Willets, hubiera llenado mi vida hasta tal punto que de existir una llaga a tocar, la habría tocado sin sentir dolor. Había pasado casi exactamente tanto tiempo desde que viera por última vez a Chester como el que duró mi viaje por el extranjero. Ya casi había pasado un año desde que abandonamos juntos Filadelfia, el año más recargado de mi vida hasta entonces. Intuitivamente, admitía, o lo pretendía quizá, que yo era un hombre feliz. Pertenecía a esta tierra, aquí tenía lo mejor que pudiera tener en parte alguna. Y con una nueva esperanza que no nacía de la desesperación y de la soledad, podía mirar al futuro, pacientemente dispuesto a amar y a ser amado.

* * *

Los siguientes lotes de material referentes a Robert Willhouser llenaban casi trescientos pliegos, con recuerdos de Lyons, descripciones de las granjas y tierras madereras y detalles de las transacciones que apoyaban su fe en sí mismo como hombre de negocios. De sus relatos se desprendía que era inteligente y espabilado, y las cifras mostraban el logro, por cuanto añadían a las ganancias y pertenencias de la hacienda. En mi primera lectura de este material pensé que si describía tan prolijamente sobre negocios era debido quizá al hecho de sentirse orgulloso por haber duplicado el éxito de su padre. El lector recordará que Henry Millhouser, aunque comenzara tarde, había restablecido la fortuna de la familia a pesar del caótico estado en que se hallaba tras el asesinato del juez Peter Willhouser. Pero en este informe de trescientas páginas, que abarcaba también un período de cerca de cinco años, apenas se hacía una mención a las relaciones de Robert con su madre, y le escribí una nota en la que le hablaba en tono cumplido del material que me había enviado, preguntándole si sería conveniente interrumpir su historia con una carta que completara aquella parte de su informe sobre su madre. Sospeché que me estaba apartando sutilmente de esta parte de la historia y mi nota le hirió. Me respondió fríamente que si me reservaba el derecho de tratar el material como me pareciera, él también se reservaba el derecho de contar la historia a su modo. «Sin embargo, puesto que pide usted la información, se la daré. Mi madre recuperó su salud por completo, y aunque no puedo decir que nuestras relaciones fueran cordiales, el mutuo respeto y comprensión nos llevaron a un arreglo muy aceptable», escribía. «Pero debo pedirle que en el futuro no impida el libre curso de mi historia tal como la cuento». No era una respuesta satisfactoria, y escribí una segunda nota en la que se lo dije, pero la rompí. Era evidente que Robert Willhouser, por muy cándido que fuera en su autorrevelación, se hacía cada vez más renuente a decir más de lo que había dicho jamás a nadie. Por lo tanto, volví al método novelesco que había empleado antes, lo que hacía mi trabajo más difícil, puesto que a menudo suponía escarbar entre cientos de páginas de desatinado material para extraer un simple hecho esencial, pero evidentemente mi curiosidad (si no mi «compasión» un

tanto menguante) fue mayor que mi impaciencia. Continúo, pues, siguiendo el método novelesco. —G. H.

Al llegar el otoño de aquel año (1878). Robert Millhouser recibió, complacido y sorprendido, la invitación de formar parte del consejo de directores de la Feria de Johnsville. La invitación llegó demasiado tarde para que su nombre fuera incluido en los folletos de la Feria o para que pudiera tomar parte activa en los preparativos, pero tenía un valor sentimental debido a que Henry Millhouser había formado parte del Consejo original antes de la Guerra Civil, y la Feria se reanudaba ahora después de diecisiete años de suspensión. Además, era una muestra de reconocimiento a la posición que Robert podía tener y se esperaba ocupase en la comarca. Los hombres de Johnsville eran mayoría, y los representantes de las ciudades vecinas fueron cuidadosamente seleccionados de entre los cuadros de los comerciantes, industriales y profesionales principales. Robert Millhouser era por lo menos diez años más joven que cualquier otro consejero, pero evidentemente había causado buena impresión durante el corto tiempo que había pasado en Lyons.

—¿Tiene usted que ver algo con ello?, —le preguntó al doctor Willets, que era otro de los directores.

—Ciertamente —le respondía el doctor Willets—. Dije en una reunión que ésta era una Feria rural, proyectada para proporcionar nuevas perspectivas a los granjeros, y ¿por qué, en consecuencia, no se ponía a un verdadero granjero en el Consejo, en vez de comerciantes, abogados y médicos?

—¡Ah! Ya comprendo.

—No, no lo comprende usted. Se nombraron otros granjeros, y todo cuanto hice fue sugerir su nombre. Yo solo no hubiera podido elegirlo a usted. Los otros de Lyons estuvieron de acuerdo conmigo. Empieza usted a ser muy apreciado en la ciudad, Robert. Acaso porque no ha intentado usted serlo. Sólo pasear y ocuparse de sus asuntos.

—Bueno, admito que me gusta ser apreciado, pero quiero seguir ocupándome de mis asuntos. No deseo ninguna clase de vida pública.

—Quiere usted decir que tenga que ver con la política.

—Eso es.

—Los políticos no le molestarán a usted. Págueles su contribución y déjeles hacer el trabajo sucio.

—Ni siquiera les he pagado una contribución hasta el presente.

—No se preocupe, ya irán a verle cualquiera de estos días.

—Bien, me gusta que me hayan elegido, pero es la última cosa pública que haré.

—Está bien. Pero debiera usted tomarse algún interés en las cuestiones de la Iglesia, y sé que el Banco desea que forme usted parte de su Consejo. Si vota usted por su propio capital y por el de su madre, será usted muy fuerte aquí.

—Más tarde, acaso. Pero en cuanto a la Iglesia respecta, eso es política para mí. Les pagaré una contribución para que me dejen en paz.

—Bien, hay una serie de cosas en las que puede usted intervenir si siente usted interés por ellas. Es usted licenciado y tiene una holgada posición. Usted no sabría decir que no a todo; y por otra parte no querría hacerlo. Ésta es su ciudad.

—La Feria y acaso más tarde el Banco. Otra cosa, no.

—Me gustaría verle a usted en la masonería.

—No sé mucho sobre los masones, pero no creo que me una nunca a ellos. Mi padre era luterano.

—También hay luteranos entre los masones.

—No de la clase de luterano que era mi padre. Ningún Millhouser fue nunca masón. Lo sé.

—Bien, no hablemos más de ello.

—No quise ofenderle a usted.

—Nunca volveré a mencionar el tema, y comprendo sus sentimientos —dijo el doctor Willets—. Debería usted pensar en contraer matrimonio.

—Ya pienso en ello.

—¿No ha encontrado la muchacha apropiada?

—No he encontrado ninguna, ni apropiada ni impropia.

—Bien, supongo que en la ciudad abundan más las propias que las impropias. Apropiadas para usted, quiero decir. No me refiero a su moral. Su padre se fue a Irlanda a elegir una, y por cierto que eligió una buena.

—Que yo sepa, no tuvo que ir hasta Irlanda. La conoció en Filadelfia.

—Bueno, después de la cosecha puede usted ver si tiene la misma suerte. Tiene mucho tiempo entonces.

—Ya había pensado hacerlo. Por cierto, ¿cómo está mi madre?

—Libre de cuidado. Ya se ha librado de esa criatura imaginaria. Se ha evaporado, y la criada, Margaret..., bueno, usted no desea que le hable sobre cuestiones de mujeres, pero su madre está en el buen camino. ¿No ha observado usted una mejoría?

—Pues, sí, pero no fiaba en mi opinión.

—La ha tratado usted acertadamente. Pacientemente, no la perjudicó. —
Quedó silencioso. Se le había apagado el cigarro y, quitando con un golpecito
la ceniza de la parte superior, lo volvió a encender—. Hubo un hombre
Robert.

—¿Lo hubo? ¿Y cómo lo ha descubierto usted?

—Verá, tuve que hacer de detective.

—Yo no tuve mucho éxito, ¿no es así?

—No creo que lo quisiera.

—¿Quién fue?

—Oh, no se lo diría a usted aunque lo supiera.

—Pero si usted me dice algo, casi puedo imaginármelo, ¿no es eso?

—No de la manera en que se lo diré. No estoy chismorreando. Sólo estoy
contándoselo, de manera que pueda ser un alivio para su espíritu y para el de
ella.

—¿Es un hombre de Lyons?

—No lo creo, pero no pienso responder a más preguntas. Sólo le diré que
ha cohabitado con un hombre hará justamente cosa de un año, no más.

—Me pregunto quién diablo sería.

—Bien, ahora que sabe eso, es posible que lo descubra. Pero, ¿por qué
desea saberlo?

—No lo sé.

—Le diré cómo lo supe yo. Estaba seguro, según recordará.
Completamente seguro. Así que me lié la manta a la cabeza y le dije en una
ocasión: «¿Cuánto tiempo después de su período tuvo usted relaciones con
ese hombre?». Y ella respondió sin pensarlo: «Cuatro o cinco días». Entonces
se dio cuenta de que le había tendido una celada. No lo volví a mencionar la
próxima vez que la vi, pero la segunda o la tercera vez le hice la misma
pregunta. «Ya se lo dije —me respondió—, fue unos cuatro o cinco días
después». Entonces le pregunté con la máxima naturalidad: «Sí, pero ¿fue la
única vez?». Y ella respondió que sí, que fue la única vez y que esperaba
fuese la última. Bien, tuve que hacerle entonces otras preguntas y las
respondió. Normal. Sin nerviosismo. Y me estaba diciendo la verdad.

—Me pregunto quién sería. Y dónde.

—Bien, no sé quién fue, pero creo que fue en su propia casa. Algo había
ocurrido allá que la hizo ceder. Me parece que ocurrió así, Robert, y debe
usted recordar que no es usted su marido. Sólo es el hijo. No se preocupe
sobre el particular. No le dé a entender nunca que lo sabe usted. Está sola en

el mundo aparte de usted y ha sido una buena madre para usted. No olvide que ha llevado una vida muy solitaria.

—Ya lo sé.

—Además, le daré a usted un consejo médico por el que no le pasaré factura. Si alguna vez muestra algún interés por un hombre, aliéntelo usted. Con el hombre apropiado aún podría disfrutar unos buenos años. Y no le digo nada que no le hubiera dicho a su padre de usted. Tenían una gran diferencia de edad, y, sin embargo, no creo que existiera para ella otro hombre mientras su padre vivió.

—No, supongo que no.

—Usted no tiene que suponer. Usted lo sabe.

—Lo sé —dijo Robert.

De cuando en cuando, en el transcurso de sus conversaciones, el doctor Willets hablaba semipaternalmente y semiprofesionahnente, como en esta entrevista, y Robert halló que le gustaba cuando el doctor asumía el papel paternal. La buena educación y cortesía de Robert solían poner al joven y al médico de mediana edad en un plano de igualdad; pero en cuestiones que pertenecía a su profesión, el doctor hablaba *excathedra*, recordándole a Robert en tales ocasiones a su padre. Los hombres eran distintos, pero había algo del sosegado convencimiento de Henry Millhouser en los pronunciamientos y *obiter dicta*^[10a] del doctor Willets. En un espacio de tiempo muy breve, Robert había hallado un hombre de ideas tan dispares para ocupar el puesto de Chester Calthorp, y no dejaba de apreciar el significado del hecho de que si el doctor Willets no había cambiado, tampoco Chester Calthorp había cambiado; el cambio se estaba produciendo en sí mismo.

La Feria de Johnsville era una empresa modesta, y a pesar del apoyo de algunos ciudadanos principales del valle, había oposición por parte de la gente de iglesia, quienes ponían reparos a las ruedas de la fortuna, las carreras de caballos y la cervecería. Los clérigos se contenían en hablar contra la Feria debido a que los hombres prominentes de su consejo directivo eran los más respetables feligreses de las más prósperas Iglesias. Sin embargo, los ministros y sus más activos voluntarios reservaron sus bendiciones y se mantuvieron apartados^[11]. Robert Millhouser pidió a su madre que le acompañara el día de la inauguración, y al declinar ella, observó que esperaba que no estuviera atemorizada por el reverendo Emil Betz.

—¿Atemorizada por esa criatura? ¿Cómo te atreves a decir una cosa así?

—Bueno..., es que es uno de los del grupo anti-Feria.

—En ese caso iré encantada contigo —respondió Zilph.

—Si tuviera una tartana de ruedas grandes habría presentado a la yegua perla para la carrera.

—¿Dejarían participar a uno de los directores?

—No conduciría yo, sino Moisés.

—¿Y cuándo cuesta una de esas tartanas?

—Sé dónde se puede conseguir una por setenta y cinco dólares.

—Cómprala.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro. No ganaremos, pero enseñaremos los dientes a la gente de la iglesia. Y el año próximo donaré un trofeo a la memoria de tu padre.

—Creo que les gustaría más un premio en metálico.

—Muy bien, un premio en metálico entonces. ¿Cincuenta dólares, por ejemplo?

—¡Oh! Es más que suficiente.

La yegua perla, conducida por Moisés Hatefield no ganó, pero la carrera fue para Zilph el punto culminante de la tarde que pasó en la Feria. Era en día de canícula y Robert estaba preocupado por su madre; el único resguardo lo ofrecían los pabellones de exposición. Pero a Zilph parecía tenerle sin cuidado el sol que caía a plomo, y a pesar de la pobre demostración de su caballo se mostró tan entusiasta que las personas próximas la miraban a ella en vez de a la carrera.

—Podía haber *vensío* a esos *caíanos*, si *señó* —dijo Moisés—. Pero no quise *matá* al mío derrotando a una *partía* a uno cualquiera.

—Hiciste bien, Moisés —dijo Zilph—. El año siguiente venceremos a cualquiera que se presente.

—No, señora. Yo no voy a *hasé* que la perla vuelva nunca a *corté* con tanta prisa.

—No estaba hablando de la perla. El señorito nos encontrará un ganador.

—¿Yo? Pues me parece que sí.

La aparición de Zilph en la Feria y el rumor rápidamente extendido de que pensaba establecer una cuadra de carreras (y no se detenían aquí, diciéndose también que los Millhouser tenían intención de instalar una decimosexta granja para la cría), surtió el efecto, que ya se había previsto, de revivir algunos de los antagonismos contra ella. Por otra parte, ella y su hijo habían tomado parte activa en una empresa de la comunidad y de la noche a la mañana cesaron de ser la remota y orgullosa pareja que miraba literalmente por encima del hombro a Lyons, desde la altura de su casona situada en la ladera de la colina. Se pidió a Zilph que patrocinara la Congregación de

Lyons, y ella aceptó; Robert había heredado de su padre la calidad de miembro, aun cuando tanto su padre como su madre nunca hubieran asistido a las reuniones. Apenas podía decirse que Lyons estaba experimentando una transformación total, pero la ciudad se acercaba a su centenario y su carácter se hallaba fijado; había progresado de un apartadero y postas al paso a una estación terminal de dos líneas de ferrocarril, ya centro de mercado y banca para las minas de carbón y las granjas, y emplazamiento de varias factorías. Dos de los edificios de un piso de las calles Mayor y del Mercado estaban siendo remplazados por otros más elevados. Había varias familias de la tercera generación en la ciudad y cuando menos una docena de hombres poseían trajes de etiqueta. Los Langendorf eran la familia más antigua, pero el hecho de que fueran tan cabalmente gente de Lyons y faltos de contraste con otras familias de la ciudad, les hacía inelegibles para la posición que quedaba abierta a los Millhouser. Tal posición se hallaba abierta o ya ocupada en cientos de ciudades y pueblos situados entre el Hudson y el Mississippi en los Estados del Atlántico Central y en los del Medio Oeste. La posesión de dinero era un requisito básico, pero su imaginativo empleo en lujo era el factor que situaba a unas familias aparte de otras que poseían dinero también, vivían confortablemente, pero no sentaban ningún estilo. En las postrimerías de los años setenta Lyons descubrió que los Millhouser eran la única familia de la ciudad que podía compararse a los fabulosos Caldwell de Fort Penn, de quienes se decía que dirigían el cotarro social de allá de tal modo que cada nuevo gobernador los invitaba a cenar durante la primera semana de su administración, esperando luego —a veces por siempre— que los Caldwell le correspondiesen. Los Caldwell eran más ricos que los Millhouser y estaban más firmemente establecidos en Fort Penn que los Millhouser en Lyons, pero la comparación era apropiada. Sin embargo, había un poco más de exotismo en los Millhouser, que operaba en favor de ellos en cuanto a estilo y postín: Zilph era una extranjera no inmigrante, de quien se decía que era hija de un sir John cualquiera. (Lo cual era inexacto; la tía materna de Zilph fue la esposa de un noble, y el rumor se originó en Correos, donde no pasaron desapercibidas las cartas que Zilph dirigió a lady «X», en Belfast. No habría importado mucho decir a los hombres y mujeres de Lyons que el sir John y la lady de Zilph eran una pareja ya anciana y sin postín alguno, y que debían el título a los abstrusos descubrimientos de sir John en el campo de la astronomía; nadie más en Lyons, ni probablemente en Fort Penn se hallaba tan estrechamente vinculado a un Sir y a una Lady). También Robert Millhouser había adquirido, sin ganarla, fama de figura en la sociedad

européa y en los círculos artísticos. Debía su fama a Margaret Dillon, a la que Zilph había leído algunas veces fragmentos de las cartas que le escribía Robert desde el extranjero.

Y así fue como Zilph y Robert Millhouser fueron encumbrados a la posición de reconocidos árbitros o creadores o definidores de estilo y elegancia, de distinción, en fin, para Lyons y el valle. Zilph y Robert no habían cambiado; el cambio se había producido en el mismo Lyons. Ello no quiere decir, no obstante, que Zilph y Robert ignorasen la nueva categoría que se les había conferido. Tampoco podían pretender que no les agradaran y divirtieran las invitaciones que recibían. Zilph las declinaba, como siempre lo había hecho, pero Robert hizo su aparición en un par de reuniones, asistió al banquete anual de los directores de Banco y esposas, acudió a la inauguración del nuevo andén de la estación, y prácticamente por unanimidad fue enviado a Fort Penn para representar a Lyons en la toma de mando del nuevo gobernador. Todas esas actividades, que cubrían un período de tres años, hicieron un tanto más agradable la vida para Robert. En cuanto a Zilph, respondía a las sonrisas e inclinaciones que durante muchos años sólo habían sido inclinaciones; y en el establecimiento de MacMahon y otros de la ciudad solía charlar tanto con los clientes como con los dependientes. Todavía no admitía a las mujeres de la ciudad en su casa o en su intimidad, pero la nueva cordialidad que expresaba la nueva admiración también le era agradable.

—Indudablemente, es un error decir a una ciudad entera que se vaya al cuerno —observó Robert—. Pero ellos me pusieron el sambenito a costas cuando vine a vivir aquí. Ahora, cuando intentan lanzar alguna chinita con guante blanco, les contesto con una sonrisa pretendiendo que no sé a qué se refieren y ello la sitúa en su lugar.

Robert rehusó tomar parte en actividades políticas o de la Iglesia. En las reuniones del Banco o de los directores de la Feria presentaba pocas sugerencias, pero hacía cuantas preguntas le eran necesarias para su mejor comprensión de los asuntos. En consecuencia, sus sugerencias eran favorablemente recibidas, y puesto que nunca implicaban serios cambios de política, eran puestas en práctica y tenían éxito.

—Caballeros, ¿saben ustedes quién debiera formar parte de este consejo y no está, y es nuestro mayor competidor?, —preguntó a los directores de la Banca un lunes por la tarde—. Jeremías MacMahon.

—¿Jeremías MacMahon? ¿Nuestro mayor competidor?

—Jeremías MacMahon tiene por clientes a los mineros. Un minero abre una cuenta en el establecimiento de MacMahon y lo primero que hace el día

de paga es ir a cancelarla. Pero no va sólo a pagar lo que debe a MacMahon, sino que le confía sus ahorros. Tiene confianza en él. Sé de varios que lo hacen así para poder traer a su mujer del Viejo Mundo. Confían, pues, en MacMahon y a nosotros ni siquiera nos conocen.

—MacMahon es imponente nuestro. ¿Dónde guarda ese dinero?

—No lo sé. En su cuenta, probablemente. Pero éstos son hombres a quienes MacMahon ha enseñado la costumbre de ahorrar. Cada uno de ellos debería imponer su dinero aquí.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—Por mi madre. Hasta tenemos una criada que mete sus ahorros donde MacMahon en vez de hacerlo aquí y percibir interés.

—Bien —dijo el director—. Eso compete a Fred.

Fred Langendorf era el presidente del Banco.

—No tengo nada contra Jerry —dijo—. Los competidores no nos hacen enemigos. A mi modo de ver no hay otro hombre como Jerry MacMahon en la ciudad.

—Sí, pero ¿queremos un católico en el consejo?

—Si no, estamos expuestos a ver un Banco católico en la ciudad y a Jerry de presidente de él —replicó Langendorf—. Tomaré en cuenta una proposición para elegir a Jerry a este consejo, y otra para recomendar a Robert Millhouser.

La elección de Jeremías MacMahon fue seguida por la apertura de más de cincuenta cuentas nuevas en una semana y casi por otro tanto en el curso de seis meses.

—Es lo más estupendo que me ha pasado desde que abrí mi establecimiento, Robert, y sé que te lo debo a ti —le dijo MacMahon a Robert—. Fred Langendorf te atribuye todo el mérito de ello. Sí, en efecto, Fred me dijo que fue idea tuya el que me invitaran. No lo olvidaré mientras viva.

Fue en aquellos años cuando se creó la opinión acerca de Robert Millhouser que pasó al siglo siguiente: lo de un hombre que podía vivir en cualquier parte y había preferido Lyons; un hombre tímido que podía pasar en un instante de su reservado continente a los más corteses modales; un buen hijo para una madre fogosa; un próspero hombre de negocios que no era un tacaño; un hombre de quien podía aprenderse en cuestiones de trato social; y, por fin, un hombre que era un excéntrico porque no era como los otros de la ciudad, y que, sin embargo, desafiaba todo intento y esfuerzo de ser clasificado como raro a través de cualquier apariencia, palabra, conducta o historial. Tal era la opinión sobre Robert Millhouser en su madurez, y como

regla general, tales opiniones no cambian. Lyons había cambiado de opinión acerca de su madre, pero para muchos de los ciudadanos era aún una recién llegada, y lo seguiría siendo, con toda indiferencia de la estima en que pudiera tenérsela. Y en el ínterin los Millhouser seguían adelante, viviendo sus vidas, cada vez menos divertidos o preocupados por su puesto en el plano social de Lyons, ocupados en sus rutinas cotidianas, haciendo transacciones cuando era necesario y tratando de evitar la necesidad de hacerlas. Habían sido situados en un puesto que era más o menos su propia creación, y sin los sutiles trastornos que les hubiese causado el hecho de no encajar, podían olvidarse de Lyons. Y Lyons, lentamente, podía olvidarse de ellos. Una vez clasificados, cesaban de ser un problema para Lyons, y Lyons para ellos. Pero había otros problemas, los suyos propios.

Muchos años después de que el doctor Willets participara su descubrimiento a Robert Millhouser, éste no pudo evitar recaer en la curiosidad que el asunto amoroso de su madre había despertado en él. Semanas y meses pasaron sin que intentara descifrar conscientemente el misterio; pero de pronto, cierto día su madre le dijo:

—Ya te dije que es grosero mirar fijamente.

—¿He estado mirando fijamente?

—Durante diez minutos. Y todavía es más grosero clavar la vista sin mirar. ¿Es el misterio de la esfinge lo que intentas descubrir?

—Lo siento. No me hagas caso. Estaba a treinta millas de aquí, en la granja Lindemuth.

—Me parece muy bien que pienses en la granja de Lindemuth, pero yo no soy un fardo de heno.

Pero si no podía soportar la mirada fija, frecuentemente era ella quien lo hacía. Algunas veces en que él había ido a su habitación y él recordaba a mitad de camino que había olvidado algo, al volverse, la había sorprendido con una manifiesta expresión de perplejidad. Robert solía decirse por lo general que se sentía feliz con ella, excepto cuando le recordaba accidentalmente que hasta sus mejores relaciones eran necesariamente incompletas y que si había de haber alguna solución a este problema, debía de resolverlo por sí mismo. No le molestaba la mirada fija de ella porque fuese «grosera» o porque denotara su desconcierto; su desasosiego era debido a que le recordaba, sin proponérselo, su estado de célibe.

No era insólito que un hombre de su situación permaneciera soltero. En las clases elevadas especialmente, habían solteros que se enorgullecían de su celibato, que parecía pregonar una serie de victorias sobre la femina y sus

estratagemas. Dejando aparte a los hombres repelentes a los que no les gustaban las mujeres, había muchos, tanto en la clase elevada como en la media que preferían lo que llamaban la «bendita soltería», sus pipas, puros y *whisky*, sus casas dispuestas para su comodidad, su libertad, y disfrutar de las mujeres y del placer a voluntad. Es lo que se decía muchas veces Robert Millhouser. Pero a solas con la verdad, admitía que los hombres que en su treintena hablaban de su libertad pertenecían a dos grupos: aquéllos en los que confiaba, los que tenían mujeres al par de sus pipas y puros y su *whisky*, y aquéllos en los que no confiaba, los que no tenían mujeres. En Lyons había un profesor de piano, un empapelador, un dependiente de Langendorf, y un contable en el Banco, quien también se ganaba una modesta pitanza haciendo letreros e invitaciones, todos los cuales se hallaban en su treintena y en su cuarentena y seguían solteros. Eran también los únicos hombres de Lyons que le llamaban Bob, y el profesor de piano hasta le llamaba Bobby. (Unas cuantas muchachas de su edad y sus madres le llamaban a veces Bobby, pero en casa siempre había sido Robert, y Leonard Vanee, el último contemporáneo que le había llamado Bobby había muerto hacía tiempo). Eran hombres que no deseaban mujeres, y lo sabía sin preguntarles. Nunca había pensado en ellos como en un grupo homogéneo hasta pocos años después de su regreso a Lyons y el comienzo de la perturbadora perplejidad de su madre. Cuando trataba de justificar su celibato a los fríos ojos de ella, sólo encontraba a un profesor de piano, un empapelador, un dependiente de ultramarinos y un pendolista *spenceriano*^[11a] en un grupo de los solteros, y un vigilante de noche, un guarda freno del ferrocarril y un crapuloso veterinario en el otro. Sabía que su madre lo colocaría en el primer grupo, pero no deseaba ser colocado en ninguno de los dos. Sí, no quería pertenecer a ninguno de esos grupos. Pero un lunes por la tarde, de camino hacia su casa, tropezó con el contable, quien le saludó diciendo:

—¿A casa ya, Bob?

—Sí.

—Le acompañaré parte del camino.

Durante tres lunes sucesivos el contable esperó a Robert. Normie Vogel, que así se llamaba, era un hombre fornido, que rondaba ya los cuarenta, y vivía en compañía de su madre y tres hermanas en el sector que limitaba una manzana antes de la finca Millhouser. Se mostró cuidadosamente inocuo durante las conversaciones; y Robert, por su parte, imprimió un paso tan vivo a su andar que Normie estaba sin aliento cuando se despidieron, pero no tan falto de resuello como para que el tercer lunes no invitara a Robert a entrar en

su casa para que echara un vistazo a un trabajo que había ejecutado para el campamento del Gran Ejército.

—Está hecho sobre auténtico pergamino y me ha llevado más de dos meses —dijo Normie—. Tanto trabajo, y nadie se fijará en ello cuando lo cuelguen en su pared.

—Temo no disponer de tiempo, Normie.

—Oh, déjela que espere. Le hará bien esperar una vez.

—¿A quién?

—¿A quién? Pues a su madre. Yo ya acostumbré a la mía. ¿He herido acaso sus sentimientos con mis palabras?

—Profundamente.

—Será mejor que cierre el pico antes de decir más tonterías.

—Es muy buena idea, Normie. Adiós.

El siguiente limes Normie no le esperó y Robert se dio cuenta de que el profesor de piano, el empapelador y el dependiente de ultramarinos evitaban hablarle. Su sensación de alivio fue bastante para prevenirle sobre la profundidad de sus temores; Normie Vogel no había actuado por su propio impulso aquel primer lunes; él y los demás habían estado completamente convencidos que Robert pertenecía a su grupo y que respondería a la más ligera llamada por señas. Por primera vez en varios años pensó en el canónigo Lovelace y en I. Coldberg y en aquellos amigos de Chester Calthorp en Filadelfia.

El único amigo íntimo de Robert Millhouser era ahora el doctor Willets. Sus entrevistas tras las horas de consultorio se habían convertido en un hábito. Además, en otoño iban a cazar con Moisés Hatefield y el perro del médico, y acompañaba también a éste algunas veces a pescar truchas en primavera. Era una amistad que, en principio, no parecía destinada a tener éxito, pero paradójicamente casi todo abonaba en su favor. Las horas de Robert y su condición de soltero le hacían disponible durante el único tiempo en que el doctor Willets podía tomarse un descanso, y por instinto ambos preferían una limitada camaradería al gregarismo de la logia o del bar. La *esoteria* de la medicina hacía imposible la conversación profesional, pero había suficientes cosas en el mundo, dentro y fuera del valle, para proporcionar tópicos. El doctor Willets veía a personas y cosas que Robert Millhouser no veía; éste leía los periódicos de Fort Penn, que el doctor no había tenido tiempo de leer. En consecuencia, Robert sabía que el puente de Johnsville había sido barrido por las aguas, y el doctor se enteraba a su vez de que se estaba edificando un gran hotel en Fort Penn..., cosas que acaso hubiera ignorado sin su

compañero. Una o dos veces, Robert se ofreció a acompañar al doctor a una visita de noche, pero el médico le respondió:

—¿Qué haría usted? ¿Permanecer sentado, en la tartana y morir de frío, o quedarse en la cocina con la familia?

Puesto que Robert no tenía el menor deseo de ayudar a reducir una fractura o disponer una placenta, el área de compañerismo se hallaba limitada al despacho posterior del médico y a las alturas al llegar el otoño. Por lo tanto, Robert se sorprendió cuando una noche el doctor Willets le dijo:

—¿Qué va usted a hacer dentro de dos semanas?

—Pues, supongo que lo de costumbre.

—¿No irá a las granjas?

—No, esa semana no. Estaré aquí.

—Bien, se lo pregunto porque esa semana, me tomo cada año generalmente dos o tres días de vacaciones. El Colegio de Médicos del condado celebra su banquete anual, al que asisto. Y, además, tengo una pequeña propiedad en Fort Penn a la que de paso echo un vistazo. Mi mujer solía acompañarme siempre, pero este año quiere quedarse a causa el vestido de fin de curso de Mary. ¿Le gustaría darse una vueltecita conmigo? Será un cambio.

Robert no consideraba un viaje a Fort Penn como un gran cambio, pero comprendía que el doctor deseaba que le acompañase, por lo que convino con él que, en efecto, dos días fuera de Lyons alterarían la rutina.

En Fort Penn el doctor asistió una tarde a la reunión del Colegio de Médicos, volvió al hotel, se vistió de etiqueta y salió para el banquete. Robert, que era socio y no residente del Club de Fort Penn, cenó en él solo, contempló sin interés una partida de billar, regresó al hotel y se acostó, tras haber declinado una invitación en el Club para unirse a una partida de billar. Una intensa sensación de soledad le duró lo bastante como para que le pesara el impulso que le había arrastrado a este viaje; mientras que su amigo se estaba solazando con otros médicos, él se hallaba tendido en la incómoda cama de una fea habitación, sin sus libros o una estufa. El doctor Willets tenía su habitación enfrente del pasillo y Robert no le oyó entrar ni le vio hasta el día siguiente a la hora del desayuno.

—No sé dónde he tenido la cabeza —dijo—. No fue muy atento por mi parte dejarle a usted solo. ¿Qué hizo usted?

—¡Oh! No se preocupe por ello. Cené en el Club Fort Penn y estuve viendo jugar al billar.

—¿Cenó usted bien?

—No, pero no hay muchos clubs donde se pueda hacerlo. Por lo menos, los camareros son simpáticos, aunque no le conozcan a uno.

—Es usted un hombre curioso, Robert. ¿Por qué pertenece usted al Club de Fort Penn?

—Porque mi padre fue socio, y el abogado de mi madre me inscribió cuando cumplí los veintiún años. A los veinticinco pasé a ser socio de número, y ayer por la noche fue la primera vez que estuve en él.

—¿Sabe Fred Langendorf que es usted miembro del Club? Intentó serlo hace tres o cuatro años.

—No me lo ha dicho nunca, pero me alegraría poder hacer algo por él. Como le he dicho, a mí me inscribió Conrad Isaminger. La otra persona que me avaló fue un hombre a quien no conozco muy bien, Ben Roseberry, hermano de congregación en la Universidad y unos cuantos años mayor.

—Bien, Fred le agradecerá que haga usted algo por él. Es decir, si no tiene usted nada en contra.

—Al contrario. Hoy misino iré a ver a Ben. ¿Y a usted? ¿No le gustaría ingresar?

—En lo que a mí respecta es cuestión de finanzas. Me gustaría, como a todo el mundo, pero me supondría un despilfarro. De todos modos, gracias por su ofrecimiento.

—Bien, si alguna vez cambia de parecer, me lo dice. Abajo debe de haber un guía de la ciudad. Veré dónde tiene su despacho Ben Roseberry y podemos ir a visitarle.

—Hágalo usted mientras yo echo un vistazo a mi propiedad.

El despacho de Ben Roseberry sólo se hallaba a una manzana de distancia. Alzó la vista de su escritorio al entrar Robert, y exclamó:

—¡Pero si es Robert Millhouser en persona! Anda, ven por acá y sacúdete antes en la estera la carbonilla de los zapatos.

Era un hombre ancho, campechano y tenía mostachos de coronel de caballería. Él y Robert se lanzaron una rápida ojeada a la insignia *Delta Psi* de sus cadenas de reloj y sonrieron.

—Verás, había pensado escribirte una carta —dijo Roseberry—. Hay uno de Lyons que ha presentado su solicitud de ingreso en el Club Fort Penn hace tres o cuatro años, y siempre me he, preguntado por qué no tenía una carta de presentación tuya.

—¡Vaya casualidad! Precisamente venía a verte para hablarte de eso. ¿Se trata de Fred Langendorf?

—Exacto. Creí que acaso te había pedido que apoyases su solicitud escribiendo una carta, y que tú te negaste.

—Ignoraba que lo había solicitado.

—¿Es que no lees tu correspondencia?

—La del Club Fort Penn, no. Pago mis recibos y no presto mucha atención a lo demás.

—¡Valiente modo de proceder! Si todo el mundo lo hiciera, el club no valdría un pito. Bueno, ¿y qué hay de ese Fred Langendorf?

—Pues no es importuno, eso resulta evidente, pues de lo contrario estaría enterado de su solicitud. Es una excelente persona. Lo conozco de toda la vida, y nuestras familias eran amigas. Cada semana le veo en el Banco.

—¿*Delta Psi*?

—No. No votaría por él para *Delta Psi*, pero hay mucha diferencia entre *Delta Psi* y el *Club de Fort Penn*. Lo sabes mejor que yo. Presento como candidato para el Club de Fort Penn a un hombre al que quizá vacilaría en votar para *Delta Psi*.

—Así lo haría yo también. Bien, estoy muy contento de que hayas venido a decírmelo. Soy presidente de la comisión y vamos a tratar de eso: El año próximo le pediremos sus avalistas o rayaremos su nombre. Yo saldré garante también por tu intervención. Y ahora, ¡al diablo con él! ¿Puedes cenar conmigo? Tengo que estar en el juzgado dentro de media hora...

El doctor Willets, Roseberry y Robert cenaron en un restaurante propiedad de un tal Fritz Gottlieb. Roseberry era un hombre que tenía opiniones propias, pero aceptaba la apreciación hecha por un amigo, siempre que este amigo reuniera los requisitos exigidos por Roseberry. Había aceptado a Fred Langendorf por declaración autorizada de Robert Millhouser; y ahora aceptaba al doctor Willets por la misma razón. Después de dos rondas de bebida, Roseberry sabía cuánto necesitaba conocer sobre el doctor Willets para una velada social; y puesto que él era un hombre afablemente dominante, comieron y bebieron cuanto ordenó les sirvieran y siguieron sus directrices de conversación. Tenía la costumbre de vacilar durante un segundo antes de estallar en una risotada, lo cual creaba una especie de suspense sobre la causa de la risa; y, cuando la dejaba escapar, la convertía en un acontecimiento. Era imposible no sentirse impresionado por aquella risa, y reía con un placer tan total que cuantos le oían se sentían animados.

—¿Está usted casado, Mr. Roseberry?, —preguntó el doctor Willets.

—¿Casado?, —respondió, lanzando acto seguido una carcajada—. Soy el hombre más incasado del Estado de Pennsylvania. Mientras no me echen el

lazó, las adoro. ¿Me permitiría una mujer dejarme ir a casa de Fritz cada noche? No lo sé, pero me gusta poder ir cuando me viene en gana. ¿Por qué me ha hecho esa pregunta, doctor?

—Porque pensé que sabía la respuesta, pero quería estar seguro.

—No, no soy como este amigo. Un par de perros viejos, eso es lo que somos. Apostaría una caja de buen *whisky* a que las buenas damas de Lyons han puesto sus trampas para atraparlo, pero sin éxito. Usted está casado, desde luego, ¿no es así, doctor?

—¡Oh, sí!

—¡Uf...! ¿No querrá usted venir con nosotros luego? Voy a llevar a Robert a un lugar donde creo no ha estado nunca, porque se ha abierto este año.

—¿Sí? ¿Adónde vamos?, —dijo Robert.

—No tengas prisa. Ya lo verás. Ya saben que iremos. Comamos y bebamos ahora y divirtámonos después. ¿No querría usted venir con nosotros, doctor?

—Ya voy pasando de la edad...

—Oh, si es por eso no se preocupe. Algunos de los políticos que van por allá casi podrían ser su padre. Lo que le digo. Venga y eche un vistazo de todos modos.

—Bueno, no veo por qué no había de hacerlo.

No había ni un hilo de luz en las ventanas de la casa, y en el interior, en una salita de recibo, cuatro hombres tomaban *whisky* y fumaban puros. Todos saludaron con la cabeza a Reseberry, quien correspondió con un ademán de la mano, diciendo: «¡Caballeros!».

Apareció una linda mulata.

* * *

Robert fue al hotel y se acostó pensando en el simple acto que hasta ahora le había mantenido apartado de la raza de los hombres, el intercambio entre su cuerpo y el de una mujer, que realmente había comenzado con un poco más de *whisky* del que estaba acostumbrado y que había acabado con igual sencillez mediante una conversación con una muchacha ignorante. Lamentaba que hubiese ocurrido sin amor; con el amor y sus ternuras, las delicias del tacto y de la vista habrían sido mayores, y después también, lo sabía, habría gozado la paz que proporciona el agotamiento de una excitación compartida. Y, sin embargo, se hallaba agradecido a aquella muchacha ignorante por haberle importado tan poco todo; su accidentalidad quería decir que cuando hubiese amor en el acto sería completo por primera vez. Por el momento, era bastante que hubiese deseado a esta muchacha y respondido a ella, a la excitación de su misterio y a la vista de su cuerpo. Era bastante, aun cuando no fuera siempre suficiente. Y luego se durmió.

Por la mañana se despertó con el instantáneo conocimiento de que era un hombre diferente del que había sido, recordando luego a la muchacha y alegrándose de haberla comprado, o de que la hubieran comprado para él. Se excusó a sí mismo por evitar volver a ver a Ben Roseberry, pero no podía evitar al doctor Willets. Habría deseado volver solo a casa, sin tener que hablar al doctor, pero al cabo de un corto instante llamaron con los nudillos a la puerta. Era el propio doctor.

—Tengo que tomar el tren de las nueve cuarenta —dijo—. Pero usted no necesita hacerlo.

—En unos momentos estoy listo, pues yo también tengo que estar de vuelta para la tarde.

El doctor se sentó en una silla cerca de la ventana.

—¿No había estado usted nunca en uno de esos sitios?, —dijo mientras Robert se enjabonaba para afeitarse.

—No como éste. He estado en cafés donde había prostitutas...

—A la larga es más seguro... Sólo quería decirle que vigilase sus partes durante las dos próximas semanas. Si nota usted algo anormal, venga a verme.

—¿Cree usted que hay algún peligro de que haya atrapado algo?

—Siempre existe ese peligro, y como usted más o menos fue allá por culpa mía, me siento responsable. No quiero preocuparle, pero tampoco quiero que se descuide.

Ni entonces ni en el tren se excusó el doctor por lo que había hecho. Robert había esperado alguna explicación, y al no tenerla, la inventó, dándose cuenta mientras lo hacía de cuán poco sabía de este hombre con quien había

trabado una amistad tan íntima. Es posible que su mujer no hubiera sido una belleza ni en su juventud, y ahora el doctor prefería no compartir con ella sus pocas horas de descanso. Por lo que Robert podía inferir de sus conversaciones, sólo hablaban de lo necesario para el manejo de la casa y la crianza de los chicos. Pero de la vida romántica del doctor, no sabía nada. Nunca le habló sobre el particular, ni le dijo siquiera si había existido alguna vez. Y, sin embargó, el doctor podía hablar de otros temas con pasión: de lo cruel que era la vida para los pobres, de la inexorabilidad de las dolencias, de la inhumanidad de los padres para con sus hijos, de la futilidad de su profesión y de las ironías de Dios. Era absurdo suponer que no hubiese sentido alguna vez un gran amor por una mujer, y resultaba increíble que aquella mujer hubiera sido su actual esposa. Es cierto que había amor en sus relaciones; él era amable con ella y ella dulce con él. Pero Robert estaba convencido de que la otra mujer había sido parecida a su propia madre. (Y cuán poco la conocía él. El enterrado recuerdo de su primer matrimonio, de su primer amor, de su primera tragedia; y que su último lance era un secreto médico). La gradual idealización de su amigo por parte de Robert había creado la necesidad de las excusas presentes, y el negligente trato del doctor con la prostituta se hallaba mejor explicada por la esposa incolora y el marido frustrado; la mujer sin imaginación y el hombre sin ilusiones, el compromiso del doctor con la banalidad y la derrota.

Ni entonces ni nunca le hizo el doctor ninguna pregunta embarazosa. Robert no quería, no podía decir, voluntariamente, que Zaza había sido su primera mujer, aunque estaba dispuesto a confesar la verdad si se lo hubiese preguntado. Pero pregunta y respuesta se hallaban implícitas en el sentimiento de responsabilidad del doctor hacia el joven, y durante las semanas que siguieron, el secreto que ambos, compartían se hizo más real que la perdida castidad de Robert. Cinco veces por año visitó Robert las granjas, y en un par de ocasiones aprovechó los viajes para ir al establecimiento de Mrs. Jones. Nunca volvió a él con el doctor, y si el doctor lo había hecho durante su viaje anual a Fort Penn, no se habló en absoluto de ello. Nueve veces en dos años se acostó Robert con Zaza, y en su décima visita le dijeron que «Zaza ya no está aquí». Recibió la noticia con más alivio que pesar, pues la muchacha se había vuelto interesada y quejosa; y una vez que la vio a cierta distancia en la estación de Fort Penn, se ocultó tras un poste hasta que un policía la echó de allí.

* * *

Una vez más me enfrentaba yo con el problema de un voluminoso manuscrito, que para mis intenciones apenas era más que un esqueleto. Robert Millhouser se extendía detalladamente sobre más de veinte años de su vida tras su primera visita al establecimiento de Mrs. Jones, pero de los dos puntos que más me interesaban, sólo uno de ellos aparecía en el manuscrito. El otro lo conseguí a base de intuición y furtivamente. Del contenido del manuscrito, trataré más adelante; lo demás concierne a Zilph Millhouser, y el lector no tardará en ver por qué me he visto obligado a tratarlo en primera persona. Me chocó mi descubrimiento, no realmente por el asunto en sí, aunque es trágico y repelente, sino por mi propia estupidez, puesto que había manoseado el material por dos veces escapándoseme su significado en ambas ocasiones.

El lector habrá observado ya que concluí la parte previa de la historia Millhouser sin revelar las circunstancias del «romance» final de Zilph Millhouser. Sólo puedo decir, sintiéndolo mucho, que cuando menos la mitad de la culpa es mía. Robert Millhouser no había manifestado explícitamente aquellas circunstancias, sino que se había mostrado bastante remiso a cooperar. Pero tampoco, tuve yo la suficiente perspicacia para percatarme de lo que había en el fondo y extraerlo con las adecuadas preguntas. Decidí hacer otra visita a Lyons y a Robert Millhouser, y así lo hice en la primavera de 1927, anunciándole que echaba de menos el ambiente de la ciudad, y especialmente el de su finca. Y con gran sorpresa por mi parte —pues nuestras relaciones se habían hecho ligeramente tirantes— le fue grata mi visita.

—Me alegra que haya venido —dijo al verme—. No compensa el apartarse demasiado, el ser demasiado objetivo, ¿no es así?

—No —respondí—. Me gustaría recorrer toda la casa.

—¿Toda la casa? ¿Por qué?

—Para tratar de captar la sensación de vida que había aquí hace treinta o cuarenta años. Cómo debió haberles parecido a usted y a su madre.

Sonrió.

—Bueno, no le envidio su tarea, tratando de imaginarse a mí o a mi madre hace tanto tiempo, pero puede hacerlo, con mucho gusto por mi parte. Y debo decir que ya está usted listo.

—Gracias. No es que esté tan listo, pero necesito el estímulo, si es la palabra exacta. Nunca me ha trastornado recrear aquellos tiempos cuando estoy en esta casa.

—Cierto. Ha cambiado muy poco.

—Eso es lo que quiero decir. Dígame, Mr. Millhouser, ¿tenía su madre algún álbum de recortes? Sé que llevaba una especie de Diario...

—Pero cesó de escribir en él, como lo recordará usted. No, no tenía álbum de recortes, aunque creo que pensaba empezar uno, pero no lo hizo nunca. Si mira usted en su habitación, verá alguno de esos archivadores de despacho, sin rotular. Está medio lleno de recortes de periódicos, programas de la Feria y cosas por el estilo de las que se ponen en un álbum.

—Es precisamente la clase de cosas que me gustaría ver.

—¿Por qué?

—Porque aun cuando no las haya pasado a un álbum, mostraría qué era lo que le interesaba en la época en que las apartó. E imagino que la mayoría de los papeles tendrán su fecha escrita.

—No lo recuerdo. Desde luego, los programas, sí.

—Bueno, dispénseme entonces. Voy arriba a echar un vistazo.

—Ya me dirá si ha encontrado algo interesante.

El archivador se hallaba en el fondo del escritorio, me costó abrirlo. Hasta los recortes de los periódicos se hallaban en buen estado, aunque no pareciera existir un orden cronológico, por lo que tuve la sospecha de que el archivador había sido ya examinado por Robert Millhouser.

No cansaré al lector con una relación del contenido del mismo, pero sí debo decir que me pasé la mayor parte de tres días consecutivos leyendo los recortes. Y así supe que al parecer Mrs. Millhouser había comprado un caballo al que puso por nombre *Chico de Ulster* (seguramente no lo habría bautizado así un criador de Pennsylvania), y que *Chico de Ulster* había ganado más carreras que perdido. Le siguió *Chico de Ulster 11*. Moisés Hatefield había llevado a *Chico de Ulster* en todas sus carreras. Mrs. Millhouser, leí, había concedido un premio consistente en una faja y cincuenta dólares a los vencedores de la competición conmemorativa de Henry Millhouser, para caballos criados en el condado de Nesquehela (condición que automáticamente descalificaba a *Chico de Ulster*). Y así sucesivamente, a través de programas y recortes que abarcaban un período de diez años, al cabo de los cuales mistress Millhouser se había retirado, al parecer, de las carreras. La mayoría de los datos concernían a Robert Millhouser y eran repeticiones en las que año tras año aparecía su nombre en los mismos comités de los acontecimientos cívicos anuales. Pero en 1890, los periódicos de Lyons, Fort Penn y Filadelfia informaban sobre el compromiso matrimonial de Robert Millhouser con miss Esther Baumgarten, hija de Mr. y Mrs. Baumgarten, de Fort Penn. Por la dirección de la calle donde habitaban

los Baumgarten, podría decir que eran personas acomodadas, y que Esther, por otra parte, había cursado sus estudios en el instituto de miss Hollbrooks, que era un colegio elegante para muchachas situado en Fort Penn. Pocos meses después aparecía un recorte de Fort Penn, anunciando la rescisión del compromiso «por acuerdo mutuo». Al hablar a Robert Millhouser de estos hallazgos, asintió, diciendo luego:

—Para contarle todo sobre el particular, no fue la siguiente semana, sino la siguiente o la otra —dijo—. En conjunto es un material bastante insípido, ¿no le parece?

—Para mí, no. Quisiera preguntarle si continuó el interés de su madre por la Feria.

—Sólo le importaban las carreras. Tras ocuparse de ellas durante diez años, las dejó porque Moisés le dijo que le habían ofrecido un soborno. La Feria prosiguió, pero ella tomó una lata de pintura y un pincel, borró el nombre de la cuadra de *Chico de Ulster II*, y se retiró llevando al caballo personalmente fuera del terreno y ante miles de personas. Ya puede usted imaginarse el revuelo que armó. La propia Mrs. Millhouser, de tacón alto y todo, llevando a su caballo por la rienda, y Moisés pisándole los talones tirando del calesín. Ella se negó a hablar a nadie sobre la cuestión.

—¿Ni a usted?

—¡Oh, a mí, sí! Me contó lo del soborno y yo dije que, naturalmente, dimitiría de mi puesto directivo en la Feria. «Haz como te parezca», me respondió. «Como te dé la gana. Pero no antes de que hayas dado una buena lección a esa canalla».

—¿Y lo hizo usted?

—No. Había demasiada gente mezclada en el asunto, granjeros del valle la mayoría. Así es que dimití. Pero corrió la voz, y el año siguiente se dijo sin ruido a los principales culpables, que no se aceptarían sus inscripciones, y yo volví a formar parte del comité directivo. Pero en cuanto tocaba a mamá, el mal ya estaba hecho. La gente de la Iglesia había ganado. En el valle lo supieron todos. Fue la única vez que vi llorar a mamá, la única vez. ¡Suponía tanto para ella...! Le gustaban los caballos, y tener a *Chico de Ulster*, y luego el siguiente, le procuraba mucho entretenimiento; y ocupación también. Siempre he creído que la mitad de su diversión era poder sacar la lengua a la gente de la Iglesia. Y cuando se enteró de lo que se rumoreaba, por eso lloró. Daba la oportunidad que habían esperado individuos como el reverendo Betz.

—Sí, claro. Podían oponerse abiertamente a la Feria y a las carreras.

—¡Y lo hicieron! No a la Feria. La Feria continuaba. Las mujeres del valle exponían en ella sus labores de fantasía y sus conservas y demás, y había competiciones de labranza y de fuerza para los hombres. Pero creo que encontrará un recorte que armó mucho ruido. El reverendo Betz denunciando las carreras de caballos desde el púlpito. Siempre había tenido miedo de dar la cara, pero... bueno, ya encontrará el recorte. Estoy seguro de que se encuentra allí.

Estaba, en efecto. Lo leí, y adquirí por el reverendo Mr. Betz un respeto que no me había inspirado el hombre. Su sermón estaba íntegramente impreso, lo que indicaba que había dado un ejemplar al semanario de Lyons. Mi nuevo respeto, debo añadir, no incluía admiración, excepto la que pueden producir las taimadas tácticas de una desagradable persona. Su sermón era una pieza oratoria inspirada y magistral, probablemente su obra maestra... Ni una vez mencionaba la Feria o a Zilph Millhouser por sus nombres, pero se recreaba sobre el escándalo que «hasta ha salpicado las enaguas de cierta persona que ha apoyado inocentemente este diabólico pasatiempo, en la errónea creencia de que las carreras de caballos podían existir sin la tentación del juego». Y concluía pidiendo a todos que se uniesen a él en las oraciones por las inocentes víctimas del escándalo, así como por las pecadoras reuniones... Y puesto que la evidente inocente víctima, en singular, había sido Zilph Millhouser, pregunté a Robert que había hecho luego. ¿Había ido a visitar a Betz?

—Cura o no, decidí darle una buena zurra, pero mamá me imploró que no lo hiciera, que no le viera ni le hablara, ni a él ni a nadie. Pero le agradó mucho mi reacción, que nos unió un poco. Bien, era mi madre, y si no me tenía a mi para defenderle, ¿quién lo haría?

—Sí, me imagino que se sintió orgullosa de usted —dije, pensándolo sinceramente, pues me había enamorado de Zilph Millhouser, como puede uno enamorarse de un personaje de novela. Hasta el punto de convertirse en un amigo.

Volví al archivo de Zilph y al siglo diecinueve en Lyons. Lo leí todo concienzudamente, divertido a menudo al ver nombres que reconocía, incluyendo los de Mr, y Mrs. MacMahon y los abuelos de mis amigos de Lyons. Pero no he de negar que en parte era un trabajo aburrido, y a la caída de la segunda tarde, cuando estaba a punto de terminar la jomada, cayó en mis manos un recorte que transcribo al pie de la letra:

EL REVERENDO EMIL BETZ HALLADO MUERTO

El reverendo Emil J. Betz, pastor de la iglesia luterana de Lyons, falleció repentinamente en su domicilio de la calle Mayor el lunes pasado. El cadáver fue hallado por un miembro de la familia. Los servicios fúnebres tuvieron lugar el miércoles, recibiendo sepultura en el cementerio luterano. No hubo duelo. El reverendo Betz fue nombrado para el pastorado local hace unos veinte años, habiendo ejercido previamente sus funciones en varias congregaciones de los condados de Adams, Lancaster y Nesquehela. Era graduado del seminario luterano de Filadelfia. Deja tres hijas. Su esposa falleció hace varios años.

Mantuve el recorte en la mano por espacio de diez o más minutos. Sabía por la expresión «falleció repentinamente», corriente eufemismo en la Prensa de las pequeñas ciudades, así como por su laconismo, que se trataba inequívocamente de un suicidio. Y por si cupiera alguna duda, el director había añadido: «El fallecimiento fue debido a causas naturales». Pero no era ni el informe ni siquiera el hecho del suicidio de Betz lo que me fascinaba. Era el repentino silencio de la habitación en que me encontraba; esa especie de silencio que se produce cuando se ha estado escuchando una historia con el ánimo en suspenso y el narrador dice: «Y ahora ya lo saben». Pero la habitación lo decía; ningún objeto concreto, sólo la vida que había allí existido y que se hallaba oculta en algún sitio, envuelta quizá por este silencio. Sí; la habitación y el silencio tenían una voz que era tan real para mí como lo habría sido la de mi madre, la de mi mujer, la de mis hijos, o, en aquel momento, la del anciano que se encontraba abajo. Sabía, sabía, sabía que en esta habitación Betz había violado a Zilph Millhouser. Habría querido ir a contarle mi descubrimiento al doctor Willets, pero hacía varios años que había muerto. Y me encontré preguntándome si Robert Millhouser no estaría esperando en aquel momento que bajara, y le hiciera las preguntas que él no querría le formulase. Sí, durante unos minutos estuvo esperándome, estaba seguro de ello; pero si no bajaba ahora, su remota aprensión desaparecería y caería en el olvido. No era una atención la que me impedía ir hacia él, sino la anticipación de su mentira. Si él sabía lo que yo, mentiría como lo había hecho a través de cientos de páginas de papel amarillo. Y yo no quería escuchar su mentira. Zilph Millhouser merecía algo más que una mentira; era demasiado buena para ello. Valía la pena mantener su secreto; que lo mantuviera ella, su hijo, Betz; pero yo había descubierto la verdad, y ahora una mentira no era bastante buena para ella. Y yo no podía creer que su hijo

tuviera un buen motivo, un motivo desinteresado, para la mentira que diría. ¿Quién podía avergonzarse de este terrible descubrimiento? Zilph Millhouser, no. Betz se había sentido avergonzado más allá de todo límite y había manifestado su vergüenza en un sermón y en el último acto de su vida. ¿Quién podía, pues, avergonzarse?

Me puse en pie y di unas vueltas por la habitación. La cama era de nogal tallado y hacía juego con dos de las sillas, y de color y acabado era parecido a la cómoda y el escritorio. Los únicos cuadros eran dos retratos en color de Henry y Zilph Millhouser, con marcos ovalados de nogal, y una pequeña foto del joven Robert Millhouser. Las almohadas y el colchón de la cama se hallaban cubiertas con un grueso edredón verde de muselina y flecos dorados. Las paredes estaban no cubiertas de papel, sino por un tejido de color semejante al edredón y con tenues rayas muy espaciadas y doradas también. Era una habitación situada en la esquina, con dos ventanas, mas ni para usarla de día, oscura y poco femenina, con persianas interiores y exteriores, las de fuera permanentemente abiertas, y las de dentro como permanentemente cerradas. Las ventanas de la parte norte tenían la misma vista de la ciudad que la que se dominaba desde el actual dormitorio de Robert Millhouser, y al Este y Sur pude ver las lejanas minas y la carretera de Johnsville, bajo la poblada zona de Lyons. El sol había traspuesto ya el otro lado de la casa, y la habitación estaba presta a recibir la oscuridad, que, a mi parecer, era lo que mejor le sentaba. Y en las sombras estaba yo dispuesto a mi conversación con Zilph Millhouser.

De chico, había tenido a menudo conversaciones con personas invisibles, que, naturalmente, eran bastante reales para mí y, según decía mi madre, para ella. Tenía un amigo invisible llamado Frank, que según la descripción de mi madre, hacía cosas maravillosas: podía estar en dos partes al mismo tiempo, volar como un pájaro, pasar a través de puertas cerradas, escapar por tuberías, y charlar Conmigo. Pero nunca le vi. Mi madre me decía que a menudo me oía hablar con Frank; esto me lo dijo cuando ya fui mayorcito y no me acordaba de Frank en absoluto. Me pidió que le describiera a Frank, pero no pude hacerlo, y todo cuanto recordaba de él era a través de ella. Me sentaba en el suelo de su habitación de coser y le decía algo a Frank, y la respuesta me llegaba y yo pronunciaba sus palabras en tono más bajo. Una vez que fui díscolo, mi madre me amenazó con decírselo a Frank, y yo la miré fríamente y contesté: «Tú no conoces a Frank». Tenía dieciséis o diecisiete años cuando mi madre me habló por primera vez de mi invisible amigo, y creo que no lo habría hecho si una vecina no le hubiera dicho que estaba preocupada por las

conversaciones de su pequeño con una persona invisible. Mi madre sentía algo de temor por el Primer Mandamiento, y bien podía sentirlo, pues yo me pasaba muchas horas tratando de recordar a Frank y mis conversaciones con él, y mi fracaso para resucitarlo me trastornaba. Mi madre era de pensamientos prosaicos aunque supersticiosa, y no podría haber inventado una tan primorosa fábula como mi amistad con Frank, y por eso me trastornaba que Frank hubiera desaparecido completamente de mi memoria. De mayorcito, de los diez a los quince años, me hablaba a mí mismo cuando lloraba por alguna azotaina o por la pérdida de algún tesoro, pero en tales ocasiones sólo vertía mi desgracia al exterior, a un mundo que no escuchaba, y entonces era ya demasiado mayor para tener un Frank.

Cuento estas cosas al lector con la esperanza de que comprenderá mejor mi conversación con Zilph Millhouser, pues de nuevo volví a hablar con una persona invisible (pero antaño real). Nuestra conversación no transcurrió en forma dialogada, pero en aquella habitación respondió a las preguntas que estaban en mi mente. «Si —me dijo—, Betz me violó en esta habitación. Vino a visitarme cuando supo que estaba enferma, y estuvimos solos bastante tiempo como para que me violara. Debe usted comprender —continuó— que cedí por no armar un escándalo. Apartó las mantas y alzó mi camisón; y yo permanecí inmóvil mientras me quemaba las entrañas con su miembro. Y cuando acabó, se apartó y me maldijo. Fingí estar desmayada. Me había ofendido y mi dolor era intenso, pero temía que me matara si gemía. Le oí jadear y murmurar para sí mismo. Por fin, el dolor tan hondo que yo sentía hizo que no pudiera fingir más y abrí los ojos. Me puso una mano sobre la boca y me dijo que si se lo contaba a alguien, me mataría. Y luego se fue. Nunca le volví a mirar, pero él sí me miraba, y yo me daba cuenta del aspecto que tenía: desesperado, aterrorizado y agónico. Semana tras semana podía ver él la tartana del doctor en nuestra casa y sé que debía haber mirado al doctor para tratar de ver cuanto era lo que sabía. Y luego, un día, se quitó su inútil vida».

Esto es lo que supe de Zilph Millhouser, lo que ella me dijo cuando me encontraba en aquella habitación. Yo deseaba consolarla y lo intenté, pero tuve la sensación de que no lo conseguía. No importaba. Estaba escrito que yo, alguien que la quería, sería traído un día a esta habitación y leería el recorte; y debido a que un joven que la quería había tocado el recorte, ella le había contado lo que él deseaba saber. Y una vez dicho, el silencio de la habitación se desvaneció. Ahora estaba tranquila, pero no silenciosa. Y no sabría decir cuánto tiempo había estado allí. Había leído el recorte, me había

levantado y había dado vueltas por ella, y me había sentado, pero luego me había vuelto a levantar y entre mis dedos ardía aún el pitillo que había encendido mientras leía el recorte. ¿Cuántos segundos me había llevado mirar por la ventana, registrar mis impresiones de una habitación con la que ya estaba familiarizado, sentarme y volverme a levantar? El pitillo tenía la respuesta: los había empleado en arder apenas una pulgada. En otras palabras, leer el recorte, mis movimientos por la habitación y mi conversación con Zilph, me había ocupado unos tres minutos.

Pero era posible que me hubiera equivocado en cuanto al tiempo transcurrido, aún con un pitillo en la mano. Pues ya era tarde y el tedio de leer el contenido del archivador era tanto como el del día precedente. Así argüía yo, pues me disgustaba tener que recurrir a explicaciones sobrenaturales. Pero saqué mi reloj y vi que eran las cinco y cuarenta y cuatro, y escribí la hora en un sobre como precaución contra un fallo, si es que había habido alguno. Y luego volví a sentarme y leí el texto y anuncios del programa de una Escuela Superior y cuando acabé comprobé mi recuerdo del programa y de nuevo consulté mi reloj. Eran ahora las cinco y cincuenta y seis, y yo no había tenido otro fallo, no era otra pérdida temporal de memoria. Estaba, como se ve, volviendo al estado normal Sólo había una dificultad: todo cuanto me había dicho Zilph Millhouser era tan real para mí como los hechos impresos del archivador.

El anciano se hallaba cenando y me uní a él en la solana.

—Parece usted cansado —dijo—. Permítame que le ofrezca un *whisky*.

—No, gracias —dije—. Tengo una cita esta noche y no quiero empezar a beber demasiado pronto. Quisiera hacerle una pregunta. ¿Se suicidó el reverendo Betz?

—El reverendo Betz... Sí, se suicidó. Se colgó en el ático. No me sorprendió. No creo que sorprendiera a nadie. La cuestión fue... veamos. Sí. Nosotros no nos relacionamos ya con él después de su sermón. Mamá pagó la suscripción de la iglesia por otro año, y se cambió a la presbiteriana. No la visitaba con más frecuencia que la luterana, ni yo tampoco. Pero, naturalmente, se oyen rumores. Según parece, durante los últimos años de su vida Betz se comportó de manera muy extraña.

—¿Por ejemplo?

—Pues..., déjeme que lo piense. Verá usted. Un día estaba él en la tienda de Langendorf y detrás del departamento de legumbres tenían una especie de maniquí para anunciar corsés..., corsés de mujer. No tenía cabeza ni brazos, pero sí busto. No pechos separados, sino busto. Apenas podía decirse que se

tratase de una forma femenina. Betz, que llevaba un bastón, se lió a dar golpes al maniquí hasta derribarlo, y le dijo muy acalorado a Fred Langendorf que debería avergonzarse de tener un objeto tan indecente a la vista de todo el mundo. Bueno, era un cura, y Fred se contuvo. Luego sucedieron dos o tres incidentes más por el estilo, relacionados todos con la sugerida forma femenina. Y por fin, según entendí, ^{^1} obispo le había llamado al orden para que no diese tales espectáculos públicos que le ponían en ridículo. Creo que iban a enviarle a un sanatorio, pero él les ahorró la molestia. Y creo también que debía ser la única persona a quien mi madre despreciaba verdaderamente.

—¿Por lo del sermón?

—Por lo del sermón, claro, pero ya le dije a usted que él la pretendió y que ella se le rió en sus propias narices.

—Sí.

—Bien, pues había algo más que ella no me dijo nunca. Jamás pude sospechar de qué se trataba, pero en una ocasión me dijo que no podía soportar mirarle.

—¿Qué?, —dije, sintiéndome mareado.

—Sí. No podía mirarle ni soportar la forma en que él la miraba. Pero, Gerald..., ¿se encuentra usted bien?

—Déjeme tomar un sorbo de agua... En seguida se me pasará.

—No debiera usted haberse encerrado en un rancio caserón como éste con el día que hace. Debiera haber ido usted a tomar el aire. Tómese un día libre; juegue al tenis mañana.

—No. Mañana ya estaré bien. Quisiera volver.

—Bien, como a usted le parezca.

La muchacha de Johnsville con quien tenía yo una cita aquella noche, no habría pensado de sí misma como de un ángel compasivo o algo por el estilo. Tenía el mismo arreglo de *quid pro quo*^[11b] conmigo que lo habría tenido con cualquier otro. A las ocho la recogí en la esquina, a una manzana de su casa, y nos fuimos en mi coche a una isla del río cercano a Fort Penn donde actuaba, sólo por una noche, una famosa orquesta. Bailamos hasta medianoche y nos bebimos entre los dos como un cuartillo de *whisky*. Después volvimos a casa. Nos sentamos en el sofá y acabamos la velada exactamente como sabíamos que terminaría.

—¿Cuándo te veré otra vez?, —pregunté.

—Eso es cosa tuya.

—Volveré en julio.

—Está bien. Telefonéame. Bueno, ahora tienes que irte. Buenas noches, Gerald.

—Buenas noches, Noemí.

—No hagas ningún ruido.

—No te preocupes. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pensé en Noemí. No me permitía nunca que la recogiera en su casa, siempre nos encontrábamos en la esquina. Pero cuando había finalizado la velada, me permitía aparcar el coche frente a su casa, en la que entrábamos a la chita callando, y nos hacíamos el amor en el sofá del recibidor. Nunca vi a sus padres, y cuando la citaba tenía que telefonarle al mediodía a la escuela pública, donde daba clases a los de tercero y cuarto grados. Le gustaba hacer el amor, acto que denominaba con una palabra especial sobre cuya etimología no tenía yo la menor idea, pero que era divertida y de ningún modo indecente u obscena.

De camino a casa de mi abuela, en la noche primaveral, con la capota bajada y mi sombrero colgado del freno de urgencia, me sentía agradecido a Noemí por una razón adicional que nunca le podría explicar. Todo en ella era real: su perfume «Invitación», sus medias de seda, su corpiño, sus galopines del cuarto grado, su sonsonete anglo-holandés de Pennsylvania, su vitalidad.

—Oh, querido, me haces tanto bien... —cuchicheaba en las primeras frases de sus amoríos—. Lo pasé bomba. ¿Y tú?

Podía pensar en ella, le veía de pie en el umbral, con sus piernas cubiertas de fina media y su corpiño remangado, su corto pelo despeinado, y una satisfecha y singularmente maternal semisonrisa en su lindo rostro. Mientras pude pensar en su recién liberada vitalidad y en su encantadora sonrisa, en su tangibilidad, tuve ocupada mi mente; hasta que el *whisky* y el aire de la noche y el cansancio del día y de la noche me dieron sueño. No temía lo que pudiera soñar, pero no deseaba pensar en Zilph Millhouser. Querría no haber oído hablar jamás de Zilph Millhouser.

Me desnudé, me limpié los dientes y me metí en la cama. Dejé la luz encendida. Y no tardé en dormirme y soñé con un hombre llamado Frank que parte del tiempo no tenía cara y otra parte se transformaba en Robert Millhouser. Los primeros gallos me despertaron y apagué la luz, preguntándome cómo era que la había dejado encendida. Y ya no pude volver a dormirme. Más tarde las sirenas de las minas se dejaron oír por todo el valle. Y tras su agudo silbido la ciudad comenzó a desperezarse con sus ruidos mañaneros; más de la mitad de la gente de Lyons comenzaba su

actividad y yo me hallaba escuchando los ruidos familiares, tranquilizado por ellos, discerniendo su significado vital. De pronto se habían convertido en mis queridos amigos. Fue sólo en el yermo silencio entre los cantos de los primeros gallos y las sirenas de las seis que la casa de mi abuela me pareció tan queda como el dormitorio de Zilph Millhouser, que pensé que si miraba a través de la ventana el mundo se hallaría vacío y muerto y olvidado, con un aspecto de paisaje lunar, y yo incapaz de hablar a nadie porque había hecho algo tan terrible como hablar con la muerte, y los vivos estaban ocultos para mí.

Aún ahora, tantos años después, estoy tentado de decir que caí enfermo de fiebre tifoidea. Pero debo decir la verdad. Una fiebre lo explicaría todo muy fácilmente, pero ¿por qué debo explicarlo con una mentira? Nadie me pediría que le explicara cosas materiales, que le hablara de gente viva o de hechos presenciados en un día determinado de mi vida. Podría decir que un día la temperatura fue de cuarenta grados y se me creería; que Robert Millhouser llevaba una corbata azul; que Moisés Hatefield trajo la correspondencia, y así sucesivamente. Podía hablar de tantos hechos positivos y errar sobre todos ellos, puesto que confiaba en mi memoria, y, sin embargo, sería creído. Pero el hecho más importante que me había ocurrido aquel día era que por cuestión de segundos había hablado con Zilph Millhouser, y el único medio de que disponía para que me creyeran era ofrecer la evidencia de que dos o tres cosas que por primera vez supe en mi conversación con Mrs. Millhouser eran verdad. Robert Millhouser me había dicho que su madre no podía soportar mirar a Betz o ser mirada por él, y aquí tenemos un hecho que había sabido por la conversación y que había sido retroactivamente confirmado. Decidí hacer otro intento para tener semejante confirmación de los hechos en mi conversación con la muerta, e, indiferente al éxito o al fracaso, hacer de la conversación un hecho propio permanente. En consecuencia, pedí a Robert Millhouser permiso para hablar con Margaret Dillon.

—Está ya muy vieja —dijo—. No debe trastornarla.

—¿Por qué habría de trastornarla?

—Debo recordárselo, Gerald. Ella ha pasado muchas cosas conmigo.

—Pero ella no estaba aquí cuando mató usted a su mujer.

—No, no estaba. Se marchó un año después de mi casamiento. No le gustaba mi mujer. Pero volvió cuando me encarcelaron.

—Ya.

—Las otras mujeres se marcharon, pero Margaret volvió. Ella y Moisés llevaron la casa hasta que me pusieron en libertad.

—Bien, no trataré de trastornarla... ¿Dónde vive?

—Aquí, en la ciudad. Moisés le llevará a usted a verla.

Robert Millhouser tenía un sedán *Dodge*, negro, de dos portezuelas, con radios de alambre, coche que era especialmente popular entre personas que podían permitirse el lujo de uno mucho mejor pero que no querían gastar dinero. Moisés era el peor conductor que jamás he conocido, pero nunca llevaba el coche fuera de la ciudad, en la que los ciudadanos se hallaban sobre aviso cuando aparecía.

—¿Y pá qué quiere *usté* ver a Margaret?

—Pues sólo para hablar con ella.

—*Usté* habla mucho. Seguro que tiene una *porrá* de *palabra* que *desí* a esa vieja.

Margaret vivía con un primo más joven, quien probablemente estaba contento de recibir el dinero que le pagaba por su pupilaje, y que seguramente no pasaba por alto los ahorros de Margaret.

—Prima Marg, aquí está Mr. Higgins, que quiere verte.

Apoyándose en un bastón, Margaret fue a sentarse en una silla de la habitación delantera y se arregló meticulosamente su chal antes de hablarme.

—Bien, bien —dijo—. No le habría reconocido nunca. ¡Cómo ha crecido usted! ¿Puedo ofrecerle algo? Únase a mí para tomar una tacita de té...

El primo, que ya estaba informado de mi venida, trajo el té, e intentó permanecer con nosotros, pero Margaret le mandó fuera.

—Me dijeron que su abuela pasó un mal invierno. ¿Sigue enferma?

—No, ya está bien.

—No deje que le molesten las personas.

—Supongo que yo no la molesto a usted.

—Bueno, y si lo hace, pronto lo sabrá. ¿Qué es ese libro que está escribiendo con Robert Millhouser? Es la idea más disparatada que he oído decir jamás. Un libro sobre Robert Millhouser, y que él quiera que sea usted quien lo escriba es lo más extraño de todo.

—Todo el mundo lleva un libro en sí mismo, Margaret.

—Gran verdad es ésa. Bien, él dijo que le ayudara a usted en lo que pudiera, así que empiece a preguntar...

—Está bien. Usted recordará...

—Yo lo recuerdo todo, pero eso no quiere decir que lo vaya a decir todo.

—Bien, usted recuerda, y puede decirme algo relativo a la época en que el predicador pronunció aquel sermón...

—Criticando a la madre de Robert. Claro que sí. No era un hombre bueno para andar suelto y atreviéndose a criticar a aquella buena mujer... ¡Vaya! Hablar de recordarlo todo y no decir nada. Ése es un caso para usted.

—Bien, no quiero que me diga nada si cree usted que no debe hacerlo.

—No sabría cómo; es tan espantoso..., tan terrible.

—¿Quiere usted decir sobre el reverendo Betz?

—¡Reverendo! Acabó poniéndose la soga al cuello, su conciencia le estaba atormentando, pero le llevó años hacerlo. Sólo espero que no expiara sus pecados en este mundo y no dejase nada para ser castigado en el otro. ¡La tortura que infligió a aquella buena y querida mujer!

—¡Oh! El sermón no era muy malo, Margaret...

—¡El sermón! ¿Podía decir aquel hipócrita algo que ofendiera a mi querida señora? ¿Sermón? ¡Qué poco sabe usted, Gerald Higgins! ¡Qué poco sabe todo el mundo! Y ahora su propio hijo... Hay un libro, muy bien, pero no se escribirá jamás.

—¿Quiere usted decir que no podrá escribirse?

—Hoy día no hay nadie que pueda decirlo, con excepción de su servidora y de otra persona.

—¿Usted y Robert Millhouser?

—Yo y otra persona que no es Robert Millhouser.

—Quiere usted decir que hay algún secreto que sólo conocen usted y otra persona...

—Yo y otra persona. Eso es. Había otras dos hasta hace unos pocos años, y una se murió. ¡Que descansen en paz, amén! Eso sí que tiene gracia..., ¡usted haciéndome esas preguntas! Usted entre todos los que podían estar preguntando... Ah, sí, sólo quedan dos, y cuando nos muramos, la terrible historia se irá con nosotros a la tumba.

—Bueno, es como debería ser.

—Nunca dijo usted una verdad tan grande como ésa, Gerald.

—Debió de haber sido una mujer magnífica, por lo que he podido llegar a averiguar.

—Un espíritu encantador. Un alma maravillosa y honesta. Cuando le llegó su hora y supo que ya no le quedaba mucho tiempo de vida yo estaba a su lado intentando tragarme las lágrimas y era ello la que me consolaba y no al revés. «Vamos, Margaret, no te pongas triste —dijo— estoy dispuesta». Estoy segura de que si un alma buena se fue directamente al cielo —todo lo más un poco en el purgatorio— era la de ella. Pero cuando le dije si quería que llamase al cura, me miró con la mirada más fría que jamás había visto en su

querida cara. «No —dijo—. No quiero tener ni cura ni predicador». Y no es extraño con el ultraje que le infirió aquel cabrito intrigante.

—Se refiere usted a Betz.

—No me refiero a nadie. La tomé de la mano y le dije: «Pronto estará usted con su querido esposo, piense en él». Dije algunas oraciones. En un par de minutos se había ido ya... Gracias a nuestro buen Señor sus últimos pensamientos fueron para Henry Millhouser.

—¿Dónde estaba Robert Millhouser?

—En el piso de abajo. Vino tan pronto como le llamé, pero en los últimos instantes sólo estuvimos ella y yo. Solas ello y yo. —Movi6 la cabeza—. Me pregunto si haría bien contándole a usted lo que sé.

—No, Margaret —dije, casi seguro ya de que la charlatana vieja no podía contenerse—. Si es tan espantoso como dice usted, y sólo la otra persona lo sabe... ¿Mantendrá la boca cerrada esa otra persona?

—¡Si fuera la boca de él, pero es la boca de ella. Es una mujer la que lo sabe conmigo. Es una buena mujer, créame. Pero me estoy preguntando en este mismo momento si conozco bien la historia. Yo estaba allí, en la casa. La otra mujer lo supo de su marido, quien lo supo de mí. Y ahora me pregunto a mí misma, ¿qué ocurrirá si a su vejez la otra mujer suelta la lengua y cuenta la historia al revés? Sin querer hacer daño, pero contando la historia con su ignorancia de la verdad, explicándola tan equivocadamente que pudiera perjudicar la fama de mi querida señora Zilph...

—Creo que sé lo que quiere usted decir. Haría usted mejor contándome tal cómo fue, que correr el riesgo de que otra persona la tergiversase. Y entonces, si sé la historia verdadera, puedo corregir a la otra persona si la cuenta equivocadamente. —Es posible que no conozca usted a la otra persona.

—Probablemente, no; aunque hace un minuto me dio usted la sensación de conocerla. Dijo usted que era curioso que yo entre tantas personas...

—Sabía lo que me decía. Necesito un minuto par pensarlo... —Su minuto fue un silencio que duró unos veinte segundos, y luego dijo—: Si yo me muriese antes que esa otra mujer, la historia quedaría con ella, y Dios sabe cómo podría tergiversarla. Mire si está cerrada la puerta, y si no lo está, ciérrela.

Cerré la puerta firmemente.

—Según se dice, las paredes tienen oídos, y algunas personas tienen los oídos tan grandes como una pared —dijo Margaret—. No debiera estar hablándole de tales cuestiones a un simple hombre, siendo yo también una simple mujer, pero una persona puede contar una historia pecaminosa sin

hallar placer en ello, y es en esto donde radica el pecado, según sabrá usted por el catecismo. En hallar placer en ello. ¿Recuerda usted su catecismo?

—Oh, sí...

—Supongo que será diferente al que me enseñaron a mí.

—Pero, esencialmente, es el mismo.

—¡Ajá, esencialmente! La Santa Madre Iglesia no hace cabriolas. Lo que es verdad en Irlanda, es verdad en Lyons de Pennsylvania..., aunque usted no es de Lyons, pero es igual. Esencialmente la misma verdad en todo el mundo. ¡Vaya, ya lo creo...! Antes de que usted naciera, y antes aún de que su querida madrecita viniera a este mundo, ese hombre Betz puso sus ojos pecadores en Mrs. Millhouser. Aún estaba caliente el cadáver de Henry Millhouser, como se dice, cuando Betz entró pavoneándose en la casa para decir a la joven viuda que si no se casaba con él, iría contra la voluntad de Dios. Y para imperecedera honra de ella, se negó y le mandó a paseo...

—Debió de haber estado usted muy unida a ella para que le contara cosas tan confidenciales.

—Estaba bastante unida, pero no es que me lo dijera todo de una vez. La fui sonsacando, y luego me lo confesó. Pero yo le dije: «Mire, muchacha, vaya con ojo con ese tipo. No anda bien de la cabeza...». Bueno, no le dije «muchacha», pero sí es cierto que la previne, y tuve razón. A partir de aquel instante, él la miraba como un lobo dispuesto a saltar a la más pequeña oportunidad. Y eso es, exactamente, lo que hizo, Gerald Higgins... Una tarde, le dejé que pasara a visitarla porque ella estaba enferma y se había metido en cama. Le llevé a su habitación. No es que me fiara de él más que de una serpiente, pero estaba haciendo tan bien el papel de ministro del Señor, que no me correspondía quedarme en la habitación. ¡Ojalá lo Rubiera hecho!

—¿Qué sucedió?

—Una vergonzosa y desgraciada afrenta como jamás ha tenido que soportar una orgullosa y virtuosa mujer.

—¿Es lo que pienso?

—Si está usted pensando la peor cosa imaginable para una mujer orgullosa y virtuosa...

—Lo que en los periódicos llaman un ultraje...

Asintió.

—Esperaba en la cocina, pero mis pensamientos estaban en el segundo piso. «Debería estar allí», me decía a mí misma. «Debería estar con ellos...». Por fin, no pude resistir más y fui hacia arriba con alguna excusa, y le encontré a él que bajaba. Juro que le salía espuma por la boca. Me empujó a

un lado y salió de la casa. Y yo corrí al dormitorio de mi señora, y miré dentro, en silencio. Ella estaba tumbada en la cama, llorando tan apagadamente que con todo y mi fino oído apenas podía oírla. Me adelanté, la tomé en brazos y traté de consolarle. «Henry, Henry», sollozaba. ¿O era «Harry»? No, era «Henry»... Teníamos armas de fuego en la casa, de todos tamaños y medidas, y si hubiera sabido manejarlas, hubiese cogido una y habría hecho el mejor uso de ella contra Betz. Pero nunca manejé una en mi vida, y su ruido me asustaba. ¿Y qué habría solucionado al fin y al cabo? Era un secreto, y tirar tiros no es la mejor manera de guardar un secreto.

—¿Le contó ella todo lo sucedido?

—¿Y qué podía contarme que no pudiera ver yo con mis ojos?

—Sí, ya lo supongo. ¿Pero le habló de ello alguna vez?

—¿Si me contó detalle vergonzoso tras detalle vergonzoso? Zilph Millhouser era una dama y no una de esas pelanduscas artistas de cine que corren ahora. Poco a poco la saqué todo lo que podía recordar. No a través de mis preguntas, sino por las que ella me hacía a mí. ¿Sabía yo de algún caso parecido en el Viejo Mundo? Pues sí. ¿Hubo en él ciertas consecuencias? Las hubo y no las hubo. ¿Pensaba la gente lo peor de la pobre mujer? Todas esas preguntas me hacía, una tras otra, hasta que pronto no tuvo ya más que preguntarme. Y tenemos un magnífico médico en la ciudad, que se llamaba el doctor Willets, padre del actual, quien me hizo también una o dos preguntas indirectas. Era como si yo misma hubiera sido testigo del puerco espectáculo, pero por lo menos esto me fue ahorrado.

—¿Tenía usted miedo de Betz?

—¿De un loco? Para decir verdad, vivía en mortal terror de él, no por mí misma, sino por ella. En mi país una pobre muchacha fue víctima de uno como él, y apenas salió de la cárcel fue a buscarla otra vez. Sólo que esta vez, el hermano de la muchacha le aplastó la cabeza con una piedra tan grande como podría usted levantar.

—Así, pues, ¿qué hizo usted?

—La única cosa que podía hacer. No podía pedir protección al negro Moisés Hatefield, pues adoraba el suelo que ella pisaba y habría ido donde Betz y le hubiese cortado el cuello de oreja a oreja. En vez de ello, se lo dije a Jeremías MacMahon, haciéndole jurar el secreto.

—¿A mi abuelo? ¿Qué hubiera podido hacer él si hubiese vuelto Betz?

—No se trataba de lo que él hubiera podido haber hecho. Si Betz hubiese vuelto, yo habría hecho algo, no sé qué, pero algo. Pero quería que él lo supiera. Si las cosas empezaban y mi pobre señora y yo teníamos algún

disgusto gordo, Jerry sabría por lo menos de quién debía de sospechar. Pero siempre pensé que Jerry haría algo más que eso. Creo que de una manera u otra metió el temor de Dios en el negro corazón de Betz. Jerry podía hacerlo fácilmente.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Pues una manera podía ser yendo donde Betz y advertirle que no volviera a acercarse a Zilph Millhouser so pena de sufrir las consecuencias. Eso asustaría a Betz. Además, usted sólo conoce a su abuelo de cuando era más viejo. Jerry MacMahon, de joven, tenía fama de haber sido uno de los soldados más valientes de todo el Ejército de la Unión. ¿Lo sabía usted, verdad?

—Desde luego.

—Meade. El general Meade le ascendió a teniente por su valentía en Gettysburg. También sabrá usted eso.

—Sé que le ascendieron.

—Bien, puede estar usted orgulloso de él, muchacho. Nadie actuaría así si cada familia tuviera un soldado tan valiente como Jerry MacMahon.

—Estoy muy orgulloso del abuelo y le tenía mucho cariño.

—¡Uf! Por un minuto me ha parecido usted muy inglés.

—¿Sí? En todo caso, Margaret, él se ocupó de Betz, ¿no es así?

—Ignoro lo que hizo, si sólo le dirigió una mirada o también algunas palabras para que anduviera con tiento; lo cierto es que Jerry MacMahon fue el único que protegió a Zilph Millhouser y le evitó nuevas molestias y ultrajes.

—Y entonces, cuando murió el abuelo, quedaron sólo usted y la abuela en posesión de la historia.

—No era difícil suponerlo, ¿no es así?

—No... Una pregunta más, ¿supo alguna vez Mr. Millhouser que el abuelo y la abuela sabían lo de Betz?

—¡Santa Virgen, no! Fui la primera que supo que Jerry se lo había contado a su abuela después que enterraron a Zilph Millhouser. Su abuela no ha mantenido nunca la lengua atada durante una conversación, pero bastaba una palabra de Jerry, para que un secreto fuera un secreto. ¡Ah, aquél sí que era un hombre! Y no uno de esos voceras de ahora. Me habría gustado verle ordenar a sus tropas para la batalla. Me lo puedo imaginar sobre un magnífico garañón negro, con el brazo extendido y la espada en la mano.

—Estaba en una batería de morteros, Margaret.

—¿En una batería de motores? ¿Y qué es eso?

—Un mortero es como un cañón. Lanza metralla al enemigo. El abuelo fue ascendido a teniente, porque todos los demás oficiales resultaron muertos.

—¿Y qué diferencia hay? Tenía un caballo, ¿no es eso?

—Supongo que lo tendría.

—Bueno, ¿y qué más quiere usted saber?

—No se me ocurre nada más en este momento, pero le agradezco lo que me ha contado.

—Bien, puede usted mostrar su agradecimiento si a su abuela se le mete en la cabeza contar algunas paparruchas sobre Zilph Millhouser. Su abuela es una buena mujer, pero siempre fue celosa de la risa y de la charla inocente cuando Jerry hablaba con Zilph Millhouser en el antiguo almacén. Que me den un irlandés por encima de todos cuando se necesita una sonrisa.

——Seguro es como una «alborada en la primavera», —citó.

—Ésa es la única cosa verdaderamente humana que dijo usted en toda la tarde.

—Bueno, quiero desechar mi tristeza, Margaret. Le agradezco mucho sus palabras. Que Dios bendiga a todos los que viven en esta casa.

—Esas palabras no suenan bien en su boca. No las diga usted.

—¡Dios salve a Irlanda!

—Eso suena mejor, aunque sólo Dios sabe por qué.

—¡Arriba Wexford! ¡Abajo Crofflwell!

—Tomándome el pelo sólo conseguirá usted enojarme, Gerald. Ande, váyase. Y dele usted recuerdos al buenazo de Moisés. Pregúntele si sabe contar hasta diez en francés.

—*Est-ce que vous avez appris á compter en franjáis?*

—*Oui.*

—Adiós, Margaret.

—Le di un chasco, ¿verdad?

A partir de aquel instante no hice más investigaciones que pudieran corroborar la autenticidad de mi conversación con Zilph Millhouser. Algunas explicaciones rudimentarias podían explicar el hecho: de niño, de muchacho indudablemente habría oído yo palabras aquí y allá, que formaban la masa del hecho que yo había convertido en conversación. No tuve que inventar un ataque de fiebre tifoidea o aceptar un compromiso entre la realidad y lo sobrenatural. Y, lo mejor de todo, no estaba ya amedrentado. Todo el mundo podía tener la explicación sensible que pudiera pedirse; ya no me turbaba por la creencia de haber sostenido una conversación con Zilph Millhouser. Jamás había dudado de ello, pero sí de mi capacidad para proporcionar la evidencia

positiva para el mundo positivo, y en esta debilidad residía mi temor. Si el mundo me desafiara a que presentara pruebas y no dispusiera de ninguna que fuese aceptable, quedaría sometido a mis dudas en las relaciones con el mundo, y en los términos por él impuestos. Mas ahora poseía las respuestas que el mundo habría de aceptar, y yo podía creer lo que verdaderamente creía.

Estaba dispuesto otra vez a seguir con la historia de Robert Millhouser, después de haberme liberado del peligro de verme envuelto de un modo más serio y peligroso con sus personajes de lo que jamás hubiera creído posible. Como Penrod, yo había estado enamorado de Marjorie Jones, y como Amory Blaine de Rosalind Connage... en realidad estaba más enamorado de Marjorie que Penrod lo había estado, y menos de Rosalind que lo estuviera Amory. Las criaturas de la imaginación me eran tan reales que medía a las personas de carne y hueso con los prototipos de ficción que compartía las imaginadas ansiedades, alegrías, esperanzas y tristezas en un grado que creo era insólito. Por ende, el hecho de asociarme con fantasmas no era una experiencia totalmente nueva para mí. Unas creaciones del autor y una participación de Dios en la misma irrealdad animada, cuando las criaturas de Dios no pertenecían ya a esta vida y siempre que el autor les hubiese dado vida. Y así ocurría con tantos personajes de la historia de Robert Millhouser, que no se encontraban en este mundo en aquellos instantes. Zilph Millhouser, el doctor Willets, el padre de Moisés Hatefield y el soldado ciego de Gettysburg, no me eran menos reales que la Rosalind de Fitzgerald o la Marjorie de Tarkington; y Robert Millhouser estaba ya más verdaderamente vivo en su pasado que ahora, o hasta que desde «donde no quedaba esperanza, no quedaba ya temor». Cuando menos así me lo parecía a mí, y así debía haberle parecido a él.

Llegado a este punto de la historia de Robert Millhouser debo decir estas cosas, porque debe resultar obvio al lector que yo, Gerald Higgins, había comenzado a darme cuenta de que había llenado tanto mi vida con la de otro hombre, que gran parte del tiempo yo era Robert Millhouser. Leía los recuerdos que me enviaba, y yo estaba reviviendo su vida. Era como si sus notas estuvieran estimulando mi memoria. A veces, apenas podía esperar a ver qué haría a continuación, y creo que durante aquellos días habría respondido a su nombre. Y es verdad que en mi narración de la historia de Robert Millhouser, desde el mismo comienzo y a cada palabra, me daba cuenta de lo que el futuro contenía: todo ello, todas las palabras, se encaminaban hacia el hecho de que asesinaría (como lo hizo) a su mujer. Seguramente me hallaba afectado por ese conocimiento. Consciente o

inconscientemente, mi relato de la historia estaba gobernado por ese conocimiento... pero también lo estaba Robert Millhouser en las notas que me enviaba. Se recreaba en los detalles de una historia de la que ambos sabíamos el final, y los detalles fascinaban la poca personalidad que aún me quedaba. No se trataba de una relación de biógrafo a sujeto. Estaba produciéndose (y yo lo sabía) una absorción del biógrafo por el sujeto; yo era aún tan joven que mi vida, más pequeña, iba encajándose en la mayor; a veces, como si mi vida fuese una de esas puntadas quirúrgicas que se convierten en parte de la carne del paciente. Debo recordar al lector que había comenzado a escribir la historia de Robert Millhouser cuando contaba aproximadamente la edad que tenía Robert cuando fue a Europa en compañía de Chester Calthorp. El hecho de que a los veintidós años fuera yo más mundano que Robert Millhouser —respecto a las mujeres, por ejemplo— se hacía cada vez menos importante a medida que continuaba escribiendo. Y vi en esta disminución de diferencia uno de los primeros síntomas de la absorción de la personalidad menor por la mayor. Al mismo tiempo que reconocía los síntomas, mi admiración por Robert Millhouser experimentó un gradual decrecimiento, lo que me atrevo a decir es fácilmente comprensible. Pues yo no podía detener la pérdida de mi propia personalidad a menos que abandonara todo el proyecto, para lo cual me faltaba el valor. No podía decir a Robert Millhouser que quería abandonar lo que habíamos comenzado; me hallaba dominado por la personalidad más poderosa, de un modo similar, al menos en parte, a la dominación de Robert Millhouser por Chester Calthorp. Las circunstancias no eran las mismas, y la latente homosexualidad que era un factor en la amistad entre Millhouser y Calthorp no era la fuerza de la inconsciente dominación de Robert Millhouser sobre mí. Creo que lo que me fascinaba más era su edad. Cada día era yo uno más viejo, pero Robert Millhouser era casi exactamente cincuenta años más viejo que yo, y los días añadidos a nuestras edades no tenían importancia. Todo cuanto había sido trascendental en su vida había ocurrido cuando yo tenía cuatro años, antes de que me hubiese ocurrido algo importante. Este hombre que vestía a la moda, con trajes que le confeccionaba un buen sastre de Filadelfia, llevaba un imperdible de oro en el cuello y unos zapatos que yo no podía permitirme, era para mí un monumento parlante de otra época. Para mí, por ejemplo, Sigmund Freud era nuevo; pero para Robert Millhouser, era otro solamente. Charles Darwin había sido nuevo para Robert Millhouser; para mí pertenecía a los antiguos, un rostro para ser perpetuado en un busto de mármol. Podía mirar la cuadra de Millhouser y ver en ella un sedán *Dodge*; pero Robert Millhouser

había estado allí un día en que la caballería de la Unión intentó apoderarse de los caballos de su padre. En las cornisas de algunos edificios de Lyons había cifras que recordaban la fecha de la construcción, edificios antiguos y pasados de moda; pero Robert Millhouser había estado en Europa y había vuelto antes de que se construyeran esos edificios. Vivía cuando estaban vivos Dred Scott y John Brown, y su abuelo pudo haber conocido a Benjamín Franklin y al marqués de Lafayette; mientras que yo pensaría en el mariscal Foch y en Frank B. Kellogg. Yo era bastante viejo como para darme cuenta de cuán poca historia tenía, de cuánta había habido antes de mi nacimiento; y Robert Millhouser era mi guía en el gran pasado, mi intermediario con algunos de los héroes y bribones del pasado siglo, y hasta del anterior. Robert Millhouser pertenecía a la época del caballo y la vela; los medios de trabajo y conquista habían bastado por un igual al padre de Robert Millhouser que a los antiguos egipcios; y si yo no veía a Robert como un anacronismo en mi siglo, él pertenecía, sin embargo, a una época en la que sus inmediatos predecesores, los hombres y mujeres a los que guardaba respeto y que le habían criado, disipaban la oscuridad con la luz de las velas y antes de apagarlas colocaban sus empolvadas pelucas sobre pequeños soportes. Había visto en alguna parte una reproducción de un retrato de Aaron Burr ya viejo; era un cuadro cruel de aquel hombre desgraciado: encorvado, frío, ladino, y no lejos ya de la muerte. Yo no sentía odio por Burr, puesto que no tenía afecto por Alexander Hamilton, y la verdad o injusticia del retrato no me había preocupado tanto como la terrible descripción de la vejez por el pintor. Robert Millhouser no se parecía en sus rasgos a Burr, pero durante los años en que le vi con más frecuencia, y, especialmente cuando lo veía tras un lapso de meses, casi parecía ir transformándose en aquel retrato del envejecido Burr, sin perder su pelo o la rectitud de su nariz. Supongo que el punto de parecido se hallaba en que el pintor no había situado el retrato de Burr en ninguna época determinada —podía haber sido un viejo senador romano lo mismo que un hombre que murió en 1836— y en el particular envejecimiento de este hombre al que había llegado a conocer tan a fondo. Mi abuelo, más viejo que Robert Millhouser, y muerto ya, no había simbolizado nunca ninguna época sino mi propio presente; era mi abuelo y tan vivo como su presencia. Nunca había existido para mí hasta que tuve conciencia de él, y cuando murió fue mi fallecido y bienamado abuelo. Por esa razón era el único personaje principal entre los hombres y mujeres de la historia de Robert Millhouser que me resultaba casi completamente novelesco. Jeremías MacMahon, que se convirtió en mi abuelo, era, sencillamente, una persona distinta del hombre

que yo conocía.

En cuanto a mi padre —puesto que inevitablemente se presenta la cuestión— no era un hombre muy interesante. Le quería por su generosidad y por el orgullo que mostraba por la buena presencia de mi madre y por mis pequeños triunfos en la escuela y en el colegio. Pero durante el invierno jugaba al balonvolea con los hombres de negocios en la Asociación Cristiana; al golf en verano; al póquer una noche por semana con un grupo de hombres, y al *bridge* otra noche por semana con un grupo de hombres y mujeres; y las noches del sábado, él y mi madre iban infaliblemente a bailar al Club, en una reunión de matrimonios jóvenes que ocupaban la misma mesa. Una vez por año, él y mi madre y otro matrimonio amigo montaban en un coche marca *Peerles* para ir a Easton o South Bethlehem a las carreras; y con intervalos menos regulares, él y su pandilla de amigos asistían a los campeonatos de boxeo de pesos pesados. Se consideraba a sí mismo como un hombre de negocios que trabajaba intensamente, y hacía dinero. Pero había heredado de su padre la maderera y la serrería, que fue cobrando más importancia con el paso del tiempo y al par de la ciudad, y el dinero extra que hizo lo consiguió en las inversiones en que participó, pues era un buen ciudadano: un parque de recreo, una fábrica de tintes, otra de helados y la Asociación de construcciones y préstamos. A menudo sospechaba que estaba fastidiado, pero no quería confesárselo a sí mismo, debido a que para él cualquier otra vida distinta de lo que llevaba era una paramera sin rastro, llena de inimaginables peligros. De joven había capitaneado el equipo de *rugby* durante dos afortunadas temporadas; las fotografías de él y sus equipos eran lo último que le mostraban con una simple barbilla. Hablaba de una manera que no era en absoluto un tartamudeo, pero daba esa impresión: «Iba a decir, iba a decir...», o bien: «¿Por qué quieres esto? ¿Por qué quieres esto?». Partía su delgado pelo con una raya y llevó su insignia de la hermandad de estudiantes hasta pasados los cuarenta años, cuando ya no podía partirse el pelo con una raya y yo ingresé en *Zeta Psi*, una hermandad mejor. Era un hombre amable, buen esposo y padre, pero apenas interesado por nadie excepto por mi madre y por las personas que consideraba como de posición. Desde que cumplí dieciséis años, no tuvimos prácticamente nada que decirnos que no se refiriera a los deportes o al dinero, y cuando le anuncié que quería dedicarme al profesorado se sintió secretamente aliviado, porque ello suponía que continuaría en la dirección de la serrería, sin nada que ensombreciera su capacidad o su autoridad. La única vez que herí sus sentimientos fue cuando al llegar a casa para pasar las vacaciones de Navidad, rehuí su beso. «Bien, ya

no eres un muchacho, ya no eres un muchacho...», dijo. Pero le había herido, y lo siento. Nadie debería haber herido nunca a mi padre. Era un hombre muy amable.

Mas, prosigamos con la historia de Robert Millhouser.

* * *

Una tarde de diciembre de 1889, Robert regresaba a casa de un viaje de negocios de dos días a Fort Penn. Le recibió en la estación Moisés Hatefield con el cabriolé ligero. Tomó las riendas de manos del negro e hizo la acostumbrada pregunta:

—¿Algo de particular durante mi ausencia?

—Muchas cosas.

—¿Buenas o malas? Por la forma en que lo dices, me parece que malas.

—Malas, sí.

—¿Le ha sucedido algo a mi madre?

—A su madre, no. A su amigo el doctor Willets. Murió.

—¡No puede ser! ¡Lo vi anteayer por la noche!

—*Pue ya no le verá má.*

—¿Cómo ocurrió?

—Su madre se lo dirá.

Zilph Millhouser vio al instante que Moisés había informado a su hijo de la luctuosa noticia.

—Quería decírtelo yo misma, pero sabía que Moisés lo haría. He ido a visitar a Mrs. Willets. El doctor había ido a visitar a un paciente la noche pasada, a eso de las diez. En una granja de la carretera de Johnsville. Terminó su cometido y el granjero le vio montar en su tartana y marchar. Por el camino le dio un ataque al corazón y murió. El caballo siguió andando y lo condujo a casa y se puso a golpear el suelo con los cascos hasta que Mrs. Willets salió y se encontró a su marido muerto dentro de la tartana.

—Murió solo —dijo Robert.

—También yo lo pensé. ¡Tantas personas a las que consoló cuando les llegó su hora, y murió solo! Con la única compañía de un caballo que quería ir a casa... ¡Tantos niños a los que trajo al mundo!

—¿Cómo lo ha tomado Mrs. Willets?

—¡Pobre mujer! Aunque apenas la conocía, me dijo: «Pero, ¿qué voy a hacer, Mrs. Millhouser?». Como si yo supiera la respuesta... No lloraba ni se comportaba histéricamente. Sólo repetía una y otra vez: «¿Qué voy a hacer ahora?». Y yo le murmuré las palabras que suelen decirse en semejantes ocasiones: Los hijos... «Sí, los hijos», dijo ella, como si pensara en ellos por primera vez.

De pronto, Robert lloró, y casi al instante se contuvo:

—Perdóname. No sabía que iba a ocurrirme esto —dijo.

—¿Perdonarte? No creo que tenga que hacerlo, si tú no lo haces. Yo también he llorado por ese hombre.

—No me lo habría tenido que perdonar a mí mismo, pero tampoco hacerlo delante tuyo.

—¿Es que estamos tan alejados que no puedes llorar por un amigo frente a tu madre?

—Tengo treinta y cinco años.

—¿Y qué importa, en nombre de Dios? Lloriquear es de niños, pero llorar es de hombres. Jesús lloró.

—Sí, Jesús lloró. Olvidé por qué.

—Creo que lo hizo por todos nosotros.

—Me parece que sí. Yo estaba llorando por el doctor Willets y por las cosas que nunca hizo. Si me ve llorar de nuevo, mamá, no será por todo lo bueno que hizo. Todos llorarán por eso. Pero yo estoy triste por las cosas que quiso hacer y no hizo. Lo que yo sabía que deseaba hacer y que nadie más sabe. Sí; y para perjuicio mío. No soy altruista.

—¿Y de qué se trata? ¿Acaso necesitan dinero?

—No. No lo creo. El chico mayor va a la Facultad de Medicina este año. El doctor me dijo hace cinco o seis años que podía retirarse, pero que deseaba seguir ejerciendo hasta que su hijo pudiera sucederle. Nunca gastó dinero para sí mismo, y es probable que haya dejado de treinta a cuarenta mil dólares. Por lo menos eso, y hablo de cinco años atrás. Ya lo sabré. Tiene alguna propiedad en Fort Penn y también era consejero del Banco. Este ingreso continúa, de manera que su mujer no quedará en mala posición. De todos modos, me aseguraré.

Robert fue uno de los conductores del duelo de su amigo, cuya despedida fue impresionante. Granjeros del valle vinieron con sus mujeres en sus tartanas y carricoches, y algunos a caballo. La banda del Gran Ejército de la República, con sus tambores enlutados y en una marcha fúnebre, condujo al cortejo desde la casa de Willets a la capilla episcopal, y desde ésta al cementerio. Apenas había espacio en la capilla para el acondicionamiento de hombres y mujeres «de todas las condiciones sociales». También había conspicuos ciudadanos de Johnsville, y hasta Trapper Bill, un famoso trampero que vivía en una cabaña del segundo valle, se había enterado misteriosamente de la noticia y se encontraba allí con su gorro de piel de ardilla. Los Millhouser albergaron a cinco médicos forasteros. Pero el huésped más inesperado fue Ben Roseberry, quien se invitó a sí mismo a casa de los Millhouser a comer con los médicos.

—Lo leí en el periódico —le dijo como excusándose.

—Me parece magnífico que vinieras —dijo Robert.

—Bien, me acordaba de él —dijo Ben—. Sólo le vi aquella vez, pero me impresionó. Lo seguía recordando, yo que apenas recuerdo a algunos compañeros con quienes pasé cuatro años en el colegio... Esto me recuerda también algo, Robert. Tropecé con un amigo tuyo en Filadelfia hace poco: Chester Calthorp. Nunca fue amigo mío. Demasiado voluntarioso para mi gusto, pero me preguntó si te había visto alguna vez.

—¿Y dónde viste a Chester?

—En un restaurante. Él salía cuando yo entraba con una de mis ligeramente mancilladas amigas y él con una partida de cuatro o cinco jóvenes. No nos detuvimos mucho tiempo. En realidad, no le hubiera hablado si hubiera podido evitarlo, de no haber sido del Paraninfo. Entre nosotros sea dicho, no lo habría sido por mí. Fuimos cuatro los que votamos en contra de Chester en la primera votación. Y yo fui el último en retirar mis objeciones. Me importan un comino todos los Calthorps y los Sterlings. Por cierto que en la primera votación, uno de los cuatro que votó contra Chester fue precisamente un Sterling.

—Me pones en un aprieto, Ben. Yo sólo entré a través de mis primos, estoy seguro de ello.

—Todos hemos entrado a través de primos. Pero no existía la misma objeción para ti que para Chester.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas allí. Tú eras un antiguo alumno para entonces.

—Tú eras un hombre completamente distinto, y no creo que tenga que entrar en detalles en esta ocasión solemne. Ven a verme cuando vuelvas por Fort Penn. No me has invitado a comer en casi un año, y sé que has estado varias veces por allá. Me informaban con mucha rapidez.

—Mrs. Jones habla demasiado.

—Así es. Se está volviendo descuidada, demasiado segura de sí misma. Esos politicastros de Pittsburgh le están metiendo ilusiones de grandeza. No puede hacernos mucho daño a los solteros, pero en su clase de trabajo no compensa el tener la lengua suelta. Antes no era así. Vaya, veo que tienes a comer a mi conciudadano el doctor O'Brien. Te aseguro que no habría venido si hubiera sabido que el doctor Willets era cliente de Jones. Bueno, no te voy a distraer de los demás invitados. Pero no olvides dejarte caer por mi despacho cuando vuelvas a Fort Penn.

La vida y la muerte del doctor Willets habían pasado ya por entero a las cuatro de la tarde, hora de salida del tren de Fort Penn, en el que marcharon los numerosos forasteros. Y a la hora en que se repartía el correo de la noche,

el doctor y su póstuma ceremonia formaban parte de la luz crepuscular. La muerte había sido repentina y había producido una conmoción, pero había sido limpia en una comunidad en que la limpieza no era siempre la característica de una muerte repentina. Murió sobre la tierra y al pie del cañón, y la forma de su muerte no había perjudicado a los demás. Donde hay minas de carbón, las personas no pueden ignorar del todo las muertes en cantidad, como tampoco pueden hacerlo los habitantes de un pueblo de pescadores. La minería y el mar proveen a su subsistencia, pero tanto mineros como pescadores se despiden para siempre cuando salen de su hogar para dirigirse a la tarea, y si vuelven con vida, harán lo mismo en la próxima ocasión; no van a trabajar a una fábrica de chocolates o a una sedería, en las que la muerte es una presencia desdeñable. Y así los hombres y sus mujeres y los niños ya mayorcitos han de considerarla la mina y el mar, y la muerte y la vida, con los ojos disciplinados de aquellos que nunca se hallan lejos de su inopinada verdad. Una muerte limpia y sencilla no puede tener la misma fuerza en un Lyons o en un Gloucester que en una ciudad donde la forma de subsistencia no viene condicionada por una forma de vida azarosa. El sentimiento por el fallecimiento del doctor Willets fue auténtico y unánime; pero en el fondo existía también una gratitud contradictoria por haber sido él quien muriese: sí, por el momento la Parca se había satisfecho con uno solo y no con cuatro o cuarenta..., aunque estos cuatro o cuarenta quizás estuvieran destinados a morir mañana mismo.

Y también estuvieron más mineros y miembros de familias de mineros que de cualesquiera otras clases o grupos de Lyons; más mineros que tenderos y empleados, más mineros que obreros de fábricas, y más mineros que todos los tenderos y empleados y ferroviarios y obreros juntos. Así, la actitud de los mineros hacia una simple muerte se sentía aun cuando no representara la actitud de los otros. Una actitud tan formidable tenía que ser advertida por los otros. Y en consecuencia, hubo una tristeza privada e individual en la ciudad; pero al día siguiente, la mayor parte de la misma había vuelto al trabajo sin cantos fúnebres ni ulterior interrupción de sus habituales actividades. Por la mañana, Robert Millhouser, cuya amistad con el doctor Willets era de todos conocida, fue al despacho de Correos, a la barbería y al Banco, sin que en ninguna parte se le hablara ni una palabra sobre la muerte de su amigo. Y al volver a casa a comer, le dijo a Zilph:

—Esa gente es más fría que el hielo.

—Es cierto —dijo ella.

Ella comprendió. Y él sabía que ella comprendía.

—Es un pueblo pequeño, Robert —dijo ella—. Pero me atrevería a decir que todos los pueblos lo son. Sólo he vivido en la ciudad y en el campo, apartada de ese lugar. Hasta que vine aquí no hubo término medio, o sea que realmente no lo sé. Pero desde el momento en que un lugar no es ya una aldea, con más cerdos que personas, el pueblo adquiere algo de los modos de la ciudad, conservando, sin embargo, algo de la aldea. A pesar de todos los años que llevo viviendo aquí, puedo ir al pueblo y ver a gente que no conozco. Como en la ciudad. En un pueblo, en cambio, un extraño llama la atención y es acosado hasta que se explique sobre sí mismo y su indeseada presencia. Aquí no quieren extraños... como en una aldea. Pero hay que tenerlos... como en la ciudad.

—Pensé que podrías explicar por qué el lugar es tan frío.

—Quizá no lo sea. Recuerda que es el día después de un entierro. Y un entierro no es lo más apropiado para alegrar a nadie. Tampoco lo logra el velatorio irlandés. El velatorio sin *whisky* es una cosa desalentadora. Y bastante malo con el *whisky*, si no lo bebes sin descanso. No lo sé, Robert. Supongo que tengo dos opiniones respecto a Lyons. No puedo negar su pequeñez. Está a la vista y nada la cambiará. Pero me pregunto si sus habitaciones son frías. Concedo y cargo al pueblo con la pequeñez, pero la frialdad..., acaso pueda equivocarme. La frialdad es otra cuestión, en la que hay que tomar en cuenta a todas las personas, pero una a una y no generalizando. Lo que llamamos frialdad pueden ser simplemente malos modales, indiferencia. Un hombre puede actuar fríamente sin ser frío.

—Bien, me alegra oírte decir eso.

—Lo admito, ¿no es verdad? ¿Pero cuánto tiempo ha pasado desde que te acusé de ello?

—Aún no sé nunca lo que piensas.

—Pues que si estabas actuando con frialdad, creo que te has deshelado.

—¿Cuándo decidiste eso?

—No cuando lloraste por el doctor Willets, sino hace mucho tiempo. Aunque debo decir, ya que ha salido a colación el doctor Willets, que fue él quien logró deshelarte donde yo no tuve éxito.

—Es que tú no lo probaste nunca.

—Entonces era yo quien actuaba con frialdad; lo siento. Y ya que estamos hablando como dos personas sensibles, ¿has tomado una amante?

—No.

—Siento haberte hecho la pregunta.

—¿Y por qué?

—Pues porque me deja con la otra que no tengo derecho a preguntar.

—Pues lo haré yo. Sí, compro mujeres.

—Si esperabas chocarme con ello, no lo has conseguido. Para muchos hombres es la solución, y es mejor que otras. ¿Te gusta ir con prostitutas?

—¿No encuentras a faltar el amor? Por ejemplo, ¿estuviste alguna vez tentado de casarte con una prostituta, o bien de tenerla sólo para tu exclusivo placer?

—Varias veces. Nunca pensé casarme con una, si hubiera sido rico habría tenido una para mí solo.

—¿Y qué le habría ocurrido a ella?

—Oh, habría tomado, dos o tres en épocas diferentes, quiero decir.

—Entonces, ¿he de entender que no piensas casarte nunca? ¿O sí?

—Podría. ¿Te gustaría tener un nieto?

—Me gustaría, pero no es mi principal preocupación. Es la tuya. Yo he tenido amor, Robert. Un gran amor con tu padre, pero también amé a mi primer marido. Él fue mi primer amor, mi amor de doncella. Y no desearía que a mi hijo le faltase eso. No quisiera que al hijo de tu padre le faltara. Yo sobreviví a tu padre, pero el amor se halla hoy en mí tan vivo y verdadero como hace treinta años. Eso se lleva dentro, y espero que lo encuentres.

—También lo espero yo.

—¿Quieres escuchar entonces el consejo de una mujer?

—Desde luego.

—Pues bien, deja por algún tiempo a tus prostitutas y da una oportunidad al amor. Todo cuanto das a las prostitutas es dinero, el placer que te dan impide estar insatisfecho de tu vida.

—Lo sé. Pero si estoy insatisfecho, ¿me hallaré más dispuesto a enamorarme?

—Mirarás a las mujeres de distinta manera. Y si no tienes a ninguna, puede haber una que prefieras, sobre las demás.

—Eso suena a artificial.

—Tienes treinta y cinco años y ya has ido con mujeres. Suceda lo que suceda, no serás un colegial en amor.

—No, creo que no.

—Eso se fue para siempre. Pero aún tienes abierto ante ti un amor de hombre. Todavía puedes tenerlo, y sin que tengas que pasar la angustia de los colegiales. Eres bien parecido y agradable, y tu padre se enorgullecería de tus modales. Creo que podrías enamorar a casi cualquier mujer si lo desearas.

—Gracias. No estoy acostumbrado a semejantes cumplidos.

—No en la compañía con la que andas estos días. Pero si te mueves en la sociedad fina...

—Supongo que no será la de Lyons.

—Según me han dicho, Fort Penn está muy animado en invierno. Y solteros elegibles son siempre escasos en todas partes. Fort Penn, Filadelfia. Prueba Nueva York también, si quieres.

—Fort Penn ya está bastante lejos. No creo que ninguna muchacha de Nueva York o de Filadelfia quisiera instalarse aquí.

—Tu padre me trajo aquí, y fui dichosa.

—Mi padre era una serie de cosas que yo no soy.

—No lo sé. Cuando crecías, me era muy fácil ver a tu padre en ti. Hasta que murió, solía pensar que de niño y muchacho eras la viva imagen de tu padre. No tanto en la figura como en los modos, en los mismos gustos, y en los mismos disgustos también. Tranquilos y reservados, pero entusiastas también. El Henry Millhouser que yo no conocí, ése eras tú.

—Pero luego cambié, ¿verdad?

—Acaso fui yo quien cambió. Pero tú también cambiaste. A los quince y dieciséis tenías que cambiar de todos modos...

—¿Me hizo muy diferente de mi padre, esa clase de cambio...?

—Sí. Pero quizá nunca fuiste como él Quizás era yo la que me forjaba el parecido.

—Siempre le tuve cariño, pero nunca pensé que me pareciera mucho a él.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Es difícil decirlo así, de repente.

—No debiera ser tan difícil. ¿Por qué no eras igual a él? ¿En qué aspectos particulares?

—Eso es precisamente. No era en cosas particulares. En realidad, intentaba ser como él tanto como podía. Pero yo no era como él, y es posible que sepa por qué.

—Está bien. ¿Por qué?

—Verás... Vosotros dos estabais tan unidos que el uno sin el otro resultabais incompletos. Aunque yo pasara un día con mi padre, sabía siempre que volvería contigo.

—¿Y por qué no había de hacerlo? Era su mujer.

—No, mamá. Tú eras más que su mujer. He visto a una serie de maridos y mujeres que jamás han llegado a ser la unidad que vosotros formabais.

—Lástima que no tuviésemos más hijos. Un hijo único siempre piensa eso de sus padres: que están siempre juntos y le dejan a él a un lado. Perdí dos

hijos antes de que tú nacieras. Una pena. De haber vivido, tú hubieras sido el más joven de los tres, y no habrías crecido tan solo.

—Me pregunto qué habrían sido mis hermanos o hermanas o la combinación que fuese. Quiero decir, ¿cómo habría sido yo de haber crecido con ellos?

—¡Oh! Puedo decirte qué eran: un hermano y una hermana.

—¿Quién era el más viejo?

—El hermano; después venía la hermana, y luego tú.

Él rió para sí.

—¡Treinta y cinco años! Y aún puedo pensar en lo magnífico que habría sido que hubiese tenido un hermano mayor para jugar con ellos...

Ella le miró con una expresión que a él le pareció de horror.

—¿Qué sucede?, —dijo.

—Estaba pensando en la terrible soledad que tuviste y de la que nunca me había dado cuenta, Dios me perdona. De haberlo sabido hubiera hecho más de un esfuerzo.

—Y yo me habría dado cuenta, mamá.

—Es posible. Pero lo habría intentado.

—Y yo lo hubiese sentido. Hubiera sido mucho peor saber que te compadecías de mí.

—No lo sé. Pero ahora siento haber defraudado a tu padre. Él te adoraba y yo te descuidaba.

—¿Cuántos años tienes, mamá?

—Sesenta y dos.

—Bien, pues no empieces a tener pena por tu niño de treinta y cinco años. Ya no soy ni joven. Dentro de cinco años tendré cuarenta.

—Dentro de cinco años tendrás treinta y nueve. Aún no tienes treinta y cinco.

—Bien, no intentes engatusarme sobre mi edad. Sea la que fuere nuestra mutua relación, la suerte está echada. A veces era desdichado, pero ya no lo soy. Y no quiero que empieces a preocuparte. Empezaré a buscar mujer y a su debido tiempo tendrás un nieto por el que preocuparte.

Tres nietos, para que ninguno de ellos Crecza como yo.

—Quisiera saber cómo me he de tomar eso.

—Y yo, qué me hizo decirlo.

—¡Oh, lo sé, Robert! Tu amargura, tu soledad. Por no mencionar tu antipatía hacia mí.

—Vamos, mamá. Deja de inquietarte. Me encuentro perfectamente bien. Ya sabes lo que pasa con algunos presos. Salen, y no saben qué hacer, y cometen otro delito para volver donde se sienten como en su casa.

—¿Sabes por qué? Porque su espíritu murió en la cárcel.

—Eso suponiendo que tuvieran un espíritu.

Mas a pesar de la imposibilidad de sostener una larga conversación sin alguna aspereza, Zilph y Robert Millhouser mantenían un mutuo respeto que no era simple cortesía. No se oponían automáticamente, por animosidad y obstinación. En la actual ocasión, Robert mencionó a su madre pocos días después su intención de participar en las funciones sociales de Fort Penn.

—Roseberry, el amigo que estuvo comiendo aquí aquel día conoce a todo el mundo en Fort Penn, y es la clase de compañero a quien puedo decir que estoy buscando una mujer.

—Mi impresión sobre Mr. Roseberry es la de que te pondría en contacto con la mujer de otro.

—Es verdad. ¿Pero y qué si me enamorase de la mujer de otro y quisiera casarme con ella? ¿Te opondrías?

—No es fácil que suceda si estás apartado de esas otras de que hablamos. Una mujer casada cedería demasiado pronto y ya no desearías casarte con ella.

Ben Roseberry dio su aquiescencia al principio, y luego, para su propio divertimento, cooperó más briosamente en la aventura de Robert.

—Estoy más acostumbrado a descarriar a mis amigos casados, pero esto promete ser una novedad. Para empezar te llevaré a una cena a la que estoy obligado desde hace dos o tres años. Son personas mayores que nosotros, pero las esposas te harán todos los arrumacos como posible partido para sus hijas. Espera y verás. Tendrás que soltar uñar cuantas bolas. Hazles creer que pasas más tiempo en Fort Penn de lo que lo haces, y harás mejor en tomar un apartado de correspondencia en el Club. Es donde te enviarán las invitaciones. Es demasiado tarde para este año, pero el próximo deberías tener inscrito tu nombre en el Libro Azul. Ya lo arreglaré. Y si quieres dorarlo más, debieras tener un caballo propio. Sabes montar, ¿no es así?

—Sí, ¿pero para qué necesito un caballo?

—Es uno de los mejores medios para conseguir a una virgen, sin ayuda de mamá. No es absolutamente necesario.

—Entonces lo haré sin caballo, pero estoy completamente asombrado. Conoces todos los trucos.

—Apuesta a que sí, Aprendí a darlas un quite también. Pero como se dice, estás en capilla.

—Para casarme.

—En capilla. Un buen hombre conduciéndose a sí mismo al matadero. Me pediste que te ayudara y lo haré, pero siempre estaré dispuesto a ayudarte a salir del atolladero. Desgraciadamente, Robert, temo que hayas de abandonar a Mrs. Jones. Algunos de los padres serían comprensivos, pero no los hermanos. Puedo oír a algunos de ellos diciendo: «Apártese de mi hermana, indecente réprobo». No tengo sistema alguno para nadie que baje de los treinta años. Es decir, varones. Ruidosos, pendencieros, cachorrillos sabelotodo.

Bajo el patrocinio de Roseberry, Robert fue presentado a la sociedad de Fort Penn, y quedó asombrado de la amplitud de su actividad y del sosegado esplendor de sus reuniones. En casi todas las cenas de etiqueta había un rincón donde, bajo cuerda, se servía champaña durante toda la velada. Robert supo por Roseberry que cada una de las cenas era un acontecimiento anual para la anfitriona, quien virtualmente disponía del tercer miércoles de enero, segundo jueves de febrero o cuarto viernes de marzo, año tras año. (La Cuaresma no contaba en esta ciudad protestante). El dinero era más antiguo que el de Pittsburgh, y cuando las mujeres iban de compras fuera, se dejaba Filadelfia por Nueva York, aunque los hombres que no habían ido a Yale eran frecuentemente alumnos de la Universidad de Pennsylvania y habían pasado por los Colegios de Lafayette y Franklyn & Marshall. El poder político como tal no era reconocido, y un asambleísta del condado de Tioga que había ido a Yale, sería igualmente invitado que un hombre que se había forjado a sí mismo y controlaba cien mil votos. Robert fue presentado a hombres que conocían a su padre principalmente por las listas de socios del Club de Fort Penn, y también a uno que había estado asociado en asuntos jurídicos con el finado Conrad Isaminger; pero los demás le eran totalmente extraños. Cumplía con los requisitos exigidos para que su presencia en las reuniones fuera moderadamente aceptada: parecía ser un caballero, amigo de Roseberry, sin ser fanfarrón como éste; miembro, de la segunda generación, del Club de Fort Penn, y miembro, asimismo, de *Delta Psi*; y poseía propiedades en varios condados vecinos. Acudió a tres cenas, lo cual era un hecho notable por tratarse de un recién conocido, pero aún no había sido juzgado por los maridos. Ni siquiera se habían molestado en mostrar algún interés por sus actividades en Fort Penn. Había cierta manera de decir: «Ah, sí, usted vive en Lyons», que revelaba al interlocutor como un accionista de una mina o de un

ferrocarril; y cuando alguien decía: «No trabaja usted la tierra por sí mismo, ¿verdad?». Robert sabía que estaba haciendo un rápido pero probablemente exacto cálculo de los ingresos que las granjas proporcionaban a Robert. Ninguno de los mayores manifestaba ningún deseo por comer con Robert, aunque cuando le veían en el Club le saludaban con una inclinación de la cabeza y le hablaban.

—No me parece que haya tenido mucho éxito —le dijo a Roseberry—. No he conocido a nadie que vuelva a cumplir los cuarenta y cinco.

—Paciencia, hijo mío —respondió Roseberry—. Hemos hecho progresos. ¿Puedes estar en Fort Penn el próximo domingo?

—No. Doy clases en la Escuela dominical...

—¿En la qué? ¡No me digas! Bueno, me han invitado a tomar el té el lunes por la tarde en casa de los Baumgarten y me han pedido que lleve conmigo a ese interesante Mr. Millhouser, si es que está en la ciudad.

—¿Significa eso un progreso?

—Decididamente. En primer lugar, nunca he sido invitado al té, jamás, aunque tengo un lejano parentesco con los Baumgarten. Y en segundo lugar no habrá allí muchas personas que pasen de los cuarenta y cinco. Los té del domingo por la tarde de los Baumgarten son considerados como el mercado de esclavas. Maravillosas mujeres blancas se exponen cada domingo, así como algunas de las más puras doncellas cautivas. Jennie Baumgarten, prima Jennie, ha tenido un gran éxito con sus té. Tiene cinco hijas, y he oído decir a más de una madre que Jennie consiguió casar a tres de ellas por unos cuantos emparedados de pepino. Esther es la actual candidata. Hay otra de catorce o quince años, pero ésta no se hallará allí, gracias a Dios.

—Bueno, ya veo que hemos progresado.

—Así es, y a partir de este domingo serás invitado cada domingo. Y para decirte la verdad, hay algunas lindas jovencitas en esta ciudad, y todas van a los té de Baumgarten. Esther es muy bonita.

Esther Baumgarten era en efecto una linda muchacha pero más acertadamente podría denominársela guapa, con sus grandes ojos pardos, su pelo negro partido por la mitad, el sereno pliegue de su boca y una nariz que completaba un rostro italiano.

La prevención de Roseberry de que las muchachas que acudían a los té de los Baumgarten iban a pescar marido no podía aplicarse a Esther. Parecía contenta en su presente estado, y como coanfritiona repartía sus atenciones por un igual entre todos sus invitados, individualmente o por grupos. Hubo afabilidad y nada más en su breve saludo a Robert Millhouser.

—Tu prima era lo más escogido de ese ramillete —le dijo Robert a Roseberry mientras volvían andando al Club.

—¿Esther? Podrías escoger peor. Jennie educó a sus hijas muy estrictamente. Karl Baumgarten es un melindroso que se casó con ella por su dinero, y de haber tenido las manos libres, ya no les quedaría nada. Se metió en varias inversiones que le costaron a Jennie unos cincuenta mil dólares antes de que sus hermanos intervinieran. Le dieron un trabajo en la capital, donde no podía hacer mucho daño, y ahora está retirado y va a la Biblioteca Pública cada tarde, porque eso le hace sentirse muy importante. Pertenece al Consejo de Síndicos, que se reúne una vez por mes, pero él va cada día. Creo que va a echar una siestecita en la sala de conferencias. Jennie crió a las muchachas. Supongo que Karl es el que arregla el arbolito de Navidad y se halla siempre presente para colocar a sus hijas. No me importaría tanto Karl si no actuase de un modo tan superior a Jennie.

La temporada de cenas de etiqueta terminaba después de Pascua, y sin un programa fijo con el que contar, Robert se enfrentaba a una primavera y verano en Lyons. Mirando atrás se dio cuenta de que Ben Roseberry, actuando como consejero social, había sido un sustituto del doctor Willets. No sentía afecto por Roseberry, puesto que Roseberry no lo tenía por nadie, ni verdadero interés en nada aparte de su trabajo y sus apetitos; pero en tanto Robert Millhouser estaba siendo guiado por Roseberry, la ausencia del doctor Willets no se había sentir agudamente. Mas ahora, con la llegada de la primavera, Robert no tenía una excusa válida para pasar tanto tiempo en Fort Penn, echaba de menos al doctor Willets y temía el largo período que se avecinaba y en el que notaría su falta. Y con tal disposición de ánimo fue a un té dominical de los Baumgarten, por vez primera sin la compañía de Roseberry.

Esther miró por encima del hombro y vio que Roseberry no le había acompañado.

—¡Ah, vino usted solo! ¡Estupendo!, —dijo.

—De poco no vengo.

—Pero yo le dije que lo hiciera. Cuando menos, se lo pedí. El primer día que vino aquí, le dije que siempre era usted bien recibido. Nunca enviamos invitaciones para estas reuniones. Es lo más encantador de ellas. Nuestras amistades sólo vienen aquí cuando desean hacerlo, y no porque hayan sido invitadas. Así ha sido siempre, desde hace muchos años. Y así es como mi madre casó a mis tres hermanas mayores, aunque supongo que no debería decir esto. Pero llama la atención a la siguiente de la lista... yo.

—Usted no necesita nada para atraer la atención. Usted es lo único que siempre veo.

Ella se turbó y miró a un lado.

—¿Usted cree? Dispénseme. Algunas personas...

—Espere. No voy a disculparme. Al contrario, lo voy a poner peor.

—Por favor, no lo haga. Apenas me conoce.

—¿Debo marcharme? Se notaría mucho si lo hiciera en este momento.

—No, no se vaya. Pero, por favor, no vuelva a decir una cosa así.

—Esther, no acostumbro a decir esas cosas. No soy un muchacho. Tengo treinta y cinco años.

—Motivo de más para que tenga cuidado con lo que dice.

—Está bien. Seré extremadamente cuidadoso. Y ahora escácheme, Esther Baumgarten, ¿quiere usted casarse conmigo?

—Eso es imperdonable. Creí que era usted un caballero.

—Sería imperdonable si no hablara, en serio.

—¿Y qué le parecería si en este momento anunciara a la concurrencia: «Señoras y caballeros, Mr. Millhouser acaba de pedirme que me case con él y yo he aceptado»?

—Pues que sería imperdonable... si no lo pensara así.

—Es fácil decir eso. Usted sabe que no lo haré.

—Entonces lo haré yo —dijo Robert empezando a moverse.

—¡Espere, espere! ¡Por favor, por favor...! Venga conmigo. —Le condujo a un saloncillo situado al otro lado del vestíbulo, y cerró la puerta. Luego se enfrentó a él—. No sé qué decir... Si me hubiese quedado allí no sé lo que habría hecho. Siento como si se me agolpara la sangre en la cabeza. — Se llevó las manos a las mejillas. Él las cogió, y las puso en tomo a su cintura. Luego la besó, sin que ella protestara.

—Es cuanto necesitaba —dijo ella—. Un beso. Ahora me encuentro bien. Podemos volver.

—¿Y anunciarlo?

—No hay nada que anunciar. Todo cuanto deseaba era que me besara.

—Pues para mí no lo es todo. Quiero que se case conmigo. ¿Quiere usted que hable con su padre?

Ella sonrió.

—Le quiero a usted lo bastante para besarle, pero no me casaré con usted, Robert.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que no está usted enamorada de nadie.

—No lo estoy, y nunca lo he estado. Pero tampoco estoy enamorada de usted. Y usted no está enamorado de mí. ¿Quiere que me convierta en su amante?

—¿Sabe usted lo que está diciendo?

—No exactamente, pero puedo suponerme. No, tampoco desearía eso. Pero quiero besarle y que usted me bese. Volvamos, o tendré que dar alguna explicación.

Su ausencia había sido advertida, como lo dio a demostrar el rápido silencio cuando volvieron a la sala, silencio seguido por un ronroneo de forzada conversación. En un impulso, Robert Millhouser se dirigió hacia donde estaba sentado Karl Baumgarten, en compañía de una de sus hijas casadas.

—¿Puedo unirme a ustedes?, —dijo Robert.

La hija dijo que tenía que marcharse en seguida a casa.

—Siéntese, Mr. Millhouser.

—Gracias, Mr. Baumgarten. He pedido a Esther que se casara conmigo y se ha negado.

—Oh, todas tienen ideas propias... ¿Me está usted pidiendo permiso para intentar que cambie de parecer?

—Pues bien. Ya es usted bastante mayor para saber lo que quiere, y bastante hombre de mundo, sino le importa que me exprese así. Tiene usted mi permiso.

—Gracias, señor.

Un mes después se anunciaba el compromiso. Después de un cortejo que fue muy breve para los temas conversacionales de Fort Penn, y que consistió en unas pocas excursiones, paseos en barca en el río Nesquehela, té s Baumgarten dominicales (en los cuales la perspectiva de desposorio se afirmaba cada vez más) y visitas una vez por semana por las noches, Esther cambió de decisión durante una de estas visitas.

—Quiero casarme contigo, Robert —dijo, tan pronto como estuvieron a solas.

—¡Qué agradable sorpresa!, —dijo él.

—A pesar de que no nos amamos mutuamente.

—Yo sí que te quiero.

—Por favor, no digas eso. Yo no, y tú no debieras. ¿Podemos ser sinceros?

—Ruth dice que te querré.

—¿Tu hermana Ruth?

—Sí. Y me ha dicho otras cosas, particularmente acerca del matrimonio. No he sido sincera contigo, pero era porque no lo sabía. Y ahora ya lo sé. Ruth y yo somos íntimas, y ahora sé ciertas cosas que antes ignoraba. Tú las sabes porque eres hombre y mayor. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sí, querida, lo sé. Tienes suerte en tener a Ruth.

—En adelante no te besaré. Ya no lo deseo tanto desde que Ruth me dijo esas cosas. Ello me lo hace completamente diferente, Robert. Yo no sabía nada antes de que Ruth me asustara y me hiciera llorar, pero ahora ya sé qué esperar, y Ruth dice que te querré. Dice que antes yo no sabía lo que era el amor.

—¡Bien por Ruth! ¿Y cuándo podemos casarnos?

—¿En setiembre?

—Cuanto antes mejor.

Comenzó entonces un período de gran ternura entre ellos, durante el que se pertenecieron sin pasión y como si estuvieran guardando algo precioso de lo que entrarían en posesión hasta el futuro. Era el amor lo que estaban protegiendo; se habían prometido amor, y ambos creían en la promesa y en el amor. Convinieron en que no habían estado enamorados, y procuraban no dar el nombre de amor a su presente ternura. Una consecuencia de su reverencia hacia la futura felicidad era el altruismo de lo que ahora sentían y una generosa aceptación de una espera impuesta; cada uno de ellos amparaba la esperanza del otro en la eventual realización del amor, y la protección de sus esperanzas funcionaba como una salvaguarda contra las irritaciones y vicisitudes de un amor más explícito. Robert sólo decía: «Te quiero, Esther, sé que te quiero», al llegar la noche; y en la calma del amor que negaban, se encontraba por vez primera en paz con su masculinidad.

No se veían con regularidad, una vez anunciado el compromiso. A veces se veían durante tres días seguidos, y luego pasaba una semana sin que volvieran a encontrarse. Debido a que era verano y se hallaban ausentes tantas amistades, las participaciones prematrimoniales fueron retrasadas hasta setiembre. Pero no podían retrasar la visita de Esther a Lyons y a Zilph Millhouser.

—Tú y tus padres vendréis a pasar la noche, y mamá os visitará un par de semanas después. Hubiera deseado que no tuviera que ser en agosto, pues a mamá le afecta mucho el calor durante la canícula.

—Estás nervioso, ¿verdad?, —dijo Esther.

—Pues, sí. Hubiera querido que mi padre viviese aún.

—También yo, pero está muerto. Haremos cuanto podamos. Una noche no es muy larga.

—¿No estás tú también nerviosa? ¿Por conocer a tu futura suegra?

—Más curiosa que nerviosa, me parece.

Los Baumgarten llegaron en el tren del mediodía y fueron recibidos en la estación por Robert y Moisés con el birlocho. El programa era: comida, siesta, té, cambio de ropa, cena y retiro a hora temprana. A la mañana siguiente: desayuno, paseo, comida, y partida de los Baumgarten en el tren de las dos. La compañía se hallaba limitada a las próximas familias, tres Baumgarten y dos Millhouser. Aunque con cierto envaramiento, todo se desarrolló bien hasta después de cenar, cuando las mujeres se retiraron a las habitaciones del piso superior y Robert Millhouser y Karl Baumgarten quedaron solos abajo. Baumgarten, con traje blanco de hilo, agitaba un abanico de palma y fumaba un puro, sentado en compañía de Robert en el porche costanero, a la luz del crepúsculo.

—Tiene una bonita finca —comentó Baumgarten.

—Mi padre la construyó cuando se iba a casar con mi madre.

—Fue afortunado en poder hacerlo así. Aunque si ella hubiese cambiado de parecer en el último minuto, ¿habría seguido viniendo aquí? Supongo que no conoce la respuesta.

Robert Millhouser intentó ser agradable.

—No, señor, creo que no la sé —dijo.

—Yo soy pesimista. Nunca habría construido una casa para mi mujer hasta después de habernos casado. No es que pudiera hacerlo. Cuando era joven no tenía mucho dinero, y Mrs. Baumgarten y yo tuvimos que vivir con mis padres durante los primeros años. Luego comencé a ir mejor y construí la casa en que vivimos. Supongo que estará usted planeando algo por el estilo, Robert. A una joven pareja no le va bien vivir con los padres de cualquiera de los dos. Ninguna casa resulta lo suficientemente grande.

—¡Oh!, Esther no piensa así.

—Es lo que dice ahora, pero dentro de un año será diferente.

—No mucho. Mi madre está planeando un viaje a Irlanda y apenas estará aquí durante nuestro primer año de matrimonio.

—Pero volverá.

—Desde luego.

—Entonces se le planteará a usted dentro de un año el mismo problema que ahora.

—Suponiendo que sea mi problema, lo que no creo. Ni Esther tampoco.

—Yo lo sé mejor. Mire, he hablado con Esther, y es posible que haya sido más sincera conmigo que con usted.

—¿Lo cree usted así, Mr. Baumgarten?

—Sí. A Esther le gustaría mucho más que viviese usted en Fort Penn. Y también a su madre y a mí... Al decir esto pienso más que en nosotros en Esther. Podría usted llevar tan bien sus asuntos desde Fort Penn como desde aquí.

—Temo no estar de acuerdo con usted, señor.

—Algunas de sus granjas se hallan más próximas a Fort...

—No estaba pensando en las granjas. Me refería al lugar donde deseo vivir. Y lo sé. Precisamente aquí.

—Y separar a una muchacha joven de su familia y de todas sus amigas de la infancia, para vivir en...

—Estamos sólo a dos horas de tren de Fort Penn. Mi madre tiene una hermana en Filadelfia, y el resto de su familia estaba a tres mil millas.

—Pero ella no tenía que vivir con la madre de su padre.

—No.

—Entonces sugiero que trate usted de esto con Esther y le diga la verdad. Mrs. Baumgarten y yo nos retiraremos temprano y usted puede tener una oportunidad para hablar con Esther.

—¿Cuándo tuvieron usted y Esther sus conversaciones?

—Tuvimos una esta misma tarde.

Los Baumgarten se retiraron temprano y dejaron a Robert y Esther solos en el pabellón de verano.

—He tenido una..., bueno..., más bien desconcertante conversación con tu padre —dijo Robert.

—No debiera haberte dicho nada. ¿Te refieres a lo de vivir aquí?

—No podría vivir nunca con tu madre, Robert. No me quiere.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? Acabas de conocerla. Es un desatino, Esther.

—No es un desatino. Lo sería decir que me quiere.

—Yo no he dicho eso. No me atrevería a decir que te quiere o no te quiere basándome en un conocimiento tan corto.

—Entonces me obligas a decir lo que no quisiera. Soy yo quien no la quiere.

—Está acostumbrada a eso.

—¿Entonces no querrás que vivamos en la misma casa?

—Mamá va a ir a Irlanda en octubre, y seguramente pasará un año allí. Dispondremos de esta casa para nosotros solos mientras esté fuera.

—Y dentro de un año volverá el mismo problema.

—Tuvisteis una conversación con tu padre, ¿verdad...? Pero creo que fue él quien llevó la voz cantante.

—No sé qué quieres decir con eso, ni con tu sonrisa de superioridad.

—Yo no quiero a tu padre, Esther, pero me llevaré bien con él, siempre que no interfiera en nuestros asuntos. Es un detestable embustero. Me dijo que hizo dinero y que construyó la casa en la que vivís. Y todo el mundo sabe que le tuvieron que atar corto para que no echara el dinero de tu madre en malas inversiones.

—¡Y tu madre hospedaba a sus amantes en esta casa! No quisiera vivir aquí, donde han pasado cosas así. Sí, está acostumbrada a que las personas no la quieran. ¿Y qué otra cosa podía esperar? Si mi madre lo supiera, no estaría aquí en estos momentos.

—Por lo tanto, es tu padre quien te contó esta mentira. Bueno, ya te dije que era un redomado embustero.

—Mi padre es un caballero. Quería persuadirte a que hiciéramos nuestro hogar en Fort Penn sin mencionar lo que sabía de tu madre. Pero lo nuestro se acabó. Sólo quisiera que esta noche hubiese un tren para Fort Penn.

—Estaba pensando lo mismo.

—Aquí tienes tu anillo. Diré a mi madre que hemos roto nuestro compromiso porque no quiero vivir aquí. Tú puedes decir a tu madre lo que quieras. Pero, por favor, no vengáis a despedirnos mañana por la mañana. No quiero volver a veros a ninguno de los dos.

Robert miró el anillo que Esther había depositado en la palma de su mano.

—Lo peor de todo es que estás haciendo exactamente que debías. Si es que crees lo que crees.

Ella le tocó el hombro con las yemas de los dedos.

—Y tú también, Robert. Tienes que quedarte a su lado.

—Buenas noches, Esther.

La contempló cómo se alejaba por el sendero enladrillado hacia la casa, y sintió un furioso impulso de llamarla, sabiendo que el agudo puntear de sus tacones sobre el ladrillo era una invitación telegrafiada, no para una reconciliación, sino para el deseo que había ocupado el lugar de su sosegada protección del amor. Pero cuando Esther entró en el portal y el sonido de sus pasos se hizo opaco, y advirtió a los de arriba que ya había entrado, se había ido para siempre y estaba solo.

Durante un rato anduvo, dando un rodeo a la casa. No había luz en la habitación de su madre ni en las asignadas a los Baumgarten. En el silencio que envolvía la casona, cualquier voz podía ser oída por los insomnes del segundo piso. Entró, y escribió una nota a su madre.

Los Baumgarten se marcharon en el tren de la mañana, sin ver a Zilph Millhouser ni a Robert.

—Su madre desea que vaya a verla a su habitación.

Era la fraseología a la antigua, cuando Robert era joven y su madre quería charlar con él.

Zilph estaba ya vestida y sentada en la mecedora próxima a la ventana. Él la besó en la frente.

—¿Te has desayunado?, —le preguntó ella.

—Todavía no.

Zilph tocó la tetera.

—Todavía está caliente. Toma una taza de té.

—La respuesta irlandesa a todo, ¿no es eso? Y la inglesa. Una buena taza de té.

—La respuesta a nada, pero suaviza el camino. Para un hombre que acaba de romper su compromiso pareces más bien jovial. Porque supongo que está roto. Tu nota no lo decía, pero pedirme que me quedara en la habitación hasta la partida de los visitantes...

—Está roto sin remedio.

—¿Qué hice yo? No vale la pena negar que tuve parte en ello. Todo iba bien hasta que me conocieron.

—Tú te casaste con mi padre y me diste la vida.

—Sí, ¿y qué?

—Esther no quería vivir aquí.

—Conmigo. ¿No discutisteis esto antes?

—Sí, pero no mucho. Me dijo que, de pronto, se había dado cuenta de que no le gustaría venir a un pueblo desconocido, abandonar a su familia y a sus amigas...

—No me quería.

—No, ni tú a ella.

—Pues yo sí, pero no hubiera logrado convencerla, si no me quería. ¿Le dijiste que me marchaba al extranjero?

—Me dijo que eso sólo habría retrasado el problema.

—Tiene razón. Sólo lo habría retrasado. Como en este mismo momento estás retrasando decirme la verdadera razón por la que no os vais a casar.

—¿Puedes pensar en una razón mejor?

—Pueda o no, es una razón suficiente. ¿Estaba en el ajo aquella cara de zorro de su padre?

—¡Oh, desde luego! Él la respaldaba.

—Si sólo la respaldaba... Pudo haber decidido que en vista de que no poseíamos la mitad del condado, su hija encontraría algo mejor.

—Si esto influyó en ello, fue sólo por parte de él, y no de ella. Esther no es así.

—La quieres, ¿verdad?

Robert vaciló.

—Ya pasará.

—El huerto de Getsemaní.

—No, mamá, no tan malo como eso. Si nos hubiésemos casado, creo que todo habría ido bien. Pero ella dijo desde el principio que no quería casarse conmigo.

—Y, sin embargo, podrías tenerla de nuevo. Lo siento. ¿No es así?

—A decir verdad, sí.

—Pero no la desees lo bastante para probar otra vez...

—No.

—Debo ser sincera contigo..., debiera haberlo sido antes. Tenía intención de ir a Irlanda en octubre, ya lo sabes. Pero te había ocultado otra cosa... No pensaba volver.

—¿Pensabas quedarte en Irlanda?

—Sí. Esther tiene toda la razón en querer una casa propia. E iba a tenerla. Pero no quería decírtelo, debido a la clase de hombres que eres. No hubieras buscado nunca una mujer si ello suponía mancarme a mí fuera. Tu sentimiento por tu padre habría sido demasiado poderoso para ello. Pero creo que debes hacer otra prueba, Robert. Dile a Esther que me marchó a Irlanda y que ya no volveré. La finca es vuestra. Y cuando tengáis un nieto, venid a Irlanda los tres, y estaré más que contenta.

—Todo acabó, mamá.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente seguro.

—¿Lo desees de verdad?

—Sí.

—Entonces hay otra razón que no me dices. Puedes responder sí o no a ello, ¿puedes?

—Sí, pero no me preguntes qué es.

—No pienso hacerlo. No me toca a mí saberlo.

—No es nada que te concierna. Es cosa nuestra. De Esther y mía.

—Pueden ser muchas cosas. ¿Y ahora, qué? Desde luego es demasiado pronto para decirlo.

—¿Quieres saber qué voy a hacer?

Él sonrió.

—Pues, verás, no pienso ir a buscar una mujer. Si sabes de alguna que me convenga, avísame.

—Te admiro, Robert. Estás fingiendo. Estás más afligido de lo que quieres aparentar.

—¿Para qué iba a alardear contigo? Confieso que no me agrada haber perdido a Esther. Pero se ha marchado y nunca volverá.

Margaret apareció en el umbral, llevando una bandeja con el servicio de té y unas tostadas.

—Pensé que el señorito querría tomar el té mientras hablaban —dijo.

—Gracias, Margaret. Es la respuesta irlandesa para todo, ¿no es eso?, —dijo Robert.

—Así es. Hay pocas complicaciones y situaciones que no puedan arreglar una buena taza de té. Y un hombre no está bien en forma si empieza el día con un estómago vacío. Y, ¡uf!, cogieron el tren a tiempo. Moisés ya ha regresado y los vio salir.

—Gracias, Margaret —dijo Zilph.

—Llevaré la bandeja si ha terminado usted —dijo Margaret.

—Bueno. Tengo que darte un informe después.

—¿Un informe, señora?

—Mr. Robert ha roto su compromiso matrimonial.

—Oh, ¿de veras? Muy considerado por parte de la señora. Yo también tengo que darle un informe. He tenido una charla muy interesante con Moisés.

—Debía de haberlo imaginado. Hable.

—Se refiere a miss Baumgarten. Se puso de muy mal humor. El padre empezó a decir lo contento que estaba de salir de esta casa, dándole un sentido a esta casa, y la hija se enfadó y dijo que si le oía decir otra palabra más saltaba del birlocho y se iba a pie, y que no sería a su casa donde se iría. Dijo que se iría a vivir con Ruth, o quien fuere, y que nunca volvería a casa. Ese Baumgarten tenía la cara como un hurón. Todos estamos contentos de haberle visto lo menos posible.

—Está bien. Gracias, Margaret.

—Por lo menos debía haber tenido la decencia de no decir cosas delante de Moisés —dijo Margaret—. No era un caballero. Bueno, ahora volvemos a estar todos juntos.

—No es una mala manera de enfocar el asunto —dijo Robert.

—Sí. Baje cuando haya terminado. Le hemos preparado lonchas de banana con nata.

—Gracias, bajaré dentro de un par de minutos.

—Tómese tiempo, tómese tiempo —dijo Margaret, marchándose.

—Lonchas de banana y nata —dijo Robert—. Apuesto a que no se las sirvió a los Baumgarten.

—Tostadas rancias y té tibio y amargo, me imagino —dijo Zilph—. No importa, es bueno tener a Margaret Dillon, que sólo piensa lo mejor para nosotros. Hace agradable la vida también.

Advirtió que Robert no la escuchaba.

—Empiezan a trillar el próximo lunes —dijo Robert—. Tendrán casi el doble de avena que el año pasado, más de la que podemos necesitar. Voy a vender aproximadamente la mitad; y en cuanto a la paja, no tendremos molestias en desembarazarnos de ella. Hablé con un individuo en Fort Penn que es de la guarnición de caballería y la comprarán si está empacada.

—¿Estarás fuera toda la semana?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. Diviértete.

—Mamá, no te preocupes por mí. Esto tenía que ocurrir y podía haber sido mucho peor. Hace diez años podría haber tenido el corazón destrozado.

—Sí, creo que hace diez años lo habrías tenido —dijo Zilph.

* * *

Al escribir esta crónica he intentado afanosamente mantener la fe en el lector. Ya que ésta es, y será, mi única aventura en el terreno de la novela biográfica, no he tenido experiencia ninguna que me guiara; y ésta no me servirá de nada en una pregunta incursión futura. En esta etapa de mi escrito, me aprovecho de lo que pudiera ser la última oportunidad para señalar con cierto orgullo el hecho de que con frecuencia, y creo que de un modo completo, he resistido a toda tentación de embaucar al lector. Específicamente, he desdeñado las oportunidades de crear un falso «suspense» reteniendo información. Admito que a menudo la tentación fue fuerte, pero no me puse a escribir una novela policiaca. (No soy de la clase de engreídos que siempre dicen que no leen novelas policiacas ni tampoco de los que afirman que nunca leen nada). Ésta es en gran parte la historia de Robert Millhouser, empleando los hechos tal como me los contó, y redactándolos y refundiéndolos a mi manera, sin cambiar su contenido o cualquier cosa que me fuera dicha. Hasta puede decirse que he sido superconciencizado o escrupuloso en mi método. He transcrito casi todos los hechos, ciertamente todos los importantes o bien en su orden cronológico, o bien en el que los obtuve. Un novelista experimentado podría argüir que podía haber pospuesto legítimamente ciertas revelaciones, sin haber de recurrir al plan del «deus machina». Pero en cuanto determiné mi sistema y método, me adherí a ellos, y el lector ha conocido casi desde el comienzo, no sólo que Robert Millhouser mató fatalmente a su joven esposa, sino que Millhouser consideraba que aquel acto puso fin a su propia vida en todos los sentidos, salvo el literal. Al mismo tiempo, he presentado escrupulosamente y en detalle «personajes», y acontecimientos y hasta materias que posteriormente tuvieron, o que posteriormente tendrán cabida en este relato. En una palabra, no he dejado aparte nada de lo que en una novela policiaca pudiera ser designado o reconocido como Hace de futuros desenvolvimientos. Aún más, en mi esfuerzo por ser honrado con el lector, he puesto a contribución lo mejor de mi capacidad para revelar a mis personales, incluyéndome a mí mismo, pues evidentemente me he entremetido como personaje en esta crónica de tal manera que él

podiera conocer sus realidades y potencialidades espirituales y emotivas y sujetando así en algunos casos a la anticipación del mismo la conducta de esos personajes, y, en todos los casos, confío en ello, haciendo esa conducta verosímil y psicológicamente consciente, hasta puede haber límites en la consistencia del comportamiento humano.

Como ya antes he dicho en esta nota, ésta puede ser mi última oportunidad de llamar la atención sobre mis esfuerzos de jugar limpio con el lector. Y en correspondencia debo pedir la cooperación del mismo. Pediré al lector si quiere hacer una pausa de un par de minutos en esta lectura y, por lo que ha sabido de Robert Millhouser, imaginarse la vida de éste entre 1890 y 1902. Recorro a esta insólita demanda, debido a que yo mismo he examinado diligentemente el relato del propio Millhouser sobre esos años, y resulta singularmente poco remunerador para un Diario que es tan exhaustivo y tan personal. El imaginativo lector, que ya ha trabado conocimiento con Robert Millhouser, con su madre, con el pueblo de Lyons y con los más escuetos perfiles de la Historia contemporánea, puede, a buen seguro, proporcionar su propia versión a la vida sin sucesos desde la edad de treinta y cinco años hasta la de cuarenta y siete, y le aseguro que su versión estará próxima a la verdad. Robert Millhouser cuidó de sus negocios, se retiró de la vida social de Fort Penn, satisfizo sus necesidades sexuales en una casa de tolerancia regida por una sucesora de Mrs. Jones, no hizo ningún esfuerzo para hallar un sucesor al doctor Willets, y aunque ni él ni Zilph Millhouser lo expresaran en palabras, sabían que la rutina en la que se habían asentado, había de ser su manera de vivir, hasta que la muerte de uno de los dos acabase con ella. Estoy en terreno seguro cuando, por decirlo así, doy al lector libertad para imaginar a su gusto esos doce años de la vida de Robert Millhouser. Y puesto que he sido tan sincero con el lector, permítaseme añadir que el motivo que me ha inducido a más bien proporcionarle un momento para que pueda contemplar la vida de Robert Millhouser, tan ordenada y tan normalmente gris como acaso podría haber proseguido de no ser por la muerte de Zilph Millhouser en 1902.

Si el lector quiere hacer ahora una momentánea pausa para considerar aquellos tranquilos años, proseguiré después con la historia de Robert Millhouser a partir del tercer año del nuevo siglo. –G. H.

* * *

En Lyons, las cosas iban mal. La huelga que fue declarada en mayo y a la cual fueron tan esperanzadamente los mineros, llevaba ya casi dos meses de duración, y algunos de los hombres habían comenzado a perder su fe en el criterio de John Mitchell, su héroe de mayo. ¿Por qué, decían, declaró Mitchell la huelga precisamente en aquella época, cuando los propietarios de las minas habían tenido cuatro años de vacas gordas y podían permitirse el lujo de vivir de sus ganancias? Los leales admiradores de Mitchell explicaban que sabía lo que se traía entre manos. Los propietarios de las minas se hallaban de mejor talante para escuchar que si hubieran estado perdiendo dinero durante esos cuatro años. Es demasiado joven, decían los rezongones; los propietarios eran viejos de muchas conchas, y Mitchell sólo tenía treinta y dos años, Pero la respuesta a ello era la de que a pesar de su edad, Mitchell, y ningún otro Jefe laborista antes de él, había unificado, y no sólo unificado a ciento cincuenta mil hombres de los sindicatos, quienes hasta entonces habían estado divididos en una docena de idiomas y animosidades del Viejo Mundo, y por tres grandes tradiciones religiosas: la católica romana, la ortodoxa griega y la protestante. Aún había más defensores que críticos de la intensa y enlevitada pequeña iglesia presbiteriana, pero a medida que sus ahorros menguaban y el carbón permanecía sin ser arrancado en las minas, y el sol de la canícula hacía que hubiese un mínimo de actividad, el esperanzado espíritu de mayo desapareció en algunos mineros. No tenían nada que hacer sino jugar al tejo, estarse a la sombra, hacer circular rumores, y evitar a las mujeres y sus miradas preocupadas y hastiadas, y sus afiladas lenguas.

En medio, entre los mineros y los propietarios, se encontraban los negociantes y comerciantes..., y como en cada pueblo de la región de la antracita, su posición era tergiversada. No procurando que se hallaran en medio, sino que una de las dos facciones les empujaba al extremo de la otra. Un almacenista de Lyons estaba relacionado con un minero de Lyons y con la familia del minero, y no lo estaba con J. P. Morgan y George F. Baer. Un almacenista de Lyons sabía la medida del sombrero y de los zapatos de un minero de Lyons, y el número del corsé de la mujer del minero, y también sabía cuando un minero de Lyons tenía otra boca a alimentar. Sus simpatías tendían, pues, y en la mayoría de casos lo estaban, hacia el minero; y, sin embargo, el minero, a quien el almacenista o tendero podía dar o suspender el crédito, pronto lo miró como a un enemigo. Las reuniones que celebraban los lunes los directores del Banco cesaron de ser agradables compañías. Los directores dejaron de proveerse de chistes para ellas; las liquidaciones semanales proclamaban la funesta historia de persistentes retiradas de fondos

por imposiciones nulas y préstamos rembolsados en suspenso. A fines de julio, se convino unánimemente que los directores dejarían de percibir los dos dólares y medio, oro, que eran sus dietas de asistencia a los consejos semanales. La industria se hallaba un poco más diversificada en Lyons que en pueblos del Este y Nordeste, pero el carbón era aún el rey, y cada lunes aportaba nuevos rumores de que algunos Bancos regionales se hallaban al borde de la quiebra.

—Octubre, setiembre contará la historia —le dijo Robert Millhouser a su madre—. Los granjeros. En general, han tenido un año bueno, y el primero de octubre, cuando empiecen a venir a pagar los alquileres, sabremos hasta qué punto ha sido bueno. No vamos a redimir ninguna hipoteca este año, puedes estar segura, pero recibiremos algún dinero de los préstamos de las cosechas. A los granjeros no les gusta pagar interés entre la cosecha y la siembra de primavera. La cuestión que esperamos ver dilucidada es si nos dejarán su dinero en depósito o bien se lo llevarán a casa para esconderlo en el fondo de las vasijas. Si deciden dejárnoslo, magnífico. No tendremos que preocuparnos por falta de numerario en el Banco si los granjeros tienen bastante confianza en nosotros y en el futuro. Podemos dar gracias a Dios, a los granjeros, a la corchotaponera y a la fábrica de cajas. El Banco de Collieryville cerró sus puertas el viernes por la mañana. No pudo conseguir más fondos de los Bancos de Gibbsville. No es una noticia muy alentadora.

—¿Por qué?

—Pues porque los principales Bancos de Gibbsville están muy próximos a Filadelfia y Nueva York. Lo están tanto que no van a quebrar. Cuando se aconseja a un Banco de Gibbsville que no ayude a otro de Collieryville... es cosa sabida, es como un edicto en la pared. Filadelfia y Nueva York están decididas a ganar la huelga.

—¡Espantoso!, —dijo Zilph.

—Es el negocio, mamá.

—¿Y qué haremos nosotros?

—¿Acerca del Banco de Collieryville? Nada.

—No me refería al Banco de Collieryville. Quería saber lo que íbamos a hacer tú y yo.

—Nada, tampoco.

—Deberíamos hacer algo. Mira, yo soy irlandesa y no nos gustan los hacendados ausentes. Eso es lo que son en Nueva York y Filadelfia.

Robert rió.

—Eso es lo que somos tú y yo. Eso es precisamente lo que somos, mamá.

—No es lo mismo. Poseemos tierras en otros condados es verdad. Pero las supervisas en persona. Sabes cómo va cada acre, y si han plantado patatas, alfalfa o cualquier otro producto.

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos? Todo cuanto podemos hacer es esperar. Hablas un poco como Jerry MacMahon.

—Dime qué es lo que ha dicho Jerry MacMahon.

—Pues dijo el pasado lunes que por su parte ayudaría a los mineros.

—¿Eso dijo? ¿Y cómo los ayudará?

—Dijo que mientras disponga de crédito, también los mineros lo tendrán en su establecimiento.

—¡Bravo por Jerry MacMahon!

—No. No estoy de acuerdo contigo. Y estoy seguro de que Billy Williams tampoco lo estaría.

—Billy Williams es el superintendente y tiene que estar de parte de los explotadores de las minas. Por eso es uno de los directores. ¿Por qué no estás tú de acuerdo conmigo?

—Pues, aunque no te guste, me parece que tan malo es para uno de los directores estar de parte de los mineros como otro estar de parte de los propietarios.

—Ni Williams ni MacMahon emplean el dinero del Banco.

—No en efectivo. Pero Billy Williams se ve obligado a informar a su patrón de que uno de nuestros directores está llevándose a los mineros.

—¿Y qué si lo hace?

—¿Qué, si lo hace? La Compañía minera tiene mucho dinero en nuestro Banco.

—¿Tanto como los mineros?

—Más.

—Pero no son una o dos Compañías mineras contra cientos de mineros, y la mayoría de éstos son imponentes debido a que Jerry MacMahon les persuadió para que lo fueran.

—No son cientos de mineros, mamá, sino menos de cincuenta. Tuvimos ciento setenta y cinco imponentes que eran miembros del sindicato. Ahora sólo son unos cuarenta y cinco. Ha sido una cosa gradual, no de golpe, pero debes recordar que algunas de esas cuentas bajaban de los cien dólares.

—Puedo imaginarme muy bien lo que serían. Sin embargo, eran cuentas, y una cuenta de cien dólares ahora, puede ser una cuenta de mil al cabo de diez años.

—Podría haberlo sido a no ser por la huelga, pero hay una huelga.

—Ya he oído hablar de ella, gracias. ¿Ha empezado Jerry MacMahon a dar crédito?

—¿Tiene teléfono?

—Lo tiene en la tienda, sí.

—Llámale y dile que venga a verme.

—¿Ahora?

—Sí, ahora estará allí.

Jeremías MacMahon visitó a Zilph Millhouser después de cenar.

—Jerry MacMahon —dijo Zilph— es la primera vez que ha venido usted a visitarme, y he sido yo la que he tenido que pedirselo.

—Sí, de no habérmelo pedido, no hubiese venido nunca. Tampoco le he visto a usted nunca en mi casa, Mrs. Millhouser.

—Vaya, me ha atrapado. Bien, aunque los MacMahon y los Millhouser andan por otros caminos, lo menos que pueden hacer es visitarse.

—De acuerdo. Yo ya he estado en su casa; ahora le toca a usted venir a la nuestra.

—De acuerdo también. Me han dicho que intenta usted apoyar a los mineros.

—Se lo dije yo —intervino Robert Millhouser.

—Espero que no sea necesario, pero pienso ayudar a los que tengo apuntados en mis libros. Algunos de ellos me han estado comprando géneros durante muchos años. Todo cuanto tengo se lo debo principalmente a los mineros... y a Henry Millhouser.

—Es usted un desagradecido. ¿Qué me dice usted de Zilph Millhouser? He estado comprándole durante más de treinta años...

—Le incluí a usted con Henry —respondió Jeremías MacMahon—. ¿Tiene usted alguna objeción que hacer sobre que ayude a los mineros?

—No, ninguna. Y por lo demás estoy segura de que no supondría la más mínima diferencia si la tuviera. Pero lo que sucede es que estoy de su parte.

—Me alegra mucho oírsele decir.

—¿Por qué hace usted eso, aparte del aprecio que siente por los mineros?

—También es un buen negocio. Corro un riesgo, desde luego. Puedo arruinarme. Si esta huelga durase... bien, pongamos todo el invierno, mi negocio se iría al traste. Por otra parte, miro las cosas de esta manera: Fred Langendorf, que tiene mucho más capital del que yo tengo, también puede quebrar sin ayudar a los mineros. Y Fred no debe tanto a los mineros como yo. Nunca ha contado con tantos clientes entre ellos como yo, de modo que no hay una razón particular para que les ayudara. Pero si él puede quebrar sin

ayudarlos, yo_ puedo correr el riesgo de quebrar ayudándolos. La única diferencia es que yo quebraré primero.

—¿Qué edad tiene usted, Jerry?

—Cincuenta y nueve.

—¿Y le gustaría tener que empezar de nuevo?

—Como gustarme, claro que no me gustaría, pero en realidad no sería empezar de nuevo. He enviado a mis hijos pequeños a las escuelas, a los mayorcitos a los colegios, y a las chicas también. No me gustaría tener que trabajar tan duramente como cuando empecé, ni tampoco podría pedirle a mi mujer que lo hiciera. Pero lo empezaría todo de nuevo si tuviera que hacerlo. Tengo amigos en el pueblo y en el valle. Siempre me he portado bien con ellos, y creo que me corresponderían si se presentara el caso.

—¿Odia usted a las Compañías?

—¿A las carboneras? No. No odio a nadie. Debo admitir que George F. Baer y J. P. Morgan están empezando a tentarme la paciencia. Mitchell es un hombre muy razonable, y en mi opinión está obrando como debe. No se puede ignorar las necesidades de ciento cincuenta mil mineros, la mayoría de ellos con familias, y Teddy Roosevelt no va a dejarlos en la estacada. Pero oír decir a George F. Baer que Dios puso a los dueños de las minas a su cargo..., eso no me gusta. Una partida de sacerdotes de mi religión están con John Mitchell, y éste no es católico. Pero si esos dos hombres se reunieran para hablar como dos seres humanos, podrían zanjar el asunto. Los dos son antiguos combatientes. George F. Baer estuvo en el regimiento 133 de los voluntarios de Pennsylvania. Le vi una vez en la ciudad, hace un par de años, en una revista. No es más alto que yo, si acaso más bajo. Y es muy listo, eso sí. Primero se metió con la Compañía de Carbones y Hierro, y lo llevaron a su lado. No, no odio a las Compañías. El único hombre a quien jamás odié fue a un fusilero confederado que ensartó a dos de mis oficiales desde un árbol. Apunté y lo maté. Pero nunca supe qué aspecto tenía. Vi su fusil al caer del árbol, pero él debió haber quedado pegado al tronco, y no esperé a verle caer. Tenía que encargarme de nuestra batería. Bueno, no he venido aquí a hablar de la guerra. No de aquélla, en todo caso.

—Siempre hay alguna guerra, ¿verdad?

—En alguna parte, creo que sí. Tuvimos muchos años de paz, y no me gusta ver cómo se desperdicia todo en una huelga, pero tenía que declararse, Mrs. Millhouser. Y ahora que ha llegado, si tengo que ponerme de una parte o de otra como Robert dice, me arruinaré con los mineros. Si es que tengo que arruinarme.

—Todo cuanto yo quería decirle, se lo puedo exponer en pocas palabras. Si usted necesitara ayuda financiera, cuente conmigo.

—Muchas gracias. Aprecio su amabilidad.

—Bien, creo que también podría contar conmigo, Jerry —dijo Robert—. Aunque no por la misma razón que mi madre. Lo mío es negocio. Lo de mi madre es sentimental. Odia a los hacendados ausentes, y considera como tales a Morgan y a Baer.

—Podría necesitar toda la ayuda que pueda conseguir... como préstamo. No lo aceptaría de otra manera. Y siendo un préstamo creo que puedo preguntarles qué podrían proporcionarme, si el caso se presentara.

—¿Diez mil dólares?, —dijo Zilph.

—Cinco mil por mi parte —añadió Robert.

—¿Quince mil dólares? Eso casi quita todo riesgo al asunto. Pero puedo necesitarlos, y si es así, se lo recordaré. No diré nada sobre el particular a nadie, excepto a mi mujer. No es conveniente excitar los sentimientos. Si es imprescindible, se lo diré más adelante, pero por ahora no se lo diré a nadie.

Cuando se hubo marchado, Robert Millhouser dijo:

—No tenía la menor idea de que pensaras llegar a tanto... ¡Diez mil dólares! Había creído que quinientos...

—¿Le permitirían quinientos dólares empezar de nuevo? Diez mil servirán. Jerry MacMahon lo supone así. No abandonará a los mineros.

—Bueno, hasta que no te des cuenta de que tú y yo hemos estado abandonando capital.

—Me doy cuenta. Pero míralo desde mi punto de vista ¿no invertirías antes tu capital en Jerry MacMahon que en el ferrocarril de Pennsylvania?

—Cualquier día...

—Estoy cansada —dijo Zilph—. Voy a acostarme.

—Cada año te digo...

—Lo sé. El año que viene lo haré. No sé si será la orilla del mar o la montaña, pero es el primer año que me cuesta respirar. Ahogos.

Se levantó.

—¿Quieres que te ayude a subir las escaleras?

—No, gracias. Iré despacio.

Murió por la noche, o quizá por la mañana cuando Margaret le llevó el té a su habitación, de acuerdo con su explicación de haberla asistido en sus últimos instantes. Sin pérdida de tiempo llamó a Robert, que estaba desayunándose en el soportal.

—¡Mr. Robert, es su madre...!!

—Voy ahora mismo —dijo él, levantándose sin terminar su desayuno. Sólo enrolló la servilleta y la puso en el aro, pues el tono de voz de Margaret era el reservado para las graves ocasiones.

Miró a su madre muerta y sin recordar inmediatamente su origen, dijo las palabras de Stanton:

—Ahora pertenece a los siglos.

—¡Qué palabras más hermosas ha dicho usted, Mr. Robert!, —dijo Margaret Dillon.

—No fui el primero que las dijo, Margaret —replicó él—. Ni siquiera sé quién las dijo. Sí, ahora lo recuerdo. Fue Stanton cuando murió Lincoln. Pero, ¿pertenece a los siglos?

—Lo recordaré, pero no es como la recordaré a ella —dijo Margaret Dillon.

—No, no la recordaremos de esa manera. Ella no era así.

—Siempre me he preguntado —cuchicheó Margaret Dillon—, ¿puede oírnos?, Está mal pensar eso. Sé que su alma abandonó el cuerpo, pero, ¡Dios me perdone...!, me pregunto si podrá oírme...

Robert Millhouser cubrió el rostro de su madre con la sábana.

—Estoy seguro de que habrás rezado, ¿no es así?, —preguntó a Margaret.

—Sí. ¿Y qué le detiene a usted? —Margaret posó una mano sobre su hombro, presionándole suavemente hacia abajo—. Su madre no empeorará si se pone usted de rodillas. Y si no conoce usted ninguna oración, repita conmigo.

Arrodillóse él junto a la cama y repitió con Margaret:

*Que su alma
y todas las almas
de los fieles fallecidos
descansen en paz
por la Gracia de Dios
Amén.*

—Acaso desee usted quedarse a solas con ella —dijo Margaret Dillon.

—No. No lo deseo.

Había dos sobrinas casadas en Filadelfia y dos primos hermanos en Belfast a los que había que participar el fallecimiento de Zilph. Jeremías MacMahon, Fred Langendorf, el joven doctor Willets, Billy Williams e Ivor Brown fueron los designados para componer el duelo por parte de los de

Lyons; Christian Kimmel, el más antiguo de los granjeros y por el que Zilph había tenido el mayor respeto, era el sexto. Los servicios fúnebres habían de celebrarse en la iglesia presbiteriana y el féretro sería depositado junto a la tumba de Henry Millhouser, en el cementerio luterano de Lyons. Robert Millhouser se encontraba en el piso de abajo, ocupado en estas disposiciones, cuando entró Margaret Dillon.

—¿Quién se lo dirá a Moisés? Es demasiado para mí, y volverá de Correos de un momento a otro...

—Mándamelo aquí —ordenó Robert.

Al poco rato, apareció Moisés, y Robert le invitó a que se sentara.

—¿Sentarme? ¿Para qué? ¿Es que metí la pata en algo?

—No, pero tengo que comunicarte una mala noticia.

—Ya me supuse que era mala cuando me dijo que me sentara.

—Mala y triste para todos nosotros. Mi madre murió esta noche. La encontramos muerta esta mañana. El doctor ya está en camino, pero estoy seguro de que dirá que fue un ataque al corazón.

Quería seguir hablando para atraer la atención de Moisés y para distraerla al mismo tiempo.

—Finalmente *sedió* —dijo Moisés, muy tranquilo.

—Sí, finalmente cedió —respondió Robert, muy sorprendido.

—Tuvo que criarle a *usté*, tuvo que *hasé* eso, pero ya no tuvo *má que hasé* *depué* del año 1870. Sólo *aperaba* ya, *senté* aquí y eperando. Lo siento con *toa* mi alma por *usté*, Mr. Robert. Y créame que todo el mundo lo siente; ésa es la *verdá*, sí *señó*.

—Gracias, Moisés.

La pequeña iglesia presbiteriana estaba de bote en bote y aún quedaba gente fuera. Los habitantes del pueblo parecían rubricar con su presencia que Zilph Millhouser había merecido su respeto, aun cuando muchos de ellos sólo fuera la propia independendencia de autorrespeto y mantenimiento de distancias lo que hacía que lo consideraran así. El juicio de los pocos que la conocían más, era otro y se expresaba por la palabra integridad. Fue una concurrencia reposada, hablándose poco en los pequeños grupos reunidos antes y después de la ceremonia. Eran gente muy sencilla, que se habían labrado una existencia y un hogar y no sabían del todo por qué estaban allí, pero que sentían que habían deseado quedarse. Sí; su presencia allí era la expresión de algo sentido y no comprendido o expresable en palabras. Y, sin embargo, su presencia revelaba que su dignidad respondía a la dignidad de ella; y para

algunos de ellos quizá la independencia que no podían permitirse respondía a la independencia de ella, que, no obstante, habían temido cuando estaba viva.

Cuando la carroza fúnebre dobló la esquina de la calle del Mercado y la Mayor, los ociosos mineros se descubrieron, y la mayoría de ellos se persignaron... tan pronto corrió la voz entre ellos de que el último gesto de aquella mujer había sido ayudar al hombre que les estaba ayudando a ellos. Billy Williams, el interventor, iba en el segundo carruaje, y no había nadie en él de la Unión de Sindicatos, pero sí Jerry MacMahon.

A última hora de la tarde, cuando el último de los visitantes hubo abandonado la casa, Robert Millhouser se hallaba sentado fumando un pitillo en compañía de Ben Roseberry, quien esperaba salir en el último tren. El *whisky* y las mujeres y las muchas horas en el restaurante de Fritz Gottlieb habían comenzado a surtir su efectos, y así como los esfuerzos del caluroso día.

—¿Por qué no pasas la noche aquí?, —dijo Robert—. No es que se esté bien, pero estoy seguro de que mucho peor se está en Fort Penn. Te daré una habitación de la esquina y tendrás toda la brisa que haya.

—No, gracias, Robert. Mañana temprano he de estar en el Juzgado.

—Vamos, vamos. Estás de vacaciones...

—Tienes razón. Pero estaba pensando que tan pronto como salga del tren me meteré en mi cabaña del río donde guardo la barca e intentaré olvidarme de lo que pasa por el mundo.

En aquel momento resonó el fragor de un trueno, seguido de gruesos goterones de lluvia, que se convirtió en torrencial a los pocos instantes.

—Es una lluvia decente —dijo Ben Roseberry.

—De haberla tenido hace pocos días, creo que mi madre viviría aún.

—Lo dudo. Por lo que me has contado, Robert, acaso ha tenido algunos días más, pero no mucho más que eso.

—Es posible, pero hubiese querido que fuera en un día mejor, y no con este calor sofocante. ¿Estará lloviendo allá abajo? No nos conviene mucha lluvia antes de que todo el grano esté recogido, especialmente aquí, en el valle. Supondría mucha diferencia en el pueblo, te lo aseguro.

—Sí. Si los granjeros no tienen un buen baño, sería un invierno terrible para muchas personas. Ya está bastante mal la cosa. Se habla de una sopa popular que empezará la próxima semana, y los mineros odian eso. Los mineros son gente orgullosa, no hay cosa que les guste menos que ver a sus familias haciendo cola por un cuenco de sopa.

—Pues tendrá que hacer cola mucho tiempo, Robert. Ese Mitchell me parece que se equivocó.

—¿Por qué?

—Pues, según me dijeron, pensaba que los dueños de las minas estarían mejor dispuestos debido a que hemos tenido alguna prosperidad; pero no está tratando con hombres que se hayan de preocupar de dónde les va a caer la siguiente comida. J. P. Morgan no va a arruinarse aunque no trabajen las minas durante dos años. Y a mayor abundamiento, no va a hacerle mucho más rico que trabajen. A lo que está combatiendo es a la Unión de Sindicatos y a Teddy Roosevelt. Algunos del club me han asegurado que Morgan le ha dicho al presidente que hará mejor metiendo su nariz en otra parte. En otras palabras, si Teddy Roosevelt quiere lucha, la tendrá.

—Entonces Morgan tendrá a todo el país en contra suya. Por lo menos, oímos decir por acá que la opinión pública está a favor de los mineros.

—Es posible que sí, pero yo no contaría con ello. Y tampoco estoy muy seguro de que así sea. Teddy es popular y Morgan no lo es, pero si el presidente pone de una parte al Gobierno del lado de los Sindicatos y al otro a todos los patronos, ya verás como su popularidad se convierte en humo. Estos años de prosperidad que hemos gozado han convertido en capitalistas a una porrada de personas. Cada hijo de perra que tiene que cortar un cupón lo pensará dos veces si Roosevelt se va con los Sindicatos. Personalmente, creo que Teddy es el mayor farolero de la Historia del país. No creo que el obrero le importe mucho más que a Morgan, pero hay que reconocer que es uno de los políticos más cucos que jamás hayamos tenido. Trato con políticos cada dos por tres, y te aseguro que son listos. No quieren a Teddy, pero en privado admiten que es más listo que la mayoría. Y ha conseguido meterlos en el saco contra los del Pacto Norte de seguridad. Todo cuanto puedo decir es que será mejor que gane, porque si pierde, si el Gobierno pierde, entonces todo lo que se habla de Wall Street y sus plutócratas gobernando al país, será un hecho. En diez años Morgan, Harriman, Hill y el resto de la pandilla serían dueños hasta de las piedras del país. Y el Acta Sherman sería un papel tan mojado como si hubiera pasado por este aguacero. Por otra parte, si Knox gana este pleito, y en consecuencia Mitchell gana esta huelga, será el comienzo del socialismo.

—¿Socialismo?

—Socialismo, sí. En diez años, acaso en veinte. Tendrás que pedir la autorización al Gobierno hasta para sonarte. Y, además, tendrás que compartir tu pañuelo con algún otro. No será tu pañuelo. Verdad es que hay un

sentimiento público en contra de los Negocios Gordos, como Roosevelt los llama, y que ellos han invitado al trastorno. Pero yo soy un abogado y acaso sé un poco sobre lo que perdemos cuando se aprueba una ley. Cada ley, buena o mala, refuerza al Gobierno, y casi cada ley queda inscrita, sea cual sea el partido que ocupe el poder. Y entretanto, tú y yo, los ciudadanos individuales, hemos perdido libertad. El trastorno es, desde luego, que cada cosa nueva significa nuevas leyes. Por ejemplo, ese italiano que yo siempre llamo *Macaroni*, el de la telegrafía sin hilos. Un camarada cualquiera de la Facultad de Leyes habría empezado a especializarse en telegrafía sin hilos, y para sus treinta y cinco años se habría hecho millonario, porque la ley sobre la telegrafía sin hilos será una ley especial como el Derecho marítimo, la Ley de ferrocarriles, la jurisprudencia médica, y así sucesivamente. Mira, está refrescando, y hablando de la Ley de ferrocarriles, he perdido mitren.

—Bueno, así no tendrás más remedio que pasar aquí la noche.

—Y me alegro. Mientras hablaba, he estado pensando que no deberías pasar la noche completamente solo. Cuando murió mi madre, yo era unos años más joven que tú ahora, pero no mucho, y nunca he podido olvidar aquella noche que pasé solo en casa después del entierro. Y tú estabas más unido a tu madre. Esta noche debes tener compañía, aunque sólo sea la mía. Espero que esta lluvia no será demasiado intensa para las flores de la tumba. Veo que en este pueblo tenían en mucho aprecio a tu madre.

—Perdiste el tren deliberadamente, ¿verdad, Ben?

—Sí..., creo que podría haberte dado mi conferencia en otra ocasión. Pues sí. Soy el hombre más solitario del mundo. Si no estoy trabajando tengo que tener gente a mi lado.

—Nunca lo habría supuesto.

—¡Uf! Por cierto, Esther Parldnson, o sea *née*^[12] Esther Baumgarten, me encargó te diese recuerdos y te acompañase en el sentimiento. Y se empeñó en que te dijera: «Por favor, di a Robert que nunca creí en aquella historia sobre los Hunter^[13]». Eso es lo que dijo. ¿Conoces a alguien apellidado Hunter?

—Sé lo que quiso decir. ¿Cómo está?

—Francamente, no te lo puedo decir. No la vi. Me llamó por teléfono cuando se enteró del fallecimiento de tu madre. Parkinson es médico, creo que amigo del doctor Willets que vi hoy aquí. Tienen tres o cuatro chiquillos, pero hace muchísimo tiempo que no volví a ver a Esther y apenas conozco a su marido.

Ben miró su pitillo, luego lanzó una rápida ojeada a Robert Millhouser, y volvió a mirar a su pitillo.

—Casi fuiste mi primo —dijo.

—No, Ben. Esther y yo nos prometimos, y estuvimos enamorados durante unas semanas, pero desde el principio me dijo que no quería casarse conmigo.

Ben absorbió una bocanada de humo.

—Pues no sé por qué diría eso. Después de haberse roto el compromiso, estuviste apartado de mí. Y comprendo por qué. Pero estuve tentado de ir a verte. Esther quería casarse contigo. Vino a verme a mi despacho y me dijo que se había roto el compromiso. Yo había sido quien más o menos os había unido, y le pareció que me debía una explicación, pero ella no tenía explicación alguna.

—La tenía. No quería vivir aquí.

—Eso era por mor del público, pero lo anulé en seguida y no tuve dificultad alguna en hacerle admitir que todavía quería casarse contigo. Dijo que en realidad eras tú quien no quería, casarse con ella. ¿Por qué lo diría?

—No lo sé. Ben. Acaso fuera verdad. Creíamos en el amor, pero no estábamos enamorados.

—Entonces supongo que tenía razón.

—La prueba de que la tenía es que hoy parece ser feliz.

—Sois tan corteses el uno con el otro que da asco. Es posible que Esther tuviera razón entonces, pero también hubiera podido arreglarse el asunto... y a otra cosa. Algo sucedió aquí cuando vino con sus padres, y según deduzco, por mi experiencia en los tribunales, es algo que tiene que ver con esas personas, los Hunter, o con tu madre.

—Con ambas.

—Estaba seguro de ello. Y estoy seguro de que Karl Baumgarten añadió alguna perfidia a este asunto. Si hubiéramos de tener nuevas leyes siempre, me gustaría redactar una que establezca una nueva costumbre. Dejad a una pareja joven libre y que vivan juntos como marido y mujer durante dos o tres meses. Si hubiera tenido esta idea cuando era más joven, podría haberme metido en política. Seis mujeres por año y sin lazos que le aten a uno. El paraíso, chico. El puro paraíso. No desearías el mal a nadie, no causarías ningún daño. Sólo sobreviviría el verdadero amor.

—Y el resultado sería una porrada de bastardos.

—Al cuidado del Estado. Socialismo. Colocación para los chicos en el Ejército y la Armada. A Teddy le gustaría, él que está tan encariñado con la Armada... Y las muchachas, bueno, ¿qué podríamos hacer con las

muchachas? Tendríamos que encontrar otro vocablo en vez de prostitución. ¿Cómo lo llamaríamos, Robert? ¿Cuál sería el nombre apropiado? *Nurses* o algo por el estilo. Eso es, *nurses*. La Brigada Florence Nightingale^[14]. Sería un nombre dignificado. Cada ciudad tendría una Brigada Florence Nightingale. Quizá me decidiera a abandonar las leyes y a encargarme de una escuela de adiestramiento, incluso teniendo en cuenta mi edad. «Señorita, me temo que no podremos darle el Diploma. Tendrá usted que ser instruida por el general Roseberry».

Bebieron después de cenar y Ben continuó hablando sin descanso hasta cerca de las once. Robert empezó a adormilarse en su sillón. Ben le movió ligeramente.

—Ve a la cama, hijo. —Robert hizo un esfuerzo para excusarse, pero Ben le redujo al silencio—. Anda, acuéstate. Ya te veré por la mañana.

Durante el desayuno, Ben se negó a escuchar excusas.

—Puedo hacer dormir al más pintado —dijo—. Lo hago con los jurados. Y te advierto que a veces resulta un truco estupendo. Una vez conseguí una anulación por desacuerdo del jurado, llamando la atención del juez sobre que el miembro número cinco se había dormido durante veinticinco minutos, según mi reloj, y que todavía seguía dormido. Y he perdido la cuenta de las veces que he empleado el mismo truco con Fritz Gottlieb. Tú has resistido más porque eres más educado, pero apuesto a que dormiste como un leño.

—Pues, sí. Eres un hombre dotado, Ben. De muchas facetas.

—Y me gusta hablar. Me gusta oír rodar las palabras, sobre todo cuando no hay ningún puñetero procurador interpolando objeciones cada dos minutos.

Robert le condujo en el cabriolé para que cogiera el tren de la mañana.

—Me gustaría volver a ver a un caballero, Robert —le dijo Ben mientras le estrechaba la mano—. La mayoría de mis compinches no lo son. Te agradeceré, pues, que vengas a verme. Puedes utilizar mi casa como cuartel general.

—Lo haré, Ben. Y gracias por todo.

Robert Millhouser se dirigió desde la estación al almacén de Jeremías MacMahon. La yegua que conducía no había sido atada nunca, por lo que se resistió a que lo hicieran al poste, y Robert hizo señas a MacMahon para que saliera a la acera.

—La yegua está espantadiza, y no he entrado por precaución —dijo Robert.

—¡Oh, yo lo conozco! Esta bestia vale por dos. ¿En qué puedo servirle, Robert?

—Sólo deseaba decirle que el trato que hicimos se mantiene en pie. La cuestión de testamentaría durará aún un poco, pero no tiene usted que preocuparse en absoluto por ello.

Jeremías MacMahon acarició las ancas de la yegua.

—¿Cree usted que tenía que decírmelo, Robert? ¿Cree que no lo sabía tan bien como conozco mi propio nombre?

Hubo un silencio.

—¿Cómo va todo?, —dijo por fin Robert.

—Mal, mal. Esta mañana fui al despacho de la Compañía y aconsejé a Billy Williams que evitara la calle. A pie, quiero decir. No quisiera que caminase por en medio de esos hombres de la calle del Mercado y de la calle Mayor.

—¿Tan mal está la cosa?

—Uno o dos agitadores... y el mismo Billy. Ayer iba en el autobús con Billy. Sacó algo de su bolsillo trasero y lo puso en el de la chaqueta. Una pistola. «No es necesario que lleve usted eso, Bill», le dije. «No, ¿eh?, —me respondió—. Pues sepa usted que he sido amenazado». Y creo que no son solamente las amenazas, Robert. La Compañía siempre tuvo espías, y sospecho que han prevenido a Billy.

—¿Le parece conveniente que hable con Billy?

—¿Qué podría usted decirle? En su posición, yo mismo habría llevado una pistola. Mire la calle, allá abajo, en las Cuatro Esquinas. Aún no son las diez y ya hay sesenta hombres, quince por esquina. Esta tarde habrá cien. La mayoría, pacíficos, pero cuidado con los agitadores...

—Así, pues, no podemos hacer nada...

—No, a menos que tenga usted influencia con George F. Baer.

—¡Santo Dios!, —exclamó Millhouser—. Bien, buenos días, Jerry.

Fue por la calle del Mercado hasta las Cuatro Esquinas y giró hacia la derecha para entrar en la calle Mayor. De pronto la yegua lanzó un alarido y echó a galopar como una centella en dirección a casa, sin que Robert pudiera apenas dominarla.

Moisés estaba en la cuadra.

—¿Por qué tanta prisa con esta *caló*, patrón?, —dijo mirando la yegua—. La pobre pequeña *etá espumianda*... Pero mire, *etá* sangrando... Tiene un corte en el *costeo*.

—¿Es profundo?

—No mucho, pero bastante profundo.

—Bueno, desengáchala y refréscala un poco, mientras traigo el ungüento. Alguien le tiró una piedra y casi se desbocó.

—¿Y quién lo *hiso*?

—No lo sé. Anda, no tenemos tiempo para hablar ahora. —Sacó al capón y al otro componente del tronco, y les puso los arneses, mientras Moisés se ocupaba de la yegua—. Está bien —dijo—. Instálala, y ven conmigo.

—¿Y dónde *vamo* mi amo? ¿*Etá enojao* con alguien?

—Me dejarás entre la calle del Mercado y la calle Mayor y luego irás al Banco y me esperarás allí.

—Hará *mejó* mi amo en no meterse entre esos huelguistas sin un arma.

—No tengo ningún arma.

—Pué sí que la tiene. —Entró en la cuadra y volvió con el Golf que Henry Millhouser comprara a Ryan el último año de la guerra civil.

—Es un trasto viejo —dijo Robert.

—Viejo, sí, pero no *roñao*.

—Está bien. Vamos, pues.

Fueron a Cuatro Esquinas, donde Robert bajó. Moisés continuó. Robert se dirigió a un grupo de hombres desde donde sabía debía haber procedido la pedrada.

—¡Algún indecente cobarde tiró una piedra hiriendo a mi caballo! ¿Quién fue?

Se produjo un silencio total. Sólo se oía el ruido de los pasos de los hombres que desde las otras esquinas se acercaban para unirse al grupo.

—¿Quién fue? ¿Es que sois todos unos cobardes?

Un hombre de elevada estatura, se adelantó.

—Mi nombre es Pat Brennan —dijo.

—Le conozco. No fue usted quien tiró la piedra.

—Y no la tiré. El que lo hizo no está aquí. Para que esté usted satisfecho le diré que se le dio su merecido. Ya no podrá volver a tirar piedras a los caballos por lo menos durante un par de días, según mis cálculos. Y ahora, si yo fuera usted me daría por satisfecho con esto y no intentaría buscarnos las cosquillas. Si hay que pagar una factura del veterinario, se la abonaremos. Enviémela a mí. Y ahora, buenos días, Mr. Millhouser.

Y volviendo la espalda a Robert se abrió paso entre el grupo, cuyos componentes también se alejaron. Robert se dirigió a donde le esperaba Moisés.

Tomó las riendas y puso el caballo al paso. En las Cuatro Esquinas no se oyó ni una palabra, ni un murmullo.

En Lyons, la situación empeoró de tal manera que el mismo incidente no habría tenido el mismo resultado un mes después. Indudablemente Robert Millhouser habría muerto pisoteado. Se dirigiera donde se dirigiera a través de las Cuatro Esquinas, la conversación cesaba al instante; y si iba a pie, se apartaban a su paso de una manera que era insolente más bien que respetuosa o complaciente.

—Corre usted peligro, Robert —le dijo Jeremías MacMahon, pocos días después.

—¿Lo cree usted? ¿Y por qué?

—No sé cómo explicárselo. No hay un hombre entre ellos que no sepa la oferta que me hizo. Lo dije cuando falleció su madre. Quería que la recordasen con respeto. Y admiraron el coraje de usted cuando hirieron a la yegua. Puedo decirle que resultó embarazoso para Pat Brennan, porque no sabía, ni nadie podía haberlo sabido, que cinco minutos antes había venido usted a renovar su oferta.

—Pat Brennan se comportó muy bien. Me temo que lo hiciera con más dignidad que yo.

—Si todos fuesen como Pat, pero no lo son. Dentro de otro mes no escucharán a Pat, sino a cualquier exaltado. Y probablemente será Tim Brennan, el hermano menor de Pat, que siempre le tuvo envidia.

—Y que fue quien arrojó la piedra a mi yegua. —Jeremías MacMahon le miró fríamente, con fijeza.

—¿Es una suposición?, —dijo.

—¿Y he acertado?

—Demasiado. Sí, fue Tim quien lanzó la piedra, y Pat le dio una zorra por haberlo hecho. ¿Pero fue sólo una suposición, Robert? ¿Me da su palabra de honor de que fue sólo una suposición?

—Mi palabra de honor. ¿Por qué?

—Porque si hubiese sido más que una suposición... información de Billy Williams..., sería la última vez que vendría yo a su casa. No aceptaría su préstamo ni desearía que viniese a comprar a mi almacén. Me explicaré... Mire, Robert, esos hombres necesitan alguien en quien poder confiar, y confían en mí. Algunos de ellos desearían no tener que hacerlo. Soy director del Banco, un hombre rico para ellos; pero saben que estoy con ellos. Pero si usted tuviera su información de Billy Williams, no olvide que, así como Billy tiene sus espías, ellos tienen los suyos. Así es la cosa. Si pensaran por un

momento que le estaba informando a usted, esta misma noche matarían a Pat Brennan en su cama. Y acaso querrían, o tal vez no, matarme a mí. Me parece que sí lo querrían. Yo no debiera haber hecho la observación sobre Tim Brennan, y Dios sabe que no debiera haber olvidado nunca que es usted medio irlandés. Y conoce usted nuestros métodos.

—Pues no los conozco.

—Cree usted que no, pero sí los conoce. A medias, de todos modos.

—Bien, acaso los conozca sin saberlo. Pero usted cree que habrían asesinado a Pat.

—Porque usted estaba obteniendo de mí información que Pat me confió en secreto. Y que luego la transmitía usted a Billy Williams.

—No.

—¿No, qué?

—No conozco los métodos de ustedes. No sirvo para esa clase de intriga. Si yo hubiera sido Tim Brennan, jamás habrían sospechado eso de Robert Millhouser.

—Si usted fuese Tim Brennan, Dios no lo quiera, habría sospechado de todos y de todo. No siempre la cosa presenta un aspecto tan malo, Robert. Debe tener usted en cuenta lo que está pasando esa gente. ¿Sabe usted a cuanto ascendió la colecta el pasado domingo, el total de las tres misas?

—No.

—Dieciocho dólares y algunos centavos, casi todo en monedas de cobre. Y eso para sostener a dos curas, las seis monjas y la superiora, los gastos de la escuela y los de la iglesia. Mire, cuando se abra la escuela, dentro de un par de semanas, muchos de los chiquillos no podrán acudir a ella... No tendrán zapatos.

—¡Por Dios! Yo cuidaré de que los tengan.

—¿Debo decir eso al padre Laubenstein?

—¡Pues claro que sí! Ningún chiquillo debe dejar de ir a la escuela porque no tenga zapatos. Yo los pagaré.

—¿Y por qué? Usted no se ha interesado nunca por los niños, ¿no es verdad?

—No, y ahora tampoco. Pero me parece indecente que sean ellos quienes paguen el pato. No lo sé, Jerry... Chiquillos que han de quedarse en casa porque no tienen zapatos para ir a la escuela... Me parece de lo más deplorable. Sí, dígame usted al padre Laubenstein que yo garantizo el pago.

—Bueno, éstos son los de la parroquia... ¿Y los chiquillos de la escuela pública?

—Lo mismo. No quiero que piense que sólo me preocupo por los piececitos católicos. Eso no tiene que ver con la Religión, ni con los mineros. Simplemente, me ha parecido que esas criaturas indefensas no tienen por qué cargar con las consecuencias. ¿Quién es el director del consejo de la escuela...? ¿Tom Lloyd? ¿Sigue él?

—Hasta la próxima elección.

—Le agradeceré le diga lo mismo que a Laubenstein. Pero no diga a ninguno de ellos que soy yo quien paga la factura. No quiero agradecimiento alguno, y no lo volveré a hacer. ¿Cuánto cuestan los zapatos y cuántos son?

—Pues calcule dos dólares por par de buenas botinas de pequeños, e irnos trescientos niños en el distrito, incluyendo los de la parroquia. Pero no todos necesitarán zapatos. El padre Laubenstein sabrá por las monjas y Tom Lloyd por los maestros quiénes los necesitan.

—Está bien, pero que no quede ni uno sin ir a la escuela por ese estúpido motivo.

—Bueno, ya es hora de que me marche —dijo Jeremías MacMahon—. Cuídese. Y no salga de sus casillas.

—Hasta que Tim Brennan hirió a mi yegua estuve bien tranquilo. ¿Qué le hizo mi yegua a Tim Brennan?

—Olvide ese nombre. Usted no sabe quién hirió a su yegua.

—Está bien.

—Y no sea usted quien provoque un derramamiento de sangre. Estuvo a punto de hacerlo. Y la cosa no habría parado aquí. Estamos viviendo en una mina llena de grisú. Si alguien prende una cerilla, todo volará. No basta con tener buenas intenciones, Robert. Un sin-trabajo puede pensar hoy que Robert Millhouser ha mostrado buenas intenciones, y mañana puede pensar que su madre y usted..., bueno, prefiero no decírselo.

—Sí, más o menos que no hacíamos más que protegernos, ¿no es eso?

—Eso es. Los hombres están dispuestos al disturbio, pero debe recordar que han tenido disturbios desde mayo. Y hay otra cosa también.

—¿Sí?

—Si el disturbio se produce, no es George F. Baer quien morirá. Ni Johnny Mitchell. Son buenos hombres como Pat Brennan y algunos granjeros que han ingresado en la Guardia Nacional por pasatiempo. No quiero que suceda eso aquí. Y usted tampoco.

—Tengo la desagradable sospecha de que está usted tratando de decirme mucho más.

—Pues, sí.

—Pero no puedo hacerlo.

—No, lo siento. Intente imaginárselo.

—Se trata de...

—¡No cite nombres!!

—Bien, pues no abandonaré la ciudad, si es esto lo que está sugiriendo. Y esto es lo que insinúa. Alguien quiere venir a encontrarse conmigo porque su hermano le dio una paliza. Pues bien, aquí estoy, y en adelante no enviaré a Moisés a buscar la correspondencia, sino que iré yo mismo, a pie. Pero lo haré armado.

—Entonces, comenzará con dos muertes. Usted está dispuesto a empezar el derramamiento de sangre.

—Mire, Jerry, tengo cuarenta y siete años y no tengo a nadie en el mundo. Estoy absolutamente solo. Y si no puedo andar por las calles de mi propia ciudad, ¿adónde puedo ir? Déjeme que le cuente una historia acerca de mi padre que sé que usted no conoce. —Robert Millhouser relató el incidente del teniente de caballería al que Henry Millhouser desafió—. «No te acostumbres a rehuir las paleas», concluyó con las palabras de su padre.

—Yo he estado en muchas batallas, Robert, y siempre tuve ganas de escaparme.

—Antes de que comenzara la batalla, acaso, pero no después, una vez que se desarrollaba.

—Bien..., quizá sea verdad. No mientras se desarrollaba. Pero su batalla no ha comenzado todavía.

—Sí ha comenzado. Mi batalla conmigo mismo. La tentación de escapar. Pero no lo haré. Un mal hombre, y un cobarde por añadidura, que lanzó una piedra a un animal mudo, no podrá conmigo, ni me asustará, ni me hará escapar. No importa cuáles sean las consecuencias. Si los hombres no pueden controlarse, hay que admitir que, es él quien ha tomado el control de los hombres, y no les debo nada.

—Yo he matado hombres. He arrebatado vidas. Pero le hablo como un hombre de paz. ¿Podría usted salir de esta casa con un revólver en el bolsillo, sabiendo que a menos de media milla de aquí está usted expuesto a encontrarse con un hombre y matarlo?

—¿Un hombre que me ataque a mí primero? Pues claro que sí.

—Eso es mucha sangre fría de su parte, Robert.

—¿Porque voy armado?

—Porque un hombre de su inteligencia sabe que está expuesto a provocar a esa clase de tipos, y usted está en su derecho, y usted va armado. No es sólo

ir armado. Son las tres cosas.

—Así es, y no son mis derechos como ciudadano de los Estados Unidos. Es mi derecho como ser humano amenazado por otro ser humano. Lenta y gradualmente, llegaríamos a la conclusión de que yo estoy equivocado y él tiene razón. No, Jerry, no. Eso sí que no.

—Está bien. Pero mientras estamos sentados aquí, acaso semanas antes de que encuentre a ese hombre, puede hacer usted sus planes para matarle.

—Si lo enfoca usted de esa manera, sí. Lo mismo que él está planeando causarme un daño que podría costarme la vida. Dígame..., siendo usted soldado, ¿no tuvo usted nunca conocimiento de que los confederados se encontraban a diez millas de distancia?

—Muchas veces.

—¿Y qué hizo usted entonces? ¿Sentarse en tomo a la fogata para cantar canciones, o trazar sus planes para cogerlos por sorpresa? Cuando menos me parece que no haría nada que le colocara en una situación de desventaja.

—No, si podíamos remediarlo... Pero era la guerra.

—Yo también estoy en guerra, y estoy solo. Soy un hombre amante de la paz, como usted dijo, pero estoy solo. Es posible que mi vida no tenga valor para nadie, excepto para mí, pero mientras sienta deseo de vivir estaré dispuesto a hacer lo que sea preciso para seguir viviendo. Tengo que procurar mi subsistencia, mi techo, y estar atento a cuanto pueda amenazar mi vida. En este caso, a quien quiera. Usted lo ha denominado sangre fría, Jerry, y no es el primero. Pero usted no comprende lo que es estar solo casi toda la vida. Y yo lo he estado.

—Usted es el hombre que hace un minuto ha ofrecido zapatos para los niños de las escuelas.

—Pues, sí. Lo he ofrecido y mantengo mi ofrecimiento. Un niño también está solo. Tan solo como yo lo he estado siempre, mientras dependa de sus padres. Todos los indefensos se hallan solos. También sus mineros están solos. Usted no ve esto, estoy seguro.

—En eso se equivoca. Lo veo. Un soldado que va a la batalla se encuentra solo también.

—¡Ah, lo ve usted! Un chiquillo que es bastante mayorcito podría robar un par de zapatos. Y debería hacerlo. Y yo puedo matar a Tim Brennan.

—Bueno, debe disculparme ahora, Robert.

—Sí, lo sé. Buenas noches, Jerry.

—Buenas noches, Robert.

Su conturbado amigo descendió el sendero enladrillado, y Robert Millhouser oyó el ruido del pestillo de la puerta de entrada a la finca, al ser abierto y cerrado. Sucediera lo que sucediese, las cosas no volverían a ser ya lo mismo con Jeremías MacMahon. Quizá pudieran ser mejores, pero igualmente podrían no ser tan buenas. Jerry se hallaba ahora solo entre los hombres que no estaban con ellos; y lo menos que podía decir de su posición es que era delicada; y en el peor de los casos, mortalmente peligrosa, y Robert Millhouser sentía compasión por él y le comprendía. Pero en la solitaria posición de Jeremías MacMahon, Robert Millhouser no veía, se negaba a ver a un hombre tan solo como él lo estaba. Era una soledad temporal, y ni eso en realidad, pues Jeremías MacMahon era marido, padre, abuelo y, por decirlo así, abogado. Se perdería a través de la caprichosa traición de las gentes que defendía, pero hasta que llegara la traición, Jeremías MacMahon estaba lejos de hallarse solo. Así, Robert Millhouser, separándose de su amigo y anticipando muy posiblemente que Jerry hiciera lo mismo con él. «Acaso yo desee estar solo», dijo, pero era un comentario ligeramente cínico que no desarrollaría; habría despreciado la infelicidad de los años que siguieran a la muerte de su padre, y renunciar ahora a esta infelicidad habría significado también el abandono de la esperanza pues su esperanza y su infortunio no estuvieron nunca separados.

La muerte de Zilph Millhouser había sido algo muy triste, pero en ningún sentido una tragedia. Había sido una compañera estimulante, interesada por su bienestar, a lo que él correspondía con amabilidad. Muy pocas de las miles de palabras que habían cruzado entre ellos acertaban a expresar su mutua comprensión y su bien definida relación amistosa. En un día indeterminado, en alguna época, en algún año la amistad había cuajado y para siempre. En ella había humor y respeto, así como la aceptación de un antagonismo que los mantenía sin tropiezos en los límites estrictos. Mientras ambos vivieron se necesitaron mutuamente. La existencia de uno requería que el otro la reconociera, y ninguno de los dos podía rechazar al otro. Pero no había amor y cuando Zilph y Robert lo hubieran sentido hacia una tercera persona, su amistad se habría derrumbado. Como Moisés Hatefield lo sabía intuitivamente, ella murió de cansancio, de esperar, y su muerte fue un alivio para su hijo. Simplificaba su propia vida, llevándose la camaradería que era un triste sustituto del amor que aún no había experimentado. Y parte del alivio, así como parte de la simplificación, era que la muerte de ella ponía fin a la tontería de que él le reprochara su propia infelicidad. En momentos de impaciencia había pensado en Zilph como en una madre que interfería en

todos sus asuntos, y en otros momentos, como una responsabilidad que no podía eludir. Nada de esto era verdad, él lo sabía, pero cuando necesitaba una excusa temporal, una Zilph desamparada o dominante, servía. Y ahora que está muerta —impotente y más allá de la ayuda— él se encontraba solo con su enjuiciamiento de sí mismo; duro, justo, o fuera como fuese, pero con propio contenido. El viaje con Chester Calthorp, la muerte del doctor Willets, el fiasco de Esther Baumgarten, la muerte de Zilph Millhouser, y ahora la escena con Jeremías MacMahon, no habían sido causados por Robert Millhouser, y ni siquiera por las fuerzas que podía controlar; pero cada uno de los acontecimientos le había dejado una vez más solo, excepto en cuanto a Zilph, y con la muerte de ésta el molde, fuese o no de su propia creación, se hallaba por vez primera completo, perfeccionado. Ahora tenía una libertad de la que nunca había gozado, o que nunca había reclamado, y se daba cuenta plenamente de que hiciera lo que hiciera de su vida, en adelante sería su propia creación. No podía acusarse de que le hubiera alegrado la muerte de su madre, pero tampoco podía negar que su muerte le daba oportunidades que debía aceptar.

Al día siguiente sacó de un armario un caballete y las cajas que contenían sus pinceles y pinturas. Pero los colores estaban duros y secos y las cerdas de los pinceles inserviblemente retorcidas después de tantos años de hallarse abandonados. Algún día, pronto, pondría en orden todo aquello. Recordó luego que había comunicado a Jeremías MacMahon su intención de ir a la oficina de Correos. Miró su reloj; era demasiado tarde para detener a Moisés, pero podía inventar otra excusa para ir al pueblo.

Se metió el Colt en el bolsillo trasero del pantalón y se dirigió a la ferretería. Allí tendrían catálogos de fabricantes de pinturas para interiores y probablemente las direcciones de casas abastecedoras de artículos para artistas pintores. Luego recordó que se había puesto de moda «pintar» entre las damas de Lyons; pintura sobre porcelana. La papelería debía tener la dirección que a él le interesaba.

Se hallaba a pocos metros de las Cuatro Esquinas antes de acordarse de la pistola que llevaba en el bolsillo y del propósito desafiante del paseo. Se dio cuenta de que en su actual estado de humor no había casi nada que los hombres pudieran hacer para obligarle a sacar la pistola. Ésta le parecía ahora un peso en el bolsillo y no un arma. Pero no podía volver la espalda o evitar pasar por entre los grupos de las dos esquinas de su camino.

—Dejadle pasar —oyó decir a alguien—. Haced sitio.

Los hombres se apartaron y pasó sin dificultad entre los dos grupos.

Había sentido un ligero temor, no tanto miedo a un ataque como a su temporal incapacidad de responder al mismo. En la papelería se secó la frente y la cara con un pañuelo. La propietaria de la tienda había sido antaño su profesora, en el quinto grado.

—¿Se encuentra usted bien, Robert? ¿Se siente débil?

—¿Me podría dar un vaso de agua?

Se sentó mientras ella se dirigía hacia el interior, separado de la tienda por una cortina. Oyó correr el agua... Y la siguiente cosa de la que tuvo conciencia fue el punzante olor de amoníaco en sus fosas nasales, y de Ivor Brown en pie a su lado.

—Está usted bien. Ha tenido usted un desmayo —dijo Ivor Brown—. Una depresión debida quizás al calor.

—Nunca me había ocurrido —dijo Robert Millhouser—. Siento haberles molestado.

—Oh, durante las dos últimas semanas les ha ocurrido lo mismo a muchas personas. Hemos enviado a buscar a Moisés. Creo que estará aquí dentro de un minuto —dijo Ivor Brown.

—Iré a pie a casa.

—Yo de usted no lo haría —dijo Ivor Brown—. Vaya a casa, tiéndase en la cama, eche las persianas y procure que no le toque el sol durante un par de días. Desde las nueve hasta las dos de la tarde es criminal. Aquí está Moisés. ¿Ha puesto el toldo al coche, Moisés? No le conviene que le toque más el sol. Vaya, Robert, llévese esta botellita de espíritu de amoníaco, se la regalo.

Los hombres no solían reunirse en las Cuatro Esquinas para el correo de la tarde, y por lo tanto no era necesario que se mostrara desafiante cuando volviera a pasar entre ellos.

Pero a la mañana siguiente se volvió a poner la pistola en el bolsillo y fue a Correos, esperando casi que uno de ellos le provocara, para dispararle. Pero al aproximarse, oyó murmurar la misma orden:

—Dejadle pasar. Hacedle sitio.

Reconoció la voz. Era la de Pat Brennan.

A partir de entonces, dos veces al día pasó por entre los grupos situados en las dos esquinas, y así continuó hasta que la huelga se zanjó. Aquella noche, los hombres dieron una cencerrada a Jeremías MacMahon. Y en el despacho de Correos, la tarde siguiente, Pat Brennan se acercó a Robert Millhouser.

—Ahora ya puede dejar la pistola a un lado, Millhouser.

—Ya lo he hecho, Pat. Ayer noche, cuando oí las buenas noticias.

—Las buenas noticias, ¿qué es eso? Pero dos veces por día estuvo usted dispuesto a convertir este pueblo en un matadero. Quisiera no volver a poner la vista sobre usted, sobre el criminal calculador hijo de perra que es usted.

Y seguidamente dio la vuelta y se marchó.

Tras la solución de la huelga, Lyons entró en uno de sus períodos de prosperidad. En cuanto se inspeccionaron las minas y se comprobó su seguridad, se reanudó el trabajo, con gran número de horas extraordinarias y frecuentes dobles turnos; había dinero para comer y había dinero para las Navidades..., ambas Navidades, la romana y la rusa.

Estas festividades había sido antaño el punto culminante del año para Robert Millhouser. Durante estos días se convertía en el centro de atracción de sus padres y de las tres personas que componían la servidumbre; luego, durante los años de Universidad habían consistido en unas vacaciones que llevaban consigo un cambio del poco atractivo panorama del sector universitario de Filadelfia, así como de un breve período durante el cual sus contemporáneos de Lyons se vestían de punta en blanco y exhibían sus mejores modales. Pero cuando finalizó el colegio, las Navidades parecían seguirse unas a otras demasiado pronto, y su principal placer consistía entonces en el placer que experimentaba su madre al recibir los regalos que él le hacía. En estos regalos no escatimaba dinero ni imaginación. La observación casual hecha en mayo de que le gustaría cierta sombrilla, un objeto de plata o de porcelana, ciertos libros —ya veces había hecho la observación en presencia de Margaret Dillon y no en la suya— le permitían dejar a un lado el dinero necesario para emplearlo llegado el momento. Y casi siempre, la primera reacción de Zilph ante el regalo era como de temor, como si sospechara en él poderes de adivinación que penetraran su pensamiento secreto. «¿Cómo supiste que quería eso?, —preguntaba, pasadas las Navidades—. Ni yo misma sabía que lo deseaba».

A veces él la torturaba un poco, diciéndola que parecía expresamente hecho para ella, con lo cual sabía que aumentaba su alarmada perplejidad. Había sido siempre, en cierto modo, una forma de venganza, especialmente durante los años en que ella no podía ocultar del todo el desprecio que le inspiraban sus relaciones con Chester Calthorp. Pero acabado este juego, y en los diez años finales de su vida, sus regalos de Navidad habían carecido del elemento sorpresa, puesto que los habían discutido con un mes de antelación, y puesto que solían consistir en cosas tan vulgares como una docena de pañuelos de seda.

En esta Navidad de 1902, Robert no podía esperar los regalos de Zilph, consistentes en alguna que otra sencilla joya y un sustancioso cheque; había muerto demasiado pronto para comprarle el alfiler de corbata, y ahora todo el dinero era suyo. Casi no recibió regalos: un cesto de Mr. y Mrs. Mac Mahon, conteniendo jarritas de jalea de guayaba, dátiles, sardinas y anchoas en lata; una inesperada caja de puros, de Ben Roseberry; una corbata y unos guantes, ambos de punto, de la cocinera; una piel de crótalo, de siete pies de longitud, clavada con tachuelas a una plancha barnizada de nogal, de Moisés Hatefield, y que seguramente era el único regalo en Lyons por el cual el dador había arriesgado la vida. Como tributo del mundo que le rodeaba, la colección de regalos, lo concedía, era lo que merecía; pero no era mucho para un ser humano de cuarenta y siete años.

Distribuyó las monedas de oro que anualmente daba a la servidumbre, y cheques por las mismas cantidades que su madre acostumbraba. Y luego se sentó a comer pato magníficamente asado y lo hizo rápidamente para que las mujeres pudieran disponerlo en la cocina, tras lo cual tomó la botella de Oporto y la caja de puros de Ben y se trasladó a la salita pequeña, donde se quedó dormido frente al fuego y sin haber encendido el puro.

Le despertó la campanilla de la puerta, y poniéndose en pie se dirigió hacia ella. Al abrirla, vio a un muchachito de cara pecosa que llevaba un paquetón con envoltorio de papel de gasa y atado con una cinta encamada.

—Es-de-parte-de-las-hermanitas-felices-Pascuas —dijo el chiquillo de un tirón y confusamente.

—¿Qué? No he entendido bien lo que me has dicho, hijito.

—De parte de las hermanitas y Felices Pascuas —repitió el muchachito, despacio esta vez.

—¿Las hermanitas? Me parece que te has equivocado de casa.

—No, señor, no me he equivocado. Para Mr. Millhouser, en la casa grande. Es un regato. Tómelo.

—Bueno, entonces es para mí. Espera un momento. Toma. Y Felices Pascuas a ti, también. —Le dio un dólar.

—¿Es para mí?, —dijo—. ¿No tengo que darlo a las hermanitas?

—Es para ti. Muchas gracias y que pases bien las fiestas.

Cerró la puerta y llevó el paquete grande, pero ligero, a la pequeña salita. Había un sobre dirigido a «Robert Millhouser, hacendado», escrito con una bella caligrafía, y en la tarjeta adjunta, y con la misma letra florida decía: *Que el Niño Jesús le bendiga en la fiesta de su Natividad.* Y en una línea separada: *De las Hermanas de San José.*

Abrió el paquete y extendió sobre su sillón un lienzo hecho en exquisita labor de ganchillo y que representaba con todo detalle la casona Millhouser tomada desde la parte sur, con sus árboles en flor. Hizo un rápido cálculo; habían tardado unos dos meses en hacer este trabajo, probablemente menos, desde que él hizo su ofrecimiento de zapatos para las escuelas, y en aquella época los árboles estaban casi desnudos. De pronto se sintió abrumado por el día y por los años, por la florida caligrafía y por la imagen de aquellas mujeres sin rostro, chachareando como pájaros a medida que su labor progresaba. Y sin nadie que le oyese ni nadie que le viera, podía llorar, y lo hizo.

La servidumbre se había ido a pasar la noche y el día con sus familiares o amistades, y por primera vez en su vida se encontró literalmente solo en la casa. Es posible que fuera la primera vez que una sola persona ocupara la casa desde que fue construida. Ahora estaba solo en la casa y con la casa: en la cocina había una nota con instrucciones sobre su comida y una última advertencia recomendándole tuviese cuidado con el fogón. Margaret y Theresa habían vivido durante muchos años, muchos años en la casa, y la consideraban como su hogar; pero cuando tenían una oportunidad y querían divertirse, pasaban la noche con otras familias de Lyons. Nunca había pensado en ello: en realidad no consideraba esta casa como si fuera su hogar. Moisés Hatefield tenía su propia familia, y cada noche iba a su casa. Pero nunca había pensado en que Margaret y Theresa tuvieran otra vida fuera de esta casa, aunque se diera oscuramente cuenta de que tenían sus amistades en el pueblo. Se negó a representarse como un personaje de las novelas de Dickens; y no obstante, era el propietario de quince de ellas; en los barrios del pueblo seguramente hallaría una pobreza que casara con la descrita por Dickens, pero por muy bien que recibieran el dinero que les diera, no desearían que pasara esta noche con ellos. En las casas más cómodas, sería lo mismo; la gente acomodada se hacían muchas visitas en la noche de Navidad, pero un hombre solo, de cuarenta y siete años, no podía participar ahora en una costumbre que siempre había ignorado.

En cuanto cayó la noche, encendió la luz en todas las habitaciones del primer piso. No vendría nadie, lo sabía, pero si a alguien se le ocurriera hacerlo... Luego pensó en cuán tonto sería que alguien viniese y le encontrara solo y con todas las luces encendidas. Volvió a recorrer las habitaciones y apagó las luces. Después recordó que al llegar la noche Margaret corría cortinas y persianas, dejando sólo iluminado el vestíbulo delantero para que se viera luz desde fuera. Hizo, pues, todas estas operaciones, y aunque no

tenía las menores ganas de comer, se preparó té y comió los emparedados que Theresa había dejado envueltos en papel encerado. Luego encendió un pitillo. Y en un impulso que no era del todo cariñoso, puso algunos terrones de azúcar en su bolsillo, fue a la cuadra, y se los dio a los caballos, sus únicos compañeros en toda la finca. Hasta estuvo tentado de llevar un trozo de queso para las ratas, pero esto no le habría gustado a Moisés. Se detuvo en el césped, en la fría y clara noche, y miró hacia el pueblo, en el que todas las casas estaban iluminadas. Había tanta visibilidad que pudo ver a lo lejos a un vigilante de las minas moviéndose de un lado a otro con su linterna, y oyó el resoplido de una locomotora arrastrando vagones por el valle. Pero no logró ver a ninguna persona viviente. Según su reloj eran poco más de las ocho, pero para él había pasado ya el día.

Volvió a la casa y le sorprendió el agradable calorcillo que en ella se sentía, pero el placer no duró. Los años solitarios parecían haber convergido en esta noche, la más solitaria de todas, y sabía que así sería durante el resto de su vida, si no hacía nada para cambiarlo. Pero comprendió que aún había esperanza, en tanto sintiera deseos de cambiar. Y con esta esperanza, y no mucho más, vivió otros tres años.

* * *

En una ciudad americana, se supone que los ciudadanos son fijos: han nacido allí, pasan sus vidas allí, y cuando mueren se les entierra en la parcela familiar del cementerio. A una familia le cuesta una generación entera instalarse en la ciudad, así como le cuesta una generación entera a la ciudad el renunciar a la posesión de una familia nativa que se ha trasladado a otro pueblo. Pero siempre hay ciertas excepciones a la regla de que los residentes temporales no adquieren respetabilidad. Muy pocos clérigos son nativos de los pueblos en que viven, y se hallan sujetos a órdenes o llamadas que les obligan a ir a distantes parroquias. Los inspectores de las escuelas y los maestros también son nómadas durante los primeros años de sus carreras. El jefe de la estación espera que le trasladen a otra más importante, y los cajeros de los Bancos, directores de fábricas y administradores de hoteles pertenecen asimismo a una población flotante. En todos estos casos, el trabajo confiere respetabilidad a quien lo desempeña, y la novedad de un nuevo maestro o cura es una parte agradable de la vida social de una pequeña ciudad. Al recién llegado se le considera como una añadidura de confianza a la ciudad y generalmente sucede así. En Lyons, y en otras pequeñas ciudades mineras, había siempre un nuevo ingeniero, joven, soltero y haciendo, al mismo tiempo, prácticas en su carrera, o sea adquiriendo experiencia. Cuando las minas se hallaban en curso de proyectos de mayor envergadura, los ingenieros eran a menudo hombres casados que traían a sus familias y se hacían residentes de Lyons, como semitransmigrantes, desde luego, debido a su oficio. Y uno de éstos era Edward Steele, quien alquiló una casa en Lyons en el año 1905 con la seguridad de que cuando menos viviría allí tres años.

Ed Steele estaba a punto de asentarse definitivamente en algún sitio, pues tenía ya cuarenta y dos años, era graduado por la Universidad de Wisconsin, y él y su mujer Ruth habían vivido y criado a sus dos hijos en una docena de los Estados de la Unión, y en México, Chile y el Canadá. Mientras su marido llevaba a cabo algunos de sus trabajos, Ruth había tenido que quedarse en Milwaukee con los hijos, en casa de sus padres; otras veces, los Steele habían vivido como las familias de los oficiales del ejército, con obligaciones sociales que no podían permitirse a pesar de los sueldos de las Compañías. Así, a los cuarenta y dos años, Ed Steele había ahorrado poco dinero, su hijo había de ir pronto al colegio y sabía que Ruth hallaba cada vez más dificultad en amoldarse a nuevas ciudades. Tres años en Lyons, le dijo él, y luego tomaría el mejor trabajo que ofreciera un hogar permanente, pero la previno que pondría toda la carne en el asador en el que le ocupaba en Lyons, de manera que le sirviera de buena recomendación cuando llegara el momento de

solicitar el puesto permanente. El trabajo que le ocupaba en Lyons no era el más importante de los que había realizado, pero sí de los de mayor responsabilidad hasta la fecha. Era él quien lo dirigía personalmente, siendo responsable sólo ante el director general de la Compañía constructora para la cual hacía ya diez años que trabajaba. El contrato implicaba la reconstrucción y modernización de ciertas pertenencias exteriores (no mineras). Estas instalaciones habían crecido muy rápidamente y no estaban en condiciones; por esta razón la Unión de Mineros no cesaba de recordar a los propietarios la necesidad de cumplir con los requisitos mínimos de seguridad. Y puesto que la operación era provechosa, a causa de lo anticuado del equipo y de su ineficacia, los propietarios no tuvieron dificultad en encontrar dinero para ello y se ordenaron las mejoras, que ascendían a más de un millón de dólares.

Como apoderado de dos millones de dólares (la cifra subió al doble a través de los rumores de Lyons), Ed Steele habría sido bien recibido de haberse presentado con una mujer desaliñada y dos retoños cretinos. En realidad, Ed Steele era flaco, calvo, de ojos azules y habla queda, con anchos y fuertes dientes y una repentina sonrisa que contrastaba con su habitual aire de abstracción; Ruth Steele era de rostro delgado, amplio busto, de movimientos rápidos y alerta. Su hijo Lars, de dieciocho años, era una reproducción física del padre; cursaba el cuarto año de la Escuela Superior, y bajo las esporádicas explicaciones de su padre dominaba ya cálculo diferencial. La hija, de diecisiete, era una pequeña belleza, un salto atávico a la ascendencia netamente sueca de su madre, que llevaba su cabello casi blanco de tan rubio en dos trenzas sujetas en tomo al cráneo. Siempre había estado en el mismo grado que su hermano, y se hubiera retrasado de no haber tenido sus padres cierta influencia con los muchos profesores que habían tomado parte en la irregular educación de los hijos. Hedwig Steele, que así se llamaba la muchacha, tenía una mente veloz e impaciente, incapaz de retener cuanto pudiera hallarse en los libros; pero en sus amplios viajes con su madre y hermano siempre había sido la primera en hablar el español y el francés del mismo modo que lo hablaban mejicanos y canadienses; siempre la primera en conseguir la solícita ayuda de extraños cuando había algún lío de equipajes u otra dificultad; y siempre, en los barcos o en los trenes, contemplaba a los demás viajeros, dejando a un lado juguetes y cuentos que se suponían destinados a aliviar el aburrimiento. Lars leía y se quedaba dormido; pero Hedda observaba con los ojos muy abiertos a hombres y mujeres, y a veces, mientras Ruth y Lars dormitaban, Hedda hacía amistades con personas mayores. A menudo, Ruth había obligado a la chiquilla a devolver las

monedas que le habían dado. Cuando la niña se hizo mayorcita, Ruth Steele insistió aún más en que permaneciera sentada en su sitio, pero Hedda era una muchachita desobediente, y habían habido frecuentes escenas y sopapos. Pero ya más crecida aún, en 1904, en un tren de Méjico, capital, a Vera Cruz, Hedda devolvió la bofetada.

La recepción que Lyons dedicó a la familia Steele fue de alto nivel, de la misma especie que sólo se había destinado para Robert y Zilph Millhouser, y no la comida en la parroquia y la reunión de las damas, suficientes para un administrador de la escuela y su mujer. Ni Ed ni Ruth Steele habían estado en Europa, pero eran muy diferentes de la joven pareja que había dejado Wisconsin veinte años atrás. Poseían urbanidad, modales, un cierto aire, y Lyons no podía ofrecerles una recepción de tres al cuarto, como si Ed Steele fuese el nuevo jefe de estación trasladado de un pueblo situado a veinte millas de allí.

Se dispuso, pues, un banquete para conmemorar la reconstrucción y a su encargado, Ed Steele. Eli W. Wadsworth vino nada menos que de Nueva York para asistir a él, y pronunció un humorístico discurso a la hora de los brindis. El juez Matthew R. Howland acudió asimismo desde Johnsville, y su alocución fue igualmente divertida, al par que optimista. Billy Williams, superintendente de las minas, logró levantarse y volverse a sentar sin decir nada que pudiera menoscabar la buena armonía de los presentes. John J. Lanagan, jefe del Sindicato del distrito, fue vulgar, prolijo y agresivo, atacando tanto a diestra como a siniestra, por la demora en la solución de la huelga de 1902. Terminó tan bruscamente su perorata («Y esto es cuanto tengo que decir»), que resultaba evidente que aún no había acabado, y Fred Langendorf, maestro en brindis, se alzó en medio de los murmullos y se dejó caer con aire inocente, pero dando el *coup de grace* al parlamento de Fred, la observación de que estaba «seguro de que todos los presentes recordarían el discurso de John». Ed Steele leyó unas cuartillas preparadas en Nueva York, y Robert Millhouser, elegido por la Banca y la Asociación Mercantil, regaló a Steele una escribanía de «diamante negro», con palabras ingeniosas.

Steele cometió un «faux pas», pues se fue a casa sin llevarse el regalo, por lo que a la mañana siguiente Robert Millhouser se lo llevó a su despacho.

—Buenos días, Mr. Millhouser —dijo la secretaria, una muchacha de Lyons—. Hay alguien dentro, pero pronto saldrá. —Y añadió confidencialmente—: Es su hija, que está pidiéndole dinero.

—Bueno, sólo venía a dejar este paquete.

—No se marche, espere. Sé lo que es y está de muy mal humor por habérselo descuidado. ¿Es su regalo, verdad? ¿La escribanía de diamante negro? Esta mañana me preguntó cómo podía entrar en contacto con Mr. Millhouser, y yo le dije que le conocía... Bueno, aquí está Mr. Millhouser, Mr. Steele —añadió al ver que aparecía su patrón.

—Buenos días, señor —dijo Steele—. ¡Ah!, ésta es mi hija Hedwig, a quien llamamos Hedda.

—Buenos días —dijo Robert Millhouser—. Buenos días, miss Steele.

—¿Es para mí?, —dijo Hedda señalando el paquete.

Robert sonrió.

—Bueno..., espere a ver lo que es, y luego, si le gusta le conseguiré otro igual.

—Mi hija está tratando de conseguir algo esta mañana —dijo Steele—. Hasta el momento no ha tenido mucho éxito. Bueno, Hedda, ya puedes irte.

—Me gustaría ver primero lo que hay en el paquete. ¿Puedo quedarme?

Robert Millhouser deshizo el paquete, hablando al mismo tiempo que lo hacía:

—Es un regalo para su padre. Un regalo de bienvenida a Lyons.

—Y lo olvidó, ¿verdad?, —preguntó Hedda—. Como de costumbre.

—Sí, me olvidé. Pero no como de costumbre. No recibo tantos regalos.

—Ya está —dijo Robert Millhouser.

—Me parece que es la cosa más vulgar que he visto —dijo Hedda.

—¡Hedda!, —exclamó su padre, intentando reprimir sus palabras.

—Y lo es. Pero me gusta.

—Entonces le enviaré otra igual, aunque de menor tamaño, para escritorio de mujer.

—¿Cómo llaman ustedes a ese material?

—Diamante negro. Pero su padre le dirá que es antracita pura y pulida. En otras palabras, carbón.

—Bueno, igual que los diamantes. Carbón. ¿No lo son todos los diamantes?

—Me sorprende agradablemente que lo sepa —dijo su padre.

—Y yo estoy agradablemente sorprendida de que tú estés agradablemente sorprendido, papá.

—Le llaman al teléfono, Mr. Steele —anunció la secretaria.

—Voy en seguida.

—Yo me marcho —dijo Robert Millhouser.

Steele le estrechó la mano y se retiró al despacho interior.

—¿Puedo acompañarle?, —dijo Hedda ya fuera.

—Será un gran honor para mí. ¿Le gustaría escoger su escribanía?

—¿Sólo tienen escribanías? Yo nunca escribo cartas.

—¿No va usted a ningún colegio?

—Quieren mandarme fuera, pero les costará. Probablemente iré a la Escuela Superior de aquí. Hasta ahora he estado en nueve distintas, entre escuelas y colegios, y todavía no he acabado el bachillerato. Un año fui a tres escuelas distintas. Tres en mi año. ¿Vive usted aquí?

—Toda mi vida.

—No produce usted esta sensación. ¿Dónde está su casa? ¿Está usted casado? ¿No lo está?

—No. No lo estoy. ¿Acaso está tan a la vista mi soltería?

—No, pero sé que no está casado. No me contestó usted. ¿Dónde vive?

—Al otro extremo del pueblo. Por ese camino.

—Enséñemelo.

—No puede usted ver mi casa desde aquí.

—Quiero decir que me lleve a ella. ¿Es una gran finca con muchos caballos? ¿Tiene usted un auto?

—Dos caballos. Ningún auto. Es mitad y mitad, ni grande ni pequeña. ¿Monta usted?

—Sí. No es que me guste mucho, pero puedo hacerlo. ¿Y usted?

—Ya no. También lo hacía cuando tenía que hacerlo. Cuando yo tema su edad, había muchos sitios a donde sólo se podía ir a caballo.

—¿Cuántos años tiene usted ahora?

—Cincuenta.

—Ocho años más que papá, pero papá es joven, ¿verdad?

—Supongo que sí. Bueno, ya comprendo lo que quiere decir.

—Muy joven.

—Eso es —dijo Robert—. Yo tengo ocho años más que su padre, pero ya no soy joven.

—No del mismo modo que papá. A mí me recuerda a un chico. Y usted me recuerda a un chiquillo. ¿Sabe usted a qué me recuerda? A un monaguillo. Cuando vivíamos en Méjico.

—Dispense, miss Steele. ¿Vamos hacia mi casa?

—Pues sí, ¿no es eso?

—Así lo creo.

Continuaron charlando. Al llegar ante la finca, Hedda la miró y dijo:

—¿Y vive usted solo aquí?

—Con dos criadas.

—Pero sin parientes.

—En efecto.

—Veo que todo está muy flamante. ¿Quién es aquel hombre? ¿Su mayordomo?

—Mi cochero. No tenemos mayordomo.

—¿A quién se refiere con «tenemos»?

—A mi madre y a mí, a la servidumbre, a la casa y a mí.

—¿Cuándo murió su madre? Porque ella murió, ¿verdad?

—Hace tres años.

—¿Y no tiene usted ni hermanos ni hermanas?

—No.

—¿Me dejará entrar?

—No creo que sea muy apropiado...

—¿Y por qué no? Hay dos criadas en la casa.

—De todos modos, no sería apropiado, Hedda. De sobra lo sabe usted.

—Sí, lo sé. Probablemente están mirándonos desde detrás de las cortinas.

—Apostaría a que algunas personas sí lo están.

—Preguntándose si me llevará usted dentro. Vamos a ver los caballos. Fueron a la cuadra.

—¡Qué coches más estupendos!, —dijo Hedda—. Parecen casi nuevos de relucientes que están.

—Moisés se ocupa de ello. Aquí está. Moisés, miss Steele ha estado admirando los coches.

—Dije que parecían nuevos. ¿Puede usted sacar los caballos para que los vea mejor?

—Sí, señorita —respondió Moisés, entrando en la cuadra y sacando uno de los caballos.

—¡Cómo me gusta esta yegua!, —dijo Hedda—. Pero, ¿qué es ese costurón que tiene en ese costado?

—Le tiraron una piedra hace tres años.

—Odio a las personas que hacen eso. O que les pegan. En Méjico, matarían a un hombre que hiciera eso.

Moisés sacó al castrado.

—La yegua es más bonita. ¿Puedo montar alguna vez? Le aseguro que sé montar.

—¿Tenemos aún silla de costado?, —preguntó Robert Millhouser.

—Sí, *señó*, *etá* en el arca, a no sé qué la *rata* se la hayan *comío* —respondió Moisés.

—Es fácil averiguar —dijo Hedda— si las ratas han hecho algún agujero en el arca. No creo que a Moisés le gusté que monte.

—Yo no me preocuparía de eso —dijo Robert—. Vamos a echar un vistazo al arca. ¿Moisés? Dije que vamos a echar un vistazo al arca.

—*Etá* en el *deván*, *detrá* de lo *trineo*. No *pueo* sacarla ahora, a *mena* que lo mueva.

—Entonces vamos a verlo nosotros mismos —dijo Robert.

—¿Tiene *uté la yave* del arca?, —preguntó Moisés.

—No, pero con un destornillador soltaremos la cerradura.

—No —dijo Hedda—. No quiero que haga eso. No me gusta romper nada.

—Pues lo haré —dijo Robert.

—Pues yo, no —replicó la muchacha—. Ya es hora de que me vaya.

—Espere un par de minutos y la llevaré a casa. Moisés, engancha la yegua y date prisa.

—Gracias —dijo Hedda—, pero no tengo tiempo de esperar.

»—Para esperar, no; pero estoy seguro de que lo tiene para pasear. No te quedes parado, Moisés. Engancha la yegua y tráela a la casa. Miss Steele y yo estaremos al lado del porche.

La muchacha echó a andar a su lado, pero sin hablar.

—Se está haciendo viejo, me parece. Pero no me gusta que se comporte de esa manera —dijo Robert Millhouser cuando llegaron al porche.

—Con eso sólo consigue que me tenga menos simpatía —dijo Hedda—. A la primera mirada que me lanzó cuando entramos advertí que no le caía bien.

—No haga caso. ¿Le gustaría tomar un poco de té helado? ¿O una limonada? Vamos a tomar un poco de té.

—No tenemos tiempo.

—¿Por qué no tenemos tiempo? Disponemos de todo el tiempo.

—¿Es verdad?

—Sí. ¿O tiene que estar usted en alguna parte a una hora determinada?

—No es eso lo que estaba pensando. Y usted lo sabe.

—¿En qué estaba pensando entonces?

—En nada importante. Sí, tomaré un poco de té. Quiero ver qué aspecto tienen las criadas.

Robert entró y llamó a Margaret.

—Traiga té helado, Margaret.

—Dígale que es para dos. De lo contrario es muy posible que sólo traiga para uno.

—Veamos qué hace.

Margaret apareció con dos tazas de té helado.

—Buenos días, señorita —dijo.

—La señorita es miss Steele —dijo Robert—. Su padre dirige las obras exteriores de las minas.

—Ya vi a miss Steele de compras el sábado. Bienvenida a Lyons, señorita.

—Gracias.

Margaret les dejó solos.

—¿Ve usted?, —dijo Robert Millhouser—. Estuvo amable.

—Es lista —dijo Hedda—. Ya está el coche aquí. Él no es listo. Es un mono. Y la primera cosa que yo...

—¿La primera cosa qué?

—No tiene importancia.

—Señorita —dijo Robert— me parece que está usted faltando el respeto a un hombre de mi edad, mayor que su padre.

—No lo aparenta, Mr. Millhouser.

—Comprendo. Acaso fuera mejor que sí. Sería mucho mejor, sí, mucho mejor.

—Entonces pruébelo durante un rato.

—¿Dijo usted que irá a la Escuela Superior?

—Sí, eso es lo que dije.

—¡Hay tantas preguntas que me gustaría hacerle!

—Lo sé. Y sé qué clase de preguntas son. Pero no pienso ayudarle. Hágalas usted por sí mismo.

—Entonces creo que ya sé algunas de las respuestas.

—¡Estupendo! En tal caso ya no es necesario que me haga las preguntas.

—Hay una pregunta cuya respuesta sé también, ¿no es eso?

—¿Lo cree usted?

—¿No?

—No lo sé.

—¿Era un mejicano?

—¿A qué se refiere usted, Mr. Millhouser?

—Si usted me mirara del mismo modo y dijera, «¿Era una mejicana?», esperaría usted que yo supiera lo que quería decir, ¿verdad?

—Si tiene usted una pregunta que hacer, hágala. Y si teme usted que es una pregunta equivocada, no la haga.

—Estoy casi seguro. Todo cuanto he sabido de usted en una hora. Es usted la muchacha más interesante de cuantas he conocido jamás.

—¡*Puf!*

—¿Es una palabra española?

—No es una palabra. Es sólo *puf*. Es lo que digo cuando quiero decir otra cosa. Acostumbraba decirla cuando los mayores me hablaban aún como si fuese una chiquilla.

—Pero ahora, naturalmente, es usted una mujer.

—¡Oh, Mr. Millhouser! ¿Por qué tiene usted que emplear esos trucos? «Pero ahora, naturalmente, es usted una mujer»... En realidad no deseaba tomar té frío. Y quiero ir andando a casa.

—¿Le gustaría montar mis caballos alguna vez?

—Como antes le dije, sé montar. No es que me guste mucho, pero puedo hacerlo si tengo que hacerlo.

Fueron hasta el sendero donde estaba Moisés que sujetaba la rienda de la yegua. De pronto, la muchacha dijo con mucha seriedad:

—Ya puede llevar la yegua al establo, Moisés.

—Sí, señorita —dijo Moisés.

La muchacha miró a Robert Millhouser y rió alegremente.

—Aprende con rapidez —dijo—. Al fin y al cabo, es posible que le conserve. Hasta la vista.

No miró hacia atrás, pero él supo que se iba sonriéndole, y si su sonriente desprecio era parte del trato, estaba dispuesto a aceptarlo también.

* * *

Dos paseos juntos en el seno de una pequeña ciudad, y Robert Millhouser y Hedda Steele habían causado ya sensación. La segunda vez, Robert llevaba un paquete que contenía un vestido que Hedda se había comprado en el establecimiento de Langendorf. El encuentro, una semana después del primero, fue accidental: Robert estaba en la sección de hombres del almacén, efectuando una compra, y vio a Hedda ante un mostrador de la sección contigua. Levantó su sombrero, fue correspondido con una sonrisa, y luego se acercó a la muchacha.

—¿Cómo está usted? —preguntó—. Pero no me responda en castellano, es todo cuanto sé.

—Es todo lo que necesita en Lyons —respondió ella.

—¿Me permite que le lleve su paquete?

—No pesa nada.

—Tanto mejor a mi edad —respondió él.

—Póngalo en la cuenta de mi padre, Mr. Edward Steele, por favor —le dijo Hedda al dependiente.

—Ya lo sé —respondió éste—. Buenos días, señorita.

—Buenos días —dijo Hedda.

—Buenos días —dijo Robert, en castellano también.

—¿Está usted estudiando español?, —preguntó Hedda cuando abandonaron la tienda.

—¿Cómo lo sabe? No estoy estudiándolo, pero compré un diccionario.

—¿Dónde pudo comprar un diccionario español en este pueblo?

—Ni lo intenté siquiera. Lo adquirí en Fort Penn.

—También me sorprende que lo tuvieran allí.

—Fort Penn le sorprendería en muchos aspectos. Es una ciudad interesante, la capital de la provincia. No olvide usted que ésta es tan grande como algunos reinos.

—Sólo he estado en Fort Penn para cambiar de trenes.

—Por cierto, ¿va usted a un internado?

—Sí, al Colegio de Pinewood. ¿Oyó usted hablar de él?

—Sí. Está cerca de Lancaster. Casi todas las muchachas de la comarca van a él, por lo menos una de cada dos.

—¿Me echará de menos?

—¿Por qué dice usted eso, Hedda? De sobra sabe usted que sí. Conocí a su madre anteanoche.

—Ya me lo dijo.

—¿Y qué más le dijo?

—Que no tenía que ir más a casa de usted. Que era una estupidez de muchacha ligera de cascos. Tan perjudicial para la reputación de usted como para la mía.

—¿Le dijo usted que había estado en mi casa?

—Afortunadamente, sí. Alguien más se lo debió haber dicho ya. Mi madre me controla al minuto. No se fía de mí.

—Entonces es mejor que no la acompañe a usted andando a casa, ¿no cree usted? ¿La castigarán?

—No me castigan nunca. Una reprimenda, quizá. Ahora sé más de usted de lo que sabía.

—¿Por ejemplo?

—Que es usted rico, y que se supone tiene una mujer en Fort Penn. Que estuvo usted a punto de casarse y que ahora la ve cuando puede.

—Vaya, eso es algo nuevo. Y no es verdad.

—No me importaría que lo fuese. No soy celosa.

—¿Lo ha sido usted alguna vez?

—¡Oh, sí! No dije que no lo fuera. Dije que ahora no lo soy. ¿Va a ser lo mismo durante tres años? ¿Vivir en una ciudad chismosa?

—Olvida usted algo.

—¿Qué?

—La ciudad tiene razón. Usted y yo hemos recorrido más camino en una entrevista que muchos en años.

—Pero ellos no lo saben.

—Ellos no lo saben de hecho, en nuestro caso, pero es lo que ocurre. Generalmente el rumor de las pequeñas ciudades va demasiado aprisa. Esta vez va rápido, pero nosotros corrimos más, ¿no es así?

Hedda sonrió.

—Sí, creo que sí. No perdimos el tiempo. Siempre estamos hablando de tiempo.

—Eso parece.

—¿Me daría usted dinero para marcharme a otra parte?

—¿Adonde se iría?

—No responda a una pregunta con otra pregunta. ¿Me daría usted el dinero?

—No.

—Me lo suponía.

—Sería una cosa terrible si lo hiciera. La encontrarían y la volverían a traer, y Dios sabe lo que le pasaría a usted antes de que la encontrasen. ¿Tiene

usted alguna amiga a cuya casa poder ir?

—No. Sólo quería irme fuera.

—Y no sería necesario un Sherlock Holmes para descubrir quién le dio el dinero.

—¿Tiene usted miedo?

—No de la manera que usted piensa. No quiero que le suceda nada.

—¿Por qué no lo ha dicho usted?

—¿Qué?

—Que estaba enamorado de mí.

—Lo haría si fuese verdad. Si estuviera seguro de lo que digo, para actuar de acuerdo con ello.

—¿Cómo actuar de acuerdo?

—¿Qué suele hacer un hombre cuando está enamorado de una muchacha?

—De nuevo responde a una pregunta con otra.

—Bueno, para cambiar, responda a mi pregunta.

—Pues, generalmente se casan.

—Ignoro si es cierto, pero sí que el hombre dice a la muchacha que la quiere y que espera que ella le quiera también. Usted posiblemente no podría enamorarse de mí.

—No lo estoy, pero podría estarlo.

—A usted no le gusta montar, pero puede hacerlo si tuviera que hacerlo. Algo por el estilo.

—Algo por el estilo, pero mejor.

—Bueno, ya hemos llegado a su casa. De chico solía jugar aquí. En ella vivió mi mejor amigo.

—¿Mr. Vanee? ¿Era él su mejor amigo?

—No el que usted conoce, sino su hermano mayor, muerto hace muchos años ya. Era más joven que usted cuando murió. ¿Cuál es su habitación?

—En el segundo piso, en aquella esquina.

—Pues esa misma era la habitación de mi amigo.

—Entonces supongo que duermo en su cama. ¿Cómo se llamaba?

—Leonard Vanee.

—¿Le quería usted? Sí.

—Creo que sí.

—Bueno, creo que estoy durmiendo en su cama.

—También yo he dormido en esa cama, Hedda. ¿De madera tallada? ¿Con un óvalo ancho en medio de la cabecera de la cama?

—Sí, ¿y qué hay en medio del óvalo?

—¿En medio de qué?

—Algo que parece a uno de ésos... —Puso un dedo sobre su pecho izquierdo.

—¡Ah, sí! Es lo que nosotros solíamos pensar también.

—Gracias por haberme traído el paquete.

—Gracias a usted por haberme permitido que le acompañara hasta su casa. Espero que no le den un rapapolvo.

—¡Si supieran lo poco que me importa! Adiós.

—¡Ah! Se me olvidaba... La silla está en perfecto estado, si es que quiere montar la yegua. Cuando quiera ya lo sabe, le diré a Moisés que la ensille.

—Ya veremos —dijo ella.

Su segundo paseo había empezado en uno de los principales centros de intercambio de chismes de la ciudad, en la sección de señoras del Emporium de Langendorf, y continuó parte del camino por las dos calles en las que había más tiendas y una de las principales residenciales. Se tomó debida nota de que la muchacha y Robert Millhouser hablaban juntos en un idioma extranjero, una indicación que permitía suponer que entre los paseos en público se habían intercalado otros más íntimos. Y a esto se añadió el informe, ampliamente difundido, de que los padres de la muchacha estaban removiendo cielos y tierra para meter a su hija en un pensionado antes de que saliera un escándalo a la superficie. A la muchacha se la había pedido que abandonara varias escuelas.

—No hay nada de nada. Y basta ya de hablar sobre el particular —dijo Fred Langendorf a su mujer.

—¿Vais a confesaros este sábado?, —dijo Jeremías Mac Mahon a su mujer e hija—. No olvidéis lo que habéis estado diciendo de Robert Millhouser.

—¿Qué significa esto?, —dijo Ed Steele a su mujer, tendiéndole un trozo de papel en el que había dibujado dos corazones enlazados y con la siguiente leyenda al pie: «Robert quiere a Hettie».

—¿Quién envió esto?, —preguntó Ruth Steele.

—Vino con mi correspondencia. Matasellos de Lyons. El sobre sin remitente, desde luego. ¿Quién es Robert?

—Mr. Millhouser.

—¡Estás loca! ¿Robert Millhouser? Es más viejo que yo. ¿Qué sabes tú de esto?

Ella le dijo lo que sabía. Y lo que había hecho: prohibir a Hedda que viese a Robert Millhouser.

—¿Pero qué casa de locos es este pueblo? ¿O hay más de lo que me has dicho?

—Estoy segura de que sólo le ha visto dos veces, pero estaré más tranquila cuando se marche al pensionado.

—Entonces hay algo más. ¿Qué es, Ruth?

—Me lo he estado guardando hasta el punto de que a veces me parecía que iba a explotar, Ed. Siéntate. Tengo que decir algo que he mantenido oculto más de un año. No te va a gustar, no me vas a querer, y odiarás a Hedda.

—Habla, habla.

—¡Lo haré! Pero, por amor de Dios, Ed, mira que es mi hija tanto como la tuya. Me ha envejecido y me ha enfermado estar moviéndonos de un sitio a otro, tratando de criar a los hijos comío si fueran... animales del circo, o cosa por el estilo. Y he tenido que estar sentada escuchando cuán maravilloso ha sido que vieran mundo.

—Eso ya pasó. Éste es nuestro último traslado.

—No te reprocho nada. Me estoy reprochando a mí misma —dijo ella, respirando profundamente—. La primera vez fue hace cuatro años.

—¿Hace cuatro años? ¿En el Canadá?

—Sí, cuando estuvimos en Quebec. Recordarás que solía ir a la escuela cada día con una vecinita, Sheilah Dawson. Pero un día vi que Sheilah estaba en su casa y que Hedda no había llegado aún. Le pregunté por qué no habían venido juntas y me dijo que Hedda había tenido que hacer después de la clase. Pero era mentira. Y cuando la atrapé de nuevo, la amenacé con decírtelo si no me contaba la verdad. Y supe la verdad. ¡Dios me valga! Había un mozo de cuadra, un palafrenero, en uno de esos parajes al lado del río. La hacía hacer cosas...

—¿Qué clase de cosas?

—Pues... tocarle, acariciarle.

—¿Y qué más? ¿Le daba dinero? ¿Le hacía regalos?

—No. La llevé al médico y la examinó. Estaba... bien. Quiero decir que era virgen. Entonces fui a ver al hombre.

—¿Y por qué diablos no me lo dijiste?

—Estabas en la mina, como siempre. Tuve que hacerlo todo yo sola. Fui y vi al hombre. Y mi primer pensamiento fue que Hedda me había mentado. Era un hombre, afable, ya mayor. Inglés. Sabía por qué iba a verle. Estaba casado y había criado a sus hijos, y para decirte la verdad... podrías llamarle guapo. Digno. Pero habló y dijo que se había dado a la bebida después de quince

años de no hacerlo, a causa de lo ocurrido. Era ella quien había empezado. Un día, Hedda fue paseándose por allá y le vio limpiando los caballos. Se hicieron amigos y él se acostumbró a verla por allí. Y un día que estaba tumbado sobre un arca, medio dormido, ella vino y lo palpó... y él no la detuvo.

—Y nunca la detuvo.

—No. Sabía que debía de haberlo hecho la primera vez y no dejarla volver. Es lo que debiera haber hecho. Pero al haberla dejado la primera vez, el daño estaba hecho ya. De ahora en adelante sólo le quedaba esperar el descrédito para sí y su familia. Y yo le dije que sería peor que eso si la volvía a ver. Pero él se cuidó que no ocurriera. A la mañana siguiente lo encontraron colgado en el establo. Lo leí en el periódico.

—¿Y qué efecto le hizo eso a Hedda?

—Nunca se lo dije.

—¿No le dijiste nada?

—No. Si había alguna esperanza de salvación para ella, se habría perdido de haberle dicho que había sido la causa de que un hombre se suicidara.

—¿Y no lo ha sabido nunca?

—No.

—¡Santo Dios!

—No volvió nunca más a aquel lugar, ni leyó ningún periódico. Y sabía que no la perdía de vista ni un momento.

—Dijiste que fue la primera vez. ¿Qué más hubo?

—En Méjico, el año pasado. Como te he dicho, prácticamente nunca la perdía de vista, pero tuvo un asunto, un verdadero asunto con un muchacho mejicano.

—Un muchacho esta vez.

—Sí, de su misma edad. Juan Villarreal.

—¿Juan Villarreal? ¡Hasta era más joven que ella!

—No. Tenía la misma edad.

—Y muy religioso.

—¡Uy! Religioso.

—Pues si tuvieron una cosa seria, ¿cómo es que no quedó embarazada?

—¡Oh, esas cosas se logran en Méjico igual que en otra parte! Encontré una caja escondida detrás de un cuadro, en su habitación.

—¿Y cómo se te ocurrió registrar?

—Porque descubrí un montón de fotografías, de las más pornográficas que he visto en mi vida. No puedo describírtelas, de tan indecentes como

eran. La obligué a que me dijera de dónde las había sacado. Juanita. Y el resto salió bofetada tras bofetada. Juanita solía subir descalzo, mediante una escalera, a su cuarto.

—Y por eso te pusiste enferma en Méjico.

—Mi enfermedad era verdadera. La llevé a un médico americano y se lo conté todo, y él me aconsejó que hiciera cuanto pudiera para salir de allá.

—Y eso es lo que tenemos por hija —dijo el marido.

—Es nuestra hija, sea como sea.

—No quise decir nada con eso, Ruth. Compréndelo, por favor.

—Ya sé que no quisiste decir nada. Y ahora que te lo he contado, no me siento mejor. Pensé si debía decírtelo; pero sí, es mejor. Es posible que hayan más cosas y no las sepamos. Y probablemente las hay. Recuerdo a un hombre, una vez, en el tren, yendo de Omaha a Denver. Hasta recuerdo su cara. No nos dirigimos la palabra, pero dio varias vueltas por el pasillo y miró a nuestro departamento. Acaso no era nada. Y otra vez, cuando vivimos en casa de mis padres, vino a casa con una moneda de oro de dos dólares y medio que dijo había encontrado en la acera. ¿La encontró? No lo sé. Atraía la atención por doquier. Es muy bonita, Dios lo sabe, y tiene una piel preciosa.

—No hay nadie así en tu familia ni en la mía.

—¡Oh! ¿Qué sabemos? Y además, ¿qué, si no la hay? Una cosa, preferiría que no le digas ni una palabra.

—Tendré que hacerlo. Por culpa de ese asunto de Millhouser.

—No, no lo hagas. La única cosa que la hace obedecer es la amenaza de que te lo contaré todo. Eres la única persona a la que teme, y si creyera que lo sabías, no tendría otra amenaza que emplear.

—Lo notará.

—Si tienes cuidado, no. Sigue estando preocupado por el trabajo. Yo la llevaré al pensionado. Ya he pedido que me den un informe semanal para estar al tanto de cómo se porta allá. Creo que me sentiré mejor si puedo hablarte.

Él se sentó junto a ella y la rodeó con su brazo.

—No he sido un buen marido o un buen padre.

—Has sido ambas cosas, pero has estado mucho tiempo fuera.

—¿Qué debemos hacer con Millhouser?

—Si te dijera lo que espero, te parecería que estoy loca.

—No estás loca, aunque casi debieras estarlo. ¿Qué es lo que esperas?

—Pues quisiera que Millhouser se casara con ella.

—Un hombre de esa edad... bueno, desde luego esta objeción es tonta, ¿verdad?

—Sí. Mira, Millhouser es especial también, y creo que la tiene fascinada. Eso es poco más o menos, lo que vino a decirme. Dijo que era la única persona que le había interesado un poco en Lyons. Y que el resto de las personas eran como si las hubiese conocido ya antes.

—Pero tú le has prohibido que le vea.

—Pero no le he prohibido a él que vea a Hedda. Es soltero. Estuvo a punto de casarse, y según he comprendido, tiene una amiga en Fort Penn a la que ve de vez en cuando, pero Hedda piensa que está prendado de ella. Prendado. Él la busca, creo, y si lo sigue haciendo, me parece que voy a intervenir de una manera anticuada. Le diré que no me parece conveniente que un hombre de su edad entretenga a una muchachita.

—Me gusta Millhouser, por lo que sé de él. Pero no le veo como marido para Hedda.

—Pues a mí no me gusta, pero lo veo como marido para ella. No es varonil, pero es mayor y tiene experiencia. No me sorprendería que comprendiese a Hedda mejor que otro. Creo que son pájaros de un mismo plumaje.

—Pero no puedes contar con Millhouser. Un hombre que ha permanecido soltero tanto tiempo no creo que vaya a perder el seso por la primera cara bonita que vea.

—Hedda es más que una cara bonita, y un hombre como Millhouser lo sabe. Vivió varios años en Europa, e intentó ser artista.

—Sabes ya más de esas gentes que sabré yo cuando nos marchemos de aquí.

—Es parte de nuestra vida. Ver a personas, entretenernos. ¿Entretenernos? Podemos invitar a Millhouser cuando empecemos a devolver invitaciones. No podemos esperar que nos invite un soltero.

—Hedda estará entonces en el pensionado.

—No importa. Tengo ganas de hablar con Millhouser.

Y Hedda volverá para fiestas.

—Si es que se queda tanto tiempo —dijo él.

Se levantó, tomó una de sus pipas y se sentó en otro sillón, con la bolsa de tabaco y las cerillas. Su mujer sabía que, si volvía dentro de una hora, seguiría con la pipa vacía y no se habría dado cuenta ni de su ausencia. Podía estar sentado así durante horas cuando tenía un problema.

* * *

Ben Roseberry, el hombre de los apetitos, evolucionó a la condición de amigo de Robert Millhouser; no había sido escogido como Robert había elegido y sido elegido por Chester Calthorp y el doctor Willets. Ben había sido casi una conveniencia, y ciertamente no había prometido intimidad y calor, estímulo y confianza, los placeres de la amistad que Robert Millhouser había obtenido de sus asociaciones con Chester Calthorp y el doctor. Ben, abogado y libertino, era un pragmatista, sujeto al sentimiento sólo por su miedo a la soledad, pero negándose a hacer el sacrificio de su libertad, que podía haber sido el único medio efectivo de disipar su temor. También él empleaba a los hombres y a las mujeres a su conveniencia, considerándolos válidos a medida de su utilidad. Por lo tanto, comprendió que iba a ser utilizado como conveniencia mucho antes de que Robert Millhouser le admitiera en secreto, y en este aspecto Ben Roseberry fue más franco sobre su amistad. Robert Millhouser era un caballero, la mayoría de los camaradas de Ben no lo eran, y a Ben le gustaba estar de cuando en cuando con un caballero. La asociación evolucionó, pues, a una amistad en gran medida como resultado de que Ben disponía de más tiempo para estar con un caballero en razón directa a que sus apetitos se iban haciendo menos exigentes. En una palabra, se estaba haciendo viejo.

Se le veía más a menudo en el Club de Fort Penn y menos en las casas de prostitución, y en reuniones con prostitutas, y juergas. Desgraciadamente, los caballeros y la masa del club le saludaba y trataba como a un caballero *roué*^[15], cuando habría preferido olvidar este aspecto de su naturaleza.

—Allí hay un compañero —le dijo a Robert Millhouser—. Tiene un puesto de juez que yo no quise hace diez años. No era ni siquiera el siguiente en la lista cuando yo lo dejé. Pero ahora viene al club y me mira por debajo de la nariz. Quiere que le hable sobre curia, y a mí no me da la gana. Cree que, si me hace hablar de ello, se vuelve más respetable. Y cuando se siente respetable, puede olvidar que yo podía estar en su puesto, de haberlo querido. No quiere que olvide que él es un juez y yo un leguleyo. Desde luego que ello no hace que me aprecie más, pero el hecho es que tuve cinco casos con él que fueron a apelación. Cinco en diez años, uno cada dos años, ése es el promedio. Y me mira por debajo de la nariz...

Esta entrevista tenía lugar en el otoño de 1905, y Robert Millhouser la había dispuesto con la esperanza de que Ben diría algo, que invitaría a las confidencias. Robert consideraba ahora a Ben como más que a un amigo de conveniencia, y el club era más frecuentemente el escenario de sus encuentros que el restaurante de Gottlieb. Robert deseaba hablar sobre Hedda Steele y

esperaba cualquier síntoma de Ben que demostrara su confianza y simpatía anticipadas.

—¿Te importan las personas que te miren por debajo de la nariz?, —preguntó Robert Millhouser.

—Sí y no. ¡Vaya respuesta para un abogado! Si es alguien a quien respeto, no me importa. Pero si se trata de alguien a quien considero como inferior, sí. Gasto una porrada de tiempos preciosos en buscar caminos y medios para ponerle en su lugar. A veces envidio tu vida, tu cómoda casa y buenos criados para cuidarte. Trabajas cuando quieres, y no te matas tampoco cuando lo haces. Pero hay algo que envidio por encima de todo, una faceta de tu carácter que siempre has tenido.

—¿En mi carácter? ¿Qué?

—La habilidad que tienes para vivir tranquilamente en una ciudad como Lyons. Tempranito a la cama y a levantarse tempranito. Leer, supongo. No depender de otras personas. Siempre tuviste esa habilidad. ¿Han pasado ya casi treinta años, no es así, desde que viniste de Europa y te instalaste allá?

—Veintisiete.

—Y mira lo que ha sido de Chester Calthorp. Le llevaron casi estos veintisiete años para llegar aproximadamente al mismo punto. Aunque supongo que tú no estimarás que sea el mismo punto, ¿no es así? —Ben guiñó un ojo—. No, me parece que no.

—No irás a decirme que se ha casado.

—¿Casado? ¿Es que no estás enterado?

—En absoluto. No sé ni dónde está. No sé nada de él.

—¿Quieres decir que soy el primero en darte la noticia? Querido amigo, siéntate bien sentado y prepárate para recibir un buen golpe. ¿Ignorabas que nunca más volveremos a ver al viejo Chester?

—¿Por qué? ¿Acaso está en la cárcel?

—Peor que eso. Está en un convento.

—¿Qué?

—Es lo mismo que dije cuando me lo contaron. Un convento. ¿Cuánto tiempo hace que no sabes de él?

—¡Oh! Unos cuantos años. Creo que la última vez fue cuando te tropezaste con él en el restaurante Kluger.

—En el Bookbinder, querrás decir. Eso fue hace mucho tiempo. ¿No vas nunca a Filadelfia?

—Raras veces.

—Bien, entonces creo que tengo que darte todos los antecedentes. Daba por supuesto que lo sabías mejor que yo, puesto que era tu amigo, y no lo fue nunca mío. Veamos... hace dos años, o tres, no estoy seguro, Chester se hizo católico.

—¿Dónde? ¿En Filadelfia?

—Sí, en Filadelfia. Tienen jesuitas allá. ¿Sabes lo que son?

—Sí.

—Entonces ya sabes que están en todas partes de este condenado mundo... Bueno, pues uno de esos a quien Chester había conocido en Europa, volvió. En Roma o en París, no lo sé. Tampoco sé si Chester pasó mucho tiempo en compañía de jesuitas o curas cuando estuvo allí, pero el caso es que conocía a éste. Y tampoco sé cómo se volvieron a encontrar en Filadelfia, pero el caso es que se encontraron. Y nuestro amigo cuáquero de Filadelfia se hizo católico, antes de que nadie supiera lo que estaba ocurriendo.

—¿Y se hizo jesuita después?

—¡Oh! No vayas tan aprisa. No ocurrió en seguida. Durante un año o así, hizo penitencia enseñando religión a todos sus amigos. Supondrás qué suerte tendría con sus amigos, esa pandilla artística de ricos bohemios. Pero cuando menos logró hacer un converso. Una mujer. Deja a ver si recuerdo su nombre...

—¿Me permites que lo adivine? Alice Sterling.

—Exacto; lo adivinaste. Alice Sterling. Sabía que se llamaba Sterling o Calthorp. Es mayor que Chester y creo que pariente de él. Alice Sterling. Consiguió que ingresara en la Iglesia católica, pero nadie más. Según tengo entendido, ella es una buena pieza que ha trotado lo suyo. ¿La conoces?

—Sí. La conocí. No me apreciaba.

—Quizá haya sido lo mejor, o habrías sido su candidato.

—Lo veo difícil. ¿No irás a decirme que también se hizo monja?

—No. No sé qué ha sido de ella. Sólo oí mencionarla en relación con Chester. Fue en la cena de la fraternidad donde me enteré de todo esto. Mira lo que te pierdes por no asistir a esas cenas.

—De todos modos, siento no haber asistido a ésta. Continúa con Chester.

—No te preocupes. A eso voy. Creo que le pareció tan poco convertirse solamente, que decidió hacerse misionero. Acaso para ir a la pagana China. Pero allí no lo quieren. Me refiero a las misiones. Quiero decir que allí sólo desean jóvenes rebosantes de salud, debido al clima, y Chester Calthorp no hizo ni un solo día de ejercicio en toda su vida, excepto para descorchar alguna botella. Yo soy un corredor olímpico comparado con Calthorp, ya lo

sabes. Y su edad... Tenía ya cincuenta años cuando vio la luz. Y también, bueno, esto es sólo una idea mía, creí que quizá pensarán que la conversión no duraría. Pero en eso me equivoqué, y ellos también. Espera a oír lo que sigue... Chester estaba tan decidido a cortar por lo sano con su antigua vida que dio vueltas y más vueltas hasta que encontró un lugar donde le aceptaran, una orden religiosa, vamos. No me preguntes su nombre porque no lo recuerdo. Pero es un convento. Está en las montañas, cerca del Líbano. Buen país luterano, por cierto. Hacen votos de obediencia y pobreza. No ha llevado ni un centavo. Se levantan hacia las cuatro de la madrugada y rezan un par de horas, de rodillas; y luego se dedican a trabajos manuales, no sé de qué clase. Algunos labran la tierra y cortan leña. Nadie parece estar muy enterado de lo que hacen, excepto que rezan. Nunca ven a nadie. A nadie, absolutamente a nadie. Y no se les permite escribir cartas o recibirlas. Algunos dicen que ni siquiera pueden hablar entre ellos. Esto ya puedo comprenderlo. No sé de qué diablos tendrán que hablar en tales condiciones. Están en la tierra, pero no en el mundo. Llevan sandalias invierno y verano, sin calcetines, y una especie de hábito con capuchón. Y nunca llegan a curas. Siempre monjes, trabajando y rezando, rezando y trabajando. Cuando mueren, los familiares más próximos pueden asistir al funeral, pero los entierran allí mismo, en la tierra de su cementerio. ¡Ah! Y abandonan sus nombres. Chester es el hermano No-se-qué, y los demás no conocen su verdadero nombre. Bien, ¿estás contento ahora por haberme invitado a comer? ¿No vale esto lo que cuesta la comida? Creo que bastante más. Por lo tanto, voy a tomar una copa de Benedictino, para celebrar la ocasión. ¿Qué te parece?

—Tómala —dijo Robert—. ¡Es como si hubiese muerto! ¡Y yo lo ignoraba!

—Sí, un poco, ¿no? Debe de ser muy duro para un hombre que vivió como él. Sobre todo, el trabajo manual.

—Me apena. Fui íntimo de Chester. En parte, me siento como responsable.

—¿Por qué? Míralo desde este punto de vista: está haciendo lo que quiere hacer. Tú y yo no deseábamos hacerlo, pero él debe de saber lo que quiere. Dios sabe que siempre lo supo. Nunca se negó absolutamente nada de lo que deseaba. Fue un millonario y vivió como tal.

—Hubiera querido tener una oportunidad de despedirme de él.

—Si él hubiera querido despedirse, lo habría hecho. Estoy seguro de que dispuso de mucho tiempo para tomar su decisión, y según me han dicho, esos conventos son estrictos en cuanto el ingreso. No quieren tipos que entren y

luego les parezca la vida demasiado dura. Chester podía habértelo hecho saber. Pero acaso tuvo miedo de que le recordases los buenos tiempos. Para mí todo eso es un misterio. Personalmente, si quisiera marcharme de este mundo, conozco medios más agradables de hacerlo. Me tomaría una botella entera de coñac cada noche y creo que en un par de semanas habría acabado con mis desazones. Y más rápidos, de acuerdo con mi superansioso y superpagado matasanos.

Emocionado y confuso aún por la noticia, Robert terminó su comida con Ben, olvidando el propósito de la entrevista y ávido de quedarse solo con sus pensamientos. Sería fútil hacer más preguntas a Ben, pues era evidente que había dicho cuanto sabía, y sus comentarios serían sólo de frívolo menosprecio. Pero llegó por fin el momento en que Ben tuvo que marcharse, y Robert se retiró a una tranquila esquina de la biblioteca del club, donde estaba prohibida la conversación y sólo se oía ruido de ronquidos.

Era verdad, reflexionó, que las noticias le habían afectado como si hubiesen sido las de una muerte; era entristecedor, y habría deseado poder despedirse de un hombre a quien no había visto en veintisiete años. Ahora se daba cuenta de que el adiós que le había dado en Roma no lo había considerado nunca como definitivo; que a través de los años había tenido la esperanza de que Chester rompería algún día el silencio. Mientras esa esperanza se había mantenido viva no le había sido doloroso desprenderse de Chester Calthorp, pero ahora Robert se sentía abandonado, desdeñado, castigado; y sentado en la biblioteca del club, aquella esperanza de la que no se había percatado, volvía a surgir agria y aviesa. Chester Calthorp le había castigado deliberadamente aliándose a una religión extraña, a una renuncia del placer, a la adopción de una austeridad que implicaba una censura a su amistad. Al rechazar la filosofía y el *modus vivendi* que le habían hecho único, Chester Calthorp estaba repudiando de un modo premeditado su amistad, y con su amisión de decir una palabra sobre sus intenciones o de un gesto de despedida se había asegurado doblemente de que las implicaciones que ello llevaba consigo no pasarían desapercibidas para Robert Millhouser. Ahí radicaba la debilidad en Chester Calthorp. Había tenido miedo de decir adiós... No era mucho consuelo en este momento, pero Robert consideró que el silencio de Chester podía ser aceptado como una victoria. Si Chester había tenido miedo de despedirse, era porque el único hombre a quien no podía enfrentarse era Robert Millhouser, y la única cosa que no podía afrontar, el escepticismo de Robert Millhouser. La conversión era incompleta e insegura, y por primera vez en su amistad con Chester Calthorp, Robert Millhouser

supo que él era el hombre superior. Y su enojo y su tristeza se disolvieron en una despectiva tranquilidad.

—¿Volverás en el tren de la tarde?

Robert Millhouser se volvió y vio que la pregunta procedía de Bart Vanee.

—¡Sí! ¿Eres tú?, —dijo—. Vanee asintió.

—Bien, te veré en el departamento de fumadores.

Robert se hallaba ya tan alejado de la primera sensación de pena que le habían producido las noticias de Calthorp, que hasta deseaba tener a Bart Vanee como compañero de asiento. Bart era el único miembro de la familia Vanee que aún mantenía enlace con Lyons. Las hermanas de Vanee y Chancey, el otro hermano, vivían en Nueva York y no tenían siquiera un jalón financiero en Lyons. La parte de Bart en la herencia Vanee incluía derechos de mineral en varias parcelas del valle, así como derechos de arriendo a las actuales compañías mineras. Robert Millhouser no había sido amigo de Bart Vanee por la edad, pues les separaban diez años, pero eran conocidos unidos por los mutuos intereses de una familia rica con otra, y sentimentalmente unidos por el hecho de que el hermano de Bart, Leonard, de quien no se acordaba, había sido compañero de juegos de Robert Millhouser en la infancia. Pero la familia Vanee se había ido de Lyons durante los años setenta, cuando Bart contaba diez años, y no comenzó a hacer sus visitas semianuales a la comarca hasta que entró en posesión de su herencia. Sus visitas a Lyons rara vez duraban más de tres días, y en realidad ni necesitaba trasladarse allá. Su presencia no influía para nada en la provechosa administración de sus pertenencias, y había gente en Lyons que decía que Bart iba sólo a hacerse el importante.

En Lyons nadie se habría sentado junto a Robert Millhouser sin ser invitado a ello, pero Bart Vanee era un hombre que había ido siempre a través de la vida seguro de ser bien recibido, nunca preguntándolo. Puso su maleta en la red, se sentó y extendió los pies colocándolos en el asiento delantero.

—¿Cómo te va, Robert?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Toma un puro. Es de hoja más suave que los del club. No estoy en vena de quejarme. Durante años he luchado para que emplearan dinero en las minas, y ahora que han empezado por fin las mejoras, supondrá un chorro para mí. No saco derechos del carbón que hay en el terreno. Me pagan globalmente por extracción. Desde luego, tengo a mis hombres en el despacho del pesador, vigilando el tonelaje. ¿Qué opinas de Ed Steele?

—Personalmente es muy agradable. Por lo demás, apenas sé nada de él.

—Creo que es el hombre indicado para ese trabajo. Y si no lo es, pronto lo descubriremos.

—¿Tenéis algún contrato con Wadsworth y Valentine?

—Pues, no. Se encargan los de la mina, pero tengo puesta la vista en todo. Esta vez espero estar un mes en Lyons, hasta que acabe la reconstrucción. Muy molesto para mí, pero al fin y al cabo soy el propietario del carbón, ¿no es así?

—Sí, ya comprendo.

—Chancey quería que se lo vendiera, hace un par de años. Pero me mantuve firme y creo que he sido el último en reírme al haber doblado el tonelaje tres años.

El revisor tendió la mano para coger el billete de Robert.

—Mr. Millhouser, Mr. Vanee —dijo. Y pasó adelante. Vanee ni siquiera le hizo un ademán de saludo.

—Tuve un pequeño jaleo con este tipo una vez —explicó—. Me dijo que retirase mis pies del asiento y yo le dije: «Viajo en este tren con pase, porque la Compañía opina que mi trabajo vale un montón de dinero». Desde luego, no pago un centavo a la Compañía. La mina paga los portes, pero yo tengo un pase cada año. Me parece, pues, que, si la Compañía considera de bastante importancia mi negocio, no le importará que me ponga cómodo. Después de hacérselo notar a este tipo, no dijo ya en adelante ni media palabra más. No sé por qué los de Lyons no insistís en que os pongan un vagón *pullman*. Sería mucho mejor para las mujeres y chiquillos que esto...

—Hablan siempre de este asunto. ¿Crees que volverás a trasladarte alguna vez a Lyons?

—¡Ni en mil años! Mi mujer no quiere oír hablar de eso. Piensa que Nueva York es bastante malo para criar a los chicos. Mi hijo estudia en Groton, y la muchacha va a ir al extranjero el año que viene.

—¿Pensionado en Suiza?

—¡Santo Dios, no! Irá a vivir con una familia inglesa. Harán que conozca a personas de la sociedad y participe en cacerías. El marido es un general retirado, y la mujer una antigua doncella de la última reina. Nos los presentaron unos amigos. Es el medio a emplear si quieres que presenten a tu hija en la Corte.

—No conozco a tu mujer. Es de Chicago, ¿verdad?

—De Cleveland. No, no te la he presentado nunca. Pero es que nunca vienes a Nueva York, ¿verdad?

—Nunca.

—Debo decir que Rhoda tiene un don especial para la vida social. La ha transformado en un arte. Invitamos a una partida de gente. Cuando se tiene dinero creo que también debe uno relacionarse. No mi dinero. No lo podríamos hacer en esa escala con mi dinero. Pero Rhoda tiene el suyo, y si eso es lo que desea hacer con él, a mí también me conviene. No tengo reparo alguno. Pero comprenderás que sería tiempo perdido que le dijera que se trasladase a Lyons, aun cuando yo quisiera hacerlo, cosa que por otra parte no lo deseo. Me gusta Nueva York. ¡Dios, cuando vengo a Lyons voy al hotel, a las minas, a ver al abogado y vuelta al hotel...! Y no veo ni a una sola mujer a quien me gustase llevar a la cama. ¿Cómo te las arreglas tú, si no es indiscreción? ¿Fort Penn? ¿Hay algo que hacer ahí?

—Es una hermosa ciudad. Y grande.

—Y sospecho que deberás andar con pies de plomo en Lyons. No es que uno pueda hacer mucho en Nueva York, pues Rhoda lo huele a la legua, pero en fin... Hay algo que me gustaría probar en Lyons. Ese Steele tiene una hija.

—Sí.

—Es sólo una chiquilla, ya lo sé, pero tiene experiencia. Eso se nota en cualquier muchacha, por la manera de andar. La última vez que estuve en Lyons la vi andando por la calle del Mercado, y también la conocí en una ocasión. En seguida me di cuenta de lo que era. ¿Sabías que han alquilado nuestra antigua casa?

—Sí.

—La vi pues bajando la calle del Mercado y, chico, su trasero tenía un movimiento inconfundible. Caminaba de una manera que le obligaba a uno a contemplarla. Y ella lo sabía. Parecía ir diciendo: «Aquí lo tienen, muchachos. Para el primero que venga». Si la hubieses visto cuándo alquilé la casa, me habría quedado como pupilo. Y no cabe duda de que me habría metido en un lío, por lo que es mejor que no sucediera. Eso es lo que joroba en Lyons, chico. En Nueva York podría haber dispuesto unas cuantas tardes para explorar. Pero ya sabes lo que sería en Lyons. Sin embargo, han alquilado la casa por tres años, por lo que acaso vaya a cobrar las rentas en persona. La madre tampoco está mal, pero creo que está muy unidita a papá. Nunca me produjo la misma impresión que la hija.

El viaje podía haber sido aburrido de no haber estado preocupado Robert aún con sus pensamientos sobre Chester Calthorp y si Bart Vanee no hubiese sido tan gárrulo que no necesitara que lo animaran. No dejó de hablar desde Fort Penn hasta Lyons, envolviendo en su vida a hombres y mujeres. Hubiera sido un sandio inofensivo, si la malicia no le hubiera apartado de ser un

sandio. Y el segundo juicio de Robert sobre él fue que era, en efecto, un badulaque inofensivo excepto para quien confiara en él, hiciera el amor con él, o despertara su interés o curiosidad, para todo lo cual era peligroso. Y era particularmente peligroso porque era un sandio que no se desviaba de la verdad. Se había pasado veinticinco minutos de viaje explicando la historia de una mujer cuyo nombre, que no dejó de mencionar, simbolizaba obras de caridad a la moda, uno de los pocos nombres de la sociedad de Nueva York que era reconocible en todas partes. Vanee se explayó sobre las peculiaridades de ella en la cama, con tan cumplida autoridad, que Robert creyó cada una de sus palabras, y tanto más cuanto no había ni malicia ni orgullo en la forma de contar la historia. Era una historia verdadera, apta para ser contada. Y había una especie de ingenua explicación flotando en todas las historias de Vanee: la inequívoca verdad de que su mujer le engañaba, la gran probabilidad de que tenía un amante, y el hecho de que Vanee no se daba cuenta ni de la verdad ni de la probabilidad. Además, Vanee era tan despiadado con su propia reputación y con la de los demás, que un hombre menos perceptivo y sensible que Robert Millhouser habría sido escéptico con una historia y luego con todas.

Se separaron en la estación de Lyons, donde Moisés le esperaba con el *tilbury*^[16].

—¿Cuándo te comprarás un coche?, —le preguntó Bart Vanee—. Cuando te decidas, avísame. Los, conozco todos.

—No me cabe la menor duda —dijo Robert Millhouser.

Durante unos días, siempre que recordaba la conversación con Bart Vanee, Robert pensaba en Hedda como si estuviera de pie en el tramo de una vía mientras Bart Vanee le quitaba los vestidos y apuntaba los lugares de su cuerpo que serían fuentes de placer. Desde el comienzo, Robert sólo había buscado confirmación a sus instintivas sospechas sobre Hedda, y cuando menos ella las había mantenido vivas. Pero si las mismas sospechas asaltaban a un hombre como Bart Vanee, la necesidad de sutilizar con Hedda parecería haber pasado, pues no era sólo un mero deseo lujurioso lo que Vanee había expresado: era un deseo basado en la convicción, basado en el descarnado conocimiento de la experiencia. En el mismo grado que Robert creía la historia de Vanee sobre la dama de la alta sociedad, reconocía la verdad de la estimación que Vanee había hecho de la muchacha. Dentro de unas seis semanas volvería para pasar las vacaciones; y mientras llegaba este momento, Robert planearía su estrategia para seducir a Hedda Steele. Y con gran

asombro por su, parte, fue ampliamente ayudado por la propia madre de Hedda, quien no podía haberlo hecho mejor, aunque se lo hubiera pedido.

Ruth Steele le invitó a comer con otras personas a las cuales correspondía su invitación previa. Para entonces —era octubre— les habían llegado a los Steele algunos recuerdos de sus viajes, que ornamentaban el recibidor, cuarto de estar y vestíbulo. Era imposible no distinguir entre las pertenencias de Vanee, y todo lo que los Steele habían instalado fue tema de conversación.

—Esto, supongo que viene de Chile —dijo Robert Millhouser.

—No, fue comprado en Méjico, aunque he visto algo semejante en Chile —dijo Ruth Steele.

El objeto en cuestión era una cabeza de indio, en caoba barnizada.

—Creí que era chilena, porque tenía el convencimiento de que Chile tiene indios de más pura sangre que Méjico —dijo Robert—. No es que sepa gran cosa de ambos lugares...

—¡Oh! Hay muchos indios en Méjico, pero son las últimas personas que se encuentran. Viven en las montañas y se mantienen muy aislados. Tienen sus propios idiomas, dialectos creo que los llamarán, y no deparan buena acogida a los visitantes.

—Hablando de ello, ¿les ha agradado a ustedes el recibimiento de Lyons? Me gustaría que así fuera.

—Desde luego que nos ha agradado. Ed y yo conocemos las pequeñas ciudades. Ambos hemos nacido en ellas, en el Oeste Medio, de manera que sabemos lo que son para los forasteros. Pero Lyons ha sido ciertamente amable con nosotros.

—Me imagino que ésa habrá sido su experiencia en todas partes. Una gentil familia.

—Gracias. La mayor parte de todo se concentra en nuestra Hedda, no hay necesidad de decirlo.

—Es una pequeña belleza.

—Viniendo de usted, es una gran alabanza. ¿No pintaba usted?

—Nunca he pintado a nadie como Hedda.

—¿Y continúa usted pintando?

—Lo dejé por completo, y luego hace unos años hice otra prueba, pero no quedé muy satisfecho. No he trabajado bastante intensamente. Un amigo mío me dijo una vez que de todos modos nunca llegaría a ser sino un pintamonas de cuarta categoría.

—Lástima, porque me gustaría un cuadro de Hedda a esta edad. Es fotogénica, pero la cámara no logra nunca su color como lo haría una pintura.

—Una buena pintura. No quisiera hacer una mala pintura de Hedda.

—A pesar de todo, ¿haría usted una, si se lo pidiera yo?

—Lo intentaría.

—Un cuadro que pudiéramos conservar, aunque no estuviese usted satisfecho de él. Y sé que a Hedda le gustaría que se lo hiciera. Usted es la única persona en Lyons con quien le gusta hablar. ¿Ha hablado usted alguna vez con ella de pintura?

—No.

—Ella sabe que usted pintaba, pero a veces Hedda no habla de lo que más le interesa. Es una muchacha singular, Mr. Millhouser.

—Es una muchacha interesante.

—Y nunca ha sido una muchacha típicamente joven. Pasó de niña a mujercita. Ahora tiene diecisiete años, casi dieciocho, pero lo era ya desde los trece. Temo que le haya faltado algo pasando de una edad a otra y omitiendo la intermedia. ¿Sabe usted lo que quiero decir?

—Bueno, acaso pueda simpatizar con ella. Yo fui también, creo, de la niñez a la mediana edad, sin estado intermedio. En algunos aspectos tenía ya media edad cuando estuve en la Universidad. Estaba ya hecho, como se dice. Desde luego, no es eso lo que le sucedió a Hedda.

—No. Pero eso no pasa con una muchacha linda, ¿no es así? Tenga dieciocho años o trece, lo único que la hace madura es casarse con el hombre adecuado. Espero que lo encuentre pronto. Me gustaría llevarla fuera el próximo verano. O puede hacer amistades en el colegio. Pero una de sus cosas es que ni siquiera los muchachos estudiantes de su edad le interesan mucho tiempo. Es fácil ver por qué. La mayoría de ellos son realmente jóvenes en el aspecto que importa a una muchacha como Hedda.

—Si yo tuviese la edad de un estudiante, creo que sería frenado por Hedda. Podría hallarme arrobado por su belleza, pero creo que se hallaría más allá de mí, y su mente es tan rápida que no podría equivocarme con ella.

—Eso es justamente lo que ha sucedido. Disfruta hablando con usted, ¿pero a dónde la lleva eso cuando está con condiscípulos? Ed fue mi primer novio, y nos casamos el año en que me gradué. De hecho, el mismo mes. Pero excepto a Ed no conocía a nadie más sino a otros suecos. Nací en Minnesota y todos los suecos nos trasladamos en masa a Wisconsin como ganado en una tormenta de nieve.

—¿Es por eso que tiene ese colorido?

—¡Oh! Yo soy sueca pura. Pero los ojos azules y pelo rubio de Ed —tiene extracción inglesa— la hacen más sueca que las propias suecas. Su cabello no

tardará en oscurecer. ¿Quiere usted pintar su retrato?

—Me encantaría intentarlo.

—Puede usted hacerlo aquí, en casa. Así no se hablaría en Lyons. Oh, ya se hablará algo. Lo sé, y usted también. Pero mucho menos.

—Si usted y Hedda desean arriesgarse, yo no tengo inconveniente.

—A mí me gustaría tener ese cuadro, y estoy segura que a Hedda también que lo pinte.

—¿Y su esposo?

—En tales cuestiones, los maridos tienen siempre la última palabra, Mr. Millhouser. Pero yo tengo la mayor parte de las palabras que vienen antes. Como soltero, debe haberse dado cuenta de ello.

—Es usted una mujer inteligente.

—Sí, pero no se lo diga a nadie.

Durante el tiempo que quedaba hasta la venida de Hedda, Robert trabajó por lo menos dos horas al día al óleo, al carbón, al plomo y a la tinta. Esbozó mucho, tan rápidamente como le era posible, completando raramente un esbozo, sino escribiendo siempre alguna crítica al lado o al pie del mismo. Dejó correr la voz de que estaba entregado de nuevo a su «manía»; instaló su caballete al exterior, y hasta hizo una rápida pintura del carro de reparto de Langendorf, con su cochero, que Fred Langendorf expuso en una de las ventanas de su tienda. Ello cumplió el objetivo de Robert: preparar a Lyons a una sorpresa menor, que habría sido de otro modo el caso. El cuadro en la ventana de la tienda de Langendorf tuvo un comentario en el periódico local, mencionándose en él que Robert Millhouser había estado pintando varios años motivos locales y tipos. Él no desmintió el rumor (que había comenzado a hacerse público) de que pensaba pintar un retrato de Fred Langendorf para regalarlo al Banco. Lo hizo, en efecto, en dos sesiones, y la posterior noticia, que circuló al instante, de que estaba pintando a Hedda Steele en su casa, a petición de su madre, no fue reconocida nunca como la culminación de una campaña destinada a chasquear a los ciudadanos de Lyons.

Robert estaba encantado con su nueva inclinación por la intriga y la experiencia de planear una seducción. En cuestión de semanas, Lyons se había convertido para él en algo tan excitante como la Corte de Luis XIV, y en estos aledaños de lo más vulgar podía verse como el Rey Sol. Dejaba a las circunstancias los detalles de la seducción, dónde y cómo tendría lugar; pero no dudaba ni por un instante de que había de tener lugar. Tenía una buena edad. La muchacha también, y debido a lo que había sospechado sobre la muchacha, y que Bart Vanee había confirmado, no le inquietaba el temor a las

consecuencias. Hasta se hallaba convencido de que la excitación le estimularía para pintar un buen retrato.

La primera sesión tuvo lugar la mañana del viernes después de la fiesta del *Día de Acción de Gracias*, y era la primera vez que Robert veía a Hedda desde su segundo paseo. Moisés Hatefield llevó a Robert con su equipo de pintor, y Ruth Steele le abrió la puerta.

—Espero que Hedda haya dormido bien —dijo Robert.

—Temo que no. Hubo un baile para los jóvenes, pero se ha desayunado y se está poniendo su vestido, el mismo que llevó por la noche. Es muy viejo para ello. Es decir, el vestido es nuevo, pero no apropiado para una muchacha joven. Pero insistió en ponérselo. No es adecuado, y la hace cambiar. Pero creo que está bien.

El vestido era de raso encamado, excesivo en efecto para cualquier muchacha joven, excepto Hedda, sin tirantes en los hombros, según la moda dominante en los vestidos de noche.

—Buenos días, Hedda. Por poco digo «buenas noches» —dijo Robert cuando entró la muchacha.

—¿A causa de mi vestido? Buenos días, Mr. Millhouser. Me valió una serie de miradas venenosas en el baile.

—De ellas, pero no de ellos.

—¡Oh, ellos!, —exclamó Hedda despectivamente—. ¿Prefiere que esté de pie o sentada?

—Bien, les dejo ahora —dijo Ruth Steele, cerrando la puerta tras de sí.

—Ha sido una estupenda idea —dijo Hedda—. ¿No le importa que me siente un momento?

—Siéntese. Tengo que preparar mis bártulos.

—¿Va a hacerme de verdad un retrato?

—Desde luego.

—¿Lo pidió usted o fue cosa de mi madre?

—Me lo pidió su madre.

—Oh, entonces ya no fue una idea tan estupenda. Creí que deseaba usted verme a solas.

—Pues claro que sí. —Estaba ocupado con el caballete y en la caja de pinturas, y no la miraba.

—Pero a usted no se le ocurrió la idea.

—No, pero ya habría pensado en algo. Sucedió que salió de esta manera.

—No podrá hacer mucho en dos días, ¿verdad? ¿No lleva semanas y meses pintar un cuadro?

—No intento terminar en dos días.

—Desearía que consiguiese usted que me trajeran a casa. Sólo quedan tres semanas para las vacaciones de Navidad. Odio ese colegio. Los odio a todos y no aprendo nada. Entre el profesorado sólo hay un hombre y debe tener ochenta años. Se parece a Henry Wadsworth Longfellow.

—El autor de *Hiawatha*.

—¿Qué le ha hecho decir eso? Si hay algún poema que odie, es *Hiawatha*.

—Conocí a un pintor que acostumbraba recitar *Hiawatha* para dormirse.

—No dormí mucho esta noche. No llegué a casa hasta las doce y media, y en el colegio tenemos que estar en la cama a las nueve.

—Entonces debería estar usted agotada e ir derechita a acostarse.

—No después de un baile. La música y las canciones me mantienen despierta durante horas.

—Bueno, Hedda, si se pone de pie cerca de la chimenea, mirando hacia acá, voy a ver cómo está la luz.

—¿No querrá pintarme a la luz del día con este vestido?

—Pues sí.

—Pensé que lo querría todo oscuro, excepto la luz eléctrica sobre mí.

—No, quiero intentar obtener su coloración natural, y la luz del día es lo mejor para ello. La luz del sol.

—Pues yo no quiero estar a la luz del día.

—Es lo que su madre quiere también.

—No me importa lo que ella quiera. Si usted quiere que esté a la luz del sol, entonces me quito la ropa y puede pintarme desnuda. Pero no me ponga a la luz del sol con este vestido. Este rojo sería espantoso si estuviera mi cara a la luz del sol. Mire y vea usted mismo... —Se acercó a la ventana y expuso su cara al sol. Tenía razón; los destellos de su piel blanca y de su cabello rubio aplanaban sus facciones y su colorido, y el vestido rojo sólo contribuía a acentuar el perjuicio.

—Tiene usted muchísima razón. ¿Cómo lo sabía? Usted no ha pintado nunca, ¿verdad?

—No me lo enseñan en ese espantoso colegio. ¿Sabe lo que debería hacer usted?

—De ahora en adelante la escucho como a un oráculo. ¿Qué?

—Pues pintar dos cuadros. Uno para ellos y otro para usted.

—No lo dirá en serio.

—Lo diría si pudiéramos cerrar la puerta. No, no lo digo en serio, pero eso es lo que usted quiere, ¿no?

—Desde luego que sí.

—Oh, entonces pinte lo más anticuado que quiera y a ellos les parecerá maravilloso. Y podremos hablar.

—No quiero hacer un mal retrato de usted, Hedda.

—Bueno, de todas formas, ha de hacerlo, de modo que disfrutemos.

¿Tiene usted un pitillo?

—Afortunadamente, sí. No siempre los llevo.

—¿Quiere usted encender uno y dármelo?

Lo hizo así y ella se sentó.

—Todo lo que tiene usted que hacer es pintar algo que se me parezca, y estarán más que satisfechos. Y yo no tengo ningunas ganas de estar de pie todo el tiempo.

—Vaya por mis elevadas aspiraciones —dijo él sonriendo.

—De todos modos, me gustaría más posar para una estatua. Usted no es *esculpidor*, ¿verdad?

—No. Ni siquiera soy pintor, en realidad. Soy un pintamonas.

—Algún día, mientras sea joven, posaré para un esculpidor.

—Escultor.

—Creí que era *esculpidor*.

—¿Ha posado usted alguna vez?

—No. Y tampoco he pintado o esculpido nunca. Quisiera ser escultora. Pero sólo de hombres. Me gustaría eso. ¿Posaría usted para mí?

—Si usted lo deseara... Podría presentar ciertas dificultades.

—Sí, podría. Pero no querrá decir usted que se azoraría.

—No pensaba en eso, sino en que podría turbarme posar desnudo para usted. Eso es lo que usted pensaba, ¿no?

—No con una toga. Desnudo, desde luego. ¿Se azoraría frente a mí? Yo no lo estaría frente a usted.

—¿Lo dice basándose en la teoría de que estaremos así algún día?

—No comprendo esa pregunta.

—Bien, la idea no la azora a usted porque espera estar algún día desnuda conmigo.

—Podría ser ahora mismo si cerráramos esa puerta. ¿Dónde podríamos ir?

—No lo sé.

—¿Ha pensado usted en algún lugar?

—He pensado en cien sitios, pero hay pegas para todos.

—Pues yo he pensado en un sitio.

—¿Cuál?

—Su casa.

—Sigue habiendo dos pegas. La cocinera y la criada.

—¿A qué hora se acuestan?

—Hacia las diez.

—Si cena usted más temprano, ¿no se acostarían antes?

—A las nueve y media, a casa.

—Mis padres salen esta noche.

—¿Y su hermano y la criada?

—La criada estará aquí, pero duerme en el ático. Mi hermano creerá que me he ido a la cama. ¿Quiere dejar usted su puerta abierta? Estaré allá a las diez y cinco. Conozco el camino para ir sin tener que pasar por la calle Mayor. Subiré las escaleras e iré a la habitación donde deje usted la luz encendida.

—¿Está usted segura de todo eso?

—Pensé en ello en el colegio, y cuando oiga que mis padres han salido...

—Ya. El principal reparo es que ande por la calle después de anochecido.

—Llevaré un chal y un vestido viejo de mi madre.

—Sería una aventura maravillosa.

—Por eso me gusta. —Se acercó a Robert y le besó—. Antes de que mi madre vuelva, ponga sus manos más abajo, Sosténgame. Así. ¡Oh Millhouser! Ahora espere...

Por la mañana, él esperó y ella no fue. Se sentó en el recibidor en sombras hasta las diez y media, y luego dio una vuelta alrededor de la casa, sin hacer ruido, pero el instinto le advirtió que no había nadie en las proximidades.

A la mañana siguiente fue recibido por Ruth Steele.

—Puso usted un paño sobre el lienzo —dijo— por lo que no lo miré. ¿Está usted satisfecho de su trabajo?

—Nunca lo estoy del todo. Pero no voy a abandonarlo. No tenemos mucho tiempo, pero es posible que lo terminemos para Navidades.

—Hedda bajará en seguida. Debo advertirle que está da muy mal humor. Nada que se refiera a usted. Se levantó enfurruñada. A veces lo hace.

—Como nos pasa a todos, supongo. Aquí está.

—Buenos días —dijo Hedda. Y a su madre—: ¿Vas a salir?

—Sí, he de ir a la carnicería. ¿Por qué?

—Como tenías puesto el abrigo y el sombrero, me lo pareció.

—Vaya, jovencita^ Bien, estaré de vuelta antes de que se marche usted, Mr. Millhouser. —Cerró la puerta y la muchacha permaneció callada hasta que oyó cerrarse la puerta delantera al salir.

—Se quedaron en casa ayer noche —dijo—. No salieron, por fin. Verá, no me quitan ojo. Debían haber ido a no sé qué visita, pero en lugar de ello vinieron aquí. Vamos a hacer algo ahora, antes de que vuelva. No llevo nada puesto debajo de esto. —La muchacha estaba rabiosa—. No me importa que entre. ¡Ojalá entrara mientras me lo está haciendo usted!

Se tendió en el suelo, impaciente hasta que él estuvo junto a ella, y la pasión continuó siendo de odio, como si los rápidos y breves movimientos de sus caderas fueran como puñaladas a su madre.

—Estuvo bueno —dijo luego. E inmediatamente comenzó a llorar—. Me odian. Me vigilan. Lléveme lejos de aquí.

Él hizo un esfuerzo de ternura tratando de consolarla, pero ella no estaba pidiéndole ayuda ni hablando a él de forma distinta que a algún otro que podría haber estado allí para compartir su odio. Ahora se sentó y le miró. Él estaba sentado en el suelo, descansando sobre un codo y mirándola.

—¿Por qué está usted triste?, —dijo ella.

—¿Le parece que lo estoy? No desearía que fuese usted desgraciada.

—No lo soy. Pero lo fui. Siempre me hacen lo mismo. Dicen que van a hacer una cosa y luego hacen lo contrario. Nunca pensamos en que sucedería así, ¿no es eso?

—Pues, no.

—Ayúdeme a ponerme en pie —dijo ella tendiendo una mano—. ¿Me odió usted anoche?

—No. Sabía que usted quería venir. Creo que estaba preocupado. Podía haberle ocurrido a usted algo por el camino.

—Mi hermano salió y la criada se fue a la cama temprano. Y yo estuve esperando a que ellos subieran a decirme buenas noches. Pero luego oí la campanilla de la puerta y a esas otras personas. ¡Oh, cómo los odié a todos! Se quedaron aquí hasta después de las doce. Fumé un pitillo tras otro. Cuando vino a verme mi madre esta mañana, me preguntó si había estado fumando y le dije: «Sí». Fue cuanto le dije. —Hizo una mueca—. Hoy me castigará por haber fumado. ¡Ja, ja, ja! ¡Si supiera...!

—¿Cómo le castigará por haber fumado?

—De varias maneras. Por ejemplo, me hará limpiar la platería. Ella no lo sabe, pero a mí me gusta limpiar la platería. Mi padre lo sospechaba. Dice que lo hago demasiado bien para ser un castigo, pero ella aborrece hacerlo, por lo que imagina que a mí tampoco me gusta.

—¿Y cómo le castigaría si supiera lo que acabamos de hacer?

—¿Prueba usted de encontrar algo?

—Pues sí.

—Estaba usted intentando saber si alguna vez me ha castigado por esto.

—No vuelva a hacerlo. No empiece usted a vigilarme, no intente buscar cosas como ella lo hace. Le odiaría a usted si lo hiciera. Lo quiero. Le odiaría realmente y le haría a usted algo.

—Perdóneme.

—Por esta vez, sí; pero la próxima, seré inflexible.

—Quisiera poder pintarla ahora.

—Bueno, supongo que puede probarlo. Es su última oportunidad.

—¿Y mañana?

—Es domingo. ¿No va usted a la iglesia?

—No.

—Yo tampoco iría si no tuviera que hacerlo, pero vamos los cuatro juntos. Lars va también porque le obligan. Él y mi padre suelen discutir sobre ello. Yo no discuto, no creo en nada.

—¿Entonces es ésta la última vez que la veré hasta Navidades?

—A menos que venga a sacarme de aquel colegio.

—Quédese hasta junio, y entonces la sacaré.

—¿Quiere decir que se casará conmigo?

—No dije eso.

—Pero es lo que quería decir. No me sacaría usted a menos que fuese para casarse conmigo. Pero yo no estoy segura de querer casarme con usted.

—¿Por qué no?

—Acaso sí, no lo sé. Tiene sus ventajas. *Enamorar*^[17]. ¿Encontró usted esta palabra en su diccionario? ¿*Enamorar*?

—¿Algo concerniente con el amor?

—Hacer el amor. Cuando se está casado se puede hacer el amor las veces que se quiera. Déjeme que le mire Sí, está usted bien. ¿Y yo?

—Veamos. Sí.

—¿Tiene usted sueño?

—Podría ir a dormir.

—También yo. Sería estupendo si pudiéramos ir a dormir y despertamos y volver a hacer el amor de nuevo. ¿Cómo debo llamarle a usted?

—Será mejor que siga llamándome Mr. Millhouser.

—Lo seguiré haciendo, pero ahora va a parecerme muy cómico. Hola, *Mister*, ¿vamos a tumbarnos en el suelo otra vez?

—Creo que la quiero, Hedda.

—Bueno, debería. ¿Y sabe usted lo que yo pienso?

—¿Qué?

—Pues que creo que sí. Pero no quiero rorros. No se case conmigo por tener críos. No los quiero hasta... oh, hasta que tenga veinticinco años.

—Bien, dentro de ocho años.

—No voy a tener uno ahora. Sería un bromazo si tuviéramos uno por lo de hoy.

—¿Cuándo lo sabrá usted?

—El miércoles próximo.

—¿Seguro?

—Sí, pero no me gusta hablar de ello. Nunca he hablado a nadie sobre eso, ni siquiera a mi madre. Bueno, de hecho sí le hablé, pero no lo quería. Y no empiece a sacar conclusiones. Era porque en las latitudes elevadas afecta a algunas mujeres.

—Pero me escribirá usted el miércoles próximo.

—Bien, diré sí o no. Pero no me gusta escribir cartas.

—¿Cómo sabré lo que significa sí?

—Sí significará que ha sucedido. No, que no ha ocurrido nada. Tiene usted razón. Sí, querrá decir no, ¿no es eso? Bueno, le escribiré y le diré qué ha sucedido, o qué no ha sucedido.

—Y si no ha sucedido, podemos casarnos en Navidad.

—Está bien. Se oye la puerta delantera. ¡Pinte!

La tristeza que Hedda había visto era real. Era la tristeza de la culpabilidad, pero lo era también la del amor tardío y la de la compasión por esta muchacha. Y era la tristeza de la delicadeza que quería mostrarla y de la desesperanza de lo que deseaba hacer por ella, que era el darla la vida que sólo podía ser dada por un joven marido que la amaría sin comprenderla. Y sobre todo, había la tristeza de saber que ahora no la dejaría. Había planeado seducirla, y la seducción no había tenido lugar; las circunstancias les habían seducido a ambos; pero él se había convertido en un hombre capaz de una seducción deliberada, y esta capacidad, esta suspensión de conciencia, se había insinuado por sí misma en su norma de conducta, de manera que resistiría a toda oposición a su posesión de Hedda, bien proviniera de Lyons, de la familia o de la propia Hedda. Estaba decidido a que, por un tiempo, cesara de existir, la soledad de toda su vida trocada en una cosa enojosa, en una cosa histórica que había sido exasperado, y sin considerar las causas de la irritada soledad o las razones de ella. Había algo que deseaba —Hedda— que borraría la soledad, o la anestesiaría, y ésta era su última oportunidad. Y esto se hallaba contenido en su tristeza. Compasión, culpabilidad, la última

oportunidad de estar con alguien; y la persona era Hedda, un solaz para sus sentidos. Lo sabía todo del amor, no habiéndolo tenido; lo que se suponía que era y cuándo se suponía que se producía. Este amor no pertenecía a ambos casos, y por tanto podía no ser el que a él le había faltado, pero podía llamarlo amor, hablar de él como amor, y convencerle de su autenticidad. Llegaría el tiempo en que alguien sería amor para ella, y cuando sucediera ella no consideraría cuestiones tales como su autenticidad. Se iría con el nuevo hombre, y la diferencia entre éste y Robert sería exactamente la diferencia entre la complacencia con Robert y la pasión con el nuevo. Robert no tenía pensamiento alguno sobre si el amor por el hombre nuevo sería feliz, o genuino, o duradero; pero ahí era donde la compasión se reasentaba en su contemplación. Y ella tenía el poder de su conocimiento que la llevaría tan lejos como al hombre a quien quisiera y que la quisiera por un tiempo. Y luego ella sería destrozada por amor, debido a que el amor no toleraría igual puesto al de los desamorados experimentos de éxtasis. Ella había aprendido esto y aquello en los brazos faltos de amor (como él con las prostitutas); había hasta aprendido algo sobre la soledad; y la compasión que él sentía por ella era más profunda que la que experimentaba por sí mismo, porque sabía lo que había de ocurrir, y ella lo ignoraría hasta que sucediera. Ella podía luchar contra su madre, punzarla, apuñalarla con los movimientos de sus caderas, y podía considerarlo bueno porque en efecto, lo era bastante. Ella podía hacer muchas cosas con su propio cuerpo, y seguramente las había hecho, pero cuando lo deseara para los placeres del amor, aquel cuerpo no le respondería, excepto como había respondido al odio y al deseo y a la curiosidad, no tan sólo al amor. Robert deseaba poder tenerla para siempre, y protegerla del desastre del amor, pero es posible que ella se le escapara antes de que el amor llamara a su puerta y la mostrara su vida. Pero hasta entonces él sería bueno para ello, como más gratitud de lo que su orgullo dejara mostrar a él, y con tanto dominio como ella pudiera soportar.

No había quedado embarazada. Hedda descubrió el hecho el miércoles, pero no envió su mensaje de una línea —«Sí, sucedió»— hasta el sábado, cuando se encontraba representando la escena con Ed y Ruth y Steele, notificándoles su intención de casarse con Hedda. Le agradó que no estuviese encinta; no habría sido una buena madre, ni madre *en cieme*^[17a], y cualquier probabilidad que Robert tuviera de unos años de felicidad se habría desvanecido. No volvió a escribirle hasta que faltaban pocos días para comenzar las vacaciones navideñas.

Apreciado señor:

Saldremos el sábado antes de Navidad. Mi madre quiere que termine usted el cuadro, pero espere a que se lo diga ella.

Cordialmente

«H».

El retrato de Fred Langendorf fue, como podía preverse, un éxito inmenso, y Robert quedó en hacer otro de la mujer de Fred, y de la hija de Jerry MacMahon, May. En cuanto a los dos últimos dijo:

—No podré empezarlos hasta después de Navidades pues son las únicas fechas que dispongo para pintar a la hija de Ed Steele.

Llevó sus bártulos de pintor a casa de Hedda, y cuando estuvieron solos se besaron efusivamente.

—¡Oh Millhouser! ¡Estoy tan contenta de verle!

—Le veo a usted muy alegre. ¿Le gusta un poco más el colegio?

—¡No me hable de aquel lugar! No, estoy alegre porque vuelvo a verle a usted.

—Y yo de que lo esté, pero debe haber alguna otra razón.

—Y la hay. Mis padres pasarán dos noches fuera. Esta vez no se trata de un truco, pues creen que yo no lo sé. Pero leí una carta que una señora de Fort Peen escribió a mi madre invitándoles a pasar dos días en su casa. Mi padre tiene que asistir a algunas reuniones de ingenieros, y mi madre le acompaña.

Robert fue a casa de ella, y se quedó durante una hora las noches del lunes y martes.

—¿Es la misma cama?, —dijo ella, apuntando a la talla de su pecho.

—La misma. He dormido en ella varias veces.

—Pero siempre con un muchacho. Vamos, venga, Millhouser.

—Espere hasta junio, ya se lo dije —aconsejó Millhouser.

—Si me hace esperar hasta junio, buscaré algún otro.

—¿Ha pensado en alguien?

—¿En quién?

—No se lo diré.

—Bueno, tampoco intentaré saberlo. Probablemente es el jardinero, o el dentista del Colegio, o ese hombre que se parece a Longfellow. Pero no le voy a coaccionar a que espere, Hedda. Si usted no puede esperar, yo tampoco. Pongámonos de acuerdo sobre esto desde ahora, para que yo no espere.

—Tiene usted esa mujer en Fort Penn.
—No tengo ninguna mujer en Fort Penn. Pero encontraré una.
—Es usted malo.
—Usted lo sabe mejor. En junio pienso pedirle permiso a su padre para que nos casemos.
—¿Y por qué esperar hasta junio?
—Se lo diré. Si se lo pidiera ahora se sorprendería y alarmaría tanto que probablemente la enviarían a un colegio más severo. Hemos de esperar hasta que me conozcan mejor, o cuando menos más. Sólo hace tres o cuatro meses que me conocen.
—Usted es más viejo que mi padre. ¿Por qué tiene que pedirle permiso?
—Porque es su padre y cuida de usted. Usted y yo nos podemos ver otra vez por Pascuas, y luego se lo diré en junio.
—¿Y si contesta que no?
—Tendré que convencerle. Y usted también. Él le preguntará a usted qué es lo que quiere hacer. ¿Qué le va a decir usted?
—No lo sé.
—Entonces necesita usted tiempo también para pensarlo. Acaso en junio no quiera ya casarse conmigo.
—Venga acá, Millhouser.
—No. Debo sacar mis cosas e irme a casa.
—Yo le ayudaré.
—¿Sí? Sería estupendo.
—Le quiero a usted, Millhouser. Estoy segura de que sí.
—¿Esperará usted hasta junio?
—Si puedo verle a usted por Pascuas, sí.
—¿Por qué me quiere, Hedda?
—Una razón tan buena como otra cualquiera en este mundo de Dios, me parece.

* * *

Se me acaba de ocurrir que no habría lugar después, donde pudiera interrumpir con una nota la historia de Robert Millhouser. Cuando menos no para una nota que no distrajera, y probablemente molestara, al lector que ha llegado hasta aquí. Y como el lector lo habrá anticipado, la siguiente y penúltima fase de este relato trata del casamiento de Robert con Hedda y de la tragedia que originó su unión. Creo que habría sido más razonable para el lector (y para mí mismo, como cronista con el deseo natural de mantener el interés del lector), presentar el casamiento de Robert Millhouser como un conjunto coherente, y todo cuanto apareciera sobre lo ya relatado fuesen unas cuantas observaciones concluyentes mías. Por cierto, que estas observaciones, van a ser mi única exposición, que también en cierto modo, no fueron originadas por Robert Millhouser.

El propósito de esta nota es replicar a una cuestión formulada por las dos únicas personas que han leído lo que he escrito. Esas personas son George Kevorkian, que fue mi compañero de habitación e íntimo amigo en el Colegio, y Matthew R. Holland hijo, mi procurador. Leyeron este manuscrito a petición mía, e independientemente entre sí han hecho la misma pregunta: ¿sabrá el lector que el manuscrito en su forma presente es la versión final, refundida y editada en 1948, o bien veinte años después de mis consultas con Robert Millhouser? La opinión de Kevorkian es la de que el lector debiera estar informado de que yo, Gerald Higgns, tengo cuarenta y cuatro años, y no veinticuatro. En cuanto a Matt Holland opina, como cabe a una mente legal, que debiera manifestarse al lector que he observado las condiciones de mi acuerdo con Robert Millhouser, las cuales requerían que esperase veinte años antes de enviar a las prensas este trabajo, para su publicación. Acepté cinco mil dólares de Robert Millhouser (a su insistencia, puedo añadir) con este entendimiento. Las opiniones de Kevorkian y de Holland son buenas. Kevorkian, aunque historiador, es a menudo alabado por el mérito literario de sus cursos sobre la guerra civil en Harward, conferencias que han sido recogidas y publicadas en tres volúmenes^[18]. No desea que aparezca yo pretendiendo a los veinticuatro años una madurez de hombre de cuarenta y cuatro. Y Matt Holland

simplemente quiere testimoniar que no violé mi compromiso con Robert Millhouser.

Por todo lo cual, repito para el debido registro, que la historia en esta su forma final representa mi tratamiento de los hechos proporcionados por Robert Millhouser y a través de mi propia observación, y cómo deseo soltarla de mis manos a la edad de cuarenta y cuatro años.

Prosigamos, pues, con la historia de Robert Millhouser en junio de 1906. –G. H.

* * *

—Vine a verle a usted para recabar su apoyo —dijo Robert Millhouser a Ruth Steele.

—¿Mi apoyo? De buen grado. No se me ocurre nada que usted quisiera que hiciera yo y que no me gustara hacerlo —dijo amablemente Ruth Steele.

—No quisiera obligarla hasta que sepa de qué se trata.

—Le conozco lo bastante para suponérmelo así, Robert.

—Desgraciadamente hay algunas cosas que no sabe usted. Desgraciadamente, porque ahora tengo que zambullirme sin ambages ni rodeos, Quiero casarme con Hedda, Ruth.

—¿Sí?

—Creí que se lo tomaría usted de otra manera. ¿No está sorprendida?

—No tanto como pudiera usted haber supuesto. Cuando dijo que usted quería recabar mi apoyo, ¿en qué otra cosa podía yo ayudarle a usted? Ya he observado la manera como mira usted a Hedda, Robert. Y supongo que se las ha apañado usted para verla sin saberlo nosotros.

—Por esa parte me encuentro más bien avergonzado.

—No lo esté. En un lugar como Lyons tenía usted que hacerlo así, y desde el primer día en que se conocieron hubo ya algo entre ustedes dos.

—Pues, sí, es verdad.

—Y el chismorreó empezó al instante también. No le reprocho a usted el haber sido cauteloso. Supongo que podría haberle facilitado las cosas, pero no me tocaba a mí el hacerlo.

—Pues lo hizo, aunque casualmente.

—¿Pidiéndole que pintara su retrato?

—Bueno, sí, fue casual. No sé cuál era mi intención verdadera. Puedo haber estado deseando que acabara antes de empezar, o bien echando una mano protectora. Sinceramente, no puedo decirlo. No puedo tratar a Hedda de la misma manera que otras madres a sus hijas.

—Lo sé. Recuerdo una conversación que tuve con usted.

—Ya la recuerdo también. Le dije que quería llevarla fuera este verano, para que conociese a algunos muchachos. Es interesante.

—¿El qué?

—Le dije, por Pascuas, que su padre y yo habíamos decidido ir a un lugar del lago Michigan. Hay allá un gran hotel, y mucha gente joven. Baile cada noche. Creí que le atraería, pero ahora recuerdo que dijo: «Hasta el verano pueden ocurrir muchas cosas». Quiero decir que para entonces...

—Sí, la había hablado ya.

—Entonces, lo que me pedía usted al recabar mi apoyo, era... ¿cómo diría yo... que intercediera con su padre?

—Le hablaré a él, pero quisiera saber de antemano si puedo contar con usted, Ruth. Usted no me opuso los reparos obvios, pero él lo hará. Es más evidente desde luego, que soy más viejo que él.

—Con Ed hay una cosa a favor, y es que siempre me respalda en lo que creo más conveniente para Hedda.

—¿Y cree usted que esto es bueno para Hedda?

—Para Hedda, sí. Y espero que sea la mejor cosa para usted también, Robert. Pero usted ya ha pensado en esto, ¿no es así?

La boda se celebró en casa de la novia y no hubo ni asistentes, ni invitados, ni recepción. Se empleó el rito episcopaliano, pero en los demás aspectos fue poco más que una ceremonia civil. La novia acababa de llegar del Colegio y se casó dos días después. Sólo estaba en el secreto la familia Steele.

Los nuevos Mr. y Mrs. Millhouser se hallaban ya en Atlantic City antes de que en Lyons supieran lo qué había sucedido. Robert no confió el secreto ni a Moisés Hatefield, ni a Margaret Dillon ni a Theresa O'Malley. Alquilaron un coche en Betzville, a seis millas de allá y la siguiente estación de ferrocarril; y Robert y Hedda tomaron el tren de la tarde, evitando así a la gente en la estación de Lyons. El aspecto de conspiración de la boda encantó a Hedda.

—Nunca olvidaré la cara de Lars durante el desayuno —dijo en el expreso Fort Penn-Filadelfia—. Me preguntó qué iba a hacer hoy, y le dije que iba a casarme, y qué era lo que iba a hacer él. Y me dijo que iba a jugar al tenis. Yo le dije que esperaba que estuviese a tiempo en casa para verme casada. La única cosa que le convenció de que en efecto iba a casarme fue que papá no había ido a trabajar y que se estaba vistiendo de etiqueta.

—¿Y qué dijo Lars cuando le comunicaste que ibas a casarte conmigo?

—Pues dijo: «Dios le compadezca».

—¿No le chocó, ni nada por el estilo?

—Oh, no quería hacer ver que estaba sorprendido. Es igual que papá. Nunca muestran a los demás lo que les pasa por dentro. Mi madre es la única con genio. Mira, ya no tendré que pedirle permiso para hacer algo o ir a alguna parte. ¡Y aquellas malolientes profesoras del Colegio! Olían como si no se cambiaran nunca de ropa. Algo así como los indios en Wisconsin. ¿Has estado alguna vez tan cerca de un indio?

—Desde luego. También tuvimos indios en Lyons. Unos cuantos.

—¿Indios? ¿En Lyons? Nunca los vi.

—Pues los hubo. En el segundo valle. Eran tramperos y guías.
 —Debe de hacer mucho tiempo de eso.
 —No tanto. Aún había algunos después de la Guerra Civil.
 —¿Recuerdas tú la Guerra Civil? ¿Tú no estuviste en ella, no es así?
 —No, pero la recuerdo. Recuerdo a los heridos que vinieron después de la batalla de Gettysburg.
 —¿Cuántos años tienes?
 —Ya lo sabes. Cincuenta y uno.
 —¿Cuándo tuvo lugar la Guerra Civil?
 —Entre 1861 y 1865. Terminó hace cuarenta y un años, cuando yo tenía diez. ¿En qué estás pensando?
 —El abuelo Steele estuvo en la Guerra Civil. En los voluntarios de Wisconsin, o algo por el estilo. ¿Cuándo nació mi padre?
 —Creo que hacia 1863.
 —¿Fue durante la Guerra Civil, pues?
 —Sí. ¿Lo mejora eso? Sí, ¿verdad? Ya no parezco tan viejo.
 —Por un momento pensé en ti como en el abuelo.
 —Ya lo sabía.

Los primeros e inevitables incidentes de «su hija» ocurrieron el segundo día de su viaje de bodas. Habían salido a dar un paseo, y al terminarlo, el negro que los condujo les dijo a la puerta del hotel que le agradecería conducir al día siguiente al caballero y a su hija. El segundo incidente, también el segundo día, fue en el comedor. Robert ordenó la comida, y el camarero trajo también un vaso de leche, para la «señorita».

—Me pone fuera de mí —dijo Hedda—. Seguramente ha visto mi anillo de casada.

—Ese camarero es viejo. No lo dijo con mala intención.

Durante las dos semanas de su estancia en Atlantic City, Hedda fue insaciable. Esperaba relación sexual cada noche, aunque cuando se realizaba no la volvía a esperar hasta el día siguiente. Pero su insaciabilidad no era tanto cuestión de coito como de curiosidad manual. Quería tocarle cuando iban de paseo, bajo la mesa a las horas de comer, en las tiendas cuando estaba vuelto de espaldas el dependiente. Él comenzó a comprender que no era siempre un acto consciente, o sea un gesto deliberadamente excitante. Le tocaba, en gran parte de la misma manera que habría empleado para expresar con palabras su primera libertad total. Antes de comer iban cada día a bañarse en el mar. Hedda buscaba luego la sombra y contemplaba a las demás personas.

—Mira a ese hombrecillo flacucho con esa mujer gorda —decía. O bien —: Fíjate en ese gordo con aquel bacalao de mujer. Debieran de cambiar.

—Hedda, estoy seguro de que esas personas no han pensado en ello durante años.

—No lo creo. Hasta si son viejos y feos, estoy segura de que Sí. Las mujeres tanto como los hombres.

—Me parece que poco más o menos lo mismo.

Pasaron las dos semanas en Atlantic City sin ninguna riña ni la menor disputa. Ella parecía contenta de estar con él día y noche, sin necesidad de otra compañía. Pero en el tren a Camden, dijo:

—¿Tenemos que ir a Lyons? No quiero pasar la noche en tu casa.

—Pero es nuestra casa, Hedda.

—Nunca será la mía.

—Lo será después de esta noche. Ya verás como lo sientes de distinto modo.

—Quiero una habitación para mí sola.

—¿Por qué?

—Porque es tu casa y las criadas te pertenecen. Y ese Moisés.

—Eso no explica por qué quieres una habitación para ti sola.

—Lo explicaría si no fueses estúpido.

—Bueno, no creo que sea estúpido, pero supongamos que sí. Dime para qué quieres un dormitorio para ti sola.

—Porque siempre lo he tenido.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar? Durante dos semanas hemos estado todas las noches juntos.

—No quiero hablar de eso.

—Oh, ya sé de qué se trata. Pero eso sólo dura unos días.

—No me importa. No permitiré que esas mujeres lo sepan cada vez, por lo cual voy a tener un dormitorio para mi sola siempre.

—Está bien.

—¿Puedo? ¿Lo dices de verdad?

—Pues claro que sí. Pero te echaré de menos.

—Y yo a ti. Pero puedes venir a mi cuarto y yo iré al tuyo. Podemos hacernos el amor igual, pero quiero una habitación para mí sola.

Tomaron unas butacas para el tren de la tarde de Fort Penn-Lyons, en la parte trasera del coche, debido a que Hedda no quería tener a gente mirándola por la espalda. Era su tercer tren del día.

—Dos horas más y estaremos en casa —dijo Robert—. Un baño vendrá estupendamente.

—¿Tendré también mi propio cuarto de baño?

—Sí, y por cierto de buen tamaño.

—Es una cosa que no tuve nunca, un cuarto de baño propio. ¿Tienes gas o electricidad en casa?

—Muchas cosas.

—¿Hay un calentador de gas en el cuarto de baño? Me gustan los cuartos de baño calientes y brillantes. Debieras haber visto algunos sitios en los que me bañé. En México, en una bañera de hierro. La mujer traía el agua caliente en jarras de este tamaño, pero no permanecía mucho tiempo caliente. No tarda en enfriarse debido a la altura. En cuanto terminaba de bañarme tenía que salir de la bañera, y a mí me gustaba quedarme tendida en ella.

—Ya me he dado cuenta.

—Me gustaba quedarme hasta que se me arrugaban las yemas de los dedos. No me sorprendería que me durmiera y me ahogara algún día.

—Lleva un despertador contigo.

—No me despertaría si estaba muerta.

—Tienes razón. ¡Santo Dios!

—¿Qué pasa?

—¿Conoces a ese hombre? Sí le conoces, ¿no es verdad?

—No puedo decirlo. Está de espaldas.

Bart Vanee había entrado en el tren y se encaminaba hacia su coche, probablemente al de fumadores.

—Vete, sigue, sigue... —murmuró Robert.

Pero al llegar a la mitad, Vanee se detuvo e inspeccionó a los pasajeros, y al ver a Hedda y a Robert volvió sobre sus pasos, y se dirigió hacia ellos.

—Así parece.

Vanee bajó la butaca del asiento de enfrente y se sentó.

—¿Ha ido de compras, miss Steele?

Hedda rió y miró a Robert.

—Sí, hice algunas compras —dijo.

—Ha abierto algunas cuentas —dijo Robert—. A nombre de Mrs. Millhouser.

—¿Qué? Me estás tomando el pelo.

—No. Intento decírtelo con tanta delicadeza como sea posible.

—Dispensa. ¿Pero qué era eso sobre Mrs. Millhouser?

Hedda mostró la mano izquierda.

—¡Vaya, vaya! Ni siquiera sabía que estabas prometido, y ahora te encuentro casado... ¡para morirse, vamos!

—Compramos este anillo hoy en Filadelfia. Tuve uno de prometida durante dos semanas y un día —dijo Hedda.

—¡Santo Dios! Bien, Robert, mi enhorabuena más envidiosa. Y a usted Mrs. Millhouser, toda la felicidad del mundo. Sí ahora lo veo Robert. Has cambiado, para mejorar desde luego. —Se levantó. Estaba confuso y desconcertado y, Robert lo sabía, recordando la conversación del otoño pasado en este mismo tren.

—Viviréis en Lyons, ¿verdad? Espero verte.

—Gracias —dijo Robert.

Vanee se fue al departamento de fumadores.

—Me siguió un día —dijo Hedda—. Antes de Navidad. Tuve la sensación de que alguien me seguía y vi quién era. Cada vez que me detenía para mirar a un escaparate, él se detenía algo detrás de mí. Hice como que me había olvidado de algo y volviéndome, lo cogí de sorpresa. De poco tropezamos.

—No parece que te haya molestado mucho el verle.

—Apenas he podido contener la risa.

—No te gusta, ¿no es eso?

—¡Oh, es un engreído!, Es uno de esos hombres que se creen guapos.

—¿Y tú le encuentras guapo?

—Pues hasta cierto punto lo es. No me gusta mucho su boca. Tiene demasiado gruesos los labios. Pero en un sentido es guapo. Y le gustan las muchachas.

—Sí, y lo proclama también.

—¿Quieres decir que cuenta cosas acerca de las muchachas?

—Lo dice todo sobre ellas.

—¿Dijo alguna vez algo de mí?

—Habla de todas las mujeres.

—¿Qué dijo de mí? ¿Cuándo fue eso?

—No lo recuerdo, Hedda. Diría algo de lo que a él se le ocurre sobre algún miembro del sexo femenino.

—Trata de recordar lo que dijo sobre mí.

—Alguna vaciedad en la charla... No lo recuerdo.

—¿Cuándo lo dijo? ¿Hacia Navidad?

—No. Antes.

—¿Mucho antes?

—Semanas, o meses quizás. ¿Por qué?

—Sólo me preguntaba si el día en que me siguió fue la primera vez que se fijó en mí.

—No lo era. Pero ¿por qué te importa saber cuándo se fijó en ti?

—Quiero saber si me había seguido por un impulso momentáneo, o bien había estado esperando desde antes. A veces los hombres le siguen a una en el espolique del momento, pero otros lo hacen cada vez que ven a una mujer determinada.

—¿Estás acostumbrada a que te sigan los hombres?

—Pues, sí. Sé que soy bonita. ¡Me lo han repetido tantas veces desde que tuve seis años! O cinco. O tres. Y si una es bonita, los hombres la siguen, claro está. Y así lo quieren las mujeres. Un matrimonio ricachón sin hijos, de Milwaukee, quiso adoptarme cuando tenía diez años. Me compraron un cochecito con su jaquita, para que lo condujera yo. También tú piensas que soy bonita, pues de lo contrario no te habrías casado conmigo.

—Creo que eres bellísima. Pero no creo que te hubiera seguido en la calle.

—Acaso no, pero... —No acabó su pensamiento.

—¿Acaso qué?

—Nada.

—Anda, dilo. ¿Pero, qué?

—Que deseabas la misma cosa, aunque no me siguieras.

—Pues sí. Y ello me hace tan perverso como los que te seguían.

—No dije que ello te hiciera perverso, ni tan perverso. Si lo es que una persona lo piense y la siga a una, y otra lo piensa también, pero no la sigue. Si nadie hubiera podido vemos, me hubieras tomado en tu casa aquel día.

—Lo sé.

—Y yo hubiera ido, también. Tú no me seguiste, porque estábamos paseando juntos. Pero hiciste lo mismo que seguirme, haciéndome aquellas preguntas. ¿Por qué le siguen a una? Porque quieren ver lo que pueden hacer y lo que una quiere hacer. Tú trataste de descubrirlo haciéndome preguntas.

—Te quiero, Hedda. No he conocido nunca a nadie como tú.

—También yo te quiero. No te quedas haciendo cruces, como se dice, cuando te digo estas cosas. Y la mayor parte de las personas sí, porque no les gusta encararse con la verdad. Mi madre, siempre tan severa conmigo... ya les he oído a ella y a mi padre. Mira, antes de dejarle, lo pone hasta la locura.

—Cada vez sé más cosas de tu madre.

—Me alegra que alguien lo sepa. Todo el mundo cree que es tan moral que hasta un beso la hace desmayarse. Pero acaricia a mi padre hasta que está a punto de estallar, y entonces lamenta lo que hizo, pero le obliga a ello

porque es eso lo que a ella le gusta. Lo sé. Los he oído. Y lo mismo le va a pasar a Lars. La muchacha con quien anda hasta se parece a mi madre. Sara Francés Lloyd. Le dice que vaya a jugar al tenis, y cuando él va, ella no aparece. Y él tiene una beca para dos universidades. Lo mismo que mi padre, todo igual de nuevo.

En la estación les esperaba Moisés Hatefield con el birlocho y la pareja enganchada, e incidentalmente, por los ciudadanos que solían recibir a aquel tren: el jefe de la estación, el cochero del carro del hotel, el de la Compañía *Adams Exprés*, el muchacho que iba a recoger el fardo de periódicos, uno de los dueños de la funeraria y su asistente-cochero, el policía Tommy Fenstermacher, un empleado de la Compañía que iba a recoger la correspondencia para la misma, un grupo de muchachos del colegio, algunos viejos jubilados de ferrocarriles comprobando la llegada de los trenes, un maquinista-revisor, el jefe de Correos de Lyons; y dos muchachas lituanas de la fábrica de cajas de cartón, un granjero del valle con un par de magníficas mulas, que esperaba a su hijo marinero, Mr. y Mrs. Billy Williams que iban a recibir a su hermana, dos monjas que iban a recibir a otras dos, un universitario *Chi Phi* de la Academia Franklin & Marshall con otro *Chi Phi* que llevaba una raqueta de tenis y una mandolina de las llamadas de calabaza, una mujer de mediana edad y de riguroso luto con un hombre de mediana edad también, que estaba hablando con el empresario de las pompas fúnebres, y otro hombre con mono de mecánico y sombrero de paja con una canasta de pichones.

Bart Vanee se detuvo sólo el tiempo de levantar el sombrero y murmurar unas palabras de despedida. Los Williams hicieron una inclinación de cabeza a Robert, pero decidieron no presentar a su visitante. Las muchachas lituanas cuchichearon entre sí mirando a Hedda. Los universitarios *Chi Phi* sonrieron y la guiñaron el ojo. Pero todos los demás que reconocieron a Robert le contemplaron a él y a Hedda con hosca curiosidad. Afortunadamente era una hora en la que la mayoría de las mujeres del pueblo estaban ocupadas en sus cocinas guisando, sirviendo, o en sus fregoteos. Moisés Hatefield sudaba embutido en su librea de invierno y sombrero de copa.

—Bienvenido a casa, Mr. Robert. Señora... Encantado de darla la bienvenida... —dijo Moisés.

Y si guardaba algún resentimiento por haber sido dejado a un lado en la boda, no lo mostró; pero tampoco su dignidad le permitía hacer un despliegue de fidelidad o afecto. La yegua tenía la boca espumeante y al sacudir la cabeza lanzó un cuajaron que fue a parar a la manga de Robert.

—¿Puedo tomar las riendas?, —dijo Hedda.

—¿No quieres sentarte en la parte trasera?

—Preferiría conducir.

—Entonces, ponte detrás, Moisés.

Hedda extendió sus brazos en toda su longitud, pero mantuvo a la pareja bien dominada al trote vivo hasta que llegaron a la puerta de los coches, de la casa de Robert.

—Toma ahora las riendas —dijo—. No estoy segura de poder conducir a través de la puerta.

—Buena muchacha —dijo Robert.

—¿Estabas preocupado?

—No, conduces muy bien, pero hay un pasadizo estrecho si no se está acostumbrado a él. Lástima.

—Y hay mucho hombre que tampoco lo podrían *hasé* —dijo Moisés en un tono que era un cumplido a la decisión de ella—. Acaso mañana le *puea enseña* como *tié que haselo*. Hay una marca ahí, mírela, y poniendo la *ruea* derecha de delante sobre ella, se pasa con *toa fasilldá*. No hay que preocuparse por *na má*. *Solito pone la ruea* sobre la marca.

El ruido de los cascos de los caballos y del birlocho habían traído a Margaret Dillon y a Theresa O'Malley a la puerta cochera. Margaret vestía su uniforme negro con la cofia y delantal blancos: Theresa con su uniforme de listas blancas y azules, y su delantal enrollado en la cintura.

—Ésta es Margaret Dillon, ya os conocéis. Y ésta, Theresa O'Malley, a la que no has visto hasta ahora, pero que indudablemente ella sí a ti desde algún sitio.

Margaret hizo una reverencia urbana, y Theresa se / secó la mano en su delantal y se adelantó.

—Esperamos que sea usted muy feliz en su nuevo hogar —dijo Margaret.

—Muy feliz —repitió Theresa.

—Gracias. Espero que todos seamos muy felices —dijo Hedda S. Millhouser.

—La señora ocupará la habitación de huéspedes frente a la mía.

—Sí, señor —dijo Margaret—. Estará lista en un par de minutos en vez de la habitación de la esquina.

—Puede hacerlo en cuanto nos hayamos bañado.

—¿No utilizará para nada la habitación de la esquina?

—No, yo continuaré en la mía de siempre. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¿Te parece bien la cena a las ocho, Hedda?

—¿Qué tiempo nos da?

—Cosa de una hora y cuarto. Pongamos a las ocho y media. Hará más fresco entonces.

—Quisiera ir primero arriba —dijo Margaret Dillon.

—¿A qué, Margaret? ¿Lo ha dejado todo revuelto como de costumbre? Si hay un pequeño pliegue en el cobertor, Margaret cree que está todo revuelto —explicó Robert a Hedda.

—No señor, no hay ningún pliegue en el cobertor. Pero quisiera poner, en el cuarto de huéspedes las flores que puse en la habitación de la esquina.

—¡Vaya, le desbaraté su sorpresa!

—No, no lo hiciste —dijo Hedda—. Gracias Margaret. Esperaremos abajo hasta que esté usted lista.

—Gracias, señora.

Robert y Hedda esperaron abajo la vuelta de Margaret.

—También podría fumar un pitillo —dijo Hedda—. Tarde o temprano sabrán que lo hago, es mejor que lo sepan ahora.

—Muy bien. No cedas ni una pulgada desde ahora, pues de lo contrario sería mucho más difícil después. Por eso me alegró que no quisieras la cena a las ocho. Las cosas apenas han cambiado aquí en treinta y cinco años, desde que murió mi padre. Tendrás que ser tú quien cambie una serie de cosas, y ahora es el momento de hacerlo. Sé firme con Margaret tan sólo. Theresa no te será tan difícil.

—No he tenido nunca una criada para mí sola, pero cuando menos hemos tenido una, y a veces cinco.

—Entonces ya lo sabes.

—Bueno, lo bastante para que no se le monten a una a la cabeza y tenerlas a raya.

—Estupendo. Por otra parte, no hay ninguna razón por la que no os llevéis bien.

—No. No en tanto que comprenda que soy tu mujer y no una colegiala. Mira, también sé cocinar. Puedo hacer muchas cosas de las que no tienes ni idea.

—Me gustará enterarme ahora.

—Estoy contenta de que no hiciéramos nada en esta casa.

—Y yo también.

Margaret llamó en la puerta abierta:

—Su habitación ya está preparada, señora —dijo.

—Gracias, Margaret.

Robert y Hedda subieron juntos al piso.

—Ésta es tu habitación.

—¡Oh, qué cama tan ancha!, —exclamó Hedda—. Temía que fuese sencilla, en cuyo caso tendríamos que haber puesto una grande.

—Ésta era una habitación de invitados, para dos. ¿Te gustan las flores? Había cuatro floreros con peonías y rosas blancas y rojas.

—Lindas —dijo Hedda.

—Y aquí tienes el cuarto de baño. Ahora no necesitarás el calentador de gas, pero de todos modos aquí está.

—Y esa habitación de la esquina... ¿era la de tu madre?

—La de mis padres. Cuando murió mi padre, mi madre se trasladó a otra habitación de la casa. La de la esquina es la mejor, pero prácticamente nunca duerme nadie en ella. Quizá te guste después para ti.

—Tal vez, pero ahora me gusta ésta. ¡Mira que vista! Se puede ver casi todo el pueblo. ¡Hasta las minas!, desde aquí. ¿Estará mi padre ya en casa?

—Le podemos llamar luego por teléfono.

—Sí, luego. ¿Dónde duermen las criadas?

—En un ala en esa dirección.

—No emplean esta escalera ¿verdad?

—No, tienen otra escalera. Y también su cuarto de baño.

—¿Dónde murió tu madre?

—En su habitación. En su propia habitación. Mi padre, en la de la esquina. Cuando menos, así creo. ¿O murió abajo? Verás... no supe nunca dónde murió. Yo estaba entonces en el Colegio, y siempre di por supuesto que había muerto en la habitación de la esquina.

—Bueno, no lo conocí nunca —dijo Hedda.

—Tampoco a mi madre. Y sin embargo quisiste saber dónde murió.

—En esta casa hay más de tu madre que de tu padre. Cualquiera podría decir que esta casa estaba gobernada por mujeres.

—Debería, picarme esa observación, pero creo que es cierta. Mi madre estuvo siempre aquí. Sólo iba una vez por año a Filadelfia, para comprar los regalos de Navidad.

—Ella decidió cómo quería tener la casa, y Margaret se encargó de cumplir sus deseos.

—Sí, ella lo decidía todo sin mí. ¿Piensas cambiar mucho las cosas?

—¿Te importaría que lo hiciera?

—Al contrario. Espero que lo hagas. Quiero que sea tu casa.

—Parte del mobiliario es muy anticuado, pero no cambiare nada hasta que lleve algún tiempo aquí. Quiero acostumbrarme a algo que ahora no me guste. Oh, gastaré dinero...

—Por sabido se calla... Por cierto, ¿te solía dar algo tu padre?

—Sí, cincuenta centavos por semana.

—Bien, seguiremos eso —dijo él, mirando aparte como si no quisiera discutirlo más; pero ella vio que estaba bromeando.

—Muy amable de tu parte. Cuando me reúna con las damas del Círculo, todas me envidiarán por recibir nada menos que cincuenta centavos por semana. Figúrate... para gastarlos como quiera.

—No podrás gastarlos.

—Iré a la tienda de caramelos y me compraré todas las barritas de licor que quiera. ¿Y me comprarás una muñeca por Navidad?

—¡Qué pillas eres!

—Si eres avaro conmigo, me dejaré las trenzas y empezaré a dar vueltas por la calle Mayor.

—Eres una redomada chantajista.

—Piensa lo que sería para ti. Harías que Moisés pusiera un cajón de arena en el césped, y me estaría allí para que me viese la gente con mi cubito y mi palita. Debiera haber comprado esos chismes en Atlantic City. Y también pondría un columpio en un árbol.

—Seguro. Y también llevarías pantalones.

—No. No llevaría nada. Y todos los muchachitos vendrían a verme como me columpio.

—Y también los mayorcitos... Por ejemplo, algunos como Bart Vanee.

—Bueno, es la única posibilidad que tendría de ver algo no te preocupes.

—Siempre me preocupo, Hedda, pero procuro que no te des cuenta. —La rodeó la cintura con sus brazos—. ¿Quieres darme tu primer beso en tu nueva casa?

Ella asintió y le besó.

—Podemos ser felices —dijo él—. Haré cuanto pueda para conseguirlo.

—Y yo también —dijo ella—. Bien, ahora vete, porque he de hacer otras cosas en el cuarto de baño además de bañarme.

—Te llamaré a la puerta a las ocho y cuarto.

Ningún hombre de cincuenta y un años, que perteneciera a la clase elevada o media de Lyons se había casado jamás con una muchacha de dieciocho. Se sabía que tales casamientos tenían lugar entre los pobres, y había ejemplos de hombres de cincuenta años que vivían con muchachas de

quince, o menores. Pero tales uniones, legalizadas o no, no se habían producido entre miembros de aquellas clases, y quienes eran partícipes de tales arreglos eran considerados como monstruos. La comunidad tenía sus monstruos o tarados sociales y físicos. En el valle había la mujer, de un granjero que cada año o dos tenía un nuevo hombre en la granja, y una sucesión de hijos ilegítimos. Había varios audaces invertidos que los sábados por la noche se paseaban lentamente ante el bar y sala de juego de Kleckner, hasta que dos o tres jóvenes que habían perdido su dinero se destacaban y los seguían por la avenida. Había cuatro o cinco hombres a los que el policía Tommy Fenstermacher llamaba sus habituales clientes: borrachos que no tenían un trabajo fijo, pero que ocasionalmente trabajaban como enterradores, en la limpieza de las calles y como mozos de cuerda, y hacían pequeñas tareas para Fenstermacher por dejarles pasar la noche en chirona en los días rigurosos. Había una mujer enana y varios casos de baile de San Vito y del *grand mal*, epilepsia. Había un veterano de la Unión, de barbas blancas, que iba tocando un tambor con tirantes de cuerda cada sábado por la tarde, en marcha desde Johnsville a Lyons. Había un joven sin piernas de veinticinco años que rodaba en una plataforma y que iba provisto con una varita bajo el brazo, con la que azotaba las piernas de los chiquillos. Y había un ermitaño, que se creía vivía en el túnel de una mina abandonada, y que aparecía por Lyons para prevenir a los ciudadanos de que el fin del mundo estaba próximo y a pedir un poco de sal a Langendorf y MacMahon.

En las clases media y elevada habían hombres y mujeres excéntricos y caprichosos, que tenían peculiaridades. Algunas de ellas llevaban insólitos ropajes de antiquísimas modas; otras interrumpían los sermones en la iglesia; un hombre podía tocarse el globo del ojo con la punta de la lengua y se decía de otro que tenía un bien desarrollado busto femenino; algunos hombres y mujeres eran gemelos de un extraordinario parecido; otro podía beber una cantidad enorme de cerveza sin abandonar la mesa; dos hermanas podían recitar los nombres de sesenta y siete condados y sus cabezas de partido, tanto al derecho como al revés, haciendo lo mismo con cuarenta y cinco Estados y sus capitales; había un hombre que podía tocar la *Canción de Primavera*, de Mendelssohn con el violín, en tanto que se hallaba no de pie sino de cabeza; otro no había comido carne, pescado, mantequilla o queso en treinta y cinco años; y una mujer había visitado la tumba de su madre cada día, hiciera el tiempo que hiciese, durante veintidós años. Todas estas personas eran miembros de familias, y las familias se enorgullecían de las reclamaciones de algunos, soportaban el empacho y los engorros por las excentricidades de

otros, y se avergonzaban por las ridiculeces y bufonadas de unos pocos. Pero la clase elevada y su más próxima conexión, la media, mantenían con éxito la apariencia de respetable normalidad, y si el genio fue en ocasiones ahogado, Lyons lo ignoró y se sentía más cómodo inmerso en el convencionalismo. Lyons era una ciudad orgullosa, y en la comunidad de ciudades de su tamaño se consideraba como única, distinta y superior, pero la fuente de su orgullo se hallaba en su aproximación del convencionalismo, nunca en sus excentricidades o caprichos. Y en este ambiente, Robert Millhouser, de cincuenta y un años, se había casado con una forastera, recién llegada, de dieciocho.

Ahora ella, doblemente advenediza en menos de un año: completamente nueva como lindísima colegiala, y más nueva aún como jovencísima esposa, pasaba a ser miembro de las damas de la ciudad antes de que hubiera sido incluida entre sus muchachas. En todo Lyons no había una mujer, y apenas una muchacha, que no comprendiese todo lo que llevaba consigo un viaje de novios, y no había un hombre que no pudiera recordar o anticipar los placeres que Robert Millhouser había estado disfrutando... aunque ni el más encariñado recuerdo ni el sueño más vehemente permitirían que los hombres lo asociaran a Hedda Millhouser.

—Ya sabes cómo será el principio —dijo Robert al segundo día de estar en casa.

—¡Santo Dios, sí!, —dijo Hedda Millhouser—. Todo lo que tengo que hacer es recordar lo que acostumbro pensar. Ahora soy la desposada. Pero tú... a ti también te van a mirar.

—Ya lo sé, y sé también lo que estarán pensando. Yo también pensaba las mismas cosas, hace diez o quince años.

—No dejes que te preocupen, Robert. Si yo parezco feliz, dejarán de hacer conjeturas. —Puso su mano en el brazo de él—. ¿He dicho algo que estuviera mal?

—¡No!

—Pero tú sufres.

—No, muchacha, no. No es sufrimiento. Lo que ves es amor. El dolor es de esos años sin ti, toda mi vida hasta ahora. ¿Sabes que me has llamado Robert?

—¿No lo había hecho antes?

—No de esa manera. Nunca de ese modo. No me gustaba cuando me llamabas Millhouser.

—Lo sabía, pero no te podía llamar Robert.

—Pero ahora lo has hecho. Sí, si tienes aspecto feliz, dejarán de hacer cábalas.

—Soy feliz. ¿Cómo podía no serlo? Tú también lo eres, ¿verdad?

—Claro que sí.

—La sirena de la mina me despertó esta mañana y me senté en la cama y no sabía dónde estaba. No estaba acostumbrada a esas sirenas. Pero luego recordé que tú estabas precisamente al otro lado del pasillo, y volví a dormirme como un leño. La segunda vez que me desperté me sentí como una reina, con mi propio cuarto de baño y un botón a apretar para que me trajesen el desayuno. Nada de muchachas desagradables cayéndoles el pelo por la cara y empujándose mutuamente para ir al lavabo o al wáter. ¿Viste lo que desayuné? ¿O no te fijaste? Pues tomé huevos con jamón y cuatro trozos de pan tostado con mantequilla y también higos con nata. Y café. Y después de desayunarme... un pitillo.

—¿Por qué le das tanta importancia a un pitillo? También lo fumabas después del desayuno en Atlantic City.

—Aquello era un hotel. Esto es en casa, en mi propia cama, en mi propia habitación. Margaret me echó ya una mirada.

—Margaret hará mejor en cuidar de sus miradas.

—Demasiado tarde.

—No lo quise decir de esa manera —dijo él riendo.

—Ya sé lo que quisiste decir. Puede quedarse hasta que se acostumbre a mí. Pero si no lo intenta, le daré el portante. Tú, no. Yo. Si no lo intenta, ¡hala!

—¿Desearías una doncella personal?

—No. Por lo menos no ahora, gracias. Si no me gustara tan poco dedicarme a la limpieza, no dejaría entrar a Margaret en mi habitación, excepto para traerme el desayuno. Estoy tan acostumbrada a hacer mi propia cama que casi la hice hoy por la fuerza del hábito. Pero dedicarme a la limpieza no me gusta. No, no deseo ser tan reina. No quiero a ninguna mujer tan pegada a mí. Me fastidia que una mujer me toque, hasta para ponerme polvos en la espalda. Si salimos esta tarde, tendrás que hacerlo tú.

Tuvieron a cenar aquella noche a Ed y Ruth Steele. Desde el momento de la llegada de los Steele, Hedda Millhouser se proclamó independiente de su madre, mientras que al mismo tiempo —a veces en la misma frase— restablecía una cordial amistad con su padre. Ed Steele había incurrido en una formalidad desconcertada y desmañada hacia Hedda cuando Ruth le había dicho que Robert Millhouser quería casarse con la muchacha. El reparo de la

edad —la juventud de Hedda y la madurez de Robert— fue fácilmente descartado por la presentación que hizo Ruth de las muchas razones en favor del casamiento, y Ed Steele, con algunas dudas, pero considerablemente aliviado, dejó el problema en manos de su mujer. Era cuestión que a ella tocaba decidir, del mismo modo que él se ocuparía de un cortocircuito en la electricidad de la casa. Sabiendo lo que Ruth le había contado sobre Hedda, no podía pretender pensar que su hija se hallaba expuesta a ser destruida por los choques de la intimidad con un hombre muy maduro. Y ciertamente, sólo tenía que recordar que Ruth había estado mucho más adelantada en los misterios sexuales que él. La virgen sueca con la que se casó, había tenido que superar la ignorancia americana-inglesa de él, y la creencia de Ed Steele era la de que cualquier mujer tenía mejor comprensión de otra de la que cualquier hombre podría tener. Por ejemplo, había sido mucho mejor que Ruth hubiese conocido hacía tiempo la experiencia erótica de Hedda y que se lo hubiera contado al cabo de años. Si él hubiese hecho el descubrimiento, probablemente habría matado al hombre en cuestión. Pero Ruth lo había sabido, había guardado el secreto y había mostrado a su marido que, si había una salvación para la muchacha, una esperanza de pacífico futuro para ella, habían de ser evitados la violencia y el melodrama. Y a la vista estaba que lo que Ruth había hecho —con considerable asistencia por parte de las propias inclinaciones de Hedda— era lo mejor: había dado a la muchacha y al hombre las oportunidades que podían acabar en una de dos maneras; en un asunto que ya no podría causar a Hedda mucho más perjuicio, o en un casamiento que tenía aspectos menos que perfectos, pero que representaba toda la diferencia entre una mujer protegida y un pendón irresponsable y sin protección. Era a Millhouser a quien incumbía ahora la responsabilidad de Hedda.

Tras los primeros cinco minutos, la reunión se convirtió más bien en dos partes. Ruth se consagró a Robert, mientras padre e hija se entregaban a la creación de su nueva amistad. Ruth Steele había pasado dos semanas ansiosas, y su curiosidad se hallaba concentrada en la cuestión de hasta qué punto le habría hablado Hedda a Robert de sí misma, y en las posibles consecuencias del matrimonio.

—Hedda parece de pronto muy madura —le dijo a Robert—. Le gusta su nuevo papel.

—¿El papel de anfitriona?

—Sí. Oh, el papel de esposa le era fácil con un verdadero marido. Y ya veo que usted lo es.

—Gracias.

—Todo vuelve a lo que ya hablamos antes. Y lo que le voy a decir nunca se lo dije, pues le habría producido a usted una errónea impresión sobre nuestra vida de bogar. Pero el hecho es, Robert, que Hedda no era feliz en casa. Quería esto. Un marido. Su propio hogar. Realmente lo deseó a una edad en que la mayoría de las muchachas no están seguras de lo que quieren. Yo no fui nunca tan linda como Hedda, por lo que no estoy segura de lo que las muchachas bonitas quieren. Pero siempre me pareció extraño que tuviese ese gran deseo de estar sola. Pensaba que una muchacha bonita querría atraer la atención, tener a personas a su alrededor. En efecto, pululaban en torno suyo, pero los grupos no significaban nada para ella. Escogía la persona que le parecía más interesante, e ignoraba a las demás. Cuando yo era joven, todas las bellezas deseaban tener tantos adoradores como pudieran en derredor, pero Hedda nunca lo hizo. Supongo que se lo habrá dicho.

—No. Me lo he imaginado en parte, pero no me lo ha contado. De hecho, Ruth, no tenemos mucho tiempo para bucear en el pasado.

Parecía una respuesta a una pregunta no hecha, pero Ruth prosiguió:

—Bien, ¡tienen ustedes dos tantos recuerdos! ¡Hedda ha vivido en tantos lugares y ha estado siempre tan interesada en las personas! Y usted...

—Yo pasé unos ocho meses en Europa, hace ya treinta años casi. A eso se limitan mis viajes.

—Creía que estuvo usted varios años.

—No. Esa leyenda persiste, pero eso fue todo. ¡Y hace ya tanto tiempo! Si desea usted saber algo de Lyons, es probable que se lo pueda decir. Pero nunca he estado ni en Boston, ni en Pittsburgh, ni en Washington. En Nueva York, dos veces en mis cincuenta y un años. Veamos. He estado en Filadelfia, Fort Penn, Nueva York, Londres, París, Florencia, Nápoles y Roma. ¡Ah! Y en Suiza, de la cual me acuerdo muy poco, por el mucho vino que bebí los pocos días que allí estuve.

—Pues aprovechó usted mucho sus viajes. Da usted esa impresión. Recuerdo a un hombre que conocimos en Quebec. Era inglés y no había estado en más sitios que en Quebec, Montreal y Ottawa. Ni siquiera en Toronto. Y, sin embargo, se hubiese dicho que había recorrido todo el mundo.

—¿Le apreciaba usted mucho?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Le apreciaba?

Ruth lanzó una rápida mirada a Hedda, antes de replicar:

—Nunca me ocupé sino de Ed Steele. Pero, ¿apreciar? Sí, he apreciado a una serie de amigos de Ed. Los ingenieros son personas estupendas. Tienen

que tener sesos, y viajan mucho. Hasta que saben que conviene instalarse definitivamente. Éste es nuestro último trabajo como gitanos.

—¿Dónde van a instalarse, o dónde les gustaría hacerlo?

—Por mi gusto, China. No he estado nunca allá, pero muchas de nuestras amistades han estado, y ahora que las cosas se han tranquilizado allá... no creo ni que volviésemos. La Compañía proporciona casa y criados, y las relaciones son escogidas. Funcionarios de Embajadas, oficiales y sus esposas. Y según me han dicho, el dólar vale mucho allá. Hasta ahora no hemos podido ahorrar gran cosa, pero si viviésemos en China los veinte años próximos, podríamos ahorrar la mitad del sueldo de Ed, y todas las personas que han vivido allí quieren volver. Es el único sitio donde todos quieren volver. Y usted y Hedda podrían venir a visitarnos. Me han dicho que grandes Compañías están buscando personal que quiera quedarse, y Ed tiene precisamente la edad conveniente. Nos quedan aún dos años en Lyons, y para entonces Lars estará ya a mitad de su carrera y Ed podrá ir. Y casi seguro que tendrá su bonificación de aquí. Acaso dos. No puede contar con una gran suma de ahorros, pues su sueldo no es muy grande, para que la Compañía hubiese podido conseguir el contrato. Pero la bonificación por realizar los trabajos en el plazo previsto, con aumento por adelantado, eso sí que la tendrá, y puede ser muy sustancial. Ed es muy trabajador y está en su tarea día y noche para que esa bonificación sea la mayor posible. Y luego... China.

—¿Te oí decir China?, —intervino Ed Steele—. Ruth tiene sus visiones de opio antes de estar allí.

—No son visiones de opio.

—Lo son. Está cansada de nuestro errabundeo como gitanos, pero ¿a dónde quiere ir seguidamente? Pues tan lejos como se pueda. Ha oído hablar de la tierra del loto a personas que han estado allá años, y si fuese tan bueno, seguirían estando. A mí me gusta vivir en California... ya está bastante cerca de China, para mí.

—¿Y qué hay en California? Naranjas, y ni las tendrían siquiera, de no disponer de riego —replicó Ruth.

—¿Ha estado usted en California, Robert?, —dijo Ed Steele.

—Nunca. Ni siquiera sé a qué distancia está.

—Pues a unas tres mil millas. Pero según me han dicho se pueden tener millones de acres de terreno por dos centavos el acre, y todo cuanto se necesita es agua, y todo se da bien... ¿Desecharía usted esta oportunidad de ser millonario?

—Robert no desea ser millonario —dijo Hedda.

—¡Oh! Pues claro que sí —replicó Robert.

—No, no lo quieres. Si lo quisieras, no vivirías en Lyons.

—¡Si lo miras de esa manera...!

—Sea como fuere, California tiene ese terreno, y yo soy ingeniero. Me inclino por comprar tanta tierra como pueda y emplear mi experiencia de ingeniero en aprender cuanto sea necesario sobre irrigación. Y apostaría a que en diez años me hago millonario. Y si no lo fuera, por lo menos habría vivido en un clima saludable.

—La política tiene algo que ver con la irrigación —dijo Ruth.

—Desde luego que sí. Pero también necesitan ingenieros. No compraría ningún desecho. Estudiaría cuidadosamente lo que comprara. Hasta donde tiene que ir el agua y todo eso. Y los problemas de transportes.

—Sí —dijo Ruth—. ¿Y quién compraría todas esas naranjas?

—Chicago, Nueva York, ¡Lyons! La misma gente que las compra ahora.

—Y entretanto viviríamos de nuevo en una tienda.

—Bueno, ya hemos vivido en tiendas en otras ocasiones.

—Y yo llevaría un revólver y botas altas de cuero. No, gracias, no a mi edad. Ya he matado todas las serpientes necesarias.

—Es una buena tiradora también —observó Ed.

—Ya lo había olvidado —dijo Hedda.

—Pues no estarías aquí si tu madre no hubiera sido una buena tiradora. Fue cuando estuvimos en Montana.

—Pero no vivíamos en una tienda —dijo Hedda.

—No, pero sí en una cabaña —replicó Ruth—. Ya las serpientes no les gustó nuestra intrusión. Habríamos estado mucho mejor en una tienda. No deseo más cabañas o tiendas, gracias. Quiero vivir en una casa, con mucha servidumbre y sabiendo que no he de moverme en dos años o seis meses. Y no quiero vivir en California. Hay terremotos.

—También los hay en China. Si viviésemos en California durante diez años, me haría tan rico en ese tiempo, que luego podríamos vivir donde se nos antojara.

—Estoy segura de que Robert no se halla interesado en nuestros problemas familiares —dijo Ruth.

—Desde luego que sí. Pero debo confesar que esta discusión me produce contento por haberme quedado en casa durante todos estos años. A menos, desde luego, que Hedda se impacienta.

—Pues no. Si es aquí donde quieres que viva, aquí es donde querré vivir.

—Gracias, amor mío.

—Y por lo demás sé que no me gustaría vivir en China —dijo Hedda—. No me gustaría estar rodeada de chinos.

—¿Por qué no? ¿Es que de pronto te disgustan los extranjeros?

Esta pregunta creó no uno, sino tres enojados silencios; el de Robert dirigido a Ruth, sin que por otra parte comprendiera lo que la pregunta escondía; y los de Hedda y su padre, ofendidos separadamente por la perfidia de Ruth.

Hedda miró a su madre con aversión:

—No lo sé todo de ti, mamá —dijo—. Y acaso tú no sepas tanto de mí.

Miró su helado de fresa y se llevó la cucharilla a la boca. Ni Robert ni Ruth ni Ed Steele supieron qué decir, y la cena acabó en medio de la confusión y el silencio.

—Ed, ¿qué le parece si vamos al porche a fumar un puro?, —dijo Robert.

—Mamá, ¿quieres ir arriba conmigo?, —dijo Hedda.

—No, gracias. Será mejor que nos vayamos. ¿Quieres llevarme a casa, Ed? Lo siento, Robert. Pero no merece la pena pretender que no estoy enfadada, pues lo estoy. Creo que una madre tiene derecho a un poco más de respeto, hasta de una hija casada.

—Entonces, por el amor de Dios, no te quedes —dijo Hedda—. Yo estoy casada, y ésta es mi casa.

Ed Steele y Ruth se marcharon inmediatamente.

—Estaba sintiendo que la arrinconabais, entre tu padre y tú —dijo Robert.

—¿Sabes lo que estaba sugiriendo?

—Pues no. Pero sospecho que era algo que ocurrió en algún país extranjero.

—Así es. Te contaré cuanto quieras saber.

Robert se sentó en uno de los sillones de mimbre.

—¿Recuerdas la primera vez que viniste aquí y te sentaste ahí?, —dijo.

—Bien, yo traté de saberlo entonces y no era el momento apropiado para intentar saber nada. Desde entonces, claro está, supe que había habido alguien antes de que te casaras conmigo. En primer lugar, estaba yo. Y si tú y yo no nos hubiéramos casado, yo habría sido alguien de quien tu marido querría haber sabido que existía. Pero no lo sé. ¿Querría él haber sabido de mí y de algunos otros que podrían haber sido? Si pienso mucho en ello, me consumo de celos y curiosidad. ¡Pero Santo Cielo! Yo he hecho cosas de las que estoy avergonzada. Y...

—Yo no dije que estuviera avergonzada.

—Déjame acabar, por favor. Tampoco dije yo que lo estuvieras. Pero yo sí estoy avergonzado de algunas cosas que hice. Y casi tan avergonzado de otras que no hice. Prefiero que no me digas lo que hiciste, que contarte lo que yo hice. Pero ahora que ya he dicho esto, he despertado tu curiosidad, y te diré qué es lo que no hice. No me acosté nunca con una mujer hasta pasados los veinticinco años. Y esa mujer era una prostituta.

—¿Eras acaso uno de esos que hacen cosas con otros hombres?

—No. Nunca hice eso. Pero mi mejor amigo sí que las hizo. Tuvo relaciones con hombres, y yo era tan ignorante que pudo haber tenido relaciones conmigo. Lo admiraba tanto que... no lo sé, Hedda. Cuando supe la verdad, me disgusté y rompí nuestra amistad, y no he vuelto a verle. De esto hace cosa de treinta años. Pero desde entonces he pensado a menudo que él era mucho más admirable que yo. Era más fuerte que yo, y el hecho de que no tuviéramos relaciones, probablemente le honra a él más que a mí.

—Pero a ti te gustan las mujeres.

—Me gustas tú. Te quiero a ti.

—Y también te gusta mi madre.

—¿Cómo sabes eso? No la quiero, pero en circunstancias totalmente distintas tendría un asunto con ella.

—No, no lo tendrías. Pero ella te ha dejado pensar que podrías.

—Bien, eso sería cosa de ella.

—¿He de cantarte lo del muchacho mejicano?

Él sonrió.

—¿Ah, era mejicano? ¿Entonces, tenía yo razón?

—¿He de hablarte de él? Tú me has contado una cosa.

—No, prefiero no oír sobre el particular.

—Estás mintiéndote a ti mismo, Millhouser.

—Pues sí. Pero no me cuentes nada.

—Ahora tengo que hacerlo.

—Está bien, cuéntamelo pues.

—Se llamaba Juanita y tenía diecisiete años. Su padre y su madre eran amigos de papá y mamá, y vivían dos casas más allá de la nuestra.

—¿Qué edad tenías tú?

—Quince años, y no había estado nunca sola con él. Era muy calmoso y no hablaba muy bien el inglés. Lo sabía, pero tenía un acento tan cerrado que tenía que repetirlo todo. Una vez que estaba yo en mi habitación me silbó, y yo fui a la ventana, y él me lanzó un sobre que estaba lleno de fotografías de hombres y mujeres. ¿Sabes qué clase de fotos quiero decir?

—Me lo imagino.

—Y aquella noche subió por la pared y se acostó conmigo. Y después siguió viniendo a mi cuarto siempre que podía.

—Con tu permiso, supongo.

—Sí, entonces mi madre descubrió la cosa y abandonamos Méjico.

—¿Y qué hizo tu padre?

—Ella no se lo contó.

—¿Y no lo sabe tu padre todavía?

—No, a no ser que se lo contara ella más tarde.

—Realmente te dije dos cosas sobre mí, Hedda. Así pues, creo tener derecho a preguntarte algo más. ¿Fue ese mejicano tu primer hombre?

—No.

—¿Quién fue?

Ella meneó la cabeza.

—No me hagas más preguntas, a menos que no quieras que te cuente toda mi vida. Pero si lo hiciera sería a disgusto. Y tampoco te querría más, Millhouser. Ahora quisiera no haberte hablado de Juanito.

—¿Por qué?

—Me encontraba mejor antes de decírtelo.

—Así es. Está bien, Hedda. No más preguntas.

—¡Dios! ¡Cómo odio a mi madre por todo!

—Pero en cierto modo, es cosa buena que me contaras lo que hiciste. Así, si ella insinuía algo otra vez, sé de qué está hablando y hasta puedo decirle que lo sé. Porque, de todos modos, lo sé. Bien, estoy hecho un galimatías y tratando de decir algo que no fuera duro de decir.

—Mi madre conocerá que sabes lo de Juanita, así que no merece la pena sacarlo de nuevo a colación.

—Claro. ¿Por qué no podía haberlo dicho yo sencillamente?

—Porque piensas demasiado. Intentas ser demasiado justo para ambas partes. Siempre piensas demasiado. Si deseas algo, ve por ello.

—No resulta siempre la mejor idea. Te deseé y fui por ti...

—Y me conseguiste.

—Eso dices tú. Pero también acordamos que fue mejor haber esperado.

—No. Que fue mejor no haber hecho nada en esta casa. En que era más respetable casarse antes de que hubiésemos hecho algo en esta casa. La otra casa no cuenta.

—¿No?

—No cuenta nada de lo que sucedió antes de que nos casáramos.

- Interesante punto de vista.
- Bien, ¿y por qué había de contar? Yo no era tu mujer entonces.
- También es un interesante punto de vista. En Otras palabras, ahora que eres mi mujer y yo tu marido, existe una diferencia.
- Estoy segura de ello.
- ¿Crees en la fidelidad, Hedda?
- Pues claro, mientras seas bueno conmigo. Pero si lo hicieras con alguna otra, yo lo haría también. ¿De qué serviría no hacerlo?
- Entonces, ninguno de los dos tenemos que preocupamos por ello.
- Tal vez no.
- Bien, intentaré serte fiel.
- Sí, pero dijiste que mi madre fue detrás de ti...
- Eso es ridículo.
- Si quisiera tenerte, podría hacerlo. ¡Los hombres son 1 tan fáciles, se excitan tan pronto!
- Esa manifestación pone en pie una serie de preguntas que prefiero no hacer.
- Está bien, entonces cambiemos de tema, después de puntualizar que no fui yo quien hizo la primera pregunta. Fuiste tú. Tú me preguntaste si sabía lo que tu madre había estado sugiriendo.
- ¿Lo ves? Piensas demasiado.
- No lo puedo remediar, Hedda. Durante la mayor parte de mi vida sólo he tenido mi propia compañía, y el pensar hace oficio de conversación.
- Oh, a mí me gusta la conversación.

Los entretenimientos estivales en Lyons eran principalmente de porche. Un hombre y su mujer se detenían por ejemplo para «uno o dos minutos» y se sentaban, tomaban limonada y pastelillos y se marchaban. Las personas con amplios soportales invitaban a sus amistades a presenciar desde su casa el desfile del Cuatro de Julio. Y grupos de mujeres se sentaban por las tardes a coser en algún soportal amigo. Sólo tres reuniones algo grandes, y las tres con el mismo personal, fueron celebradas para los recién casados Millhouser: la de los Steele, la de los Langendorf y la de los Williams. Fueron cenas en sábado, con dieciséis personas presentes en cada una. La de los Steele fue la primera, aunque también la de menos éxito. Ruth cometió el error de ofrecer mazorcas de maíz a un grupo de hombres y mujeres cuyos dientes eran tan buenos como los suyos y los de Ed. Los Langendorf ofrecieron pollo a la Reina, y los Williams, en una noche tórrida, sirvieron también pollo con ensalada y sandía. La comida adecuada era extremadamente importante en

estas reuniones. Eran grandes comedores, y debido a que la mayoría de los circunstantes tenían hijos mayores que Hedda Millhouser, la gastronomía ocupó el lugar de la conversación. En ninguno de los tres ágapes fueron servidas bebidas alcohólicas, y una vez terminados, hombres y mujeres se retiraron aparte, no volviendo a reunirse hasta que alguien anunciaba que ya era hora de acostarse, con lo cual los hombres volvían del porche y las mujeres bajaban del piso superior o del dormitorio de la anfitriona, y durante una hora la conversación general se consagraba a tópicos como la línea de tranvías, la emisión de bonos municipales para mejoras del ferrocarril, un segundo turno en las minas, y otra serie de materias por el estilo que permitieran a los hombres expresar sus opiniones. Las mujeres quedaban silenciosas, pero con aire de prestar suma atención, hasta que alguna de ellas recordaba a su marido que se estaba haciendo muy tarde, y entonces terminaba realmente la partida, marchándose todos por fin en el plazo de cinco minutos.

Pero si eran cosas pesadas, también eran favorables en su efecto sobre el nuevo estado de Hedda Millhouser en la comunidad.

—«Es realmente una joven muy tímida —decían las mujeres—. Si se consigue que se manifieste, es cortés e inteligente. ¿Pero os disteis cuenta de cómo se cuelga de Robert? Lo va a agotar...».

La opinión opuesta sustentaba que Hedda Millhouser estaba simplemente aburrida, y que aquello no era timidez, y que no sería cuestión de mucho tiempo que se hastiara de su marido: «Sir Robert tuviese un poco de sentido común, no debería tardar mucho en tener hijos...».

En toda ocasión, la pareja de recién casados fue vista, examinada, criticada y cuando menos experimentalmente asimilada antes de la llegada de la canícula.

Sólo los chicos de la clase superior de Lyons se aprovechaban de la ventaja del embalse del Glen para bañarse. No así sus progenitores. Había allí fresca sombra en terreno propicio a la excursión. Nada había resultado aún de lo hablado sobre la creación de una presa privada corriente arriba, con un club donde se pudiera cambiar de ropa y cocinar. Lyons tenía un campo de tenis, cercado por un elevado seto de espino, y la llave de la puerta, cerrada con candado, se guardaba en el despacho de la próxima serrería, donde podía ser recogida por cualquier miembro del club, excepto cuando alguno de ellos se olvidaba de depositarla, llevándosela a casa; pero el Club de Tenis no tenía siquiera un cobertizo para proteger a los jugadores de los súbitos aguaceros, y era el único club de la clase elevada que había en la ciudad. En consecuencia,

las personas de pro no tenían lugar para nadar o para congregarse y quejarse del calor¹⁹¹. Los terrenos del paraje Millhouser eran abundantes en arbolado: castaño, olmos y abetos en la inmediata vecindad de la finca y en el declive; el manzanal situado entre el jardín de flores y la valla norte; aquí y allá perales, cerezos y avellanos; y al lado de los árboles, el emparrado. El aire era caliente entre las parras, pero en el resto de la propiedad —en el bien exudado huerto y en el soto— la temperatura era siempre mucho más baja que en el pueblo. Las áreas de sombra aliviaban la vista, y hasta el moverse de las hojas en los altos troncos de los nogales y olmos producía un fresco sonido. Pero en Lyons la canícula era ineludible. El polvo de las calles era regado dos veces por día, y los ciudadanos que tenían mangueras refrescaban también sus tejados, patios y muros de ladrillo; el vagón del hielo, conducido por el heladero-policía Tommy Fenstermacher, se hallaba en servicio de siete de la mañana a siete de la tarde; los dos hoteles y varios bares servían lo mismo artesas de agua para los caballos como cerveza y sombra para los conductores; y otros amables ciudadanos colocaban baldes en la acera, para que las bestias pudieran abrevarse. En todas las casas de Lyons había alguna bebida helada para ofrecer al visitante, y jarabes de elaboración casera para los chiquillos, no siendo tampoco descuidados perros, gatos y pájaros; es decir, que cada vecino, con mayores o menores medios en cuanto a lo selecto de los refrescos que podía ofrecer, tenía un pensamiento para su prójimo, personas o animales amigos. Con el intenso calor, los humores eran vivos y la paciencia corta. Cada hombre y mujer se hallaban empeñados en una lucha privada con el centelleo del sol, el bochorno, la sed, el polvo, y los efectos debilitantes sobre el espíritu y el cuerpo de la sofocante atmósfera. Sin embargo, como antes decimos, era una época, en que cada persona se sentía dispuesta de buen grado a aliviar las desazones de los demás, como si de uno mismo se tratara.

Era la estación de los abanicos de palma y del agua de Colonia, cabellos cortos, y ropa ligera y escasa, cazamoscas y sombreros de paja para los caballos, grandes sombrillas en los carros de reparto y tranvías abiertos, y cervezas y refrescos y *whiskys* con hielo, y sorbetes y helados. Los chiquillos tenían convulsiones, la bandera colgaba lacia en el Ayuntamiento, los caballos boqueaban desmadejados en sus arneses, la diarrea era endémica, y algunos lituanos y polacos zanjaban sus cuentas a puñaladas. El mundo a diez millas no existía, y la filosofía se reducía al deseo de poder recordar los aplastantes días en enero. Y a través de todo esto caminaba Hedda

Millhouser, ágil y fresca en un tenue vestido de lunares. Algo que recreaba la vista e invitaba al tacto.

—Te hubiera pedido que vinieras conmigo —dijo Robert—, pero las comodidades para dormir no son las mejores, y el polvo y las partículas de la criba se le meten a uno por narices, oídos, ojos y pulmones. Los granjeros llevan todos pañuelos de hierbas como los bandidos de la sierra.

—¿Lo llevas tú también?

—Desde luego.

—¿Por qué vas si es tan incómodo?

—¿Por qué vigila tu padre el trabajo de sus hombres? Sólo el estar presente ya es una buena idea. Pero te diré otra razón. Puedes calcular cuantas cántaras de centeno tendrás después de la trilla, y no te equivocarás mucho. Además, hay dos granjeros que si tuvieran oportunidad de hacerlo robarían. Ya sé quiénes son. Pero si aparezco cuando están trillando, ya saben que sospecho. No me importa unas cuantas cántaras de trigo, pero mi simple presencia los tiene a raya en otras cosas.

—¿Por qué los conservas si no son honrados?

—Que no lo sean dos entre quince no es una mala proporción, y si los demás granjeros saben que yo privo a estos dos de robar, no se sentirán tentados. Y hay otra consideración. Esos dos granjeros tienen hijos que hasta ahora no se han portado mal. Si los muchachos son honrados, tendrán la oportunidad de poseer las granjas. Voy a venderlas todas dentro de pocos años e invertir el dinero en acciones. Las granjas dan más trabajo del que merecen, y si algo me ocurre, saldrás mejor librada con valores que con tierra de labor.

—¿Si te ocurre algo a ti? ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que me muera. O que me convierta en un inválido. A mis cincuenta y uno tengo que estar preparado para todo.

—Quisiera que no dijeras esas cosas.

—Tampoco a mí me gustaría decirlas, pero son crudas realidades, Hedda.

—Si te mueres, estaré completamente sola.

—No por mucho tiempo.

—No sabría qué hacer.

—Lo natural es que volvieras a casarte.

—Quisiera que no volvieres a hablar de morirte. No tienes aspecto de ello.

—Gracias. Pero en cinco años pareceré más viejo, y seré más viejo. Y tú tendrás veintitrés años, una bella y joven mujer. Y dentro de diez años,

todavía tendrás treinta.

—¿A qué edad no puede hacer un hombre ya nada más con una mujer?

—Pues... he oído decir de algunos hombres extraordinarios que tuvieron hijos a los setenta. Por otra parte, he conocido a quienes perdieron su interés pasada la cuarentena.

—¿Y las mujeres?

—Creo que la mayoría deja de tener hijos a los cuarenta o por ahí.

—Así lo creo también. Mi madre tiene más de cuarenta.

—Bueno, tú seguirás siendo joven también.

—No debieras haber dicho nada sobre morir.

—¿Por qué no? Atesoro todo el tiempo que estoy contigo.

—Crees que debería estar contenta por lo que dices, pero no lo estoy.

—¿Y por qué no?

—Porque no me casé contigo para irnos años. Me casé para toda la vida. Pero, ¿cuán larga será esa vida? Hablas de cinco o diez años. Es lo mismo que si me hubieses comprado o alquilado para cinco o diez años.

—Como de costumbre, ves las cosas a tu manera, y como de costumbre tienes también mucha razón. Sin embargo parece que estoy en buenas condiciones físicas, y por lo que sé de mi familia —mi madre tenía setenta y cinco años cuando murió y mi padre sesenta y uno— sesenta y uno y setenta y cinco. Ciento treinta y seis. Dividido por dos. Sesenta y ocho. O sea que me corresponde vivir unos diecisiete años más, Hedda. No estoy preocupado, así que tampoco tú deberías estarlo... ¿Qué harás mientras esté fuera?

—No lo sé.

—¡Qué suerte que el calor no te moleste!

—He vivido en sitios más calurosos. Y no estoy gorda.

—Ni yo tampoco. Pero estoy contento cuando han pasado los días de canícula.

—Si lo hubieras estado, no me habría casado contigo. ¡Algunos de esos hombres que vi en Atlantic City...!, Nunca he querido a un gordo barrigón encima de mí.

—Siempre sales con las manifestaciones más francas.

—Pues no me gustaría. ¡Un gordo sudoroso dándole a la bomba encima de mi...!

—No me gusta el cuadro que me describes. Ni me gustaría más si fuera con un hombre flaco, tan poco como con un gordo. Sin embargo, no hemos precisado qué harás mientras esté fuera.

—¿Qué hay que precisar?

—¿Has pensado en las comidas? Podrías invitar a tus padres y a tu hermano.

—No me gusta que metan sus narices en mis cosas.

—¿Por qué no tu hermano?

—Eso, quizá sí.

—Mira, voy fuera una vez por mes. Cuando vaya a Fort Penn puedes venir allá conmigo. ¿Te gusta el *vaudeville*? Podremos ir al Orpheum; cambian de programa dos veces por semana. Y en invierno siempre hay cosas que ver en Fort Penn. Música, si te gusta la ópera. Y conciertos. Puedo ajustar mis viajes de manera que coincidan cuando haya algo que merezca la pena, y llevarte a la ópera y a los conciertos y a las representaciones de compañías de Nueva York. Pero la temporada no empieza hasta octubre.

—No me importa estar sola. Nadie quiere hacer nada con este calor. Ni siquiera se ve gente en la calle. No te preocupes por mí, Robert.

—No me preocupo. Se trata sólo de mi interés egoísta de que no te aburras.

—Bueno, si me aburro iré a dar un paseo.

—Buena idea. Moisés puede llevarte a ver una serie de cosas de esta región que no conoces.

—No quiero decir con Moisés, sino yo sola.

—Oh, está bien, si me prometes andar por los caminos principales y no meterte sola en los bosques. Quiero decir pasado el Glen. Los caminos son malísimos y estrechos y hay tantos baches que fácilmente puedes romper una rueda... y no es por alarmarte, pero no es lugar para una mujer sola.

—¿Por qué? ¿A causa de esos indios?

—No me refería a seres humanos, sino a los animales. No exagero. Si un gato montés ataca al caballo... no, hago punto sobre esto. No pases del Glen. Es temerario. Yo mismo no me metería en los bosques, hasta con un arma, y eso que he cazado en el primero y el segundo valle desde chico. ¿Te convence eso?

—No hablé de ir a los bosques.

—Bueno, pero te prevengo.

El tono con que lo dijo, hizo que ella le dirigiera una rápida mirada de enojo, que no escapó a Robert.

—Por lo tanto —dijo él— quisiera que me diceses tu palabra de que no conducirás más allá del Glen.

Ella le miró fría y desafortadamente y no respondió.

—Mira, Hedda. Podría decir a Moisés que no sacara los caballos mientras estoy fuera. Si piensas portarte como una chiquilla, habré de tratarte así.

—Si lo haces, me comportaré como una niña/Voy a acostarme, y tú puedes quedarte en tu habitación.

Hedda apenas le habló el día siguiente y el otro, que era la víspera de su marcha para las granjas. Por la noche, después de cenar, Robert le dijo:

—Tomaré el primer tren, así que no te veré por la mañana. Aquí tienes dinero para las atenciones de la casa, y si necesitas más, cobra un cheque. Volveré el sábado por la tarde. Te dejo una lista de las granjas donde pasaré la noche y las estaciones telegráficas más próximas. ¿Quieres hacerme alguna pregunta?

—Sí. ¿Qué le dijiste a Moisés?

—No le he dicho nada. Buenas noches, Hedda. Te veré el próximo sábado.

Se fue a la cama, y tardó en dormirse.

—¿Estás despierto?, —dijo ella, al cabo de un rato.

—Ya que tú no quisiste venir, vine yo.

—¿Acabas de llegar?

—No, hace tiempo que estoy aquí.

—¿Mucho?

—No lo sé. Estaba intentando que soñaras conmigo.

—Y lo conseguiste.

—Lo sé.

—Es posible que aún esté soñando.

—Tú lo sabrás mejor que nadie.

Le dejó qué volviera a dormirse, y cuando por la mañana Margaret llamó a la puerta se sintió descansado y en paz consigo mismo. Se vistió y entró quedamente en la habitación de Hedda. Estaba dormida, con la sábana enrollada en torno a su muslo derecho. Estiró la sábana y la tendió sobre el cuerpo.

—Gracias —dijo ella, sonriendo. Y volviendo la cara a la almohada, se durmió otra vez.

Hedda Millhouser había planeado la semana. Por las mañanas pedía una lista a Theresa, y Moisés la llevaba a las tiendas de MacMahon, Langendorf y otras. Por las tardes correspondía a las mujeres que la habían invitado, señoras Langendorf, MacMahon y Holland. Su hermano Lars vino a cenar las cuatro primeras noches de la semana, y Ed Steele y Ruth la quinta. Estaba ufana con

el informe que de sus actividades haría a Robert. Pero no sería completo. Un incidente había de quedar fuera de él.

El jueves por la noche, Lars se marchó en cuanto acabó de cenar, y Hedda subió a su habitación y se puso un camisón y un batín.

—La llaman al teléfono, señora —dijo Margaret desde el vestíbulo.

—¿A cuál?

—Al Keystone.

El aparato Keystone estaba en el primer piso.

—Es un hombre, pero no es Mr. Robert —dijo Margaret.

—Mi padre, supongo... ¿Quién llama?

—¿Dónde está su marido?, —dijo el hombre.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Lars?

—¿Ah, tiene usted un amigo llamado Lars? Bien, la cosa promete...

—Pero ¿quién es, por favor? Si no me lo dice, colgaré el receptor.

Margaret se entretenía en algo, sin apresurarse, mientras iba en dirección a la cocina.

—Soy un viejo amigo suyo. De hecho, hicimos juntos un viaje en tren.

—No reconozco su voz —dijo Hedda Millhouser. Y oyó moverse la puerta oscilante entre el comedor y la cocina.

—Entonces debe tomar usted muchos trenes.

—Vamos, acabe con el cuento de una vez, o colgaré el receptor.

—Soy Bart Vanee.

—¡Ah, vamos! Robert está ausente. Volverá el sábado.

—Lo sé. ¿Le gustaría dar un paseo, a tomar un poco el fresco? Estoy seguro de que Robert no pondría reparo alguno en que lo hiciera con un viejo amigo. Por lo demás, se me da un camino que le importe o no.

—Parece usted ligeramente bebido, Mr. Vanee.

—Estoy ligeramente embriagado con la mujer de mi viejo amigo Robert Millhouser, mi viejo amigo... Demasiado viejo, si me lo pregunta usted.

—Bien, no tengo más que decirle, Mr. Vanee. Por lo tanto, voy a colgar.

—Espere un segundo, Hedda. Si no puede esta noche, ¿qué le parece mañana por la noche?

—Ni mañana por la noche ni otra noche cualquiera, gracias.

Hedda colgó el receptor, giró la manivela y fue a su habitación. Estaba furiosa por la perfidia y la arrogante confianza de él por el silencio de ella. Sabía que ella no diría nada a Robert, pero también que no era por no disgustar a Robert. Ella le aborrecía por saber que lo que él le había dicho era exactamente lo que ella esperaba de aquellos labios. Y algún día podía decir

lo mismo, precisamente en el momento oportuno. En esta ocasión se había equivocado por menos de una semana.

Tuvo tres cartas de Robert, que llegaron el jueves, viernes y sábado, después de lunes, martes y miércoles de no haber tenido noticias. Así, en los días que él podía haberse expresado, ella no supo nada; y los días que ella pudo leer sus cartas, él no pudo decirle nada. Para él, todo fue silencio, pues a ella no se le había ocurrido escribirle una carta. No había escrito nunca una carta a nadie.

Hedda le esperó en la estación, el sábado. Sentada en el birlocho, con una sombrilla, le sobresaltó la aparición de Robert. Iba bien trajeado, con sombrero blanco de Panamá, pero el cansancio de sus ojos y el rictus de su boca, la alarmaron. Él saludó a varios conocidos mientras se acercaba al birlocho, pero antes de que le hablara, Hedda supo que estaba agotado. La besó.

—Te eché mucho de menos. ¿Y tú?, —dijo él.

—Muchísimo. ¿Quieres conducir?

—Será mejor que lo hagas tú. ¿Ha hecho un tiempo tan caluroso como hoy toda la semana?

—A esta hora del día, sí.

—Tienes un magnífico aspecto, hueles bien, y uno se siente estupendamente junto a ti.

—Y lo he pasado bien. Espera a oír todas las cosas que he hecho.

Le contó las reuniones y sus compras mañaneras, y aún estaba contándoselo cuando llegaron al establo.

—Hola, Moisés. ¿Alguna novedad?

—Lo único que *sé e que haremos* inejó en *hasé rogativa pa* que no mande prontito agua.

—Tuvimos un aguacero allá abajo, el jueves, pero no duró mucho. No nos impidió la trilla.

—A, *alguna granja le cae lo rayo y puen ardé. Fuen eplotá.*

—Sí, cuando el grano está ya almacenado. ¿Algo de particular?

—*Fué sí señó.* —Moisés miró a Hedda Millhouser—. Iba a *desde ante* de que viniera *uté a casa*. El jueves po la noche, la noche *antepasá*. Un hombre merodeando por acá. Le *hise ecapase*.

—¿Cuándo? ¿Estuviste aquí el jueves por la noche?

—Dormí en la cuadra *taita la noche* que el *señó etuvo* ausente.

—Bien hecho, Moisés. Ya ves, Hedda, estuviste protegida.

—Gracias, Moisés —dijo Hedda—. Me habría sentido mejor de haberlo sabido. No es que tuviera miedo, pero...

—También yo me hubiera sentido más tranquilo —dijo Robert.

—*E la canícula y la persona con el caló* no se sabe qué harán, por lo que dije a Cora que dormiría en la cuadra *hata* que el *señó* volviera a casa.

—¿Conociste al hombre?

Moisés vaciló. Después dijo:

—No, *señó*, no lo *conosí*. Lo *conoseria* si lo viese otra vé, pero no lo *conosía de ante*.

—¿Y qué hiciste?, —dijo Hedda.

—Fui *trá* él y le dije: «Si no sale *uté* de *eta propieá* le doy en la *cabesa* con *ete maso* que y *evo*». Y él me dio un *empujonsito* para apartarme y se marchó.

—¡Bien por ti! ¿Corrió?

—Corrió tanto como le permitía *su pie, na*. Corría como si *atuviera bebió*. También olía a *etarlo, sí señó*.

—Bien, Hedda. Ya ves, una aventura, aunque no lo supieras.

—Me alegra que Moisés estuviera aquí —dijo ella—. Ven, tomarás un baño y una buena taza de té helado.

—Y echaré una cabezadita, si no te importa.

El sofocante calor fue roto aquella noche por una tormenta que duró tres horas, y que comenzó mientras Robert y Hedda se hallaban cenando.

—Esta tormenta viene del Este —dijo Robert—. Generalmente, después de una ola de calor que suelen venir del Sudeste.

—¿Cuál es la diferencia?

—El viento. Una tormenta como ésta trae más viento. Escúchalo.

—Me gusta.

—¿Sí? A mí también. Algunas personas que vayan mañana a la iglesia se sorprenderán al verla sin campanario.

—¿En Lyons?

—Quizá. En alguna parte del valle. Y se va a cebar en los árboles. Mañana verás ramas desgajadas por todas partes. Espero que sólo sean ramas.

—Cuando la sequía ha sido tan intensa el viento puede arrancar árboles. Por no hablar de los rayos. ¿Querrás creer que en toda mi vida sólo he visto un árbol abatido por un rayo?

*Mira a los pobres indios,
cuya inculta mente es un lamento.*

*Ve a Dios en las nubes,
o lo oye en el viento.*

¿Te enseñaron tus preceptores a rimar viento con lamento?

—¿Mis preceptores? ¿Cómo sabías que tuve preceptores?

—No lo sabía. Sólo estaba hablando elegantemente. Preceptores en vez de profesores.

—Pues tuve preceptores a montones. Siempre estaba atrasada en algo. ¡Oh!, ¿qué fue eso?

—Vamos a verlo.

Algún objeto pesado había chocado con la casa. Ella se puso el chaquetón de lona de caza de Robert y un sombrero, y él un impermeable y una gorra.

—¿Y botas?, —dijo Robert.

—Iré descalza.

—Está bien. Vamos. —Se detuvieron en el porche, en la oscuridad rasgada por el fulgor de los relámpagos—. No sabremos nunca lo que fue. Podría haber sido una de esas ramas. ¿Te pareció que chocaba contra el costado de la casa?

—Ahí, en el tejado o en el porche. Era algo pesado.

—Probablemente fue una rama de esos árboles. ¿Vamos a ver a los caballos?

—¿Podrás encontrar el establo?

—Con los ojos cerrados. Pero tendrás que agarrarte a mí o serás arrastrada. E insisto en que será mejor que te calces. Anda, ponte unas botas.

—Está bien.

—De lo contrario, seguramente te cortarías los pies.

Hedda entró en la casa y volvió calzada, yendo luego ambos al establo, donde encendieron la luz. La yegua gemía, y Robert la habló tranquilizadamente.

—¿Y si nos quedásemos aquí toda la noche?, —dijo Hedda, asiéndose al brazo de Robert.

—Ya sé lo que te ocurre. Aquí, se encuentra uno mucho más abrigado que en la casa. Supongo que es porque sientes que aquí podría ocurrir algo más que en la casa. A mí me gustaba venir de chico. Moisés tiene una estufa que ya estaba aquí en tiempo de Ryan, el cochero anterior a Moisés. Yo sabía que la casa estaba más caliente, pero siempre me parecía que hacía más calor aquí. Acogedor. Los carámbanos podían colgar en la ventana, pero dentro estábamos muy cómodos y abrigados. Ryan me dejaba hacer su trabajo,

esponjar los arneses y limpiarlos con aceite especial. Moisés acostumbraba hacer sopa, y ninguna de la que comí nunca en casa sabía tan bien como la sopa de Moisés. Los sábados me pasaba a veces el día entero aquí. Si mi padre no me hubiese dejado algún dinero, habría terminado por ser cochero.

—Y si yo hubiese sido una muchacha rica, habría venido a verte.

—¿Sí? ¡Qué bien! ¿Y qué habrías hecho?

—Pues que me desearas...

—¿Aunque sólo fuese un cochero?

—Si te hubiese querido... Yo...

—¿Qué?

—Nada.

—Pero ibas a decir algo.

—No.

—Bueno, ¿volvemos?

—Quedémonos todavía un ratito. Haz como que fueras el cochero.

—¿Y tú la muchachita rica?

—Sí. Siéntate ahí. Sobre esa caja.

—No es una caja, es un arca.

Ahora tiéndete como si estuvieras echando una cabezadita.

—Está bien. ¿Y ahora qué?

—Cierra los ojos. Haz como que estás dormido y que no me has oído.

Él la obedeció, y ella fue a su lado y le puso la mano sobre el vientre, descendiénola en círculos cada vez menores. Él abrió los ojos y la miró. Vio que sonreía; pero no le miraba la cara. Luego la sonrisa se borró de su rostro y contuvo rudamente el movimiento de él.

—Házmelo tú también —dijo.

—Ven. Tiéndete en el arca.

—No quiero. Tu mano, anda...

Él hizo lo que ella quería y entretanto le tomó la cabeza con ambas manos y le cubrió la cara de besos; la boca, los ojos, las mejillas.

—¡Oh, qué estupendo!, —dijo ella.

Él la rodeó la cintura con sus brazos, y se sentó a su lado.

—¿Qué sucede, Hedda?

—¡Oh, qué estupendo!, —volvió a decir ella.

—¿Es eso lo que hubieras hecho?

—No, no, no. Pero ahora lo quería.

—¿Porque yo era el cochero?

—Sí. Porque tú eras el cochero. ¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro.

—Pues no digas cosas de cuyo significado no estés seguro. ¿No eres mi marido? ¿No podemos hacer cuanto queramos?

—Bueno, pues tú no quieres siempre de la misma manera. Y yo tampoco.

—¿Quieres un pitillo?

—No. Vamos a casa.

Apagaron la luz y salieron. Pero ella no le esperó, sino que guiada por las luces de la casa corrió a través de la oscuridad y de la lluvia, y no se detuvo, aunque él la llamara. Ya en el vestíbulo, se quitó botas, el chaquetón y el sombrero y colgándolos en el desvanecillo, dijo:

—Me voy a la cama. Buenas noches.

—¿No me besas esta noche?, —dijo Robert.

Ella le presentó la mejilla y él la besó. Después, Hedda se fue.

En otoño fueron frecuentemente a Fort Penn, con más frecuencia de la necesaria para los viajes de negocios de él. Ben Roseberry y Esther Baumgarten Parldnson les invitaron a reuniones, que a su vez condujeron a más reuniones de las que podían aceptar.

—Nunca supuse que Fort Penn fuera así —dijo Hedda.

—Ya te lo dije. Es la capital, y el Estado es tan grande como algunos reinos. ¿Te gustaría vivir allí?

—No, por ahora. Más adelante, quizá.

—Me alegra oírlo, por una razón.

—¿Cuál?

—Pues porque si alguna vez tenemos un hijo, me gustaría que naciera en nuestra casa, en Lyons.

—¿Por qué?

—Sentimentalismo. Yo nací aquí, y mi madre y mi padre murieron aquí, y me gustaría que fuese el hogar de tres generaciones de Millhouser. Mi padre la construyó para él y para mi madre.

—Pues, por un tiempo no vamos a tener hijos.

—No, pero algún día, sí. Tú lo decidirás, pero no podemos esperar para siempre, y recuérdalo. Para entonces habré liquidado las granjas, y...

—Y puedes vender nuestra casa.

—No. Nunca venderé nuestra casa. Nunca, mientras pueda pagar los impuestos. Aunque no rente, quiero conservarla. Jamás vender esta casa. Hedda, o algo de lo que contiene. Si debiéramos trasladarnos a Fort Penn y no encontrara las personas que me parecieran propias para alquilársela, la mantendría cerrada. Los impuestos no son crecidos, y hasta si es tina

extravagancia, significa mucho para mí. Es como comprar una parcela en el cementerio. —Frunció el entrecejo—. ¿Por qué habré dicho esto? No, no es en absoluto como comprar una parcela en el cementerio.

—Habría habido alguna razón para decirlo, pues de lo contrario no lo habrías dicho. Sobre todo tú, que piensas las cosas tan ponderadamente antes de expresarlas, que eres tan *preciso*...

—*Preciso* —corrigió él.

—Es como comprar una parcela en el cementerio, el lugar donde, por fin, se va a parar. Ya sé que piensas de la misma manera acerca de la casa, pero yo no.

—Y, ¿qué piensas tú?

—Pienso de ella como de nuestra casa, donde vivimos ahora, pero no que tengamos que vivir siempre en ella, que probablemente no lo querremos.

—Yo creía que habías empezado a quererla.

—Y la quiero. La quiero más que a ninguna de las demás casas en las que he vivido. Pero no se trata de la casa. Es también Lyons. ¡Dispongo de tanto tiempo!

—Sin embargo, hace dar no querías vivir en Fort Penn.

—Dije que no quería trasladarme ahora mismo. Pero dije que acaso algún día. Quizá el año que viene.

Él sonrió.

—¡Ah, ya ves! Algún día, para mí, significa el distante futuro. Para ti significa el año que viene, porque olvidaba que a tu edad el año próximo es el distante futuro. ¿Experimentas la sensación de que ha tiempo que me conoces?

—Sí. Hace más de un año.

—Él asintió.

—Y a mí me parece que nos conocimos anteayer. ¡Corre tan aprisa el tiempo cuando nos hacemos viejos, tan increíblemente aprisa! ¡Nunca sabrás lo feliz que he sido a tu lado! Una persona joven no podría saberlo. Creo que los jóvenes son terriblemente desgraciados. Yo lo fui. Y luego me hice mayor y tuve esa especie de semifelicidad que se siente en la edad mediana, cuando la vida en sí comienza a ser preciosa. Después entraste tú en mi vida y pude amar a alguien, y ello hizo de la semifelicidad una nueva y completa felicidad.

—Robert...

—Sí, amor mío.

—¿Cuando hablas así, te diriges a mí, o a ti mismo? Me hablas a mí. Estoy aquí, y te escucho. Pero tu voz tiene un sonido distinto de cuando realmente me hablas a mí. Y tampoco me miras.

Él meditó unos instantes.

—Sí, creo que me hablo a mí mismo. Pero deseo que oigas esos pensamientos.

—Pues a veces no te sigo.

—Y hay una razón para ello. Que eres la única persona que ha oído jamás mis pensamientos, tal como se me ocurren. Nunca me he sincerado con nadie.

—Bueno, está bien, siempre que no esperes que lo comprenda todo.

—Claro que no, Hedda. De hecho, tengo una serie de misterios que yo mismo no comprendo. Algún día —no el año que viene, sino lo que yo entiendo por algún día— acaso habremos estado juntos tanto tiempo, tan estrechamente, que nos comprenderemos mutuamente sin palabras, como algunos maridos y esposas lo hacen. Como estoy seguro que se comprendieron mi padre y mi madre.

—Pues será más fácil que tratar de penetrar algunas de esas cosas que ahora dices. Son demasiado profundas para mí.

—No hay nada demasiado profundo para ti. Lo que pasa es que eres joven.

—Sé lo que soy, y no deseo nada más. Me gusta ser joven. No lo soy como otras personas jóvenes. Pero eso no quiere decir que desee parecer vieja, o cansarme fácilmente.

—Lo que tú quieres es tenerlo todo.

—Pues claro, desde luego. Y también tú. Si hubieras sido feliz cuando fuiste joven, no habrías dicho: «No, no quiero ser feliz hasta tener cincuenta y un años». Si me dijeras que sí, no te creería.

—Y yo sería un solemne embustero. Lo único que enseñan los años es el valor del compromiso.

—Esa palabra la teníamos en la Historia de América. El Compromiso de Missouri... Y si una muchacha se halla comprometida con un hombre, se supone que va a casarse con él. Me gustaría más hablar de la clase de casa en que viviremos en Fort Penn, si nos trasladamos allí.

—Está bien. Hablemos de ello.

—¿Estás seguro de que lo prefieres? Hablaré de otra cosa si quieres, o por lo menos te escucharé, pero no entenderé la mitad de ello.

—La mitad de lo que entiendes, lo comprendes mucho mejor que cualquier cosa que yo entienda.

—Eso es lo que quería decir, Robert. Observaciones como ésa.

En enero de 1907, Robert recibió una carta de Fred Langendorf, informándole de que la asamblea general de los accionistas del Banco se celebraría a las dos de la tarde de cierto jueves. Robert tomó la nota de la hora y de la fecha; sabía ya que el lugar sería, como siempre, la sala de dirección del segundo piso del edificio del Banco. Cuando llegó, todos los demás directores se hallaban ya sentados.

—Les ruego me disculpen —dijo Robert. Miró su reloj y luego el de la pared—. ¿No me dijo usted a las dos, Fred? Son menos diez.

—No se ha retrasado usted —dijo Langendorf—. Somos nosotros los que hemos venido con adelanto. Siéntese.

—Bien, lo haré si se levanta y me da mi silla.

—Vaya... ahí tiene su silla. —Y apuntó al lugar donde él acostumbraba sentarse. Los demás se echaron a reír.

—Usted lleva algo escondido en la manga, Fred. ¿De qué se trata? Vamos, desembuche.

—Prefiero que se lo diga Henry —dijo Langendorf—. ¿Jerry?

—No sé por qué he de ser yo —dijo Jeremías MacMahon—. Es a ti a quien toca hacerlo.

—Atención, atención —dijeron los otros.

—Está bien —dijo Langendorf—. Todos los presentes sabemos que usted ha rehusado siempre tomar parte en política, Robert. ¡Maldita sea, empiezo mal! Lo que debiera haber dicho primero es que hemos estado diciendo que ya era hora que dijéramos a Robert Millhouser lo que pensamos de él. Pero usted no se presenta nunca a elecciones, y no podemos votarle. La única manera, pues, que tenemos de demostrarle nuestro aprecio por lo que ha hecho usted en esta ciudad, es habiéndonos reunido aquí, votar unánimemente por usted para la presidencia del Banco. Aquí tiene usted, pues, este mazo que simboliza la elección. Y si lee usted lo que se inscribe en esta tira... bueno, aquí está el mazo, Robert, y ahí está su nuevo asiento. Creo que es todo cuanto tengo que decir.

Tendió el mazo a Robert, quien lo miró, y luego a Fred Langendorf, y estrechó la mano de Fred mientras los demás aplaudían puestos en pie.

Robert ocupó su nuevo puesto en la mesa, y siguió en pie, pero no pudo hablar.

—¿Quiere que le preste mi pañuelo?, —dijo Bill Williams.

Todos, incluso Robert, rieron.

—¡Sí, maldita sea, lo necesitaría!, —dijo Robert, con voz temblorosa. Miró a cada uno de los directores y vio que algunos tenían como él lágrimas en los ojos—. Bueno, será mejor que diga algo rápidamente o daré un espectáculo. Y no quiero que Bill me preste su pañuelo, porque todo el mundo sabe que usa esos azules de minero, y puede desprender tinte.

Hubo algunas risas.

—No es verdad —replicó Bill Williams—. Compro mis pañuelos en el almacén de la Compañía y su tinte es fijo.

—Bien... ¿qué puedo decir? Ya me pareció raro que la junta anual de este año fuese a las dos en vez de a la una. Ahora veo por qué. Y este mazo... evidentemente debieron ustedes haberlo grabado antes de que votaran por mí. Y no fue unánime, Fred. Tengo todavía mi voto, y yo no voté.

—George Holliday lo hizo en su representación —dijo Langendorf—. Tuvimos que ampliar un punto. George no tiene poder de procurador, pero es su procurador.

—Entonces supongo que el acta mostrará que fui lo bastante inmodesto como para votar por mí mismo.

—El voto fue unánime por parte de los presentes, constituyendo un *quorum*. Y no hubo votos negativos, ni por delegación, ni de cualquier otra clase —dijo George Holliday.

—Bien, no pienso protestar. Por otra parte, estoy encantado de aceptar este honor, y de que me hayan mostrado esta buena amistad. No deseo extenderme demasiado sobre mi falta de méritos. De todos modos, me gustaría conservar este honor durante un año. Como saben ustedes, mi padre fue uno de los fundadores de nuestro Banco, lo que supone un gran orgullo para mí. Tenemos el más antiguo estatuto del valle, y el Banco siempre ha tenido justos y honrosos tratos con la gente del valle, hayan sido o no clientes nuestros. Y en esta coyuntura, quisiera decir que me supone un honor particular recibir este mazo de Fred Langendorf. Pues todos sabemos que Fred ha consagrado tanto tiempo y celo a este Banco como a su propio negocio.

—De no haber consagrado tanto tiempo al Banco, jamás le habría dado alcance —dijo Jeremías MacMahon—. ¡Tres hurras por el Banco!

—Ahora estoy contento de interrumpirle a usted, Jerry —dijo Robert—. Porque aquí les tenemos a ustedes dos, usted y Fred, rivales en los negocios, pero sentando un ejemplo que todo el mundo de los negocios debería copiar. Y ello simboliza lo que hace unos instantes dije sobre nuestro trato con los habitantes del valle, y sobre los principios éticos entre nosotros mismos. Es

mi esperanza y mi intención copiar la conducta de Fred en los asuntos de nuestro Banco, y mientras lo haga así y cuente con la ayuda y consejo de Fred, el Banco continuará su existencia de un modo útil y provechoso. De hecho, empezaré a copiar a Fred desde este mismo instante. No emplearé este mazo. Me lo llevaré a casa, y en vez de utilizarlo para llamar al orden, haré igual que Fred. Con los nudillos. Eso es cuanto Fred necesitaba, y por mi parte, además guardaré como un tesoro este mazo simbólico.

—Lea la inscripción —dijo alguien.

—¡Oh, dispénsenme! Olvidaba este detalle. «A Robert Millhouser, presidente, Compañía de Crédito y Banco de Lyons 1907, en aprecio a sus servicios al Banco y a la comunidad». —Alzó la vista y dijo—: No recuerdo haber hecho nada para la comunidad, pero cuando menos intentaré merecerlo. En cuanto a mis servicios al Banco, uno de los momentos de mi vida en que sentí más orgullo, fue cuando nuestro querido amigo el doctor Willets, que en paz descanse, me dijo que había sido nombrado miembro del Consejo, y nunca he cesado de estar orgulloso de ello. Gracias mis buenos amigos.

Se sentó, y los demás volvieron a aplaudir.

—¿Señor presidente?

—Cedo la palabra a Mr. Williams —dijo Robert—. Espero que no vamos a hacer esto todo el tiempo. Pero el día de hoy está bien.

—Sugiero —dijo Williams— que se nombre una comisión para disponer un banquete en honor del nuevo presidente, celebrándose el mismo en lugar conveniente. Sólo hay una dificultad: no podemos dejar descubrir a la gente que lo hacemos a título bancario.

—La presidencia tiene una idea mejor. Permítanme que ofrezca ese banquete en mi casa, pero en honor del presidente saliente.

—¿Ya tiene bastantes platos? Iremos con nuestras mujeres —dijo Williams.

—Bien, es posible que no comamos todos del mismo juego, pero podremos arreglarnos —dijo Robert.

—De acuerdo. De esta manera no costará ni un centavo al Banco —dijo Williams—. Y nadie podrá decir que completamos comilonas en nuestras reuniones.

El aprecio que Hedda Millhouser concedió al honor conferido a su marido se hallaba limitado por su conocimiento de las funciones de un Banco: era un lugar donde la gente ahorraba su dinero, cobraba cheques, y depositaba joyas. Comprendía la razón de los sótanos a prueba de robo, pero no por qué tantos de los más importantes hombres de Lyons hubieran de molestarse con

trabajos que podían ser realizados por honrados empleados y honrados vigilantes. Pero el contento y el orgullo de Robert indicaban que consideraba la elección como un elevado honor, y se dio cuenta de que tenía menos entusiasmo por la perspectiva de vivir en Fort Penn. Su inteligencia no dejaba de relacionar ese aminorado entusiasmo con el honor recientemente conferido, y después de los primeros días de genuino esfuerzo para apreciar lo que ella no comprendía, comenzó a pensar en el Banco como en una amenaza para el traslado a Fort Penn, como un ancla enormemente pesada que ella no había lanzado. En consecuencia, no estuvo en su mejor forma como anfitriona en el banquete a Langendorf, y cuando el último invitado se marchó, ella se retiró inmediatamente, a su habitación.

Robert llamó a la puerta con los nudillos, y ella le dijo que entrara.

—¿Por qué llamaste?, —dijo—. Nunca lo haces.

—No estaba seguro de que estuvieras despierta. Creía que estarías durmiendo.

Ella estaba sentada, en camisón, con un pitillo encendido en la boca mientras se peinaba. Estaba bien despierta, contemplándose en el espejo de tres cuerpos de su tocador.

—¿Por qué lo creías?

—Porque parecías muy cansada durante la velada y tuviste mucha prisa por retirarte.

—A veces tengo esa prisa porque apenas puedo esperar a desnudarme para ti.

—No creo que fuese el caso esta noche.

—No, no lo es.

—Está bien, Hedda, ¿qué diablos pasa?

—¡Todo el mundo habla esta noche como si fueras a ser presidente hasta 1920!

—Todo el mundo, menos yo. Sólo acepté por un año. Tres, cuando más. Hay varias cosas que quiero hacer que me llevarán más de un año, pero cuando se terminen quisiera que otro se encargara del trabajo.

—¡Tres años!, —exclamó ella.

Ante su actitud, Robert se levantó y salió de la habitación. Al cerrar la puerta algo que sonó como un plato de porcelana chocó contra la parte interior, y oyó palabras coléricas que no pudo entender. Dejó ligeramente abierta la puerta de su habitación, y oyó más ruido de porcelana rota. Luego, se hizo el silencio. Volvió a la habitación de Hedda. Estaba echada en la

cama, llorando; pero él fue al cuarto de baño, donde el agua seguía corriendo. Quitó el tapón para que se vaciara la bañera y volvió a su dormitorio.

Hedda Millhouser tenía ahora una campaña, una causa personal que no había tenido durante los primeros seis meses de su casamiento. Desearlo todo era no desear nada, pero ahora su ambición era trasladarse a Fort Penn. Por lo que ella había visto, esta ciudad le parecía un París (donde nunca había estado) en miniatura. El sólido Capitolio y los demás edificios públicos; las amplias calles residenciales orilladas de árboles las tiendas, donde la llamaban *madam*; los hoteles, animados y elegantes, y siempre con música de fondo, el camino de herradura a lo largo del río; los numerosos automóviles; la pastelería a la moda, *Yaissle*, donde las mujeres más bellas se detenían para tomar un helado a última hora de la mañana, y para el té de las tardes; los numerosos hombres con sombrero de copa (en 1907 los únicos sombreros de copa en Lyons los llevaban los de las pompas fúnebres y, durante las fiestas de Navidad, Robert y otros pocos más en la Asamblea); los mayordomos de color con calzón corto; y el sórdido ambiente de las estaciones del ferrocarril... Fort Penn era una ciudad Y era una ciudad que podía ser la suya, como Quebec y Méjico, Denver y Milwaukee no lo habían sido. Aquellos hombres de sombrero de copa flirtearían con ella, y aquellas lindas mujeres de *Yaissle* la tratarían sin la condescendencia que las zafias damas de Lyons destinaban a su juventud. Estaba segura que cuando se dispusiera a trasladarse, Fort Penn se hallaría dispuesta a recibirla. Se había dado cuenta de que, en las reuniones de Fort Penn, Robert y los hombres más atractivos se mezclaban, y que ellos y Robert permanecían aparte de los otros. A ella, de hecho, le impresionaba más su marido en la sociedad de Fort Penn que en Lyons, donde era simplemente único. Bajo las mismas condiciones, su propio padre podría alternar con los hombres más atractivos, pero su lugar estaba con los otros. Era divertido, pensaba, que su padre, que deseaba salir de Lyons, perteneciera a éste en realidad; mientras que Robert, a quien le gustaba Lyons, perteneciera más apropiadamente a Fort Penn. Y considerando a su madre como imaginaria residente de Fort Penn, Hedda halló que el que las bellas concurrentes al *Yaissle* emitirían: respetable, de buena presencia, pero incompatible. Hedda se veía a sí misma como componente de las habituales del *Xaissle*; había habido ya mutuas miradas de comprensión entre ella y una o dos de las concurrentes, Había escamoteado una fase de su crecimiento, en gran medida por propio deseo, pero estaba decidida a obtener todo cuanto pudiera de su estado de joven casada, y las mayores oportunidades no se daban precisamente en Lyons.

Tenía un aliado en Ben Roseberry, el hombre licenciado que erraba por entero con ella. Las enfermedades de Ben le habían cercenado la mayor parte de sus actividades nocturnas, aportando paradójicamente una melosidad en lugar de operante cinismo en que siempre había vivido. Se manifestaba protector con respecto a Hedda, convencido de su inocencia, cuidando mucho sus expresiones verbales, y en realidad le había sugerido que le llamase tío Ben. Ella, por otra parte, lo veía exactamente tal cual era, o había sido, hallando en él una divertida compañía, se negó al llamarle tío Ben, y él se sintió halagado.

—No le quiero a usted como pariente, sino como amigo —le dijo ella.

Y como un amigo se asoció a la campaña que había emprendido Hedda para persuadir a Robert que se trasladara a Fort Penn, y como abogado de buena memoria recordó a Esther Baumgarten su propia y hacía tiempo pasada renuencia, para vivir en Lyons.

—Debemos conseguir sacarles de ese agujero —dijo Esther—. Robert se hará viejo allí antes de tiempo y Hedda se mustiará.

Esther, que generalmente no era artificiosa, no estaba de completo acuerdo con la opinión de su primo sobre Hedda, pero puesto que no tenía motivos para ser suspicaz, procuró que Hedda Millhouser conociera a la debida gente y en las debidas condiciones. Esther se hallaba agradecida a Robert Millhouser por su propia felicidad, que no se habría producido de haber sido Robert un novio más activo, y su gratitud tomó la forma de un efecto fraterno por él. Hedda Millhouser participaba de las ventajas de esta relación; y Harold Parkinson, que era un hombre guapo y corpulento, de cuarenta y cinco años, estaba tan absorbido por su práctica quirúrgica que tenía la impresión de que Robert Millhouser había vivido siempre en Fort Penn. (Sentía tan poca curiosidad por cuestiones extrínsecas a su profesión, que nunca se había tomado la molestia de investigar su posible parentesco con James Parkinson, 1755-1824). Esther tenía una hija sólo tres años más joven que Hedda Millhouser, otras dos más pequeñas y un hijo aún menor, pero todos ellos acudían a la institución de miss Hollbrooks, y Esther se las apañaba fácilmente para encontrar tiempo para su vida social. Ésta tenía dos facetas: labor hospitalaria y de caridad, que era directamente provechosa a la carrera de su marido, y en el curso de la cual trataba con muchas otras mujeres a las cuales no habría visto generalmente; y las reuniones que daba y a las cuales asistía, y en las que veía a personas que conocía de toda la vida. Y su segura posición en la segunda faceta, hacía inevitablemente más valiosa su contribución a la primera. Era una administradora capaz y una hábil *snob*»

diestra en trastear a los advenedizos, a quienes (al principio) engañaba su sosegada amabilidad, que tomaban por simplicidad (es lo que era) y bobaliconería (lo que no era). Las reuniones dominicales de su doncellez había sido un buen entrenamiento. A Esther se la consideraba la mujer más encantadora de Fort Penn.

Al pasar la temporada de invierno de 1906-1907, social y meteorológicamente, Robert y Hedda Millhouser se convirtieron en la pareja casada más unida. Siempre se preguntaba a uno por el otro, y el verlos juntos no se prestaba ya a la contemplación en las calles de Lyons y en los trenes de Fort Penn. Sus apariciones, más frecuentes, en la sociedad de Fort Penn habían acostumbrado también a los hombres y a las mujeres de la capital a la brillante y joven belleza y al atento y maduro esposo. Fort Penn estaba regida por un pensamiento conservador, pero como capital su vida social era más activa que la de otras ciudades de su misma importancia en tamaño, lo que producía unos modales sociales que se habrían encontrado más habitualmente en ciudades mucho mayores. Eran maneras mundanas, y parte de ellas consistían en no mostrar clase media, la sorpresa de las pequeñas ciudades, y fenómenos tales como las bodas de mayo-diciembre. Después de todo había un amplio precedente de tales bodas tanto en el país como en el extranjero; y ciertamente se recordaba —como de costumbre, inexactamente— que Robert Millhouser había pasado mucho tiempo como expatriado en su juventud. Y como este semihecho fue recordado y repetido, Robert adquirió la especie de aura del hombre que ha vivido mucho antes de ausentarse; y hasta había aquellos de larga memoria que consideraban su breve romance con Esther Parkinson como un intento de seducción más bien frío, si bien por fortuna no logrado, cortado a tiempo por la oportuna intervención del ladino Karl Baumgarten y su esposa. Pero evidentemente, Esther le había perdonado, y no cabía duda de que él se hallaba consagrado a la joven criatura con la que por fin se había casado. Robert ganó alguna buena disposición entre los maridos, al hacerles posible, respetablemente, que charlaran y bailaran con una encantadora muchacha que era rápida en el *toma y daca* y no se indignaba por cualquier broma o tontería. Sólo una mujer crónicamente celosa o envidiosa se arriesgaría a decir lo que algunas de las demás pensaban, y oírse replicar por su marido que la juventud y la belleza de Hedda Millhouser no eran un crimen, pero que la envidia y el recelo, sí. Las esposas, tanto las celosas como las que no lo eran, se mostraban insaciablemente curiosas con Robert, y casi sin excepción comenzaban con expresiones de admiración por la belleza de Hedda y continuaban con preguntas relativas a cómo la conoció y a su

noviazgo y casamiento. Pero cuando habían dicho todo esto, las otras preguntas quedaban sin formular e in formulables, excepto la que podía tener únicamente una respuesta posible:

«¿Está usted muy enamorado de ella, verdad?». —Para la que había una afirmación—: «Todo el mundo puede ver que está usted muy enamorado de ella».

De tales investigaciones, las esposas solían sacar la conclusión de que Robert y Hedda Millhouser tenían intercambio sexual, pero el único aspecto satisfactorio de las inquisiciones, era que las damas podían basar sus conclusiones por la conversación con Robert Lo cual era ya algo mejor que establecer deducciones desde una silla en la sala de baile.

Robert disfrutaba de las reuniones y no hacía nada para desanimar a Hedda de que gozara de las mismas. Pero los viajes en tren eran un placer a medias: Robert gozaba del viaje de vuelta a casa, y Hedda del de ida a Fort Penn.

La elección de Robert a la presidencia del Banco fue algo más que un acontecimiento rutinario en la vida del pueblo. Fred Langendorf había ocupado el cargo durante tantos años, que los ciudadanos suponían que era vitalicio, y la elección de Robert fue discutida y su importancia en el pueblo aumentó de modo semejante a cuando fue elegido para el Consejo de la Feria. Pero la presidencia del Banco era el mayor honor en Lyons. El puesto de alcalde era pequeño en comparación, puesto que los alcaldes eran siempre políticos activos; y la superintendencia de Billy Williams, de las minas, no era una posición que controlasen los ciudadanos de Lyons. En consecuencia, Robert Millhouser, elegido por los hombres más importantes para el cargo de más honor en el valle, se vio transformado repentinamente de uno de los varios ricos hombres en el principal de ellos. A los ciudadanos no les pasó por alto lo que ello llevaba consigo.

Tanto para hombres como para mujeres, la elección era el estampillado de aprobación al casamiento de Robert, tan seguramente como si los directores del Banco lo hubiesen dicho en público. Los directores, desde luego, se daban buena cuenta de ello; lo había discutido en reuniones sencillas que condujeron a la elección de Robert. Frank Langendorf era ya viejo y desde hacía algún tiempo se sabía que deseaba dimitir la presidencia en favor de Jeremías MacMahon, quien tenía poco más de la sesentena, que gozaba de buena salud y cuyos negocios aumentaban sin cesar. Pero, en conversaciones con Langendorf, Jerry rehusó ser tomado en consideración. Había un fuerte sentimiento anticatólico en el valle, y tales puestos como el de la presidencia

del Banco, la superintendencia de las minas, los cargos superiores divisionarios de los ferrocarriles, la presidencia de la Feria, los juzgados y las senadurías del Estado, pertenecían a los masones. Ed Steele, un extraño que se había incorporado al trabajo de reconstrucción de las minas, habría sido inaceptable de no ser masón. En la escala más baja de los negocios y social se hallaban organizaciones tales como la O. P. H. L y la O. U. M. A. (Orden Patriótica de Hijos de América, y Orden Unida de Mecánicos Americanos) en las que el anticatolicismo era casi la única *raison d'être*; y mientras pocos hombres de esas organizaciones eran admitidos entre los masones, había muchos O. P. y O. U., que eran miembros de los Cordones Azules.

—Elegirme a mí podría ser la ruina del Banco —dijo Jerry MacMahon—. Pero gracias de todos modos, Fred. A mí me parece que Robert Millhouser es el indicado.

—Él no es masón.

—No, pero es protestante, y es un hombre antiguo en Lyons.

—Había pensado en él.

—Estoy seguro de que lo hiciste, Y por el modo de decirlo puedo decirte lo que piensas.

—Bien, Jerry, si sabes lo que pienso, ¿cuál es tu opinión?

—Que un hombre está mejor casado que soltero. San Pablo dijo que es mejor casarse que quemarse. Ella es muy joven y necesitará un poco de guía, pero a la larga... No tardarán en tener familia, Robert es el indicado, sí. Siempre ha mostrado mucho interés por el Banco, y tiene bastante tiempo para dedicarle.

—Bueno, veremos lo que piensan los demás.

—Lo que tú y yo queramos que piensen, Fred. Ya hace mucho tiempo que no se oponen a algo en contra nuestra.

—Hace ya mucho tiempo que yo me opuse a ti, Jerry.

La elección de Jeremías MacMahon habría sido la única posible acción del Banco en ser mal recibida por los ciudadanos; el anuncio del nombramiento de Robert Millhouser tuvo el efecto de un *fiat*. La discusión era permisible, pero no hubo protesta. Los masones tenían aún la mayoría en el Consejo, y Robert Millhouser era protestante; y en cuanto a su casamiento, hacía tiempo que había dejado de ser alarmante. En todo caso, el directorio del Banco era demasiado formidable, colectiva e individualmente, para Organizar una resistencia, por lo que, en lugar de formular fútiles críticas a la elección, los ciudadanos la aceptaron de buen grado.

Realmente, la elección tenía sus pros. Por el lado práctico, la dimisión de Fred Lahgendorf era obligatoria. No se esperaba que Robert Millhouser fuese menos conservador que Langendorf, pero existían innovaciones dentro de los límites del conservadurismo bancario, a las que Langendorf se había opuesto por el mero hecho de ser Lyons era una ciudad de nóminas, donde casi todas las transacciones mercantiles se basaban necesariamente en el crédito, desde la compra de un carrete de hilo hasta los portes de las Compañías mineras. Y como resultado, el Banco, bajo la presidencia de Fred Langendorf, en pocas cuentas corrientes de sólo unas cuantas personas privilegiadas. Pero Lyons era también una ciudad ahorradora, y Robert Millhouser había argumentado que sería una buena política mitigar las normas bancarias sobre tales cuentas, basándose en la teoría de que un hombre que metiera veinte dólares en el Banco en vez de hacerlo entre las páginas de la Biblia, podría convertirse en un imponente, al par que un demandante, por lo que el establecimiento de esta relación merecía la pena de la molestia de las cuantas de talones y de comprobación. Las tres autoridades principales del crédito de los ciudadanos pertenecían al Consejo del Banco: Fred Langendorf y Jeremías MacMahon, como comerciantes; y Billy Williams, como director *exofficio*^[19a] de los almacenes de las Compañías mineras. El Banco se hallaba, pues, protegido contra los riesgos de los malos créditos que podrían derivarse del abuso del privilegio de talones. El objetivo de Robert durante años, había sido la fantástica ambición de tener un imponente bancario en cada hogar del valle, lo que en cierta ocasión había sacado de sus casillas a Fred Langendorf. Pero el argumento de Robert era que, si el valle seguía prosperando, resultaba casi inevitable la creación de un segundo Banco en Lyons y era más barato combatir ahora tal competencia con el dinero de los propios ciudadanos, en forma de pequeñas cuentas, que más tarde, cuando el segundo Banco estuviera organizado. Fred Langendorf, cuya fortuna había sido amasada con pequeñas cuentas, prefería no crear en absoluto pequeñas cuentas corrientes, y puso dificultades a quienes deseaban abrirlas. Esto, lo sabía, cambiaría bajo la presidencia de Robert Millhouser, pero cuando menos, él estaba dispuesto a reconocer que había estado en un error, en' tanto que las innovaciones no fueran adoptadas bajo su propia administración. Y cuando arrió bandera, lo hizo graciosamente.

El efecto beneficioso para Robert era evidente, y durante algún tiempo, el voto de confianza le dio alguna esperanza de que podía ser tan deliberadamente persuasivo con Hedda, como lo había sido inconscientemente con la gente del Banco. Pero ella no apreció nunca el valor

de la presidencia, lo que podía significar para Robert o para su situación en la ciudad. Para ella el significado era distinto, y así dijo:

—¿Por qué te importa tanto ser presidente del Banco de Lyons? Mi madre dice que puedes comprar y vender a casi cualquiera de Lyons.

—Muy halagüeño, pero no es verdad. Nunca podría comprar eso. Algunas de las acciones del Banco se han mantenido durante tres generaciones en una familia. En cuanto a venderlas... no desearía vender a esas personas.

—¿No? Pues yo daría a la mayoría de ellas.

Él abandonó sus intentos encaminados a demostrarle que la elección equivalía a una aprobación de su casamiento.

—No les pedí su aprobación, y espero que tú tampoco lo hicieras —respondió ella—. ¿Lo hiciste?

—Desde luego que no. Pero es agradable contar con ella. Y no puede comprarse.

—Me saca de quicio que te importe tanto su opinión.

—Lo supongo, pero te hubiese sacado más de quicio el que no lo hubiesen aprobado.

—¿Lo crees? Pues te diré que ellos no lo aprobaron, y no lo saben, a pesar de que te hayan elegido. Se limitaron a decir que no están contra ti.

Robert comprendió en el acto que Hedda tenía razón, como tan a menudo sucedía. Y ella, a su vez, supo que había pronunciado una verdad a voces, y siguió diciendo rápidamente:

Creas que tienes que quedarte, Y yo digo que es el mejor momento para marchar. Nunca más volverás a estar tan alto en su estimación; así es que trasladémonos ahora.

—No. Nos quedaremos dos años más.

—¿Me prometes que el primero de enero de 1909 abandonaremos Lyons?

—No puedo prometértelo.

—¿Qué es lo que quieres prometerme?

—Bajo esa presión, nada.

—¡Lo sabía! No tienes intención de trasladarte.

—Tengo la intención de hacerlo, pero no de someterme a la imposición de una muchacha de diecinueve años.

—¿Ah, es eso? Pues hay una imposición a la que habrás de someterte. Puedes quedarte en tu maldito dormitorio.

Él rió.

—Es posible que tampoco me someta a ello. —Sigue mi consejo. No intentes nunca forzarme.

—No necesito tu consejo para eso, Hedda.

Robert reanudó sus más frecuentes visitas a las granjas con la venida de la primavera. Tuvieron varias querellas y apasionadas reconciliaciones, pero él se dio cuenta de que las primeras tenían lugar en Lyons y las segundas en Fort Penn, donde ella le iba a recibir a su regreso de visitar las granjas. Hubo una ocasión en que fue a la inversa: habían estado en una reunión en Fort Penn, no en las mejores relaciones, y se reconciliaron por la noche: el día siguiente, él marchó a las granjas. Hedda volvió sola a Lyons, en el tren de la tarde. Se hallaba sentada en su butaca, sintiéndose en paz con Robert y con el mundo.

—¡Pero qué suerte!

Alzó la vista y vio a Bart Vanee.

—Veo que está usted sola —dijo él.

—Y prefiero seguir así.

—¿Me permite usted que me excuse? Cuando menos puede dejarme que lo intente.

—Una excusa no me hará olvidar lo que me dijo usted.

—Estoy de acuerdo. Y aunque estuviera ligeramente embriagado, dijera lo que dijera, debí quererlo decir. *In vino veritas*^[19b], dicen. ¿Estudió usted latín?

—Sí, sé lo que quiere decir. Pero por favor, no se siente.

—Deseo sentarme y usted es demasiado señora para llamar al revisor.

—No confíe demasiado en ello.

—¿De que no es usted una señora? Pues yo sí lo estoy. No pierdo el tiempo con otra clase de mujeres.

—Pues lo está perdiendo conmigo, y tengo un libro que quiero leer.

—¿Le hace leer libros? Veamos que está leyendo usted. —Extendió rápidamente la mano y cogió el libro del regazo de ella—. *El matrimonio de William Ashe*, por mistress Humphry Ward. ¿Ha puesto la autora partes picantes?

—No lo sé. Lo empecé ayer.

—No oí hablar nunca del libro ni de la autora, pero debe ser bueno. Una mujer escribiendo sobre el matrimonio. Siempre que no se deje mucho en el tintero. Permítame que lo ponga donde estaba. Ahí.

—Es usted repugnante —dijo ella.

—Todo cuanto hice fue ponerlo donde estaba.

—Si no se marcha, llamaré al revisor. Ahora mismo.

—¡Oh, está bien! Pero usted no engaña a nadie, pequeña Mrs. Millhouser. Usted no me ha engañado nunca a mí.

—Miente usted. Le engañé una vez Cuando se engañó usted a sí mismo siguiéndome. Debió haberse visto usted la cara.

—Ya tendrá usted noticias mías —dijo él marchándose.

Más tarde, el revisor se detuvo para hablar en voz baja a Hedda:

—Mrs. Millhouser... me resulta embarazoso hacer esa pregunta a una dama... pero ¿la molestó a usted alguien en el tren? Hemos tenido otras quejas de señoras que viajaban solas.

—Pues no. Realmente, no —respondió Hedda.

—Bien, si no desea usted decir nada, tampoco yo puedo hacer nada. Pero si tiene usted alguna queja, te aseguro que no será la primera que lo hace. Gracias, señora.

En la estación de Lyons, Vanee arrebató a Hedda la maleta que llevaba en la mano y la siguió al carruaje.

—Póngala ahí —dijo ella.

Pero antes que pudiera hacerlo, Moisés Hatefield se la arrebató a su vez.

—A ver si tiene mejores modales, negro —dijo Vanee.

—*Y uté* hará *mejó* en no *rnetese* donde no le *yaman*.

Alguna noche le va a pegá *uté* alguien un tiro.

Hedda condujo en silencio el tiiburí, y una vez fuera del tráfico de la estación preguntó:

—¿Era ése el hombre que merodeaba aquella noche?

—Sí, señora.

—La próxima vez que lo haga, dispare —dijo ella—. Bueno, no quise decir eso... Pero ¿por qué dijo usted que no lo había visto nunca?

—Porque si le hubiese dicho al amo que lo conocía, habría preguntado quien era.

—Es cierto. No había pensado en ello. Y usted hubiera tenido que decírselo.

—¿Señora?, —dijo Moisés al cabo de un instante—. ¿Estaría bien que le *histera* una pregunta?

—Hazla.

—¿Fue *éte* el hombre que la *y amó po* teléfono la *mima* noche?

—Sí. ¿Cómo lo sabías? Margaret te lo dijo.

—Margaré no sabía que fuera él, pero me dijo que alguien la llamó.

—Voy a tener que despedir a Margaret.

—Si despide a *Margaré*, mi ama, sólo conseguirá *traé* a otra *má entremetía*. Quisó el doble que *eya*. *Margaré* ha *etao* con *nosotro* mucho tiempo. Es una solterona, mi ama. Sólo una *entremetía* solterona.

—Entonces, ¿por qué se lo dijiste a ella?

—¿Po qué se lo dije a *eya*?

—Sí.

—¿Quiere *uté sobé po* qué se lo dije a *eya*? Le diré po qué se lo dije a *Mar gafé*. Si *eya dise* cosa que son verdá, yo no le diría ni en *mi año*. Pero si *dise cosa* que no son verdá, le tengo que *desí*. *Eya* se metió con *usté* y yo me metí con *eya*. Si *eya dise* mentira yo me digo: «*Etó bien, entonse* se lo diré a la joven amita la verdá sobre *Margaré*». Yo no tengo derecho a contarlo a *Margaré*, pero *eya* no tiene derecho a *desi* mentira.

—Eres igual que Mr. Robert. Siempre piensas.

—No, mi ama. Yo no soy como *é*. *E e* igualito que yo.

—Ah, tú le enseñaste a pensar...

—Clarito que sí. Yo lo solía *yevá a lo boque*. *Escucha a lo pájaro, chiyando* y parloteando. *Escucha a lo pájaro desía é*. Y yo le *desía a é*, «Piensa chico, ¿*po qué están toito lo pájaro chiyando* y parloteando? ¿*Po qué hasen* eso, muchacho? Piénsalo...». Y también le *desía*: «*Hará mejó en fijate donde pone lo pié, poque lo pájaro ven una serpiente donde tú no la vé*». Sí, señora, sí que le enseñé a *pensá*.

Lejos de Robert, escuchando hablar de su vida antes de conocerle, Hedda Millhouser envidiaba algunas veces a quienes habían compartido aquella vida; pero las historias sobre sus épocas de muchacho y primera juventud y hasta de años posteriores eran también propias a tener otro resultado, el de elevarlo en su aprecio, debido a haber merecido Robert un tan perdurable afecto en la mayoría de sus conocidos. O le tenían cariño, o les desconcertaba, o no le tenían antipatía. Hasta se sentía un poco celosa de Robert, por haber conocido e impresionado a tanta gente durante tantos años. Robert tenía una gran cantidad de recuerdos a los que volver tras la temporal, aunque completa, dominación que ella ejercía en sus momentos de intimidad física. Por esta razón, ella le había odiado cabalmente, cuando él demostró una vez que podía resistir la excitante visión de ella. Y aquella noche ella había sido lo suficientemente cuerda, o era el instinto quien la había guiado, para saber que debía hacerle sentir excitación o hacerle condescender a ello, o bien perdería su más fuerte asidero sobre él. La intensidad de hacer el amor no hería el orgullo de Hedda, pues contra la pérdida de orgullo que suponía ir a la habitación de Robert, había el placer que siempre había experimentado de llevar la iniciativa en sus relaciones con otros hombres al par de Robert. Hasta donde podía recordar, había sido consustancial a su naturaleza originar la excitación, escoger al hombre y complacerse en su frustración de ser

remplazado en el papel agresor. Bart Vanee no se había equivocado al sospechar su concupiscencia, pero no había sabido lo bastante para esperar. La firmeza con que había vuelto a poner el libro en su falda la había disgustado de verdad, pero por sus propias razones y no por el motivo que él pudiera inferir. En consecuencia, nada de lo que él pudiera decir o hacer —ni palabra, ni tacto— podría hacerle atractivo o peligroso. Nada, excepto lo que se le ocurrió hacer: ignorarla.

Ella esperaba, sin ningún género de dudas, otra llamada telefónica la noche en que volvió de Fort Penn; pero el teléfono no sonó. Y después de haber apagado las luces de su habitación se acercó a la ventana y hurgó en las sombras, bajo los árboles, pero él no estaba allí. Por la manana fue de compras, y le vio sentado en el soportal del hotel, fumando un puro y esperando a alguien, pero no dio Ja menor muestra de haberla reconocido. Por la tarde, Hedda dio un innecesario paseo a pie hasta el pueblo, y le vio dos veces, una solo, y la segunda paseando con George Holliday. Éste habló a Hedda, pero Vanee ni siquiera levantó su sombrero. Bien fuese la amenaza de Moisés, o el ultraje de haber sido empujado por el negro, o su propia altanería, lo que hubiese encolerizado tanto a Vanee, lo cierto era que estaba decidido a desairarla. Después de cenar, y en cuanto las criadas fueron a acostarse, telefoneó al hotel y pidió que le pusieran con Vanee:

—Lo siento, señora, pero se marchó en el tren de última hora —dijo el empleado—. Volverá dentro de dos semanas.

Por la mañana, Margaret le trajo el desayuno, pero en vez de marcharse inmediatamente, se quedó con las manos plegadas.

—¿Desea usted algo?, —preguntó Hedda.

—Pues sí, quiero comunicarle que me despido.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque no me gusta seguir trabajando aquí.

—Bueno, eso no le ha gustado nunca desde que vivo en esta casa.

—Nunca se dijo mayor verdad.

—¿Y qué es lo que le ha hecho tomar esa decisión precisamente hoy?

—Prefiero no decirlo.

—Está bien, entonces no lo diga. Le podría obligar a usted a decir cualquier cosa que no quiere decir. ¿Cuándo piensa marcharse?

—Dentro de las acostumbradas dos semanas.

—Está bien, pero tendrá que explicarse con mi marido cuando vuelva. ¿Va a trotar Theresa detrás de usted también?

—Sí, pero yo no hablo de ella. Puede comunicárselo a usted en persona.

—¿Y por qué, si ya la tiene a usted para hacerlo?

—Mire usted, señora. Me he despedido, ya no estoy a su servicio y por tanto no tengo por qué escuchar sus ofensas.

—Acaso tenga usted que escuchar peores antes de que acabe.

—No dirá usted nada. Sea usted educada.

—No me hable de esa manera, viejo loro. Salga de aquí y apártese de mi vista.

—Apartarme de su vista, ¿no es eso? Mejor será que se aparte usted de la mía. Eso es lo que querría usted mientras su marido está a millas de aquí. ¿Qué bien, verdad, que las dos viejas estén en la cama, y la señora pueda ver si Mr. Vanee está en el pueblo? ¿Escuché a hurtadillas? Seguro que sí.

—¡Ah, bueno! Dígale usted eso a mi marido cuando vaya a despedirse de él. Espero estar presente, porque me gustará ver lo que le dice a usted.

—Me creará. Sabe que no soy una embustera. Lo sabe de siempre.

—No estaba pensando en que no le creyese. Todo cuanto puede usted decirle, Margaret, es que me oyó pedir por Mr. Vanee por teléfono. Y cuando se lo haya contado, ¿qué más dirá?

—Puedo decirle que no quiero seguir viviendo en una casa donde se observa semejante conducta.

—¿Qué conducta? Eso es lo que le preguntará mi marido. ¿Y qué le dirá usted? Usted no puede decir nada a menos de mentir, y sería una asquerosa mentira. De todos modos, sería una mentira, buena o no. Y usted sabe, vieja perra, usted sabe que sería una mentira. ¿Y sabe usted lo que haría yo? Pues iría donde su cura y le diría que ha mentido usted sobre mí a mi marido. Ya conozco a los católicos. Usted teme mentir a su cura porque iría usted al infierno. Y esto es lo que haré yo; iré derecha a su cura y le obligaré a que admita usted que dijo una mentira. Así le cerrarán todas las puertas y su cura sabrá que es usted una redomada embustera, y tendrá que atender a la pobre vieja Theresa, porque tampoco a ella le dará nadie trabajo: Ea, coja usted esta bandeja, y quítese de mi vista.

Margaret tomó la bandeja y la bajó por las escaleras. Al cabo de una hora fue Theresa quien llamó a la puerta de Hedda.

—Señora, he venido a decirle que no puedo hacer nada por la pobre Margaret, ¡es tan desdichada! No hay nada que pueda consolar a la pobre mujer.

—¿Está haciendo penitencia? Debiera estarlo. Yo fui a un convento católico, Theresa. Dile que vaya a confesarse y haga las estaciones.

—Seguro que lo hará el sábado. Pero quiere que le perdone usted. Se pondrá de rodillas, si usted lo desea.

—No quiero que se ponga de rodillas. Sólo que se aparte de mi vista hasta qué venga el señor. Y luego, que le repita a él lo que me dijo a mí.

—Subirá las escaleras de rodillas. Tengo permiso para decirle a usted esto. Señora, ya está en las escaleras... la oigo.

—También la oigo yo. Hace más ruido que un gato enfermo.

—No sea usted tan dura de corazón, señora. Errar es humano, y perdonar, divino. Y ella no es una mujer joven, para andar por las escaleras así. Justicia con compasión, señora.

—No sé por qué debo perdonarles, a ella o a usted. Apenas hace una hora, Theresa, se encargó de anunciarme que usted se iba, y ahora está usted suplicando por ella. Me dan ustedes náuseas.

—Margaret no tenía derecho a anunciarle mi despedida. Todavía no estaba decidida.

—Dile que venga.

Theresa fue a la puerta y llamó a Margaret:

—La señora quiere verte.

—Levántese —dijo Hedda Millhouser—. Póngase de pie o no la miraré.

Theresa rodeó con un brazo los hombros de Margaret y ésta ocultó su rostro en el delantal, con su cuadrada mandíbulas apretada sobre el pecho y la cabeza desencajada a un lado.

—Responda a esto delante de Theresa —dijo Hedda Millhouser—. ¿Ha tenido usted noticia de alguna mala conducta en esta casa desde que yo estoy aquí?

—No, señora —dijo Margaret.

—¿Lo jura usted por la Santa Virgen María?

—Sí, lo juro.

—Ya lo ha oído usted, Theresa —dijo Hedda.

—Sí, señora.

—Y usted, ¿supo de alguna mala conducta en esta casa?

—No, señora.

—¿Lo jura usted también?

—Por la Santa Virgen María y por Santa Theresa, mi santa patrona.

—Espero entonces que hayan aprendido la lección. La siguiente vez iré a ver a su confesor.

—¿Es esto todo, señora?, —dijo Theresa.

—Sí

—Ven, Margaret —dijo Theresa—. Todo está ya arreglado. ¿No es así, señora?

—¡Uf, sí, todo está arreglado!

Las dos viejas se retiraron, y Hedda Millhouser se sentó en el borde de su cama, echándose a reír. Apreciaba la ironía del hecho de haberse convertido en ama de casa cuando ya no importaba.

Hacia mediados de mayo, las flores primaverales fueron tan profusas, que Robert comentó que era una vergüenza que no hubiese más gente para verlas. Y de este pensamiento se derivó la idea de una fiesta para celebrar el aniversario de boda.

—No quiero fiesta de aniversario de boda —dijo Hedda—. No quiero que la gente se quede mirándonos otra vez precisamente cuando han dejado de hacerlo.

—No la llamaremos fiesta de aniversario de boda, sino una reunión en el jardín, pero que sea grande. Invitaremos a todo el mundo.

—Quieres decir a dieciséis personas.

—No, también a personas de Fort Penn. Alquilaré un tren especial para nuestros invitados. Pueden salir de Fort Penn hacia las diez de la mañana, y estar aquí antes del mediodía. Y dispondremos un banquete bajo una tienda. También podría venir una banda, o una orquesta. Si es en día laborable, podemos tener baile. Y despedirlos a todos a las cuatro. ¿No crees que sería una buena manera de corresponder a los de Fort Penn? De otro modo, tendremos que esperar hasta el otoño, y debes admitir que estos campos son ahora dignos de verse.

—¡Un tren especial!, —dijo Hedda.

—No cuesta tanto como crees. Y un tren especial ya es en sí mismo una reunión. Podemos disponer que sirvan en él refrescos a la venida y a la ida.

—¿Eres tan rico?

—Sí, y conste que no deduzco nada de tu regalo. Ya lo he comprado. Pagaré la reunión con dinero que gané en la Bolsa la semana pasada. Ben me dijo que hiciera con él una operación de unas acciones de las que no había oído hablar nunca, y saqué unos ocho mil dólares.

—¿Qué compraste?

—En realidad, no compré. Vendimos. Vendimos a la baja. Carbones y Hierros y Compañía del Ferrocarril de Tennessee, se llamaban.

—¿Tennessee? ¿Por qué no Pennsylvania? Nunca has estado en Tennessee.

—Tampoco Ben, pero insistió tanto que entré en la operación con él.

—¿Y cómo pudisteis vender si no habíais comprado?

—Ya te lo explicaré en otra ocasión. Lo que ahora me interesa es saber si te gustaría celebrar la fiesta.

—Está bien, celebrémosla.

—Entonces, vamos a ocuparnos de la lista de invitados.

La inquietud de Hedda por la fiesta era avisada, y habría sido más precisa de consistir en una reunión pequeña y sencilla. Pero creció tanto en tamaño y esplendor, que los invitados se convirtieron en meros detalles humanos. Se añadió un vagón-restaurante al tren; se contrató a la Banda del Cornetín de Plata de Johnsville; Robert y Hedda abandonaron toda idea de contratar servicio local para la comida y la bebida, y lo encargaron a un proveedor de Fort Penn. Esther Parkinson, que ayudaba a Hedda a cursar invitaciones y en algunos otros detalles referentes a Fort Penn, fue informada con mucho tacto de que al gobernador y su esposa les agradecería ser invitados, y, aunque a desgana, Robert y Hedda añadieron sus nombres a la lista. A Hedda no le gustaba la esposa del gobernador, pero Esther la aconsejó que no dejara de invitarla. La fiesta de los Millhouser se convirtió en el broche de la ya finalizada temporada de Fort Penn, y los sastres y modistas de la capital corrieron la voz de que iba a ser, en efecto, el cerrojazo con todas las de la ley. Nunca se había dado en Lyons otra reunión semejante, y aún en 1907, Robert y Hedda eran la única pareja que podían haberla dado sin incurrir en la ira de los no invitados. Robert no tenía negocio o empresa profesional que pudiera ser boicoteada (no habría sido factible un boicot al único Banco de la ciudad); y mientras ninguna dama de Lyons que hubiera sido amable con Hedda durante el primer año de matrimonio fue olvidada, las demás eran numerosas. Hedda ejerció su privilegio en otro apartado: Robert había puesto el nombre de Robert Vanee en la lista, y Hedda lo borró después secretamente.

Llegó el día, el tercer sábado de junio, y mucho antes de que el tren especial saliera de Fort Penn, había ciudadanos de Lyons y del valle tomando posiciones a lo largo del cercado de Millhouser, llevando la mayoría de ellos la comida y vistiendo con sus galas domingueras. El tren especial llegó poco antes de mediodía, pero muchos ciudadanos que esperaban en la estación quedaron desilusionados al ver que continuaba por la vía hasta el punto más cercano a la finca Millhouser. Entonces, la banda de Johnsville había sido ya instalada en una marquesina en la esquina noroeste de la espaciosa propiedad, siendo los músicos el centro de la atención hasta la llegada de los distinguidos y elegantes invitados forasteros. El gobernador, que había utilizado su cargo

para obtener bajo cuerda una invitación, no apareció, pero sí su esposa, escoltada por el vicegobernador, de uniforme de gala.

Robert y Hedda recibieron a sus invitados bajo una pequeña marquesina, al comienzo de la rosaleda, de manera que aquéllos pudieran pasar ante ellos y dirigirse a las mesas ya dispuestas con sus puestos señalados, por el sendero enladrillado. A la tina en punto, sonó una cometa y los camareros circularon entre los invitados anunciando que la mesa estaba servida. Los últimos invitados se aproximaban a los anfitriones. Bart Vanee fue casi el último en llegar.

—No recibí tu invitación —le dijo a Robert—, pero de todas maneras he venido.

—Sé que enviamos una. Debió ser transmitida a Nueva York, pero de todos modos estás aquí. Encantados de que hayas venido.

Vanee se alejó y Hedda le dijo a Robert:

—No recibió la invitación porque yo no se la envié. Borré su nombre de la lista.

—¿Y por qué lo hiciste? Es de aquí.

—Será tu invitado, pero no el mío.

—No me importa él tanto como su familia. Le vi en la calle hace unos días y me acusó de desairarle, por lo que le dije que le habíamos invitado. No le hagas caso. No merece la pena.

La comida duró hasta pasadas las dos y media. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por diez invitados, y Robert y Hedda habían pedido a algunos de sus amigos de Lyons, que se hallaban en inferioridad numérica, que se encargaran de varias mesas como asistentes de los anfitriones. En consecuencia, en cada mesa había por lo menos una pareja de Lyons, y ello resultó bien. Fred Langendorf, como miembro del Fort Penn Club, conocía a algunos de los caballeros visitantes, y Ben Roseberry a unos cuantos de los nativos de Lyons. La proporción de ciento veinte visitantes por cuarenta nativos, presentaba un gran número de caras extrañas para ambos grupos, y, en cuestión de estilo, los visitantes eran fácilmente distinguibles de los naturales de Lyon; pero el radiante y agradable día, el fondo musical, la abundancia y selección de alimentos y bebidas, y la novedad de la ocasión, crearon un ambiente alegre. Para los ciudadanos que se apoyaban en la cerca y comían sus emparedados, era un espectáculo, como nunca lo habían visto, semejante ramillete de bellas mujeres y de hombres de aspecto adinerado, semejantes risas y conversaciones, una cosa en fin como para comentarla durante todo el verano. Muchos de los habitantes del valle no habían visto

nunca a Hedda Millhouser, pero eran pocos los que no habían oído hablar de ella, de su juventud y de su belleza. Y supieron quién era, cuando al terminarse el banquete, se acercó a la valla e invitó a los pequeños de los espectadores a que pasaran y acabaran los helados y *petits fours*^[19c]. Los contempló como comían, diligente y silenciosamente, y luego los dejó.

Robert y Hedda se habían decidido en contra del baile, a pesar de que era sábado, y las damas se retiraron al interior de la casa, y los caballeros formaron grupos bajo las marquesinas. Las mesas habían sido despejadas, y ahora había en ellas cajas de puros y pitillos. Un murmullo, bajo, pero audible, llegó a través de la valla cuando una de las damas visitantes encendió un pitillo, y varias madres reunieron en seguida a la chiquillería y se marcharon, pero la mayor parte de los espectadores se quedó para disfrutar de la vista de los músicos comiendo. En cuanto a los invitados, se habían apoderado ya de ellos los llamados horrores de la digestión, y algunos dormitaban. Fueron despabilados a las cuatro por el silbido de la locomotora, anunciando que el tren partiría dentro de quince minutos. Hubo despedidas, sombrillas olvidadas y otros menudos incidentes, pero cuando el último invitado de Fort Penn quedó instalado en el tren, y la locomotora tocó la campana de salida, casi todo el mundo convino que había sido una deliciosa reunión.

Los invitados de Lyons se demoraron, debido a que no tenían ni silbato ni campana que les anunciara cuando habían de ir a sus casas. Pero hacia las cinco comenzó el desfile y, por fin, Robert y Hedda se encontraron completamente solos.

—Bien, la fiesta ya está —dijo Robert.

—¿Ya está, que?

—Pues ya está. ¿No has oído nunca decir a uno de nosotros, holandeses de Pennsylvania: «El helado ya está»? Por cierto, que fuiste muy considerada con los chicos. Los helados...

—Estaba mirando a un pequeñín. Y él estaba contemplando a alguien de la mesa que estaba tomando un helado, y la cabeza del chiquillo subía y bajaba cada vez que el invitado se llevaba una cucharita a la boca.

—Fue una reunión extraordinaria. No sucede con frecuencia que se reúnan tantas personas sin que ocurra ningún incidente. Pero afortunadamente, el joven doctor Willets no tuvo que intervenir. Y tú, ¿lo pasaste muy bien?

—Sí, pero estoy contenta de que haya pasado.

—También yo. Fue demasiado larga. En realidad, hemos estado ocho horas al pie del cañón. Pero la mayoría disfrutaron y volveremos a darla.

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué no? ¿No eres tú quien quiere que la siguiente gran reunión la demos en Fort Penn?

—No había pensado en ello.

—Pues yo sí. Quería que los de Fort Penn viniesen aquí para que viesen exactamente cómo vivimos. El tamaño de nuestra casa, y así sucesivamente.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Pues para que cuando nos traslademos a Fort Penn vean que tienes algo mejor; Una casa más grande con un jardín mayor que cualquiera de Fort Penn. Magníficas flores y árboles. Y buenas y sólidas amistades. Algunas personas dicen «Daría cualquier cosa por vivir en un sitio como éste». Creo que te gustará saber esto.

—No tendrías que haber dado esta fiesta para decírmelo. Sé que a muchas personas les gustaría vivir aquí, pero no soy una de ellas.

—Bien, otro par de años... ¿Qué le sucedió a Bart Vanee? Pensé que era muy incorrecto que se marchara sin decir palabra.

—No te preocupes por él. No merece la pena de molestarle.

—*Touché*, como dicen en la esgrima. ¿Por qué borraste su nombre de la lista?

—Porque me molesta verle.

—Le ves muy pocas veces.

—Sí. Pero, sin embargo, me molesta.

—¿Por qué no me lo dijiste, y no habría incluido ya su nombre en la lista?

—Porque no merece la pena molestarle por él.

—Está bien, está bien —dijo Robert levantándose—. Bueno, el viejo se retira. Ahora deseo tomar un baño y dormir.

Hedda Millhouser fue a la cocina para agradecer a Theresa y Margaret el extraordinario esfuerzo que habían tenido que hacer. Margaret estaba sola y se puso de pie.

—Creo que Theresa se ha acostado —dijo.

—Sólo quería decirles que tanto Mr. Robert como yo apreciamos su ayuda de hoy.

—Gracias, señora. También yo tengo algo que decirles. Me siento avergonzada por los pensamientos que tuve aquella vez. Ahora ya sé que todo lo que estaba usted haciendo era invitar a aquel caballero a una fiesta. Me refiero...

—Creía que no íbamos a hablar más de ese asunto.

—No, señora, pero si me equivoco, no me importa reconocerlo.

Está bien. Y ahora, que quede zanjado para siempre.

* * *

Sonaron cinco campanadas en la capilla. El hombre vestido de burdo hábito se puso en pie y se santiguó y sus labios se movieron bendiciendo la hora. Luego, se quedó breves instantes contemplando su obra. Le había llevado toda la semana encalar la parte interior de la pared, pero el hermano Rodolfo le había dicho que a dos seglares les llevó dos semanas blanquear el exterior. Era sábado, y el trabajo había sido hecho, y bien hecho. «Nunca un pintor de primera categoría –se dijo a sí mismo–. Pero, ciertamente, un experto en el enjalbegado». Se lo dijo humorísticamente, pero sabía que bajo el humor había jactancia, y el orgullo era un pecado mortal. Tomó su brocha y cubo y los llevó al pajar. Se limpió cara y monos en la artesa del caballo y fue a reunirse con sus hermanos en la capilla. La humildad, según parecía, era la última cosa que se aprendía, y era más fácil.

Era su segundo verano juntos, cumplido el primer año entero, y al comienzo de los cambios estacionales. Los muebles estaban enfundados, los caballos tenían sus mosquiteros, la cocina económica estaba fría y se utilizaba el hornillo de gas, lanas y pieles se hallaban en las arcas de cedro. Todos decían, como siempre, que se preveía otro verano caluroso, y citaban hechos de la naturaleza para abonar sus predicciones. Los caballos habían pelechado temprano, ciertas aves habían anidado fuera de época, algunos niños morían de misteriosas enfermedades que no cogían en invierno, y la leche no se mantenía fresca tanto tiempo. Para Hedda Millhouser había sido un año ocupadísimo; nuevos rostros, nuevas casas, nuevos vestidos, nueva autoridad, nuevas clases de cumplidos, la novedad de su puesto en el mundo de los hombres y de las mujeres. Pero el reconocimiento de los planes del pasado año para el verano —las mismas mantas puestas en los mismos armarios— excitaba su descontento. En otoño, las cosas se sacarían de arcas y armarios, como en el precedente otoño, y se colocarían de nuevo las contraventanas contra la tormenta, y se guardarían las rejillas protectoras de moscas y mosquitos en la bodega, y ahora que ya no era una recién casada habría menos reuniones en Lyons, y Robert se mostraría evasivo cuando ella intentara arrancar una fecha para la partida final. Había envejecido perceptiblemente de un año a esta parte. En las veladas, se sentaba en la salita pequeña, sumida en un libro y estólidamente feliz. Ahora era así y así sería en

otoño, y en invierno, y en primavera, y la siguiente vez que las cosas de invierno se sacasen de los almarios y las de verano se guardaran. Por la noche yacerían juntos, pero los delgados labios de Robert no eran los labios que ella deseaba sobre sí.

—¿Qué te parecería si fuésemos a Asbury en agosto? Recibí una carta de Harold Parkinson, y su hermano desea alquilar una casa allí.

—¿Qué es Asbury?

—¿No has oído hablar nunca de Asbury Park? Es muy conocido. Yo no he estado nunca, pero sé cómo es. Se halla en Nueva Jersey, junto al océano. Pero casas de campo, no hoteles como en Atlantic City.

—¿Sería mejor que Lyons?

—Desde luego que sí. Está el océano para bañarse cada día, y siempre hace más fresco a la orilla del mar.

—No me refiero al calor.

—¡Oh! Estoy seguro de que se celebran reuniones y acude gente de todas partes. Nueva York, Filadelfia, Fort Penn...

—Me gustaría más uno le' esos pabelloncitos con una barca cerca de Fort Penn.

—¿Sí? Bueno, intentaré buscar uno, pero temo que por estas partes estén ya todos alquilados. Si me lo hubieses dicho antes podría haber hecho algo.

—Si me lo hubieses dicho antes... No habíamos hablado de ello.

—Lo hicimos, Hedda. En marzo te pregunté que querías hacer este verano, y me dijiste que ya me lo dirías, pero no lo hiciste. ¿Le digo a Harold que no nos interesa la casa de campo de su hermano? Tengo que comunicárselo en seguida.

—Si su hermano se parece a Harold, debe de ser un lugar bastante insípido.

—¿Entonces la respuesta es no?

—Ya te dije lo que yo quería, Robert.

—En segundo lugar, tengo la impresión de que deberíamos esperar un año. ¿No crees que parecería... extraño, singular... que tomásemos uno de esos pabelloncitos con barca en el Nesquehela? No somos vecinos de Fort Penn, y todos están ocupados por personas de Fort Penn. Esperemos a tener nuestra casa allí, antes de hacer algo de eso. Sí, creo que es lo mejor.

—Bien, tú lo has decidido todo, ¿no es así?

—No por completo. Tú decidiste que no querías ir a Asbury, un lugar perfectamente encantador donde disfrutarías mucho más que en uno de esos

pabelloncitos, en el que estarías tan aburrida al cabo de una semana, que me pedirías que te trajera otra vez a Lyons. Te conozco, Hedda.

—Entonces, ¿por qué me preguntas nada? ¿Por qué no lo decides todo por ti mismo?

—A veces, creo que sería la mejor idea.

En tales momentos, cuando él invocaba la diferencia de edades, y particularmente la juventud de ella, como un argumento en su favor, la cólera de Hedda era demasiado intensa para disiparse por sí misma, pero fuera cual fuese el tiempo que tardara en pasar, duraba hasta que había sido expresado en el acto amoroso. Robert se había dado cuenta de ello, y, sin embargo, no quería provocarla a la pasión. Entre otras razones porque pretendía obrar honradamente con ella, no aprovecharse de la mujer, como podía haberlo hecho con otra que supiera menos para él. Si sólo conseguía excitarla cuando se peleaban, llegaría un momento en que sus querellas habrían de ser tan intensas que no respondería a otra cosa que a la violencia.

Robert Millhouser se daba cuenta ahora de que Hedda no le quería ya, ni siquiera en la especial y limitada manera que se había permitido, o sido capaz, de quererle. No abandonaba la esperanza de que un hijo les uniera y diera a su matrimonio unas posibilidades de éxito que el actual arreglo no tenía. Pero resultaba demasiado claro que los dos próximos años, medio en Fort Penn y medio en Lyons, y el primer año o dos en Fort Penn, suponían cuando menos tres años durante los cuales ella no querría aceptar un embarazo. Y tenía toda la razón, había de reconocer él, en disfrutar de su juventud, como él la tenía en querer disfrutar de la paternidad y de los últimos años de la madurez. Ella le había manifestado específicamente que no quería hijos hasta los veinticinco años, para lo cual aún faltaban seis, y él se había casado sabiéndolo. El casamiento, tal como ahora se hallaba constituido, era un error, cuando menos para ella. Nunca podría ser el mismo error para él: pues por mucho que lo soportara, él había tenido y tendría estos años con ella, la excitación y la posesión de ella, el placer estético que le proporcionaba la proximidad de esta exquisita criatura, de lo que no había habido nada en absoluto durante tantos años, y de lo que nada habría ya, si el matrimonio acababa. Él no tenía nada que ofrecer a cambio de la presencia de ella en su mesa, la vista de su paseo por el jardín, la sensación de ella en la cama, o hasta la promesa de su existencia cuando él regresaba a casa. Comenzaba con su belleza, que ya era bastante en sí misma; pero casaba también con su mente, que la hacía ver rápidamente lo malo en las personas. En pie e inmóvil, con su mano sobre el respaldo de una silla, habría desorientado a un pintor que sólo viera su fría y

brillante perfección en reposo. Pero de pronto ella se movería y hablaría, y sus palabras y movimientos comenzarían a responder a las preguntas que un buen pintor desearía hacer. Chester Calthorp la habría apreciado. Divertía a Robert Millhouser conceder que Hedda habría amado a Chester Calthorp más de lo que le quería a él. Habría sido un amor grande, apasionado y sin altibajos el de ambos, inalcanzable la cima de la pasión, pero inagotable y satisfactorio. Había habido noches en que Hedda le dijera: «No, lo siento»; y él se había preguntado por qué en tales ocasiones no se había sentido desairado, sino tan sólo que ella le había transmitido un desconcertante mensaje de ternura y confianza. Ella era, desde luego, la única mujer con la que jamás había gozado del amor.

Contrastaba con Esther, con la que había compartido un amor del amor. En su mente, él se había casado con Esther, habían tenido cuatro hijos, se hallaba cómoda y protegida, y él había alcanzado la edad de cincuenta y dos años sin conocerse a sí mismo, o a Esther, o a alguien más. Y si éste hubiera sido el caso, se habría hallado a los cincuenta y dos años preguntándose lo que le había sucedido, en lugar de, a los cincuenta y dos años, y con Hedda, preguntarse lo que les iba a suceder a él, a Hedda, o a cualquier otra persona que entrara en sus vidas.

Para conservar lo que quedaba, estaba dispuesto a hacerse concesiones, a apaciguarla sin que ella lo supiera. Espaciaría las concesiones de manera que durasen hasta que ella se aviniera a tener un hijo, esperando que aún quedara bastante del afecto y respeto que ella tenía por él, para formar, apropiadamente, un embrión de un nuevo matrimonio. Concederlo todo de una vez, sería perderlo todo, y a ella; pero él tenía confianza en la rectitud de sus intuiciones y en su reconocimiento del momento oportuno para ceder a una demanda. Ella podía tenerlo todo, o casi todo, de lo que deseara, pero no mediante una simple petición. Él no se lo había dicho, pero había fijado en dos años, ya no en tres, el tiempo que requeriría para llevar a cabo su programa en el Banco; había pedido a Ben Roseberry que le tuviese informado sobre las perspectivas residenciales en Fort Penn; había sondado a los más fiables de sus granjeros sobre su actitud respecto al paso a propietarios de sus granjas. En sólo una cosa se negaba a pensar claramente, o en absoluto: no cedería Hedda a otro hombre. Ésta representaba un repudio de su primitiva resignación filosófica de lo que consideraba inevitable, al decirse que ella podría llegar a enamorarse, y que él sería benévolo y gentil, y le estaría agradecido por los años pasados a su lado. Si las concesiones que él estaba haciendo, y haría, la estaban sobornando y comprando, se alegraba de

ser capaz de retenerla como fuere, y nadie —si él era suficientemente diestro, y posiblemente ni siquiera ella— sabrían que había estado retenida mediante un sistema de cohecho. Pero la reversión de su actitud hacia ella enamorándose de otro hombre, no era un ejercicio intelectual. Había simplemente ocurrido, cuando la presencia de ella en su vida se hizo cada vez más necesaria. Al instante destruyó toda incipiente duda sobre ella con otro hombre, y el más significativo producto de su análisis de las emociones de ella, era su visión tolerante del amor que podría ella compartir con Chester Calthorp, el homosexual y monje. Sí, ellos podrían tener esa especie de amor, pero no era la clase de amor que él temería.

Estaba casi agradecido a Bart Vanee. De todos los hombres que habían cortejado a Hedda o que habían flirteado con ella durante su primer año de matrimonio, Bart Vanee había sido el único a quien estaba preparado para odiar. Había habido atracción mutua, aun cuando la propia Hedda no lo sospechara. Pero Vanee había metido la pata con su peculiar jactancia, y se había enajenado el aprecio de ella; y Robert recordaba con placer el subrepticio intento de Hedda para despreciar a Vanee en la preparación de las invitaciones. Ello era tanto más satisfactorio ya que lo había hecho por sí misma.

A finales de julio, hallándose Robert en las granjas, Hedda fue a casa de su madre para cenar en familia, y tras la cena vino un carruaje para llevar a Ed Steele a las minas, para la inspección y dirección de trabajos nocturnos. La relación entre madre e hija se hallaba exenta de afecto, pero era un tanto más suave por la misma razón; eran mujeres separadas que se habían conocido hacía mucho tiempo. Hablaron un rato sobre Lars y su romance con la muchacha Lloyd, y una vez agotado este agotado tópico, Ruth dijo:

—Por cierto que corre una bonita historia sobre ese Bart Vanee.

—No la conozco.

—Has de conocerla. La de la muchacha Stiegel...

—La conozco, pero no he oído contar ninguna historia acerca de ella.

—Bueno, ya sabes lo joven que es. Tiene un año o dos menos que tú. Su madre murió y su padre apenas para en un trabajo. Bebe. Bien, parece ser que hace dos semanas llegó a casa, una noche, y la encontró en la cama con Bart Vanee. Mr. Stiegel atacó a Bart. Éste le devolvió los golpes y aquél salió malparado. Mr. Stiegel le denunció y pidió orden de arresto, y así es como la historia se hizo pública.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues no ocurrió nada, eso es lo más espantoso.

—Entonces, ¿la historia continúa?

—Sí. Según dicen, Bart pagó cierta cantidad a Mr. Stiegel, y se le ha visto abandonar la casa a altas horas de la noche. Los vecinos están que se suben por las paredes, pero no pueden hacer nada.

—Vaneé tiene mujer e hijos en Nueva York.

—Ya lo sé, pero no parece que eso le preocupe mucho. Es un fresco... hasta conmigo quiso propasarse una vez. Lo encontré en la calle y me acompañó hasta casa, hasta la puerta, claro. Si tu padre supiera alguna vez las cosas que dijo en tan corto espacio de tiempo, francamente...

—¿Qué te dijo?

—¿Que qué me dijo? Creo que debe faltarle algún tornillo. Te aconsejo no tengas nunca que ver con él. Te diré una de las cosas que me dijo... Dijo que tenía que cobrar la renta de esta casa, y que si se la pagase yo podría haber alguna reducción.

—¿Le consideras guapo?

—¿Guapo? No puedo considerar guapo a un hombre que fue tan desvergonzado conmigo. Y no es la clase de aire que me gusta. Prefiero el de tu padre y el de Robert. Tiene algo más que ser guapo. Casi puede decirse lo mismo en negativo de Bart Bance, sólo mirándole a la boca.

—¿Qué pasa con su boca?

—¿No te has fijado? ¡Aquellos labios! Juraría que hasta Dorothy Stiegel debe estremecerse cuando la besa.

—Es posible.

—No sé cómo puede soportarlo. Si yo tuviera que besarle, tendría pesadillas.

—Bueno, afortunadamente no tienes que hacerlo.

—Estaban los dos en cueros, figúrate, cuando Mr. Stiegel entró. Según me han dicho, en aquel momento estaban fornicando. ¡Imagínate, entrar en semejante momento! ¡Y lo que una mujer debe sentir cuando alguien la ve! Especialmente si se trata de su propio padre. Una mujer debe sentirse tan avergonzada que estoy segura de que nunca deseará volver a mirar a un hombre.

—No creo que fuera eso lo que sintió Dorothy.

—No, según los informes, no.

Ruth miró a otro lado sin posar la vista en nada, y luego movió involuntariamente la cabeza.

—¿En qué estás pensando?, —preguntó Hedda.

—En algo en lo que nunca había pensado. —Volvió a menear la cabeza—. No, no sé cómo decirlo. Y lo que es más, no quiero decirlo.

—Anda, vamos. A mí puedes decírmelo todo. ¡Ya soy una mujer casada!

—¡Y Dios sabe que tenemos que hablar de estas cosas!, —dijo Ruth—. Bien, te diré en lo que estaba pensando. Me estaba preguntando lo que debemos parecer nosotras, las mujeres, cuando estamos con nuestros maridos. Su ponte que alguien entrase entonces... me espantaría que alguien me viese.

Era evidente que su madre había estado imaginándose en tal situación; y era no menos evidente que el hombre era Bart Vance, no Ed Steele. Poco a poco, durante los últimos meses, Ruth Steele había descendido de la posición de autoridad y superioridad que le correspondían como madre de Hedda. Ésta había rechazado con fineza cualquier consejo o indicación, hasta la más amistosa sugerencia, y Ruth no tenía ya, sobre su hija, ni la influencia más mínima. Al mismo tiempo, un cambio más sutil se había producido en su relación: ahora Hedda estaba casada, y el matrimonio parecía ir bien, y su mala conducta en años anteriores al matrimonio se convertía, por decirlo así, retroactivamente legitimada, condonada por la misma sanción que cubría los actos sexuales en su estado de casada. El resultado, en cuanto a la relación entre madre e hija, era que Ruth, que sólo había conocido a un hombre, se mostrara a menudo francamente curiosa hasta el extremo de consultar a Hedda, quien tenía mayor experiencia. Esta nueva relación no habría sido posible en el caso de que a Ruth le quedara cualquier ilusión o inclinación de dominio maternal, pero Hedda se había declarado inequívocamente libre de ella, y había expuesto lisa y llanamente que, si había de existir una relación entre ambas, lo sería en las condiciones que ella misma impusiera. Esto no resultaba muy satisfactorio para Ruth, quien siempre había dominado a su esposo e hijos, pero tenía sus compensaciones. La responsabilidad de Hedda quedaba por completo transferida a Robert, y Lars y Ed aún necesitaban de ella.

Cada vez que alguien —su marido, su madre, una señora de Lyons, Moisés Hatefield— hablaba con desdoro de Bart Vanee, y no importaba con qué fundamento, Hedda Millhouser sentía que ganaba ventaja. Quería que él no tuviese ningún amigo —y tenía pocos— de modo que cuando ella estuviera dispuesta y se lo presentara la oportunidad de poseerlo, él estaría desesperada y completamente a su merced. Le tenía siempre en sus pensamientos, y la mención de su nombre le producía tan extraordinario efecto, que la sorprendía tanto como la aliviaba que no apareciese un rubor delatador en sus mejillas. La tienda de MacMahon estaba a una manzana del

hotel y cuando iba a hacer sus compras cotidianas, tenía conciencia de su proximidad porque era allí donde él tenía una habitación. Cuando veía a Bart Vanee en la calle, no se dirigían la palabra, y en el proceso de evitarle y de ser evitada, realizaban bastantes movimientos artificiales que disfrazaban su excitación interior, por lo que no corría el peligro de ruborizarse. Pero ella le deseaba, y por ende le quería, más de lo que nunca hubiera deseado a nadie. Y a medida que el verano avanzaba, a Hedda sólo la embargaba el que se encontraran en circunstancias que proporcionaran a Bart la ventaja del primer minuto. Ella necesitaba aquel primer minuto, aquella ventaja, tras lo cual el poder estaría en sus manos.

Era agosto y había ido a la estación a esperar a Robert. Todos los pasajeros, Bart Vanee entre ellos, salieron del tren, pero Robert no apareció. Esperó hasta que desengancharan la locomotora, pero nada, ni rastro de Robert. De pronto, oyó la voz de Bart Vanee detrás del carruaje.

—Si hubiese sido usted cortés conmigo, le habría ahorrado la espera —dijo—. Robert me pidió le dijese que no vendría en este tren. Pasará la noche en Fort Penn.

—Gracias. ¿Dónde lo vio usted?

—Estaba en el tren. Y en el preciso instante en que iba a ponerse en marcha, recordó algo que había olvidado. Me dio, pues, el recado para usted y saltó del tren.

—Gracias. Considérese besado.

—¿Lo dice usted de veras?

—Sólo lo que dije. Considérese besado.

Vio con gran alegría la absurda y ávida excitación que sus palabras provocaban.

—Preferiría no considerarlo y que fuera de verdad —dijo Bart.

—¿De veras, Mr. Vanee? ¿De veras lo querría?

Azotó ligeramente al caballo con la rienda y partió.

En casa, pocos minutos después de su llegada, Robert llamó en conferencia.

—¡Qué tontería!, —dijo—. Tenía un sobre grande con un bono, y me detuve a comprar unas revistas. Y en el tren recordé de pronto que había olvidado el sobre en el quiosco. Era un bono negociable. Y la primera persona que vi fue a Bart Vanee. ¿Te dio mi recado?

—Bueno, tendré que quedarme esta noche en el club, pero iré a casa en el primer tren de la mañana.

—¿Encontraste el bono?

—Sí, afortunadamente estaba donde lo dejé. Alguien hubiera podido cogerlo y marcharse con él, o sea mil dólares más rico que antes. Debo de estar envejeciendo.

—Bueno. Iré a esperarte al tren de la mañana, si es que no te importa ir luego de compras conmigo.

Se aseguró de que Moisés Hatefield se había marchado a su casa y de que Margaret y Theresa se habían retirado a sus habitaciones, y luego se sentó en la salita pequeña, hasta que sonó el timbre del teléfono. Eran poco más de las nueve.

—¿Quién llama?, —dijo.

Sin ningún preámbulo, la voz al otro extremo del hilo, dijo:

—Intenté considerarme besado, pero no resulta.

—¿Por qué no va usted a esa calle especial que hay en el pueblo?

—Nunca voy a ella pudiendo ir a otra parte. ¿Qué le parece, tendré que ir necesariamente allí?

—No tiene usted que hacer nada —respondió, colgando el receptor.

Desde la habitación delantera sumida en la oscuridad, ella apenas pudo verle, media hora después, andando lentamente ante la puerta de la valla, y colándose por ella furtivamente. Luego se quedó unos instantes quieto entre los castaños y los olmos. Después le vio avanzar hacia la casa, de árbol en árbol. Se detuvo por lo menos cinco minutos detrás del último, y de pronto pareció decidirse a arriesgarse alcanzar el soportal. Y cuando llegó al fondo del mismo, Hedda abrió la puerta y le dejó entrar.

—Quítese los zapatos —dijo.

Esperó a que lo hiciera, y luego le cogió por una mano, y le condujo a su dormitorio. La casa estaba sumida en la oscuridad. Le ayudó a quitarse la ropa y ponerla en una silla, pero cuando él intentó abrazarla, ella cuchicheó:

—Quietos.

Le dejó solo unos instantes y al volver le permitió que la besara y la acariciara, pero lo rechazó una y otra vez, hasta que comprendió que su ira estaba a punto de desbordarse. Entonces tomó la iniciativa, y dirigió los movimientos del cuerpo y labios de Bart hasta los últimos segundos. Al final se produjo ruido, pero no el bastante para ser oído en la casa; y cuando acabó el acto, ella le besó en la boca.

—Y ahora, váyase a esa calle especial —dijo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Y por qué no? Esto no volverá a suceder.

—Acaso sea difícil, pero yo quiero.

—No volverá a ocurrir si sé que ha visto otra vez a Dorothy Stiegel. No podemos hablar. Ahora debe irse.

—¿Cuándo la volveré a ver?

—Probablemente nunca.

Le volvió a conducir escaleras abajo, y él se puso los zapatos de nuevo.

—¿Cuándo la veré de nuevo?, —preguntó él.

—No soy Dorothy Stiegel para que me vea cuando lo desee. Lo primero que tiene que hacer es romper con ella, y cuando esté segura de que lo ha hecho, ya le diré cuándo puede verme.

Una semana después. Lyons estaba discutiendo la marcha de Dorothy Stiegel que se decía iba a Filadelfia a aprender de peluquera. Su padre debía acompañarle, y no parecía haber alguna duda sobre quién ponía el dinero. Sea lo que fuere, la desgraciada situación fue enmendada. Y era creencia general que había sido una carta de Fred Langendorf a Chancey Vance la que lo había logrado. Fred negó obstinadamente haber escrito esa carta, pero era prácticamente el único hombre en la ciudad que podía haberla hecho, y Chancey Vanee era conocido como el único pariente que tuviera alguna influencia sobre Bart Si Fred se empeñaba en negarlo, era asunto suyo, pero los hechos eran los hechos, y Fred podía ser considerado aún como el hombre más de fiar del valle.

—No creo que Fred Langendorf escribiese esa carta —dijo Robert Millhouser.

—Pues yo sí lo creo —replicó Ruth Steele—. Tú conoces mejor a esas personas, pero yo he visto a Mrs. Langendorf encerrarse como una almeja cuando se menciona el tema, y me parece que ha jurado secreto.

—Opino como Robert —dijo Ed Steele—. Sospecho que Vanee se cansó del chismorreó y decidió enviar a la muchacha a alguna parte. Hasta donde se me alcanza, Fred Langendorf no se ha metido en una cosa como ésa.

—Yo también creo que lo que ha querido Mr. Vanee es zafarse de ella —dijo Hedda Millhouser.

—Quizás, no —opinó Robert—. Puede verla tanto como quiera en Filadelfia, que está en el camino de Nueva York. En realidad, hasta puede verla más a menudo de este modo. A la venida y a la salida.

—Bien, me interesaría vez detrás de quien irá ahora Bart Vanee —dijo Ruth Steele.

—Oh, detrás de cualquier mujer que encuentre al paso —dijo Robert—. Me sorprende que no te haya hecho algunas proposiciones, Ruth.

—Esta clase de hombres no me interesan —replicó Ruth.

—Eso no es lo que Robert dijo —manifestó riéndose Ed Steele—. Apenas lo conozco, pero desde luego tiene mala fama.

—No merece la pena preocuparse por él —dijo Hedda—. ¿Verdad, Robert?

—No, no merece la pena, pero el caso es que todos estamos hablando de él —dijo Robert.

* * *

Mediado octubre, los Millhouser recibieron las primeras invitaciones para la temporada social de Fort Penn, y Robert anunció primero a Hedda y luego a Margaret y Theresa que había decidido alquilar una pieza compuesta de sala, dormitorio y cuarto de baño en el edificio Schoffstal de Fort Penn, pues pasarían mucho, tiempo en esta ciudad, y sería muy conveniente tener un lugar donde pudieran ir siempre y dejar sus cosas. Por otra parte, el precio no era excesivo. El alquiler del apartamento costaba setenta y cinco dólares por mes, incluyendo servicio de doncella y lavado. Dos días después de haberlo anunciado, Robert le dijo a Hedda.

—¿Has tenido algún disgusto con Margaret?

—No, ¿por qué?

—Se ha despedido. Y Theresa también. Les pregunté por qué venían a anunciármelo a mí en vez de a ti y Margaret me dijo que se consideraba criada de mi madre. Dio una razón bastante buena para marcharse. Dijo que era evidente que tarde o temprano nos iríamos a vivir definitivamente en Fort Penn, que no las llevaríamos a las dos, y que ya se estaban haciendo viejas y podían hospedarse en el pueblo. Pero me pregunté si te habría pasado algo con ella.

—Pues no, nada que yo sepa.

—Mejor, siempre pensé pasarles una pensión cuando, se retirasen, y no podría hacerlo caso de que tú estuvieras disgustada. No puedo ser desleal contigo, ¿comprendes? Jo que quiero decir? En otras palabras, les podría dar cierta cantidad, pero no pasársela durante el resto de sus vidas si hubieras tenido dificultades con ellas.

—Dios sabe que no las echaré de menos. Pero como ya te he dicho no ha habido nada, que yo sepa.

El último día que Margaret pasó bajo el techo de los Millhouser, Hedda mencionó el hecho, con el consabido tópico:

—Sentiré que se vayan.

—Eso puede decírselo a quien se lo crea —respondió descaradamente Margaret.

—Ah, ¿conque ésas tenemos?, —dijo Hedda.

—Usted debiera saberlo —replicó Margaret—. Y no saque a colación esta vez al santo ministro del Señor. Me engañó y me embaucó con ello la otra vez, pero no ésta. Falseé las razones que di a su marido, pero Dios le descubrirá a usted y estaremos fuera de esta casa cuando se sepa la verdad. Durante los treinta y dos años que viví en esta casa vi sólo decencia. Dios la perdone a usted, es cuanto puedo decir. Dios la perdone, pero por el dulce

Jesús no me lo pida a mí también. Ya me embaucó una vez y me arrastré de rodillas a sus pies pidiéndole perdón. Pero tenga cuidado, procure que Moisés Hatefield no descubra lo que yo sé, o el cuello de Mr. Bart Vanee será un espectáculo espantoso de ver. Y acaso el suyo también. Nosotras teníamos cariño y queríamos a esta casa y a los de ella, y Moisés tanto como Theresa o yo.

—Está bien. Pero yo no he admitido nada.

—No, ni lo ha negado tampoco. ¿De qué serviría? Desde el día en que su marido perdió el tren el verano pasado, tengo las fechas, si desea usted pruebas. Lo tengo todo escrito: las horas, el tiempo que se quedaba... Dudo de que haya dejado ni una ocasión, porque no hubo noche en que su marido estuviera fuera, desde que me arrodillé a sus pies, que Margaret Dillon se fuera a dormir antes de medianoche. Conozco hasta los crujidos de cada madera de esta casa, y muchas noches cerré los oídos ante las licenciosas conversaciones que, a mi pesar, llegaba a percibir.

—¿Y qué es lo que le ha privado de contárselo a mi marido?

—No soy un ángel vengador. Nunca se lo contaré.

—¿Margaret?

—¿Qué?

—¿No habría sido espantoso que yo hubiese sido una buena muchacha? Usted no habría podido soportarlo.

—Siempre deseé que él tuviera una mujer buena. Solía rezar para que así fuera. Pero desde el momento que le eché a usted la vista encima por primera vez, supe que mis oraciones no habían sido escuchadas.

—Bien, atora ya puede irse.

—Con mucho gusto, con mucho gusto.

Permaneció quieta y callada un momento.

—¿Qué más?

—Nada, le dirigía una última mirada, para que no me olvide nunca del diablo que puede ocultarse en una linda envoltura.

—¿Querría usted verlo todo, Margaret?

—Ya lo he visto, gracias, bajando las escaleras con Mr. Bart Vanee.

Por mediación de Esther Parkinson fue rápidamente solucionado el problema de las sucesoras de Margaret y Theresa. Sofía Green era la nueva cocinera y Enriqueta Lee la nueva criada. Procedían del amplio sector de color de Fort Penn, habían estado dedicadas al servicio todas sus vidas, y comenzaron recibiendo órdenes de Moisés Hatefield. Ambas pasaban de la cuarentena, eran casadas y con hijos que trabajaban. Hedda Millhouser y

Robert tuvieron poco que hacer para contratarlas; Esther Parkinson tenía una excelente reputación entre los negros de Fort Penn, y su recomendación de los Millhouser era tan valiosa como la de las nuevas criadas. Pero para Hedda, su principal recomendación era su color: no intentarían sobrepasarse, como lo hacían las criadas irlandesas. Éstas eran muy respetuosas exteriormente, pero siempre se hallaban al borde de una relación personal, con sus bromas y consejos y su sentimentalismo. Hedda estaba harta de criadas irlandesas, y le agradaba que Moisés, que no había sido nunca mayordomo, hiciera el oficio de tal, facultándole para que tratara con Sofía y Enriqueta y permaneciendo ella aislada. Pero Hedda se había estado haciendo descuidada, y con la llegada de las nuevas criadas y la adopción de una política de extremo alejamiento de ellas, se hizo más descuidada que nunca. Puso su confianza en el anonimato de las nuevas caras negras de Sofía y Enriqueta, olvidando que su propio alejamiento así como su joven belleza estimulaba su curiosidad hacia ella. La diferencia de edad entre Robert y Hedda era un nuevo aguijón para aquéllas; los dormitorios separados se relacionaron con la cuestión de la edad. Y Hedda era descuidada.

En esta fase de la historia, la central de la Compañía Telefónica de Lyons & Johnsville fue instalada en un edificio de un piso y tres dependencias de la calle Mayor. La atendían tres operadores, dos de ellas mujeres; al servicio de noche lo atendían hombres. Pocas llamadas locales se hacían por número; quien llamaba decía al operador o a la operadora: «Mary (u otro nombre), ¿quiere hacer el favor de ver si está en casa fulano, o fulana?». A veces el operador contestaba que sabía que fulano no estaba en casa sino en casa de un amigo. Y cualquiera también dejaba recado al operador u operadora diciendo: «Le agradeceré que, si alguien me llama, le diga que estaré de vuelta dentro de una hora». Y a pesar de la sugerencia de Bart Vanee de que empleara lo menos posible el teléfono, Hedda le llamaba casi cada vez que estaba en el pueblo. Era un descuido, puesto que sus citas las correrían por correo. Hedda enviaba una nota, señalando el tiempo de salida y regreso de Robert, pero telefoneaba para confirmar la información y saber si podía esperar la visita de Vanee. Y así, las amistades más íntimas de los tres componentes de la central, sabían que «algo andaba por medio», aun cuando Bart Vance y Hedda no fueran nunca vistos en público.

Ella lo recibió en su apartamento del edificio Schoffstal la primera semana de su ocupación, y fue a la habitación de él en el mismo hotel, pero en diferente piso, descuido que fue observado por los ascensoristas, quienes no simpatizaban con Vanee, pero simpatizaban con Robert.

Durante meses hubo una velada murmuración, y de pronto, un día de la noche a la mañana, sin razón particular alguna, pero debido a que los cuchicheos no bastaban, el chismorreó de la víspera se convirtió en el asunto del día, y Hedda recibió a una visita. Era Esther Parkinson. Ocurrió en el apartamento del edificio Schoffstal.

—Hedda, soy mucho mayor que tú.

—Ya lo sé —replicó irritada Hedda.

—No seas brusca. Estoy aquí como amiga de Robert y no tuya, aunque podría haberlo sido tuya también y traté de serlo. Pero me temo que no estés hecha para la amistad, o la lealtad, o cualquiera de las cosas en las que creo. Vine a decirte que ayer tarde hubo una reunión en la comisión del baile de la fiesta de San Valentín. No vais a ser invitados este año, y lo fuisteis el pasado. Robert preguntará por qué, y se pondrá de muy mal humor porque pensará que te hemos desairado. Pues bien, lo hemos hecho. Cuando menos, cinco damas de la comisión. No te enviarán invitación, ni te recibirán en sus casas. En cuanto a Fort Penn concierne, ya estás lista.

—Bien, ¿y qué si lo estoy?

—Sólo esto. Si Robert te importa algo, sal de Fort Penn antes de que descubra la verdad. Es muy capaz de salir en defensa tuya y cometer algunas equivocaciones tontas. Y entonces, tendríamos que decirle por qué las mejores personas no quieren recibirte. Marchad a Florida, haz que te lleve a Europa, pero idos de aquí... y de Lyons. Eres extremadamente joven, y de aquí a un año... Es posible que Robert te perdone. Pero lloraría de buena gana por lo que le estás haciendo.

—Tú y Robert acostumbrábais llorar mucho juntos, ¿no es así?

—No, nunca lloramos juntos. Lo que nosotros sentimos del amor, tú nunca lo comprenderás.

—¡Santo Dios, esto es Lyons de nuevo! ¿Por qué crees que Robert no sabe nada?

—¿Estás sugiriendo que lo sabe y lo disimula? Entonces, es que no conoces a Robert Millhouser. Y si estás tratando deliberadamente de implantar la idea de que todo esto sucede con su consentimiento te diré que eres una mentirosa. Y una indecente mentirosa, además.

—Es raro que no lo haya descubierto él, cuando todo el mundo lo ha hecho, ¿no te parece?

—En absoluto. Las personas aprecian a Robert. También descubrirás esto, aunque posiblemente te duela.

—Bueno, tienes que marcharte ahora, Esther. Estoy esperando otra visita.

—Bien, cuando menos gracias por ahorrármela. Apenas puedo soportar el mirarle.

—Pues eso no está bien. Él te aprecia y dice algunas cosas muy divertidas de ti. Lisonjeras, pero es posible que tú no opines lo mismo. ¿No te pica la curiosidad, Esther?

—Estoy segura de que no.

—No te creo. Ni siquiera creo que hayas tenido nunca ningún placer verdadero.

—¡Oh, oh! ¡Ignorante perrilla!

Al cabo de pocos minutos apareció Vanee, diciendo:

—De poco tropiezo con Esther Baumgarten. Quiero decir Parkinson.

—Intenté que se quedara, pero no quiso.

—¿Estuvo aquí? ¿Y con qué objeto?

Ella le informó sobre el motivo de la visita de Esther. Mientras ella hablaba, él se apretaba el labio inferior con los dedos pulgar y anular, lo cual indicaba siempre que se hallaba sumido en una profunda cavilación.

—Se marchó de aquí fuera de quicio —dijo Hedda.

—¿Por algo que le dijiste? ¿O que pudiste decir generalizando?

—¿Qué diferencia hay?

—Es lo que más le importa a ella. Habría sido mucho más cuerdo que la trataras con guante blanco. Ahora es sólo cuestión de días.

—¿El qué?

—El que Robert lo sepa. A menos que decidas seguir el consejo de Esther. Podrías tener un berrinche y hacer que te llevase a Florida. O, como dijo Esther, a Europa. Tienes que quitarte ya de la cabeza toda idea de vivir en Fort Penn.

—Bueno, estaba pensando que podríamos trasladarnos a Nueva York. O a Filadelfia.

—Filadelfia sería tan desacertado como Fort Penn. Nueva York sería mejor. Y podría seguir viéndote.

—¿Podrías seguir viéndome? ¿Es que vas a escurrir el bulto ahora?

—Mira, Hedda, ¿es que no has prestado atención a lo que te he estado diciendo? ¿No te ha hablado Robert de negocios? Mi mujer ha perdido casi todo lo que tenía. Si no tuviera mis derechos de mineral en Lyons estaríamos atrapados. ¿No sabes lo que ha ocurrido en la Bolsa?

—Oh, sé que Robert estaba preocupado.

—¡Preocupado! ¿No sabías que Robert salvó al Banco de Lyons? ¿Él solo?

—¡Ah! ¿Antes de Navidad? Sí, lo sabía, pero nunca comprendí lo que pasaba. Pero te comprendo a ti. Tienes miedo, y estás escurriendo el bulto.

—Robert Millhouser es un héroe en Lyons. Pensaran lo que pensasen de él antes, ahora es un héroe. Y yo soy el hombre que tiene un asunto con la mujer del héroe.

—Tú eres bueno y estás asustado, ¿no es eso? Pues yo también. Creo que voy a tener una criatura, y es tuya. No quiero tenerla, al menos antes de los veinticinco años. Y si la tengo, apuesto a que tendría tu boca y todo el mundo sabrá que es tuya.

—¿Qué le pasa a mi boca?

—¿No te ha dicho nunca nadie que tienes una boca horrible?

—No.

—Pues te lo digo yo.

Él volvió a llevarse los dedos a los labios.

—¿Qué le sucede? Me parece que es igual a la de cualquiera.

—No, no lo es. No es como la de cualquiera. Vé a mirarte al espejo.

—He tenido la misma boca durante cuarenta y dos años, y tú eres la primera que me dice que es fea. No pusiste reparos a ella antes. Y te diré que no me ha privado de tener tantas condenadas mujeres como me ha venido en gana.

—Ya te he dicho que iba a tener una criatura, y sólo puedes pensar en tu maldita y fea boca. Robert tenía razón. No merece la pena ni que se ocupen de tí.

—Me parece que tendrías que preocuparte mucho para demostrar lo contrario. Siento que tengas una criatura, pero ¿de quién es la culpa? Tú debías ser quien tomara precauciones. ¿De cuántos meses estás?

—Por lo menos de dos.

—¿Has visto a un médico?

—No.

—Entonces quizá te preocupas por nada. Y de todos modos, ¿por qué estás segura de que es mío?

—Porque hubo varias veces en que no tomé precauciones contigo, al contrario que con Robert.

—Bien, mi consejo es que acudas a un médico, y te ahorres la preocupación hasta que él te lo confirme. ¡Maldita sea, todo sucede a la vez!

—La miró, sentada, erguida, con su blusa y falda grises que le hacían parecer a una muchachita vestida con la ropa de su madre; su rubia belleza, con sus trenzas enrolladas en torno a la cabeza, en desafío personal al estilo

pompadour de moda; los ojos de zafiro en el rostro empolvado, y que eran prueba convincente de la inocencia que habían omitido en su nacimiento.

—¿Odias mi boca?, —dijo él.

—Sí.

—¿Me odias?

—Si te odiara, te diría que vengas conmigo a la habitación de al lado.

—¿Iremos a la habitación de al lado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ni te odio, ni te quiero, ni te deseo.

—Puedo hacer que me desees.

—Tú nunca podrás hacer que te desee. Nunca lo hiciste. Puedo desear a un hombre, pero ninguno puede hacer que yo lo desee. Y nunca volveré a desearte.

—Hedda, eres la única que tiene miedo.

—Acaso. Pero tú no sabes de qué. ¿Miedo de que Robert se divorcie de mí? ¿Miedo de lo que la gente dirá de mí? ¿Es que crees que no podría quitarle su marido a Esther si lo deseara? Eso es lo mucho que me importa lo que la gente diga de mí. En cuanto le hablase de mí, es cuando podría apartarlo de ella. ¿Pero para qué, si no lo deseo? De eso de lo que tengo miedo. No deseo a nadie. Y siempre he deseado a alguien.

—Estás haciéndote mayor, Hedda. Ya encontrarás a alguien a quien desees.

—Espero que así sea. —Extendió la mano, cogió un camafeo y se lo puso—. Mi madre me dio esto. Pertenecía a mi abuela. Te gusta mi madre, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, pues nunca la tendrás, pero puedes tenerme a mí sólo por esta vez. Yo seré mi madre y tú serás tú. Mi madre te va a sorprender, Bart. Oh, sé tantas cosas de esa mujer. Se sienta en las rodillas de mi padre, así...

* * *

El héroe de Lyons se enfurruñaba cuando alguien pronunciaba palabras de gratitud. «Estaba salvando únicamente mi propio cuello», decía, lo que sólo era verdad a medias. Robert no había tenido más información que cualquier otro ciudadano de Lyons, pero cuando a últimos de octubre quebró la Compañía de Crédito Knickerbocher, razonó que, si esta sociedad y otros Bancos de Nueva York habían sido incapaces de realizar fondos, la situación de Nueva York era ya grave, y que los efectos no se harían esperar en las otras partes de la nación, por lo que no había tiempo que perder. Y en consecuencia, actuó con rapidez antes de que la palabra pánico apareciera en letra impresa. Estableció un plan minucioso, y con un abonaré personal aceptó diez mil dólares prestados por Ben Roseberry.

—Puedo dejarte el dinero porque puedo permitirme el lujo de perderlo —dijo Ben.

—¿Por qué esperas perderlo?

—Porque tú también lo perderás.

—¿Qué te hace suponerlo?

—El hecho de que no necesitas esos diez mil dólares, ni sobre abonaré personal. Cuando menos, no de mí. Si necesitaras diez mil dólares, podrías acudir a cualquier Banco y tomarlos en préstamo con garantía, y no lo has hecho, ¿verdad?

—No, todavía no. Está bien. Te diré lo que estoy haciendo. Estoy protegiendo al Banco de Lyons.

—Con tu propio crédito.

—Eso es. Tú y Harold Parkinson me prestáis. Ya son dos en Fort Penn. Fred Langendorf y Jeremías MacMahon, hacen otros dos en Lyons. Y voy a intentar obtener el resto de algunos Bancos, en Lancaster, Lebanon y Gettysburg. Bancos con los que he operado.

—¿Pondrás las granjas como garantía para ese dinero de los Bancos?

—Sí.

—Bien, ya sabía que había algo que no iba bien. Apunta a Brock Caldwell.

—Apenas le conozco. No puedo ir a verle.

—Es amigo tuyo, lo sepas o no. Sé que no le gustan muchas personas, y también que le agradecería que se lo pidieras.

—Bueno, si tú lo dices...

Robert procedió a tomar prestados cinco mil dólares por cabeza de Parkinson, Caldwell, Langendorf y MacMahon. Y en un impulso, mientras

Robert y Ben se hallaban cenando en el restaurante de Fritz Gottlieb, Ben llamó a éste a su mesa.

—Fritz, Mr. Millhouser desea cinco mil dólares en efectivo. Te dará un recibo.

—¿Lo quiere en billetes grandes o en pequeños?

—En pequeños —contestó Ben.

—Volveré luego, no se muevan de aquí —dijo Fritz. Y antes de que acabaran de cenar. Fritz tendió a Robert un abultado sobre—. Aquí está.

—No le daré un recibo. Le haré una letra —dijo Robert.

—No, señor. Un banquero toma letras y un taquígrafo toma letras, pero yo no tomo letras. Todavía no soy ni banquero ni taquígrafo. Sólo algo así como un tabernero.

—Y un guasón de primera —afirmó Ben.

—Ah, eso sí, me gustan las bromas. Un hombre que no se ríe mejor estaría muerto.

—Bueno, espero que no sea usted el objeto de la risa —convino Robert.

—Tendría que guardarla en conserva —replicó Fritz.

En los Bancos, hubo que firmar papeles y todo se realizó con mayor formalismo, pero los banqueros conocían el valor de las granjas y el dinero salió. Robert tenía un total de cincuenta y cinco mil dólares que convirtió en dos mil billetes de cinco, mil de diez, doscientos cincuenta de cien, y doscientos de cincuenta, todo lo cual hacía un bulto de un pie de alto. Lo llevó a su casa en Lyons y lo escondió tras una hilera de libros de la salita pequeña. El 1.º de noviembre de 1907, Robert estaba en la peluquería cuando oyó la frase «pánico en la Bolsa» por primera vez en Lyons. Miró al espejo, para ver quien la había pronunciado; el que hablaba era Albert O'Connor, propietario de carros y excelente persona.

—Espero que no estará usted asustado —dijo Robert.

—¡Oh, Robert! No le reconocí a usted. A decir verdad, no sé si estoy asustado o no.

—Bien, le diré lo que tiene que hacer. Cuando acabe de cortarse el pelo, venga al Banco y le enseñaré algo que debe usted ver. Pero entretanto no asuste a las personas que no están asustadas.

Robert fue a su casa a pie, sacó el envoltorio de dinero e hizo que Moisés lo llevara rápidamente al Banco. Al cabo de pocos minutos llegó O'Connor y fue a la sala de los directores situada en el segundo piso. Robert había extendido el dinero sobre la mesa, por sus grupos respectivos de valor.

—Hay cincuenta y cinco mil dólares, y todo es mío —dijo Robert—. Deseo que los cuente.

—¡Diablos, Robert! Me fío de su palabra.

—No. Quiero que los cuente.

—Eso me llevará todo el día.

—No le llevará todo el día. Sólo hay tres mil cuatrocientos cincuenta billetes. Uno por segundo es... sesenta por minuto...

—Unos cincuenta y siete minutos. Justamente menos de una hora. Mire, Robert, tengo mejores cosas que hacer.

—¡Le sobra la razón! Una de ellas es correr la voz de que el Banco está a salvo, y usted sabe que lo está, pues ahí están cincuenta y cinco mil dólares en efectivo, de mi propio dinero, como respaldo. Este dinero no es un depósito, Albert Es dinero que yo pongo para que la gente no se ponga nerviosa.

—Está bien, Robert. Aprendí mi lección —dijo O'Connor—. Pero me gustaría hacer una cosa. Este paquete de aquí, ¿son doscientos cincuenta billetes de cien? Sólo quiero sostener en la mano veinticinco mil dólares. Jamás los vi de golpe.

—Pues cualquiera que venga puede hacer lo mismo. Y por cierto, Albert. Hay de cinco mil de los que corresponden a nuestra capitalización.

—Deberían de poner ahí su retrato en vez del de Fred, Robert.

—Bueno, de todos modos, yo pinté ése. Es posible que Fred pinte el mío.

Ambos hombres rieron y Albert O'Connor se marchó a propagar la nueva.

Fue contratado por dos dólares al día Tommy Fenstermacher, para que montase la guardia con pistola al cinto. Y durante cuatro semanas no hubo otro movimiento bancario que el de hombres y mujeres que anhelaban tener en la mano veinticinco mil dólares. Al mejorar la situación, Robert depositó el dinero y envió cheques con interés para rembolsar los préstamos. Apenas había un hombre o mujer del valle que no hubiese oído hablar lo que había dicho, y al principio le emocionaron las palabras y las tímidas sonrisas de quienes no estaban acostumbrados a hablarle. Pero sabía que era la última cosa, al par que la más importante, que jamás podría hacer por Lyons. Hedda ni siquiera pretendía contemporizar sobre vivir en Lyons; en Navidad protestó de nuevo por no acudir al baile de caridad de Fort Penn, y al cotillón del club de los solteros, y durante toda la época de fiestas estuvieron fuera. A últimos de enero oyó el primer rumor, no expresado en palabras, sino en forma de un repentino silencio.

Robert iba raramente solo al restaurante de Fritz Gottlieb, sobre todo para comer. A esta hora, la clientela se componía casi por completo de hombres, y

él prefería la compañía de los del club que de los del establecimiento de Fritz, donde había demasiado bullicio, donde las risas eran demasiado sonoras y las voces, altas en exceso. Pero aquel día se encontró más próximo al restaurante, las aceras estaban embarradas y la nieve se había convertido en lluvia. Pasó a través del comedor grande al pequeño, donde acostumbraba sentarse con Ben Roseberry. En un reservado había un grupo de seis hombres cuyas roncadas risas podían oírse sobre el ruido en la sala principal. Pero en el momento en que entró en la pequeña, oyó la voz de un hombre reclamando silencio a los demás, y los seis miraron a Robert, cesaron de reír y le contemplaron con fijeza. Conocía a dos de ellos de vista y los saludó con un ademán de cabeza, al que ellos correspondieron. Los hombres se miraron mutuamente. Era evidente que habían estado hablando de él. Fue a la mesa de siempre, pero resultaba inequívoco que su presencia les había embarazado y reducido al silencio. No había amigos suyos entre ellos; eran personas que tenían negocios en la vecindad; comerciantes, abogados, agentes de seguros. Puesto que para ellos sólo era conocido como amigo de Ben Roseberry, consideró la posibilidad de que hubieran estado hablando de Ben; pero rechazó esta momentánea solución. Habían tenido una mirada de enojada y desconcertada culpabilidad en sus caras, y hasta una sombra de miedo, como si él pudiera ponerles las peras a cuarto por lo que pudiera haber oído. Y se percató de que fuera lo que fuese lo que hubiesen dicho de él, habían mencionado a Hedda. Cuando se marcharon, Robert, con un esfuerzo de naturalidad, dijo al camarero:

—¡Qué pandilla tan ruidosa, Karl!

Karl se dio una palmadita en la cabeza.

—Bien, ya sabe usted cómo va la cosa —dijo—. Los bombos son los que meten más ruido, pero están vacíos por dentro. Hoy estaban hablando de alguna mujer. Casi siempre es alguna mujer. ¡Mujeres, mujeres, mujeres! Yo ya no tengo que preocuparme por ellas.

—¡Qué suerte!, —dijo Robert con intencionada faifa de entusiasmo que esperaba hiciera marcharse a Kart.

Por el momento, estaba cautivo; no podía marcharse en el acto, como deseaba hacerlo, puesto que si así lo hiciera, motivaría comentarios y preguntas por parte de Karl, indicando, posiblemente, que le había molestado el repentino silencio de los seis hombres. Además, no quiso que nadie viese su cara cuando se puso a pensar sobre la razón de su silencio. Por lo tanto, comió lo que había ordenado, y ocupó su mente con una fantasía que se le había ocurrido. Había leído en un periódico un breve artículo sobre un

hombre que vivía en algún lugar de la costa sur, quien había puesto un billete de un dólar y una nota en una botella. La había cerrado y arrojado al océano, y al cabo de siete meses recibido una respuesta a su nota. La había escrito un pescador de Portugal. Era una noticia que no tendría más que un moderado y pasajero interés, excepto que cuando la leyó, Robert había estado barajando pensamientos sobre la posibilidad, la suerte y las coincidencias de la vida. De hedió, había estado pensando en un seguro de vida, con Hedda por beneficiaria, que le condujo a tales consideraciones semifilosóficas. El artículo del periódico pertenecía al dominio de la probabilidad y la suerte, y entonces Robert recreó la historia a su gusto. ¿Y si aquel hombre de la costa hubiese arrojado una segunda botella al océano y hubiera ido a parar de nuevo a manos de un nativo portugués? Sería extraordinaria coincidencia, con muy pocas posibilidades de éxito. Pero Robert estaba seguro de que ese hombre de la costaren vez de maravillarse ante las ecuaciones de la doble improbabilidad, se mostraría más bien ligeramente incomodado por el segundo acontecimiento. ¿Coincidencia, probabilidad, suerte? Cesaban de ser factores prohibitivos en el pensamiento de un ser, una vez que la novedad había desaparecido. Súbitamente volvió a la mesa y a la sala en que estaba y a los seis hombres que recientemente la habían abandonado: ¿cuáles eran las probabilidades en contra de su entrada en el momento en que estaba hablando de él, un extraño, y de su mujer, a quien nunca habían visto? Quedaba el hecho de que él había entrado en el momento en que ellos estaban hablando de su mujer, y de que tres vidas no volverían ya más a ser las mismas.

Pagó su cuenta y fue a la sala de lectura del Club Fort Penn. Hasta que estuvo allí no se dio cuenta de que había andado por el barro sin sus chanclos. Los había dejado en el restaurante. Rara vez se olvidaba de tales cosas; solía ser pulcro y ordenado. Se instaló en la sala de lectura, haciendo como que escribía una carta, para que nadie le molestara. Era él mismo quien azuzaba sus pensamientos, poniéndolos en movimiento. No solía olvidar sus chanclos, y consideraba el olvido como medida del trastorno que existía en su alma, aún antes de que comenzara a reflexionar sobre el problema de Hedwig Steele Millhouser. Entre este momento y la última confesión de ella habrían acusaciones y mentiras, y llores y cóleras, acaso una reconciliación y un nuevo amor apasionado antes de la repetición de las acusaciones de las mentiras y de la cólera. Pero aún al tratar de anticipar el futuro de manera sistemática, Robert sabía que la conclusión había sido alcanzada. Se vería obligado a matar a Hedda; y la razón, el amor, el aprecio de la belleza, la

indulgencia por su fragilidad, y su propia insuficiencia culpable, no habrían de bastar a detenerle.

Permaneció toda la tarde en el club, se puso luego sus mojados zapatos, llamó a un simón y volvió al hotel a través del barrizal.

Al llegar, ella le presentó la mejilla para que la besara.

—¿Dónde estuviste todo el día?, —dijo.

—Negocios por la mañana, comida solo en el restaurante, y sumido en un engorroso estudio toda la tarde, en el club. ¿Y tú? ¿Has salido?

—¿Con este tiempo? No, he estado aquí todo el día.

—Voy a cambiarme de calcetines y en seguida estaré contigo. Olvidé mis chanclos. Los dejé en el restaurante y me he mojado los pies yendo al club.

—Pues es muy raro en ti. Debías tener alguna otra cosa en la cabeza. ¿Estabas sumido de nuevo en alguno de tus profundos pensamientos?

—Y muy profundos, por cierto.

Fue al dormitorio y se puso unos calcetines secos y las zapatillas.

—Pues yo también he estado pensando en algo. Quiero ir a Florida.

—¿Florida? Debes querer decir Palm Beach. Pero sobrestimas mis recursos. Solos los millonarios van allá.

—¿No eres tú millonario?

—Pues no. ¿Y por qué quieres ir a Palm Beach?

—Bueno, a cualquier lugar fuera de aquí. ¿Por qué no podemos ir a Europa?

—En lo que piensas es en algún lugar lejano. Prácticamente vivimos en Fort Penn. ¿Por qué quieres irte?

—Estoy harta de Fort Penn, me pone enferma. Y Lyons también. ¡Oh, ya te enterarás! Es mejor que te lo diga yo misma. No nos invitarán al baile de San Valentín.

—Pues claro que nos invitarán. Lo hicieron el año pasado y nunca quitan tu nombre de esa lista.

—Pues lo quitaron.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Qué importa quién me lo dijera? Lo sé de buena tinta... ¡A la perra esta ciudad! Quiero irme de aquí. Y de Lyons. Y de Pennsylvania. Y de los Estados Unidos. En seguida.

»—Bien, primero tengo que ver eso del baile. Me han invitado toda la vida. Y nos invitaron a los dos el año pasado. Quiero saber por qué han

dejado de hacerlo de repente.

—¿Y qué importa? Si alguna de esas mujeres lo ha hecho por mí, pueden irse todas al diablo.

—No lo hicieron en Navidad. Hasta tuvimos demasiadas invitaciones. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? Puedo preguntárselo a Esther.

—¡Esther! Pertenece a la comisión. No te dirá nada.

—Me lo dirá.

—¡No te atrevas a preguntárselo!

—Pues lo voy a hacer.

Se levantó para ir al teléfono.

—Si lo haces, te abandonaré.

Robert se sentó.

—¿Quieres un pitillo? Veo que ya has fumado algunos...

—No puedo ni fumar sin que alguien me espíe.

—Lo quieres, ¿sí o no?

—No.

—¿Has hablado tú con Esther?

—No.

—¿Estás segura?

—Bueno, está bien. Pues sí. Estuvo aquí anteayer y me lo dijo.

—¿Sin explicar por qué? Esther no hubiera venido a decírtelo sin darte la razón. ¿Estás segura de que Esther no te dio una oportunidad para explicar lo que fuera?

—¿Explicar, qué?

—El motivo de que no nos invitaran. Mira, Esther no suele proceder así... dispensa. —Se interrumpió para estornudar—. Estoy resfriándome. Pero siguiendo, Esther te cobijó bajo el ala, por decirlo así, durante el primer año de nuestro matrimonio. No, no es propio de ella abandonar a una amistad sin una explicación.

—¿Quién es amigo de ella? Tú, no yo.

—Ambos. Hizo más por ti de lo que habría hecho como simple amiga mía. —Estornudó de nuevo—. Quiero llegar al fondo de este asunto.

—¿Para qué? ¿Para oír un montón de embustes sobre mí?

—Sí. Hedda. Me gustaría oír un montón de embustes sobre ti. Creo que sería mejor oír eso que verdades.

Ella se puso en pie y le dio una bofetada.

—Toma esto... ¡Ojalá cojas una pulmonía y te mueras!

—Me ahorraría así una serie le disgustos, pero me parece que es sólo un resfriado. —Levantóse también, y fue al teléfono—. No voy a llamar a Esther. Voy a pedir otra habitación para que mi cara mitad no se contagie. Pero hablaré con Esther.

—Ya te dije que si lo hacías te abandonaría.

—Sí, ésa podría ser una de las consecuencias, caso de que hable con Esther. Tú me abandonas, yo te abandono. ¿Por qué no me dices la verdad? ¿Por qué te borraron de la lista del baile? Tú lo sabes... Entonces, ¿por qué no quieres decírmelo? ¿Cuánto crees que tardaré en descubrirlo...? Con recepción, por favor. Aquí, Mr. Millhouser. ¿Podría darme una habitación próxima a la que ahora ocupo? He atrapado un fuerte resfriado. Gracias... Bien, me darán la habitación de enfrente.

—Por lo que me importa, pueden darte el hotel entero. Quiero dejar esto y quiero dejar esta ciudad.

—Ya me lo has dicho. Lo que yo quiero saber es por qué quieres dejar tan repentinamente un lugar que hasta hace muy poco parecía ser el cielo sobre la tierra. Estoy seguro de que lo descubriré, pero preferiría que me lo dijeras tú.

—De todos modos, vas a hablar con tu amiga Esther.

—Preferiría no hacerlo, pero si no me dejas otra alternativa, lo haré. Voy a poner algunas cosas en un saquito. Fue al dormitorio y empaquetó algunos objetos para trasladarse a la otra habitación. Oyó llamar con los nudillos a la puerta del recibidor, y la abrió. Era un botones.

—Buenas tardes, Mr. Millhouser. Traje la llave para el cinco-catorce.

—Buenas tardes, Jimmy.

Robert vio que Jimmy, en vez de mirarle a él, no apartaba sus ojos de Hedda.

—Hola, Mrs. Millhouser —dijo el botones.

—Buenas tardes —dijo Hedda.

Había una evidente falta de respeto en el saludo del botones; como si hubiera insistido en que ella le hablase y poniéndola por ende en situación de familiaridad. Era ya un hombre, e instintivamente Robert lo clasificó entre la partida del restaurante.

—¿Quiere tomar mi bolso?, —dijo Robert.

—Mal tiempo fuera, señora —dijo Jimmy. Hedda no replicó ni lo miró, y él tomó el saquito y acercándose a la puerta la abrió para que Robert pasase —. Buenos días, señora —dijo luego.

Ella continuó ignorándolo. Robert le siguió.

No volvió a ver a Hedda aquella noche, ni el siguiente día, hasta la caída de la tarde. Entonces, Hedda llamó a la puerta de su habitación.

—¿Has comido algo?, —preguntó ella.

—No necesito nada, gracias. Puedes hacer lo que desees.

—Voy a llamar al médico. ¿Cuál quieres que venga?

—Sólo conozco a Harold Parkinson.

—Bien, ¿por qué no le dijiste a Esther que estabas enfermo?

—Muy lista, Hedda. Pero no he hablado con Esther. Si quieres ayudarme, puedes llamar al médico del hotel. Supongo que tendrán uno.

No fue un doctor residente, sino un afanoso practicante que olía a láudano el que acudió y le tomó la temperatura con gran solicitud.

—¿Tiene usted un médico fijo en la ciudad, Mr. Millhouser?, —preguntó.

—No.

—Su esposo debería ser trasladado en seguida a una clínica, Mrs. Millhouser.

—Pues trasladémosle. ¿Quiere hacer el favor de tomar las disposiciones?

—Pues no estoy en conexión con ninguna, pero...

—¿Conoce usted al doctor Parkinson?, —dijo Robert.

—Sí, claro. ¿Lo conoce usted? Es más bien un cirujano, pero si lo conoce, es diferente.

Robert fue llevado en una ambulancia a una habitación de la clínica. Y durante los días siguientes, que fueron como un largo día y muchos cortos con breves momentos conscientes, vio los rostros de Hedda y de Ruth Steele, de dos enfermeras, el de Harold Parkinson, un doctor más joven, otras enfermeras, una y otra vez. A veces oía un nombre y pensaba que veía el rostro al que el nombre pertenecía, pero al tratar de hablarle, se convertía en el de una de las enfermeras. El doctor más joven se convirtió en Gianni, el amigo de Alfredo di Cattaneo, y el rostro de Leonard Vance se transformó en el de Bart Vance, Harold Parkinson en el doctor Willets y Hedda era una muchacha llamada Zaza. De pronto un día, por la mañana, abrió los ojos y vio claramente, respiró sin esfuerzo, y habló a la mujer de bata azul y delantal blanco que le volvía la espalda.

—Buenos días —dijo—. ¿Cómo se llama usted?

—Miss Fogarty —dijo ella—. Soy la enfermera de día. ¿Cómo se encuentra usted?

—Pues muy bien, gracias.

—Ha estado usted muy enfermo. ¿Quiere que le pase la silleta?

—¿Está mi mujer por ahí?

—Generalmente suele estar hacia las nueve y media o las diez.

—¿Qué hora es?

Miss Fogarty consultó su reloj de pulsera.

—Poco más de las diez. Cuatro minutos.

—Entonces se ha retrasado un poco.

—Suele venir con su madre, Mrs. Steele. Mientras evacúa usted iré en busca del doctor Schertlinger.

—¿Quién es el doctor Schertlinger?

—El interno de servicio.

—Gianni.

—No, no Johnny. Heber. Heber W. Schertlinger.

—¿Creyeron que iba a morirme, la noche pasada?

—¡Qué cosas de decir! Ahora está usted muy débil. No pierda fuerzas haciendo preguntas...

—Tengo la sensación de que (ahora son las diez), de que se suponía que iba a morirme hacia las cuatro de esta mañana.

—Yo no estuve presente, si fue cuando la crisis; pero ande, haga lo que tenga que hacer. Luego, quisiera que durmiese un poco.

—Ensille mi caballo y téngalo a la puerta dentro de media hora.

—¡Santo Dios!, —exclamó ella, tomándole el pulso.

—Bromeaba. No estoy delirando, miss Fogarty. Ande, deje de sobarme la muñeca... Bien, tengo una sorpresa para usted, miss Fogarty. Ya puede llevarse la silleta. Ahora quisiera sentarme.

—No debe hacerlo, pero si se está quietecito le traeré un poco de jugo de naranja. Si se está quieto, eso es.

Hedda y Ruth Steele llegaron mientras el interno se encontraba en la habitación.

—Buenos días —dijo Robert.

—Buenos días —le respondieron.

—El doctor Parkinson vendrá dentro de una hora —dijo el interno—. Si desea algo, pídaselo a miss Fogarty.

Se marchó, y la enfermera le siguió.

—Bien, todavía estoy aquí —dijo Robert—. Tengo la sensación de que os tuve levantados hasta muy tarde la noche pasada.

—¡Oh, ya está todo bien!, —dijo Ruth Steele—. Os dejaré solos durante unos minutos.

—¿Cómo está Ed?

—Muy bien. No ha dejado de telefonear ni un solo día para saber cómo estabas.

—Muy atento. Dale las gracias.

—Bien, me marchó, pero estaré ahí fuera.

—Bueno, ¿y tú cómo estás, Hedda?, —preguntó Robert cuando se quedaron solos.

—Creo que bien. ¿Cómo te encuentras tú?

—Débil. Pero supongo que comenzando a sentar cabeza. Tú, sin embargo, más bien parece cansada.

—Estuvimos aquí hasta las cinco de la madrugada, mi madre y yo. Quisieron darnos una habitación al fondo del pasillo, pero odio los hospitales. No habría podido dormir.

—Tampoco tuviste mucho tiempo para hacerlo en el hotel.

—Lo haré esta tarde. El doctor dijo que pronto te pondrás bueno.

—Sí. ¿Has venido cada día?

—Muy amable por tu parte, también. Gracias.

—Bueno, eres mi marido, y si hubiese estado yo enferma habrías venido. Me hablaste, ¿no sabías que era yo?

—No siempre.

—Tenías dificultad en decir mi nombre. Zaza en vez de Hedda, pero hablabas así. Murmurando. Era difícil comprenderte.

—Siempre he sido un hombre difícil de comprender, ¿verdad, Hedda?

—A veces.

—No te quedes de pie. ¿Por qué no te sientas? Debes de estar muy cansada.

—Está bien —dijo ella—. ¿Cuándo crees que podrás salir de aquí? ¿Te dijeron algo?

—No, pero creo que dentro de una semana. Puedes ir a casa, si quieres.

Hedda no respondió.

—O con tus padres, si no deseas estar sola en casa. O bien que tu madre vaya contigo. Pero yo me levantaré pronto y estaré en casa dentro de una semana.

—Aún no sé lo que deseo hacer. No quiero volver a Lyons, y no me gusta mucho quedarme sola en el hotel, pero mamá tendrá que volver a Lyons. La única persona que he visto aparte de mi madre es Ben Roseberry. No tengo nada que hacer en esta ciudad.

Súbitamente se había dado cuenta de la aterradora soledad a la que se enfrentaría cuando su madre regresara a Lyons. Aunque esta soledad fuera

producto de su disputa con Esther y con el resto de Fort Penn, era un ser perdido, una niña desvalida, y Ruth sintió compasión por ella.

—Siento todo lo ocurrido, Hedda. No, todo no, esto no es verdad. Pero quise hacerte feliz.

—¡Oh! No hablemos de eso mientras estés enfermo. ¿Cuál es, al fin y al cabo, la diferencia?

—No te quedes en Fort Penn Vuelve a Lyons con tu madre.

—Creo que es lo que voy a hacer, si no te importa.

—Sí, hazlo, y yo volveré a casa tan pronto como pueda. Estás encantadora, Hedda.

—No lo dirás durante mucho tiempo —dijo ella.

—Querré decirlo siempre —replicó él.

Ben Roseberry insistió en acompañar a Robert a Lyons.

—Quizá sea el caso del ciego conduciendo al cojo —dijo Ben—. Pero me sentiría mejor si dejaras que te acompañase.

—No voy a oponer mucha resistencia —dijo Robert—. Aún tengo un poco débiles las rodillas. No conseguí acostumbrarme a la comida de la clínica...

Ben, el listo abogado, debía de haber sabido que su impasibilidad durante las últimas semanas había sido más reveladora que una franca discusión sobre el problema de Hedda. Todos los chismorreos llegaban a oídos de Ben: políticos, sociales, de negocios, personales. Era el confidente de muchos hombres y mujeres de todas las clases, y Robert razonaba que Ben debía de haber sido uno de los primeros en oír historias sobre Hedda. Resultaba curioso que sin nada en que basarse, Robert creyera que había chismorreos en abundancia, pero, por otra parte, no lo era tanto. El ominoso silencio de los hombres del restaurante era bastante para un hombre que no fuese completamente obtuso, la conversación con Hedda había estado circunscrita, sin detalle específico de acusación o negativa, y era un caso de dos personas que se comprendían tan bien, que todo resultaba dicho sin necesidad de pronunciar ni media palabra. Robert estaba seguro de que Ben esperaba que aún no hubiese oído el chismorreos, e igualmente seguro de que Ben tenía alguna esperanza de poder «enmendar la plana», expresión que a menudo empleaba para cubrir algunas de sus más intrincadas maniobras legales. Pero Robert no veía motivo en mantener su silencio, y por casualidad se presentó una oportunidad en el tren para traer a colación el tema de Hedda. Tenía el periódico de la tarde sobre las rodillas y dijo:

—Vamos a echar un vistazo a esto. Los nombres de la Comisión del baile de San Valentín... —Leyó rápidamente la lista para sí mismo—. Ninguna pista —dijo al acabar—. Las mismas personas que el año pasado. —Esperó, pero Ben no preguntó qué pista era aquélla—. Supongo que no servirá de mucho preguntártelo a tí.

—¿Preguntarme qué?

—Quién nos sabotó la fiesta este año.

—Bueno, ¿me estás preguntando? ¿Y quieres saberlo?

—Supongo que no.

—Te podría decir quien pienso que os eliminó de la lista, pero me niego a ser arrastrado a la siguiente pregunta. Tienes que respondértela tú mismo.

—Me parece que no he sido sincero contigo, Ben. Estás tratando de permanecer amigo de ambas partes, y eso es difícil.

—No, cuando realmente se aprecia a ambas partes, y en tanto que ninguna de las dos trate de sacar algo de mí. Hay una situación, y los tres la conocemos, y yo deseo mantener útiles mis servicios, por si son necesarios. Es un poco oscuro, pero no puedo ir más lejos.

—No hay nada oscuro en ello. Lo comprendo, y también lo comprendería Hedda.

—Sí, Hedda lo comprendería.

No cabía duda de ello, pues Hedda no manifestó ni sorpresa ni curiosidad ante el hecho de que Ben hiciera el viaje con Robert. Los tres cenaron juntos, y Robert se retiró temprano, cansado, pero no agotado, como lo habría estado de haber cenado solo con Hedda. No esperaba que ésta fuese a su cuarto, y no fue en efecto, y Robert se sintió contento de que Ben se quedara otro día y otra noche. Estaba manteniendo deliberadamente apartados a Hedda y Robert, posponiendo una confrontación que los tres sabían inevitable, pero dando a Robert un descanso extra de un día o dos y a Hedda el tiempo necesario para que considerara las ventajas de una vida tranquila en Lyons, ahora que Fort Penn había sido un fracaso.

Pero Ben Roseberry no estaba en posesión de todos los hechos. En realidad, no estaba en posesión de ningún hecho, pero aun si Hedda hubiese confirmado el rumor respecto a Bart Vanee, quedaba aún el hecho que para ella significaba más que cualquier otro. No necesitaba que un médico le dijera que estaba encinta, y por consiguiente no podía hallar ya la paz en la tranquila vida de Lyons.

Durante el tiempo que pasó en Lyons antes del regreso de Robert, Hedda había observado la sutil diferencia que se había operado en la forma en que

las personas hablaban de ella: la miraban primero, y luego comentaban, en lugar de mirar y hablar al mismo tiempo. También había sucedido con demasiada frecuencia que algunas mujeres no hablasen en absoluto... con demasiada frecuencia para ser casual. Mientras estuvo en casa de su madre, se quedaba en ella por la mañana.

Pasó el primer día después de la marcha de Ben, ofreciendo únicamente una solicitud de enfermera, con atenciones impersonales relativas a pequeñas comodidades, y manteniendo una distancia. Pero el segundo día, Robert dijo en la comida:

—Tenemos que hablar, Hedda. ¿Después de comer?

—Está bien —respondió ella.

Fueron a la salita pequeña, y él cerró la puerta.

—¿Qué piensas hacer?

—Quiero marcharme.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿cómo? Supongo que no quieres ir conmigo.

—No.

—Di lo que tengas que decir, Hedda. No me obligues a preguntártelo cada vez. ¿Qué quieres hacer?

—Si me das dinero, me marcharé y no volveré más.

—¿Cómo sabes que eso es lo que yo deseo?

—Me has dicho que te dijera lo que quería, ¿no es eso lo que tú querías también?

—Tú quieres el divorcio, supongo. ¿Pero hay alguna razón para que te diese dinero para que te marcharas con otro hombre?

—No, a menos que quisieras librarte de mí. Entonces, merecería la pena.

—Hay otro hombre, desde luego.

—Esto me recuerda cuando te conocí por primera vez. Estás intentando saber las cosas sin hacer preguntas. Bien, haz si quieres tus condenadas preguntas, pero no te voy a decir nada a menos que las hagas. No me vas a sacar nada por nada. Si quieres saber algo, debes probar la suerte y hacer tus preguntas. Eres un cobarde. Deberías verte la cara. No sabes si tumbarme en el suelo o matarme.

—Sí que lo sé.

—Entonces no tendrás que echarme al suelo. Tenemos una cama cómoda arriba, e iré si me lo pides. Pero tienes que pedírmelo, Robert.

—¿Quieres ir realmente arriba conmigo?

—Sí, ya te he dicho que sí. Ahora somos como cualquier otra pareja. Ya no somos marido y mujer. —Se levantó—. Estoy lista, cuando quieras.

—Yo no soy como tú, Hedda. Eso no me excita tanto como a ti.

—En esto te equivocas. No es hablar de ello lo que me excita. Es tu cara. Podrías ser muy bien otra persona. Tú eres otro hombre, pero conozco tu nombre. Ven, Millhouser.

Soy otro hombre, sí. Tú has destruido completamente al que conociste.

—Está bien. Tanto mejor.

—¿No te importa destruir a alguien que te ha querido?

—¿Quererme a mí? Tú no has querido nunca a nadie excepto a ti mismo. No lo has conseguido ni nunca lo conseguirás. Igual pudiste haber sido otra mujer. Tu constitución es la de un hombre, con todo el aspecto de un hombre, pero en el fondo no lo eres. Hay algo en ti que no encaja, Robert. Lo mismo ocurre conmigo. Pero tengo yo más de lo que no me corresponde como mujer, que no tienes tú. Nunca vi tu cara como ahora, ¿y dices que he destruido al que me quería? Acaso lo hice. ¿Quién sabe? Acaso es que deseaba realmente ir arriba, hace un minuto. Y acaso querrás a alguien, si es que has cambiado. Pero quizá estoy equivocada en eso. Quizá no hayas cambiado.

—¿Es ésta la joven que se queja de que yo pienso demasiado?

—Sí. Pero yo también pienso a veces.

Robert se levantó.

—¿Vamos arriba?, —dijo.

—No. He cambiado de parecer.

—Anda, vamos.

—Está bien.

Se acostaron y Robert se quedó dormido.

Al despertar, vio que Hedda estaba sentada ante el tocador, fumando un pitillo y peinándose.

—¿He dormido mucho?, —dijo él.

—Cosa de una hora, me parece.

—Acércate —dijo él.

Quitóse ella el batín y volvió a acostarse, mas todo fue inútil.

—Te he perdido —dijo él—. ¿Verdad?

—No lo sé.

—Suponiendo que sí... Bueno, casi tengo cincuenta y tres años.

—Podrías probar con otra mujer.

—No quiero. Y tampoco que vayas con otro hombre.

—No podrás detenerme. Sabías que sucedería. Y ha sucedido. —Hablaba como cosa sabida, sin mucho enojo—. ¿Por qué no se lo pides a tu amiga

Esther? Acaso ella podría ayudarte... Siempre ayuda a las personas. Sinceramente, no me importaría que la trajeses aquí.

—Y tú y Mr. Vanee en la habitación contigua, supongo.

—Con Mr. Vanee no. Ya no le quiero, ¿pero qué importa con quién sea? Desde luego, habrá alguien. Todavía no estoy muerta.

—No será Mr. Vanee, ni nadie, Hedda.

—Pues lo será. Mañana me marcharé de aquí y no volveré jamás.

—¿Adónde irás?

—No lo sé. Acaso con mi abuelo, al Oeste. Supongo que no querrás darme dinero, pero puedo empeñar las joyas que me regalaste.

—Si te dejara marchar, no sería mezquino, Hedda. Pero no te lo permitiré. ¿Por qué te niegas a comprenderlo?

—Porque no podrás detenerme. Voy a vestirme y a marcharme ahora mismo.

—No lo hagas. Cuando menos, piénsalo durante la noche.

—Una noche no me hará cambiar de decisión.

—Hazme ese favor.

Hedda rió.

—Voy a quedarme porque mi padre tiene a tres ingenieros invitados en casa, no por favor.

—Eres una criatura exquisita, Hedda.

Ella se levantó y se puso el batín.

—Gracias —dijo.

Y ésta fue la última palabra que le dijo.

Robert abandonó el cuarto, sin otro plan que el de estar solo y ocultarle así a Hedda algo que pudiera mostrar su humillación. Ella le había procurado, amablemente, Una explicación de su impotencia: era demasiado pronto después de su salida de la clínica; jamás hubiera creído que pudiera estar tan débil. Pero ahora sentía algo muy semejante al vértigo contra el que había luchado en el restaurante de Fritz Gottlieb. Entonces había logrado vencerlo concentrándose en las botellas que habían flotado hasta la costa de Portugal, pero ahora podía retrotraerse a aquel tiempo, y fijar desde entonces el momento que era el principio del fin de su deseo por Hedda. Le habían hecho una punción, y casi literalmente el deseo comenzó a escurrirse. Y así había continuado durante su enfermedad, cuando fuerza y deseo le fueron extirpados por los neumococos y por un miedo consciente. En la clínica pudo pretender que la dolencia le quitaba la fuerza, y con ella el deseo; pero no había besado nunca a Hedda en el hospital, y tras los primeros días, ella había

cesado de besarle en la frente. ¿Por qué se encontraba ahora mirando tan inquisitivamente su imagen en el espejo? ¿Qué es lo que ella había visto en su cara?

No podía ver nada que no hubiera estado allí hacía apenas un día. La piel un poco más tirante sobre los pómulos, un poco más lacia bajo la mandíbula, una sombra más pálida en los ojos, la mirada de un hombre que había pasado por una enfermedad crítica. No era posible que Hedda hubiera visto algo más que esto. Y sin embargo, había tenido miedo de él. Y este miedo no había disipado su impotencia, sino que había creado en ella una ausencia de lubricidad que era también impotencia, y que no duraría más que el tiempo que a ella la llevara descubrir un hombre al que deseara. Pero lo había olvidado: no habría tal hombre. Pues aquélla era la noche en que ella iba a morir.

¡Cuán extraño que él hubiera sabido —¿hacía cuánto tiempo... tres semanas?— que ella iba a morir, que habría de matarla, pero que nunca hubiera pensado en que forma había de acabar con su vida! Era como si pensara que su intenso deseo de matarla bastaría a hacerlo. No era característico en él, tanto por tratarse de un hombre de hábitos precisos como de quien nunca había pretendido poseer extraordinarios poderes, que no hubiese escogido un arma, o hubiese podido causarla la muerte sin una. Y el pensamiento de un arma le sugirió inmediatamente el método a emplear.

Se vistió, se detuvo en el recibidor para tomar una sobretodo, y fue al establo. Moisés estaba dormitando junto a la estufa.

—Quisiera que fueses a la farmacia y pidieras una botella de mi medicina para la tos, Moisés.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. Esperaré a que vuelvas.

—No tiene necesidad de esperar aquí. Se la llevaré a casa.

—¿Quieres hacer lo que te digo?

—Se ha vuelto raro, mi amo, desde que estuvo enfermo.

—Y todavía me volveré más si no vas a buscarme la medicina en seguida.

En cuanto Moisés atravesó con la tartana la puerta del jardín, Robert abrió el cajón en el que sabía se encontraba la pistola. En efecto, allí estaba, cargada y bien engrasada. Se la metió en el bolsillo, volvió a entrar en casa y la guardó en un cajón de su escritorio. Cuando Moisés volvió, Robert se hallaba tendido en su cama.

—Miré por todas partes en el establo a ver si estaba.

—Me cansé de esperar.

—Aquí tiene el *elixir*. El doctor Brown dijo que no tome mucho. No más de cuatro cucharaditas por día. Dijo que se había llevado usted una botella hace dos días y que aún debía quedarle algo.

—Sí que me queda, pero quería tener otra de reserva.

—Mr. Robert. ¿*Qué é lo que sucede?* ¿*Qué é lo que no marcha bien?*

—No ocurre nada especial.

—Siempre, desde que fue *usté* pequeño, ¿cómo le diría...? se le notó cuando le pasaba algo, y la *mismita* impresión me dio cuando estuve buscándole en el establo. Algo hay que no marcha aquí, me dije. *Usté* no se cansó de *esperé*. Si hubiera *usté* estado esperando, no habría *dejao* apagarse mi estufa. *Usté* no esperó *naita*. ¿Qué... é lo que va mal?

—Nada. ¿Quieres decir a Sofía que hacia las siete me traiga un poco de caldo a mi habitación? No bajaré a cenar. Y díselo a Mrs. Millhouser.

—¿Yo *desirselo* a Mrs. Millhouser? ¿Por qué no se lo *dise* *usté* mismo? ¿Es eso lo que no marcha bien?

—No seas pesado y no hagas preguntas que no son de fu incumbencia.

Tan pronto como Moisés se marchó, Robert tomó la mitad de las seis onzas de medicina para la tos. Siempre le hacía dormir, hasta una cucharadita, y aquella dosis seguramente le dejaría como un leño.

A las siete, Enriqueta llamó repetidamente a su puerta, pero al no obtener respuesta, informó a Hedda. Ésta abrió la puerta del dormitorio de Robert. Estaba tendido de espaldas y roncando.

—Dejémosle que duerma —dijo. Cuando a las diez se dirigió a su dormitorio, volvió a mirar. Seguía dormido, aunque los ronquidos habían cesado—. Me parece que va a dormir toda la noche —le dijo a Enriqueta.

Eran las once o las doce cuando Robert se despertó; no estaba seguro de cuantas campanadas habían sonado en el reloj del Ayuntamiento. Le dolía la cabeza y tenía sed, pero estaba tan atontado que el pensamiento del esfuerzo de levantarse para tomar un vaso de agua le amodorró de nuevo y se durmió. Las siguientes campanadas que oyó fueron las de las dos. La casa y el pueblo estaban en silencio, y él estaba solo en el mundo, hasta que la renaciente conciencia le llegó con la realidad de su jaqueca, aguda e 1 intensa ahora, y de su sed, tan grande que a pesar del dolor que el más ligero movimiento le causaba en la cabeza, le hizo olvidar que estaba solo en el mundo. La sed y la jaqueca eran reales, y había demasiadas personas en el mundo, tan reales como su boca seca y el martilleo de su cerebro. Fue al cuarto de baño a oscuras, temiendo el aumento de dolor que le produciría la claridad de la luz eléctrica al darle en los ojos. Halló fácilmente el vaso y bebió una y otra vez;

el agua estaba fría, por lo que tomando una toalla la empapó y se la aplicó a la frente, sin que se aminorara por ello el dolor.

Volvió a su habitación y se sentó en el sillón. Hedda no debería haber dicho aquellas cosas espantosas... Había decidido matarla, pero podía haberlo pospuesto hasta que se marchara. Ella podía haberse marchado. No había decidido cómo... Si ella no hubiese dicho aquellas cosas tan horribles, podría haber actuado a impulsos del miedo y escapado de él. Pero había sido fría y deliberadamente cruel; había destruido al hombre que él había sido, y que habría llegado a ser, y no experimentó el menor pesar... Había profanado lo que quedaba de aquel hombre por su depravación, y con el placer que le habían proporcionado la libre admisión de los hechos de convertir la confesión en una jactancia... Ella había declarado su intención de tener otro hombre, y por fin le había forzado a humillarse, de la manera más despectiva, retándole con su fingido ofrecimiento de una tentación, desafiándole a responder a la belleza de su cuerpo, y burlándose de él con los ritos faltos de pasión de su propio acto amoroso. Ella había hecho imposible que él hiciera otra cosa que la que estaba a punto de hacer.

: No oyó más campanadas del reloj del Ayuntamiento, que parecía haberse convertido en parte del silencio exterior, al igual que del lejano movimiento de los vagones de carbón, ruidos en la noche de los que nunca se había dado cuenta. Miró a través de la ventana; la oscuridad era no menos total por los faroles de las calles, que el silencio por los ruidos familiares. Pero de pronto, por encima de la cadena de montañas, vio asomar un resplandor, la claridad que precede a la luz. Había llegado el momento. El tiempo, el ruido y la luz no habían significado nada hasta ahora, pero la luz primera era un excitante. Lo que tenía que hacer, había de ser hecho mientras durase la oscuridad. Su mano empuñó la pistola, y se dirigió al dormitorio de Hedda.

Se detuvo al pie de su cama, hasta que pudo percibir el contorno de su cuerpo; la claridad fue aumentando y pudo ver como cambiaba lentamente de posición. Ahora se hallaba con su mejilla derecha apoyada contra la almohada, y con su brazo izquierdo extendido; la mano pendía fuera de la cama. Se acercó más, y extendió la mano hasta tener la pistola a un metro apenas de ella. Apretó el gatillo y disparó al corazón.

Hedda no hizo el menor movimiento; parecía como si la hubiesen clavado a la cama. Durante un segundo pensó que no había disparado, pero la detonación le estremeció. Dio un paso atrás, con la pistola aún en la mano y el

brazo colgado a un costado. No apartó la vista de ella, hasta que vio la sangre que comenzaba a manar empapando la sábana bajo su sobaco izquierdo.

—Lo siento, Hedda —dijo en voz alta.

Pronto la sangre cesó de fluir, y Robert Millhouser se preguntó qué había de hacer ahora. No quería abandonar a Hedda, pero la luz del día ya había llegado, y tenía que confesar un crimen. Volvió la pistola al bolsillo y cubrió la cara y cuerpo de Hedda con el cobertor de seda que estaba plegado sobre una silla. Luego salió de la habitación, bajó las escaleras y marcó en el teléfono el número del Dr. Willets.

Una voz de niño dijo al otro extremo del hilo:

—Aquí el domicilio del Dr. Willets.

—¿Puedo hablar con tu padre, por favor? Llama míster Millhouser.

—Sí, señor —respondió el chiquillo.

—Buenos días, Mr. Millhouser. —Era la voz del doctor Willets—. ¿Suced algo?

—Mucho, doctor; Tengo que prepararle a usted para un choque.

—Ya estoy acostumbrado a ellos. Diga.

—Acabo de asesinar a mi mujer.

—¿Cómo?

—Sí, le pegué un tiro en el corazón, con una pistola.

—Ya. Iré en seguida. Entretanto, déjelo usted todo tal como está. Quizá sería mejor que telefoneara a George Holliday, si es que no lo ha hecho ya.

—Gracias, doctor.

—¿Por qué me llamó a mí? El Dr. Dixon es el forense.

—Su padre quiso que me casara.

—¿Mi padre quiso que se casara usted? Creo que haremos mejor en no hablar más hasta que esté yo ahí.

A continuación, Robert Millhouser llamó al número del Ayuntamiento, pero el operador le respondió:

—Ahora no hay nadie, Mr. Millhouser. Tommy Fenstermacher no viene a trabajar hasta las ocho, pero puede dejarme el recado, si lo desea.

—No, gracias. ¿A qué hora está abierto el despacho de Mr. Holliday?

—Su hija suele estar allí poco después de las ocho. Se detiene en Correos, y ello le lleva unos quince minutos; y para entonces también suele estar Mr. Holliday.

—Gracias. Llamaré más tarde.

Aún no había llegado a experimentar sensación alguna sobre la enormidad que había cometido. Se sentó en la pequeña salita, consciente del asesinato,

pero sin sentir todavía tristeza ni miedo. Concedía la mayor importancia al acto y a los probables efectos sobre sus emociones y su seguridad, pero su pensamiento práctico estaba ocupado en cuestiones de secretariado. Había personas a las cuales debía de notificar el hecho. Se halló meditando en la conveniencia de telefonar a Ed y Ruth Steele y se puso a pensar en los detalles. ¿Qué era lo más honrado y noble? ¿Hablar a Ed Steele o dejar que lo supiese por otra persona? ¿Debía hablar a Steele? ¿Era lo más humano decírselo? Sólo tras cierta ponderación se dio cuenta de que su honorabilidad, su dignidad y cualquier otra virtud por el estilo se habían ido para siempre jamás, sin que ya lo pudieran remediar ni el padre, ni la madre, ni la muchacha muerta en el piso de arriba. Y su lentitud en llegar a tal conclusión daba la medida de cuán poco le había afectado hasta entonces lo que había hecho.

La primera reacción auténticamente civilizada que le produjo el crimen, fue la impaciencia. Al comenzar a sentirse impaciente por la tardanza del doctor, comenzó a sentir. Y la impaciencia que le producía la tardanza del doctor se amplió a la impaciencia que le producía lo de los vengadores: que vinieran y lo colgaran y acabaran de una vez. Luego, de la impaciencia pasó al nerviosismo, y de éste al miedo auto-protector. Era éste el que le dominaba cuando llegó el joven doctor Willets.

Robert Millhouser oyó la campanilla de la puerta y se levantó para ir a abrirla, casi humorísticamente sorprendido de que también Enriqueta se dispusiera a hacer lo mismo. Ésta y Sofía no se habían enterado aún de lo ocurrido.

—Buenos días, Mr. Millhouser. No sabía que estuviera usted abajo —dijo Enriqueta.

—Yo abriré la puerta, Enriqueta. —Vaciló. No sabía cómo decírselo a esta mujer—. Ha ocurrido algo horrible.

—¿Horrible? ¿A Mrs. Millhouser?

Casi le agradeció su ayuda.

—Si, ha muerto, y usted y Sofía pueden dejar la casa. Yo la maté.

Ella le miró desconcertada. Le creía por completo, pero el hecho de tenerle tan cerca, le producía una especie de incredulidad. Y de pronto, lanzando un chillido, corrió a la cocina.

Robert Millhouser abrió la puerta.

—Ese chillido fue de la criada —explicó—. Le acababa de decir lo que he hecho.

—Voy a ver primero a Mrs. Millhouser —dijo el doctor.

—Está en la habitación al final de las escaleras y a la derecha de usted, cara a la ciudad. ¿Quiere que le acompañe?

—No.

Era evidente que no deseaba estar en la casa, y qué Robert Millhouser le repelía. Permaneció arriba menos de cinco minutos.

—¿Cree usted que sintió dolor?

—No —respondió el doctor.

—Así lo espero.

—No lo sintió. Eso no quiere decir que no deseara vivir.

—Usted me aprecia, ¿verdad?

—¿Apreciarle a usted? Es el asesinato más a sangre fría que conozco. ¿Sabe usted cómo me gano la vida? Soy médico. Y en cuanto a mí concierne, se halla usted en las antípodas de la raza humana. ¿Dónde está el revólver?

—Aquí.

Robert Millhouser tendió la pistola con la culata por delante, para que la tomara el doctor, quien antes le aceptarla, desplegó un pañuelo.

—He dejado recado para el doctor Dixon. Fenstermacher no tardará en llegar.

—No es necesario que se quede usted.

—Sí lo es. No puedo perderle de vista.

—No intentaré escapar. Y no olvide que podía haber disparado contra usted.

—Lo dudo. Yo habría disparado primero contra usted. —El doctor enseñó a Robert Millhouser un revólver, que volvió a guardar en su bolsillo—. Por el momento, mister Millhouser, es usted mi prisionero.

—¿Prisionero? ¿Yo su prisionero? No soy prisionero de nadie. Soy mi propio prisionero, pero de nadie más.

—No me importa lo que piense usted; pero si trata de abandonar esta casa, dispararé sobre usted. Después de lo que acabo de ver arriba, le descerrajaría las cinco balas.

—Él no escapará.

El doctor se volvió. Era Moisés Hatefield.

—Ah, es usted, Moisés.

—Él no escapará —volvió a decir Moisés—. ¿Verdad mi amo que no escapará *uté*?

—No —dijo Robert Millhouser.

—¿Quiere que le traiga una taza de té, Mr. Robert?, —dijo Moisés—. Las mujeres sí que escaparon.

—Acaso el doctor quiera una taza de té —dijo Robert Millhouser.

—Ya me desayuné en casa —dijo el doctor.

—Yo sí tomaré una taza de té —dijo Robert Millhouser.

Moisés se fue a la cocina.

—¿Qué quiso usted decir con que mi padre deseó que se casara usted?
¿Por qué mencionó usted a mi padre?, —preguntó el doctor Willets.

—No quise decir nada más que lo que dije. Su padre solía decirme que debería casarme. Y lo hice.

—¿Está usted tratando de reprochar a mi padre por algo de esto?

—Sólo deseo reprocharme a mí mismo.

—Nunca comprendí qué vio mi padre en usted. Ni tampoco mi madre.

—Su padre tenía compasión. Sí, hasta por los asesinos. Recuerdo que hace mucho tiempo una mujer mató a cuchilladas a su marido. Hace mucho tiempo, y mi cerebro no funciona muy bien, pero la mujer tenía un embarazo fantasma. Así es como lo llamaba su padre. Un embarazo fantasma. Estaba fuera de sus cabales, desequilibrada. Su padre lo comprendió. Tuvo compasión. Su padre sabía cosas hace veinticinco años, que otros médicos están empezando a descubrir. Quisiera que hubiese estado aquí ahora. Cuando menos hubiera intentado contárselo.

—¿Contarle qué?

—No lo sé. Todo. Esto es lo malo de sobrevivir a los amigos. Esto es lo malo de la vida. Los amigos mueren, y uno muere también. Cuando muere un amigo, esta parte de uno muere también, la parte que era amistad con el amigo. La parte de mí que era Hedda, ya está muerta. Pero ella la mató antes de que yo la asesinara. Ella me destruyó, y yo fui benigno. Nunca debió haber hecho eso. Si yo no hubiese sido benigno, ésta habría sido una historia diferente. Pero lo fui, y me humilló deliberadamente.

—Escuche, me pedirán que testifique contra usted. Por lo tanto, es mejor que se calle.

—Fue deliberado. Quizá no pudo evitar mi destrucción. Pero el humillarme tan deliberadamente... eso era una cosa diferente.

Moisés vino con una bandeja.

—Si los huevos están demasiado duros, le haré otros. Han hervido más de dos minutos.

—No creo que hayan hervido demasiado —dijo Robert Millhouser.

—Moisés, ¿dónde estaba usted cuando ocurrió esto?, —preguntó el médico.

Moisés se volvió y frunció el entrecejo, sin responder a la pregunta. Además, su actitud demostraba a las claras que tampoco respondería a ninguna otra pregunta.

—Tuve otro amigo antes de que su padre y yo lo fuéramos. Su consejo fue exactamente el opuesto. Me dijo que no me casara. Pero él se hizo fraile. Un monje católico. Moisés, ¿quiere darme una cucharilla, por favor?

—Olvidé la cucharilla —dijo Moisés. Fue a buscarla.

—Los dos me conocían muy bien, y sin embargo cuando se presentó la ocasión de aconsejarme, uno dijo una cosa y el otro, otra enteramente diferente. Pero lo que yo deseaba hacer era seguir el consejo de su padre, y el consejo de Chester Calthorp —éste es el nombre de mi otro amigo— iba contra mi inclinación. Siempre deseé casarme y ser como mi padre, por lo que, naturalmente, el consejo del suyo me pareció mejor. Probablemente no compensa hacer lo que se desea. Jamás creía que Chester Calthorp se hiciera fraile. Ni lo hubiera imaginado siquiera. Era un auténtico sibarita, pero me han dicho que ahora está cavando fosas y levantándose a las cuatro de la madrugada. Rezando cada pocas horas. ¿A quién debe rezar un hombre como Chester? Cuando lo conocí yo era a Baco y a Venus.

Llegó el doctor Daniel Dixon, médico forense. Era un hombre joven, pequeño y de pobladas patillas que no le hacían parecer más vieja. Evidentemente le desconcertó el hecho de que Robert Millhouser se estuviera desayunando.

Ambos médicos fueron puntillosamente corteses el uno para con el otro, confirmando así la rápida impresión de Robert Millhouser de su hostilidad profesional.

—No he tocado nada. Sólo he levantado el cobertor para un examen superficial de la herida —explicó el doctor Willets a su colega—. El cuerpo se halla en la misma posición en que lo encontré.

El doctor Dixon, que era recién llegado a Lyons, dijo:

—Ese hombre se está desayunando tranquilamente.

—Pero hablando una jerigonza —dijo el doctor Willets.

—No es jerigonza sólo porque usted no la entienda —dijo Robert Millhouser.

—Le quité una pistola...

—Yo se la di —dijo Robert Millhouser.

—... y aquí está. Yo estoy armado también, y le constituí en mi prisionero mientras llegaba usted.

—Yo no sé qué sea mi prisionero —dijo el doctor Dixon—. A decir verdad, éste es el primer asesinato al que he sido llamado.

—Creo que lo llaman homicidio, doctor.

—Oh, ¿fue usted alguna vez forense?

—Sí, hace años. Puede usted detenerle si lo desea, doctor. Usted es un funcionario jurado del condado. Pero si yo fuera usted, esperaría la llegada de Fenstermacher.

—No voy a escaparme —dijo Robert Millhouser.

—Ha repetido varias veces lo mismo, pero no hay que fiarse. No le quitaré ojo mientras efectúa usted su examen.

—Gracias, doctor.

—Ya que también es de mi incumbencia, ¿me permitiría usted hallarme presente cuando se realice la autopsia?

—Ah, sí, la autopsia. Con mucho gusto, doctor. ¿Cuándo le parece que la hagamos?

—Sugiero que se efectúe esta tarde. Si quiere, puedo avisar al depósito y hacer que saquen el cadáver de aquí. Podíamos empezar por ejemplo alrededor de las dos, y acabaríamos sobre las cinco y media o seis.

—¡No sigan diciendo esas cosas! —gritó Robert.

El estallido sobresaltó al doctor Dixon, quien, excusándose, fue al dormitorio.

—¿Cómo puede usted ser tan frío? «Sacar el cadáver de aquí...». Era mi mujer, y éste era nuestro hogar.

—Sí. Su hogar.

—Yo la asesiné, pero tengo respeto por ella. Y no quiero que diga cosas como «sacar el cadáver de aquí». No es un paquete cualquiera para echarlo a la basura.

—Ahora sí lo es.

Robert Millhouser se abalanzó sobre el doctor Willets y le dio una bofetada. Willets, que era recio como su padre, se puso en pie y obligó fácilmente a Millhouser a sentarse en una silla.

—¡Es usted cruel!, —dijo Robert Millhouser. Se cubrió el rostro con las manos, pero no lloró, y ambos permanecieron en silencio hasta que volvió el doctor Dixon, cuchicheando algo al oído del doctor Willets, quien respondió de la misma manera.

—¿Quiere usted decirme lo que ocurrió, Mr. Millhouser?, —preguntó el doctor Dixon.

—¿Qué voy a decirle? Levanté la pistola, apunté y luego disparé.

—¿Estaba dormida su mujer?

—Sí.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—No lo sé.

—Pero a alguna hora después del amanecer. ¿Digamos las seis y media?

—No lo sé. No había amanecido aún. Al principio no la pude ver.

—Pero apuntó usted.

—Sí.

—Entonces, o había ya luz del día, o encendió usted la luz eléctrica.

—Era poco antes de romper el día.

—Ha dicho usted que apenas pudo verla al principio. ¿Quiere dar a entender con eso que se hallaba usted en la habitación algún tiempo antes de disparar?

—Sí. Lo bastante para poder verla.

—Describa la posición en la cama.

—¿Cuándo disparé?

—Sí.

—Estaba tendida de espaldas, vuelta la cara a la derecha, y creo que con su mano derecha debajo de la almohada. Su mano izquierda pendía fuera de la cama.

—Y usted apuntó y disparó. ¿Dónde se encontraba usted?

—Al pie de la cama. Me incliné un poco hacia delante para apuntar.

—¿Y apuntó usted cuidadosamente?

—Sí.

—Hace un momento, cuando le he pedido a usted que describiera la posición de su mujer en la cama, quiso usted saber si me refería al momento en que disparó usted la pistola.

—Sí. Había cambiado de posición.

—Ya. A eso iba. En otras palabras, usted se estuvo allí durante algún tiempo, el suficiente para que cuando entrase usted en la habitación estuviera a oscuras, y cuando finalmente se decidió apretar el gatillo hubiera claridad.

—No sé cuánto tiempo estuve allí. Seguramente mucho rato, pero no me parece mucho al pensarlo.

—Pero su sentido común le dice que fue mucho tiempo.

—Creo que debió de haber sido bastante.

—Usted sabe que fue mucho tiempo, ¿no es así, Mr. Millhouser?

—Oh, ahora veo a dónde va usted. Quiere que diga que fue un asesinato premeditado, que tuve tiempo de pensar en ello. Bien, lo admito, doctor

Dixon. Me decidí a matar a mi mujer hace dos o tres semanas. Fue un asesinato premeditado.

—Eso es lo que yo quería saber.

—Tan premeditado como la manera en que ella me destruyó. Pero yo no lo hice por venganza. Sinceramente, no. Cuando menos, creo sinceramente que no lo hice.

Dixon y Willets cambiaron rápidas miradas.

—Hasta ayer —prosiguió Robert Millhouser— no hice nada para llevarlo a cabo. Ella lo admitió todo ayer, pero ya hacía tres o cuatro semanas que sabía que iba a matarla. Y eso fue antes de que ella y yo hablásemos de ello.

—El doctor Dixon no está interesado en sus sospechas —dijo el doctor Willets.

—Yo no dije nada sobre sospechas, pero usted sí. También usted debe haber oído el rumor. No causaré trastorno alguno. Me confesaré culpable y pueden ahorcarme.

—Si le dejan a usted declararse culpable —dijo el doctor Willets.

—¿Cómo pueden impedírmelo? Soy culpable. Asesiné a mi mujer. ¿Acaso he tratado de negarlo?

—Usted es un hombre instruido. Usted sabe que, si le permitieran una declaración de culpabilidad, no le ahorcarían.

—No lo sabía.

—Pues ahora lo sabe. Y eso es lo que su abogado intentará hacer. Un juicio de culpabilidad y prisión perpetua.

—Prefiero ser ahorcado.

—Nadie prefiere ser ahorcado, Mr. Millhouser —dijo el doctor Willets.

—Pues le digo que se equivoca. Yo prefiero ser ahorcado. No juzgue usted a la raza humana por lo que ha visto de ella. Usted no la ha visto toda, y por lo demás sólo lo ha hecho con sus fríos ojos. Yo prefiero ser ahorcado.

—No pensé en ello.

—Hace tres semanas estuve a punto de morir de pulmonía. Pero no me morí. Si quiere, puede decir que deseaba tanto matar a mi mujer, que ello me mantuvo con vida. Y acaso sea verdad. Salí de la pulmonía, y los hombres de mi edad generalmente mueren de ella, ¿no es así? ¿Quién viene?

Se levantó al oír voces en el vestíbulo.

—Seguramente es el encargado de la funeraria —dijo el doctor Dixon.

Salió a dar órdenes, y el doctor Willets se quedó con Robert Millhouser.

—Si intentara escapar, ¿dispararía usted contra mí?

—Sí, pero no a matar. Le apuntaría a una pierna.

—Ya. Usted no quiere matarme. Usted quiere que lo haga otro. Ayer, en esta habitación, me llamaron cobarde. Y ahora yo le llamo a usted cobarde, y todo lo peor. Usted quiere verme muerto, pero no por su propia mano. Cuando menos yo cometí mi propio asesinato, doctor. No olvide nunca eso.

—No lo olvidaré nunca. El asesinato más a sangre fría que jamás conocí.

—Su padre le despreciaría por lo que me está haciendo. Ya sé lo que pretende usted. No estará satisfecho hasta que me vea arrastrándome.

—Eso no me satisfaría.

—¿Qué quiere? Quiere verme asustado. Y lo estoy. Pero no voy a dejarme dominar por histerismos ante usted.

—Mire, Mr. Millhouser, yo tengo una hija no mucho más joven que su mujer, unos dos años sólo. Está en la universidad. Es por lo que quiero verle a usted colgado.

—La campanilla... debería ser Tommy Fenstermacher. —Se levantó, y seguido por el doctor, fue a la puerta delantera. En efecto era Fenstermacher—. Tommy, he confesado y me he entregado, pero no quiero que nadie piense que estaba tratando de escapar.

—Está bien, Robert —dijo Fenstermacher—. No vine para detenerle a usted.

Robert Millhouser le miró con agradecimiento.

—Sin embargo, creo que lo hice —dijo.

—Tendrá un abogado. A mí no me diga nada —dijo Fenstermacher—. O si quiere diré a George Holliday que se encargue él. Necesita usted descansar un poco.

—¿Por qué no detiene usted a este hombre?, —intervino el doctor Willets.

—¿Desde cuándo recibo órdenes de usted, doctor?, —replicó Fenstermacher.

—Lo acuso del asesinato de su mujer —dijo el doctor—. No puede usted ignorar eso.

—Puedo, aunque usted diga lo contrario.

—El doctor Dixon está aquí, y el de la funeraria. Vaya arriba y vea el cadáver. Y lo que es más, el doctor Dixon tiene la pistola con la que fue asesinada Mrs. Millhouser. ¿Qué más espera usted?

—A que alguien lo detenga, quizá. Pero no seré yo.

—Hará mejor en detenerme. Tommy. Soy culpable —dijo Robert Millhouser.

—No, eso va en contra de mis principios, Robert. Si León Bensinger quiere detenerle, puede hacerlo. Pero yo no quiero^[20].

Y diciendo eso, Tommy Fenstermacher abandonó la casa.

—Lástima que el padre de Tommy Fenstermacher no hubiese sido médico —dijo Robert Millhouser—. Tommy habría sido un buen médico.

—Fuese lo que fuere su padre, Fenstermacher no tiene respecto alguno por la ley.

—Tengo que pedirle un favor —dijo Robert Millhouser.

—Me procurará algún placer negárselo.

—Es un deber. Es sólo un favor para mí... veré. ¿Quema usted ir a ver a Mr. y Mrs. Steele? ¿Quiere decírselo usted, antes de que lo haga alguna otra persona?

El doctor Willets meditó durante un momento.

—Bien, lo haré. Y llevaré a mi mujer conmigo.

El siguiente en llegar fue George Holliday. *

—¿Dónde está Tommy Fenstermacher?, —preguntó.

—Se fue. Se negó a detenerle —dijo el doctor Willets.

—Le dije que lo hiciera, pero no quiso —dijo Robert Millhouser.

—Fue un error —manifestó Holliday.

—Tiene usted razón que le sobra —añadió el doctor Willets.

Oyeron pasos en la escalera y voces de hombres.

—Ladeadla un poco a la derecha... suave ahora, suave... No ir bajando hasta que la sostengáis mejor... sostenedla, ahora, sostenedla... Ya tengo el extremo, daré la vuelta... ¡Por Cristo, no la dejéis caer...!

En la salita, los tres hombres —Holliday, Willets y Robert Millhouser— cesaron de hablar, y permanecieron silenciosos e inmóviles en las posiciones que tenían al oír las voces y advertir lo que sucedía en el vestíbulo. Holliday inclinó ligeramente la cabeza, y alzó los ojos hacia Robert Millhouser. Se oyó ahora el sonido de los pasos, pesados y regulares. Por fin, la voz de un hombre dijo: «Ya está»; y otro añadió: «¿Quién abre la puerta?». Y un tercero: «Yo la abriré. Creo que será mejor abrir las dos». Después, penetró una ráfaga de aire frío al abrirse la doble puerta, que volvió a ser cerrada.

—¡Santo Dios, Hedda!, —exclamó Millhouser, cayendo sentado en una silla.

* * *

Siempre reinaba la oscuridad en la cárcel de Fort Penn, la prisión del condado de Nesquehela. El patio era tan pequeño en relación a los tres bloques de celdas y al cuarto bloque de despachos administrativos y cuarteles de los guardianes que la rodeaban, que nunca, excepto al mediodía, cedía un poco la oscuridad. Y al mediodía, los presos estaban comiendo. Había oscuridad y el opresivo olor a cárcel que se instala en ella al cabo de un mes de ser habilitada, y no la abandona nunca mientras queda algo en pie. Es el olor de basto desinfectante, hombres sucios, gases corporales, alientos malsanos, vaharada de sopa, cañerías al descubierto, y enfermedades. Ningún otro olor se le asemeja, excepto el de la sangre humana. Allí estaban pues en la oscuridad y el olor, y Robert halló pronto que no existía el silencio que había esperado. Había calma, pero no silencio, y especialmente de noche el lugar estaba lleno de ruidos. Los presos no cesaban nunca de hablar y cuchichear, de reír sin alegría, de roncar y rugir en sus sueños, de gemir de dolor. Los guardianes sólo acudían cuando oían el inconfundible alarido del vencido en una pelea. Las estridentes risas y aullidos de los pederastas y otros degenerados eran pasados por alto por los guardianes, dos de los cuales tenían sus propios amantes entre los reclusos, y que eran protegidos de los otros metiéndoles en celdas separadas. Tan pronto como a Robert Millhouser le fue denegada la fianza y vistió el uniforme de recluso, se le consideró como buena presa a lograr por un preso que fuera capaz de ahuyentar a otros pretendientes. Durante la primera tarde, y en la hora de ejercicio, fue mirado de una manera que al pronto no comprendió, pero que apenas tardó — cuestión de minutos— en descifrar. Un hombre se le acercó por detrás, y rodeándole la cintura con los brazos, dijo: «Tú y yo, ¿eh, querido?». A lo cual, el hombre recibió un golpe en la mandíbula, asestado por otro hombre que decía: «Este viejecito guapo es para mí», e hizo seguidamente lo del primero, quien se puso en pie y atacó a aquél. Sonaron los silbatos de los guardianes, se dio por terminado el período del ejercicio y los reclusos formaron filas lentamente. Los hombres que se habían peleado por Robert Millhouser fueron apartados al entrar en el bloque de celdas y llevados al cuarto de guardia para recibir un correctivo. En cuanto a Robert Millhouser, custodiado por dos guardianes, fue devuelto a su celda.

No tenía compañero, debido a hallarse acusado de crimen capital. La puerta era de plancha de hierro, con una enrejada ventanuca de un pie cuadrado, a través de la cual podía ser observado por los guardianes. En la parte superior del muro había una sola y exigua ventana, de seis pulgadas de ancha, con una barra de hierro por la parte exterior. Un grueso enrejado hacía

imposible tocar el cristal desde el interior de la celda, precaución contra su rotura para utilizarlo como navaja para el suicidio. Le dieron zapatillas de fieltro burdo en vez de zapatos provistos de cordones, como nueva medida anti-suicida, y para comer le entregaban una cuchara de madera, retirándosela en cuanto terminaba el condumio. El nivel de agua en el retrete se hallaba asimismo bajo, a fin de impedirle que pudiera ahogarse, y no había en la celda punto lo suficiente elevado como para que pudiera subirse a él y lanzarse de cabeza para romperse el cráneo.

La única visita que recibió durante este primer día de encierro, fue la de George Holliday.

—He estado en contacto con Ben Roseberry —dijo—. Se encuentra en Wilkes-Barre, pero estará aquí mañana. Espero que estés bien.

—Desde luego.

—No he defendido nunca un caso de homicidio, y Ben es el mejor que hay aquí.

—Lo comprendo, George.

—Naturalmente, te ayudaré cuanto pueda.

—Sé que lo harás.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, creo que no, gracias. —Robert Millhouser casi sentía compasión por George Holliday, que estaba obligándose a cumplir con su deber, pero que al mismo tiempo se hallaba tan aliviado por el hecho de que fuera Ben Roseberry quien asumiera la responsabilidad—. No es tu tipo de caso, George. Gracias por todo lo que has hecho, pero desearía que dejases a Ben que lo manejara. Además, él no vive en Lyons.

—No le tengo miedo a Lyons.

—Desde luego que no, ya lo demostraste, pero es mejor para todos los interesados que tenga un abogado de Fort Penn.

Ben fue admitido a la celda la mañana siguiente, charlando familiarmente con el guardián al penetrar, y pareciendo hallarse en ella como en su propia casa.

—Vine tan pronto como pude —dijo. Apretó la mano de su amigo, y dejó reposar la izquierda sobre el hombro derecho de Robert.

—Gracias, Ben. Siéntate.

—Si no te importa, lo haré en la silla, pues si lo hago en el catre de seguro que me llevo algunos chinches. Lo sé por experiencia. ¿Te han molestado algo?

—Sí. La noche pasada.

—Se lo diré al guardián. Mataremos hasta los huevos y dispondré asimismo que te traigan algunas sábanas y una manta. Dentro de una semana volverán a aparecer las bestias, pero te instalaremos con tanta comodidad y limpieza como sea posible. El petróleo va bien para esos bichos, pero entonces el guardián no te dejará fumar. Bueno, ahora cuéntamelo todo.

Robert Millhouser hizo el relato tan exactamente como se lo permitía su confusión mental, sin ser interrumpido por su amigo.

—El doctor Willets dijo que nadie desea ser colgado —terminó—, y tiene razón. Pero también estoy dispuesto a ello.

—Pues no te colgarán. Ya sé que no quieres que luche, pero de todos modos lo haré. Como amigo, no puedo dejarte morir, a pesar de lo que sientas ahora. Pero como abogado, dejando aparte la amistad, tengo una responsabilidad en la que no entra en absoluto el sentimiento. Si ha habido un hombre que haya sido provocado, éste has sido tú. Apreciaba mucho a Hedda, pero este sentimiento no puede tener cabida en mis pensamientos hasta que consiga tu libertad. Ella te fue infiel de un modo flagrante y continuo. ¿Sabías que estaba embarazada?

—¡No!

—Lo descubrieron al efectuar la autopsia. Evidentemente lo estaba de Vanee. Esto sería difícil de probar ante un tribunal, pero si el caso se ve ante un jurado, no quedará ninguna duda en la mente de ninguno de sus componentes en cuanto yo intervenga.

—No le hagas eso a Hedda.

—¿Por qué no? No es momento de andarse con remilgos. Será el Estado quien introduzca ese elemento, no tú o yo. El Estado acusará que mataste en un rapto de celos, en un rapto, no obstante, que duró lo suficiente para que elaborases planes durante un largo período. La cuestión es que será el Estado, no nosotros, el que introducirá el elemento de infidelidad. Es lo único que le cabe hacer. Ayer volví muy tarde de Wilkes-Barre, y he estado ocupado desde entonces. Tengo ya una lista de prueba de unos treinta testigos que manifestarán que Hedda fue flagrantemente infiel. Botones, camareras, gente por el estilo. Un día casi la detuvieron en el andén de la estación...

—Lo sé.

—Ah, lo sabes... Y también hay toda una serie de personas en Lyons. Telefonistas. Empleados de hotel. Tu servidumbre.

—No, Ben. No lo quiero.

—Me temo que no haya otra alternativa, Robert. Sin embargo, quizá no sea necesario llevar todos los testigos a la sala. Depende del procurador del distrito. Si quiere dejarte pleitear como culpable en acusación menor que crimen de segundo grado, le hablaré en plata. Por otra parte, quisiera defender una acusación de primer grado y sacarte libre de costas, y estoy dispuesto a hacerlo si el procurador se pone terco. Pero no lo hará... Sabe de sobra que puedo conseguir el veredicto de libertad para una acusación de primer grado. De esta manera pierde el juego. Pero si se trata de culpable de una de las acusaciones menores, pasa como una convicción a su expediente, y el público quedará también más satisfecho. ¿Comprendes lo que quiero decir? Sale mejor librado ganando un poco que perdiéndolo todo. Robert, todo lo que yo tengo que hacer, es poner a Bart Vanee en la barra, frente a un jurado, y te apuesto mil dólares a que sólo tarda dos horas, cuando más, en deliberar. Y el procurador del distrito lo sabe, aunque ahora no quiera admitirlo... Te presentaré como culpable. Y lo voy a hacer porque soy amigo tuyo y te conozco. Y si consigo tu libertad, nunca lo habrías considerado justo. Creo, conociéndote, que realmente quieres que quede constancia de que fuiste culpable de arrebatarse la vida de Hedda. De esta manera analizo tu conciencia. Por otra parte, mi conciencia jamás me permitiría verte morir o cumplir una pena de larga condena por haber quitado la vida a Hedda en esas circunstancias particulares. El castigo jamás cuadra al crimen, según mi manera de pensar. El castigo es un tarugo cuadrado, y el crimen, un agujero redondo. Así es como nos lo enseñaron en la escuela. No se pueden multiplicar una docena de huevos por una docena de naranjas. El castigo son los huevos, y el crimen las naranjas. Aceite y agua. Dos cosas separadas. Así, pues, no encajan, no se mezclan. Sin embargo, la ley prescribe cierto castigo para ciertos actos, y voy a hacer todos los esfuerzos para tratar de que recibas el castigo mínimo que la ley permite. La ley no dice nada sobre tu desgracia o sobre el castigo que esto supone, y, sin embargo, a menudo es un buen punto de vista. Todo el mundo sabe que eres un hombre decente, que llevaste una vida decente. Un ciudadano respetado, como lo atestigua el hecho de que la noche antepasada las mejores personas de tu pueblo fueron a salvarte. Incidentalmente, si vamos a juicio, tendré a hombres como Langendorf y MacMahon en la barra para decir lo que el pueblo piensa de ti, y la diferencia entre ellos testificando en tu apoyo y Bart Vanee... ah, quería hacerte una pregunta. ¿Amenazaste alguna vez a Hedda?

—No.

—Y a Vanee, ¿lo amenazaste alguna vez?

—No.

—¿Hablaste alguna vez de Hedda con Vanee?

—No... Sí. Antes de que nos casáramos, una vez, en el tren.

Robert relató la conversación a Ben.

—No es probable que él lo recuerde, a menos que alguien le pinche la memoria. Y no importa que lo haga —dijo Ben—. Sería importante si hubieses tenido esa conversación después de casarte, y le hubieses amenazado en el curso de ella. Pero puesto que no lo hiciste, tenemos suerte. De hecho, admito que me estoy volviendo un poco sediento de sangre. Pero cuidado, no voy a cambiar mis tácticas. Voy a tener una conversación con el procurador y haré que vea la razón. Pero cuanto más pienso en ello, más ganas tengo de apretarle las clavijas a Vanee, y así es como voy a actuar con Stahlmayer, el procurador del distrito. Henry es un hombre cabal, sin inspiraciones, jugador de ajedrez, pero no brillante. Y yo voy a insinuarle algunos de mis movimientos para que pueda figurarse las cosas por sí mismo. Por ejemplo, haré que se preocupe un poco sobre esa autopsia. Haré que se imagine a Vanee en la barra, y a mí preguntándole si sabía que Hedda estaba embarazada. Estoy seguro de que Vanee lo sabía. Ella se lo dijo. Pero de cualquier modo, gano. Si intenta mentir, el jurado le verá utilizando evasivas y subterfugios, y probablemente saliendo de sus casillas. Por otra parte, si admite que sabía que estaba embarazada, dice prácticamente al jurado que era un homicidio justificado. Prácticamente emite un veredicto de no culpabilidad tan bueno como sentencia de un juez. Y aún cabe una tercera posibilidad; la de que no supiera que estaba embarazada. Pero también sé cómo obrar en el caso. Muestro que Hedda era descuidada, irresponsable. No te agites, no voy a decir todas esas cosas ante el tribunal. Simplemente voy a verificar una operación en el cerebro de Stahlmayer. Y antes de haber acabado con él, es posible que desee entregar el caso a un suplente para no arriesgarse a una completa pérdida de prestigio. Pero todo cuanto persigo es una convicción de homicidio en grado menor y una sentencia mínima. Y puedo ser capaz de obtener una remisión en ello. ¿Un puro, Robert?

—No, gracias, Ben. No puedo saborearlo con este aire que hay aquí.

—Por eso lo fumo yo. Te enviaré una caja de pinos del club, para ahuyentar este formaldehído o diablos que hay en el aire. ¿Te gustan las pastillas de menta?

—Te las enviaré. También te ayudarán.

—Gracias, Ben. Pero, ¿y si me opusiera a ti en el juicio? ¿Y si yo me levantara y dijera o los jueces que soy culpable?

—Pues les pediría que consideraran la no culpabilidad por locura temporal. También pensé en eso, cuando me telefoneó George. Pero no quiero eso. No lo quiero en tu expediente en primer lugar. Y no quiero meterte en el embrollo legal que la locura temporal puede acarrear. Ambas partes contratan psiquiatras y podría ser una miserable experiencia para ti. Luego hay la pena en un establecimiento de alienados, y me parece que es preferible suicidarse a eso. Y también podrías ser encerrado durante un tiempo en ese lugar, y cuando decidieran que habías recobrado el juicio, podrías ser juzgado convicto, y condenado a muerte. No, descarnemos decididamente esa clase de defensa.

—Y además no sería verdad. Yo no estaba loco. ¿Crees que lo estaba?

Ben quedó silencioso unos instantes y luego dijo:

—Si no objetas contra mi empleo de la palabra locura, sí. Creo que lo estabas. Lo difícil es la cuestión del vocablo, su interpretación. Tú no quieres pensar en ti, mismo como en un loco, porque piensas por parangón en idiotas del pueblo y gente por el estilo. Pero si sólo consideras la palabra en su significado literal y que actuaste como resultado de cierta información que te hizo perder temporalmente la razón... sí, estabas loco. Puedes pleitear la locura temporal, y sería verdad. Pero si puedo evitarlo, no quisiera echarte este borrón. Mira, en un juicio con jurado, implantaría la idea en las mentes de sus componentes, pero dejando aparte la palabra loco o locuras. Pues una vez pronunciada, comienzan una serie de complicaciones legales. Por ejemplo, no podrías disponer de tu dinero, o votar, o hacer una serie de cosas, si fueses declarado loco. Y ello tendría un deplorable efecto sobre tus descendientes, caso de que volvieras a casarte de nuevo, o bien para cualquiera de tus parientes. Por cierto, ¿qué hay de tus parientes?

—No los tengo cercanos. Y no espero tener noticias de ninguno de ellos.

—Es igual. En unos momentos como éste, lo mismo pueden servir de perjuicio que de ayuda. Espero también que ninguno de ellos aparezca.

—No es probable.

—Bien. Ahora supongo que estarás pensando en lo que te ocurrirá en el futuro inmediato; te lo diré. El Gran Jurado está de vacaciones, por lo que tendrás que esperar hasta que vuelva a reunirse, dentro de una semana aproximadamente. Stahlmayer se presentará entonces ante ellos y obtendrá un veredicto, y tu caso pasará al calendario para el siguiente período de sesiones de lo criminal, dentro de un mes. Durante ese tiempo estarás detenido aquí. Al mismo tiempo, yo prepararé la defensa, pero lo que realmente haré será trabajar a Stahlmayer, haciendo que vea la luz. Entonces pediré un

aplazamiento, porque en los llamados crímenes pasionales, toda demora actúa en favor de la defensa. Puedo obtener un aplazamiento que te mantenga aquí hasta finales de mayo. Lo cual quiere decir que estarás detenido irnos tres meses. Si creo qué puedes soportarlo, probablemente haré que se posponga la vista hasta la próxima apertura de septiembre, pero éste es un lugar espantoso para pasar el verano en él. No es caluroso, puedo decirlo. Es uno de los lugares más frescos de la ciudad. Pero es el infierno. Los insectos, el olor, el mal humor de los guardianes. Y es en verano cuando los reclusos están peor. Puñaladas, trifulcas, trastornos sexuales... Quisiera hablar contigo de esto, Robert. Oí decir que había habido una pelea por tu causa... Verás aquí cosas que fuera no habrías sabido nunca que existieran. Aquí son de práctica corriente. Hay un alcaide severo, Batson. Con ello quiere decir que no es como en otras prisiones, en las que las ramera pueden meterse a hurtadillas. Aquí las ramera son hombres, otros reclusos, y uno de éstos puede enamorarse de otro como si fuera una mujer. Y ser tan celoso. Es algo que Otto Batson no puede evitar, y tengo entendido que un par de guardianes son también homosexuales. Ahora debo decirte algo, y no diré más de lo que estés dispuesto a oír. Pero no hagas nunca nada ni con otro prisionero ni con otro guardián. Enfréntate a la realidad. Has mantenido relaciones sexuales regulares con una mujer, y las echarás de menos, pero no cedas a la tentación de hacer nada con otro hombre. No habrán más incidentes como él que tuviste. Dije a Batson que debido a que estás incomunicado, por una acusación de asesinato, te correspondía hacer solo el ejercicio en el patio. Convino en ello. En adelante te sacarán, pues, una vez al día durante media hora, con un guardián, que no será siempre el mismo. Comerás en la celda hasta después del juicio, y espero que entonces salgas de aquí. Si fueras convicto, habrías de comer con los demás y hacer con ellos también el ejercicio, y tendrías un compañero de celda. Pero aún ahora, si tú lo quisieras, podrías tener relaciones con otro hombre. Podrías sobornar a un guardián para que te lo trajese a tu celda, o acaso un mismo guardián desearía ir contigo. Puedes creer que te insulto al hablarte de este modo, pero la vida en una prisión, sin nada que hacer, pudre a un hombre, y hasta a un hombre bueno. Y la mayoría de los hombres que hay aquí no son sino eso. No te sientas derrotado si tienes tentaciones. Pero no dejes que te derroten.

—¿Me permitirán leer?

—Sí. Tanto como quieras. Libros. Será necesario que Batson los apruebe, pero eso no creará ninguna dificultad.

—¿Y materiales dé escribir?

—Desgraciadamente, no. No antes de que te declaren libre o convicto. Hace unos años un hombre se apuñaló con un lápiz mientras esperaba ser juzgado por homicidio, por lo que se estableció una ordenanza estricta sobre el particular. Por otra parte, puedes tener un barbero para que te afeite y corte el pelo. No creo que esto sea muy consistente. Un hombre puede arrebatarse la navaja de manos del barbero y cortarse el cuello, pero aquí no ha ocurrido hasta ahora, por lo que no se ha hecho una nueva regla. No eres hombre religioso, pero de ser tú, trabaría conocimiento con un capellán. Hay dos. Protestante y católico, y ambos excelentes muchachos. Jennings es el protestante, presbiteriano, y no intentará hacer que reces, si no lo quieres, pero acaso lo desees. Viene dos veces por semana y hasta si no hablas de tópicos religiosos, se muestra siempre dispuesto a pasar mensajes al alcaide, y es muy llano en su trato y en su conversación. Tiene mi edad aproximadamente. Ha estado haciendo el mismo trabajo desde que lo recuerdo. Conoce a Esther Parkinson, aunque no es el principal ministro presbiteriano. Tiene una pequeña parroquia al otro lado del río.

—¿Qué otros visitantes puedo tener? ¿Moisés Hatefield?

—A mí podrás verme cuando quieras, pero sólo una vez por semana podrás ver a un miembro de familia o amigo, y ello será generalmente en la sala de visitas, con un guardián presente y escuchando. ¿A quién más querrías ver?

—A nadie.

—Hablé con Esther. Ella desea visitarte.

—Dale las gracias, y dile que comprendo su amabilidad, pero que desearía que se mantenga al margen de esto.

—Langenford y MacMahon dijeron a George que ellos también querían visitarte.

—No, me avergonzaría verles. Hay una persona a quien me gustaría ver.

—¿A quién?

—A Bart Vanee.

—No será fácil. Estará ausente todo el tiempo que pueda. Pero entre tú y yo, si visita a Dorothy Stiegea en Filadelfia, será citado.

—¿Cómo sabías lo de Dorothy Stiegel?

—Amigo mío, me pasé cuatro horas hablando con George y sé cómo hacer las preguntas. La semana que viene pasaré un par de días en Lyons. Todos están ansiosos por ayudarte, personas como Langenford y MacMahon.

—Quisiera pedirte que me hicieras un encargo. ¿Cuándo enterrarán a Hedda?

—Mañana, en Lyons.

—Quisiera que pusieras una corona de flores de primavera en su tumba, pero después que haya sido enterrada. Y no digas que fue de mi parte.

—Comprendo.

—Y prueba de descubrir —George lo sabrá— cuáles son los planes de Ed Steele. Si va a terminar su trabajo en Lyons, o trasladarse fuera, o qué. No tienen mucho dinero, y éste será su último trabajo antes de que se instale permanentemente en algún lugar. Le gusta California, y si dimite de su trabajo actual, yo podría acaso, a través de ti, hacer que su compañía le pagase un año de sueldo. Desde luego sin que supiera en absoluto que lo hacía yo. Jamás pensé que lo que hice habría de desbaratar tantas otras vidas.

—No sé qué responder a eso. Creo que sobre el particular sería mejor que hablases al reverendo Jennings.

—No esperaba una respuesta, Ben.

—Podría decirte que nunca supiste el amplio efecto de algunas de las buenas cosas que hiciste. Hay personas en Lyons que te consideran un valioso ciudadano. Te desean en tu casa y libre.

—Nunca estará libre, y tú lo sabes.

—Mucho me lo temo. Pero cuando te saque de aquí lo erarás, Robert. En un sentido, cuando menos. Estarás libre para hacer lo que quieras con el resto de tu vida, y sé lo que será.

—Entonces sabes más que yo.

—Lo sé. Lo puedo ver todo a distancia, desde una perspectiva que tú no has logrado. Durante toda mi vida he estado escuchando a hombres y mujeres en apuros y desazones, consiguiendo sacar a algunos de ellos, y a otros no. Cuando yo tomo un caso —he rechazado unos pocos— lucho para ganarlo. A menudo he lamentado la parte que he tenido en conseguir la libertad de un hombre, pero cuando tuve un cliente que no trató de quedarse al margen del trastorno la segunda vez, me negué a defenderlo. Lo que estoy diciendo, Robert, es que, a pesar de mi fama de aceptar casos discutibles, y de la clase de vida que he llevado, no he tenido muchas molestias con mi conciencia. Tengo un talento, un don, o como quieras llamarlo, y muchas personas creen que lo he empleado mal. Pero no es así. He conseguido la libertad de culpables para que empezaran una nueva vida, y algunos de ellos así lo han hecho y ahora se comportan de un modo excelente. Y éstos compensan por otros que han seguido siendo unos canallas. Hay por ejemplo el socio de uno de los mayores almacenes de la ciudad, muy rico hoy, y probablemente tan conocido por sus obras de caridad y filantropía como por sus negocios. Pero

hace treinta años, fui el único abogado de la ciudad que tomó la defensa de su caso. Había robado. Pleiteé culpable, hizo un año y un día, restituyó el dinero en unos años, y desde entonces creo que hizo tanto bien por su ciudad como el mejor. Me alabo un poco de esto, porque cuando su madre me pidió que tomara el caso, todo en lo que ella y él pensaban era en conseguir su libertad. Él estaba en estado de histeria. Si no hubiese salido libre, se habría suicidado. Bueno, a mí me volvían loco y le hablé clarito. «Usted ha robado ese dinero, y ahora quiere evitar el castigo. Si pertenece usted a esa clase de hombres, vaya a otro abogado, Pero la única probabilidad que tiene usted de comenzar una nueva vida, es aceptar el castigo correspondiente a su delito». Hizo lo que yo le dije en parte porque apenas tenía otra alternativa, pero, cuando menos hasta cierto punto, debido a que lo que dije les pareció sensato. A partir de entonces, no ha habido año en que no se interesara cuando menos de un delincuente, me contrata para defenderlo pleiteando culpable y haciendo que sufriera su castigo, ayudándolo luego a la salida para que empezara una nueva vida aquí o en otra parte.

—¿Y ha dado resultado?

—Un poco más del cincuenta por ciento de los casos. Y te voy a decir algo, Robert. Los mayores éxitos los hemos conseguido con los hombres que se quedaron aquí, en Fort Penn. Los que se fueron a otra parte, intentaron ocultar sus expedientes, tomar nuevos nombres, pero desgraciadamente hicieron más esfuerzos para ocultar el pasado que para empezar una nueva vida. Un veinte por ciento eran canallas indeseables, y un par se encuentran de nuevo en este edificio. ¿Te das cuenta a lo que estoy apuntando?

—Sí, me parece que sí. Especialmente sobre los que se quedaron en Fort Penn. Quieres que vuelva a Lyons.

—Quiero que me prometas que volverás a Lyons.

—Está bien. Lo prometo.

—Aunque fueses un canalla indeseable, intentaría sacarte, amparándome en la provocación, o en las circunstancias. Pero no me importaría que volvieses a Lyons, ya que para un canalla indeseable no hay esperanza en ningún sitio. Pero cuando salgas de aquí, debes volver a casa, Robert. Enfrentarte a lo desagradable, no tanto porque quieras redimirte a los ojos de tus vecinos de Lyons, sino porque todo el resto de tu vida te hallarás expiando tu crimen, y el lugar para hacerlo es donde todo el mundo te conoce y donde tú conoces a todos.

—Tenemos mucho camino por recorrer antes de que eso comience a ocurrir.

—Sí, lo sé mejor que tú. Tu primer mes aquí te parecerá una eternidad.

Ben se marchó poco después, dejando a Robert con el resto de un día interminable que, no obstante, acabó. Hasta que llegaron sus libros, pasó minutos sin fin, esperando la siguiente campanada del reloj del Juzgado, la siguiente comida, el ruido de los prisioneros cuando marchaban al patio, y el denso rumor de sus voces. Por las noches dormitaba durante indefinibles períodos —le habían retirado el reloj por alguna razón que no podía imaginar — ya veces era despertado por el foco de la linterna del guardia que centelleaba a través del ventanuco de la puerta, y en ocasiones su molesto sueño era interrumpido por las mordeduras de los chinches. Y a través de la primera parte de la noche, y particularmente la última parte de la primera mitad, oía los espeluznantes sonidos de las pesadillas de los reclusos y la horrida risa de los invertidos. Después, durante la segunda mitad de la noche había silencio, aunque siempre rasgado por un chillido, un gemido, una blasfemia. Jamás había un período entre el sonar de una hora y le una media hora en que no se oyera algún ruido, grito o alarido. Comenzando a las diez y a veces hasta las dos de la mañana, a cada sonar de la hora algunos reclusos coreaban: a las diez en verano y en invierno; que Otto Batson vaya al infierno.

Con la llegada de algunos libros, Robert Millhouser tuvo algo en qué ocupar su mente, mientras perduraba el tenue haz de luz de la ventana de la pared. Era de noche cuando sentía más necesidad de leer, pero no había luz artificial en la celda. Tras el quinto día, comenzó a perder la noción del tiempo, experiencia que estaba sufriendo por segunda vez en un año: en la clínica, durante el delirio y fuera de él, y consciente o no, había sido incapaz de contar los días y las noches, pero ahora su única comprobación de los días era recordar cada una de las visitas de Ben y tratar de recordar también algún tema particular que hubiera sido tratado en ellas. Pero el método resultaba un fracaso; no podía estar seguro de cuando había traído Ben un mensaje de Jerry MacMahon, o el pequeño frasco de perfume con que había rociado la manta. (El frasco vacío hubo de entregarlo seguidamente al guardián, pues era de vidrio). Otto Batson prohibió periódicos, caramelos y unos cincuenta artículos más, como si pensara que se hacía contrabando con cualquier cosa que permitiera al recluso olvidar momentáneamente que se hallaba en la cárcel. Pero permitió que Ben llevara emparedados, siempre que Robert se los comiera mientras visitaba a su cliente, y a veces, en vez de emparedados, la mitad de una tarta de manzana. El presupuesto de la prisión concedía un máximo de treinta centavos por día y recluso, comprendiéndose tácitamente que el alcaide tenía derecho a embolsarse la diferencia entre esa cifra y la

verdadera de veintiséis centavos que costaba la alimentación de los inquilinos. No sé compraba fuera nada que pudiera ser preparado en la prisión, la cual tenía su propia panadería. La comida principal de cada día consistía en pan y guisote. El desayuno se componía de café, solo o con leche aguada, una cucharadita de azúcar, y pan. Y la cena, de café, pan y una cucharadita de mermelada. Los domingos se daban pequeños bloques de helado napolitano, los cuales, no obstante, se pagaban con trabajos de cestería, saquería y zapatería. Los reclusos en cumplimiento de penas —no como Robert Millhouser, que se hallaba en espera de vista— tenían algún empleo retribuido, de acuerdo con sus habilidades individuales, pero bajo un complicadísimo sistema de contabilidad, sus ganancias no excedían nunca del precio del tabaco comprado en la cantina por los guardianes. En la mayoría de los casos, el tabaco era pagado por parientes del exterior, y empleado frecuentemente para comprar accidentales favores sexuales entre los presos. Debido a la rigidez de Batson, sólo una docena de reclusos lograban obtener cocaína de los guardianes, que se pagaba del exterior o era cambiada por confidencias. Mas a pesar del rigor de Batson, los casos de sífilis avanzada eran elevados, la gonorrea casi endémica, y la tuberculosis casi común.

Había en verdad una gran distancia de la casa de la colina, en Lyons.

Horace Jennings, en su primera visita a Robert Millhouser, se quedó únicamente el tiempo suficiente, como dije, para trabar conocimiento y ver si podría hacer algo para que Robert estuviera más cómodo. Era un hombre recio, de estatura mediana, de unos sesenta años de edad, y que vestía traje de paño fino, de color oscuro, y puños y cuello almidonados. Iba completamente afeitado y era casi calvo. De no haber sabido que era clérigo, Robert Millhouser lo habría tomado por un comerciante extremadamente religioso, pero puesto que estaba preparado de antemano, la primera impresión que le produjo Jennings fue la de un hombre tan imitador del laicismo, que posiblemente no sería un ministro eficaz. Era evidente que detestaba su pobreza y abandonaba, cada vez que podía los deberes de la parroquia. Así lo conjeturó Robert Millhouser de la ausencia de espiritualidad, y de la diligencia y esfuerzo del hombre en comportarse como un laico.

—No voy a preguntarle si no le importa rezar conmigo —dijo Jennings—. Dejemos que nuestro primer encuentro sirva para que nos conozcamos. Temo no concordar con muchos de mi estado, que despliegan de buenas a primeras sus biblias y devocionarios. La oración es para mí una cosa tan íntima, que antes de pedir a un hombre que lo haga conmigo, deseo saber si tiene confianza en mí. ¿Está él dispuesto a rezar conmigo? ¿Podemos reunirnos

para visitar a Nuestro Señor Jesucristo? Podría citarle a usted casos en que visité a un detenido durante seis meses o un año ante de que me dijera, «reverendo, estoy dispuesto a unirme a usted en una humilde súplica al Todopoderoso». Y llevara una semana, un mes o un año, se tratase de un endurecido criminal o del primer delincuente, jamás abandoné. Lo encontrará usted en los Salmos. «Venid a mí en el día de desazón, que yo os liberaré y vosotros me glorificaréis». ¿Y recuerda a Mateo? «Pues allí donde dos o tres se reúnen en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos». ¿Cómo está el hermano Langendorf?

—¿Fred Langenford? ¿Le conoce usted?

—¡Oh, claro que sí! Mi esposa, que falleció hace dos años, era pariente lejana de los Langenford de Lyons, y Fred respondió muy generosamente a nuestra invocación para una lápida conmemorativa. Realmente, nunca he estado con Fred, pero nuestra correspondencia nos puso en estrecho contacto. Escribí más de cien cartas a quienes pensaban que podían honrar a la finada y a su labor entre los necesitados de nuestra parroquia. Me resulta muy difícil la lucha, solo, sin tenerla a mi lado, pero ¡cuánto más difícil para quienes dependían de ella, cuyas necesidades eran urgentes! Somos una pequeña parroquia, y la mayor parte de la ayuda que llega proviene del exterior, y cuando Elisabeth falleció, no podía yo abandonar la tarea, aunque en Su infinita sabiduría el Señor nos bendijo con una hija que ha estado llevando a cabo la buena obra que su querida madre y yo comenzamos hace veinte años. Pero, de todos modos, no es ni con mucho la recolectora de fondos que su madre, que en paz descansa, fue. Sé tratar de algo más que pedir.

—Así me lo imagino.

—Elisabeth tuvo que aprender, y así lo hará nuestra hija, cuando a Dios convenga. Bien, hermano Millhouser. He disfrutado con nuestra pequeña charla, pero no ha dicho usted ni palabra acerca de lo que yo podría hacer por usted. ¿Necesita algo? Generalmente el alcaide Batson me concede cualquier pequeña petición que no vaya contra el reglamento.

—De momento no se me ocurre nada, gracias.

—Bueno, si piensa en algo, ya me lo dirá usted la próxima vez que vuelva. Suele ser los lunes, miércoles y viernes, excepto durante el mes de agosto. Buenos días, señor.

Jennings dio un golpecito en la puerta de la celda, que el guardián abrió y cerró, y Robert Millhouser oyó que Jennings le decía al guardián:

—Vamos a ver al «a, a», que trajeron la noche pasada. Tengo apuntado su nombre en algún sitio. ¿No estuvo hace algún tiempo aquí también por

ratería?

—Él mismo. Mal actor.

Cuando Ben Roseberry le visitó a la caída de la tarde, Robert Millhouser le dijo:

—No quisiera herir los sentimientos humanos de Jennings. Estoy seguro de que hace una buena obra... pero ¿no hay algún medio de que no aparezca por aquí?

—Lo hay, pero no te lo aconsejo. ¿No te es simpático? No es mal individuo.

—Es un pesado.

—De momento, acaso, pero es de fuera, y cuando lleves aquí algún tiempo, todo el que venga de fuera te parecerá de lo mejor. No quisiera echarte un jarro de agua fría, Robert, pero la cárcel no es divertida, y ni la fuerza de la costumbre conseguirá que te acostumbres. Pero Horace será un claro en el tedio, y no te parecerá tan pesado como te lo parece ahora. Intentaré arreglar las cosas de manera que puedas ver cuando menos una persona de fuera cada día. Yo, Horace Jennings, y acaso un médico y el joven compañero que tengo en mi oficina. Un abogado joven que tengo de pasante.

—¿Qué quiere decir «a, a.»?

—Atraco con agresión. ¿Por qué?

—Preguntaba sólo.

—Te puedo prestar algunos libros de leyes si quieres.

—No, gracias.

Ben asintió.

—Es un alivio. Si empezaras a leer libros de leyes te armarías un lío y te meterías en lo mío. Las mejores cosas para leer en la cárcel son las novelas y los libros de viajes, por la misma razón que es una buena idea ver a las personas del exterior. Tienes que mantener tu espíritu con las cosas y gentes de fuera.

—¿Sí?

—Sí Saldrás de aquí, recuérdalo. No adquieras lo que llaman una psicología de cárcel.

—¿Qué es eso?

—Una psicología carcelaria es la que se les crea a los hombres que cumplen largas condenas. Dejan pasarlo todo como si el exterior no existiera. Por eso hay hombres que tienen a otros hombres para satisfacerlos. Ninguna de las reglas o normas y maneras exteriores significan nada para un hombre que tiene la psicología de la prisión. La mayoría de las personas del exterior

no saben nada de esta psicología. Por ejemplo, la fuga. La gente tiene la idea de que los prisioneros se pasan el tiempo planeando escaparle, y no es exactamente así. En cuanto un hombre queda inficionado por la psicología carcelaria, apenas piensa en fugarse.

—Entonces yo debo tenerla también, porque no he pensado en escaparme.

Ben frunció el entrecejo.

—¿No? ¿No lo has pensado?

—Creo, que no.

—¿No te entran ganas de tener una sierra cuando miras la ventanuca embarrada de arriba?

—No.

—Y si te pasara de matute una pistola, ¿no la emplearías para fugarte en el momento oportuno?

—No. Mira, Ben, no puedo hacer creer a cualquiera que vine aquí esperando morir. Aprecio lo que haces, y te estoy agradecido porque sé que estás tratando de ayudarme. Pero temo que mi estimación no sea mucho más profunda que la cortesía. La única palabra que cuadra a mi actual manera de sentir es entumecido. ¿Corresponde a la psicología de la prisión?

—Pues... sí.

No voy a abandonarme. Quiero decir, que quiero mantenerme limpio, que no deseo tener relaciones con otro hombre. Pero no me importaría morir. De hecho, Ben, ni tan sólo me importa vivir.

—La psicología carcelaria ha penetrado en ti antes, debido a que eres más inteligente que la mayoría.

—Tal vez.

—Quisiera preguntarte algo, en parte como abogado tuyo y en parte como amigo.

—Pregunta cuanto quieras saber.

—¿Sientes remordimientos?

—No, y eso es lo peor que podrías haberme preguntado, porque es lo peor que me ha ocurrido. No tengo la menor sensación de remordimiento. No tengo ninguna sensación. Creo que las sensaciones huyeron de mí aquella misma mañana. ¿Cuándo fue? Ni siquiera sé cuántos días hace que ocurrió.

—Quisiste enviar flores a su tumba. Quisiste ayudar a su padre con dinero. Ésos son sentimientos.

—No son sino consecuencias de mi educación. Sabía aquí, en mi cerebro, que debía hacer ciertas cosas. Cosas de pura cortesía. Pero en lugar de sensaciones o de sentimientos, sólo tengo este entumecimiento. Desde que me

traieron aquí he estado esperando el pesar del remordimiento, la contrición, la penitencia. No quieren acudir, Ben. Soy algo semejante a una mujer estéril, Ben. Espera que le suceda... y no llega.

—Quieres decir una mujer frígida.

—No, digo una mujer estéril. Una mujer frígida tiene esperanza con otro hombre. Digo una mujer estéril, que no puede tener hijos con ningún hombre. Soy como un páramo donde nada crece. Roca que ha estado muerta durante millones de años. Estoy simplemente entumecido, Ben, y sé por qué.

—¿Por qué?

—Perdona, pero no quiero decírtelo.

—Está bien.

—Acaso te lo diga algún día, cuando lo haya recompuesto todo en mi mente. Pero ahora quiero que te des cuenta de que no tengo sensaciones ni esperanzas. Es cuanto puedo decirte. ¿Recuerdas el día pasado, cuando hablamos sobre la locura?

—Sí.

—Pues bien, no quisiera que lo emplearas en el juicio, en mi defensa. No podría ser empleado para ella, porque fue algo que me aconteció desde que maté a Hedda. Pero literalmente estoy loco. Hay algo que falta, y es lo que he estado diciendo. La sensación, el sentimiento, eso es lo que falta. Un hombre sano, normal, sentiría remordimiento por haber matado a una bella criatura. Pero yo no siento nada, ni remordimiento ni placer, el placer de la venganza. Y te doy mi palabra, Ben, no siento tampoco miedo. Cuando esos hombres del patio comenzaron sus avances sexuales, todo cuanto sentí fue repugnancia. ¿Pero fue repugnancia? ¿No es algo que sentimos porque vemos o experimentamos algo a lo que nos estamos acostumbrados? Me lo he preguntado más de una vez. Aquellos hombres no sienten repugnancia o disgusto. Muy lejos de ello. Lucharon por mí porque deseaban algo a lo que se habían acostumbrado.

—Bien, pero ellos no son hombres normales, que vivan en condiciones normales. La prisión les ha hecho así, como ya te dije.

—Cierto. Pero yo tampoco soy un hombre normal. La prisión no me ha hecho nada. Ni podría nunca. Lo que me ha sucedido es por mi propia acción, causado por un acto mío. He hecho la cosa peor que un ser humano puede hacer. He arrebatado la vida de otro ser humano. Y la cosa peor que podría ocurrirme, ha sucedido. Estoy despojado de sentimientos y sensaciones, y ya lo estaré siempre. Mira, prácticamente te he dicho lo que no iba a decirte. Cuando disparé la bala al corazón de Hedda, maté también todo lo que me

hacía sentir. Y me he estado preguntando por qué no lo pensé en el fondo de mi mente. ¿Por qué maté a Hedda? Oh, desde luego por las razones obvias. Pero no tienes idea de cuantas veces me he preguntado desde que estoy aquí. «¿Estaba matándome a mí mismo tanto como la estaba matando a ella?». «¿Maté a Hedda porque estaba secretamente aterrado de que no sólo la perdía a ella, sino que estaba perdiendo el lado bello y apasionado de mi vida, que ella representaba?». No estoy seguro de poder contestar a esto. Son cosas que se encuentran más allá de mi comprensión. Si el doctor Willets, el padre, estuviera aún vivo, acaso podría encontrar una explicación. Siempre se preocupaba por los motivos... Amigo mío, tu expresión es triste. Eres un buen hombre, Ben. Tú y el doctor Willets habríais hecho un maravilloso equipo.

—A menudo he deseado conocerlo mejor.

—Ha sido mi gran privilegio, haberos conocido. Siempre he tenido mucha suerte con mis amigos, y durante un corto tiempo estuve casado con la más bella criatura que jamás haya existido. Idolatraba a mi padre, pero cuando estábamos juntos pensaba siempre en él como en un amigo. Leonard Vance...

—Bart Vance.

—No, Leonard. Su hermano mayor, mi camarada de muchacho. Era tranquilo, y buen corredor y nadador. Esto es casi todo lo que puedo decir de él ahora, después de casi cuarenta años, pero nos llevamos bien. Luego, Chester Calthorp. Estimulante e inteligente, a su manera. El doctor Willets. Tú. Y nadie más, íntimo o próximo, aparte de Jerry MacMahon. Y en este punto, también Moisés Hatefield. ¿Las mujeres en mi vida? Sólo dos, en realidad. Mi madre, que intentó quererme, pero no pudo. Creo que no establecía diferencia entre mi padre o su primer marido. A menudo he pensado que mi madre trataba de quererme porque yo era su hijo por parte de mi padre, pero que como fuese se convertía en maternal hacia su primer marido, de manera que podía olvidar que había compartido el lecho con él. Y eso complicaba sus sentimientos hacia mí.

—¿Y qué me dices de Esther?

—¿Esther? ¡Encantadora Esther! Un amigo con el cuerpo de una mujer. ¡Cuánta suerte tuvo en librarse de mí! Yo habría arruinado a Esther, la habría destruido, no de la manera que lo hice con Hedda, sino descuidándola. El amor y la domesticidad eran las cosas para las que había nacido. No, no encajábamos el uno con el otro, y Hedda y yo sí. Maté a Hedda, pero lo mismo podría haberme matado ella a mí. En cierto modo, a su manera, lo hizo. Pero esto es algo que no puedo contarte, Ben. Cuando tomé la medicina

contra la tos, supongo que el doctor Willets habría dicho que yo no contaba con salir de aquélla, pero no habría verdad.

—¿Qué medicina, era ésa, Robert?

—Oh, eso forma parte de lo que tampoco puedo decirte.

—¿Dónde la adquiriste?

—En la farmacia de Brown, donde paso todas mis recetas.

—Unas de esas pócimas capaces de derribar a uno, supongo.

—Creo que poco más o menos eso mismo.

—¿Pero podías comprarla también en otro sitio? En otras palabras, ¿sería lo que el médico de la prisión te recetaría?

—Me estaba preguntando por qué te interesa tanto. Sí, es uno de esos jarabes o elixires, como los llaman.

—Espero que no te resfríes aquí. Los resfriados en la cárcel tienen una manera especial de mantenerse en sus trece, y hay un montón de tuberculosos. Bueno, ahora debo marcharme, Robert. Volveré pasado mañana. ¿Quieres algo?

—¿Crees que me dejarán recibir la revista *Leslie*?

—Ni periódicos ni revistas. En ésto, Batson es inflexible. Puedo traerte los recortes de lo que quisieras leer.

—Sólo era para mirar las fotografías. Y supongo que tampoco me dejarán un lápiz, ni pintar algo. ¿Pero tizas y carboncillos? Pregúntalo, ¿quieres? No podría apuñalarme con una tiza o un carboncillo, me parece.

—No, pero dudo que te dejen tenerlos. De todos modos lo intentaré.

—No importa. Pero podrías traerme un libro con muchas ilustraciones. Me canso de leer y leer. Luego, no puedo dormir por la noche. Las ilustraciones podrían mantenerme despabilado durante el día.

—Lo haré. Hasta la vista, Robert.

—Gracias, Ben.

Robert Millhouser no hizo más confidencias a Ben Roseberry. Una vez establecido el hecho de su letargia emotiva, volvió a ella. Le debía semejante declaración al hombre que trataba de ayudarle, pero no debía explicación alguna a nadie más. Y aún, por el hecho de haber efectuado la confidencia, había establecido una especie de existencia nueva. La explicación a Ben, había servido para aclararse una serie de cuestiones. Sabía que su apatía era ilimitada, lo que no había reconocido hasta su conversación con Ben Roseberry; mas ahora el entumecimiento era tan definido como infinito, no se desazonaría más, ni le desazonaría, con su fracaso, su incapacidad para sentir remordimiento. No tardó en percatarse que ya no notaba los gritos en la

noche; había voces, pero estaban separadas de él por una puerta de hierro. Tampoco le repelía ya la comida de la prisión, si no tenía ganas de comerla, la dejaba sin tocarla. Cuando tenía visitas, conversaba con ellas, y cuando se marchaban, la conversación desaparecía con ellas. Y en el plazo de un mes se había instalado tanto en su aletargada rutina, que casi nada podía despabilarle. Las primeras pequeñas irritaciones e incomodidades cesaron de molestarle; y los pequeños regalos que le permitían le producían ahora poco placer. Su lectura era cosa aparte. Leía rendidamente, con su cerebro. Las letras impresas se encontraban allí, y su mente sabía qué hacer con ellas; respondía a la intención de las palabras, su significado en la creación de imágenes, de reproducir diálogos, su invitación a reflejar, a anticipar el relato, a estimular la propia experiencia. Pero cuando la experiencia que en la obra se describía era emotiva, leía sin conmoverse. Se hallaba consciente por enteró de lo que le estaba ocurriendo, podía observarlo todo como si lo viese desde su exterior. Pero el observador observando no se impresionaba. El pequeño espectáculo de la atrofia de un alma no le emocionaba. Fue durante aquellos días cuando sus ojos se posaron sobre las líneas de Milton:

*Se perdió toda esperanza
de mi entrada en la gracia;
¿y qué cosa peor?
Pues donde no hay esperanza,
no queda temor...*

Supo entonces que alguien —seguramente el propio Milton— se había preguntado antaño por qué se había marchado el temor. Se había ido al irse la esperanza, y ahora, demasiado tarde, Robert Millhouser comenzaba a creer que de todas las gracias, la Esperanza es la más preciosa. La esperanza era protectora, pero no podía ser protegida.

Y así prosiguieron los días sin horas, las semanas sin días y los meses sin semanas, que no podían siquiera ser aquilatados ni medidos desde un momento tan dramático como el descubrimiento de la esperanza. En la prisión del condado de Nesquehela había un hombre que era un fenómeno: había sido abandonado por Dios, vivía con este conocimiento, y ni siquiera sufría por el temor de ello. El barbero le cortó con la navaja y salió sangre, con ésta había otras pruebas de que el hombre vivía. Bostezaba cuando tenía sueño y se tapaba los ojos del sol cuando salía al patio. Seguía conversaciones, pedía agua cuando tenía sed y, a veces, roncaba por las noches. Y en otras

ocasiones, el guardián se apostaba al exterior de la puerta de su celda, e intentaba captar lo que el hombre estaba diciendo, pero nada de lo que decía tenía sentido alguno para él Poco de lo que los reclusos decían en sueños tenía algún sentido, pero a veces resultaba divertido escucharles. Pero este hombre, ni siquiera resultaba divertido para oírlo...

Se fijó una fecha para la vista: Ben Roseberry pidió un aplazamiento, y se lo concedieron. Robert Millhouser supo estos detalles y muchos más, de los que de vez en cuando le informaba Ben, pero no hacía esfuerzo alguno para confiarlos a la memoria. Cuando llegase el momento le llevarían al juzgado, se sentaría hasta que acabara la vista y le sacarían de la sala para llevarle donde dijera el juez. No podía hacer nada, y tampoco deseaba hacer nada para impedir la marcha de la maquinaria, y Ben había llegado a comprender que así era. Sin embargo, continuaba informando a Robert cuando se producía algo nuevo.

—Bien, mi sospecha era fundada —dijo un día—. El hombre que vigila el domicilio de Dorothy Stiegel vio a Bart Wance anteayer, y ahora puedo endilgárselo a Stahlmayer.

—¿Y bien?

—¿Cómo y bien?

—Parecía que querías hacerme alguna pregunta.

—Pues sí. ¿No querías saber cosas de Bart Vanee? ¿No sientes curiosidad para saber cómo tomó la cosa?

—No.

—Pues debieras escucharla, Robert. Dices que no te abandonas, pero lo haces. Debes intentar mantener tu interés por las cosas.

—Lo siento, Ben, pero no tengo curiosidad por Bart Vanee. Debiera odiarle, y le odié, pero ya no. Sólo tengo una manera de convencerte: decirte algo que sé te va a chocar, pero a mí no me choca.

—Dila, y deja que me choque. Algo que pueda hacer que te comprenda mejor.

—Está bien. Es ésta: la mayor parte del tiempo ni siquiera recuerdo a Hedda. Podría hacerte un cuadro de ella que tendría un gran parecido. Reconocible. Pero Charles Dana Ginbos podría sacar mucho mejor partido de una fotografía, algo que fuera más parecido a ella. No recuerdo realmente a Hedda, y creo que dentro de muy poco no la recordaré en absoluto.

—¿Te acuerdas de ti disparando contra ella?

—Si me esfuerzo, sí. Pero el sitio de la cama donde estaba, esto aparece vacío. Lo que más vívidamente recuerdo es el ruido. Algo así como si dentro

hubiera estallado un trueno. Este ruido borra todo lo demás. Quizá sea lo que me impide sentir remordimiento.

Ben se apretó el labio inferior con el pulgar.

—No sé qué hacer. Robert, ¿quieres ir a la cárcel?

—Ya estoy en ella.

—Quiero decir para el resto de tu vida. ¿Es así como quieres pasar el resto de tu vida?

—Así es como voy a estar el resto de mi vida.

—No, lo que yo quisiera saber es si tendrías miedo de vivir fuera.

—¿Qué hay que pueda darme miedo?

—Pues, por ejemplo, las miradas de la gente.

—No, de eso no tengo miedo. Pero tampoco tengo miedo de ninguna otra cosa. Quizá ahora pueda hacer que lo comprendas, Ben. No temo a nada. Podría ir en busca de Ed Steele, tenderle una pistola y decirle que me mate.

—Han abandonado Lyons. Se trasladaron a California.

—¿Probaste de enviarle el dinero?

—La Compañía no quiso ni discutirlo. No quería decírtelo.

—No importa. No me siento afrentado.

—Creo que van a proveer a Steele durante tres años, o acaso dos, y volverle a dar su trabajo si lo desea. Pero, de todos modos, ¿no te asustarían cosas así? Repulsas. Desaires.

—Sólo he sido desairado dos veces en mi vida. Una vez por una mujer en Filadelfia, una prima de Chester Calthorp. Y la otra, por un viejo, un duque italiano.

—Bien, te he hecho esas preguntas porque se me ha ocurrido que si lo que pienso es cierto, puede no ser lo cierto. Si crees que fuera, estarás peor, si no quieres vivir de nuevo con las personas, podría conseguirte un certificado y hacer que el tribunal te enviara a un sanatorio.

—¿No sería demasiado trastorno?

—Merecería la pena si creyera que es lo debido. ¡Pero, Dios me valga no se aún qué es lo debido!

—No te ayudo en absoluto.

—Ya conoces el antiguo adagio que dice que el abogado que trata su propio caso tiene a un tonto por cliente. Acaso un hombre que contrata a un amigo para defenderle tenga a un tonto por abogado. ¿Hay alguien a quien quisieras hablar, no necesariamente a un abogado, sino un amigo que pudiera ayudarte? ¿Alguien de Lyons, por ejemplo? ¿Te niegas aún a ver a Langenford y a los demás?

—Sólo ha habido tres hombres a quienes podría hablar realmente. Tú, el doctor Willets, que ha muerto hace años, y a Chester Calthorp, que es monje en un monasterio.

—¿Quisieras hablar con Chester?

—No hablaríamos ya el mismo lenguaje.

—Bien, seguiré pues el camino que intentaba. Pleitearé culpable de acusación de homicidio y trataré de conseguir una remisión.

—Acepto cuanto hagas, Ben. Siento tener que hacerte cargar con esto.

Pasaron tres días, y en la mañana del cuarto, poco después de las nueve, tras la regular inspección de la celda, Robert se hallaba tendido en su catre leyendo los poemas de sir Walter Raleigh, cuando el guardián llamó a la puerta, golpeándola con su llavero, al par que decía por la apertura: «Tiene una visita». Al mismo tiempo se abrió la puerta, y Robert dejando a un lado el libro, alzó la vista.

—¡Chester! ¡Chester Calthorp!, —exclamó.

—Su servidor, señor —dijo Chester Calthorp, sonriendo.

—¡Chester Calthorp!, —repitió Robert Millhouser.

—Media hora —anunció el guardián, cerrando la puerta.

—Déjame que te mire —dijo Robert Millhouser—. Creí que eras... un monje.

—¿Te extraña esta ropa mundana? No tiene un corte muy moderno, ¿verdad? Es el traje que llevaba cuando entré en el convento, y no lo he usado desde entonces.

—Pensaba que llevabas un hábito pardo y unas sandalias.

—Así lo hacemos, y llevar zapatos de nuevo es una penitencia menor... Mis pies se han ensanchado, pero no mis zapatos.

—¿Y cómo viniste aquí? Creía que no os permitían abandonar nunca el retiro.

—Tu abogado, mi antiguo amigo y hermano de fraternidad, Ben Roseberry... y espero que Dios me perdone por este toque de sarcasmo... Ben fue a visitar al padre Hilario, nuestro superior, y al parecer estuvo muy persuasivo. En consecuencia, se decidió que no serviría a ningún buen propósito que apareciese en público llevando mi hábito, y sacaron estas ropas de un baúl.

—Has perdido peso, pero estás moreno por el sol.

—He perdido grasa, como puedes ver por mi cintura, pero he desarrollado musculatura. Un hermano de nuestra comunidad, que es de Bpston, me ha comparado favorablemente con John L. Sullivan en su juventud. Sullivan, el

boxeador. Las personas que lo recuerdan lo llamaban Nerón. Si eso es progreso, te lo concedo.

—Y eres feliz. Cualquiera puede verlo.

—Sí, soy feliz. Tu domicilio no es muy diferente del mío. Un poco más amplio.

—Creo que no disponemos de mucho tiempo, Chester. ¿De qué quieres hablar?

—Pues verás, no he venido a regañarte.

La palabra estaba tan fuera de situación y su contenido concordaba tan poco con la situación presente, que Robert Millhouser rió. Pero su primera risa en muchos meses apenas duró.

—No, viniste por amistad, y supongo que por deber.

—Por ambas cosas. El deber discurre a través de todo cuanto hago, aunque no nos referimos exactamente a él como deber. Y en cuanto a la amistad concierne, aprendemos a pensar en ella como hermandad. Y naturalmente, fuimos amigos, Robert, hasta que tú te fuiste cueradamente por tu propio camino.

—¿Cueradamente? ¿Dónde me llevó mi cordura? Resultó que el último consejo que me diste fue el mejor que jamás me haya dado nadie, pero estaba demasiado ocupado en mostrar mi superioridad para escucharlo.

—¿Y qué consejo fue?

—¿No lo recuerdas? Me dijiste entonces que no me casara nunca.

—Sí, lo dije ¿verdad? Pero, ¿quién era yo entonces para dar tal consejo? ¿Qué conocimientos o sabiduría tenía yo para darte ese u otro consejo? Piensa en el hombre que te lo dio. ¿Escucharías las disquisiciones de un ciego sobre los colores? ¿Pedirías a un cojo que te enseñara a bailar el vals? No rezarías a sabiendas a Satanás, pero viene a ser lo mismo, Robert. Si tomas el consejo de un cínico, y especialmente de la clase de cínico que yo era entonces, es igual que pedir ayuda al diablo.

—Sin embargo, fue un buen consejo.

—No. Fue un consejo mortal. Consejo de un mortal con prejuicios. Negaba la doctrina del libre albedrío. Un joven cínico, corrompido y engreído, presumiendo de prever el futuro de un amigo inocente y sin mundología, pero inteligente. Tuviste razón en rechazar mi consejo.

—¿Cómo puedes estar sentado ahí y decir eso en la celda de una prisión, a un asesino?

—Porque no estoy tratando de tu decisión de casarte, o de los motivos que te indujeron al matrimonio, o de las consecuencias del matrimonio. Sólo estoy

tratando de hacerte ver que yo no era la persona más adecuada para influir sobre ti en un asunto como el matrimonio. El matrimonio es un sacramento, no sólo una conveniencia.

—Dijiste que no has venido a regañarme, pero estás hablando como un sacerdote. Después, querrás oírme en confesión.

—No puedo. No soy sacerdote. Nunca lo seré. Nunca me ordenarán, y por lo tanto no podría oírte en confesión. No, no estoy aquí para regañarte, Robert. Es más, ni siquiera estoy aquí para convertirme.

—Me alegro, porque sería una gran pérdida de tiempo, y no disponemos de mucho.

—¿Así, pues, te preguntas a qué vine? Pues vine debido a algunas cosas que Ben debió de haber dicho a mi superior, el padre Hilario. No estuve presente durante la conversación, pero sospecho que Ben se encuentra muy preocupado por tu alma.

—¿Ben Roseberry?

—Sí, Ben Roseberry. Es posible que no te haya hablado de tu alma de un modo explícito, pero lo que le dijo al padre Hilario debió de haberle convencido de que es ahí donde se hallaba el trastorno, y de que las reglas de la comunidad debían suavizarse para permitir que te visitara.

—Nunca pensé mucho sobre mi alma, pero ese padre Hilario vuestro tiene razón. Si hemos de seguir empleando esa denominación, mi alma ni existe ya. Tuve un alma, o concedo que tuve algo a lo que se puede dar ese nombre. Pero la destruí cuando maté a mi mujer.

—No. Nosotros no creemos en eso. El alma es inmortal. Puede salvarse o condenarse, pero va a través de la Eternidad. ¿Por qué dices que la destruiste?

—Mira, Chester, es mi alma ¿no es así? Y yo sé cuándo está destruida. Soy un cuerpo humano y animal, viviendo lo mismo que tú, o que ese guardián que está fisgando tras la puerta, o que vuestro padre Hilario. Pero ya no siento nada que tenga que ver con mi alma, y también he comenzado a perder algunas de las cosas físicas. Por ejemplo, ya no tengo miedo a la muerte.

—Ni yo tampoco, pero sé que tengo un alma viviente e inmortal.

—Está bien. A mí no me importa ni vivir ni morir. A ti sí, ¿no es eso?

—Quiero vivir para poder consagrar mi vida al mayor honor y gloria de Dios, y morir cuando llegue mi hora.

—Bueno, tú eres cura, o algo por el estilo. Un hombre de Dios. Y yo, no.

—Y has llegado, o casi llegado, a una desesperación mortal. Pero si fueses uno de nosotros, un católico, sabrías que eso es pecado. No espero que

comprendas por qué sería un pecado, pero para un católico es uno de los peores pecados. Es lo mismo que si negara la existencia de Dios.

—¡Ah! Creo que ahora puedo hablarte. ¿Conoces estas líneas?:

*Se perdió toda esperanza
de mi entrada en la Gracia.
¿Y qué cosa peor?
Pues donde no hay esperanza
no queda temor...*

—Suenan a Milton, aunque he visto que estabas leyendo / a sir Walter Raleigh.

—Es Milton, en efecto, y me explica por qué no tengo temor. Perdí el miedo cuando perdí la esperanza. Y otras cosas, además. No tengo remordimiento por lo que hice. No tengo sentimientos de ninguna clase.

Chester sonrió.

—Amigo mío, no es cierto que hayas perdido la esperanza. El hecho de que conozcas la ausencia de esperanza basta a convencerme de que aún se encuentra viva en ti.

—Jamás pensé que podría llamarte estúpido, Chester, pero es lo que eres.

—Te entristece decir eso, ¿verdad?

—Pues, sí.

—Bien, pues a mí no me entristece oírlo. La única cosa que me entristece es que lo hayas dicho treinta años demasiado tarde. Fue cuando yo era más inteligente que era más estúpido y tú estás excusando al hombre estúpido que conociste hace treinta años. El hombre que hoy ves tiene el principio de la sabiduría, que es el temor de Dios, y empleando el pensamiento de Milton, acepto el temor debido a que ello implica la existencia de la esperanza. De hecho, no pensé en esto hasta ahora, pero sé que me va a ayudar cuando me encuentre afligido.

—Me pareció oírte decir que eras feliz. ¿Por qué habrías de estar afligido?

—No debes creer que vivimos en una especie de limbo o en un arrabal del cielo, Robert.

—Temo que eso sea exactamente lo que pienso, aunque no desearía vivir allí.

—La mayoría de las personas creen eso. Pero nuestra vida es muy distinta. Hacemos trabajo manual, que dedicamos a Dios, pero nos queda muchísimo tiempo para la duda y la tentación. Vivimos tan unidos a la fe,

nuestras mentes se hallan tan de continuo ocupadas con una cosa abstracta que no es una cosa abstracta sino una fuerza vital... que estamos constantemente puestos a prueba por la duda y la tentación. El seglar, que vive en el mundo, puede tener sus dudas unas cuantas veces al año, y su ciega fe es bastante para resistirlas. Pero cuando una duda asalta a uno de nosotros, se queda con nosotros.

—Entonces, ¿cómo puedes decir que sois felices?

—Porque nos refugiamos en la oración, y cuando nuestras oraciones son correspondidas y la duda se disipa, la felicidad vuelve. Pero tienes razón, Robert. Es de la esperanza de lo que se trata, cuando menos para ti. La esperanza mantendrá viva la fe.

—La esperanza no puede mantener viva la fe, si la esperanza ha quedado destruida. Y en cuanto a la fe, nunca ha sido un factor en mi vida.

—No. Supongo que no, y eso es lo que ahora echas de menos. Eso es lo que más echas en falta.

—Tonterías. Doy gracias por el hecho de que mis otros problemas me impidan preocuparme por la fe, o por la falta de ella.

—¿Y a quién le estás agradecido?

—Sólo hay una expresión, y la conoces.

—Pero no es sólo una expresión. Es un acto de fe instintivo, y si lo examinas y lo consideras, admitirás que no estás agradeciéndoselo a ningún mortal, sino a Dios.

—¿Los indios y el Gran Padre Blanco, Chester?

—Pues claro que sí. Los indios no surgieron del légamo primitivo de Wyoming, separadamente de los egipcios o de los antiguos eslavos. Vinieran de donde viniesen, de la Mongolia exterior o de las islas Galápagos, recuerda que todos tenían en común cierta forma del Gran Padre. En el curso de los siglos pudieron haber olvidado cómo fabricar el hierro o hacer una rueda, pero el Gran Padre, en una u otra forma, siempre ha estado allí.

—Bueno, de todos modos, debo decir que prefiero oírte hablar del tema más que al reverendo Horace Jennings.

—Sea quien fuere, no lo despidas.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—No lo sé. No tengo reloj.

Robert Millhouser rió.

—¡Vaya, ambos hemos llegado a lo mismo!

—Sí —dijo Chester Calthorp.

—Bueno, supongo que ninguno de los dos necesita reloj.

—Tú, sí, dentro de poco, según me han dicho.

—Así me lo han dicho también. Y hablando de relojes, dimití de *Delta Psi*. Rehusaron aceptar mi dimisión, lo cual me emocionó.

—Yo dimití y la aceptaron —dijo Chester Calthorp.

—Bueno, al fin y al cabo, tú te hiciste católico. Yo sólo cometí un asesinato... Siento haber dicho eso. Fue un chiste barato. Pero siempre fuiste tú el chistoso y yo siempre quise brillar.

—Fue una ocurrencia más bien divertida.

—¿Es verdad que nunca os habláis mutuamente, tú y los componentes de tu... cómo lo llamáis Comunidad?

—No lo es al pie de la letra. Pero no disponemos de mucho tiempo para la frivolidad, y no se nos alienta a ello. Sin embargo, no se castiga la risa, y nos gastamos nuestras pequeñas bromas.

—¿Qué dirán cuando vuelvas?

—Nada, ni yo tampoco diré nada.

—¿Ni siquiera al padre Hilario?

—Ni siquiera al padre Hilario.

—¿No te preguntará qué hiciste, y qué me dijiste y qué te dije?

—No.

—Pasmoso. ¿Qué dijo cuándo te marchaste?

—Me llamó y me explicó las circunstancias...

—¿Que me encontraba en la cárcel por asesinato?

—Sí. Y que tenía que ayudarte, si podía. Luego me dijo que no llevara mi hábito, me dio el billete de viaje y un dólar, cuyo resto debo devolver.

—¿Tienes dinero propio?

—Sí. Si quieres decir en depósito. Hay una porrada, y los intereses van a la Iglesia, pero yo no recibiré un céntimo hasta que haga diez años que esté en la Orden. Siempre puedo irme e impedir que el dinero siga ingresando.

—Pero entretanto tienes tú dólar y tu billete. Deben confiar en ti, estar muy seguros de ti.

—Estoy seguro de mí mismo.

—¿Necesitan dinero?

—¿Has oído hablar alguna vez de una organización religiosa que no lo necesite?

—No.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Piensas dar algo? Si es así, preferiría que no me lo dijeras.

—¿Por qué no?

—Porque si se lo das, ellos nunca me hablarán sobre el particular. Ni siquiera sabré nunca lo que te ocurre, Robert.

—¡Santo Dios!

—Puedo rezar por ti, y lo haré, pero apenas nos enteramos de lo que pasa en el mundo.

—¿Es verdad que no puedo escribirte?

—Nunca. Ni yo a ti. Cuando muera, recibirás un pequeño recordatorio. Eso es todo. Será la última vez que tendrás noticias de mí.

—¿Y te comunicarán si yo me muero?

—No. No eres pariente.

—Cuando abandones esta celda, ¿será la última vez que te veré, y que sabrás de mí?

—En este mundo, sí.

—Es inhumano.

—No lo creo. Han sido treinta años, Robert. Dudo que sean otros treinta.

—No hables de esa manera. Tú crees que nos daremos un apretón de manos, y la siguiente vez que nos veamos...

—Será en la eternidad, sí.

—De repente, tengo la sensación de que no te conozco.

—Pues debieras conocerme, Robert. Pasé por lo que tú estás pasando ahora...

—Pero, créeme, el resultado no será el mismo.

—Espero que no lo sea en la única manera que importa. Espero que halles la paz. Y podrás —Chester Calthorp se puso en pie—. *Pax vobiscum*. Debes recordar por lo menos eso de Mercersburg. —Golpeó con los nudillos en la puerta de la celda—. Rezaré por ti, y espero que alguna vez te acuerdes de hacerlo también por mí.

Robert Millhouser se levantó a su vez. La puerta se abrió, y volvió a cerrarse. Y ahora, por vez primera, lloró.

* * *

Había otros factores, además de la persuasión de Ben Roseberry, que dictaron la decisión de conceder alegato de homicidio en el caso Millhouser. En el fondo, y en la superficie, de la decisión de Stahlmayer, se hallaba la seguridad de que, si intentaba un veredicto de crimen de primer grado, perdería un litigio sensacional. Pero entre las primeras y las últimas consideraciones, Stahlmayer, que no era tonto a la pulsación y reflejo de la opinión pública, veía que no sólo se hallaría en peligro de perder el caso, sino que, como procurador de un proceso impopular, y en una vista que de seguro iría prolongando Ben Roseberry, aparecería continuamente como la personificación de la dura y vindicativa justicia, de manera que aún en la remota contingencia de que ganase el caso, no saldría ganando nada. Casi nadie deseaba que Robert Millhouser sufriera un castigo a manos de la ley. Por ser una persona que apenas era conocida de vista por un centenar de habitantes de Fort Penn, Robert Millhouser se había convertido en figura asombrosamente simpática. Los periódicos de Fort Penn ya habían cesado de hablar del asunto, pero, como fuere se participó a Stahlmayer que, si persistía en su primera demanda de un veredicto de crimen en primer grado, airearían el caso, dándole una publicidad como jamás hubiera soñado, y volviéndolo contra él. En el condado de Nesquehela, Pennsylvania, no menos que en otros miles de la Unión, un procurador de distrito escucharía las palabras de un director de periódico. Las palabras eran de los directores, pero los deseos que expresaban eran de los propietarios y de los amigos y socios de los propietarios. En el caso Millhouser, Stahlmayer estaba de uñas con Ben Roseberry, a quien detestaba y temía, y que por su sangre y relaciones sociales estaba próximo a los hombres que poseían los periódicos. En efecto, Roseberry representaba a los hombres cuyo apoyo era el *sine qua non* del ascenso político de Stahlmayer. Y éste se hallaba en un estadio de su carrera política en el que unos pocos años fuera del puesto podrían ser desastrosos; si no conseguía el nombramiento para el Congreso o un juzgado del condado, que era el siguiente paso, sólo le quedaría la práctica privada... la cual, tras una derrota sensacional, presentaba una desagradable perspectiva. Stahlmayer sospechaba, naturalmente, que cuando Brock Caldwell ordenó a su director que hablara con tanta brusquedad sobre una publicidad periodística desfavorable, dando por sobrentendida la amenaza de abandono político, lo hacía tras una conversación con Ben Roseberry. Éste, Caldwell y Millhouser eran amigos, y miembros en segunda generación, del Club Fort Penn. Él momento de justa indignación de Stahlmayer llegaba, pues, con retraso de años, puesto que él era un político y en cierto sentido un cruzado o reformista.

Siempre había hecho lo que se le decía, y así había llegado tan lejos; y si expresaba indignación por los intentos de Caldwell en influirle, Caldwell, que conocía la hoja de servicios de obediencia de Stahlmayer, habría considerado la protesta como absurda. Y lo habría manifestado también.

Pero aún aparte del efecto sobre su fortuna política, Stahlmayer estaba influido por el hecho de que no deseaba llamar la atención sobre su persona como ciudadano irreprochable. Habría momentos durante la vista en que se vería obligado a pronunciar elevadas vulgaridades morales, especialmente cuando Bart Vanee se hallara en la barra. Sería necesario condenar la adúltera conducta de Vanee, extrayendo al par de su testimonio el motivo para el asesinato en primer grado, y Stahlmayer temía no hallarse a la altura de la tarea. Pues era irrazonable esperar que de una lista de doce hombres del condado que constituían el jurado, ninguno de ellos no hubiese oído hablar de la debilidad de Stahlmayer por las mujeres. Y lo que temía por encima de todo era la tenue sonrisa y el alzamiento de cejas de Ben Roseberry durante el interrogatorio. La conducta de Roseberry ante la Sala permanecería dentro de los límites debidos, pero se aseguraría bien de que al jurado no le escapara ni un matiz de su mudo juego escénico. Cuanto más consideraba Stahlmayer los azares del caso, tanto más fácil le resultaba atender a las demandas de la opinión pública. Según sus propias palabras, expresadas a su más próximo ayudante: «El desgraciado hijo de perra no debió haberla matado, pero preferiría encargarme de su defensa».

La mañana de la vista, devolvieron la ropa a Robert Millhouser. Le había afeitado el barbero la tarde precedente y tenía como un tenue rastrojo blanco en la barbilla. Fue esposado a un guardián de la prisión, y en su compañía, seguidos por otro guardián que llevaba un mosquetón, salieron al patio y luego entraron en el coche celular tirado por un solo caballo negro. Era la última semana de mayo y había estado lloviendo desde la mañana. El coche celular llegó al edificio del Juzgado, a una manzana de la cárcel, se detuvo ante una puerta lateral, que tenía una ventana con barras, y fue abierta en parte por un asistente uniformado que llevaba un cinto con una finida de la que asomaba la culata de mi revólver. Volvió a echar el cerrojo a la puerta en cuanto entraron, y otro asistente les condujo al piso de arriba por una estrecha escalera de caracol. Debido a las esposas la marcha era lenta. En el segundo descansillo, el asistente llamó con los nudillos a una puerta de roble.

—Yo con el preso, Harry —dijo.

La puerta se abrió.

Se hallaban ahora en una pequeña estancia que contenía una mesa de roble y seis sillas que hacían juego y varias escupideras de latón con ruedas de caucho. Ben Roseberry, con sus gafas caladas, se hallaba ocupado leyendo algunos papeles, en compañía de su pasante.

—Buenos días, Robert —dijo Ben.

—Buenos días, Ben —respondió Robert Millhouser, añadiendo otro saludo para el joven pasante.

—Estaré contigo en un minuto —dijo Ben—. Ya puede usted quitarle las esposas, guardia.

—El reglamento no lo ordena.

—¡Oh, por Cristo! Sé de sobra lo que dice y lo que no dice el reglamento. Debe usted permanecer armado junto al preso, pero él no tiene que llevar esposas cuando entra en la Sala. Vamos, dese prisa... ¿o quiere que le dé la orden el alcaide? ¡Eh, usted!, el del mosquetón, cómo se llame. ¡Diga a ese ceporro lo que dice el reglamento!

—Es nuevo —respondió el interpelado—. Suelta las esposas —dijo a su compañero.

—¿Un puro, Robert? En seguida estoy contigo. Sólo un par de cosas para ultimar.

—No, gracias. Creo que preferiría un pitillo.

—Bud, ¿tienes mi pitillo para Mr. Millhouser?, —preguntó Ben a su pasante.

—Sí, desde luego.

—¿Hay algo que no marcha?, —preguntó Robert Millhouser.

—¿Esto? Estos papeles pertenecen a otro caso —dijo Ben—. No, deberíamos salir de aquí antes de una hora. Depende mucho de cómo sople el viento Stahlmayer esta mañana. Dispensa. ¿Dónde estaba? ¡Ah, ya! Mira, Bud, de aquí hasta aquí, cambia todo lo que estuvimos diciendo ayer noche. Si hemos de conseguir una nueva declaración jurada, el hombre se encuentra todavía en la ciudad y puedes atraparlo en su tienda a cualquier hora antes del expreso de las once.

Ben y su pasante conversaron en vagos términos que no dijeron nada a los demás circunstantes. Robert fumó su pitillo experimentando la rara sensación de que no pertenecía a aquella estancia: los guardianes le miraban fija e inexpresivamente, mientras que Ben Roseberry y Bud ignoraban su presencia. En cuestión de minutos, Ben Roseberry estaría empleando su mente y su talento para lograr la libertad de Robert Millhouser, pero por el instante éste estaba olvidado. Los guardianes estaban allí para disparar contra Robert

Millhouser, caso de que intentara escapar, y lo harían sin vacilar, pero por el momento también sólo era una figura desvaída, en un cuarto con ellos, y en una lluviosa mañana de mayo. La única ventana estaba acuosa, pero no empañada, pues el cristal se hallaba defendido también por las barras de hierro.

—Está bien, Bud. Creo que esto es todo por ahora. Ya sabes dónde está la tienda. Podrás cogerlo ahí antes del expreso de las once.

Ben se encaró con su cliente, inspeccionándolo silenciosa pero críticamente, y luego asintió con ademán de cabeza aprobatorio. Robert Millhouser veía ahora por vez primera a su amigo en funciones profesionales.

—¿Tienes bien atados los cordones de los zapatos?, —preguntó Ben.

—Sí, ¿por qué?

—Porque no quiero que tropieces y caigas. No quiero que hagas ni digas nada o tengas nada sobre ti que llame la atención sobre tu persona. Cuanto más desapercibidos pases, mejor. Todo sucederá entre Stahlmayer y yo. Si el juez te mira, mantente con la cara tan inexpresiva como puedas. Neutra, es la palabra que se me ocurre. No le mires fijamente si él lo hace, pero no rehúyas su mirada. Trata de no escuchar nuestras palabras, y, sobre todo, no des ninguna señal de irritación a cuanto Stahlmayer diga. O ante lo que yo pudiera decir, es lo mismo. Y al propio tiempo, no des la impresión al juez de que no prestas atención, o de que te importa un comino, pues lo tomaría como muestra de falta de respeto para la dignidad de su tribunal... Francamente, esto va a ser casi coser y cantar. El juez sabe a lo que viene, y también Stahlmayer, y también yo. A excepción de una cosa. No sabremos hasta el último minuto si la sentencia va a ser dictada hoy o en fecha posterior. De eso no podemos estar seguros ni Stahlmayer ni yo. Suponemos que será hoy, puesto que estamos a finales del mes y probablemente el juez querrá salir de vacaciones el primero de junio, para volver en setiembre. Naturalmente, si hace eso, pediré fianza, unos cinco mil dólares. Así, probablemente sólo tendrás que estar una o dos noches más en la cárcel. Mi suposición es que serás sentenciado hoy, y que la sentencia será de un año y un día de prisión, la cual quedará en suspenso por la fianza, descontándosete el tiempo que ya has permanecido encerrado, de modo que la sentencia en suspenso sería de unos nueve meses. O sea, que podrías abandonar la prisión esta misma tarde.

—¿Es verdad?, —dijo Robert Millhouser.

—Sí. No te lo he dicho antes porque quería asegurarme de que Stahlmayer no se opondría cuando pidiera suspensión de sentencia. Es una cuestión muy delicada. No se puede pedir a un juez que suspenda una sentencia en un caso

de homicidio. Hay que dejarle que piense que la idea se le ha ocurrido a él, y si el procurador del distrito da a entender que no le agrada —y puede hacerlo muy bien— el juez razonará que seis meses o un año de prisión no es un castigo muy duro para un homicidio. Sin embargo, logré que Stahlmayer aceptara el homicidio, he de reconocerlo. No se muestra inclinado a castigarte. Te colgaría si pensara que podía hacerlo, pero en cuanto obtuve su acuerdo a un alegato de culpable, dijo que no lo combatiría si yo seguía la línea de que habías sido bastante castigado y que un tiempo adicional de prisión para un hombre de tu reputación no era de interés público. Éstas son algunas de las cosas que debo decir en la vista, y probablemente no oirás ninguna de ellas. El juez es Timoty Blankenship, uno de los pocos viejos del tribunal que no tiene dificultades con su oído, de manera que Stahlmayer y yo hablaremos en un tono de conversación. Tim es un hombre razonable, conoce las leyes mejor que la mayoría, y no se parará en triquiñuelas, pero sé que no cree en el castigo capital y tiene un largo historial de clemencia para primeros delincuentes y para hombres incluidos en los llamados crímenes pasionales. Es soltero, como este servidor tuyo, y nunca he sabido por qué. Tiene una granja a cosa de diez millas de la ciudad y cría ganado de raza, pero nunca he sido invitado a ella, ni conozco a nadie que lo haya sido. Acaso no invite a nadie, pero lo dudo. Creo que cuando era más joven tenía visitas.

Llamaron con los nudillos a la puerta, y un viejo alguacil asomó la cabeza.

—Las diez menos cinco —anunció.

—Lo cual quiere decir que podemos entrar —dijo Ben Roseberry—. Tim siempre entra en la Sala cuando dan las campanadas.

—¿Debo seguirte?

—Entraremos separadamente. Yo lo haré solo, y entonces tú vienes con el guarda y os dirigís a la mesa donde yo estaré sentado. —Ben miró a su amigo y puso una mano sobre su hombro—. No te diré que no te preocupes, pues tienes por qué. Pero recuerda lo que te he dicho, y con la ayuda de Dios pasarás esta noche en mi casa y acaso las cosas tengan otro aspecto.

—Gracias por todo, Ben.

—Serás más que bienvenido, Robert Más que eso.

El juez Blankenship era un hombre de elevada estatura y anchos hombros, con una gran masa de pelo gris peinado hacia atrás en su ancha cabeza. Estaba bien afeitado y tenía una boca pequeña y labios delgados. El actuario leyó ininteligiblemente de un gran libro negro, y el juez aceptó el documento que examinó rápidamente, sin ponerse las gafas.

—Bien, caballeros, si todo el mundo está listo, se abre la sesión —dijo Blankenship, mirando por primera vez a Robert Millhouser. Pero su mirada no se detuvo más en él que los demás que se hallaban ante la mesa: Stahlmayer y su pasante, los asistentes de la Sala, el alguacil, el taquígrafo, el actuario, Ben Roseberry, y tres hombres, que Robert Millhouser supuso ser periodistas. Stahlmayer habló primero, y Blankenship le miró mientras estaba hablando. Luego habló Ben Roseberry; volvió a hacerlo Stahlmayer, y los dos abogados y el juez se enfrascaron en un coloquio tripartito, durante el cual fueron pasados varios documentos a Blankenship, quien los leyó y los traspasó al actuario. Robert Millhouser no pudo oír casi nada de la conversación, que era grave pero amistosa. En cierto momento, los tres hombres quedaron silenciosos; entonces, Blankenship, en su silla giratoria, se volvió de lado, mirando a la pared situada a su derecha.

—¿Mr. Stahlmayer desea añadir algo al particular?, —dijo Blankenship al cabo de un minuto, enfrentándose de nuevo a Stahlmayer.

Reanudóse la conversación de los tres, y luego Robert oyó decir a Blankenship:

—Está bien, llamen al acusado.

—Robert Millhouser —voceó el alguacil.

—No es necesario ser tan estentóreo —dijo el juez—. Todos podemos oír sin levantar nuestras voces.

—¿Desea usted o no que pase a la barra, señor juez?, —dijo Ben Roseberry.

—No. Sólo que jure y responda luego a un par de preguntas que tengo que hacerle.

Se tomó juramento a Robert Millhouser, quien dio su nombre y ocupación —granjero y banquero— y Blankenship dijo luego:

—¿Sabe usted, Mr. Millhouser, que su abogado ha presentado alegato de culpabilidad por homicidio? ¿Es en esta forma como quiere litigar usted?

—Sí, señor —respondió Robert Millhouser.

—Cuando existe alegato de culpabilidad a una acusación capital, deseo saber de los propios acusados que han sido informados por entero de las implicaciones de tal litigio, así como de las alternativas que se les presentan. ¿Comprendió usted estas implicaciones y las alternativas que se presentan ante usted?

—Eso es todo. Puede sentarse.

—Siéntese el acusado —dijo el alguacil.

—Esta vez estuvo mejor, alguacil —dijo Blankenship—. La causa de la justicia no se adelanta gritando. Siempre he sostenido lo contrario.

Volvió a reanudarse el coloquio, inaudible para Robert. Millhouser, y cuando el alguacil dijo: «Levántese el acusado», no le oyó, a causa del murmullo de las voces del juez y de los abogados.

—Levántese el acusado —repitió el alguacil.

—Ponte aquí, Robert —dijo Ben Roseberry, indicando un lugar entre él y Stahlmayer.

—Es sentencia de este tribunal que el acusado, Robert Millhouser debe efectuar un período de un año y un día en la prisión del condado. Tomando en consideración el hecho de que el acusado ha estado ya encarcelado por un período de más de tres meses en la dicha prisión, y las circunstancias atenuantes del crimen por el cual el acusado ha litigado culpable, este tribunal suspende la sentencia, y el acusado queda en libertad, confiado a la custodia del abogado por un período de cinco años. El Tribunal levanta la sesión retirándose durante quince minutos para la vista del siguiente caso.

—Gracias, Señoría —dijo Robert Millhouser.

Blankenship hizo un ademán de correspondencia, inclinando ligeramente la cabeza, pero no habló. Levantándose, abandonó la Sala, y Robert Millhouser estrechó la mano de su amigo.

—¿Y ahora qué?, —dijo.

—Estás libre —respondió Ben.

—¿Puedo salir por esa puerta?

—Si lo deseas, sí. Pero veo que está lloviendo aún. Ven conmigo al despacho de los abogados y saldremos por la puerta de la esquina. Tengo dispuesto un coche alquilado, con su chófer.

Stahlmayer rió.

—Ha estado muy seguro de sí mismo, Ben —dijo recogiendo sus documentos.

—¿Quiere que le dé las gracias, Mr. Stahlmayer?, —dijo Robert.

—Sí, pero no deje que vean que me estrecha la mano —respondió Stahlmayer.

—Muy bien. Gracias.

—¿Necesitas algo de lo que tienes en tu celda? Puedo enviar por tus pertenencias —dijo Ben Roseberry.

—El alcaide tiene mi reloj y mi cadena. Es todo cuanto quiero. Pueden quedarse con los libros y todo lo demás.

—Buenos días, caballeros —dijo Stahlmayer, volviéndose pala marcharse.

—Hasta la vista, Henry. ¿O debo llamarle diputado?

—Cuando llegue el momento, cuando llegue el momento —respondió Stahlmayer, dejándolos.

El automóvil estaba bajo la lluvia, ante la acera.

—Metí la pata en una cosa —dijo Ben—. Este artefacto llamará la atención. Pero espero que la gente no se quedará mirándonos, con esta lluvia.

—No es tanta la gente que me conoce en Fort Penn —dijo Robert Millhouser.

—Es cierto. Y ahora, ¿qué quieres hacer primero? ¿Un buen baño? Tú dirás. No te preocupes por la comida. Ya he dispuesto eso. Pero sé que de ser tú querría un buen trago de coñac.

—Pues sí, iría muy bien.

—Y una mujer. La mayoría de los hombres que han estado detrás de las rejas quieren una mujer antes de un trago.

—Gracias, Ben, pero no quiero ninguna mujer.

—Eso es cosa tuya. No me tomes por un patán sin sentimientos. No lo soy. Al mismo tiempo, me enfrento con los hechos, y más pronto o más tarde desearás una mujer.

—Lo dudo.

—Bueno, quizá no. Pero no dejes a las mujeres, porque te asuste lo que puedan pensar. Algunas se apartarán asustadas. Ya lo sabes. Pero habrá otras que no. Y desde luego las hay a millones que no saben nada sobre el particular y sólo te preguntarán el precio. Parecen palabras insensibles, pero es bueno que lo recuerdes.

—Creo que en lo que respecta a las mujeres ya estoy lisiado para toda la vida.

—Bueno, hay otras cosas. He estado con muchas, pero sólo hay una o dos a las que recuerdo con sentimiento. Una o dos. Una era una prostituta, y siempre me hacía reír porque nunca tomaba nada en serio. Y la otra no era una prostituta. No me aproximé nunca a ella de esa manera, ya comprendes, pero estuve enamorado desde que ella tenía dieciséis años. Me sorprende que no sospechases nunca quien era.

—¿Sorprendido de que no lo sospechara? En ese caso puedo suponérmelo. ¿Era Esther?

—Desde que ella tenía dieciséis años.

—¿Y no se lo dijiste nunca?

—¿Qué había de decir? Ya pasaba de los treinta y mi moral no engañaba a ninguna persona mayor.

—También yo pasaba de treinta cuando la pedí que se casara conmigo.

—Sí, pero tú eras diferentes.

—No mucho.

—Lo eras. Íbamos a la misma casa de prostitución, pero nadie pensó nunca en ti como en un ahí-me-las-den—todas. Cuando yo tenía treinta años, comencé a tener el aspecto de un cerdo y me comportaba como si lo fuera. Y cuando ella estuvo en disposición de comprometerse contigo, yo ya tenía cuarenta años.

—Y ella más de veinte.

—Losé.

El automóvil se detuvo ante la casa de Ben. Descendieron y entraron en ella, instalándose en una habitación amueblada en vistas a la comodidad masculina, pero que tenía un insólito aspecto.

—Este antro tiene cuanto necesito, pero si permanezco cinco minutos en él me pregunto qué es lo que me falta del Club o del establecimiento de Fritz.

Sirvió coñac en dos grandes copas, y él y Robert las alzaron, brindando silenciosamente.

—Cuéntame algo de ti y de Esther —dijo Robert.

—¿Para qué?

—Mira, siempre me he hecho cábalas sobre ti. ¿No te enamoraste de nadie antes de Esther?

—No, nunca. La única cosa que quería de las mujeres no podía conseguirla de mujeres como Esther.

—¿Y creíste que yo era bastante bueno para ella?

—Pensé que serías mejor que cualquier otro. Sin embargo, si he de ser sincero, confieso que en el fondo se me quitó un peso de encima cuando rompisteis vuestro compromiso. Y sospecho que era por ello que esperaba que resultase bien lo tuyo y de Hedda. Conciencia. Yo no había metido baza cuando te prometiste a Esther, y por lo tanto lo hice el doble cuando te casaste con Hedda.

—Sí, lo hiciste. Y ahora sé por qué trabajaste con tanto empeño para sacarme de la prisión.

—Así es, aunque en este caso creo que se trató tan sólo de amistad con la adición del orgullo profesional. Sí, he empleado en tu caso todos los trucos que conozco.

—¿Ah sí? ¿Es por eso que le llamaste a Stahlmayer diputado?

—Era parte de ello. Pero no fui el único que presionó a Stahlmayer. Los mejores elementos lo hicieron, Robert. Y si no te importa mi sermón, debes algo a esas personas. La primera cosa que les debes es tratar de llevar una vida normal, en cuanto te sea posible.

—Una vida normal no sería posible, y tú lo sabes.

—Lo sé. Pero puedes intentarlo. Comienza por zafarte de esa psicología carcelaria. No digo que trates de mezclarte con las personas. Pero déjales que vean que llevas una vida normal. ¿Considerarías conveniente tener una conversación con Tim Blankenship?

—No.

—Sería mejor que lo hicieras, pero ya pensé que no querías.

—Sé lo que voy a hacer, Ben.

—¿Sí? ¿Qué?

—Volveré a Lyons y viviré en mi casa el resto de mi vida. Una vez al día iré a dar un paseo hasta el pueblo para que la gente pueda verme, y no sospechen que estoy tumbado borracho en mi habitación. Es posible que vaya al despacho de Correos cada día. Hablaré con quienes me hablen, y supongo, que con el tiempo se acostumbrarán a mí. Pero nunca me alargaré en la conversación, nunca invitaré a nadie que venga a mi casa, y si alguien me invita a la suya, declinaré.

—¿Es ésa una vida normal?

—Lo será para mí, Ben.

—¿Cuándo planeaste todo eso?

—Cuando empecé a comprender que ibas a sacarme de la cárcel. Hace dos o tres semanas. Si voy a casa y me ven cada día, no forjarán leyendas sobre mí, como lo harían si me fuese a otra parte.

—¿Y qué vas a hacer con el resto de tiempo que te queda?

Robert Millhouser sonrió.

Mira, en la cárcel deseé a menudo que hubiera mejor luz para leer, especialmente de noche. Me gusta leer. Ayudaré a Moisés en sus trabajos. Puedo pintar. He descubierto en la cárcel que hay infinidad de pequeñas cosas que pueden llenar un día. Las comidas. El afeitado. El ritual del baño. La lectura de los periódicos...

—¿Sabes a qué me suena eso? Pues algo así como a una prisión elegante.

—¿Me permites que te corrija ligeramente?

—Hazlo.

—No a una elegante prisión... sino a un cómodo convento.

* * *

Han pasado unos veinte años desde que acabé la historia de Robert Millhouser, de la única manera que entonces resultaba para mí satisfactoria terminarla. Ahora pongo punto final releeyéndola. ¿No convendrá el lector conmigo que las propias palabras de Robert Millhouser —«un cómodo convento»— proporcionan el comienzo y el fin de cuanto podía conocer de su historia? Vuelvo a pensar en aquellos días en que yo era un muchacho y Robert Millhouser un viejo caballero un tanto raro, pero agradable, que pasaba ante la casa de mi padre cuatro veces por día en su camino de ida y vuelta de Correos. Luego pienso en los ciudadanos de Lyons y en su actitud hacia él, más simpáticamente reflejada por la conspiración del silencio que mi abuelo y otros como él observaban. Después recuerdo el despertar de mi curiosidad y mi eventual, casi inevitable, involucramiento en la vida de Robert Millhouser, hasta el momento en que empleó la frase «un cómodo convento».

No debo emplear un tono apologético al decir que éste fue el único final que me satisfizo. El propio Robert Millhouser terminó la historia allí, y no precisamente por haber dicho esa frase. Nunca me contó nada más de sí mismo, de sus años en aquel cómodo convento. Obstinadamente —y diestramente— resistió a mis mejores esfuerzos para arrancárselo. Pasé un tiempo considerable en su compañía mientras escribía esta historia, y traté de hacer que me hablara de los años que siguieron a su regreso a Lyons. En una ocasión llevaba preparada una pregunta que creía despertaría sus recuerdos.

—Mr. Millhouser —dije—. En sus notas hace usted hablar a su mujer de unas joyas que le regaló. ¿Qué fue de ellas?

—Las tengo aún. Todo se encuentra aquí, en esta casa. Pensé en dárselas a su madre, pero cuando la Compañía de Ed Steele rehusó mi oferta de dinero, me di cuenta de que los Steele no querían nada de mí, nada.

—Ya. ¿Las ha sacado usted alguna vez y las ha mirado? —No.

—Sólo para mi propia información, pues creo que literalmente estoy de acuerdo... ¿quiere usted decirme cómo ha conservado las joyas? ¿Fue usted a la habitación de su esposa al volver de la prisión y las sacó de un cajón?

—No. Al día siguiente de ser llevado a la prisión, Margaret Dillon vino a trabajar para mí de nuevo, a cuidarse de la casa. Empaquetó toda la ropa de mi mujer y cosas así, y avisó a los Steele que podían pasar a recogerlo, o bien que, si lo preferían, Moisés Hatefield iría a llevárselo. Respondieron que no deseaban nada, nada de lo que yo hubiese comprado para Hedda.

—Ya. Y entonces Margaret Dillon...

—Entregó las joyas a George Holliday, y no recuerdo lo que hizo con los vestidos.

—¿Y cuándo se trasladó usted a dormir a la habitación de su mujer?

—Algún tiempo después de regresar a casa de la cárcel.

—¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo después?

—Eso pertenece a una parte de mi vida sobre la que no quiero hablar.

—¿Ni siquiera conmigo?

—Especialmente con usted, Gerald. No ganaría usted nada con que le hablara de aquellos años.

—¿Quién sabe!

—No. Algo bueno podría venir de mi experiencia, de mi vida hasta que regresé a Lyons. No estoy enteramente seguro de ello, pero si lo examina usted como lo hace un médico con un historial clínico, algo bueno podría salir de ello. Pero todo esto se halla compuesto de hechos, ¿verdad? Cuando menos de hechos y emociones que pueden ser comprendidos. Después de eso, después de mi regreso a casa, ello me pertenece.

—¿Quiere usted decir su sufrimiento?

—No me refiero a mi sufrimiento. No he empleado esta palabra. Jamás hablaré de lo que pasó en mi interior. Jamás emplearé palabras tales como sufrimiento, particularmente.

—Y, sin embargo, durante algún tiempo, en cierto momento, usted debió de haber comenzado a vivir de nuevo, para liberarse de lo que Mr. Roseberry llamaba la psicología de la cárcel.

—¡Maldita sea! ¡Está usted intentando que admita o niegue dos cosas! ¿He dicho alguna vez que comenzara a vivir de nuevo, o que no comenzara a vivir de nuevo? ¿O que me liberé de la psicología de la prisión, o que no lo conseguí? Considero esas preguntas, y ese método de formularlas, impertinente. Está usted insultando mi inteligencia si cree que no puedo ver a través de esas artimañas.

—Lo siento, y me excuso.

—Y debiera hacerlo. No tiene usted derecho a acosarme. No debe usted volver a hacerlo.

—Pero hay algunos hechos que quisiera aclarar, y...

—No le he ocultado nada.

—Algunos de los hechos llevan más allá de su regreso a Lyons.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues, por ejemplo, en el condado de Lantenengo tuvimos al rico propietario de un bar que golpeó a un hombre hasta matarlo. Lo bajó a la bodega y lo pateó hasta la muerte. Se llamaba Bob Corrigan. Fue detenido,

pero como no había nadie que pudiera testimoniar contra él Corrigan abandonó la ciudad; la falta de evidencia es lo que le puso en libertad.

—¿Y en qué se aplica eso a mí? Me parece ver una relación, pero desearía que me la manifestara.

—Más que una relación se trata de cierta similitud con lo que a usted le ocurrió. Las personas olvidaron. Pero no fue por eso por lo que le conté lo de Corrigan. Lo hice por que deseaba que usted supiera que no soy un ingenuo.

—Nunca pensé que lo fuera.

—Bien, en ese caso, ¿hubo alguna otra repercusión alguna vez, sobre el hecho de que fuera usted hallado culpable y le aplicaran una sentencia suspendida?

—Sí. Una. En alguna parte tengo un recorte de un periódico publicado por el Sindicato de mineros. No menciona mi nombre, pero el significado resultaba evidente. Habla de los desmanes de la justicia, y de una ley para el rico y otra para el pobre.

—¿Qué fue de Henry Stahlmayer?

—¿Qué supone que fue de él?

—Pues que salió diputado.

—Tiene razón. Pasó al Congreso por dos períodos, y ahora gana veinticinco mil dólares al año en el cargo de juez del condado de Nesquehela. Pero no lo sobornaron, cuando menos con dinero. Le previnieron, sería mejor decir que le amenazaron con represalias políticas. Otro hombre habría hecho exactamente lo mismo que él, sin amenaza. Por otra parte, otro hombre podría haber hecho que me ahorcaran; Jamás me preocupé por la decisión de Stahlmayer. Si hubiese conseguido que me ahorcasen, no estaría ahora aquí, y eso es todo cuanto he pensado acerca de ello durante diecinueve años.

—Comprendo.

—¿Sí? ¿Y cree usted en lo que comprende?

—Pues supongo que sí.

—Me extraña. Me extraña que un joven pueda creerlo realmente.

—Yo creo que usted piensa que su vida terminó en 1908.

—Bueno, supongo que no puedo esperar que crea algo más.

—Y sin embargo, cuando Chester Calthorp le dejó a usted aquel día en la prisión, usted me dijo que lloró.

—Sí lloré.

—Me dijo usted que yo me había estado preguntando si no fue entonces cuando comenzó a sentir usted de nuevo.

—Me vio usted llorar en el entierro de su abuelo.

—Así es. Y esto corrobora mi criterio.

Quedó silencioso, no porque le desagradara lo que había dicho, sino porque estaba tratando de recordar algo. Se puso lentamente en pie y fue a la librería.

—Hace cosa de un año —dijo— me fijé en un poema que no había leído antes. No lo habría leído entonces tampoco, de no haberme parecido tan a propósito de una conversación que usted y yo habíamos tenido. ¿Recuerda usted una conversación que tuvimos, Gerald, sobre usted y sus muchachas?

—Sí, lo recuerdo, con algún embarazo.

—El poema es más aplicable a mí, a mi vida, que a la suya. Déjeme leer parte de él:

*Pues unos a otros se aplican esta fatal navaja.
Profundas preguntas que producen interminable dolor.*

Le interrumpí:

*Ah, qué polvorienta respuesta logra el alma
cuando se empeña en certezas en esta nuestra vida.*

Me miró fijamente.

—¿Conoce usted el poema? Ya veo que sí. ¿Es un poema muy conocido?

—Lo conozco porque estoy leyendo una novela muy buena llamada *Respuesta polvorienta*, de una escritora inglesa llamada Rosamond Lehmann.

—¿Una nueva novela?

—Recién publicada.

—¿Me gustaría?

—Creo que sí.

—La pediré. —Volvió la atención al poema:

*¡No es preciso ser villano!
Las pasiones hilan la trama
Somos traicionados por lo que
hay de defectuoso en ella.*

—¡Pensar en el descubrimiento de todo esto en un poema' llamado *Amor moderno*! ¡Y pensar en George Meredith llamando a un poema *Amor moderno*! —Volvió el libro a su estantería y sentóse de nuevo—. Desearía darle una respuesta, a usted que está tan empeñado en obtener certezas.

—Una respuesta polvorienta, desde luego.

Pasó por alto mi observación.

—Supongo que lo mismo podría haber citado a Shakespeare: *Hay más cosas en el cielo y en la tierra*, y así sucesivamente. Ni siquiera estoy seguro de que Meredith se refiriera a certezas tal como lo entendí yo. Temo que a menudo interpreto mal la intención del poeta. ¿Recuerda usted que le dije que fui a la cárcel pensando que Milton había considerado cómo había gastado su vida?

*¡No debemos esperar las respuestas absolutas!
Nunca le había visto poner tanta pasión en sus palabras.
¡Chester Calthorp con sus vanas y engañosas, alegrías!*

Lloré, sí. Lloré. ¡Yo no tenía respuesta! Yo estaba muerto, como lo estoy ahora, como he estado muerto todos estos años. Tan muerto como usted está vivo. Pero ese hombre a quien yo quería, ¡engañándose con su penitencia y sus rezos! ¡Combatiendo, ahogando su alma con oraciones al Dios que le dio un alma! Pidiendo a Dios que le entumeciera esa alma. ¿Cree en Dios o no cree? ¡No cree, mi joven amigo, pues de lo contrario no le habría pedido que le aplastara el espíritu!

—¿Por qué lloró usted por mi abuelo?

—Eso resulta más fácil de responder —dijo, al cabo de un momento—. Era una de las buenas personas del mundo. Debe usted saber que hay algunas personas que son dichosas. De la misma manera, algunas son buenas. Y algunas son desgraciadas, y algunas son malas. Y otras como Ben Roseberry, ni dichosas, ni buenas, ni malas, pero muertas el día que mueren.

—¿Y dónde coloca usted al viejo doctor Villets?

—A cada cual lo pongo en un lugar separado. El doctor Willets era bueno, pero no dichoso. Su única suerte —puedo decirlo— fue la de que por lo menos un hombre supo cuán bueno era, aunque este hombre fuera yo. Ésa era la extensión de su dicha, Gerald. Es posible que alguna otra persona, como él, haya sido más dichosa, y que más personas hayan apreciado su bondad.

—¿Cree usted en la suerte?

—Creo que si lanza usted una botella al océano pueda ser arrastrada hasta la orilla de Portugal, y que puede hacer usted lo mismo de nuevo y que la botella vuelva a ser recogida por el mismo pescador. Esto sucedió en 1907.

—Así pasó. ¿Pero es eso lo que llama usted suerte? Sonrió.

—No, pero suerte es lo que yo llamo lanzar una botella en el océano, etcétera.

—¿Y en qué más cree usted?

Cesó de sonreír.

En nada.

—Pero eso no es verdad, Mr. Millhouser.

—Lo es ahora. Puedo hacerlo verdad diciéndola. Usted ha tenido el último atisbo de mi vida, y hasta eso fue lo único que le dejé ver.

—Pero puedo estudiar lo que he visto, y lo haré.

Rió ligeramente, entre dientes.

—Mire, Gerald. Usted puede encontrar lo que está buscando. Por sí mismo.

Me despedí de él, y no volví a verle más. Tampoco él quiso verme, aunque nos envió bellos regalos cuando me casé con Frances, y cuando nacieron nuestros hijos. Me había alistado en la Armada cuando murió, a la edad de ochenta y nueve años. Más tarde, me figuré que en el momento de su muerte me encontraba yo en mi puesto de combate, y que habría sido totalmente posible que cuando escudriñaba en la oscuridad sobre el golfo de Leyte, estuviera pensando en él y en las orillas portuguesas del otro lado del mundo. Pues a la sazón a menudo trataba de pensar en cosas así, que me apartaran la imaginación de Frances y de otros pensamientos que me asaltaban.

FIN



JOHN HENRY O'HARA (1905-1970) fue un escritor estadounidense. Inicialmente, fue conocido como escritor de cuentos. En 1934, O'Hara publicó su primera novela, *Appointment in Samarra* (1934). (Cita en Samarra), aclamada por la crítica inmediatamente después de su publicación, y adaptada al cine, protagonizada por Frank Sinatra y Rita Hayworth. Muchos críticos la consideran la mejor novela de O'Hara. Posteriormente escribió varias novelas exitosas tales como *Butterfield* (1935). Su novela epistolar de 1940, *Pal Joey*, fue adaptada en un musical de mismo nombre en, con música de Richard Rodgers y Lorenz Hart. La producción original fue protagonizada por Gene Kelly y Vivienne Segal. En 1960 escribió *Ourselves to Know* (1960). (Oculta verdad). En 1958 *From the Terrace* (1958). (Desde la terraza), también llevada al cine y protagonizada por Paul Newman Joanne Woodward

Notas

[1] Uno de los grados adelantados en las Universidades americanas. (*N. del T.*). <<

[2] Nauseas, mareos. (*N. del Ed*). <<

[3] Cajón cuadrilongo, por lo común de madera, que sirve para dar de comer y beber a los animales. (*N. del Ed*). <<

[3a] chistes. (*N. del Ed*). <<

[3b] exceso de peso. (*N. del Ed*). <<

[3c] Persona que, sin mérito para ello, adopta el tono de maestro. (*N. del Ed.*).
<<

[3d] marcha atrás, cambio de opinión. (*N. del Ed*). <<

[3e] persona que mata a su mujer. (*N. del Ed*). <<

[4] La acción de la novela transcurre durante la Ley Seca. (*N. del T.*). <<

[5] indiferente. (*N. del Ed*). <<

[6] ¿Sí? ¿No? (*N. del T.*). <<

[7] Así es. (*N. del T.*). <<

[7a] Cada uno tiene su gusto. (*N. del Ed.*). <<

[7b] Palabra adecuada. (*N. del Ed.*). <<

[7c] Por si misma. (*N. del Ed.*). <<

[7d] Paso en falso (*N. del Ed.*). <<

[8] Literalmente, almacén de drogas, pero en EE. UU, es al mismo tiempo bar, farmacia, estanco, etc. (*N. del T.*). <<

[9] Doctor. (*N. del T.*). <<

[10] El climaterio es un periodo de transición que se prolonga durante años, antes y después de la menopausia, como consecuencia del agotamiento ovárico, asociado a una disminución en la producción de estrógenos y que pierde con los años la capacidad para producir hormonas, folículos y ovocitos. (N. del Ed). <<

[10a] Argumento empleado en una resolución judicial sin relevancia para el fallo. (*N. del Ed*). <<

[11] En años posteriores se produjo un cambio de disposición; la mayoría de las congregaciones del valle tenían pabellones en los que se servían comidas. (N. del T.). <<

[11a] A nivel general, el pensamiento *spenceriano* postula que la evolución de la sociedad quedaba reflejada en el paso de lo “natural” y “biológico” a lo “social” y “moral”. En esta cadena evolutiva, analiza que primero aparece la especie humana y su constitución como organismo social. (*N. del Ed*). <<

[11b] Error que consiste en tomar a alguien o algo por otra persona o cosa. (*N. del Ed*). <<

[12] nacida. (*N. del Ed*). <<

[13] Juego de palabras intraducible. *Hunter* significa cazador y es también un apellido. (N. del T.). <<

[14] Famosa enfermera inglesa, fundadora de la Cruz Roja Internacional. (*N. del T.*). <<

[15] Persona astuta y sin escrúpulos. (*N. del Ed*). <<

[16] Carruaje de dos ruedas grandes, ligero y sin cubierta, a propósito, para dos personas y tirado por una sola caballería. (*N. del Ed*). <<

[17] En español en el original (*N. del T.*). <<

[17a] Estar muy a sus principios, faltarle mucho para su perfección. (*N. del Ed.*). <<

[18] La guerra catalizadora, por George A. Kevorkian, doctor en Filosofía (Ed. Universidad de Oklahoma, 3 volúmenes, 1947). (*N. del T.*). <<

[19] El Club de Johnsville, al que muchos de los ciudadanos de Lyons pertenecían, no fue organizado hasta 1927, y el local social se edificó en 1928 (*N. del T.*). <<

[19a] expresión latina que significa por virtud del oficio o cargo de uno. Se usa cuando alguien tiene un cargo por razón de tener otro, cuando una persona automáticamente recibe otra posición por el solo hecho de tener un cargo. (*N. del Ed.*). <<

[19b] En el vino está la verdad. (*N. del Ed.*). <<

[19c] pastelitos. (*N. del Ed.*). <<

[20] En algunos detalles, esta versión de la escena difiere del informe que me proporcionó Robert Millhouser y fue relatado por mí en un capítulo anterior. He dado pues ambas versiones para demostrar la confusión existente en el cerebro de Robert Millhouser en el período siguiente a la conversación telefónica con el doctor Willets. La confusión era tan real que su recuerdo veinte años después era defectuoso, una de las pocas ocasiones en que le fallara la memoria. —G. H. <<